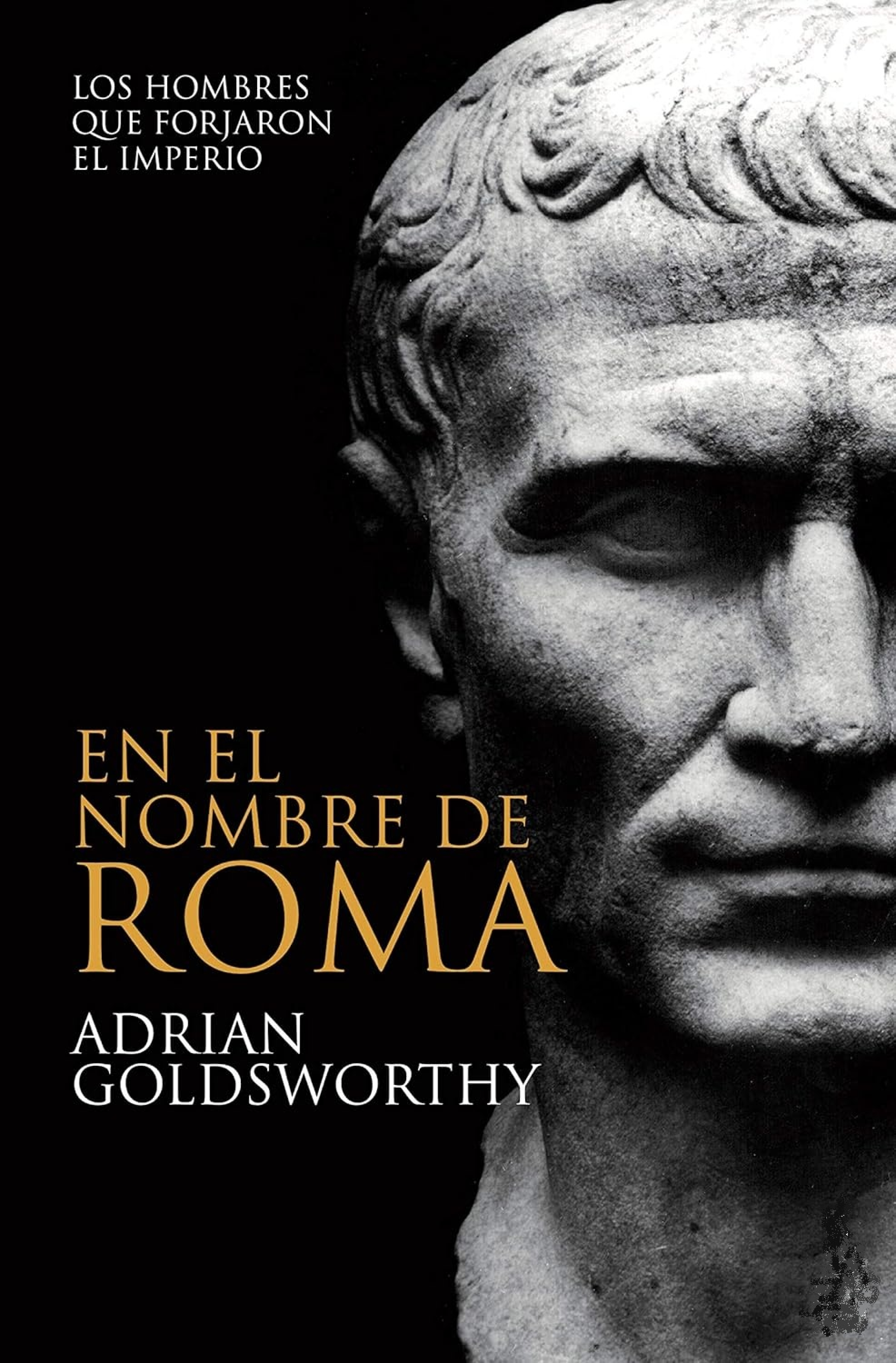

LOS HOMBRES
QUE FORJARON
EL IMPERIO
EN EL
NOMBRE DE
ROMA
ADRIAN
GOLDSWORTHY

Adrian Goldsworthy
En el nombre de Roma

El triunfo histórico de Roma está ligado indisolublemente a su dominio militar. Es mediante la guerra como se hace con el Mediterráneo, después conquista Europa hasta el Báltico, el norte de África y los confines de Asia. Y es su ejército, sus legionarios y sus comandantes los que consiguieron esa proeza. Escipión el Africano, Mario, Tito, César o Pompeyo fueron algunos de los hombres que forjaron el imperio.

Adrian Goldsworthy, uno de los especialistas más prestigiosos del mundo antiguo, nos cuenta cómo hacían la guerra los romanos, desde la lucha durísima contra Cartago y el brillantísimo Aníbal, en el siglo III a.C., hasta el último intento desesperado por recuperar el Imperio de Occidente, en el siglo VI d.C. Traza asimismo la evolución del ejército y del sistema político que lo dirigió. No obstante, en todo momento el núcleo más importante de la obra se refiere a los propios comandantes y a su pericia como líderes. Los romanos cuentan con algunos de los generales más versátiles y extraordinarios de la historia. Muchas de las brillantes estrategias utilizadas en su día aún las estudian los generales actuales.

DIVULGACIÓN
Historia



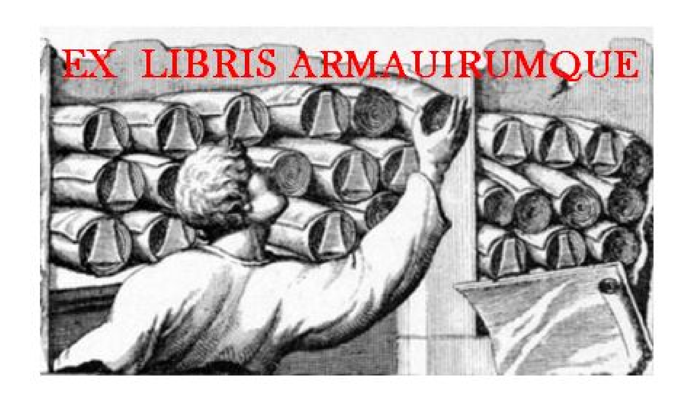


Adrian Goldsworthy

En el nombre de Roma

Los hombres que forjaron el imperio

Traducción de Ignacio Hierro



Ariel

1.ª edición: junio de 2010

Título original:
In the Name of Rome.
The Men who Won the Roman Empire

Traducción de
IGNACIO HIERRO GRANDOSO

Publicada originalmente en Gran Bretaña por Weidenfeld & Nicolson, 2003

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.

ISBN 978-84-344-6929-7

Depósito legal: M. 19.434 - 2010

Impreso en España por
Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

En memoria del Capitán William Walker RFA
«Tío Bill»
buen amigo y auténtico líder (1933-2002)

ÍNDICE

MAPAS Y DIAGRAMAS

PREFACIO

«Éste es el único lugar en que se pueden aprender las cualidades inherentes a la jefatura.» Era un tema al que el coronel regresaba una y otra vez en las charlas que remataban muchas de las tardes de instrucción en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales (OTC), de Oxford. Después del desfile, al que seguían un par de horas de conferencias y prácticas (sobre cualquier cosa, desde interpretación de mapas, guerra química, primeros auxilios y tácticas de unidades reducidas, hasta cómo redactar una carta —o, más adelante, cuando pasé a formar parte de las fuerzas de artillería, la práctica aburrida pero estimulante de montar y desmontar armas ligeras—), ocupábamos un amplio y lujoso auditorio cedido por el (al menos, según la leyenda) fabulosamente rico Escuadrón Aéreo Universitario. Llegado ese momento, la mayoría se hallaba impaciente por largarse a la cantina, pero como yo era al mismo tiempo abstemio y entusiasta de la historia militar, disfruté bastante de aquellas sesiones. Durante aproximadamente media hora, el coronel, que mostraba un fuerte parecido con un Monty bien alimentado, hablaba de las características que debería poseer un buen jefe, contándonos anécdotas de Marlborough, Nelson y Slim e, incluso, en ocasiones, los métodos menos ortodoxos de Lawrence y Wingate. A veces, nos mostraba un gráfico o un diagrama en el que aparecían las cualidades exigibles para dirigir, pero acababa por llegar siempre a la misma conclusión, la de que el liderazgo se aprendía no tanto en la lectura, la instrucción y la teoría, como en la acción. No quiero decir con ello que la instrucción formal y el adiestramiento carezcan por completo de valor, sino sencillamente que no son suficientes por sí mismos. La experiencia es siempre el mejor de los tutores y, como es lógico, cualquier sistema de preparación es sólo un intento por impartir lecciones a partir de la experiencia y de las percepciones de otras personas.

Los líderes son importantes, y lo mismo sucede, para bien o para mal, con cualquier persona comprometida en una actividad o en un pro-

yecto; pero, es evidente que quienes poseen mayor poder o responsabilidad para dirigir una operación tienen inevitablemente una influencia superior sobre los acontecimientos. No soy soldado, y en mi solitaria existencia de escritor apenas se me ha invitado a liderar o dirigir a otras personas; este tema se me planteó mientras redactaba el libro, al ofrecer una charla a un grupo de oficiales del ejército británico sobre los diferentes estilos romanos de jefatura. Los dos años transcurridos en el OTC de la Universidad de Oxford suponen la suma total de mi experiencia militar y, si bien la encontré muy enriquecedora e ilustrativa, dudo que haya alterado mi estatus esencialmente civil. Me sirvió como útil recuerdo de la dificultad para coordinar los movimientos siquiera de unos pocos centenares de hombres, y contribuyó a que advirtiera las numerosas fricciones que ocurren incluso en los ejercicios de instrucción —ese asunto del «en marcha y alto», tan familiar a todos cuantos han vestido uniforme en alguna ocasión—. Para el tema que nos ocupa, quizá sea más valioso el que me proporcionara numerosos ejemplos de las diferencias existentes entre los líderes. Las mejores cualidades no eran siempre especialmente visibles ni se expresaban de forma oral; sólo parecía que todo funcionaba como la seda cuando quienes las poseían ejercían el mando. Un OTC universitario está compuesto por cadetes jóvenes e inexpertos, y contiene de manera inevitablemente un amplio abanico de talentos. Una minoría estaba constituida por líderes naturales, instintivamente buenos para motivar y dirigir a los demás, mientras la gran mayoría tenía que aprender de forma gradual cómo hacerlo, cometiendo por el camino errores inevitables. Es probable que unos pocos no consiguieran aprender nunca y, por numerosas razones, se nota más la presencia de un mal líder que la de uno bueno.

Esta obra trata de algunos de los más exitosos generales de Roma y de sus victorias. Se preocupa por establecer lo que sucedió en sus campañas, batallas y asedios, y, en especial, en cómo el jefe llevó a cabo la tarea de dirigir y controlar un ejército. Los generales romanos no recibían un adiestramiento formal previo a su nombramiento para ocupar cargos elevados, y todo cuanto habían aprendido hasta ese momento lo debían a la experiencia o a conversaciones y estudios informales. Muchos de ellos —quizá la mayoría— eran elegidos basándose también en el entorno familiar de procedencia y en las conexiones políticas, tanto como en una evaluación de sus capacidades. En el sentido moderno de la palabra, se trataba de aficionados y, por extensión, de no cualificados y desconocedores de su trabajo. Una de las hipótesis de este libro pretende desmontar ese supuesto pues, realmente, el nivel medio de los jefes militares de Roma parece haber sido bueno. Aunque los personajes que aquí se estudian re-

presentan por muchos motivos lo mejor del grupo, es evidente que esos hombres no actuaron de forma significativamente distinta a la de otros generales romanos. Los mejores comandantes hicieron las mismas cosas, pero mejor que cualquier otro. Los generales de Roma estaban modelados por la experiencia práctica y el sentido común, dos elementos que nunca debería olvidar cualquier sistema dedicado a la producción de líderes o de ejecutivos.

La historia se preocupa por las acciones y las interacciones de los seres humanos; por ello, el estudio de un aspecto cualquiera del pasado nos dice algo sobre la naturaleza de la humanidad y, a partir de ahí, nos ayuda a comprender nuestro propio tiempo. Estoy convencido de que podemos aprender algunas lecciones estudiando las campañas de los generales romanos, pero no es éste el propósito de la obra; no albergo deseo alguno de escribir algo titulado, por ejemplo, *El éxito en la dirección: el modelo romano*. Muchos de los que buscan fijar reglas concretas para ejercer un liderazgo eficaz dan la impresión de carecer de las cualidades necesarias para ello. La mayor parte de lo que hace un general exitoso parece fácil y claro cuando se escribe fríamente sobre un papel, de la misma manera en que cualquier lista de «principios de guerra» se nos presenta como poco más que simple sentido común. La dificultad reside en poner todo eso en práctica, en cómo actúa el general sobre el terreno. Serían miles los que copiarían las acciones y la manera de operar de un César o un Napoleón y, sin embargo, fracasarían tristemente, mostrándose como personajes ridículos en ese proceso.

No pretendo dedicar tiempo en los capítulos siguientes a diseccionar cada una de las decisiones de cada comandante en campaña, y menos aún a presentar alternativas «mejores» de mi propia cosecha desde la comodidad del despacho. Tampoco tengo la intención de hacer una enumeración, ordenada según su capacidad, de los hombres de que aquí hablo, ni debatir sus méritos y defectos en comparación con los de otros jefes militares famosos de otros tiempos. En lugar de ello, me preocupan cosas tales como qué se hizo en realidad, por qué se hizo, qué se pensaba conseguir con ello, cómo se llevó a cabo y cuáles fueron sus consecuencias efectivas. El objetivo consiste en entender el pasado en sus propios términos y, para un historiador, eso constituye un fin en sí mismo. Una vez hecho esto, entonces quienes estén muy decididos a ello pueden añadir útilmente los episodios descritos a título de información, que nos ayudan a comprender cómo funcionamos las personas en el mundo que nos rodea. La experiencia, ya sea ésta personal o de otras gentes, es valiosa tanto para el líder como para sus seguidores. La parte más difícil consiste en hacer buen uso de ella.

Llegados a este punto, quisiera dar las gracias a varios miembros de mi familia y a algunos amigos, en particular a Ian Hughes, que leyó y comentó el manuscrito en sus variadas etapas. Quisiera asimismo agradecerles a Keith Lowe y al equipo directivo de Weidenfeld & Nicolson, en primer lugar, por proponer la idea de este libro y, después, por seguirlo hasta su publicación.

Introducción

DESDE LOS COMIENZOS: DE CAUDILLO Y HÉROE A POLÍTICO Y GENERAL

> El deber de un general consiste en cabalgar entre las filas de sus soldados, presentarse ante los que se hallan en peligro, alabar a los valientes, amenazar a los cobardes, animar a los perezosos, llenar los huecos, trasladar una unidad si es necesario, llevar ayuda a los exhaustos, anticiparse a las crisis, al momento y a las consecuencias.[1]

El resumen que Onasandro presenta del papel de un general en el campo de batalla lo escribió a mediados del siglo I d.C., pero es reflejo de un estilo de mando que persistió al menos durante setecientos años y que fue característicamente romano. El general se encontraba allí para dirigir la lucha e inspirar confianza a sus soldados, haciéndoles sentir que estaban estrechamente vigilados y que un acto evidente de valentía sería recompensado con tanta rapidez como castigada la cobardía flagrante. No era tarea suya la de sumergirse en el fragor del combate, espada o lanza en mano, luchando a la cabeza de sus soldados y compartiendo sus peligros. Los romanos sabían muy bien que Alejandro Magno había conducido así a sus hombres a la victoria una y otra vez, pero nunca hubo expectativas reales de que sus propios caudillos pudiesen emular aquellas acciones heroicas. El mismo Onasandro era griego, carente de experiencia militar y escribía en un género cuyo estilo se había creado en la época helenística; sin embargo, debido a todos los estereotipos literarios que contiene su obra, la figura del caudillo que dibuja en *El general* era más decididamente romana. El libro lo escribió en Roma y lo dedicó a Quinto Veranio, senador romano que murió mientras se hallaba al mando del ejército de Britania, en el 58 d.C. Los romanos se vanagloriaban de manera abierta de haber copiado una buena parte de sus tácticas y de su equipo militar de los enemigos extran-

jeros, pero su deuda con otros se reduce cuando nos acercamos a la estructura básica de su ejército y a las funciones ejercidas por sus líderes.

Éste es un libro sobre generales, y de manera más concreta sobre quince de los más exitosos comandantes romanos, desde finales del siglo III a.C. hasta mediado el siglo VI d.C. Algunos de ellos son aún relativamente bien conocidos, al menos entre los historiadores de temas militares —Escipión Africano, Pompeyo y César podrían incluirse, sin duda, en las filas de los jefes militares más capaces de la historia—, mientras que otros han permanecido en el olvido mucho tiempo. Todos ellos, con la posible excepción de Juliano, fueron como mínimo generales competentes que consiguieron éxitos significativos, incluso aunque finalmente sufrieran derrotas, pero la mayoría contaba con un enorme talento. La selección se ha basado en su importancia, tanto en la historia general de Roma y en la evolución del sistema de guerra romano, como en la disponibilidad de fuentes suficientes para describirlos en detalle. Hay un único personaje para los siglos II, IV y VI d.C., y ninguno para los siglos III o V, sencillamente porque las fuentes con que contamos para esos periodos son muy pobres. Por idénticas razones, no podemos presentar en detalle las campañas de ningún jefe militar romano con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica. A pesar de todo, abarcamos un amplio espacio de tiempo, y los personajes individuales ilustran bien los cambios ocurridos tanto en la naturaleza del ejército romano como en las relaciones mantenidas por los generales de campo y el Estado.

Más que una mirada a la carrera de esos hombres, cada capítulo se centra en uno o dos episodios concretos de sus campañas, observando con cierto detalle cómo esos personajes interactuaban con su ejército y cómo lo controlaban. Se insiste siempre especialmente en la manera de actuar de cada jefe militar en las diferentes fases de una operación y en cómo ella contribuyó a su desenlace. Un enfoque de esa clase, con elementos biográficos, y centrado en el papel desempeñado por el general —sobre la estrategia, las tácticas y su ejecución, así como sobre la capacidad de liderazgo— constituye un estilo muy tradicional en la historia militar. Implica inevitablemente conceder gran importancia a la narración y a las descripciones de los elementos más significativos de las guerras, las batallas y los sitios. Aunque muy popular entre el público en general, esta clase de historia ha carecido en las últimas décadas de respetabilidad académica. En su lugar, los investigadores han preferido una panorámica más globalizante, con la esperanza de hallar factores económicos, sociales o culturales más profundos, y mucho más influyentes sobre el resultado de los conflictos que las decisiones individuales o los acontecimientos concretos acaecidos en una guerra. Para convertir este tema aún en menos novedoso, es también en esencia un libro sobre aristócratas, desde el momento en que los romanos considera-

ron que sólo a los nacidos en buena cuna y a los privilegiados les estaba reservada la ocupación de los altos cargos del Ejército. Incluso un «hombre nuevo» (un *novus homo*) como Mario, escarnecido por sus orígenes vulgares por la élite del Senado, a pesar de que consiguiera ingresar en ella, procedía, no obstante, de las zonas marginales de la aristocracia, y no se le puede considerar de ninguna manera un representante de capas más amplias de la población.

Si tomamos como referencia el modelo moderno, todos los jefes militares romanos fueron también esencialmente soldados aficionados. La mayoría de ellos sólo pasó sirviendo en el Ejército parte de su carrera —por lo general, bastante menos de la mitad de su vida adulta—. Ninguno recibió una preparación formal para el mando y se les nombraba basándose en su éxito político, que descansaba, en buena medida, en el nacimiento y la riqueza. Incluso un hombre como Belisario, que sirvió de oficial la mayor parte de su vida, fue promovido al cargo por su probada lealtad al emperador Justiniano y no pasó por ningún sistema organizado de preparación y selección. En ningún momento de la historia de Roma hubo algo, ni siquiera vagamente parecido, a una academia de preparación de los mandos y de la oficialidad del Ejército. En ciertos periodos fueron frecuentes las obras sobre teoría militar, pero la mayoría eran poco más que manuales de instrucción (que, a menudo, describían las maniobras de las falanges helenísticas, anticuadas ya desde hacía siglos), y carentes todos ellos de detalles. Se creía que algunos generales romanos se habían preparado para ejercer ese cargo supremo simplemente por la lectura de tales obras, aunque nunca se consideró que ésta fuera la mejor forma de aprendizaje. Se presumía que los aristócratas romanos aprendían la manera de dirigir un ejército de la misma forma en que se formaban para comportarse en la vida política: observando a los demás y mediante su experiencia personal, por la ocupación de cargos de rango menor.[2]

Desde la óptica moderna, la selección de los generales basándose en su influencia política, con la pretensión de que aprenderían de manera suficiente la tarea de jefes del ejército mientras la ejercían, parece absurdamente aleatoria e ineficaz. Se ha sostenido con frecuencia que los generales romanos eran, por lo general, hombres de un talento muy limitado. En el siglo XX, el teniente general J. F. C. Fuller se refería a los generales romanos como poco más que a «sargentos instructores», mientras W. Messer declaraba que habían alcanzado un nivel bastante sostenido de mediocridad. (Llegados a este punto, quizá deberíamos recordar el comentario de Moltke: «En la guerra, con sus fuertes momentos de tensión, incluso la mediocridad es ya todo un logro.») Durante siglos, el éxito innegable del ejército romano se ha atribuido a menudo a lo que fue capaz de conseguir por sí mismo, a

pesar de sus generales. Numerosos estudiosos consideran que el sistema táctico de las legiones estaba diseñado para eximir de responsabilidades al jefe del Ejército, traspasándolas en su mayor parte a la oficialidad. Los más importantes de este último grupo eran los centuriones, que se consideraban altamente profesionalizados y, por ello, muy capaces en su trabajo. En ocasiones, aparecían hombres como Escipión o César, muy superiores en talento a los clásicos generales aristócratas, pero su cualificación era, en buena medida, reflejo de un genio instintivo que otros no podían emular. Los personajes de este libro pueden contemplarse como excepciones de esa clase, como una minoría de comandantes auténticamente cualificados, producida por el sistema romano, junto a una gran mayoría de inútiles y de verdaderos incompetentes. En un paralelismo casi exacto, el sistema del ejército británico del siglo XVIII y comienzos del XIX, caracterizado por la compra y el patrocinio de cargos, produjo ocasionalmente figuras como las de Wellington y Moore, al lado de jefes tan funestos como Whitelocke, Elphinstone o Raglan.[3]

No obstante, un examen más profundo de las pruebas lleva a suponer que la mayoría de esas afirmaciones son, cuando menos, enormemente exageradas y, a menudo, sólo erróneas. Lejos de privar de poder al general, el sistema táctico romano lo concentraba en sus manos. Oficiales como los centuriones desempeñaban un papel de vital importancia, pero formaban parte de una jerarquía que situaba en su cima al comandante del Ejército y le permitía mantener un mayor control sobre los acontecimientos, y en ningún caso menor, como se ha llegado a veces a creer. Es evidente que algunos jefes del Ejército fueron mejores que otros en el Ejercicio de su tarea, pero las actuaciones en campaña de un Escipión, un Mario o un César no parecen haber sido profundamente diferentes de las de sus contemporáneos. Los mejores generales romanos dirigieron y controlaron a sus ejércitos como lo hubiera hecho cualquier otro aristócrata; la diferencia reside fundamentalmente en la capacitación con que lo hicieron. En muchos periodos, el nivel del jefe militar romano medio fue en realidad bastante alto, si se tiene en cuenta la carencia de preparación formal. A lo largo de los siglos, los romanos produjeron su cuota de incompetentes que condujeron a las legiones a desastres innecesarios, pero eso mismo es también válido para todos los ejércitos de la historia. Es extremadamente improbable que incluso los métodos modernos más sofisticados de selección y preparación de oficiales de alto rango dejen de producir de forma ocasional individuos enteramente incapacitados para el ejercicio de puestos superiores. Otros, que parecerían contar con todos los atributos necesarios para convertirse en generales exitosos, quizá fracasarán de manera estrepitosa por culpa de factores que se hallan fuera de su

control. Muchos generales romanos victoriosos se vanagloriaban abiertamente de su suerte, reconociendo (como escribiría César) que la fortuna desempeñaba en la guerra un papel incluso más determinante que en cualquier otra actividad humana.

Es posible que no esté nada de moda el estudio de las guerras y del papel desempeñado en ellas por los comandantes, pero eso no quiere decir que no tengan importancia o que carezcan de valor alguno. La guerra constituyó una buena parte de la historia de Roma, pues fue el éxito militar quien creó y, durante largo tiempo, conservó el Imperio. Otros factores de más amplio alcance —la actitud ante la guerra, y la capacidad y el deseo de Roma de dedicar enormes recursos humanos y materiales al desarrollo de aquélla—, se hallan en la base de la eficacia del aparato militar romano, pero no por ello convertían el éxito en algo inevitable. En la Segunda Guerra Púnica, tales factores permitieron a la República soportar la serie de extraordinarios desastres que les infligió Aníbal, pero la guerra no pudo ganarse hasta que no se encontró la manera de derrotar al enemigo en el campo de batalla. Los acontecimientos de una campaña, en especial las batallas y los sitios, se hallaban influidos de forma evidente por la presencia de un contexto más global; a pesar de todo y como muy bien sabían los romanos, eran extraordinariamente imprevisibles. En cualquier batalla, y en especial en aquéllas que se libraban con armas blancas, el resultado no era nunca enteramente seguro y venía determinado por numerosos factores, entre ellos la moral del caudillo. Las guerras no se ganaban hasta que el ejército romano conseguía derrotar a sus oponentes en el campo de batalla. Comprender cómo lo conseguían (o cómo no), nunca se reduce sencillamente a un asunto de certidumbres tan evidentes como los recursos, la ideología, e incluso el equipamiento o la táctica empleada, pues exige un conocimiento más amplio del comportamiento de los seres humanos como individuos y como grupos.

Toda la historia, incluida la militar, trata en definitiva de personas —de sus actitudes, emociones, acciones e interacciones—, y la mejor manera de conocer todo ello consiste en establecer lo que en realidad sucedió, antes de dedicarse a explicar por qué ocurrió así. Centrarse con excesiva profundidad en factores de mayor alcance puede llegar a oscurecer esa realidad tan fácilmente como aquella moda anticuada de presentar las batallas como si se libraran mediante símbolos sobre un mapa, donde la victoria recaía siempre en el bando que aplicaba con mayor precisión tácticas basadas en «principios de guerra» fijos. Las tácticas más imaginativas poseían escaso valor si un comandante era incapaz de situar su ejército —compuesto por miles o quizá decenas de miles de soldados— en el lugar adecuado y en el momento preciso para ponerlas en ejecución. Los asuntos prácticos,

como el controlar, hacer maniobrar y aprovisionar a un ejército, le ocupaban al jefe militar mucho más tiempo que el diseño de estrategias o tácticas inteligentes. En el curso de una campaña o de una batalla, las acciones del general influían más que las de cualquier otra persona por muy importante que ésta fuera. Para bien o para mal, importaba mucho lo que el comandante hacía o dejaba de hacer.

Las fuentes

La mayor parte de los testimonios sobre las carreras de los generales romanos con que contamos derivan, sobre todo, de relatos literarios griegos y latinos que refieren sus acciones. Tenemos en ocasiones una fuente suplementaria en forma de esculturas u otras representaciones de los jefes militares, con inscripciones que recuerdan sus hazañas, y, raras veces, los vestigios excavados de las operaciones de sus ejércitos, como en el caso de los restos de las máquinas de asedio. Aunque todo eso sea de gran valor, sólo es en los relatos escritos donde se nos cuenta en realidad qué hicieron los generales y cómo operaron sus ejércitos. Como ya hemos señalado, la selección de los personajes de los capítulos que vienen a continuación debe mucho a la supervivencia de descripciones adecuadas de sus campañas, y sólo ha llegado hasta nosotros una pequeña fracción de las obras escritas en la Antigüedad. De otros muchos libros sólo conocemos el título o fragmentos tan breves que carecen de cualquier valor. Somos extraordinariamente afortunados por contar con los *Comentarios*, donde el propio Julio César describe sus campañas en la Galia y la Guerra Civil. Como es lógico, un relato de esa clase es siempre favorable al autor, pero la riqueza de detalles que suministra de sus actividades nos ofrece un cuadro de incalculable valor sobre la forma de actuar de un general en el campo de batalla. De manera significativa, resalta también los atributos y las hazañas que una audiencia formada por romanos contemporáneos consideraba como más admirables en un jefe militar. Muchos otros generales romanos, quizá la mayoría, debieron redactar asimismo sus *Comentarios*, pero ninguno de esos relatos ha llegado hasta nosotros bajo una forma que nos sea de alguna utilidad. En el mejor de los casos, podemos encontrar rastros de esas obras perdidos en narraciones de historiadores posteriores, que las utilizarían como fuentes.

En primer lugar, las operaciones de César se conocieron a partir de la propia descripción que él mismo hizo de ellas, y sólo de manera ocasional tienen como suplemento la información de otros autores. Las grandes victorias de su contemporáneo y rival, Pompeyo el Grande, las describieron

con detalle autores que redactaron sus escritos más de un siglo después de su muerte. Esa enorme distancia entre los propios acontecimientos y los primeros relatos supervivientes que tenemos de ellos es habitual en buena parte de la historia griega y romana. Es demasiado fácil olvidar que nuestras fuentes más detalladas para Alejandro Magno se escribieron más de cuatrocientos años después de su reinado. En ocasiones somos más afortunados y contamos con una obra escrita por un testigo presencial de muchos de los sucesos que relata. Polibio acompañó a Escipión Emiliano a Cartago en 147-146 a.C., y quizá estuvo también en Numancia, aunque de hecho su descripción de esas operaciones se ha conservado, sobre todo, en pasajes escritos por otros autores. De forma más directa, Josefo estuvo con Tito en el sitio de Jerusalén, Amiano sirvió brevemente en la Galia y en la expedición a Persia bajo Juliano el Apóstata, mientras Procopio acompañaba a Belisario en todas sus campañas. En ocasiones, otros autores hacen referencia a relatos perdidos de testigos presenciales, pero no es habitual que los historiadores antiguos proporcionen las fuentes de la información que nos ofrecen. En numerosos casos, contamos simplemente con una narración redactada muchos años después del acontecimiento, y cuya fiabilidad es, por lo general, imposible de aceptar o desechar por entero.

Son numerosos los historiadores antiguos que inician sus obras con un alegato en defensa de su intención de plasmar la verdad. Sin embargo, para ellos es aún más importante redactar un texto lleno de dramatismo y fácilmente legible, pues se creía que, tanto o más que informar, la historia debía entretener. En ocasiones, una determinada tendencia personal o política conducía a la distorsión consciente de la verdad, mientras que otras veces, unas fuentes inadecuadas o inexistentes se veían complementadas por invenciones, empleando a menudo temas tradicionales retóricos. En otros casos, la ignorancia militar del autor le llevaba a malinterpretar su fuente, como cuando Livio hace una mala traducción de la descripción que nos ofrece Polibio de la falange macedónica en actitud de abatir las picas para disponerlas en posición de combate; aquél entiende que bajaban las picas para luchar a espada. Se trata de un caso singular, porque han llegado hasta nosotros los textos de la fuente original y una versión posterior, pero sólo raras veces podemos permitirnos ese lujo. En ciertas campañas contamos con más de una fuente que describe los mismos sucesos, permitiéndonos comparar los detalles, pero es más frecuente que debamos fiarnos de un relato único; si rechazamos su testimonio, lo normal es que no tengamos ningún otro para sustituirlo. Finalmente, debe quedar claro que apenas podemos hacer algo más que evaluar la fiabilidad de cada relato y dejar registrado nuestro mayor o menor grado de escepticismo.

Política y guerra: desde los inicios hasta el 218 a.C.

Los romanos no comenzaron a escribir historia hasta finales del siglo III a.C., y fueron prácticamente ignorados por los autores griegos más o menos hasta esa misma época. Sólo fue a partir de la derrota de Cartago, en el 201 a.C., cuando empezaron a redactarse historias de Roma. Por lo que respecta al periodo anterior al de los recuerdos vivos, quedaban algunos registros formales de leyes, los nombres de los magistrados elegidos anualmente y la celebración de festividades religiosas, pero casi nada capaz de añadir algo de carne a esos huesos desnudos, si se exceptúa algún recuerdo popular, poemas y canciones, la mayor parte de ellos para celebrar hazañas de las grandes casas aristocráticas. Posteriormente, esta rica cultura oral contribuiría a inspirar las historias que Livio y otros autores contarían sobre los primeros tiempos de Roma, sobre la fundación de la ciudad por Rómulo y sobre los seis reyes que le sucedieron, hasta la expulsión del último de ellos y la conversión de Roma en una república. Seguro que, en esos relatos, hay numerosas aportaciones verídicas que cuentan con una débil base en que apoyarse, entrelazadas con invenciones románticas, pero que, en la actualidad, es ya imposible deslindarlas. En lugar de ello, informaremos simplemente de las tradiciones relativas a la jefatura militar en Roma.[4]

Fundada según la tradición en el 753 a.C., Roma fue durante siglos una pequeña comunidad (o probablemente varios pequeños núcleos que, con el paso de los años, formaron uno solo). La clase de guerra que llevaron a cabo los romanos en esos años era también de escala menor, como correspondía a unas comunidades de aquel tamaño, consistiendo en incursiones de saqueo y apropiaciones de ganado, mezcladas con escaramuzas ocasionales. La mayoría de los líderes romanos eran caudillos guerreros, siguiendo el modelo heroico (aunque las historias a propósito de la sabiduría y la piedad del rey Numa hacen creer que también se consideraban dignos de tener en cuenta otros atributos). Esos reyes y caudillos se habían convertido en líderes porque, en tiempos de guerra, peleaban con probado valor. Se parecen en muchos aspectos a los héroes de *La Ilíada*, que luchaban para que las gentes pudieran decir: «No sin gloria imperan nuestros reyes en la Licia; y si comen pingües ovejas y beben exquisito vino, dulce como la miel, también son esforzados, pues combaten al frente de los licios.»[5]

La revolución que convirtió Roma de monarquía en república parece haber hecho muy poco por cambiar la naturaleza de la jefatura militar, pues se esperaba de las figuras descollantes del nuevo Estado que lucharan también de manera valerosa. El ideal heroico consistía en lanzarse al frente de los demás guerreros y trabar combate con los cabecillas enemigos,

peleando y venciendo a la vista de todos. En ocasiones, esos duelos podían acordarse formalmente con el enemigo, como cuando los tres hermanos Horacios lucharon como campeones de Roma contra los tres hermanos Curiacios de la vecina Alba. Según la leyenda, dos de los Horacios cayeron muertos rápidamente, no sin antes dejar malheridos a sus adversarios. Entonces, el último de los Horacios simuló una huida, consiguiendo que los Curiacios le persiguieran hasta separarse; en ese momento, Horacio giró sobre sus pasos y fue matándolos uno por uno. De regreso a Roma en medio de las aclamaciones del Ejército y de los ciudadanos, el vencedor mató entonces a su propia hermana por no haberle recibido con el entusiasmo requerido —era la prometida de uno de los Curiacios—. Se trata de una narración sobre héroes individuales, incluso aunque su conclusión sea brutal y se utilice para ilustrar cómo la conducta de los hombres violentos, incluidos en una comunidad más amplia, acaba sometiéndose a reglas. Otro de esos relatos hablaba de Horacio Cocles, el hombre que rechazó a todo el ejército etrusco mientras se hundía tras él el puente que cruzaba el Tíber, para nadar, a continuación, hasta ponerse a salvo. Sean o no ciertos, esos escritos testimonian una clase de guerra prevaleciente en numerosas culturas primitivas.[6]

Un rasgo característico de los relatos de la Roma de los inicios fue el deseo de aceptar a los extranjeros en la comunidad, algo bastante raro en cualquier otro lugar del mundo antiguo. Roma creció rápidamente en tamaño y población, y la escala de sus guerras fue ampliándose también al mismo ritmo. Aquellas bandas de guerreros seguidoras de un líder heroico individual se vieron sustituidas por levas más numerosas de quienes podían proveerse del necesario equipo de combate. Con el tiempo —y no conocemos muy bien este proceso para el caso de Roma ni tampoco para el de cualquier otra ciudad griega o italiana—, los romanos comenzaron a luchar como hoplitas, formando un bloque compacto o falange. Los hoplitas portaban un escudo redondo, con un lado recubierto de bronce y de alrededor de un metro de diámetro, vestían casco, coraza y grebas, y luchaban fundamentalmente con una larga lanza puntiaguda. La falange hoplita ofrecía escasas oportunidades a la presencia de acciones notables de heroísmo pues, en una formación tan densa, aquellos soldados sólo podían ver poco más allá de lo que estaba sucediendo en un radio de algunos metros. Desde el momento en que un pequeño número de héroes dejaron de dominar las batallas y en que el resultado lo decidían, en su lugar, cientos, a veces miles, de hoplitas luchando codo a codo, también fue cambiando el equilibrio político de la comunidad. De la misma manera en que reyes y caudillos habían justificado su autoridad en la preeminencia bélica, así también la clase de los hoplitas exigía ahora influir sobre el Estado de

acuerdo con el papel que desempeñaba en el campo de batalla. Con el tiempo, comenzaron a elegir anualmente a sus propios líderes para presidir el Estado, tanto en tiempos de paz como de guerra. Muchos de esos hombres procedían aún de un reducido grupo de familias, descendientes sobre todo de la vieja aristocracia guerrera, nada dispuesta a ceder el poder. Después de cierto número de experimentos con diferentes sistemas de magistraturas, llegó a establecerse la práctica de escoger por elección dos cónsules para que actuaran como funcionarios ejecutivos máximos de la República. Esa votación tenía lugar en una asamblea conocida como los *Comitia Centuriata*, en la que los ciudadanos votaban por grupos constituidos según su función en el ejército.[7]

Los cónsules poseían un poder o *imperium* igual, pues los romanos temían conceder la autoridad suprema a cualquier individuo, pero, por lo general, cada uno de ellos recibía una zona de mando independiente de la del otro. En el siglo IV a.C., algunos enemigos obligaron a colocar todos los recursos militares de Roma en manos de los dos cónsules. Eso era asimismo un indicio del aumento de tamaño de la República y de la escala cada vez mayor de sus contiendas, pues hubo numerosos años en que se libraron de forma simultánea guerras contra dos enemigos. En su origen, la palabra *legio* (legión) significó simplemente «leva» y hacía referencia a todas las fuerzas reclutadas por la República en tiempos de conflicto. Es probable que, desde los primeros tiempos del consulado, la división de la leva en dos se volviera práctica normal, proporcionando así a cada magistrado una fuerza bajo su mando; con el tiempo, la «legión» se convirtió en el nombre de esa subdivisión. Posteriormente, el número se incrementaría una vez más y la organización interna de cada legión se fue haciendo mucho más compleja. La República romana continuó creciendo, derrotando a los etruscos, a los samnitas y a muchos otros pueblos italianos, antes de someter las colonias griegas en territorio italiano a principios del siglo III a.C.

No obstante, numerosos detalles dan fe de que Italia constituía un atraso desde el punto de vista militar y, junto a otros pueblos italianos, los romanos eran bastante primitivos en sus métodos bélicos. A finales del siglo V a.C., las Guerras del Peloponeso entre Atenas y Esparta, y los aliados de ambas, fueron testigo del rechazo de muchas de las convenciones en la manera de hacer la guerra de los hoplitas. En el siglo IV a.C., eran numerosos los estados griegos que confiaban cada vez más su defensa a grupos reducidos de soldados profesionales o mercenarios, en lugar de hacerlo en aquella falange tradicional, reclutada cuando era necesario, entre todos los ciudadanos capaces de aportar el armamento de un hoplita. Los ejércitos se volvieron más complejos, albergando en su seno diferentes clases de infantería y, en ocasiones, de caballería, mientras las campañas duraban más que

en el pasado y los asedios tenían lugar cada vez más a menudo. Esa manera de luchar exigió mucho más de los generales que en aquellos días en que, sencillamente, dos falanges se lanzaban la una contra la otra en una llanura y el comandante se limitaba sólo a ocupar su lugar en primera fila para encorajinar a sus hombres.

Aunque la mayoría de esas innovaciones aparecieron por primera vez en los estados griegos, serían los bárbaros reyes macedonios del norte quienes crearían un ejército mucho más eficaz (en el que caballería e infantería luchaban apoyándose mutuamente, avanzando con toda rapidez para sorprender al enemigo), y capaz de tomar ciudades amuralladas si era necesario. Filipo II y Alejandro dominaron toda Grecia antes de que este último pasara a Asia y se lanzara hacia el este a través de Persia, llegando hasta la India. Se dice que Alejandro dormía con una copia de *La Ilíada* bajo la almohada y que deseaba conscientemente que se comparara su persona a la de Aquiles, el más grande de los héroes homéricos. Antes del inicio de la batalla, Alejandro tenía sumo cuidado en maniobrar y desplegar su ejército para poder avanzar y aplicar una presión coordinada a lo largo de todo el frente enemigo. A continuación, en el momento decisivo, dirigiría su caballería personal en una carga contra el punto más vulnerable de la línea enemiga. De esa manera, encorajinaba a sus soldados para que realizaran actos de valor pero, una vez iniciada la lucha, la influencia directa que él pudiera ejercer sobre el curso de la batalla era escasa. Por el contrario, confiaba en sus oficiales para que controlaran las tropas en otros sectores del campo, aunque es bien notorio que hizo escaso uso de reservas, en buena medida porque no habría tenido posibilidad alguna de enviar la orden para que esas tropas se implicaran en el combate, una vez iniciada la lucha. Alejandro fue un líder excepcionalmente audaz, pagando como precio por esa forma de mandar un largo catálogo de heridas, recibidas muchas de ellas en combates cuerpo a cuerpo.[8]

Pocos de los generales del Sucesor, que dividieron su imperio en las décadas posteriores a su muerte, eran tan atrevidos; no obstante, muchos se vieron obligados en algún momento a dirigir una carga en persona. El rey Pirro, de Épiro, que se proclamaba descendiente directo de Aquiles, fue uno de los más decididos en la lucha cuerpo a cuerpo, hasta el punto de que pereció, finalmente, cuando dirigía a sus hombres en el asalto a una ciudad. Fue también un soldado que dedicaba su tiempo a reflexionar y que redactó un manual sobre el generalato que, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros. Plutarco afirma que, en la batalla, aunque «se exponía en combates personales y rechazaba a cuantos salían a su encuentro, conservaba siempre una visión completa de la evolución del combate y nunca perdía su presencia de espíritu. Dirigía la acción como si estuviera contem-

plándola desde la distancia, aunque se hallaba siempre en todas partes y siempre se las ingeniaba para encontrarse a mano y apoyar a sus tropas allí donde la presión era más fuerte».[9] El heroísmo personal en un jefe del Ejército, en especial cuando se trataba de un monarca, aún se consideraba como adecuado y admirable, pero también se esperaba de él que dirigiera cuidadosamente a su ejército. Las más grandes victorias de Alejandro las obtuvo sobre enemigos mucho menos eficaces en el combate directo que sus macedonios, pero sus sucesores dedicaron buena parte de su tiempo a luchar entre sí y, por ello, se enfrentaban por lo general con ejércitos casi idénticos en equipo, táctica y doctrina al suyo propio. Careciendo de superioridad sobre el adversario, los comandantes debían tratar de conseguir alguna ventaja especial para asegurarse la victoria. La teoría militar que floreció en ese periodo se relacionó en gran medida con las condiciones adecuadas en las que un comandante debería presentar batalla.

Los romanos se enfrentaron por primera vez con un moderno ejército helenístico cuando, en el 280 a.C., Pirro fue en ayuda de la ciudad griega de Tarento, en la Italia meridional, que mantenía un conflicto con Roma. Después de sufrir dos importantes derrotas, los romanos consiguieron vencer al rey de Épiro, en el 275, en Malventum, pero la porfiada capacidad de recuperación de los legionarios romanos tuvo más que ver con ese éxito que cualquier otro don de mando. En muchos aspectos, el estilo romano de mando pertenecía a una época más antigua y más sencilla, con menores expectativas de verse obligado a realizar prolongadas maniobras antes del enfrentamiento directo, ya que cada bando trataba de conseguir el mayor número posible de ventajas, aunque fueran pequeñas. Además, una vez iniciado el combate, la conducta del general romano difería de forma señalada de la de su adversario helenista. Magistrado más que rey, el romano no ocupaba un lugar fijo en el campo de batalla, ni tampoco contaba con una guardia real a cuya cabeza se esperaba de él que cargase contra el enemigo. El cónsul se situaba allí donde consideraba que tendría lugar el combate más duro y durante la batalla se movía por detrás de la línea del frente, animando y dirigiendo a las tropas. Los ejércitos helenísticos hacían uso de las reservas en muy contadas ocasiones, pero, cuando daba inicio el combate, la formación básica de la legión romana mantenía a la mitad o a los dos tercios de sus hombres por detrás de la línea del frente. Era tarea del general hacer entrar en liza estas tropas de refresco a medida que la situación lo requería.

Ciertamente, Roma no había abandonado todas las tradiciones heroicas y, en ocasiones, los generales se implicaban de forma directa en el combate. Numerosos aristócratas se vanagloriaban del número de veces que habían luchado y vencido en combates singulares, si bien lo más probable es

que, en el siglo III a.C., realizaran estos últimos mientras prestaban servicio en cargos menores. En el 295 a.C., en Sentinum, uno de los dos cónsules, que marchaba con su ejército —una fuerza extraordinariamente grande para hacer frente a una confederación de enemigos samnitas, etruscos y galos—, ejecutó un ritual arcaico cuando «se ofreció» a sí mismo en sacrificio a la Tierra y a los dioses del mundo inferior para salvar al ejército del pueblo romano. Una vez completado el ritual, este hombre, de nombre Publio Decio Mus, espoleó su montura en una carga en solitario contra los galos y fue muerto rápidamente. Livio afirma que, de modo formal, había entregado su mando a un subordinado antes de ese suicidio ritual (un gesto que parecía tener algo de tradición familiar, pues su padre había actuado de la misma manera el 340 a.C.). Sentinum finalizó después de dura lucha y de una costosa victoria romana.[10]

Una de las más importantes características de un aristócrata romano era la *virtus*, de la que su derivado moderno, «virtud», no deja de ser más que una pobre traducción. *Virtus* comprendía todas las cualidades marciales importantes, incluidas no sólo la valentía física y la habilidad en el manejo de las armas, sino también el coraje moral y otros dones de un comandante. De un noble romano se esperaba que fuera capaz de desplegar un ejército en orden de batalla y controlarlo durante la lucha, prestando atención al más nimio detalle de las unidades, una por una, y de su compromiso en el combate. Debía poseer la confianza y el buen sentido suficiente para tomar decisiones adecuadas, manteniéndolas con firmeza, o tener la valentía de confesar un error como propio. Por encima de todo, no debía dudar nunca de que Roma alcanzaría finalmente la victoria. Un ideal de esa clase permitía un amplio abanico de interpretaciones. Como es lógico, algunos hombres siguieron insistiendo en el aspecto de la heroicidad individual, pero se trataba de una clara minoría ya en la época de la Primera Guerra Púnica cuando, por primera vez, podemos contar con un indicio de la conducta de los jefes militares de Roma en el campo de batalla. Incluso aquéllos que aún aspiraban a realizar acciones personales de valor advirtieron que eso no les permitía sentirse liberados del compromiso de la dirección de su ejército, pues tales acciones eran simplemente una fuente de gloria adicional y no alteraban el papel más importante del comandante.[11]

El contexto del mando

En Roma, guerra y política se hallaban inseparablemente unidas y, según exigía su condición, se esperaba que sus líderes fueran capaces de guiar la vida pública en el Foro o de dirigir un ejército en campaña. Desde el mo-

mento en que los enemigos extranjeros suponían una amenaza seria y evidente a la prosperidad del Estado, e incluso, en ocasiones, a su propia existencia, se consideraba que la derrota de un adversario en guerra era la hazaña más grande que cualquier líder podía alcanzar y la que le reportaba mayor cuota de gloria. Como quiera que, durante siglos, fue de la clase senatorial de donde procedían todos los magistrados y los jefes supremos del Estado, la capacidad para proporcionar líderes militares que obtuvieran éxitos se convirtió en el eje central de la propia imagen de esa misma clase. Posteriormente, incluso los emperadores menos belicistas —y debemos recordar que nuestra palabra «emperador» deriva del latín *imperator* o general— alardeaban de los éxitos conseguidos por sus ejércitos y sufrían un serio descenso en su prestigio si las campañas militares iban mal. Hasta finales de la época antigua, los hombres que mandaban los ejércitos de Roma seguían una carrera, el *cursus honorum*, que les permitía alcanzar cargos civiles y militares. Se contaba con que los gobernadores de una provincia administraran y dispensaran justicia o que hicieran la guerra, dependiendo de la situación. No obstante, constituye un grave error contemplar el sistema romano con una mirada actual y afirmar que sus jefes militares no eran de ninguna manera soldados, sino políticos, pues eran ambas cosas a la vez. La gloria militar ayudaba en la carrera política de un hombre y, en contrapartida, podía también conceder mayores oportunidades para obtener el mando del Ejército en una guerra. Incluso aquéllos cuyo talento les capacitaba en mayor manera para la lucha o para la política deberían contar, al menos, con cierta habilidad en ambos campos si se les presentaba la oportunidad de demostrar su talento.

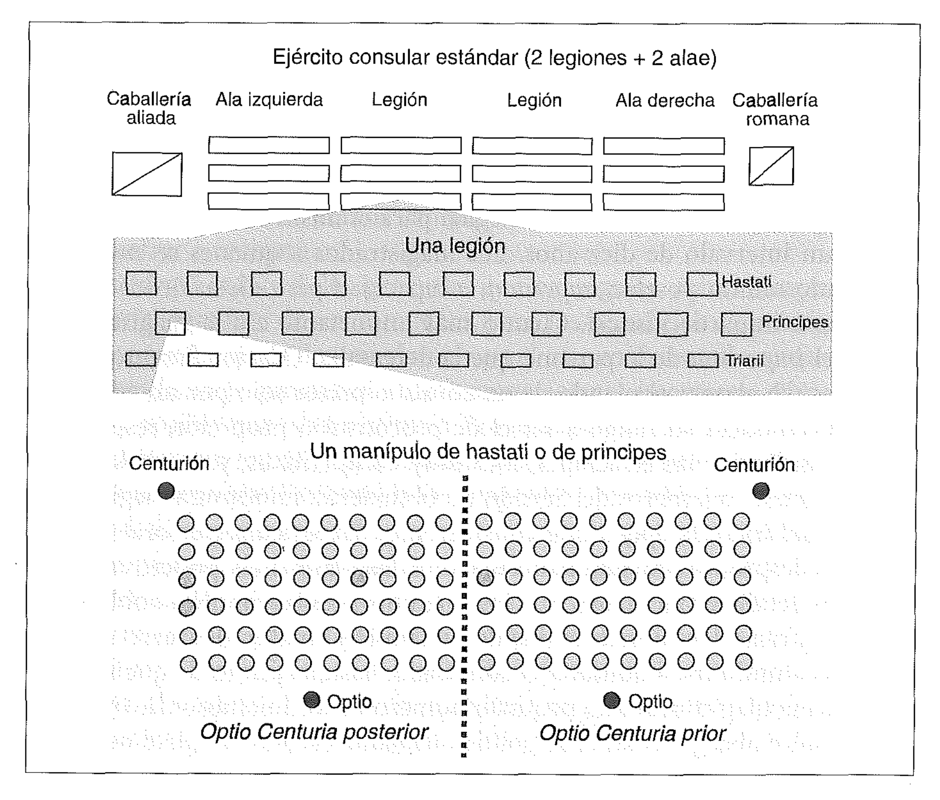
De forma habitual, los generales que conseguían éxitos se aprovechaban financieramente de sus campañas, pero los beneficios en prestigio eran aún mayores. Después de una victoria en el campo de batalla, el ejército de un comandante le proclamaba de manera formal *imperator*. A continuación, era posible que, a su regreso a Roma, esperase la concesión del derecho a celebrar un triunfo, aquel momento en que él mismo, junto a sus tropas, desfilaría por la Via Sacra, la «vía sagrada», que conducía al corazón de la ciudad. El general avanzaba en un carro tirado por cuatro caballos, con el rostro pintado de rojo y ataviado de manera que se pareciese a las antiguas estatuas de terracota de Jupiter Optimus Maximus. Ese día recibía casi un tratamiento de personaje divino aunque, en la misma cuadriga, un esclavo, situado inmediatamente tras él, iba recordándole con persistencia su condición de mortal. Un triunfo constituía un gran honor, algo que la familia continuaría conmemorando durante generaciones. Muchos de los más impresionantes edificios de Roma los hicieron levantar o restaurar generales victoriosos, que usaron para ello los botines conseguidos en la guerra, y la

casa familiar estaría decorada permanentemente con los símbolos coronados de un triunfo. Sólo una minoría de senadores lo conseguía, pero incluso este pequeño grupo se empecinaba en demostrar que el suyo era superior al de cualquier otro. Las inscripciones que recogen las hazañas de los jefes militares acostumbran a ser enormemente detalladas y la mayoría trata de cuantificar el éxito, recogiendo el número de enemigos muertos o esclavizados, el de las ciudades conquistadas o el de los navíos de guerra apresados. Para un aristócrata romano era siempre importante alcanzar victorias mayores y mejores que las de los demás senadores.

El *cursus honorum* fue variando en forma y flexibilidad a lo largo de los siglos, pero conservó siempre un ciclo político anual. Se creía que en la época de la Segunda Guerra Púnica comenzaba con diez años completos o diez campañas de servicio militar en la caballería, en el séquito de un miembro de la familia o de un amigo, o de funcionario, como en el caso de un tribuno militar. Un hombre que hubiera pasado por eso podía conseguir, a continuación, y de manera electiva, el cargo de *quaestor*, que contaba esencialmente con responsabilidades financieras, pero podía también llegar a actuar como segundo cónsul, con mando militar. Los cargos que seguían a un año de cuestor, tales como el de tribuno de la plebe y edil, no tenían responsabilidades militares, pero, hacia el año 218 a.C., la pretura implicaba en ocasiones mando en el ejército. Sin embargo, las campañas más importantes se adjudicaban siempre a los cónsules anuales. Todas esas magistraturas se detentaban únicamente por doce meses y se consideraba que ninguna persona podía ser reelegida para el mismo cargo antes de que pasara un intervalo de diez años. Los magistrados a quienes se entregaba un mando militar poseían *imperium*, o capacidad para dictar órdenes a los soldados e impartir justicia. Cuanto más importante era la magistratura, mayor el *imperium* de la persona que la detentaba. Ocasionalmente, el Senado decidía alargar el mando de un cónsul o pretor sólo por un año más, pasando entonces su rango a ser el de procónsul o propretor, respectivamente. En Roma, las elecciones eran muy competitivas, y muchos de los casi trescientos miembros del Senado no obtuvieron nunca una magistratura, sea cual fuere la época que consideremos. El sistema electoral ofrecía un peso desproporcionadamente mayor a las clases más poderosas de la sociedad, tendiendo a favorecer a los miembros de las familias nobles más antiguas y ricas. Un número reducido de familias senatoriales de recio abolengo acostumbraba a dominar el consulado, hasta el punto de que sólo alcanzaba esa magistratura un pequeño número de los miembros de otras familias. Sin embargo, el sistema político romano no era completamente rígido. Aunque se puede hablar siempre de una élite interna de familias, la pertenencia a este grupo se fue alterando a medida que pasaban las déca-

das, bien porque se acababa una línea genealógica o bien porque se veía suplantada por otras. Asimismo, siempre era posible que un hombre, cuya familia nunca había conseguido el consulado, se hiciera con el cargo.

En un libro de esta naturaleza no es posible describir con detalle la evolución del ejército romano, pero también es obviamente importante proporcionar algún indicativo de las fuerzas de que disponía cada general. Donde damos inicio a nuestra investigación, el ejército romano se reclutaba entre todos los ciudadanos varones que poseyeran propiedades con las que equiparse para la guerra. Los más ricos servían como caballeros, pues tenían capacidad para proporcionarse un caballo, armadura y armas. El núcleo del Ejército lo constituía la infantería pesada, cuyos miembros procedían, por lo general, de la clase de los pequeños propietarios de tierras. Los pobres se enrolaban en la infantería ligera, no necesitaban armadura alguna y también podían servir como remeros en la flota. Cada legión estaba formada por estos tres elementos: 300 caballeros, 3.000 infantes pesados y 1.200 ligeros (*velites*). Se conocía como *hastati* a los mil doscientos más jóvenes, que luchaban en primera línea. Se llamaba *principes* a quienes se en-



El ejército manipular

contraban en la flor de la vida, que se situaban en segunda línea, mientras que seiscientos veteranos, o *triarii*, formaban la retaguardia.

Cada línea se hallaba compuesta por diez unidades tácticas o manípulos, divididos en dos unidades administrativas, o centurias, cada una de ellas al mando de un centurión. Quien mandaba la centuria situada a la derecha era el superior y tenía a sus órdenes todo el manípulo cuando los dos se hallaban presentes. Los manípulos de cada línea se disponían de tal manera que, en su frente, dejaban espacios iguales entre cada una de las unidades y la siguiente, de tal manera que la formación de la legión semejaba un tablero de damas (*quincunx*). En campaña, cada una de las legiones romanas recibía el apoyo de un *ala* de aliados latinos o italianos, compuesta aproximadamente por un número de infantería igual al de la legión, pero hasta el triple de soldados de caballería. Un cónsul recibía, por lo general, el mando de dos legiones y dos *alae*. En su formación estándar, las dos legiones quedaban situadas en el centro, con un *ala* a cada flanco, por lo que éstas recibían, por lo general, el nombre de *ala* derecha e izquierda, respectivamente. Una parte de las tropas aliadas —por lo común, un quinto de la infantería y un tercio de la caballería— quedaba separada de las *alae* para formar el cuerpo de *extraordinarii*, que se ponía a disposición inmediata del jefe del Ejército. A menudo, estos *extraordinarii* se utilizaban como vanguardia de la columna, en el avance, o como retaguardia, en la retirada.[12]

Los soldados romanos no eran profesionales, sino hombres que servían en el Ejército como una obligación para con la República. Es bastante habitual que se haga referencia al Ejército como a una milicia, pero quizá sea preferible considerarlo un Ejército de reclutas, pues los soldados pasaban a menudo varios años consecutivos sirviendo en las legiones, aunque se cree que a nadie se le obligaba a servir por encima de dieciséis años. El servicio militar constituía un interludio en la vida normal, si bien no parece que eso levantara demasiadas quejas. Una vez en el ejército, los ciudadanos quedaban sujetos de forma voluntaria a un sistema disciplinario extremadamente duro, en el que veían perderse una buena parte de sus derechos legales hasta el momento del licenciamiento. Podían castigarse con gran dureza incluso las infracciones de carácter leve, mientras que los quebrantamientos graves de la disciplina estaban penados con la muerte. El ejército romano fue esencialmente una fuerza no permanente, en el que las legiones se desmovilizaban cuando el Senado decidía que ya eran innecesarias. Aunque podía muy bien suceder que se volviera a movilizar a los soldados para servir una vez más a la República, nunca sería en las mismas unidades ni con los mismos mandos. Cada ejército y cada legión eran únicos e irían aumentando su eficacia de manera gradual a medida que continuaban su preparación. Las legiones en servicio activo se hallaban muy a menudo bien

adiestradas y disciplinadas, pero así que eran licenciadas, el proceso debía iniciarse una vez más con nuevos ejércitos. Encontramos allí, por tanto, una extraña mezcla de disciplina y organización (tan estrictas como las de muchos de los ejércitos profesionales), junto a la no permanencia, en un ciclo continuo de reclutamiento, instrucción y desmovilización, antes de iniciarlo de nuevo.

Finalmente, es importante reseñar algunos de los factores que restringían la libertad del general en todo el periodo objeto de nuestro estudio. Uno de los más importantes era la limitación en la rapidez con que podían comunicarse las informaciones. Si tenemos en cuenta la práctica real, aquélla no era nunca superior al ritmo de un correo a caballo. Hasta nosotros han quedado registrados ejemplos de personas que hicieron jornadas muy largas en muy poco tiempo y, durante el Principado, se creó el correo imperial, con el fin de contar con mensajeros provistos de caballos de refresco a intervalos regulares. Siempre fue más fácil enviar esos mensajes durante el Imperio, a través de provincias controladas y mediante un sistema de vías mantenidas en buen estado de conservación. El entramado de vías construidas por los romanos facilitó esa comunicación y el movimiento de hombres y suministros en general, pero, realmente, sólo fueron de valor en el interior de las provincias. Más allá de las fronteras, las operaciones ofensivas se efectuaban a menudo por una red de vías y caminos mucho más simple. En ocasiones, el ejército romano diseñó también sistemas de señales, mediante el uso de banderas o, más frecuentemente, de faros; pero tales mecanismos sólo podían trasladar los mensajes más sencillos y, en cualquier caso, en la práctica nada más podía utilizarlos un ejército cuyas posiciones fueran fijas, a lo largo de una línea fronteriza o, en ocasiones, en un asedio.

La consecuencia más importante de todo eso fue la de que, en el campo de batalla, un general contaba con numerosos periodos de considerable libertad de acción, pues era imposible dirigir las operaciones en detalle desde el centro del poder en Roma. Era, asimismo, extremadamente difícil controlar las divisiones de un ejército desplegado incluso a una distancia modesta, hecho éste que animaba en la mayoría de los casos a los jefes militares a mantener sus fuerzas concentradas. El mundo antiguo carecía casi por entero de mapas, habiendo ciertamente muy pocos, si es que alguno, con el detalle y la fidelidad suficientes para prestar un buen servicio en la planificación de operaciones militares. Los comandantes podían reunir información sobre el territorio a partir de varias fuentes —si la lucha se realizaba en una provincia, la cantidad y calidad de esa información aumentaba considerablemente—, pero lo más práctico consistía en enviar a alguien por delante en misión de exploración. A menudo, los generales podían realizar ese reconocimiento en persona, de la misma manera en que, también en nu-

merosas ocasiones, interrogaban de manera personal a los prisioneros o entrevistaban a los mercaderes o a los miembros de la población local para conseguir noticias. El alcance comparativamente corto del armamento, pues quedaba limitado aún de forma esencial a la fuerza muscular, y el tamaño de los ejércitos, aseguraba que un general pudiera situarse en una posición desde la que poder observar todo su ejército, así como al del enemigo, durante una batalla. La visibilidad se veía asimismo condicionada por el propio terreno, por las condiciones atmosféricas y por la capacidad del ojo humano, sin poder beneficiarse siquiera de artilugios ópticos tan sencillos como el catalejo.

Por todo ello, los comandantes militares romanos tenían la posibilidad de dirigir las operaciones a un nivel mucho más inmediato y personal que en los sistemas de guerra más recientes. En campaña, y durante las batallas y los sitios, los generales romanos se mostraban muy activos, pasando una buena parte del tiempo cerca del enemigo y expuestos, por ello, a heridas o a la muerte producidas por algún arma arrojadiza o por atacantes que actuaban de improviso. Aunque habían dejado ya de ser líderes al estilo de Alejandro, de alguna manera se sentían muy próximos a sus hombres, compartiendo la dureza de la campaña de una forma que podría considerarse característicamente romana. Cualquiera que fuese la realidad política y social, persistía el ideal del general como un conciudadano y como un camarada soldado (*commiles*), que participaba de una empresa común con el resto del Ejército.[13]

Notas

1. Onasandro, *El general* 33. 6 (trad. de Loeb, ligeramente modificada).
2. Sobre la teoría militar romana, véase J. Campbell, «Teach yourself how to be a general», *Journal of Roman Studies* 77, 1987, pp. 13-29, y K. Gilliver, *The Roman Art of War*, 2000; sobre los factores determinantes en el nombramiento de comandantes, contrástese E. Birley, *The Roman Army, Papers 1929-1986*, 1988, pp. 75-114, y J. Campbell, «Who were the *viri militares*?», *Journal of Roman Studies* 65, 1975, pp. 11-31.
3. Sobre la baja opinión que se tiene generalmente de los comandantes romanos, véase la obra del teniente general J. Fuller, *Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant*, 1965, pp. 74-75; W. Messer, «Mutiny in the Roman Army of the Republic», *Classical Philology* 15, 1920, pp. 158-175, esp. p. 158; F. Adcock, *The Roman Art of War under the Republic*, 1940, p. 101. El antiguo comentario de Moltke de que «en la guerra, con todas sus fricciones, incluso ser mediocre es ya toda una hazaña», está citado en M. Van Creveld, *Command in War*, 1985, p. 13.
4. Un trabajo reciente sobre la primitiva historia de Roma en T. Cornell, *The Beginnings of Rome*, 1995.
5. *Ilíada* 12. 318-321 (trad. L. Segalá, Aguilar, 1965).
6. Los Horacios y los Curiacios, en Livio 1. 23-27, Horatius Cocles, en 2. 10-11.

7. Sobre la primitiva organización militar de Roma, véase Cornell, 1995, pp. 173-197; B. D'Agustino, «Military Organization and Social Structure in Archaic Etruria», en O. Murray y S. Price (eds.), *The Greek City*, Oxford, 1990, pp. 59-82; E. McCarteney, «The Military Indebtedness of Early Rome to Etruria», *Memoirs of the American Academy at Rome* 1, 1917, pp. 122-167; M. P. Nilsson, «The Introduction of Hoplite Tactics at Rome», *Journal of Roman Studies* 19, 1929, pp. 1-11; E. Rawson, «The Literary Sources for the Pre-Marian Roman Army», *Papers of the British School at Rome* 39, 1971, pp. 13-31; L. Rawlings, «Condottieri and Clansmen: Early Italian Warfare and the State», en K. Hopwood, *Organized Crime in the Ancient World*, Swansea, 2001; y A. M. Snodgrass, «The Hoplite Reform and History», *Journal of Hellenic Studies* 85, 1965, pp. 110-122.
8. Sobre el papel de los comandantes en los ejércitos griegos, véase E. Wheeler, «The General as Hoplite», en V. Hanson (ed.), *Hoplites: the Classical Greek Battle Experience*, 1991, pp. 121-170.
9. Plutarco, *Pyrrhus* 16 (trad. Penguin).
10. Livio 10. 26-30, esp. 28; una exposición sobre los combates singulares en S. Oakley, «Single Combat and the Roman Army», *Classical Quarterly* 35, 1985, pp. 392-410.
11. Un examen de la naturaleza de la *virtus* aristocrática, en N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, 1990, esp. pp. 114-151.
12. Para la evolución del ejército republicano, véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, 1984, y E. Gabba, *The Roman Republic, the Army and the Allies*, Oxford, 1976 (trad. de P. J. Cuff).
13. Sobre el contexto del mando, véase Van Creveld, 1985, pp. 17-57. Sobre la disponibilidad de los mapas y de otra información geográfica en el mundo romano, véase A. Betrand, «Stumbling through Gaul: Maps, Intelligence, and Caesar's *Bellum Gallicum*», *The Ancient History Bulletin* 11. 4, 1997, pp. 107-122, C. Nicolet, *Space, geography and politics in the early Roman empire*, 1991, y B. Isaac, «Eusebius and the geography of Roman provinces», en D. Kennedy (ed.), *The Roman army in the east. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 18, 1996, pp. 153-167.

Capítulo 1

«EL ESCUDO Y LA ESPADA DE ROMA» FABIO Y MARCELO

Quintus Fabius Maximus (c. 275-203 a.C.)
y Marcus Claudius Marcellus (271-208 a.C.)

> En su enfrentamiento con Aníbal..., Fabio Máximo decidió no asumir riesgo alguno y se preocupó únicamente de la defensa de Italia; por ello se ganó el sobrenombre de «El Prudente», y una gran reputación como general.[1]

En el mes de noviembre del 218 a.C., Aníbal cruzó los Alpes y descargó toda su violencia sobre la Italia septentrional. Los romanos quedaron asombrados ante la audacia y la enorme rapidez de ese ataque, tan opuesto a la comedida estrategia que Cartago había mostrado en la Primera Guerra Púnica. La Segunda estalló con el ataque de Aníbal sobre Sagunto, ciudad española aliada de Roma, y fue en España donde el Senado romano había creído que ocurriría el enfrentamiento con el general cartaginés. De los dos cónsules del 218 a.C., uno de ellos iba a llevar un ejército a España, mientras su colega marchaba hacia Sicilia para preparar una invasión del norte de África que sirviese de amenaza a la propia Cartago.

Se trataba de una estrategia agresiva, directa y característicamente romana, pero comenzó a desmoronarse casi de inmediato. Escipión, el cónsul que se había dirigido hacia España, se detuvo en Massilia (Marsella), donde supo que Aníbal y un gran ejército habían pasado por allí recientemente avanzando hacia el este. Cogidos por entero a contrapié, los romanos intentaron reaccionar ante la nueva situación. No obstante, para una serie de comandantes, la invasión de Aníbal parecía una oportunidad excelente con la que cubrirse de gloria derrotando a aquel gran enemigo. Todos ellos desplegaron enormes dosis de entusiasmo para entrar en contacto con el ejército cartaginés y trabar combate en cualquier lugar y bajo cualquier condi-

ción. Escipión regresó con toda rapidez para tomar el mando de las legiones que en ese momento se hallaban realizando una campaña en el valle del Po, contra las tribus galas de la región. Utilizando la caballería y la infantería ligera, se dio prisa por entrar en contacto con Aníbal, sólo para ver cómo era barrido con una facilidad insultante por la caballería púnica, numéricamente superior y mejor preparada, cerca del río Ticino. En diciembre, su recién llegado colega, Sempronio Longo, se lanzó ansiosamente a la batalla al mando de los dos ejércitos unidos, en Trebia, donde fue derrotado de modo estrepitoso, sufriendo numerosas bajas. En junio del año siguiente, Flaminio, uno de los cónsules del 217, que perseguía demasiado cerca al enemigo en un esfuerzo por entrar en combate antes de que se reuniera con él su compañero en el consulado, cayó en una emboscada y pereció junto a quince mil de sus hombres.[2]

Las bajas romanas en estas primeras operaciones fueron aterradoras y hacían presagiar lo peor, pues habían tenido lugar en suelo italiano. El enemigo parecía imbatible y, en algunas de las fuentes posteriores, Aníbal se arroga el poder elemental de una Fuerza de la Naturaleza, que destroza cuanto se le pone en el camino. Claramente, en esta etapa de la guerra los romanos se vieron superados por entero. Sin ninguna duda, Aníbal fue uno de los comandantes más capaces de la Antigüedad y comandaba un ejército superior en todos los aspectos a las inexpertas legiones que se le enfrentaban. De hecho, no era un ejército de cartagineses, pues éstos sólo constituían la oficialidad superior, sino una mezcla de numerosos pueblos: númidas y libios, de África; íberos, celtíberos y lusitanos, de España; y, andando el tiempo, galos, ligures e italianos. Su núcleo lo formaban las tropas que habían realizado durante años las campañas de España, bajo el liderazgo de la familia de Aníbal, todas ellas experimentadas, leales y muy disciplinadas. Comparadas con estas sofisticadas fuerzas de combate, las legiones maniobraban con torpeza y, para alcanzar la victoria, confiaban más en la valentía individual y en la terquedad que en las tácticas complejas.[3]

La ferocidad del ataque de Aníbal conmocionó Roma y la colocó a las puertas de una derrota completa. No obstante, de alguna manera los romanos eran capaces de soportar un desastre después de otro aún más catastrófico, que hubiera sido suficiente para obligar a la capitulación a otros Estados del momento; y, al final, siguieron adelante hasta ganar la guerra. La magnitud de aquellas hazañas se reconoció incluso en el mismo momento de los hechos y, posteriormente, se considerarían inigualables cuando demostraron ser el inicio de la rápida expansión romana que concluiría en el dominio del mundo Mediterráneo. Más adelante, mediado el siglo II a.C., Polibio (pretendiendo explicar esta súbita expansión a un público griego), comenzaría por la Segunda Guerra Púnica la detallada narración

El mundo mediterráneo

de su *Historia Universal*. Tanto él como los escritores posteriores recibieron gran ayuda en su tarea porque ese conflicto había inspirado a los propios romanos a escribir historia en prosa. La primera, de Fabio Pictor, estaba en griego pero, a comienzos del siglo II, Catón el Viejo redactó los *Orígenes* de aquél en latín. Ambos habían participado en la guerra contra Aníbal y trataron el conflicto con todo detalle; aunque sus obras han llegado hasta nosotros sólo de manera fragmentaria, fue en ese periodo cuando, por fin, comenzamos a contar con fuentes más completas y fiables para examinar las campañas de los jefes militares romanos.

Los dos personajes de este capítulo fueron excepcionales por numerosos motivos. Ambos disfrutaron de largos periodos continuos de mando, algo que sería raro hasta la época final de la República. Los dos habían conseguido también los cargos más elevados y la distinción militar con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica, y además habían alcanzado la madurez y servido de manera distinguida en la Primera Guerra Púnica. En el año 218, Fabio y Marcelo estaban acabando la cincuentena, es decir, se hallaban en una edad inadecuada ya, según los estándares romanos, para disponer de mando directo sobre el terreno. Para colmo, durante la mayor parte de la guerra iban a comandar ejércitos contra Aníbal y, aunque ninguno de los dos fue capaz de infligir una derrota decisiva a los cartagineses, consiguieron evitar que aquéllos les causaran un golpe similar, lo que en sí mismo no era en ningún caso una hazaña. A menudo, sus victorias fueron de rango menor y casi siempre derrotaron a aliados de Aníbal, debilitando gradualmente su poder.

Cunctator (el prudente):
La dictadura de Fabio Máximo, 217 a.C.

«Hemos sido derrotados en una gran batalla»; ésta fue la nota grave y desprovista de emoción que se leyó en el Foro cuando llegó a Roma el anuncio de la muerte de Flaminio y de la destrucción de su ejército en el lago Trasimeno. A pesar de la apariencia calmosa con que el pretor urbano Marco Pomponio presentó el comunicado, Livio nos cuenta que comenzó a extenderse el pánico y la desesperación, en especial cuando, días después, llegó la noticia de que una fuerza, formada por cuatro mil soldados de caballería enviados por el otro cónsul para reunirse con Flaminio, había sido rodeada, cayendo muertos o en manos del enemigo todos sus componentes. Con un ejército destruido por completo y el otro situado a cierta distancia y en inferioridad de condiciones por la pérdida de la caballería, parecía que no habría nada capaz de impedir que Aníbal avanzara directa-

mente sobre la propia ciudad. En ese momento de crisis, el Senado decidió nombrar un dictador militar, un magistrado único, dotado del *imperium* supremo. Era un expediente que se utilizaba en muy contadas ocasiones, pues violaba el principio básico de la política romana de que ningún hombre dispusiera de todo el poder en solitario, y no había sido empleado en los últimos treinta años. Por lo general, un dictador lo nombraba uno de los cónsules, pero como Flaminio había muerto y su colega en el cargo no podía o no quería desplazarse hasta Roma, se decidió seleccionar a ese hombre por elección. Técnicamente, eso quiere decir que el título del nominado para el cargo era en realidad el de *prodictator*, pero, fuera o no ese el caso, sus poderes eran idénticos a los de cualquier otro dictador. El hombre elegido por el voto de los *Comitia Centuriata*, la asamblea del pueblo de Roma organizada en grupos de acuerdo con el papel que cada uno desempeñaba en el ejército arcaico, fue Quinto Fabio Máximo.[4]

De cincuenta y ocho años, Fabio era miembro de uno de los clanes patricios que formaban parte de la aristocracia más antigua de Roma. En el momento presente, compartían su posición dominante con cierto número de familias plebeyas ricas y bien establecidas, pero continuaban ofreciendo a Roma carreras distinguidas. Fabio había disfrutado ya de dos consulados en los años 233 y 228 y del cargo de censor, en el 230. El nombre de Máximo lo había conseguido su bisabuelo Quinto Fabio Ruliano (cónsul en el año 322 y dictador en el 315), por sus hazañas militares en lucha contra los samnitas. La familia adoptó permanentemente ese nombre, pues la aristocracia senatorial no dejaba escapar ninguna oportunidad de celebrar de manera pública los grandes hechos de sus antepasados y de promocionar el éxito electoral de la generación del momento y de las futuras. Era también una característica típicamente romana el adjudicar sobrenombres a los senadores a título individual, basados a menudo en la apariencia de la persona. En parte, se debía a que contribuía a distinguir a los diferentes miembros de una familia con nombres similares o idénticos, pero posiblemente estaba mucho más relacionada con aquel sentido del humor tan directo de los romanos. Debido a una verruga prominente en un labio, al joven Quinto Fabio Máximo se le apodó Verrucosus (manchado). Relatos posteriores lo describen como un niño imperturbable, cauto, que nunca hacía demostración de sus características personales en el momento de conocerle. De joven, la práctica constante le convirtió en un oficial capaz y en un orador público habilidoso, dominando así las dos facetas primordiales, es decir, guerra y política, de la vida pública de Roma.

Contamos con muy escasa información detallada de la carrera de Fabio con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica. Durante su primer consulado realizó una campaña contra los ligures, un pueblo de montaña de la

Italia septentrional, con escasa organización y ferozmente independiente. Parece probable que la guerra se llevó a cabo en respuesta a las incursiones que aquéllos hacían en las tierras de los romanos y de sus aliados en el norte de Etruria. Fabio atacó esas tribus, derrotándolas en combate y deteniendo, al menos temporalmente, sus incursiones de saqueo. Su éxito sirvió para que se le recompensara con un triunfo. Esa experiencia de llevar a cabo campañas en terrenos difíciles contra un enemigo hábil en la táctica de la emboscada quizá infundiera en Fabio un fuerte sentido de la importancia de mantener el ejército bajo un estrecho control, presentando batalla sólo en el momento y de la manera elegidos por él. Ciertamente, éstas serían las características fundamentales de su generalato en la guerra contra Aníbal.[5]

La primera tarea de Fabio Máximo como dictador fue la de recuperar algo que se pareciera a la confianza y la normalidad en la propia Roma. Preparó defensas para el caso de que Aníbal decidiera lanzar un ataque directo, creó y organizó dos nuevas legiones, y tuvo buen cuidado de asegurarse que el ejército romano en campaña recibiera los suministros adecuados. Sin embargo, y más que a cualquier otra cosa, el dictador dedicó sus esfuerzos, en un primer momento, a los asuntos religiosos. Se reprobó públicamente la derrota de Flaminio porque no había ejecutado el ritual apropiado antes de embarcarse en su campaña. Se consultaron los Libros Sibilinos —una recopilación de profecías antiguas— para asegurar que se celebraban las ceremonias adecuadas, y se realizaron las advocaciones pertinentes para volver a ganarse el favor de los dioses. Como griego que era, Polibio consideraba numerosos aspectos de la religión romana absurdamente supersticiosos, y creía que muchos senadores contemplaban con cinismo tales cosas como un medio de controlar las emociones de los pobres ignorantes y carentes de cultura. Mientras que, sin duda, esa manera de pensar era la que sostenían hombres como César y Cicerón a finales de la República, no tenía por qué ser necesariamente el caso de que la compartiesen gentes como Fabio y todos sus contemporáneos. Cuando el Senado dedicó su tiempo a debatir esos temas, insistió en que los asuntos públicos de cualquier clase que fueran deberían llevarse a cabo ahora de una manera correcta y cuidadosa. Ya desde el principio, Fabio dejó bien claro que esperaba ser tratado de la forma que correspondía a la dignidad plena de su cargo. Iba acompañado por veinticuatro asistentes o *lictors*, portadores de los *fasces*, haces de cañas atados alrededor de un eje, que simbolizaban el poder del magistrado para dispensar castigos corporales y la pena capital. Cuando se nombraba un dictador, prescribía el *imperium* de los otros magistrados (o, con mayor precisión, se volvía subordinado). Cuando marchó a reunirse con el cónsul superviviente, Fabio le envió un mensajero para ordenarle que despidiera a sus propios lictores antes de encontrarse en presencia del dictador.[6]

Después de haberse reunido con el cónsul y de tomar el mando de su ejército, Fabio contaba con una fuerza de cuatro legiones y, casi con toda seguridad, de cuatro *alae* aliadas en disposición de dar apoyo a aquéllas. Nuestras fuentes no nos proporcionan información sobre los números reales, pero en condiciones normales, esa fuerza debería reunir entre treinta mil y cuarenta mil hombres. Se trataba de un ejército considerable para los estándares romanos, pero era de una calidad bastante dudosa. El ejército del cónsul tenía como base a los supervivientes de la derrota de Trebia, por lo que, aunque eran soldados con más de un año de servicio, su experiencia era fundamentalmente la de una derrota. Esas legiones y *alae* carecían por completo o en su mayor parte de caballería, destruida como resultado de la batalla de Trasimeno. El resto del ejército sólo llevaba algunas semanas en activo, por lo que los soldados aún no se habían familiarizado unos con otros ni con sus oficiales. No contaba ni con el tiempo suficiente ni con la ocasión para integrar esos dos elementos del ejército en un cuerpo único que pudiera utilizarse para operar unido. Por tanto, por muy impresionante que pareciera el ejército de Fabio sobre el terreno, no suponía en ningún caso una amenaza para las veteranas tropas de Aníbal. Probablemente también se vería superado en número por el enemigo y, en especial, por su desventaja en cuanto a la calidad y la cantidad de la caballería. Es en este contexto como debemos contemplar la campaña llevada a cabo por el dictador.

En tanto que magistrado con poderes supremos, un dictador no contaba con ningún colega de igual rango, sino con un ayudante, que recibía el título de Jefe de Caballería (*Magister Equitum*). Ese título quizá pueda datarse en los inicios de Roma cuando la fuerza del Ejército la constituía la falange de hoplitas; en ese momento, el dictador dirigía la infantería pesada mientras que su subordinado se hacía cargo de la caballería. La ley prohibía incluso que el dictador cabalgara en campaña, pero Fabio pidió (y se le concedió), una exención de esa norma antes de salir de Roma. Era imposible que un hombre a pie pudiera ejercer un control y un mando efectivo de un ejército formado por cuatro legiones y, en este caso, lo práctico se impuso a la tradición arcaica. Por norma, el dictador elegía a su Jefe de Caballería, pero en las circunstancias poco habituales en que tuvo lugar la elección de Fabio, se concedió también a los electores la elección de su subordinado. El resultado de la votación otorgó la victoria a Marco Minucio Rufo, que había ejercido el consulado en el año 221. No parece que se llevaran bien entre ellos y Minucio iba a desplegar una audacia parecida a la de Escipión, Sempronio y Flaminio.[7]

Después de Trasimeno, Aníbal se había dirigido hacia el este, cruzando los Apeninos hacia Piceno y las ricas llanuras que se extienden hasta la costa adriática. La mayor parte de su ejército se encontraba muy de-

bilitada, aquejados los hombres de escorbuto y los caballos de sarna, pues la intensidad de la campaña les había impedido descansar lo suficiente como para recuperarse del esfuerzo exigido por la épica marcha realizada hasta alcanzar Italia. La interrupción de la campaña hizo mucho por mejorar las condiciones físicas del Ejército, pero no podemos estar completamente seguros de su duración. A finales del verano encontramos a Fabio acampando a unos diez kilómetros de Aníbal, cerca de la ciudad de Aecae (o de Arpi, según Livio). Los cartagineses pretendieron sostener un encuentro decisivo de inmediato y dispusieron sus hombres en formación de combate para presentar batalla a los romanos. Éstos permanecieron en el campamento y, después de algunas horas, Aníbal partió de allí, asegurando a sus hombres que aquello había sido una evidente demostración del temor que les tenían los romanos. Posteriores intentos por provocar a Fabio a entrar en combate o para hacerle caer en una emboscada acabaron en fracasos, pues el dictador seguía decidido a evitar la confrontación. Después de varios días, Aníbal abandonó el lugar, devastando sus soldados las tierras que cruzaban. El hecho de que pudieran hacerlo a menudo literalmente a la vista del ejército del dictador constituyó un serio golpe al orgullo romano. El personal de las legiones se reclutaba sobre todo entre los granjeros, y era especialmente deprimente para ellos saber que no podían evitar que un enemigo saqueara los campos de sus parientes y aliados.

A pesar de ello, Fabio se había convertido ya en la sombra del enemigo, manteniéndose a un día o dos de marcha por detrás del ejército púnico y rechazando el encuentro con él. Avanzaba con cuidado, manteniendo a su ejército unido bajo una estrecha disciplina y explotando el conocimiento que poseía del terreno para trasladarse de una posición favorable a la siguiente. Siempre que era posible, se situaba en zonas elevadas, evitando las llanuras abiertas donde la superior caballería enemiga hubiera supuesto un gran peligro. Aníbal no se mostró nunca dispuesto a atacar el ejército de Fabio cuando éste disponía de una posición ventajosa. El cuidado que se había tenido antes de la campaña por reunir animales de carga adecuados y suministros de alimentos con que apoyar al numeroso ejército romano rendía ahora sus dividendos, pues permitía a Fabio moverse a su antojo sin verse continuamente obligado a cambiar de posición a la búsqueda de más alimentos y forrajes. Cuando los grupos dedicados a forrajear se veían forzados a salir a campo abierto, iban siempre acompañados por una fuerte escolta de caballería e infantería ligera dispuesta a enfrentarse a cualquier emboscada. En las escaramuzas a pequeña escala que mantenían las patrullas y los puestos avanzados de ambos ejércitos, eran generalmente los de los romanos quienes contaban con ventaja.

Livio y Plutarco afirmaron ambos que, ya desde un inicio, Aníbal se sintió secretamente molesto por el rechazo de Fabio a trabar combate. Sin duda, si hacemos caso de la teoría militar actual, el dictador estaba actuando de modo correcto. La mayor parte de lo que se ha escrito sobre ello se relaciona con las circunstancias bajo las que un comandante debe presentar una batalla campal. Ésta sólo debe arriesgarse cuando las expectativas de éxito son favorables y después de que un general haya conseguido para sus hombres cualquier posible ventaja, aunque sea de carácter menor. Después de las derrotas de Trebia y Trasimeno, la moral de las tropas de Aníbal era muy elevada. Superado en número y carente de experiencia, el ejército del dictador estaba casi con total seguridad abocado a la derrota en cualquier encuentro masivo librado en esas condiciones. En tales circunstancias, Fabio, como el buen comandante de los manuales militares, evitó la batalla y trató de cambiar las condiciones a su favor. La experiencia en una campaña activa fue mejorando gradualmente la eficacia del ejército romano; las victorias menores conseguidas en las escaramuzas contribuyeron a elevar la moral y, de una manera muy lenta, comenzaron a desgastar al enemigo. Llevaría muchísimo tiempo recuperarse de las primeras derrotas y construir un ejército capaz de enfrentarse a Aníbal sin disfrutar de las aplastantes ventajas que concedía una mejor posición, pero fue Fabio quien inició ese proceso.[8]

La estrategia del dictador era perfectamente lógica si nos guiamos por la normativa de la teoría militar actual, aunque es imposible saber si Fabio era consciente de ello o si sólo actuaba de una forma que él consideraba apropiada a la situación. En esencia, Roma contaba aún con un ejército formado por una milicia no permanente, en lugar de las fuerzas profesionales de otros grandes Estados. El conocimiento de la teoría militar no parece haberse hallado muy extendido entre los senadores, de cuyas filas salían los comandantes del ejército y, como resultado de ello, los métodos romanos de llevar a cabo las contiendas carecían a menudo de sutilezas, basándose por el contrario en la agresión y la fuerza bruta. Esas actitudes habían sido características de Tesino, Trebia y Trasimeno, pero ni siquiera aquellas derrotas parecían haber moderado el instinto de la élite romana que la llevaba a lanzar un ataque contra el enemigo tan pronto como fuera posible. Esa estrategia de Fabio, basada en la precaución, en aquel seguir como una sombra al ejército púnico, era profundamente impopular en el propio ejército y, en especial, entre los oficiales superiores, donde destacaba por encima de todos el Jefe de Caballería. A medida que la campaña iba avanzando, su oposición a la estrategia se fue verbalizando cada vez más. A Fabio se le puso por mote el de *paedagogus* de Aníbal, por el esclavo que acompañaba a los escolares romanos, llevándoles los libros y el resto del material escolar.[9]

Después de haberse desplazado rápidamente hacia el oeste, Aníbal se dirigió a continuación hacia la Campania y se lanzó sobre el *ager Falernus* (la llanura Falernia), terreno fértil, cuyos vinos se ganarían con posterioridad las alabanzas del poeta Horacio. Saqueando esta zona, esperaba conseguir, por un lado, que los romanos se arriesgaran a trabar combate y, por el otro, demostrar a los aliados de Roma que ésta no contaba ya con la fuerza suficiente para protegerles. Quizá los cartagineses albergaban esperanzas de convencer a los campanos para que desertasen. A pesar de la insistencia de Minucio y de algunos de sus oficiales, Fabio se mantuvo en las alturas que rodeaban la Campania, observando al enemigo y negándose a moverse. No obstante, Livio cuenta que una patrulla formada por cuatrocientos jinetes aliados, dirigidos por Lucio Hostilio Mancino, desobedeció las órdenes y casi todos ellos fueron muertos o hechos prisioneros en la escaramuza que tuvo lugar a continuación.[10]

Fabio se encontró por fin con que el enemigo había cometido un error. Advirtió que Aníbal quería avanzar por el mismo paso que él había utilizado para penetrar en la llanura, y se las ingenió para ocupar el lugar antes que el adversario. Al finalizar el día, un destacamento de cuatro mil hombres levantó un campamento en el propio paso, mientras el grueso del ejército había acampado en una colina que dominaba aquél. Se trataba de una posición muy ventajosa y Fabio confió en que, si el enemigo intentaba forzar el desfiladero, él se hallaría en condiciones de infligirle gran número de bajas o evitar, cuando menos, que pudiera acarrear la gran cantidad de objetos saqueados y reunidos en las anteriores incursiones. El ejército de Aníbal había quedado separado de su base original en España y de sus aliados de la Galia Cisalpina y, al carecer de puertos, no estaba en comunicación efectiva con Cartago. Incluso una derrota de carácter menor podía suponerle un serio contratiempo, haciendo tambalearse aquella sensación de invencibilidad creada por sus primeras victorias y desanimando a cualquiera de los aliados de Roma con intenciones de desertar. Los ejércitos rivales se hallaban acampados a unos tres kilómetros de distancia. Livio afirma que Aníbal lanzó un ataque directo sobre el paso, pero que fue rechazado, aunque un Polibio mucho más fiable no hace mención alguna de ese suceso. Todas nuestras fuentes se ponen de acuerdo en lo que ocurrió a continuación, pues se ha convertido en uno de los clásicos engaños o estratagemas del mundo antiguo.

Aníbal dio instrucciones a Asdrúbal, oficial responsable de la supervisión del convoy de suministros del Ejército, para que, entre otras cosas, reuniese una gran cantidad de madera seca. Con ella prepararon haces que ataron a continuación a los cuernos de dos mil bueyes de los que formaban parte del gran rebaño de ganado capturado. Por la noche, los sirvientes re-

cibieron órdenes de encender esas antorchas para arrear después el ganado hacia el paso. Entre los bueyes marchaba la experimentada infantería ligera púnica, cuya tarea consistió en mantener unido el rebaño. Entretanto, el resto del Ejército, que había recibido con anterioridad órdenes de comer y descansar, formó una columna de marcha en orden cerrado, encabezada por lo mejor de la infantería, con toda probabilidad la libia. Considerando que quienes transportaban las antorchas constituían la columna principal, la fuerza romana que se hallaba en el desfiladero descendió de la colina dispuesta al ataque, pero aquella confusa escaramuza finalizó cuando el ganado, presa de pánico en su mayor parte, inició una estampida por el centro. Abierto así el paso, el ejército cartaginés pudo atravesarlo sin oposición alguna. Fabio y la fuerza romana principal no hicieron nada, esperando en el campamento a que clareara el día. Por la cantidad de antorchas y por el ruido del combate, no era nada claro lo que estaba sucediendo, y el dictador se negó por entero a arriesgarse a entrar en liza sin un conocimiento preciso de la situación, para no verse atraído a una trampa. En el mundo antiguo no era frecuente pelear de noche, especialmente si se trataba de grandes ejércitos, pues era muy difícil que los jefes pudieran controlar a sus hombres y muy sencillo que las tropas se perdieran, se desorganizaran o acabaran presas de pánico. Quizá Fabio advirtió que, en esas circunstancias, su propio ejército se hallaba casi con toda seguridad en situación de enorme desventaja, si se veía obligado a hacer frente a los soldados mejor entrenados y experimentados de Aníbal. Cuando al día siguiente salió el sol, la fuerza principal de Aníbal, junto con el convoy de pertrechos, había atravesado el paso. Los cartagineses se permitieron incluso hacer retroceder una fuerza de infantería compuesta por españoles para librarse de la infantería ligera, dando muerte a alrededor de un millar de romanos.[11]

Aquella escapada del ejército cartaginés reflejaba una vez más su elevada capacitación y el genio de su comandante; constituyó además una grave humillación para Fabio. Se acercaba ya el final del verano y Aníbal comenzó a buscar un lugar adecuado para levantar los cuarteles de invierno. El ejército romano le siguió de nuevo en su avance hacia el este, pero Fabio fue convocado a Roma para dirigir ciertas ceremonias religiosas; por ello, durante algún tiempo, el Ejército quedó a las órdenes de Minucio. Aníbal tomó por asalto y saqueó la ciudad de Gerunium, en Luceria; a continuación comenzó a enviar fuertes destacamentos a reunir provisiones, con la intención de acopiar suministros suficientes para que el Ejército pasara el invierno. Mientras una buena parte de sus soldados se hallaban dispersos dedicados a esa tarea y su comandante parecía, por tanto, poco inclinado a ejecutar una acción de envergadura, el Jefe de Caballería atacó y salió victorioso en una escaramuza que tuvo lugar a las afueras de la ciudad. A una

Roma necesitada de alguna buena noticia en los dos últimos años, le llegaron informes exagerados de aquella acción y, en medio de una oleada de entusiasmo popular al que, según se decía, no se había opuesto casi nadie en el Senado, a Minucio se le concedieron poderes iguales a los del dictador, en un retorno efectivo a la situación normal de existencia de dos cónsules con idéntica autoridad, en lugar de un único magistrado supremo.

A su regreso, Fabio y Minucio dividieron el Ejército en dos partes iguales y acamparon por separado, después de que, según parece, el dictador rechazase la sugerencia de que cada uno de ellos ocupara el mando de toda la fuerza en días alternos. Poco después, Minucio cayó en una emboscada que le tendió Aníbal, y sólo la llegada de los hombres de Fabio, que cubrieron su retirada, evitó que la derrota degenerara en otro desastre más. El Jefe de Caballería llevó a sus hombres al campamento de Fabio y allí veneró al dictador no sólo como comandante, sino también como padre. Fue un gesto muy emotivo si se tienen en cuenta las costumbres romanas, pues los padres poseían enormes poderes sobre sus hijos y era casi inconcebible que un hijo se opusiera políticamente a su padre. Después de abandonado este breve experimento de la existencia de dos mandos, el resto de la campaña transcurrió sin que tuviera lugar ningún combate importante. A finales del sexto mes en el cargo, Fabio dimitió como dictador y regresó a Roma. Había conseguido que los romanos contaran con un periodo de respiro para recuperarse y reconstruir sus fuerzas. Al año siguiente, serviría bajo el mando de los cónsules uno de los mayores ejércitos que nunca hubiera reclutado la República. La consecuencia fue un desastre aún mayor que cualquiera de los que le habían precedido.[12]

Un héroe de la vieja escuela: Marco Claudio Marcelo

El 2 de agosto del 216 a.C., casi cincuenta mil soldados romanos y aliados perecieron en la estrecha llanura que se extiende al norte de la pequeña ciudad en ruinas de Cannas. Los esfuerzos de Fabio habían quedado hechos trizas, pero la derrota no era esta vez inevitable y, sin duda, los romanos no la esperaban. Tampoco debemos aceptar automáticamente la tradición posterior defendida por Livio y otros autores, según la cual el antiguo dictador había deseado que los cónsules del 216 siguieran su misma estrategia y evitaran la batalla. Una vez más en tiempo de crisis, los romanos nombraron un dictador militar, Marco Junio Pera, que comenzó el lento proceso de reconstrucción del poderío de Roma. Después de Cannas, Aníbal no marchó contra Roma, algo que los romanos nunca acabaron de entender y, aunque se dieron situaciones de pánico, la actitud de aquél les

concedió tiempo para rehacerse mentalmente y recuperar su creencia habitual de que una guerra sólo podía acabar con la victoria. No obstante, la situación era aún extremadamente delicada, pues una buena parte de la Italia meridional se había pasado a los cartagineses a finales de aquel mismo año.[13]

Los cónsules elegidos para el 215 fueron Lucio Postumio Albino y Tiberio Sempronio Graco. Sin embargo, pocos meses después de Cannas, en otro golpe terrible a la confianza romana, el primero de ellos cayó en una emboscada en la Galia Cisalpina y fue muerto junto con la mayor parte de su ejército. El hombre elegido para sustituirlo fue Marco Claudio Marcelo; pero, cuando el 15 de marzo ocupó el cargo, se presentaron malos presagios que sirvieron para declarar invalidada la votación. Es posible que detrás de este suceso se encontrara Fabio Máximo, pues fue quien recibió la magistratura vacante después de una rápida votación. Quizá una buena parte de las objeciones procediera del hecho de que tanto Marcelo como Graco fuesen plebeyos, cuando lo normal era que uno de los dos cónsules anuales fuera patricio. No obstante, es muy difícil saber con precisión qué estaba ocurriendo entre bambalinas. Uno de los hechos más sorprendentes de la Segunda Guerra Púnica es el elevado nivel de funcionamiento de la vida política en Roma incluso en situación de crisis espantosa, peleándose los senadores por tener la oportunidad de desempeñar un papel distinguido en la lucha. Es posible que Fabio creyera que Marcelo era un general demasiado agresivo para las circunstancias del momento, pero parece bastante improbable si se tiene en cuenta que ya había ostentado el mando en una campaña siendo procónsul. Cuando, al año siguiente, Fabio presidió las elecciones, pidió a los votantes que se lo pensaran de nuevo cuando dos hombres sin experiencia comenzaron a encabezar los comicios. La consecuencia fue su reelección, con Marcelo como compañero, aunque es imposible saber si fue resultado de una elección.[14]

En el 214 a.C., Marcelo tenía cincuenta y siete años, y ya había sido cónsul en el 222 y pretor en el 224 y en el 216. Siendo joven, había peleado en Sicilia durante la Primera Guerra Púnica, ganando numerosas condecoraciones así como una gran reputación por acciones individuales de heroísmo. Entre esos honores se cuenta, al menos, una *corona civica*, la más alta condecoración romana que un ciudadano ofrecía a otro en señal de admisión de que quien la recibía había salvado su vida. A él se la entregó su hermano, Otacilio. En muchos aspectos, Marcelo se parecía a Aquiles, a Héctor y a otros guerreros aristócratas de *La Ilíada* de Homero, o a los héroes primitivos de Roma, por su valentía, su agresividad y la inclinación que mostraba por el combate cuerpo a cuerpo. Se trataba de una manera de lucha anticuada, más relacionada con la guerra entre bandas tribales que con

los ejércitos regulares, pero continuó siendo una característica de su manera de enfocar el combate incluso después de alcanzar la máxima jerarquía. En el año 222, Marcelo y el otro cónsul en ejercicio, Cneo Cornelio Escipión, desencadenaron una invasión conjunta del territorio de los insubres, en la Galia Cisalpina. Esa tribu había sufrido una grave derrota a manos de Flaminio el año anterior, pero Marcelo y Escipión se hallaban tan decididos a iniciar una campaña, que convencieron al Senado para que no recibiera a algunos enviados galos dispuestos a negociar una rendición. Los cónsules avanzaron y pusieron sitio a la ciudad fortificada (*oppidum*) de Acerrae. En respuesta, los insubres, junto con algunos aliados o mercenarios procedentes del norte de los Alpes, conocidos como los gesatos, rodearon Clastidium, una localidad aliada de Roma. Dejando a Escipión con la fuerza principal, Marcelo llevó consigo las dos terceras partes de la caballería combinada y seiscientos miembros de la infantería ligera para hacer frente a la nueva amenaza. Lo que ocurrió entonces podía haber sido cantado por Homero, y el poeta Nevio lo convirtió en uno de sus temas, aunque nuestro relato procede de una fuente posterior.[15]

Cuando los romanos se acercaron a Clastidium, los galos hicieron una salida para hacerles frente, dirigidos por un rey de nombre Britomaro. Nuestras fuentes afirman que eran diez mil, pero esa cifra muy bien puede estar exagerada. Lo mismo que sucedía con las legiones, en esa época los caballeros de un ejército galo eran los miembros más ricos y aristocráticos de la tribu, capaces de disponer de un caballo y del equipo adecuado. En general, la caballería gala contaba con buenas monturas (los romanos copiaron bastante más tarde de los galos numerosos aspectos respecto a la guarnición de los caballos y a su adiestramiento) y era muy valiente, aunque nada sofisticada desde el punto de vista táctico. Esos hombres debían justificar su honorable posición en la sociedad mediante un notable despliegue de valor en la guerra. Con Britomaro a la cabeza, destacándose como era habitual en un rey con la coraza profusamente adornada en oro y plata, la caballería tribal lanzó una acometida para trabar combate con los romanos, inferiores en número. Marcelo se hallaba también deseoso de pelea, pero Plutarco nos cuenta que, durante el avance, su caballo se asustó e inició la huida. Rápidamente, el cónsul hizo ver que había sido él mismo quien había hecho retroceder a su montura de forma deliberada para dirigir una plegaria al sol, con el fin de que sus hombres no perdieran el ánimo. Según la teoría militar, otro de los atributos de un buen general consiste en convertir en positivo lo que parece un mal presagio. Se cree que Marcelo prometió solemnemente dedicar a Júpiter Feretrio la armadura más impresionante del enemigo si el dios concedía a Roma la victoria. A continuación, y creyendo que sería el propio Britomaro quien luciría el equipo más lla-

mativo, el cónsul romano se lanzó a la cabeza de sus hombres en busca del rey. Ambos caudillos fueron los primeros en topar, por delante de las primeras líneas de los dos ejércitos rivales. Marcelo clavó la espada en el cuerpo del galo, haciéndole caer de su caballo, para acabar con él a continuación con un segundo y un tercer golpes, antes de desmontar para despojar el cadáver. Si hay que dar crédito a Plutarco, mientras tenía lugar esa pelea cuerpo a cuerpo, los dos bandos se detuvieron expectantes. Después, la caballería romana realizó una carga y, tras una lucha durísima, derrotó a los galos.[16]

Cuando Marcelo volvió a reunirse con Escipión, Acerrae había caído y los romanos habían marchado sobre Mediolanum (la actual Milán), la mayor ciudad de los insubres, que caería finalmente después de dura lucha. De regreso a Roma, Marcelo coronó su triunfo, dedicando los *spolia opima* en el templo de Júpiter Feretrio, en el Capitolio. Fue uno de los tres hombres en la historia de Roma que consiguiera recibir ese honor, concedido a un general que hubiera acabado con la vida de un jefe enemigo en combate singular antes de una batalla. Se considera a Rómulo como el primero y también el que había establecido la tradición de que el comandante que ejecutaba ese ritual transportaría los despojos del enemigo derrotado colgados de una rama de roble.[17]

Ya desde los comienzos de la Segunda Guerra Púnica y a pesar de su edad, Marcelo llevó a cabo una serie casi ininterrumpida de combates en campo abierto. Fue el primer comandante romano en entrar en contacto con el principal ejército cartaginés en los meses que siguieron a Cannas. Las acciones que efectuó a finales del año 216 y en el 215 a las afueras de la ciudad de Nola fueron, probablemente, de rango menor, poco más que escaramuzas serias, pero ocurrieron en un momento en que Roma desesperaba por alcanzar el más mínimo éxito militar. Es aquélla una región de orografía difícil, con escasas zonas abiertas y suficientemente extensas para permitir a los ejércitos desplegar sus líneas y sostener una batalla formal. El relato que Livio hace de esos combates no deja de ser dramático, pero incluso él mismo dudaba de que las bajas de algunos de los encuentros fueran tan elevadas como afirmaban las fuentes. Marcelo dirigió sus tropas según su habitual forma agresiva, pero el deseo de atacar al enemigo no podía ocultar las prevenciones que tomaba para hacerlo en las circunstancias más favorables posibles. Aníbal fue incapaz de engañarle y sorprenderle de la manera en que lo había hecho con otros comandantes romanos. En este sentido, el estilo de mando cauteloso de Fabio, y el más atrevido de Marcelo, eran bastante parecidos, pues ambos mantenían a sus ejércitos sometidos a un férreo control. No se permitía a los soldados apartarse de sus unidades mientras marchaban, y la columna avanzaba protegida por una pan-

talla formada por fortines alineados a lo largo de toda la ruta, que habían sido cuidadosamente reconocidos por patrullas dirigidas, en ocasiones, por el propio comandante en jefe. Los lugares de los campamentos temporales se elegían con sumo cuidado y los encuentros con el enemigo sólo se iniciaban cuando era el general quien había decidido pelear.

Tales precauciones pueden parecer obvias, casi triviales, pero, en el pasado, los ejércitos romanos las habían ignorado con gran frecuencia. El deseo de los ciudadanos romanos por servir en unidades organizadas bajo un estricto código militar no puede hacernos perder de vista que las legiones no constituían en esencia un ejército regular. La torpeza con que los ejércitos romanos maniobraban en las campañas iniciales de una guerra era típica de esa fase del conflicto, lo mismo que la frecuencia con que caían en emboscadas o tropezaban inesperadamente con una columna enemiga. El servicio prolongado, en especial en las campañas victoriosas, aumentaba rápidamente la eficacia militar del ejército romano, pero costaba un tiempo considerable dominar las competencias básicas, y muchos años alcanzar niveles similares a los de las tropas profesionales. Su amplia experiencia pasada en campaña, unida a una capacidad natural, alejan a Marcelo y a Fabio de la mayoría de los comandantes romanos contemporáneos, y acercan su estilo de mando al ideal helenístico.[18]

Por lo que sabemos, ambos hombres fueron capaces de cooperar con eficacia allí donde fue necesario hacerlo. Es notable que la renuencia de Fabio a enfrentarse a Aníbal en combate abierto no la extendió a otros destacamentos menos numerosos del ejército púnico y, muy especialmente, a las comunidades italianas que se habían pasado al enemigo. Fabio continuó evitando la confrontación abierta con un ejército al que no creía poder derrotar, pero fue atacando a ese enemigo persistentemente de forma indirecta, con la esperanza de ir debilitándolo de manera gradual. Tanto Fabio como Marcelo tuvieron buen cuidado de conservar la lealtad de los aliados de Roma, en especial cuando éstos parecían dudar. Se cuenta de ambos la misma anécdota, la de que consiguieron ganarse la fidelidad de un soldado aliado distinguido que, descontento por lo que consideraba una falta de reconocimiento de sus servicios, estaba planeando desertar. Los dos cónsules volvieron a conquistar, en el 214, la ciudad de Casilinum, que había sido tomada por Aníbal el año anterior. En un primer momento, el asedio fue mal, y Livio afirma que fue la determinación de Marcelo por perseverar en el intento lo que evitó la retirada romana, pero no existe indicio alguno de que se hubieran dado divergencias importantes entre ellos. Ambos exhibieron de manera decidida la considerada como conducta ideal del aristócrata romano: el rechazo total a contemplar siquiera la posibilidad de que Roma perdiese la guerra. Se decía que Aníbal acababa desesperándose por el en-

tusiasmo con que Marcelo podía reanudar una acción, incluso aunque hubiera sufrido un revés el día anterior. El relato perdido del filósofo griego Posidonio contaba que, a causa de su distinta manera de enfocar la guerra, a Marcelo y a Fabio se les había puesto el mote de «la Espada y el Escudo de Roma». Cualquiera que fueran sus diferencias de temperamento, y quizá de ambiciones políticas, éstas sólo sirven para subrayar su relación esencialmente complementaria y cooperativa cuando se trataba de luchar contra los cartagineses.[19]

La hazaña más grande de Marcelo en la Segunda Guerra Púnica consistió en la toma de Siracusa, en Sicilia, tras un largo asedio. Después del fracaso de un primer intento de asalto directo, debido en parte, al menos, al conjunto de ingeniosas máquinas de asedio utilizadas por los defensores y diseñadas por el geómetra Arquímedes, nativo de Siracusa, los romanos recurrieron al bloqueo. Finalmente, un ataque por sorpresa les permitió tomar las fortificaciones exteriores, en el 212, y el año siguiente, fueron cayendo en sus manos las restantes zonas de la ciudad, haciendo uso del recurso a la traición o porque se rindieran a ellos. Los rivales en el Senado, clamando que la campaña de Sicilia era incompleta, consiguieron que se le denegara un triunfo por aquella hazaña y, en su lugar, Marcelo celebró una ovación, yendo a ofrecer todo el botín conseguido montado a caballo, en vez de en un carruaje. Ese botín trasladado desde Siracusa incluía gran cantidad de piezas de arte helenístico, una verdadera rareza en Roma hasta ese momento.

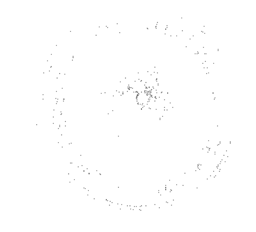
En el año 209, durante su quinto consulado y su último mando en campaña, Fabio Máximo recuperó la ciudad de Tarento, utilizando una mezcla a partes iguales de disimulo y traición de una sección de la guarnición. Marcelo accedió a un cuarto consulado en el año 210, durante el que, según parece, consiguió una victoria marginal sobre Aníbal en Numistro, y a un quinto en el año 208. Avanzando una vez más muy cerca de los cartagineses con la esperanza de forzar una batalla, él mismo y su colega consular dirigieron en persona una fuerza de doscientos veinte jinetes para reconocer una colina situada entre los dos campamentos. La patrulla cayó en una trampa, pues Aníbal había ocultado conscientemente hombres en la zona más elevada del terreno sospechando que los romanos pudieran tratar de ocuparla. Marcelo murió luchando cuerpo a cuerpo. El otro cónsul y el hijo de Marcelo pudieron escapar, si bien heridos, el primero de ellos mortalmente. La pérdida de ambos cónsules constituyó un golpe terrible al orgullo de Roma, pero, aunque Marcelo fue superado en numerosas ocasiones por el general púnico, no permitió que todo su ejército fuera derrotado y destruido. Polibio, creyendo que no se había tratado de una emboscada deliberada, sino de un encuentro fortuito con un grupo de númidas que se hallaban forrajean-

do, se mostró muy crítico con un general que arriesgó su propia vida dirigiendo una patrulla de esa clase. No obstante, y como más adelante veremos, muchos comandantes romanos elegían esa opción con el objetivo de adquirir información de primera mano de una posición importante.[20]

Fue aquella generación formada por los hombres que alcanzaron la madurez durante la Primera Guerra Púnica, la de personajes como Fabio o Marcelo, quien debió responsabilizarse de la dirección de Roma en la crisis de la Segunda Guerra. Sin embargo, en los últimos años de ese conflicto, fue una generación más joven la que en realidad consiguió la victoria romana. Fueron hombres como Caio Claudio Nerón, quien contribuyó más que cualquier otro a la derrota de Asdrúbal, el hermano de Aníbal, y de un nuevo ejército invasor, en Metauro, en el año 207. Publio Cornelio Escipión sería el más grande, y también el más joven, de esos nuevos generales.

NOTAS

1. Frontino, *Stratagems* 1. 3. 3.
2. Una relación sobre las primeras fases de la Segunda Guerra Púnica, en J. Lazenby, *Hannibal's War*, 1978, pp. 1-66, A. Goldsworthy, *The Punic Wars*, 2000, pp. 143-190 (hay trad. cast., Ariel, 2002).
3. Sobre los ejércitos púnicos, véase Goldsworthy (2000), pp. 30-36.
4. Livio, 22. 7. 6-14, 8. 2-7, Polibio 3. 87.
5. Plutarco, *Fabius Maximus* 1-5; sobre su primer consulado, véase S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, 1985, pp. 95-96.
6. Plutarco, *Fabius Maximus* 5, Livio 22. 9. 7-10. 10.
7. Plutarco, *Fabius Maximus* 4.
8. Polibio 3. 89. 1-90. 6, Livio 22. 12. 1-12, Plutarco, *Fabius Maximus* 5.
9. Plutarco, *Fabius Maximus* 5.
10. Livio 22. 15. 4-10.
11. Livio 22. 13. 1-18. 10, Polibio 3. 90. 7-94. 6, Frontino, *Stratagems* 1. 5. 28.
12. Polibio 3. 100. 1-105. 11, Livio 22. 18. 5-10, 23. 1-30. 10.
13. Para una exposición detallada de Cannas, véase Goldsworthy, *Cannae*, 2001.
14. Plutarco, *Marcellus* 12, y una exposición en Lazenby, 1978, pp. 94-95.
15. Plutarco, *Marcellus* 1-3.
16. Plutarco, *Marcellus* 4-7; los generales evitaban que los malos presagios desanimaran a sus hombres, Frontino, *Stratagems* 1. 12. 1-12.
17. Plutarco, *Marcellus* 8.
18. Livio 23. 15. 7-17. 1.
19. Un repaso de las campañas en Italia de esos años, en Goldsworthy (2000), pp. 222-229; Livio 23. 15. 7-16. 1, Plutarco, *Marcellus* 10; *Fabius Maximus* 20; espada y escudo de Roma, Plutarco, *Fabius Maximus* 19, *Marcellus* 9.
20. Siracusa: véase Goldsworthy (2000), pp. 260-268, Tarento: véase *ibid.*, pp. 229-233, 235-236; la muerte de Marcelo, Livio 27. 26. 7-27. 14, Plutarco, *Marcelo* 29-30, Polibio 10. 32.



Capítulo 2

UN ANÍBAL ROMANO: ESCIPIÓN AFRICANO

Publius Cornelius Scipio Africanus (c. 236-184 a.C.)

> Mi madre dio a luz a un general (*imperator*) y no a un guerrero (*bellator*).[1]

Uno de los aspectos más sorprendentes de la Segunda Guerra Púnica lo constituyó el deseo del Senado romano de enviar ejércitos a que lucharan en diferentes teatros de operaciones simultáneamente y la persistencia con que prosiguieron esas campañas, incluso cuando Aníbal se movía con toda libertad por Italia y el desenlace de la guerra era más que dudoso. Con el tiempo, los esfuerzos realizados por Fabio, Marcelo y otros muchos en Italia impidieron la victoria cartaginesa y, además, la suma de sus hazañas fue esencial para evitar que Roma perdiera el conflicto. Las campañas llevadas a cabo en España, Sicilia o Macedonia impidieron que el ejército de Aníbal recibiera un goteo de refuerzos y suministros y, de esa manera, consiguieron apoyar el esfuerzo de guerra romano contra aquél. Al final, serían esos teatros de operaciones los que se demostrarían decisivos, pues las victorias romanas en España y Sicilia harían posible la invasión de África, que, a su vez, conduciría a que se reclamara la presencia de Aníbal y, finalmente, a la capitulación de Cartago.

El peso del mantenimiento de una guerra en frentes tan lejanos entre sí sólo fue posible por los enormes recursos de la República romana, aunque éstos llegaron a estar casi al límite de su resistencia. La sociedad romana se pertrechó para la guerra de una forma como no lo hizo Cartago, pero esto no debe conducirnos a subestimar la más amplia visión estratégica y la determinación inflexible con que el Senado romano supervisó el conflicto. Éste adoptó también un enfoque pragmático de las convenciones políti-

cas, permitiendo los múltiples consulados de veteranos como Marcelo y Fabio. En el 210 a.C., concedió el *imperium* proconsular y el mando de la guerra en España a Publio Cornelio Escipión, que por aquel entonces tenía veintisiete años. No había precedente alguno de la concesión de un cargo de responsabilidad tan elevado a alguien tan joven, pero esa elección demostró pronto que había sido extraordinariamente positiva. Fue Escipión quien expulsó a los cartagineses de España y quien, a continuación, trasladó un ejército a África, donde consiguió victoria tras victoria, hasta acabar derrotando al propio Aníbal, en Zama, en el 202 a.C.

Con la perspectiva que nos ofrece el tiempo, es fácil subestimar el sorprendente cambio de fortuna ocasionado por las campañas de Escipión. En el año 211 a.C., los ejércitos romanos en España, que hasta entonces habían disfrutado de un éxito rapidísimo, fueron prácticamente aniquilados. Lo que restaba de ellos consiguió mantenerse en una franja de territorio al norte del Ebro, desbaratando cualquier intento púnico por desalojarlos de allí. Escipión recibió sólo refuerzos modestos, llegando sus fuerzas a totalizar aproximadamente el potencial de un ejército consular; con él se enfrentó a tres ejércitos cartagineses de parecido o superior tamaño. Más aún, en el curso de cuatro campañas estacionales, había conseguido expulsar por completo a los cartagineses de la península. Posteriormente, en África, fue capaz de burlar y vencer a ejércitos púnicos mucho más numerosos, demostrando la misma clase de superioridad sobre ellos que aquélla de la que había hecho gala Aníbal sobre los generales romanos cuando le hicieron frente por primera vez en Italia. Adoptó el sobrenombre de Africano como recuerdo permanente de que había sido el hombre encargado de poner fin a la guerra con Cartago.

La Segunda Guerra Púnica dominó la vida de Escipión. Cuando se inició contaba diecisiete años y participó en la primera acción de la campaña de Italia, en Ticino. Más tarde estuvo probablemente en Trebia, muy posiblemente en Trasimeno y seguro que asistió al encuentro de Cannas. Lo mismo que los demás aristócratas de su generación, se vio sometido a periodos más duros y largos de servicio militar que cualquier otro romano, anterior o posterior a él. Si no morían o quedaban discapacitados debido a las heridas o a las enfermedades padecidas, estos hombres conseguían ya a edad temprana una experiencia militar muy superior a la que alcanzaba la mayoría de los senadores a lo largo de toda su vida. Casi todos ellos llegaron a convertirse en oficiales muy capaces y muchos demostraron encontrarse excepcionalmente dotados. Escipión sobresalió incluso entre sus pares. Cuando acabó la guerra, se encontraba mediada la treintena y, sin embargo, había pasado la mayor parte de su vida en campaña, comandando un ejército durante ocho años, luchando y consiguiendo la victoria en cinco batallas im-

portantes, así como en incontables encuentros menores y asedios. La lista de sus hazañas dejaba pequeña la de cualquier otro senador; sin embargo, y aunque había conseguido ya el cargo en el 205, aún era técnicamente demasiado joven para alcanzar el grado de cónsul. La República, que se había mostrado enormemente satisfecha por sus servicios durante la Segunda Guerra Púnica, se esforzó por encontrarle un cargo una vez finalizada aquélla, aunque se suponía que su sistema político debería evitar que cualquier persona consiguiera un poder o una influencia excesivos. En circunstancias normales, podía esperar el disfrute de unos treinta años más de vida pública activa, pero el mundo del siglo II a.C. no le ofreció oportunidades de igualar, no digamos ya de superar, sus hazañas anteriores. Al final, se vio obligado a abandonar la política y a cambiarla por un retiro amargo. Cuando falleció, a una edad relativamente temprana, era un hombre desilusionado.

Infancia y carácter de Escipión

Sensible, inteligente y carismático, Escipión poseía la ilimitada confianza en sí mismo de un patricio, conocedor desde la infancia que estaba destinado a ocupar un papel preeminente en la vida pública de Roma. Algunos de los relatos que se cuentan sobre su niñez tienen mucho en común con las anécdotas relacionadas con los príncipes y los reyes helenísticos. Más tarde, un mito idéntico a otro que se vincula con Alejandro Magno llega incluso a insinuar un parentesco divino, afirmando que se había descubierto a su madre yaciendo con una serpiente enorme. Ciertamente, Escipión fue un hombre muy religioso que, de joven, adoptó la costumbre de ir antes del amanecer al templo de Júpiter, en el Capitolio, a sentarse en solitario silencio.[2] Después, afirmaría abiertamente que sus planes los guiaban en ocasiones sueños enviados por los dioses. Polibio, un griego racionalista que consideraba a los romanos excesivamente inclinados a la superstición, argumentó que, en realidad, Escipión no creía sus propias afirmaciones, pero entendía que los menos cultivados se vieran dominados rápidamente por esas patrañas. El historiador vivió en el hogar del nieto adoptivo de Africano, Escipión Emiliano, por lo que tuvo acceso a las tradiciones familiares y entró en contacto con sus allegados. Conoció también al anciano Lelio, un gran amigo de Africano. Sin embargo, no es fácil saber si entendió correctamente lo que le contaron de Escipión o si le adjudicó de forma errónea la manera de pensar de su propia época, caracterizada por un mayor cinismo. Es cierto que Escipión tenía madera para los gestos teatrales y quizá sus verdaderas opiniones fueran muy complejas y ni una simple manipulación, ni completamente sinceras.[3]

El padre de Escipión, llamado también Publio, fue cónsul en el 218, y aquél, como tantos otros hijos, acompañó a éste en sus campañas como compañero de tienda o *contubernalis.* Esa práctica se consideraba una buena forma de que los jóvenes aristócratas adquirieran pronto experiencia militar. La mayor parte del ejército consular marchó a España bajo el mando de su hermano mayor, Cneo (compañero de Marcelo como cónsul en el 222), pero Escipión regresó a Italia con su padre cuando este último supo que Aníbal tenía la intención de cruzar los Alpes. En noviembre del 218, el cónsul trasladó la caballería y la infantería ligera (los *velites*) al otro lado del río Ticino para localizar la posición del enemigo y conocer así su fuerza e intenciones. Los romanos fueron derrotados por la caballería púnica, una fuerza numéricamente superior y mejor adiestrada, dirigida por el propio Aníbal. El cónsul fue herido y la tradición familiar sostuvo que sólo se había librado de la muerte por la intervención de su hijo. Según Polibio, al joven Publio se le había entregado el mando de un piquete de caballería que había quedado estacionado por detrás de la zona de peligro. Al ver aislado a su padre, con la única compañía de algunos guardias de corps y amenazado por un gran número de jinetes enemigos, Escipión apremió a sus hombres para ir en ayuda de aquél. Los soldados se negaron y sólo fue al espolear a su caballo en una carga en solitario cuando se vieron movidos a seguirle. Escribiendo en el siglo I d.C., Plinio el Viejo afirmó que, a continuación, el cónsul ofreció a su hijo la *corona civica*, pero éste la rechazó. Sin embargo, Livio menciona otra versión del episodio que aparecía en la perdida historia de Celio: el salvador del cónsul había sido un esclavo ligur, aunque dice que numerosos estudiosos adjudicaron ese hecho a Escipión.[4]

Cuando el padre se recuperó de las heridas, marchó en calidad de procónsul a reunirse con su hermano Cneo, en España. Su hijo permaneció en Italia y, en el 216, se encontraba ejerciendo el cargo de tribuno militar en la Segunda Legión, una de las ocho unidades que se reunieron bajo el mando conjunto de los dos cónsules anuales, Lucio Emilio Paulo y Caio Terencio Varrón. Escipión estaba casado (o iba a casarse muy pronto, pues la cronología es incierta) con Emilia, hija de Paulo, lo que, en cierto sentido, era un ejemplo más de la práctica común de los jóvenes aristócratas que iban ganando experiencia militar en el ejército mandado por un pariente. No obstante, una elevada proporción de la aristocracia romana se presentó voluntaria para realizar el servicio en aquel año, uniéndose al gran ejército que pretendía enfrentarse y derrotar al enemigo que había humillado a la República. El resultado no fue el que los romanos habían previsto pues, en Cannas, el ejército de Aníbal, superior en número, rodeó y casi aniquiló a la enorme fuerza romana. Las bajas fueron aterradoras y especialmente elevadas entre las familias senatoriales. Paulo cayó muerto, junto con algo más

de ochenta senadores, incluido Minucio Rufo, el *Magister Equitum* de Fabio, y más de la mitad de los tribunos militares. Escipión sobrevivió y fue uno de los cuatro tribunos que se encontraron con el cuerpo más importante de fugitivos en la cercana ciudad de Canusium.

Aunque uno de los otros tres tribunos era hijo de Fabio Máximo, que sería elevado al consulado en el 213, se les entregó el mando a los dos más jóvenes, Escipión y Apio Claudio. El segundo había sido nombrado edil recientemente, pero fue su enorme confianza y la extraordinaria fuerza de su personalidad, más que el hecho de que pudiera contar con gran experiencia, lo que llevó a los demás a seguir su liderazgo. La enormidad del holocausto había provocado el pánico en muchos de los supervivientes. Un grupo de jóvenes de la nobleza, incluidos los hijos de distinguidos magistrados, hablaba abiertamente de abandonar aquella República sentenciada y marchar al extranjero. Escipión fue con algunos soldados de confianza a los cuarteles (casi con toda seguridad una casa de la ciudad) de su jefe Quinto Cecilio Metelo, donde los desertores se estaban comportando de una forma muy romana, manteniendo un consejo (*consilium*) en el que discutían qué hacer. Prorrumpiendo en la sala, el tribuno de veinte años alzó la espada y pronunció un solemne juramento dirigido a Jupiter Optimus Maximus, pidiendo que cayeran sobre él y su familia los más terribles males si no lo cumplía. En el juramento declaró que no sólo no abandonaría nunca la República, sino que no permitiría que nadie lo hiciera, aunque para ello tuviera que matarlo si era necesario. Uno por uno, obligó a aquella audiencia asombrada a que repitiera el mismo juramento. Los días siguientes fueron llegando a la ciudad más soldados derrotados, y cuando el cónsul superviviente se hizo cargo de la situación, se había reunido allí una fuerza que superaba los diez mil hombres. Se trataba de los restos lamentables de aquel enorme ejército de ochenta y seis mil soldados que habían ido a la batalla la mañana del 2 de agosto, pero ya había algo por donde comenzar.[5]

En Cannas, Escipión había personificado la *virtus* que cabía esperar de un aristócrata romano, en especial si se trataba del miembro de una familia tan distinguida, enfrentada a la adversidad. Su conducta fue aún más noticiosa si se tiene en cuenta que, en ese momento, otros miembros de su clase comenzaron a vacilar. Los romanos llegaban a aceptar, en ocasiones, las derrotas, pero en ningún caso que éstas fueran definitivas. Se esperaba que todos los ciudadanos, en especial los de alta alcurnia, pelearan con bravura, y la derrota dejaba de ser una deshonra si habían actuado así. Tampoco se contemplaba la posibilidad de que un jefe enfrentado a la derrota y al desastre falleciera peleando, a menos que no hubiera otra salida, ni que se suicidara. En lugar de ello, debería comenzar a reconstruir el potencial del ejército, salvando el mayor número posible de soldados en medio del caos

de la batalla perdida, y preparándose para el próximo encuentro con el enemigo, pues siempre habría una nueva oportunidad hasta que, finalmente, llegara el momento de la victoria de Roma. Éste era el espíritu que unía a Fabio y a Marcelo, a pesar de los enfoques radicalmente diferentes que uno y otro defendían en su enfrentamiento con Aníbal, pues nadie cuestionaba abiertamente la presunción de que Roma debería seguir luchando ni de que acabase, al fin, por triunfar. La *virtus* significaba que debería soportarse cualquier contratiempo, aunque fuera desastroso, y que la guerra continuaría hasta alcanzar la victoria definitiva. Cuando Varrón, el cónsul ampliamente denostado por el desastre de Cannas, regresó a Roma, fue felicitado formalmente por el Senado y se le agradeció que «no hubiera desesperado de la República».[6]

En el 213, Escipión fue elegido para el cargo de *curule aedile*, pero poco más se sabe de su carrera con posterioridad al 216. Es probable que continuara prestando servicio militar, dados los elevados niveles de movilización de aquellos años. Sin embargo, no es hasta que, en el 210, fue nombrado para el mando de España cuando nuestras fuentes describen una vez más su actividad. El año anterior habían sido muertos su tío y su padre, pues la deserción de los aliados celtíberos dejó a los ejércitos romanos en España peligrosamente expuestos y muy inferiores en número. Los restos del Ejército se reunieron en torno al liderazgo de un oficial de caballería, de nombre Lucio Marcio, quien se las arregló para instalarse en un ángulo de la zona nordeste de España; no obstante, muchos de los aliados de Roma se pasaron al enemigo. El Senado envió a hacerse con el mando a Caio Claudio Nerón, y parece que éste consiguió algunas victorias en batallas de menor calibre antes de regresar a Italia en ese mismo año. Parece que la incertidumbre se apoderó de la elección de su sucesor. La mayor parte de los jefes militares romanos más ambiciosos y distinguidos —no puede olvidarse que una de las consecuencias de las bajas sufridas hasta entonces en la guerra era la de que quedasen muy pocos hombres ilustres vivos y aptos para el servicio—, no mostraban entusiasmo alguno por irse a ocupar un cargo en España. La situación en la Península era mala, y los recursos que podían invertirse allí modestos. Entre el 218 y el 211, Cneo y Publio Escipión se habían quejado reiteradamente al Senado de que no se les entregaban hombres ni fondos suficientes para derrotar al enemigo. Incapaces de alcanzar el consenso sobre el comandante adecuado, Livio afirma que el Senado recurrió a tomar esa decisión mediante una elección, por lo que convocó a los *Comitia Centuriata*. En un primer momento no se presentaron candidatos, hasta que, de pronto, Escipión anunció su deseo de presentarse y fue elegido por unanimidad. Sin embargo, su juventud (tenía unos veinticinco años) y su inexperiencia hizo que numerosos ciudadanos se

preguntaran si habían actuado con cordura, y sólo fue después de que Escipión pronunciara un discurso cuando se reafirmaron en su decisión. La narración de Livio es muy extraña, pues no existe evidencia alguna de que los romanos hubieran actuado de esa manera en ninguna otra ocasión, por lo que numerosos estudiosos han rechazado esta versión de los acontecimientos. Hay quien sugiere que el Senado había decidido ya elegir a Escipión y que planteó su propuesta en una votación pública para garantizar cierta legitimación oficial a lo que sin duda era un nombramiento muy poco ortodoxo. Cualquiera que fueren los detalles reales, Publio Cornelio Escipión fue despachado para hacerse cargo del mando de España en calidad de procónsul.[7]

La toma de Cartago Nova, 209 a.C.

Escipión desembarcó en Emporion —colonia griega de España, aliada de los romanos desde antes del inicio de la guerra—, con unos diez mil soldados de refuerzo, lo que significaba que la fuerza romana en la provincia sumara veintiocho mil soldados de infantería y tres mil jinetes. En la Península operaban tres ejércitos de campo cartagineses, cada uno de ellos iguales o superiores a la fuerza romana, al mando respectivamente de los hermanos de Aníbal, Asdrúbal y Magón, y de otro Asdrúbal, hijo de Gisgo. No obstante, el joven comandante romano tenía una enorme confianza en sus fuerzas. Antes de la partida de Roma, había llegado a la conclusión de que el desastre del 211 no había sido resultado de una brillante estrategia cartaginesa. Su padre y su tío habían reclutado veinte mil aliados celtíberos para la campaña final. Animados por aquel fuerte incremento de sus fuerzas, las dividieron en dos y operaron de manera independiente. Cuando quedó demostrado que no se podía confiar en los celtíberos y cuando éstos desertaron en masa, cada uno de los dos hermanos se vio atacado por separado y superado por unas fuerzas mucho más numerosas. Escipión se propuso no cometer el mismo error y marchó a España decidido a actuar con agresividad, en lugar de mantenerse simplemente a la defensiva y reducido a la pequeña región que aún controlaba Roma.[8]

Polibio leyó e hizo referencia a una carta que Escipión envió a Filipo V de Macedonia, en la que le explicaba cómo había planificado la primera operación en España. En el 210, Roma estaba en guerra con Macedonia, un conflicto que finalizó en el 205, pero que se reinició casi tan pronto como llegó a su fin la Segunda Guerra Púnica, por lo que esa correspondencia debe datarse a comienzos del siglo siguiente. Pudo muy bien haberse escrito en el 190, cuando Escipión acompañó a su hermano en la campaña de Asia Menor,

donde su ejército recibió ayuda y apoyo de Filipo V, que había sido derrotado en el 197 y que era ahora aliado de Roma. Es más que probable, entonces, que esa carta se escribiera veinte años después de los hechos que describe y es bastante posible que refleje la confianza que proporciona la lejanía en el tiempo, por lo que debe tratarse con la misma precaución que los recuerdos de comandantes más recientes. En cualquier caso, es la primera vez que contamos, aunque sólo sea con un indicio, de lo que un general romano estaba realmente pensando cuando planificaba una campaña.[9]

Una vez en España, Escipión comenzó a reunir información sobre la fuerza y los ánimos del enemigo. Los informes eran alentadores. Los tres ejércitos púnicos se hallaban separados y operaban a una buena distancia entre sí. Asdrúbal Gisgo se encontraba en Lusitania (equivalente aproximado de la actual Portugal), cerca de la boca del río Tajo. Asdrúbal Barca se hallaba en ese momento ocupado en el asedio de una ciudad de los carpetanos, en la España central, mientras que su hermano Magón estaba probablemente estacionado en el extremo sudoeste de la Península, aunque una aparente contradicción en el texto de Polibio dificulta de alguna manera la localización precisa de su posición.[10] Ahora que la capacidad de los romanos para efectuar acciones ofensivas parecía virtualmente destruida, no había ninguna buena razón para que los cartagineses mantuvieran su fuerza concentrada, pues esto agravaría enormemente el problema creciente que suponía conseguir suministros para las tropas. Esa decisión se vio reforzada también por la existencia de fricciones entre los tres generales y por la creciente necesidad de reprimir las rebeliones de las tribus aliadas o sometidas a Cartago. El dominio púnico parecía ir aumentando su dureza y su nivel de explotación una vez que se eliminó el temor a las deserciones hacia Roma. Las tribus sentían ahora muy poco cariño por Cartago pero, por el momento, aún demostraban cierto respeto ante el poderío militar púnico. Cuando la fortuna romana comenzó a cambiar, muchas de aquéllas buscarían la alianza con Roma y proporcionarían a Escipión valiosos contingentes de tropas, aunque éste se mantuvo firme en su decisión de no confiar por entero en su ayuda.

Escipión había decidido desencadenar una ofensiva, y uno de los ejércitos de campo púnicos ofrecía un blanco evidente. Su propio ejército era suficientemente fuerte para enfrentarse y derrotar a cualquiera de esas fuerzas, siempre que fuera capaz de presentar batalla en circunstancias razonablemente favorables. Incluso asegurándose de que eso ocurriera así, debería tener extremo cuidado con las maniobras y lo más probable es que necesitara tiempo. Las batallas formales de este periodo raramente sucedían sin que se dieran días o semanas de demora, una vez que los ejércitos se hallaban próximos. Cuando uno de los bandos ocupaba una posición de venta-

ja y se negaba a abandonarla, pocos eran los comandantes que se arriesgaban a desencadenar un ataque. Incluso Aníbal, con todo su genio militar, fue incapaz de atraer a Fabio Máximo a la batalla y nunca quiso luchar en un terreno elegido por el romano. A pesar de lo duras que pudieran ser las disputas entre los generales cartagineses, es evidente que no esperarían de forma pasiva a que Escipión los fuera derrotando de uno en uno. Por tanto, apenas se supo de la presencia romana, se despacharon mensajeros en demanda de ayuda. Si Escipión no era capaz de presentarles batalla y derrotarles a las dos semanas de haber alcanzado al enemigo —y, sin duda, la esperanza de recibir refuerzos haría que los púnicos evitaran aceptar la pelea—, entonces él mismo se encontraría seriamente en minoría y enfrentado a un desastre parecido al que habían sufrido su padre y su tío.

Por tanto, en lugar de elegir a uno de los ejércitos de campaña púnicos y entablar con él una batalla decisiva, Escipión decidió golpear la base más importante que el enemigo tenía en España: la ciudad de Cartago Nova (la actual Cartagena). Fundada por Amílcar, el padre de Aníbal, como sede del gobierno de la provincia púnica en España, y como base desde la que había comenzado su épica marcha sobre Italia, en el 218, Cartago Nova era un poderosísimo símbolo del orgullo púnico, en especial del de los Barcas. Prácticamente, todas las colonias cartaginesas incluían un puerto, pero el de esta ciudad era mayor y se hallaba mejor provisto que cualquier otro de los existentes en España. Además de los archivos y del tesoro del gobierno provincial, había en la ciudad rehenes procedentes de las familias nobles de numerosas comunidades españolas. Contaba también con considerables reservas de alimentos y equipamiento militar, así como talleres y mano de obra especializada en la producción de material militar. Por todo ello, Cartago Nova constituía un objetivo atractivo, cuya toma podría suponer un golpe moral enorme al enemigo, así como el debilitamiento de su capacidad bélica, al tiempo que ampliaba de manera considerable la de los romanos.

Todos los ejércitos de campo cartagineses se encontraban al menos a diez días de marcha de la ciudad, y su guarnición, formada por soldados muy preparados, era pequeña en comparación. No obstante, Cartago Nova era una ciudad fortificada, defendida, de un lado, por la mar y, por el otro, por un lago salado, lo que la convertía en únicamente accesible desde tierra por un estrecho istmo. En esta época era raro que una plaza fortificada cayera ante un asalto directo. Los asedios tenían mucho éxito, aunque éste fuera incierto, pero podían durar meses y, en el mejor de los casos, Escipión sólo podía contar con algunas semanas antes de que llegaran uno o más de los ejércitos enemigos. Un resultado más rápido era siempre consecuencia de la traición, pero en este caso las expectativas no eran muy halagüeñas.

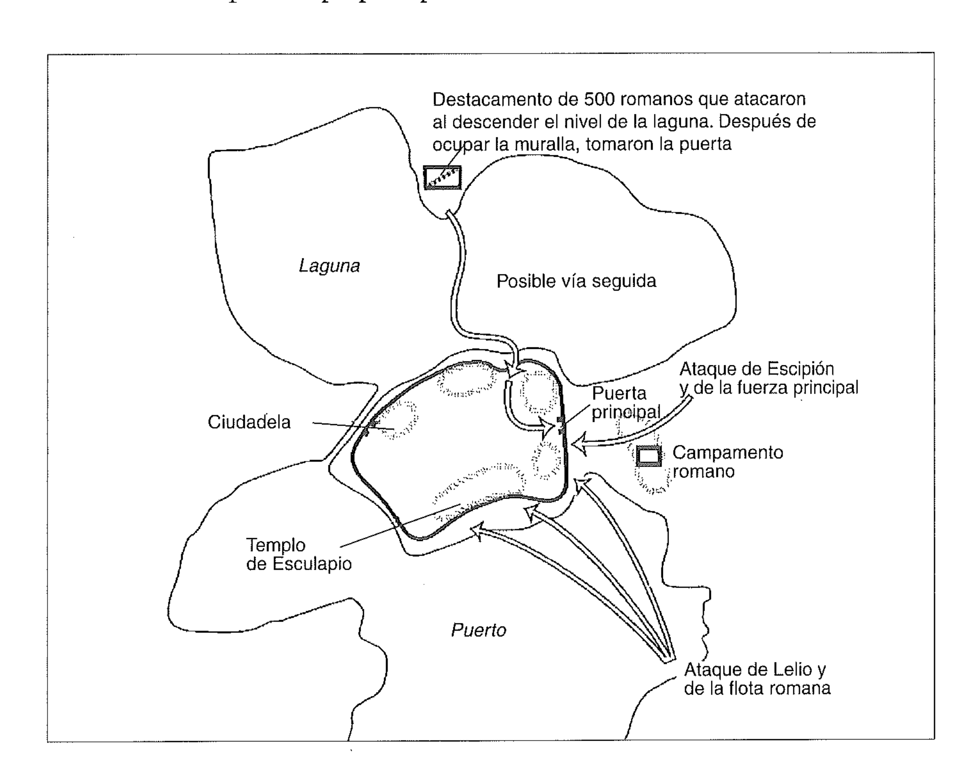
Sin embargo, Escipión recibió una información que acabaría siendo vital. Había llevado consigo pescadores y marineros de la ciudad aliada de Tárraco (Tarragona), hombres que navegaban regularmente costeando hasta lugares tan lejanos como Cartago Nova. Todo esto es una prueba clara del cuidado con que el general romano preparaba las campañas. Estos hombres le dijeron que el lago situado al norte de la ciudad podía vadearse en un lugar concreto y que el nivel del agua descendía aún más al atardecer. Lo que los pescadores no pudieron decirle es cómo podían abrirse camino sus hombres por la muralla norte de la ciudad, una vez que lo hubieran cruzado vadeándolo.

Como había pasado todo el invierno visitando las tropas, supervisando su preparación y yendo a ver a los escasos aliados que aún permanecían fieles a Roma, Escipión decidió atacar la ciudad, pero se lo confió únicamente a su gran amigo y principal subordinado, Lelio. Alabó a sus tropas abiertamente, se mofó de las hazañas cartaginesas en las dos últimas campañas y habló de la oportunidad de llevar a cabo acciones valerosas contra ellos en la próxima primavera. Tuvo especial cuidado en alabar y honrar a Lucio Marcio, el caballero que, con la fuerza de su personalidad, se había hecho con el mando de los supervivientes de los ejércitos romanos después del desastre del 211; pero, a continuación, hizo enfadar al Senado por arrogarse el título de «*propraetor*» en las cartas que dirigía a aquél. En el comienzo de la campaña concentró sus tropas en la desembocadura del río Ebro. Tras él, y para defender la zona que aún permanecía leal a Roma, dejó únicamente tres mil infantes y quinientos jinetes. La fuerza principal, compuesta por veinticinco mil soldados de infantería y dos mil quinientos jinetes, avanzó cruzando el río bajo el mando directo de Escipión. Una escuadra, formada por treinta y cinco galeras de guerra, muchas de ellas con una tripulación muy escasa, navegó al mando de Lelio para encontrarse con el ejército en Cartago Nova.[11]

Los detalles de la primera fase de la operación no están nada claros. Polibio nos dice que Escipión llegó a las afueras de Cartago Nova al séptimo día de una rápida marcha. Aunque, al contrario que Livio, no lo afirma explícitamente, el texto implica que el recorrido se había iniciado en el Ebro. En otra parte nos informa de que la distancia entre Cartago Nova y el Ebro era de dos mil seiscientos *stades*, es decir, trescientas doce millas, lo que implica una velocidad media de cuarenta y cinco millas por día. Sería un ritmo notablemente rápido, en especial para un ejército cargado con todo el bagaje, lo que quiere decir que o la cifra es errónea o se refiere sólo a la última fase del avance a partir de algún lugar más cercano. De todas formas, probablemente la marcha fuera muy rápida para los niveles de la época y se movió sin dificultades, encontrándose el ejército y la flota, según

lo planeado, en el exterior de la fortaleza enemiga. Se desconoce en qué momento reveló Escipión su objetivo a sus oficiales superiores.[12]

Cartago Nova descansa sobre una lengua de tierra, con el lago por el norte, y la bahía, que forma su puerto natural, al sur. Un canal conecta ambos. La ciudad estaba rodeada por una muralla de unos cuatro kilómetros de circunferencia —detalle del que Polibio afirma que lo confirmó por sí mismo cuando visitó el lugar—, e incluía cinco colinas, una de las cuales estaba coronada por la ciudadela. El jefe de la guarnición, otro Magón, contaba con mil soldados de tropa regular y el respaldo de una leva de los varones de la ciudad, que serían otros dos mil, razonablemente bien equipados y confiados. Escipión acampó en la zona elevada situada al final de la estrecha franja de terreno encarado a la puerta principal. Ordenó la construcción de un terraplén de tierra junto a un foso que discurría de un lado al otro del istmo, por detrás del campamento, pero dejó deliberadamente sin fortificar el frente que daba directamente a la ciudad. Eso suponía una muestra de confianza, sin correr excesivos riesgos, pues aquella zona elevada proporcionaría a sus hombres una clara ventaja en caso de que los sitiados efectuaran una salida. Escipión se preparó para el asalto, hablando a sus soldados de la



Cartago Nova

importancia de la ciudad y prometiendo cuantiosas recompensas a los valientes, en especial la concesión de la corona mural (*corona muralis*), al primer hombre que coronara las murallas. Proclamó asimismo que Neptuno se le había aparecido en sueños, y que el dios de la mar le había prometido que, cuando llegara el momento adecuado, él mismo vendría en su ayuda. Una vez más, Polibio lo considera una estratagema cínica.[13]

El ataque comenzó a la tercera hora del día siguiente, y se realizó siguiendo dos direcciones: los barcos de Lelio remaron hasta el puerto e hicieron un asalto desde la mar, mientras que un grupo de asalto de dos mil soldados, apoyados por portadores de escalas, atacaban desde el campamento. Magón había distribuido a sus regulares entre la ciudadela y otra colina, coronada por un templo dedicado al dios de la medicina, Esculapio, que daba al puerto. La mayor parte de los componentes de la leva estaban situados, dispuestos al ataque, tras la puerta principal, mientras que los restantes se hallaban distribuidos por las murallas con una buena cantidad de armas arrojadizas para lanzarlas contra el enemigo. Casi al mismo tiempo en que Escipión hacía sonar la trompeta que enviaba al principal grupo al ataque, Magón ordenaba a los civiles armados que hicieran una salida por la puerta principal, esperando quebrar el ímpetu del asalto romano antes incluso de que alcanzara las murallas de la ciudad.

Una característica sorprendente de muchos de los asedios de la Antigüedad lo constituía el deseo de los defensores por abandonar la seguridad de sus fortificaciones y llevar a cabo una lucha en campo abierto. Era, sin duda, una expresión de confianza, al tratar de intimidar al sitiador, y servía como objetivo práctico para demorar el asalto real. En un frente de combate tan estrecho, era difícil que los romanos pudieran utilizar de inmediato su superioridad numérica y, ciertamente, no podía plantearse la posibilidad de que los cartagineses fueran cogidos por los flancos. En el enfrentamiento inicial, dos mil defensores hicieron frente a un número parecido de romanos. Probablemente de manera deliberada, pues esperaba infligir así un mayor número de bajas a la valentía de los defensores, Escipión había hecho que sus hombres retrasaran las líneas situándose así más próximos al campamento, de tal forma que las primeras líneas chocaran casi a medio kilómetro de las murallas de la ciudad.

Es posible que los cartagineses no estuvieran bien preparados, pero desplegaron un entusiasmo considerable y, en un primer momento, el combate pareció igualado. Al ruido de la lucha habría que añadir el griterío de los defensores sobre las murallas y el de las tropas romanas a la espera de entrar en combate mientras animaban a sus bandos respectivos. Escipión había formado además al grueso de su ejército, esperando en reserva a muy corta distancia de la línea de combate y, de manera gradual, fue haciendo

intervenir a un número cada vez mayor de soldados de refresco. Magón contaba con escasas reservas para enviar en ayuda de sus hombres y los pocos que tenía debían salir de la ciudad por la única puerta y hacer un largo recorrido hasta llegar al combate. Los cartagineses comenzaron a retroceder y, a medida que fue aumentando la presión, acabaron finalmente por batirse en retirada. Era éste el momento en que ocurría la mayoría de las bajas en las batallas de la Antigüedad, cuando uno de los bandos abandonaba el contacto directo y se veía perseguido por un enemigo exultante y vengativo. La salida, que tan bien había comenzado, acabó en medio del caos cuando una multitud de fugitivos huyó hacia la defensa que suponía la única puerta. El pánico se contagió a todos cuantos miraban desde lo alto de la muralla y, por un momento, pareció que los romanos podrían irrumpir en la ciudad, mezclados con los fugitivos.

Escipión había estado supervisando la batalla desde una posición elevada, frente al campamento situado en la colina. Al ver la confusión de los defensores, envió hombres y partidas con escalas para ascender a las murallas. El general marchó con ellos, pero no era Marcelo, cargando espada en mano a la cabeza de sus tropas. Polibio nos dice que:

> el mismo Escipión tomó parte en la batalla, pero lo hizo con la máxima seguridad posible. Llevaba con él tres escuderos que ponían sus escudos ante él y le procuraban seguridad, cubriéndolo por el lado de la muralla. Presentándose en persona en los flancos, y subiendo a los lugares más elevados, contribuía en gran medida al éxito; se daba cuenta también de lo que se había realizado, y el hecho de que todos le vieran en persona infundía coraje a los que luchaban.[14]

Al mantenerse próximo a la lucha, pero sin implicarse directamente en ella, Escipión estaba ejecutando los dos papeles que caracterizarían el estilo romano de mando durante siglos. En tanto que general, prestaba atención a todos los detalles, grandes y pequeños, de la batalla, interviniendo incluso hasta en las decisiones tácticas menores si lo consideraba necesario, pero conservando siempre una visión más amplia del combate. Como jefe, y un jefe además que había prometido elevadas recompensas a los valientes, actuaba como testigo de la conducta de sus hombres. Polibio insistió numerosas veces en que las recompensas que recibían quienes realizaban probadas acciones de bravura y los castigos que se infligían a quienes actuaban cobardemente, constituían elementos importantísimos en el mantenimiento del espíritu de lucha y la agresividad romanos. Los soldados romanos luchaban mejor cuando creían que su conducta individual era observada por sus comandantes. En el siglo I a.C., el historiador Salustio ala-

baba el espíritu bélico de las pasadas generaciones, afirmando que «la mayor competencia en busca de la gloria tenía lugar entre ellos mismos; cada hombre luchaba por ser el primero en matar a un enemigo, por escalar la muralla del enemigo, y la mayoría de ellos por que se les viera realizando tales acciones».[15] Este deseo de contar con un público que observase y alabase las acciones valerosas era una reminiscencia del antiguo carácter heroico tan familiar a los guerreros homéricos. Era el espíritu que había inspirado la conducta de Marcelo y de tantos generales romanos antes que él, pero del que Escipión se mantenía deliberadamente aparte. Como contaba Polibio, ya había demostrado su valor físico en Ticino y Cannas, y había decidido correctamente que un general tenía cosas más importantes que hacer. Así él se centraba en la dirección de la batalla, haciéndolo desde lugares muy próximos porque eso le ofrecía la oportunidad de juzgar cuál era la situación, pero teniendo buen cuidado de minimizar los riesgos que podría sufrir él mismo.

Tomar una muralla alta y bien defendida mediante escalas no había sido nunca tarea fácil. En el caos inicial que siguió a la huida de los cartagineses que habían efectuado la salida, los romanos pudieron alcanzar el pie de las murallas y colocar las escalas, pero aquellos muros constituían la parte más elevada y poderosa de las defensas de la ciudad y todavía quedaban algunos defensores. Algunas escalas se hundieron bajo el peso de los soldados que ascendían por ellas, y otras las tiraron abajo los cartagineses. Es posible que otras más fueran demasiado cortas, pues era siempre extremadamente difícil para los atacantes calcular la longitud necesaria antes de un ataque. En Siracusa, los hombres de Marcelo utilizaron un periodo de negociaciones para contar las hiladas de piedra en una sección de las murallas de la ciudad. Multiplicando éstas por el tamaño aproximado de uno de los bloques de piedra, calcularon la altura de una manera muy precisa y pudieron fabricar las escalas de acuerdo con aquélla.[16]

Una barrera de proyectiles recibió a los soldados que trataban de escalar las murallas y a los hombres de la flota que atacaban desde la mar. Con el tiempo, muchos de los defensores que se habían visto dominados por el pánico se fueron reagrupando y se unieron a sus compañeros en las murallas. Cada intento romano por irrumpir en la ciudad acabó en fracaso y sus bajas fueron en aumento. Después de algún tiempo, Escipión consideró que sus hombres estaban demasiado cansados para continuar y ordenó el cese de los ataques, obligando a los soldados a regresar al campamento, donde descansaron y se recuperaron. Magón y sus defensores se mostraron eufóricos, considerando que habían derrotado el principal ataque del enemigo, pero no pudieron dejar de sentirse desalentados cuando, al término del día, los romanos renovaron su asalto. Se trajeron nuevas es-

calas incluso en mayores cantidades que antes y los legionarios atacaron con redoblado entusiasmo. Sin embargo, incluso aunque los defensores habían acabado en buena medida su suministro de armas arrojadizas, los asaltantes fueron todavía incapaces de conseguir abrirse camino hasta lo alto de las murallas.

Era el atardecer y la marea de la laguna estaba comenzando a bajar. Durante ese momento de calma, Escipión había preparado una unidad de quinientos soldados escogidos para cruzarla y asaltar la muralla desde una nueva dirección. Fue con esos soldados hasta el borde de la laguna y les animó a caminar sin miedo por las aguas en la bajamar, pero, resuelto como estaba a dirigir la batalla y a no verse implicado directamente en ella, se abstuvo de ponerse al frente del ataque. Algunos guías, con toda probabilidad varios de los pescadores de Tárraco, llevaron el grupo hasta el lago y le mostraron la ruta a seguir. Alcanzaron la muralla sin dificultad y se encontraron con que ni había guardianes ni era demasiado elevada, pues al considerar improbable un ataque desde ese lado, los defensores de esa zona habían sido trasladados para hacer frente a las demás acometidas. Tras colocar las escalas contra la muralla, la escalaron y comenzaron a avanzar por el camino de lo alto del muro hacia la puerta principal. Los pocos defensores con quienes se encontraron fueron muertos o puestos en fuga con facilidad, ya que el largo escudo y la corta espada de los legionarios romanos eran especialmente adecuados para luchar en un espacio tan estrecho.

Una parte de la principal fuerza atacante había visto cómo sus compañeros cruzaban un lago a primera vista profundo y, ante ese aparente milagro, recordaron la afirmación de Escipión de que Neptuno les ayudaría. Con un entusiasmo renovado, ejercieron una enorme presión sobre las murallas. Un grupo levantó los escudos por encima de las cabezas para formar una *testudo* y avanzó así hacia la puerta, con los hombres de la fila delantera provistos de hachas para destrozar la madera de aquélla. Entretanto, el piquete de los quinientos atacó a los defensores de esta posición por detrás. El pánico fue casi inmediato y la defensa se hundió. Los romanos golpearon con machetes la puerta desde ambos lados hasta que quedó destrozada, mientras muchos otros hombres tenían la posibilidad de colocar las escalas y salvar la muralla. Quizá por un hundimiento del entusiasmo de los cartagineses o únicamente por su propio esfuerzo, los marineros de Lelio escalaron también la muralla cercana al puerto aproximadamente al mismo tiempo.

Los romanos se encontraban ya dentro del primer círculo amurallado, pero eso no garantizaba la victoria. Los regulares de Magón parecían no haber desempeñado un gran papel en la defensa y conservaban el control de la ciudadela. Las ciudades antiguas solían estar muy pobladas, con calles

muy estrechas discurriendo entre un dédalo de edificios. Una vez en el interior, era muy difícil que los jefes de un ejército atacante pudieran controlar a sus tropas o responder a cualquier nueva amenaza. Si un defensor era capaz de reunir hombres suficientes o si contaba aún con reservas, era entonces muy posible que los atacantes fueran desalojados de nuevo. Escipión penetró en la ciudad a través de la puerta principal casi tan pronto como ésta quedó expedita. Desde el exterior no podía ver de ninguna manera lo que sucedía dentro ni hacer nada para influir en el curso de los acontecimientos. La mayor parte de su ejército se dispersó por las estrechas calles y callejuelas con la orden de acabar con la vida de cualquiera con quien se encontraran, pero sin dar inicio al saqueo hasta que no se diera la señal. Polibio nos dice que ésta era la práctica romana habitual, y sospechaba que lo que se pretendía era aterrorizar, «de tal manera que cuando los romanos tomaban una ciudad, se podían ver no sólo cadáveres de seres humanos, sino también perros cortados por la mitad, y las extremidades desmembradas de animales y, en esta ocasión, esas escenas eran muy repetidas debido al elevado número de habitantes de la ciudad».[17] El saqueo romano de la urbe fue extremadamente brutal, y las raíces de esa costumbre quizá haya que buscarlas en la temprana guerra depredadora del periodo arcaico. La matanza pretendía que los defensores no tuvieran oportunidad alguna de reagruparse y volver a la lucha. El saqueo estaba restringido y regulado de tal manera que todo el ejército romano pudiera beneficiarse por igual, lo que aseguraba que las diferentes secciones de la fuerza atacante se dedicasen a la tarea asignada.

Mientas una buena parte del Ejército se dispersaba para extender la desolación y la muerte por toda la ciudad, Escipión conservó formado un cuerpo de tropas de refresco sometido a un estrecho control. Después de atravesar la puerta principal siguió el camino mejor señalado hasta la plaza del mercado. Allí despachó un destacamento hacia una de las colinas que aún parecía presentar cierta resistencia, y envió la fuerza más importante, compuesta por un millar de soldados, contra los mercenarios cartagineses que todavía conservaban la ciudadela en su poder. Tras breve resistencia, Magón se rindió. Una vez que la ciudadela pasó a sus manos y quedó eliminada cualquier resistencia formal, sonó la trompeta que daba licencia a los hombres para abandonar la matanza y comenzar el saqueo. Se suponía que cada manípulo tenía una zona adjudicada de pillaje, que debía trasladar todos los objetos saqueados a la plaza del mercado y que todo el proceso restaría bajo la supervisión de los tribunos. Escipión ocupó la ciudadela con sus mil soldados durante la noche, mientras que otras tropas quedaban de guardia en el campamento. Después de la subasta del botín —adquirido en su mayor parte por los comerciantes y los hombres de negocios

romanos que acompañaban siempre a cualquiera de sus ejércitos en campaña, pero posiblemente también por algunos mercaderes locales—, los beneficios se distribuyeron entre todo el ejército, recibiendo cada hombre una parte proporcional a su categoría. Quizá incluso más importante aún que la recompensa financiera era la parada en la que su comandante condecoraba y alababa públicamente a quienes se habían distinguido en el combate. En un determinado momento, una discusión entre la flota y las legiones, surgida a propósito de quiénes habían sido los primeros en coronar la muralla de la ciudad, amenazó con desembocar en un episodio de violencia, hasta que Escipión declaró que los dos demandantes rivales, Sexto Digitio, de la marina, y el centurión Quinto Trebelio, de la Cuarta Legión, habían alcanzado la muralla al mismo tiempo y que se les concedería a ambos la *corona muralis*.[18]

La toma de la ciudad fue una hazaña notable, en especial si se tiene en cuenta que era la primera operación ejecutada por un comandante nuevo sin experiencia en la dirección de una fuerza de ese tamaño. Su valentía era una característica romana, pero la cuidadosa planificación y la preparación que estaban en la base de su rápido avance en territorio enemigo eran síntomas de una mayor experimentación militar que la mostrada en la mayoría de las campañas anteriores. Entre los estudiosos se ha desatado un cierto debate sobre la exacta naturaleza del fenómeno natural que permitió a sus hombres atravesar la laguna, en parte porque nuestras fuentes se muestran contradictorias en ese aspecto. La principal discusión se centra en si el fenómeno era diario o resultado ocasional de vientos que soplaban en una determinada dirección. Si la respuesta es esta última, entonces Escipión tuvo la fortuna a su favor. Si se trataba de un episodio regular y predecible, según creía claramente Polibio, nuestra fuente más fiable, entonces hay quien se pregunta por qué los romanos no atacaron desde esa dirección al mismo tiempo que desencadenaban su primer asalto. Esta opinión se olvida de la dificultad que suponía tomar una línea fortificada mediante el asalto frontal a sus murallas. Aunque el muro encarado a la laguna era más bajo que en cualquier otro lugar de la ciudad, es improbable que el ataque hubiera tenido éxito incluso con la intervención de un escaso número de defensores. Los ataques romanos trataban de distraer la atención de los cartagineses de ese espacio vulnerable; por tanto, debían efectuarlos con todas las fuerzas disponibles, a pesar del elevado coste en bajas. Había también una mínima esperanza de que ese asalto tuviera éxito por sí mismo, como en realidad sucedió en el caso del ataque de la flota. Y lo que es más importante, casi con toda seguridad Escipión se sirvió de éstos al atraer la atención de Magón para que el ataque desde el lago acabara coronado por el éxito.

La toma de Cartago Nova cambió por completo el equilibrio de fuerzas en España. En términos prácticos, Escipión consiguió considerables recursos militares, desde artillería hasta otros dieciocho navíos de guerra que añadir a la flota, con las tripulaciones formadas por esclavos capturados a quienes se les prometió la liberación si servían con fidelidad. La mayor parte de la población quedó en libertad, pero se declaró esclavos públicos a dos mil artesanos que se vieron obligados a producir armas y equipo para el ejército romano; a esos hombres se les prometió también la libertad cuando se alcanzase la victoria. Asimismo, cayeron en manos de los romanos unos trescientos rehenes de las familias nobles españolas. Los relatos del trato honorable que Escipión dispensó a estas personas, especialmente a las mujeres que había entre ellas, recuerdan las historias del arresto de las damas de la familia real persa por Alejandro Magno. Las mujeres quedaron bajo su protección personal, y a pesar de la reputación de mujeriego que tenía el joven romano, no se las molestó en ningún momento. Una de las historias afirmaba que los legionarios habían encontrado a una joven especialmente bella y que se la habían llevado a su comandante, pero que, después de agradecérselo, rechazó aprovecharse de la situación y la devolvió a sus progenitores. Livio nos cuenta una versión aún más romántica, según la cual la joven fue devuelta a su prometido, asegurándole personalmente Escipión que la virtud de la muchacha seguía intacta. La devolución de los rehenes a sus familias puso en marcha una ronda de consultas diplomáticas que llevó a un buen número de tribus a aliarse con Roma.[19]

Cartago Nova proporcionó a Escipión una base en la España meridional y más recursos de los que podía esperar que le llegaran de Italia. A partir de ese momento, el esfuerzo de guerra en la Península era en buena medida autosuficiente. Aunque el número de sus tropas romanas e italianas seguía siendo prácticamente el mismo, estaban ahora bien vestidas, equipadas y alimentadas, así como altamente disciplinadas, pues su jefe les impuso un riguroso programa de adiestramiento en los meses que siguieron a la toma de Cartago Nova. Aunque se añadieron numerosos soldados aliados, el núcleo del ejército lo siguieron formando las dos legiones y sus *alae*, y serían éstas las que desempeñarían el papel crucial en todos sus éxitos posteriores.

La batalla de Ilipa, 206 a.C.

En el año 208, Escipión dirigió su ejército, excelentemente preparado, contra Asdrúbal Barca. Es difícil asegurar, a partir de nuestras fuentes, si la acción resultante en Baécula fue una batalla en gran escala, pero sí está cla-

ro que las tropas romanas e italianas vencieron desplegando una mejor estrategia que sus adversarios. La victoria de Escipión quizá fue marginal, y además Asdrúbal tuvo que iniciar muy pronto su viaje hacia Italia para reunirse con su hermano, pero es posible que los romanos le infligieran serias bajas y que hicieran mucho más complicada aquella expedición. Asdrúbal dejó España, llevándose de la Península uno de los ejércitos de campo púnicos, rompiendo aún más el equilibrio de fuerzas en favor de Roma. Aunque consiguió llegar a Italia, allí descubrió rápidamente que los romanos estaban mucho mejor preparados de lo que había ocurrido en el 218. La nueva invasión cartaginesa se enfrentó muy pronto a un número superior de tropas romanas bien preparadas y dirigidas, y fue derrotada por entero en Metauro, en el 207. Aníbal se enteró sólo de la llegada de su hermano cuando la caballería enemiga arrojó en su campamento la cabeza de Asdrúbal. Mientras todo esto sucedía en Italia, Escipión consiguió una serie de victorias menores en España, pero su principal ofensiva no fue capaz de atraer a Asdrúbal Gisgo a una batalla en campo abierto.[20]

En el 206, Asdrúbal se había vuelto mucho más confiado. Uniendo sus fuerzas con las de Magón Barca, habían puesto en pie de guerra un ejército de setenta mil infantes (aunque Livio reduce esa cifra hasta sólo cincuenta mil) y de cuatro mil a cuatro mil quinientos jinetes, entre ellos la excelente caballería ligera númida dirigida por el príncipe Masinisa, y treinta y dos elefantes. Los númidas formaban el grueso de los mercenarios de España, apoyados por contingentes mucho menos disciplinados y adiestrados, formados por aliados y súbditos de Cartago. Los comandantes púnicos tenían muy poco tiempo para integrar todos esos elementos en un conjunto cohesionado, de tal manera que esta numerosa hueste maniobraría torpemente; sin embargo, su propio tamaño era ya intimidador. Escipión podía oponerles una fuerza de cuarenta y cinco mil infantes y tres mil jinetes. Por tanto, se veía superado en número, posiblemente por un margen relativamente amplio. Y lo que aún era peor, sólo alrededor de la mitad de los soldados de infantería formaban sus legiones y *alae*, bien adiestradas y muy confiadas, mientras que los restantes eran aliados, en quienes nunca se decidió a confiar plenamente. Lo mismo que casi todos los cartagineses, el ejército romano no constituía una fuerza unida y coherente, utilizada para operar al unísono. Cuando avanzó para acampar cerca del enemigo, a las afueras de Ilipa —no lejos de la actual Sevilla—, el general romano se enfrentaba al problema de cómo hacer buen uso de las diversas tropas que se hallaban a su mando.[21]

Cuando la columna romana comenzó a construir el campamento, Magón y Masinisa dirigieron el grueso de la caballería púnica en un ataque encaminado a desorganizar y desanimar al ejército recién llegado. Era prác-

tica normal de los ejércitos romanos colocar piquetes de tropas en formación para proteger un campamento durante y después de su construcción, pero en esta ocasión Escipión había tomado la precaución de estacionar la caballería en tierra de nadie, detrás de una colina. El repentino contraataque romano llevó el pánico a los jinetes cartagineses que iban en vanguardia, descabalgando a algunos de ellos, probablemente a los númidas que montaban a pelo. Se desarrolló entonces un combate de mayor entidad con los escuadrones en formación que daban apoyo al ataque púnico, pero también se vieron obligados a retroceder poco a poco a medida que iban saliendo del campamento unidades de legionarios. La infantería en formación cerrada ofrecía un refugio estable tras el que podían descansar y rehacerse los jinetes antes de atacar de nuevo, y era muy difícil que la caballería enemiga pudiera romper esa formación. Ese apoyo proporcionó a las formaciones de caballería la estabilidad de la que siempre habían carecido. Los combates de caballería eran de final indeciso, en los que los escuadrones cargaban, perseguían, perdían la formación y eran, a su vez, atacados y perseguidos. Gradualmente, los cartagineses se dieron cuenta de que rehacían sus unidades cada vez más cerca de su propio campamento, a medida que los soldados de infantería romanos iban presionando y conservando en su poder la zona que ganaba su caballería. Finalmente, la presión fue tan grande que los jinetes púnicos huyeron hacia su campamento.[22]

Parece que fue la primera de las escaramuzas que libraron elementos de los dos ejércitos en los días que precedieron a la batalla definitiva. Esos encuentros eran enfrentamientos habituales que antecedían a una batalla decisiva, y el éxito o el fracaso en esas refriegas se consideraba un indicativo de la valentía y el coraje relativos de ambos bandos. Debieron transcurrir algunos días dedicados a enfrentarse en esa clase de escaramuzas, antes de que Asdrúbal se decidiera a desplegar todo su ejército y presentar batalla al enemigo. El campamento púnico se hallaba en una zona elevada y, bastante avanzado el día, los cartagineses se desplazaron hasta situarse en el límite de la llanura que había por debajo de aquél, antes de formar sus líneas. Fue un despliegue convencional, con lo mejor de su infantería (formada por los lanceros libios y quizá por algunos grupos de ciudadanos de las colonias púnicas en España), en el centro. Asdrúbal dividió a sus españoles colocándolos en cada flanco y puso la caballería, con los elefantes al frente, en las alas. Escipión aceptó rápidamente el envite de aquel gesto de confianza del enemigo y desplegó su ejército, con los romanos en el centro y los españoles a cada lado, con la caballería enfrentada a la del enemigo. Cuando comenzaron a depositarse las nubes de polvo que levantaban tantos soldados de infantería marchando a situarse en sus puestos, pudo verse a los dos ejércitos frente a frente, observándose. A pesar de la confianza ini-

cial, ninguno de los comandantes deseaba empujar a sus hombres a presentar batalla. Después de algunas horas, cuando el sol comenzaba a ponerse, Asdrúbal dio orden a sus soldados de regresar al campamento. Al verlo, Escipión hizo lo propio.

En los días que siguieron, eso se convirtió casi en una rutina. A una hora ya avanzada, lo que en sí mismo sugería un escaso entusiasmo por presentar batalla, Asdrúbal conducía a su ejército hasta el límite con la llanura. Los romanos aceptaban entonces el envite, y ambos ejércitos se desplegaban con la misma formación que el primer día. A continuación, se mantenían en sus posiciones y esperaban casi hasta que llegaba el final del día cuando, primero los cartagineses y después los romanos, regresaban a sus campamentos respectivos. Como ya hemos visto, esas demoras eran comunes en esta época antes de que se librara una batalla, pero al principio no parecía que ninguno de los dos bandos consiguiera ventajas significativas de tales despliegues de confianza. Quizá Asdrúbal obtuviera un beneficio marginal al ser quien iniciaba el desafío diario, pero con el tiempo se demostró que no le había servido para nada.

No debe subestimarse el esfuerzo que suponía desplegar ejércitos de ese tamaño en orden de batalla, pues se trataba de un proceso que duraba horas. La mayoría de los ejércitos se desplegaban utilizando el llamado método procesional. Tan pronto como las tropas salían del campamento —o, en el caso de los romanos, cuyos campamentos estaban diseñados deliberadamente con un espacio entre las líneas de tiendas y las murallas, dentro del propio recinto—, se disponían en columna. En vanguardia avanzaba la unidad que se situaría ocupando el flanco del extremo derecho de la línea de combate. A continuación, la que se colocaría inmediatamente a su izquierda, y así de manera sucesiva hasta que los últimos de la columna pasarían a ocupar el extremo izquierdo de la primera línea. Una vez formados en este orden, todo el Ejército marcharía en columna hasta alcanzar el punto en que se situaría la izquierda de la línea de combate, para girar entonces a la derecha y avanzar como en una procesión, siguiendo a lo largo de la que sería la línea definitiva del frente. Cuando la unidad delantera alcanzaba su posición en el extremo derecho, se detenía y cambiaba el orden abierto de marcha por una formación de combate más compacta, de cara ya al enemigo. Por detrás, las demás unidades del Ejército ejecutaban la misma maniobra hasta que cada una se encontraba en el lugar asignado. El método romano difería únicamente en que las tropas partían formadas en tres columnas, correspondiendo cada una de ellas a las tres líneas de la *triplex acies*. Todo ello exigía una cuidadosa supervisión de los oficiales superiores con el fin de asegurarse que cada uno acabase situado en el lugar adecuado. La mayoría de los ejércitos enviaban caballería y tropas de infante-

ría ligera a realizar una cobertura de la columna principal mientras se situaba en posición, si era previsible que el enemigo pudiese amenazar con realizar algún ataque. El método procesional era lento, en especial cuando se trataba de grandes ejércitos, pero efectivo, particularmente desde el momento en que ningún ejército había diseñado instrumentos que les permitieran desplegarse con mayor rapidez. La enorme debilidad de este sistema la constituía su rigidez. Un comandante debía decidir cuál iba a ser su orden de combate antes de formar la columna. Una vez hecho esto, era prácticamente imposible alterarlo de manera significativa. Por lo general, la mayor parte de los ejércitos utilizaban el mismo orden de batalla, puesto que la familiaridad de cada unidad con su lugar en la línea de ataque facilitaba todo el proceso.

Las tácticas de Escipión en Ilipa deben entenderse en el contexto de este sistema. Después de varios días de responder al desafío de Asdrúbal sin que ninguno de los comandantes comprometiese realmente sus tropas en una batalla, Escipión decidió forzar un encuentro al día siguiente. Quizá ya en las primeras horas de la mañana, dictó órdenes por escrito para que las tropas se levantaran y tomaran alimentos muy pronto. Inmediatamente antes del amanecer, despachó la caballería y las tropas ligeras para que atacaran los piquetes cartagineses. El resto del Ejército se preparó para desplegarse, pero, en esta ocasión, Escipión alteró la formación. Aquel día, serían los aliados españoles quienes ocuparían la posición central de la línea de ataque, mientras que dividió las mejores tropas entre los dos flancos, casi con toda seguridad con una legión y un ala a cada lado. Una vez formadas las tropas, avanzó con mayor audacia que en los días precedentes y no se detuvo hasta encontrarse a la mitad de la llanura abierta. Aunque nuestras fuentes no lo afirman explícitamente, es cierto que el general romano debió discutir ese cambio con sus oficiales superiores, para que pudieran formar las columnas del ejército de acuerdo con los nuevos planes. Lo más probable es que esto sucediera en el *consilium* que un comandante romano mantenía habitualmente antes de ejecutar una acción importante. Aunque en ocasiones se ha traducido como «consejo de guerra», no eran por lo general foros de debate, sino una reunión (parecida a un Grupo «O» del ejército británico), en el que el jefe del Ejército explicaba sus planes. Seguramente, en este caso Escipión debió hacerles saber las complejas maniobras con las que había decidido iniciar la batalla.

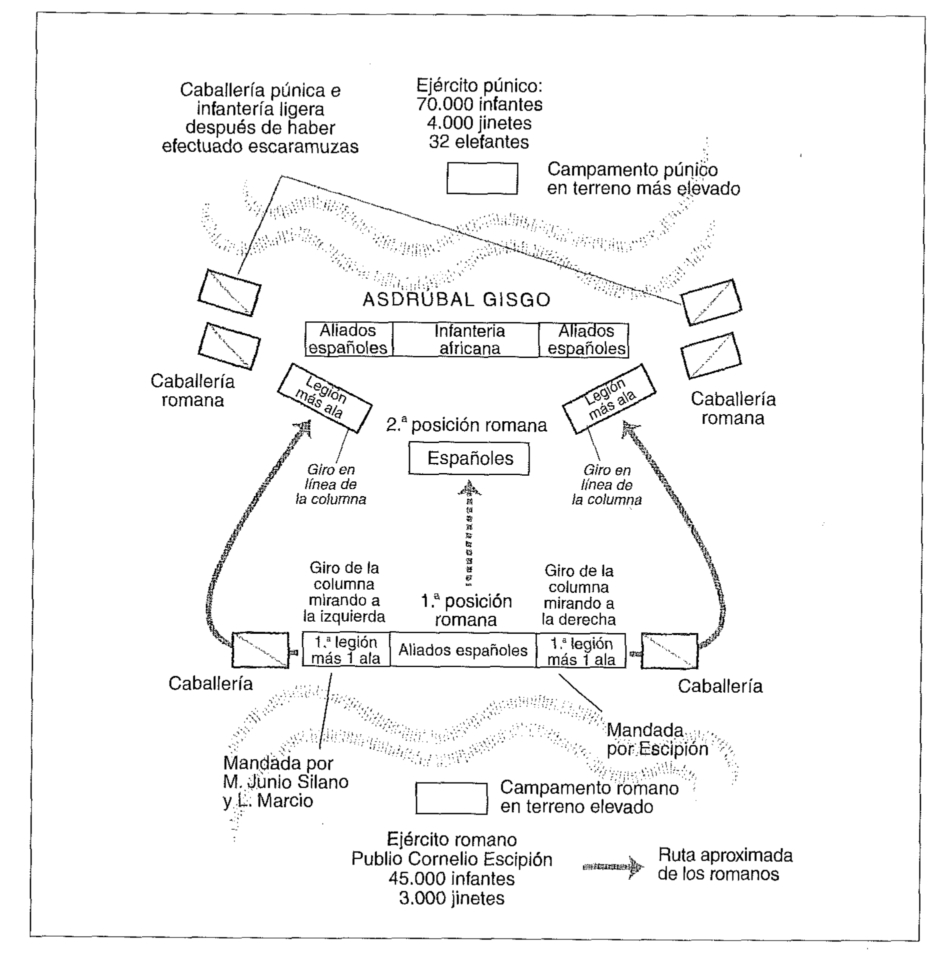
Cuando las avanzadillas de Asdrúbal se vieron atacadas por la caballería y las tropas ligeras romanas, los cartagineses respondieron con rapidez. Después de este ataque, la principal fuerza romana se hizo visible mientras comenzaba su despliegue, aunque pueda dudarse que, a esa distancia —a juzgar por los acontecimientos posteriores, debía ser como mínimo una mi-

lla—, el general púnico pudiera ver más que una vaga masa de hombres y grandes nubes de polvo. Respondiendo con celeridad al desafío, Asdrúbal dio orden a sus hombres para que se armaran y se prepararan a desplegarse. Quizá pensó que este repentino despliegue de confianza romana trataba sólo de recuperar su espíritu de combate, después de varios días de respuesta al desafío cartaginés. Si Asdrúbal pretendía conservar cualquier ventaja moral, entonces debería responder a este avance romano y no darle a Escipión la oportunidad de poder decir a sus hombres que el enemigo tenía miedo y no osaba detener su marcha. Por tanto, el comandante púnico no vaciló en ordenar al Ejército que formara con la misma disposición que había adoptado todos los días anteriores. Efectuó la operación a toda prisa, y la mayoría de sus hombres no tuvieron la oportunidad de comer nada. Sin embargo, e incluso alcanzada ya esta fase, era muy posible que no tuviera lugar ninguna batalla y que los dos ejércitos se mantuvieran observándose el uno al otro la mayor parte del día.

La caballería y la infantería ligera púnicas partieron en primer lugar, enfrentándose a sus oponentes romanos y entablando un combate pleno de vacilaciones, sin resultado claro. El grueso del ejército cartaginés avanzó y formó sus líneas en el límite de la llanura, inmediatamente por debajo de la colina en la que había acampado. Los hombres de Escipión se encontraban aproximadamente a media milla de distancia, es decir, mucho más cerca de lo que habían estado en días anteriores. A esa distancia, Asdrúbal pudo advertir ya que las legiones no ocupaban su habitual lugar en el centro, sino que se hallaban en las alas dispuestas a enfrentarse a sus tropas más débiles. Eso significaba que sus mejores tropas de infantería se encontraban situadas frente a los aliados españoles de los romanos, lo que podría haber supuesto algún consuelo pues, si se llegaba a un combate cuerpo a cuerpo, entonces sus libios deberían destrozar aquellas tropas pobremente preparadas y peor equipadas. Aunque quizá se desconcertara por aquel cambio, no era claro de qué manera podría beneficiar a su adversario. Además, ahora le era ya prácticamente imposible variar su propio despliegue para equilibrarlo al del enemigo. Si trataba de desplazar de lugar contingentes numerosos, sólo conseguiría crear una confusión que el enemigo más próximo y preparado de forma perfecta explotaría a ciencia cierta para desencadenar un ataque inmediato.

Siguió entonces uno de esos momentos de calma tan característicos de las batallas de aquella época. Escipión detuvo su avance y los cartagineses permanecieron estacionados en el límite de la llanura. La caballería y la infantería ligera de los dos ejércitos continuaron sus escaramuzas, pero al recibir ambas el apoyo de sus principales líneas, era relativamente fácil que los grupos sometidos a mayor presión se replegasen y rehiciesen la forma-

ción por detrás de la infantería desplegada en orden cerrado. Después de cierto tiempo, todos se retiraron a los espacios vacíos que dejaban entre ellas las unidades de las líneas principales y, desde allí, se les envió a las alas. Finalmente, Escipión reinició el avance, pero dio orden a los españoles, ubicados en el centro, de que lo hicieran muy lentamente, al tiempo que las alas iniciaban una serie de complejas maniobras que, lo mismo que en Baécula, demostraron sus niveles excepcionalmente elevados de instrucción. El propio Escipión mandaba las tropas del ala derecha, mientras Lucio Marcio y el propretor Marco Junio Silano controlaban la izquierda. Livio afirma que Escipión les dio la orden de que le copiaran sus propias maniobras, pero, aunque es evidente que debieron enviárseles instrucciones



Batalla de Ilipa

o alguna señal para iniciarlas, parece probable que los oficiales conocían ya lo que se esperaba de ellos.

En el ala derecha, los hombres de Escipión, formados todos los manípulos en tres líneas, comenzaron a rotar hacia la derecha, por lo que, una vez más, formaron tres columnas. Los tres manípulos que constituían la cabeza de las columnas, giraron a continuación hacia la izquierda y marcharon de frente contra la línea enemiga, siguiéndoles todas las unidades. Los movimientos del ala izquierda reflejaron como en un espejo aquellas maniobras. Las columnas con un frente estrecho se mueven con mucha mayor rapidez que las líneas de frente más amplio, pues es mucho más fácil que los soldados conserven sus posiciones al encontrarse con escasos obstáculos y, por ello, necesitan detenerse con menor frecuencia para restaurar el orden. Por tanto, las tres columnas se aproximaron al enemigo a gran velocidad, dejando en el centro y a buen trecho a los españoles, que se movían con mayor lentitud. Cuando se encontraba ya a una distancia comparativamente escasa de la línea púnica, Escipión hizo girar a sus tres columnas hacia la derecha una vez más (mientras el ala izquierda ejecutaba la maniobra opuesta), y las hizo avanzar en línea hasta formar un frente de batalla que envolvía los flancos del enemigo.

Asdrúbal y los cartagineses parecieron contemplar hipnotizados cómo las columnas romanas avanzaban hacia ellos. La infantería ligera y la caballería romanas lanzaron armas arrojadizas para ahuyentar a los elefantes, algunos de los cuales iniciaron una estampida por entre las tropas púnicas, marchando hacia su retaguardia y extendiendo la confusión. Las tropas romanas e italianas atacaron a continuación a los aliados españoles de Asdrúbal desde las alas. Durante algún tiempo, estos últimos consiguieron mantener la posición, pero poco a poco se vieron obligados a retroceder. Los romanos, que habían comido y se habían preparado cuidadosamente para la batalla, desplegaron una mayor resistencia, auxiliados sin duda por la táctica habitual de alimentar el frente de combate con tropas de refresco procedentes de los *principes* y los *triarii*. Lentamente, obligaron a retroceder a los españoles y, en poco tiempo, la retirada se transformó en huida. Mientras tenía lugar ese combate, en el centro no ocurrió ninguna lucha seria. Escipión había dejado atrasados deliberadamente a los contingentes aliados, pero su sola presencia mantuvo a los libios fijos en su lugar, por lo que no pudieron ir en ayuda de sus propias alas, sin exponerse a su vez al ataque del centro del ejército romano. Cuando los flancos púnicos se hundieron, el resto del ejército huyó con ellos. Asdrúbal trató en vano de detener la desbandada. Durante algún tiempo consiguió formar una línea vacilante en la parte inferior de la falda del terreno elevado frente al campamento, mientras los romanos se detenían a los pies de la colina, lo que po-

siblemente fuera un indicio más de que Escipión mantenía a sus hombres bajo férreo control. Cuando los romanos comenzaron una vez más su avance, la endeble línea púnica se hundió y huyó hacia la seguridad del campamento. Nuestras fuentes sostienen que, de no ser por una repentina y violenta tormenta, los romanos hubieran arrollado fácilmente la posición enemiga. Durante la noche, los aliados de Asdrúbal comenzaron a desertar y él mismo huyó con las unidades más fiables de su ejército, pero muchos de sus componentes fueron capturados o perecieron en la persecución que se desencadenó a continuación. Asdrúbal escapó, para seguir luchando sin mejor éxito contra Escipión, en la campaña africana.[23]

Africano

Efectivamente, Ilipa acabó con la presencia cartaginesa en España pues, en los meses siguientes, los enclaves que aún dominaban quedaron limpios de enemigos sin apenas dificultades. Antes de partir de España, Escipión debió habérselas con un motín de sus propias tropas y una rebelión de algunos de sus antiguos aliados, pero tenía ya puesta toda su atención en la invasión de África. Regresó a Roma y recibió el consulado en el 205 —para el que era aún formalmente demasiado joven—, después de lo cual consiguió asegurarse la provincia de Sicilia como base y el permiso para invadir el suelo patrio del enemigo. No obtuvo un apoyo unánime. Cerca ya del final de su vida, Fabio Máximo se opuso a esa acción, celoso en parte por la fama popular de aquel poco ortodoxo comandante de España. Según parece temía también que una invasión fracasada de África pudiese provocar un resurgimiento del esfuerzo de guerra cartaginés, como ya había sucedido en el 255. Hubo aún más problemas cuando uno de los subordinados de Escipión, un hombre de nombre Pleminio, se vio envuelto en un escándalo mientras ocupaba el cargo de gobernador militar de la ciudad de Locri. Este oficial no sólo saqueó el lugar que se suponía debía proteger, sino que también consiguió poner en su contra a los tribunos a su mando, llegando incluso a azotarlos en público. En la primera intervención de Escipión, éste se mostró favorable a la actuación de su subordinado y apoyó a Pleminio, quien rápidamente dejó a un lado cualquier moderación y ordenó la ejecución de los tribunos. Al final, los locrianos pudieron hacer llegar una delegación a Roma, consiguiendo que el Senado hiciera arrestar a aquel personaje.

Llegados a este punto, los rivales de Escipión en el Senado trataron de entregar su mando a otro magistrado, pero su intento quedó desbaratado por la popularidad cada vez mayor que estaba alcanzando entre una buena

parte de la ciudadanía romana. Esa confianza depositada en él demostró tener una buena base pues, en la nueva campaña, Escipión hizo gala de la misma capacidad y habilidad que había mostrado en España. En primer lugar, se cuidó de prepararla con todo esmero antes de emprender la expedición desde Sicilia, de tal manera que cuando, por fin, se hizo a la mar, se encontraba al frente de un ejército excelentemente adiestrado y respaldado por un amplio apoyo logístico. En el norte de África superó en toda regla a sus oponentes, atacando con una eficacia despiadada en los momentos críticos. Los dos primeros ejércitos que se enviaron contra él acabaron destruidos en sus campamentos mediante ataques nocturnos por sorpresa. Lo mismo que había sucedido en Cartago Nova, Escipión se había cuidado de reunir todos los datos posibles sobre las fuerzas y la posición del enemigo antes de desencadenar el ataque. En unas negociaciones, envió centuriones y otros oficiales, disfrazados de esclavos, en el séquito de sus embajadas. Se dice que, en cierta ocasión, uno de los centuriones fue azotado en público para mantener el engaño. Finalmente, los cartagineses se vieron obligados a llamar a Aníbal desde Italia para que hiciera frente al invasor. Los dos grandes generales se encontraron en Zama, en una batalla que no está señalada por maniobras particularmente sutiles en ninguno de los dos bandos. Al final, fueron los romanos quienes consiguieron la victoria en el combate que siguió, ayudados en buena medida por su considerable superioridad numérica en la caballería.[24]

Escipión regresó para celebrar un triunfo espectacular, tomando el nombre de Africano como recuerdo permanente de su hazaña. Se hallaba aún a comienzos de la treintena y había conseguido ya más que muchos de los senadores romanos en toda su vida. Aunque continuó activo en la vida pública, difícilmente podía darse el caso de que su carrera futura pudiera igualar, y no digamos ya superar, lo que había hecho hasta entonces. Fue elegido para un segundo consulado en el 194, y dirigió un ejército contra las tribus galas del norte de Italia, pero no se vio implicado en ninguna batalla decisiva. En el 190, su hermano menor Lucio ocupó el cargo de cónsul y, una vez que Africano anunció que le acompañaría en calidad de veterano subordinado o *legatus*, se le entregó el mando contra el imperio seléucida de Antioco III. La presencia de Escipión fue considerada especialmente adecuada porque Aníbal, exiliado en ese momento de su nativa Cartago, había buscado refugio en la corte de Antioco y se esperaba que le ofreciesen un puesto de mando importante. En ese episodio, el cartaginés se hizo cargo de una parte de la flota seléucida, en un momento en que Escipión estaba enfermo, por lo que se perdió la decisiva batalla terrestre de Magnesia. Puede ser que esa enfermedad fuera inventada o se hubiera exagerado para asegurarse de que Lucio conseguiría el mayor crédito posible

por la victoria. Hubo también rumores de que tuvo lugar un acuerdo con Antioco para asegurar el regreso sano y salvo del hijo de Africano, que había sido hecho prisionero. Sin embargo, a la vuelta de esta guerra, el escándalo se cernería una vez más sobre Escipión y su hermano. Ambos fueron procesados bajo la acusación de apropiación indebida de fondos del Estado durante la campaña. La respuesta de Escipión reflejó el elevado grado de autoestima que había marcado sus campañas, pero reveló también su escasa habilidad política. En presencia del tribunal, hizo pedazos los informes que su hermano había redactado sobre la guerra contra los seléucidas, en lugar de leerlos. En otra ocasión, su juicio coincidió con el aniversario de la batalla de Zama, por lo que, de pronto, Escipión proclamó su intención de elevar sacrificios a los dioses en los templos del Capitolio en señal de agradecimiento. Exceptuando los acusadores y sus ayudantes, todos le siguieron, pero a pesar del entusiasmo mostrado por las multitudes, no se sobreseyeron los cargos. Finalmente, abandonó Roma y su política y vivió los últimos cinco años de vida en una villa campestre. Fue un final decepcionante para un hombre que tantas hazañas había realizado al servicio de la República.[25]

Livio había leído un relato en el que se afirmaba que Escipión, como miembro de la delegación senatorial enviada a Éfeso en el 193, se reunió y conversó varias veces con Aníbal. En una de sus entrevistas:

> Africano preguntó quién era, en opinión de Aníbal, el general más grande de todos los tiempos. Aníbal contestó: «Alejandro... porque, con una pequeña fuerza, consiguió derrotar ejércitos numerosísimos, y porque atravesó las tierras más remotas...». Preguntado a quién colocaría en segundo lugar, Aníbal dijo: «A Pirro. Fue el primero en dominar el arte de disponer un campamento. Además, nadie ha mostrado nunca mejor juicio para elegir su terreno o desplegar sus fuerzas. Tenía también la habilidad de ganarse hombres para su bando...» Cuando Africano continuó preguntándole quién sería el tercero, Aníbal se eligió a sí mismo sin dudar. Escipión estalló en una risotada y preguntó: «¿Qué habrías contestado si me hubieras derrotado a mí?»
>
> «En ese caso —replicó Aníbal—, es evidente que me hubiera colocado antes que Alejandro y que Pirro; de hecho, ¡antes que cualquier otro general!» Esta respuesta, con aquella elaborada sutileza púnica... afectó profundamente a Escipión, pues Aníbal le había dejado aparte de la lista de generales, porque su valía estaba fuera de cualquier cálculo posible.[26]

Quizá esta historia sea apócrifa, pero ese juicio no era, ciertamente, inmerecido.

1. *Imperator me mater, non bellatorem peperit*, Frontino, *Stratagems* 4. 7. 4.
2. Livio 26. 19. 3-9, Gelio, *Attic Nights* 6 (7). 1. 6.
3. Polibio 10. 2. 1-5. 10; F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 2, Oxford, 1967, pp. 198-201, quien señala que la historia relatada por Polibio afirmando que Escipión fue elegido como edil el mismo año que su hermano es incorrecta.
4. Polibio 10. 3. 3-6; Plinio, *Natural History* 16. 14; Livio 21. 46. 10.
5. Livio 22. 53. 1-13; Frontino, *Strat.* 4. 7. 39.
6. Livio 222. 61. 14-15; *cf.* N. Rosenstein, *Imperatores Victi*, 1993, pp. 139-140.
7. Livio 26. 18. 1-19. 9; *cf.* H. Scullard, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, 1970, p. 31, J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, y B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980.
8. Para las primeras campañas en España, véase A. Goldsworthy, *The Punic Wars*, Londres, 2000, pp. 246-253.
9. Polibio 10. 6. 1-9. 7; Walbank 2, 1967, pp. 201-202.
10. Polibio 10. 7. 3-5; Walbank 2, 1967, p. 202; *cf.* Lazenby, 1978, p. 134.
11. Polibio 10. 9. 4-7, Livio 26. 42. 1.
12. Polibio 10. 9. 7, Livio 26. 42. 6; Walbank 2, 1967, pp. 204-205.
13. Relatos del asalto en Polibio 10. 9. 8-17. 5, Livio 26. 42. 6-46. 10, Apiano, *Spanish Wars* 20-22; Walbank 2, 1967, pp. 192-196, 203-217.
14. Polibio 10. 13. 1-4.
15. Salustio, *Bellum Catilinae* 7. 6.
16. Plutarco, *Marcellus* 18, Polibio 8. 37. 1.
17. Polibio 10. 15. 4-5. Véase también A. Ribera I. Lacomba, con M. Calvo Gálvez, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *Journal of Roman Archaeology* 8, 1995, pp. 19-40, con pruebas de las atrocidades romanas, aunque cometidas en este caso en una guerra civil. Un examen de los pillajes romanos, en A. Ziolkowski, «*Urbs direpta*, or how the Romans sacked cities», en J. Rich y M. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 69-91, aunque no han sido aceptadas por lo general todas sus conclusiones.
18. Livio 26. 48. 5-14.
19. Polibio 10. 18. 1-19. 7, Livio 26. 49. 11-50. 14, *cf.* Plutarco, *Alexander* 21.
20. Polibio 10. 39. 1-40. 12, Livio 27. 17. 1-20. 8. 28. 1. 1-2. 12, 1. 13-4. 4.
21. Polibio 11. 20. 1-9, Livio 28. 12. 10-13. 5.
22. Polibio 11. 21. 1-6, Livio 28. 13. 6-10.
23. Sobre la batalla, véase en general Polibio 11. 21. 7-24. 9, Livio 28. 14. 1-15. 11. Un estudio sobre la localización de la batalla y de la maniobra de Escipión, en Lazenby, 1978, pp. 147-149, Walbank 2, 1970, pp. 296-304, y Scullard, 1970, pp. 88-92.
24. Un relato más detallado de la campaña africana, en Goldsworthy (2000), pp. 286-309.
25. Para este periodo, véase Scullard, 1970, pp. 210-244.
26. Livio 35. 14.

Capítulo 3

EL CONQUISTADOR DE MACEDONIA: EMILIO PAULO

Lucius Aemilius Paullus (c. 228-c. 160 a.C.)

> Por mi parte, cumpliré con mi deber como general; tengo claro que se os ha ofrecido la ocasión de realizar una acción victoriosa. No es vuestro deber preguntar qué va a suceder; después de dada la señal, vuestro deber es el de efectuar vuestro cometido como hombres de armas.[1]

Aunque, después del 201 Escipión apenas consiguiera ya hacer nada más, acabando su vida en medio de un retiro amargo, los comienzos del siglo II a.C. fueron tiempos de grandes oportunidades para muchos de los senadores de su generación, que llegarían a dominar la vida pública romana durante varias décadas. Las numerosas bajas de miembros del Senado en los primeros desastres infligidos por Aníbal aceleró el acceso a los puestos de responsabilidad de hombres que habían alcanzado la edad adulta durante la guerra, reduciendo también enormemente el número de ancianos estadistas distinguidos cuya *auctoritas* les aseguraba un destacado papel en los debates. Esos hombres, ya fueran descendientes de las familias de rancio abolengo o ecuestres cuyo valor les había ganado la admisión en el rango senatorial, habían pasado muchos años de campaña. Cuando, andando el tiempo, alcanzaron las más altas magistraturas y se les encargó el mando de los ejércitos de la República, dirigían fuerzas compuestas en todas sus filas por una elevada proporción de veteranos de la Guerra Púnica. La combinación demostró ser letalmente eficaz y, como consecuencia, durante un tiempo las legiones desplegaron el mismo nivel de disciplina y de habilidad táctica que había servido para conseguir las victorias de Metauro, Ilipa y Zama.

No era una época en la que escasearan las oportunidades para que los comandantes y los ejércitos demostrasen su valor. El estado de guerra era

casi permanente en las provincias españolas y en la Galia Cisalpina. Esas luchas se comían la mayor parte de los recursos militares de Roma, pero quedaron en un segundo plano por las guerras más dramáticas, aunque menos frecuentes, que se libraron contra las grandes potencias helenísticas del Mediterráneo oriental. Alejandro Magno había muerto en el 323 a.C. sin haber dejado un claro heredero adulto, y su vasto imperio se desmoronó con rapidez cuando sus generales comenzaron a luchar entre sí para obtener el poder, diseñando así un mundo griego en el que a Roma le sería fácil intervenir. Finalmente, hicieron aparición tres grandes dinastías: los Seléucidas en Siria, los Ptolomeos en Egipto y los Antigónidas en la propia Macedonia. En las disputadas zonas fronterizas entre esas potencias consiguieron hacerse un hueco reinos más pequeños, como Pérgamo y Bitinia, en Asia Menor. La propia Grecia conservaba aún algunas importantes ciudades independientes, en especial Atenas, pero muchas otras se habían incorporado con diferentes grados de entusiasmo a las ligas Etolia o Aquea. Las comunidades del mundo griego, aunque compartían un lenguaje y una cultura comunes, nunca habían mostrado gran entusiasmo por la unificación política, y su profundo sentimiento de independencia habitualmente sólo se vio sometido por la fuerza o por la necesidad de colaboración ante la amenaza de un enemigo más fuerte. En las disputas entre ciudades, y bastante a menudo entre facciones rivales en el interior de la misma ciudad, era corriente buscar la ayuda diplomática y militar de fuerzas exteriores más poderosas. Los reyes helenísticos hicieron uso frecuente de esos llamamientos a la intervención en zonas aliadas de sus rivales y, por lo general, en su propaganda declaraban que estaban luchando por la libertad de los griegos.

Roma había mantenido algunos contactos diplomáticos con el mundo helenístico desde mucho tiempo antes de que hubiera ninguna implicación militar directa y, en el 273, firmó un tratado de amistad con Ptolomeo II. En los años 229 y 219, la República libró guerras en Iliria, en la costa adriática, contra los piratas que se enseñoreaban de la región. La creación de lo que, en definitiva, no era otra cosa más que un protectorado romano en la costa ilírica no lo aceptó demasiado bien Filipo V de Macedonia, quien consideraba que esa zona formaba parte de su esfera de influencia. La invasión de Italia por Aníbal y la serie de derrotas devastadoras que infligió a los romanos ofrecieron al rey la oportunidad de expulsar a los intrusos y, en el 215, se alió con Cartago contra Roma. El resultado fue la Primera Guerra Macedónica pues, de alguna manera, los romanos encontraron tropas y recursos suficientes para abrir un nuevo teatro de operaciones en Iliria y Grecia. No fue un conflicto de grandes batallas al estilo clásico, sino que se caracterizó por las incursiones, las emboscadas y los ataques a fortalezas y ciudades. La

mayor parte de la lucha real fue efectuada por los aliados de ambos bandos y cuando, en el 206, el principal aliado local de Roma, la Liga Etolia, concluyó una paz separada con Filipo V, los romanos carecieron ya de la fuerza necesaria para continuar la lucha con alguna eficacia. Un año más tarde, las hostilidades finalizaron formalmente con la Paz de Foiniké, que mantenía a los aliados romanos en Iliria, pero que permitía también al rey conservar muchas de las ciudades que había tomado en el curso de la guerra.

Un tratado de esa clase, por el que se hacían concesiones a ambos bandos de acuerdo con su fuerza relativa al cese de las hostilidades, constituía la manera normal de finalizar una guerra en el mundo helenístico. También era común la intervención de una tercera parte neutral, en el caso que nos ocupa Épiro, con el fin de abrir negociaciones con los beligerantes y promover el acuerdo de los términos de la paz. Además, tanto Pirro como Aníbal habían esperado lógicamente que la República aceptara su derrota y buscara una paz negociada de esa clase después de ver cómo sus legiones eran aplastadas en el campo de batalla. Sin embargo, los romanos no reaccionaron ante esas catástrofes como lo hubiera hecho cualquier otro Estado contemporáneo, pues tenían una manera muy diferente de entender la guerra global. Una guerra en la que se viera implicada Roma finalizaba cuando la República dictaba los términos de paz a un pueblo derrotado y sometido por entero. El deseo de negociar con Macedonia como con un igual reflejaba la preocupación del Senado por conseguir la victoria en la lucha contra Cartago, y no hizo nada por menguar el rencor de los romanos ante el ataque sin provocación previa del rey, en un momento en que Aníbal les había puesto al borde de la derrota total.[2]

El año 200, menos de uno después de la derrota de los cartagineses, Roma respondió con una declaración de guerra a Filipo V, en respuesta a un llamamiento de Atenas en petición de ayuda. La victoria en la Segunda Guerra Púnica había supuesto un enorme costo para Roma y para sus aliados en Italia. El número de bajas fue inmenso y una buena parte de la población adulta masculina había sido llamada a filas para cumplir periodos de servicio de excepcional duración. Las pagas, la alimentación y, en numerosas ocasiones, el equipo de un número sin precedente de legiones habían dejado exhausta la tesorería de la República. A lo largo de casi una década, los ejércitos enemigos efectuaron sus campañas en la Italia meridional, consumiendo o destruyendo cosechas y rebaños, quemando asentamientos y matando o esclavizando a la población. En el peor de los casos, quedaron afectadas regiones en las que debería pasar mucho tiempo antes de que las cosechas comenzaran a recuperarse; por toda Italia se había extendido una sensación de agotamiento y la necesidad de un periodo de paz y de recuperación. Ese espíritu condujo a los *Comitia Centuriata* a rechazar

la moción presentada por el cónsul Publio Sulpicio Galba de que «es Voluntad y Orden del pueblo romano que debe declararse la guerra a Filipo, rey de Macedonia, y a los macedonios bajo su mando, a causa de los agravios infligidos a los aliados del pueblo romano, y por las acciones de guerra efectuadas contra ellos».[3] Esa renuencia a ir a la guerra era excepcionalmente rara en Roma. Antes de que tuviera lugar una segunda reunión, Galba se dirigió a los ciudadanos explicándoles que Filipo V era un enemigo probado, e insistiendo en lo fácil que le sería a una flota macedónica desembarcar un ejército en tierras italianas. Hizo aparecer el espectro de la resignación, afirmando que si los romanos se hubieran resistido a Aníbal y a su familia en España, la invasión de Italia nunca hubiera tenido lugar. Su razonamiento sintonizó perfectamente con su público pues, en esta ocasión, la votación fue favorable a la guerra por gran mayoría.

En un primer momento, la Segunda Guerra Macedónica (200-197 a.C.) siguió pautas parecidas a la Primera, manteniéndose el conflicto en un tono menor. Filipo V desplegó en ambas guerras un enorme talento en el mando de columnas poco numerosas, dirigiendo con frecuencia cargas espada en mano, en la mejor tradición de Alejandro Magno. En el año 199, fortificó el valle por el que discurre el río Aous entre montañas, añadiendo puntos de defensa con artillería montada a una posición ya de por sí formidable. El comandante romano acampó a unas cinco millas, pero no trató de forzar el camino por aquel lado. Al año siguiente, uno de los nuevos cónsules (Tito Quintio Flaminino) fue quien obtuvo el mando en Macedonia. Sólo tenía treinta años y había conseguido la elección a ese alto cargo hallándose muy por debajo de la edad legal para ello, en buena medida gracias a la reputación alcanzada en la lucha contra Aníbal. Después de que Flaminino hubiera tratado de romper sin éxito aquella línea fortificada, un aliado local les envió un guía que condujo a la fuerza romana por una vía que flanqueaba esa posición. Los macedonios sufrieron algunas pérdidas, pero pudieron retirar indemne el grueso del Ejército. Poco más consiguieron hasta finalizar la campaña estacional y, en invierno, Flaminino abrió negociaciones con el rey y por un momento pareció como si, una vez más, la guerra entre Roma y Macedonia concluiría con otro tratado de estilo helenístico como la Paz de Foiniké. El cónsul estaba nervioso ante la posibilidad de que se enviara para sustituirlo a uno de los dos cónsules del año 197, y esperaba conseguir el crédito suficiente para acabar la guerra, incluso aunque fuera mediante negociaciones y no por la victoria. No obstante, Flaminino recibió pronto cartas enviadas por amigos del Senado en las que le comunicaban que, debido a una crisis en la Galia Cisalpina, se enviaría a los dos nuevos cónsules a aquella zona y a él se le prorrogaría el mando. Rompió de inmediato la negociación, reiniciando las operaciones a principios de

la primavera, y sería ocupando el cargo de procónsul cuando se enfrentó y derrotó al principal ejército macedonio en Cinoscéfalos.[4]

Esta vez el tratado concluyó el conflicto de una manera más típicamente romana, pues dejaba claro que el Estado derrotado era y siempre sería inferior a Roma. Filipo V entregó todas las ciudades de súbditos o aliados situadas en Grecia y Asia Menor, y se comprometía en el futuro a no hacer la guerra fuera de Macedonia sin la aprobación expresa de Roma. El rey debería pagar a Roma mil talentos de plata en concepto de reparaciones, así como devolver también todos los prisioneros romanos, mientras que se vería obligado a pagar rescate por los propios. La flota macedónica quedaría reducida a un puñado de navíos de guerra, que servirían para desempeñar poco más que un papel ceremonial. El tratado no fue del agrado de la Liga Etolia, que había luchado una vez más como aliada de Roma. Esa insatisfacción, unida al miedo de que se intensificara la influencia romana sobre Grecia, le llevó, en el año 193, a implorar al rey seléucida Antioco III que liberara a los griegos de la opresión extranjera. En ese caso, fueron muy pocas las restantes ciudades griegas que acogieron con agrado la fuerza expedicionaria seléucida, y tanto la Liga Aquea como Filipo V apoyaron a Roma. En el 191, el ejército de Antioco fue desalojado del paso de las Termópilas, aquel desfiladero que se había hecho famoso por la hazaña de Leónidas y sus espartanos en el 480 a.C. Los romanos, mandados por Marco Acilio Glabrio, y lo mismo que había ocurrido con los persas de Jerjes siglos antes, habían encontrado un camino que rodeaba el paso, por lo que consiguieron atacar al enemigo desde ambos lados. La guerra se trasladó entonces a Asia Menor y culminó con la derrota completa del ejército seléucida a manos de Lucio Escipión, en Magnesia. Una vez más, el tratado con que concluyó la guerra restringió seriamente la capacidad militar de Antioco, reduciendo su flota a una fuerza mínima y prohibiéndole conservar los elefantes de guerra. Asimismo, y como ya había sucedido con el rey Filipo V, no se le permitía al rey hacer la guerra o sellar una alianza con otras comunidades ubicadas fuera de su reino.[5]

El sucesor de Escipión en el mando del ejército de Asia, Gneo Manlio Vulso, llegó allí para encontrarse con que la guerra ya había finalizado y, después de un intento infructuoso por provocar a Antioco para que renovara las hostilidades, inició una campaña contra las tribus gálatas de Asia Menor. Se trataba de los descendientes de los galos que habían emigrado a aquella región a principios del siglo III a.C. y, desde entonces, habían extorsionado a sus vecinos bajo la amenaza del uso de la violencia. Frecuentemente se les encontraba también sirviendo como mercenarios o aliados de los reyes seléucidas, y Vulso justificó sus acciones basándose en ello. En una rápida campaña librada en las montañas, el cónsul derrotó a las tres tribus

pero, de regreso a Roma, se encontró con una fuerte oposición en el Senado. Acusado de iniciar una guerra no autorizada para su gloria y beneficio personales, Vulso estuvo a punto no sólo de perder el derecho a un triunfo, sino también de verse procesado y obligado a poner fin a su carrera política. Al final, sus amigos del Senado, sumados a bastantes senadores comprados con el producto del botín conseguido en su campaña, evitaron que sucediera todo eso y su desfile triunfal fue uno de los más espectaculares jamás visto. Aunque el resultado fue diferente, ese ataque político a un magistrado que había conseguido un éxito tan extraordinario fue parecido, en muchos aspectos, al asalto que habían padecido Africano y su hermano. Flaminino evitó ese ataque directo, pero sufrió la humillación de ver cómo su hermano Quinto era expulsado del Senado como indigno de ser miembro de aquella institución. Este último había obtenido un mando naval en la Segunda Guerra Macedónica y había realizado su trabajo de manera bastante competente, pero con posterioridad se vio envuelto en un escándalo cuando se afirmó que había ordenado la ejecución de un prisionero durante un banquete, simplemente para complacer a un prostituto del que se hallaba enamorado. Todos los jefes militares que triunfaron en una campaña importante en el Mediterráneo oriental ganaron enormes riquezas y prestigio, pero ninguno de ellos consiguió mantener durante mucho tiempo una posición dominante en la vida política a su regreso a Roma.

La Tercera Guerra Macedónica, 172-168 a.C.

Filipo V había ayudado a los romanos en sus guerras contra etolios y seléucidas, cada vez con mayor decisión sin duda porque tenía muy claro que no le interesaba que ninguno de los dos incrementara su poder en Grecia. Los romanos habían esperado siempre de sus aliados, incluso de quienes se habían convertido en tales después de haber sido derrotados recientemente, que apoyaran su ciclo siguiente de actividades bélicas. Las legiones que vencieron en Cinoscéfalos, las Termópilas y Magnesia se alimentaban en buena medida con grano proporcionado por Cartago en su nueva condición de aliado de Roma. Sin embargo, andando el tiempo, el rey macedonio comenzó a sentirse agraviado por las restricciones que se le habían impuesto en el año 197 y trató de reconstruir de forma gradual su poder, poniendo en el punto de mira a las tribus tracias de la frontera nororiental, puesto que su actividad había quedado seriamente restringida en Grecia. Cuando, en el 179, murió Filipo, le sucedió su hijo Perseo, que continuaría su política. Se creía que este último había preparado el asesinato de Demetrio, hermano menor y mucho más popular que él, quien había pa-

sado bastante tiempo como rehén en Roma y a quien se consideraba prorromano. Las sospechas del Senado sobre el nuevo rey parecieron confirmarse cuando se alió con una tribu germánica extremadamente belicosa, la de los bastarnos, y mostró su deseo de ayudar a las facciones democráticas de las ciudades de Grecia. Macedonia no iba a seguir comportándose como un aliado subordinado y comenzó a considerársele una amenaza, aunque es difícil asegurar si esta conclusión era realista. Varios ataques efectuados contra aliados de Roma proporcionaron la justificación clásica para declararle la guerra a Perseo en el año 172 a.C.[7]

Ese conflicto constituiría casi la última boqueada de la generación de romanos que habían luchado y derrotado a Aníbal. Cuando se reclutó el ejército destinado a servir en Macedonia, el cónsul que lo mandaba buscó cuantos oficiales y soldados veteranos pudo. Livio nos cuenta que se encendió una disputa cuando veintitrés antiguos centuriones primeros fueron enrolados como centuriones ordinarios. Se dice que el portavoz del grupo, un tal Espurio Ligustino, pronunció un discurso enumerando su largo y distinguido servicio para, finalmente, conseguir el cargo de centurión primero de los *triarii* de la *Legio I*. Los demás decidieron aceptar cualquier puesto que se les ofreciese, y es notable reseñar que el Senado había decretado que no se concediese una exención del servicio a ningún ciudadano por debajo de los cincuenta y un años de edad si el cónsul y los tribunos le habían llamado a filas. El ejército enviado a Macedonia era experimentado, aunque, en algunos casos, contaba con miembros de bastante edad, y podía haber incluido entre sus filas a un cierto número de hombres que, como Ligustino, habían servido en aquella zona con anterioridad. Se trataba de un ejército consular estándar, formado por dos legiones, lo mismo que las fuerzas que habían derrotado a Filipo V y Antioco el Grande. En este caso, sin embargo, las legiones eran excepcionalmente numerosas, con seis mil infantes y trescientos jinetes cada una. Si se le añaden los aliados, entre todos sumaban unos treinta y siete mil hombres de a pie y dos mil de a caballo.[8]

Para oponerse a él, se decía que Perseo había formado al comienzo de la guerra un ejército de treinta y nueve mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes. Lo mismo que los demás ejércitos de todos los reinos helenísticos, su organización, equipo y tácticas, derivaban de las de aquellas fuerzas con las que Filipo II y Alejandro habían derrotado primero a los griegos y después al imperio persa. Aunque se utilizaban algunos contingentes aliados y de mercenarios, el grueso del ejército estaba formado por soldados profesionales procedentes del contingente de ciudadanos. Los regimientos de la falange, que constituían algo más de la mitad de la infantería del ejército, estaban reclutados entre los ciudadanos. Aunque probablemente no

era ése el caso en las incursiones y los asedios, en una batalla campal esos hombres luchaban formando densos bloques de lanceros.

La propia pica, o *sarissa*, parece que era algo más larga que en tiempos de Alejandro y medía unos veintiún pies (es decir, cerca de siete metros). El extremo estaba formado por un pesado contrapeso de bronce, lo que permitía al soldado equilibrar el arma y proyectar aún los dos tercios de su longitud por delante de él. Como se necesitaban ambas manos para sujetar la *sarissa*, del hombro, y sujeto por una correa, les colgaba un escudo circular. Otros elementos de protección eran un casco de bronce, una coraza —por lo general de tela rígida— y, en algunos casos, grebas. Cada soldado portaba normalmente una espada, pero se trataba de un arma secundaria y la fuerza de la falange descansaba en la masa de picas. En orden de batalla, cada soldado ocupaba un frente de un metro. (Había una formación aún más cerrada, conocida como de «escudos cerrados» —*synaspismos*—, donde a cada hombre sólo le correspondía un frente de medio metro, pero era puramente defensiva, pues era imposible que la falange pudiera moverse cuando se hallaba formada de esa manera.)

La gran longitud de la *sarissa* suponía que los lanceros de las cinco primeras filas proyectaban las puntas de sus picas por delante de la formación a intervalos de alrededor de un metro. Mientras la falange permaneciera en buen orden era muy difícil que cualquier enemigo, atacando desde el frente, pudiese sobrepasar esa barrera de puntas de lanza y herir a los propios lanceros. Sin embargo, la *sarissa* era un arma de difícil manejo, y las restricciones que imponía la formación dificultaban el que un lancero pudiese propinar fuertes golpes a un enemigo. En un choque frontal, una falange bien ordenada vencería en el combate más por su capacidad de resistencia que porque consiguiera matar al enemigo y quebrar de manera activa su formación.

La falange había llegado a ser el arma dominante en los ejércitos del Sucesor. El resto de los contingentes de infantería, que incluían por lo general cierto número de unidades dedicadas a la guerra de escaramuzas y tropas armadas con armas arrojadizas, desempeñaban un papel de apoyo; y lo mismo ocurría con la caballería, siendo en ésta donde la doctrina táctica de los últimos ejércitos helenísticos difería radicalmente de la época de Alejandro Magno. En sus batallas principales, la falange actuaba como una fuerza de choque, avanzando hasta entablar contacto con el enemigo y aplicando con rapidez toda su presión contra el centro de su línea. A continuación, en el momento preciso y en el lugar más apropiado —por lo general, allí donde se había obligado al enemigo a abrirse en exceso—, la carga decisiva la efectuaba una compañía de caballería en orden cerrado, dirigida por el escuadrón real que, a su vez, iba mandado por el propio Ale-

jandro. Este método demostró ser enormemente eficaz en Isso y en Gaugamela, contra los persas de Darío. A los generales del Sucesor les era mucho menos sencillo conseguir resultados parecidos cuando se enfrentaban a otros ejércitos que peleaban asimismo al estilo macedónico y, por ello, con una doctrina táctica idéntica y con tropas dispuestas en formaciones mucho más sólidas. Y aún es más importante tener en cuenta que la desmembración del imperio de Alejandro dividió los recursos humanos y materiales del viejo reino de Macedonia. Siempre que era posible, los reyes sucesores preferían reclutar el grueso de sus tropas entre descendientes de macedonios «auténticos», echando mano en demasía de un recurso ya agotado por la guerra y la colonización. Uno de los resultados de esta situación fue la dificultad de recuperarse a corto plazo de pérdidas serias ocurridas en el campo de batalla, convirtiendo esos ejércitos altamente profesionalizados en algo inseguros. Los recursos limitados de personal e incluso aún más limitados en caballos adecuados, dificultaban que alguno de los reinos reuniese fuerzas numéricamente importantes de caballería. En Gaugamela, Alejandro había hecho intervenir a unos siete mil jinetes y cuarenta mil infantes, en una proporción aproximada de uno a seis. Se trataba de una relación muy elevada, aunque no pudiera compararse a la uno/cuatro que Aníbal utilizó en Cannas. Los ejércitos sucesores raramente pudieron utilizar una ratio diferente del uno/diez. Inferior en número, la caballería helenística de los siglos III y II a.C. era también inferior, por lo general, a la de Filipo II y Alejandro en maniobrabilidad, disciplina y capacidad de ataque.

Fueron muchos los generales sucesores que experimentaron con un abanico de armas poco usuales o exóticas, tales como elefantes y carros provistos de cuchillas en las ruedas, esperando así conseguir ventajas sobre otros ejércitos helenísticos prácticamente idénticos a los suyos. En ocasiones, estos métodos obtuvieron unos resultados espectaculares, pero muy pocos tuvieron un grado de fiabilidad suficiente como para proporcionar una ventaja consistente y, en cualquier caso, los enemigos los copiaban con toda rapidez. Superficialmente, los ejércitos helenísticos de este periodo tenían una amplia variedad de clases de tropas, pero, en realidad, no se hallaban tan bien equilibrados como sus predecesores, que habían servido con Alejandro, siendo mucho más parecidos a una maza que a un estoque, si se permite la metáfora. Alejandro había hecho un escaso uso de las reservas, desplegando, por el contrario, todo el ejército para efectuar una secuencia coordinada de ataques que se sucedían hasta destrozar al enemigo. La práctica de dirigir personalmente la principal carga de caballería significaba que perdía la oportunidad de dictar órdenes a los contingentes que quedaban en reserva para que se añadieran a la lucha. La mayor parte de los genera-

les del Sucesor decidieron dirigir sus ejércitos de una forma parecida, restringiendo de esa manera en gran medida su capacidad para dictar órdenes o responder a un cambio de situación, una vez iniciada la batalla. Continuó siendo bastante raro que un contingente de cierta entidad de un ejército helenístico diera comienzo a la batalla manteniéndose en la reserva y no como parte del cuerpo de combate principal.

Al carecer de una caballería de suficiente calidad, e incapaz de fiarse de armas exóticas, la falange asumió incluso una importancia aún mayor como fuerza fundamental del Ejército. Con el fin de incrementar las oportunidades de destrozar al enemigo —en especial si ese enemigo lo constituía otra falange armada de lanzas—, ganó fuerza la tendencia a utilizar formaciones de mayor profundidad. La mayoría de las falanges contaban, como mínimo, con dieciséis filas de fondo, mientras que, en Magnesia, los lanceros seléucidas formaron en treinta y dos filas. Esas formaciones más profundas tenían una mejor disposición para sostener el combate —sencillamente porque era muy difícil que los soldados situados en las primeras filas pudiesen huir—, y parecían mucho más intimidadoras, incluso aunque su capacidad de lucha real no fuese mayor que la de una formación menos profunda de parecido frente. Si en la época de las guerras con Roma, los ejércitos helenísticos se habían vuelto escasamente maniobreros y muy pesados, en circunstancias favorables aún podían lanzar un ataque frontal contra el enemigo. De cualquier forma, las circunstancias tenían que ser las más adecuadas, pues una falange necesitaba un terreno llano y abierto, así como tener asegurados los flancos, pues a los lanceros no les era sencillo responder a una amenaza procedente de cualquier otra dirección que no fuera el frente.[9]

Los ejércitos romanos se enfrentaron por vez primera a unas tropas y un comandante helenísticos en el 280 a.C., cuando el rey Pirro, de Épiro, se alió con la ciudad de Tarento en la guerra que ésta sostenía contra Roma. Ese rey estaba considerado como el jefe militar más capaz de su generación y dirigía un ejército lo más parecido al modelo diseñado por Alejandro. Venció a las legiones en Heraclea, en el 280 a.C., y en Asculum un año después, pero finalmente cayó derrotado en Malventum, en el 275 a.C. Cada una de esas batallas fue extremadamente dura, con elevadas bajas por ambos lados, cuando la capacidad trituradora de la falange se vio enfrentada a la violencia nativa y al sistema de la *triplex acies*, que permitía a los romanos alimentar la primera línea de combate con tropas de refresco. Las victorias iniciales de Pirro se debieron en buena medida al apoyo que le prestó su pequeño grupo de elefantes de guerra, con los que los romanos no estaban familiarizados y ante quienes sentían terror. No deja de ser curioso que, en la Tercera Guerra Macedónica, Perseo no pudo hacerse con

elefantes, mientras que la fuerza romana incluía cierto número de esas bestias, que les habían proporcionado sus aliados númidas. Una diferencia aún más importante entre la guerra mantenida contra Pirro y los conflictos del siglo II a.C. la constituyó la calidad de los ejércitos romanos. Muchas de las legiones de este periodo, compuestas y mandadas por veteranos de la guerra contra Aníbal, estaban tan bien adiestradas y tenían tanta confianza en sí mismas como cualquier soldado profesional. Las guerras contra macedonios y sirios no se libraron entre una milicia inexperta, por un lado, y duros profesionales, por el otro. Antes bien, en esa época, los soldados macedonios y seléucidas tenían menos experiencia en combate que la mayoría de los legionarios.

Al iniciarse la guerra, esto no importó especialmente, pues, lo mismo que había ocurrido en las primeras campañas contra Filipo V, no se dieron batallas campales, sino que los ejércitos pasaban el tiempo dedicados a efectuar incursiones, lanzar ataques por sorpresa y sostener asedios. Perseo carecía del olfato de su padre para esa clase de lucha, pero aún consiguió vencer al cónsul Publio Licinio Craso en una escaramuza entre las caballerías de ambos, cerca de Larissa, en el año 171. Ni Craso ni su sucesor, Aulo Hostilio Mancino, mostraron una excesiva capacidad, y las acciones de las fuerzas a su mando estuvieron pobremente coordinadas y carentes de objetivos. Es posible que algunos de los centuriones y de los tribunos destinados a las legiones fuesen ya demasiado mayores para el servicio activo, o quizá los cónsules, deseosos de alcanzar la fama en un año de campaña antes de ser sustituidos, no dedicaron tiempo suficiente a la preparación del ejército antes del inicio de las operaciones. Décadas de éxitos militares pudieron haber convertido a los romanos en excesivamente confiados. Craso y Mancino consiguieron el consulado a la edad normal, y eran demasiado jóvenes para recordar los sombríos días de la guerra contra Aníbal. El colega de Craso en el cargo, Caio Casio Longino, esperaba que se le concediera el mando en Macedonia y quedó amargamente insatisfecho cuando se le entregó la provincia de Iliria. Una vez en ésta, reunió su ejército en la colonia de Aquilea, consiguió suministros suficientes para un mes y comenzó a marchar por tierra hacia Macedonia, pensando en conseguir la victoria. El Senado se enteró por casualidad de esa expedición no autorizada y despachó rápidamente comisionados para destituir a su cónsul errático.[10]

En el 169, Quinto Marcio Filipo fue el cónsul enviado para hacerse cargo del ejército de Macedonia. Livio le describe como «mayor de sesenta años y con un enorme sobrepeso», pero insiste en que, a pesar de ello, se mostró tan activo como debe serlo un general romano para encorajinar y controlar a sus soldados.[11] Filipo era mayor y más experimentado que Craso o Mancino, aunque su primer consulado, en el 186, se echó a perder por

una derrota sufrida a manos de los ligures. Había sido también uno de los dos embajadores principales enviados a Perseo antes de la declaración de guerra, en el 172. Al hacer creer falsamente al rey que el Senado quizá estuviese dispuesto a alcanzar un acuerdo, los embajadores consiguieron retrasar el inicio de las hostilidades, dando así más tiempo a la República para preparar la guerra. Aunque fueron muchos los senadores que aprobaron esta artimaña, algunos de los miembros más veteranos habían clamado que estaba muy lejos de la tradicional manera abierta con que los romanos conducían la guerra, basada más en la valentía que en el engaño.

En la época en que Filipo asumió el mando del ejército en Tesalia, Perseo se había puesto a la defensiva, fortificando los pasos y las posiciones claves en las fronteras de la propia Macedonia. A los nueve días de su llegada, el cónsul efectuó un intento muy atrevido de atravesar esa cadena de fortificaciones. El Ejército debió marchar por un terreno extremadamente difícil y montañoso, donde los elefantes de guerra se convirtieron en un evidente estorbo. Por fortuna para los romanos, una reacción lentísima de Perseo les permitió alcanzar la llanura costera. Dium, Heracleum y otra serie de ciudades capitularon o fueron tomadas por asalto, pero el ejército romano se encontraba agotado por las dificultades de la marcha y no tenía aseguradas sus líneas de suministro. Filipo no consiguió forzar una batalla decisiva y la campaña anual finalizó con los ejércitos romano y macedonio acampados a algunos kilómetros de distancia, cada uno de ellos a un lado del río Elpeüs, que descendía por un valle al lado del monte Olimpo, hogar tradicional de los dioses griegos. Filipo fue duramente criticado por una comisión senatorial y la situación de aquella guerra se convirtió en Roma en el tema principal de un amplio y encendido debate, tanto público como privado.

Emilio Paulo y la batalla de Pidna, 22 de junio del 168 a.C.

La insatisfacción por lo sucedido en Macedonia dio como resultado que, en el año 168, las provincias consulares fueron adjudicadas mucho antes de lo habitual, para que de esa forma el nuevo comandante dispusiera de más tiempo para prepararse. La suerte recayó en Lucio Emilio Paulo, resultado que se supone fue recibido con enorme entusiasmo por el pueblo. Como pretor dotado de autoridad proconsular había gobernado la Hispania Ulterior desde el 191 al 189, realizando campañas contra las tribus lusitanas. Aunque sufrió una derrota temprana en un lugar llamado Lycho, Paulo disfrutó posteriormente de considerable éxito y recibió el honor de un agradecimiento formal o *supplicatio*, en Roma, y es posible que llegara incluso a ce-

lebrar un triunfo. Después de varias campañas electorales sin éxito, consiguió su primer consulado en el 182 a.C., y fue enviado a Liguria. Una vez más, la campaña comenzó mal y durante cierto tiempo se encontró sitiado en su propio campamento, pero, después de romper el cerco, derrotó al enemigo y, en esta ocasión, se le concedió de manera definitiva un triunfo. Cualquiera que fuera su capacidad como comandante, Paulo no parece haber sido especialmente popular con el electorado y no pudo cumplir su deseo de conseguir un segundo consulado hasta el 168 a.C., momento en el que ya tenía unos sesenta años. Es probable que ese mismo deseo de contar con magistrados experimentados, que había permitido los éxitos de Filipo el año anterior, jugó a favor de Paulo, pues éste mantenía una profunda relación con la guerra contra Aníbal. Su padre fue el cónsul muerto en Cannas y su hermana se había casado con Escipión Africano. El propio Paulo tenía cuatro hijos, y los dos mayores fueron adoptados por familias de alto rango que carecían de herederos varones. El primogénito se convirtió en Quinto Fabio Máximo Emiliano y el otro sería adoptado por el hijo de Africano, pasando a ser Publio Cornelio Escipión Emiliano. Ambos estaban próximos a la veintena y servirían con su padre biológico en Macedonia.[12]

A Paulo no se le entregó un nuevo ejército para que llevara a su provincia, pero sí una leva suplementaria de siete mil infantes romanos y doscientos jinetes, así como siete mil latinos de a pie y cuatrocientos de a caballo para que las legiones de Macedonia recuperaran toda su potencia y se pudiera contar con fuerzas adicionales como unidades de las guarniciones. Se enviaron también otros refuerzos a los ejércitos de menor entidad que actuaban en el teatro de operaciones adriático. Asimismo se cuidó con esmero la oficialidad. Se aprobó un decreto senatorial por el cual sólo serían nombrados tribunos militares aquellos hombres que hubieran ocupado una magistratura. A continuación se le permitió a Paulo que escogiera quiénes de entre ellos ocuparían los doce puestos de mando de sus legiones. Antes de partir de Roma, pronunció un discurso en el Foro, dirigido principalmente a los estrategas de salón, siempre tan dispuestos a criticar cada rumor o informe procedente de la guerra. Paulo se ofreció a correr con los gastos de cualquiera de esos poderosos que quisiera acompañarle en la campaña, y sugirió en tono violento que cualquiera de ellos que declinara esa oportunidad debería restringir sus conversaciones en el futuro a los asuntos de la propia ciudad. Tal brusquedad parece haber sido característica del personaje y puede explicar por qué el cónsul nunca fue un hombre popular, a pesar del amplio respeto que suscitaba.[13]

Paulo llegó al campamento del ejército situado a las afueras de Phila a principios de junio. Ese campamento se hallaba emplazado de manera bastante inadecuada y el primer problema al que debió hacer frente fue al del

escaso suministro de agua disponible en el lugar. Dirigiendo a los acarreadores de agua del Ejército (los *utrarii*) hacia la zona de playa —el campamento estaba aproximadamente a medio kilómetro de la mar—, les puso a excavar pozos. Casi de inmediato se descubrió una corriente subterránea suficiente para proporcionar un buen suministro de agua fresca. La siguiente acción de Paulo consistió en llevar a los tribunos y a los centuriones primeros a reconocer la posición del enemigo en la línea del Elpeüs, buscando los puntos de cruce más fáciles en el lecho seco del río y calculando la fuerza de las defensas macedónicas, que eran formidables, pues Perseo había dedicado considerables esfuerzos a fortificar la línea situada entre las lomas de la falda del monte Olimpo y la mar. Con el fin de colaborar en esas tareas se había hecho venir personal civil de los pueblos próximos, llegándose incluso a ordenar a las mujeres que trajeran alimentos al campamento. En la cadena de fortines se habían dispuesto proyectiles de diferentes tamaños. La confianza puesta en las líneas de defensa fijas por Filipo V en Aous, Antioco el Grande en Termópilas y Perseo en el Elpeüs supone un contraste sorprendente con las campañas de Alejandro Magno. Entonces fueron los persas quienes confiaron en la ventaja que suponía defender el curso de un río, en Granico e Issos, o quienes prepararon específicamente el campo de batalla de Gaugamela. Alejandro interpretó todo ello como una falta de confianza del enemigo y, exactamente como actuaría con posterioridad en el Hydaspes, en la India, atacó con éxito cada una de esas posiciones. Era éste otro indicio de la escasa calidad de los ejércitos helenísticos posteriores y de las excesivas precauciones que tomaban sus comandantes, quienes trataban de correr los menores riesgos posibles.

La llegada de un nuevo comandante —o incluso de un nuevo director jefe, en cualquier otro campo—, implica inevitablemente un periodo de difícil adaptación para las tropas que se hallan a su mando. Se cambiaban y se cambian a menudo muchas cosas, incluso hasta los aspectos más nimios de la rutina diaria, para adoptar las preferencias del recién llegado, descolocando a oficiales y soldados acostumbrados a prácticas diferentes. De buen principio, Paulo decretó una serie de órdenes nuevas, de entre las que Livio destaca tres elementos principales. El comandante insistió en el mantenimiento de una férrea disciplina en el orden de marcha. En lugar de dictar una orden directa mediante una señal a una columna que, con muchas probabilidades, podía alargarse por varios kilómetros, en primer lugar el cónsul haría una advertencia a un tribuno militar quien, con calma, se la pasaría al centurión primero de la legión quien, a su vez, se la resumiría a sus subordinados. Al ofrecer una clara advertencia de las intenciones del comandante, el Ejército podía entonces responder sin titubeos a esa orden, evitando así el peligro de una mala interpretación y de la apa-

rición de acciones contradictorias entre las diferentes unidades. En segundo lugar, prohibió que los centinelas llevaran escudo, pues Paulo conocía muy bien el truco de los veteranos de apoyar el *pilum* contra el largo *scutum* legionario y adormecerse recostados en él. Finalmente, las guarniciones de avanzadilla, que se situaban siempre por delante del ejército, se relevarían ahora dos veces y no una al día, para que las tropas tuvieran menos probabilidades de cansarse con el calor y volverse más vulnerables a un ataque repentino.

El cónsul tuvo asimismo la oportunidad de dirigirse a las tropas, insistiendo una vez más en la disciplina y la obediencia. No era tarea de los soldados o de los suboficiales discutir la campaña o cuestionar las órdenes. Deberían confiar en él y en la manera de hacer su trabajo como comandante, y luchar, a continuación, con valentía cuando llegara el momento. Según Paulo, un soldado romano «debería preocuparse por lo siguiente: su cuerpo, para mantenerlo tan fuerte y tan ágil como fuera posible; el buen estado de su armamento, y tener siempre dispuestas las provisiones de alimentos [hechas de raciones que se entregaban sin cocinar] para hacer frente a cualquier orden inesperada».[14] Nuestras fuentes afirman que el estilo de mando del cónsul proporcionó de inmediato nuevo vigor tanto a los reclutas como a los veteranos, tranquilizados estos últimos al reconocer que las cosas se estaban haciendo ahora de manera adecuada. No obstante, parece que Paulo dedicó poco más de tres o cuatro días a la instrucción y la preparación, por lo que es muy posible que exageraran las diferencias introducidas por el general y que la disciplina y la moral hubieran ya ido mejorando con Filipo. Polibio, del que se fían al máximo las fuentes que han llegado hasta nosotros, estaba como es lógico bien dispuesto a favor del padre de su tutor, Escipión Emiliano. No obstante, es más que posible que, en este breve periodo, Paulo inyectara en el ejército un nuevo sentimiento de confianza en alcanzar un objetivo.[15]

Después de esa breve etapa de preparación, el ejército romano avanzó algunos kilómetros desde Phila para acampar en la margen meridional del Elpeüs. Las fuerzas de tierra recibieron el apoyo de una escuadra naval, al mando del pretor Cneo Octavio. Las noticias de la derrota de uno de los más importantes aliados de Perseo en Iliria animaron a los romanos y, en contrapartida, desalentaron a los macedonios, pero eso no tendría repercusiones para solucionar el problema inmediato, que consistía en superar la línea de fortificaciones enemiga. Paulo respondió a la situación muy a la romana, convocando a sus oficiales superiores a un *consilium*. Livio nos cuenta que algunos de los más jóvenes estaban a favor de un asalto directo, pero que el cónsul consideró que esa acción podía ser muy costosa y no garantizaba el éxito. Otros sugirieron que Octavio se dedicara a saquear con la flota la zona

costera de Macedonia en la retaguardia del rey, esperando que atrajera así a una parte o quizá a todo el ejército. Paulo no anunció la toma de ninguna decisión en el *consilium* y, después de haber despachado a sus oficiales, interrogó a dos mercaderes locales, familiarizados con los pasos de montaña. Éstos le informaron que las rutas reales no eran demasiado difíciles, pero que Perseo había estacionado destacamentos para defenderlas. El cónsul decidió enviar una columna por las montañas, guiada por los mercaderes, con la esperanza de que la acción de una fuerza rápida podía aprovecharse de la oscuridad para sorprender al enemigo. Utilizó también la estratagema de ordenar a Octavio que llevara la flota a Heracleum, donde debía reunir los víveres suficientes para alimentar a un millar de hombres durante diez días. Una fuerza de soldados, mandada por el tribuno Publio Cornelio Escipión Nasica y por el propio hijo de Paulo, Fabio Máximo, iba a partir también hacia Heracleum. Es evidente que Perseo tuvo que conocer toda esta actividad, sacando la conclusión de que una fuerza de saqueo estaba a punto de embarcarse para realizar un ataque en la costa más septentrional. No se sabe con certeza el tamaño del destacamento. Livio habla de unos cinco mil hombres, pero según Plutarco, que hace referencia a una carta del propio Nasica, había unos tres mil italianos provistos de picas —quizá los *extraordinarii*— y el *ala* izquierda, que suponía cinco mil soldados, apoyados por ciento veinte jinetes y doscientos soldados de infantería cretenses y tracios. Nasica procedía de una rama de Escipiones diferente a la de la familia de Africano, pero estaba casado con la hija mayor de este último.

No fue hasta que la columna de Nasica hubo llegado a Heracleum y a que los soldados tomaron la cena cuando reveló a los oficiales su verdadera tarea. Avanzaron de nuevo durante la noche, regresando tierra adentro hacia las montañas. Los guías tenían instrucciones de utilizar una ruta que les conduciría al paso de Pythium al tercer día de marcha. A la mañana siguiente, Paulo formó su ejército en orden de combate y envió por delante a los *velites* para que se enfrentaran a las avanzadillas macedónicas. La escaramuza continuó sin que ninguno de los dos bandos hubiera conseguido una ventaja significativa hasta que, al mediodía, Paulo ordenó el regreso de sus hombres. Al día siguiente repitió el ejercicio y, en esta ocasión, los romanos avanzaron (o fueron atraídos a hacerlo) bastante más allá y se pusieron a tiro de los proyectiles macedonios, que les provocaron algunas bajas. Paulo no atacó al tercer día, pero se dedicó a observar otra zona del río como si anduviese buscando un lugar alternativo para cruzarlo.

Entretanto, Nasica había llegado a Pythium y atacó inmediatamente antes del amanecer. Comunicó por carta la deserción de uno de los cretenses, que habría puesto en guardia a Perseo de su aproximación, lo que llevó al rey a despachar una fuerza numerosa para proteger el paso. Todo

eso parece improbable, pues Livio afirma que la guardia se encontraba ya en sus puestos, aunque quizá se enviaran refuerzos. Cualesquiera que fueran los detalles, lo cierto es que los romanos consiguieron el efecto sorpresa y, en una violenta refriega, mataron o pusieron en fuga a los enemigos. Nasica aseguró que él mismo se vio atacado por un mercenario tracio que luchaba a las órdenes de los macedonios y a quien mató clavándole una lanza en el pecho. Después de tomar esa posición, la columna romana descendió por el paso de Petra hacia la llanura próxima a Dium. Tan pronto como Perseo se dio cuenta de la presencia de esta fuerza en su retaguardia, abandonó la línea defensiva del Elpeüs y se retiró hacia Pidna. Paulo cruzó el río sin hallar oposición alguna, unió sus fuerzas a las de Nasica y le siguió.[16]

Perseo se hallaba en una posición difícil. Ahora que el enemigo había conseguido penetrar en el corazón de su reino, su prestigio acabaría por tierra si no le presentaba batalla. De forma parecida, Antioco se había visto obligado a elegir entre combatir o sufrir la humillación de retirarse sin haber hecho frente al invasor. Por tanto, el 21 de junio, Perseo desplegó su ejército a las afueras de Pidna y presentó batalla al enemigo, cada vez más próximo, en una llanura abierta, adecuada a su falange. La clara determinación con que los macedonios estaban esperando el ataque sorprendió a Paulo. Sus propios hombres se hallaban cansados después de una larga marcha por aquellos caminos polvorientos bajo un sol de justicia, pero la mayoría del ejército, en especial algunos de los oficiales, estaban deseando entablar combate de inmediato. Sólo Nasica dijo lo que pensaba, insistiendo ante el cónsul para que atacara sin más demora, evitando así la huida de Perseo. Según nos cuenta Livio, Paulo contestó que, «después de haber sufrido muchas vicisitudes en la guerra, he aprendido cuándo luchar y cuándo rechazar el combate. No cuento con tiempo para darte lecciones sobre si estamos preparados para la batalla ni tampoco para explicarte por qué es mejor quedarnos hoy sin hacer nada. Pídeme en otro momento que te dé las razones; ahora es suficiente con que aceptes la palabra de un comandante con experiencia».[17]

El cónsul ordenó a las columnas en marcha que se desplegaran en orden de batalla, supervisando los tribunos el proceso y urgiendo a los soldados a que se dieran prisa. El propio general cabalgó animando a las tropas. Sin embargo, una vez formada la *triplex acies*, no dio la orden de avance, sino que se mantuvo a la espera. Paulatinamente, la fatiga y la sed fueron minando el ardor de los legionarios por entrar de forma inmediata en acción, y pudo contemplarse cómo algunos de los cansados soldados hacían lo que Paulo había prohibido a los centinelas, apoyarse en los escudos. Creyendo que sus hombres habrían entendido ya sus razones para no en-

trar en combate, el cónsul dio órdenes de que los centuriones primeros marcaran el lugar del campamento del ejército. Éste se encontraba probablemente en la parte más baja de la ladera del monte Olimpo, al oeste de la posición macedónica.[18]

El ejército de Perseo estaba relativamente fresco y, sin duda, bien dispuesto para el combate. Los romanos se hallaban cansados y su formación se había reunido a toda prisa e, indudablemente, era poco más que un conjunto deshilvanado. El rey no aprovechó la oportunidad de atacar de inmediato, pero se hallaba lo suficientemente cerca como para beneficiarse de cualquier desorden que se produjera cuando los romanos marcharan a levantar el campamento. Por todo ello, Paulo tuvo buen cuidado de que su ejército se retirara cuidadosamente y en buen orden. Una vez marcadas las líneas del campamento y apilado todo el bagaje, los *triarii* retrocedieron para comenzar la construcción. A continuación, la línea media, formada por los *principes*, se les unió en su tarea. Por último, la primera línea, los *hastati*, giró a la derecha y, dirigida por el manípulo que se hallaba situado en la extrema derecha, retrocedieron hacia el campamento. La caballería y los *velites* continuaron haciendo frente al enemigo, cubriendo la retirada del resto del ejército, al que no se unieron hasta una vez finalizados el foso y el terraplén que rodeaban por entero el campamento. Era muy poco probable que un ataque en cuesta contra una posición así fortificada finalizara con éxito, en especial porque colocaría a la falange en un terreno inadecuado. Quizá Perseo perdió una buena oportunidad al no forzar la batalla, pero se contentó con la victoria moral conseguida al retirarse el enemigo hacia el campamento antes de que él mismo diera orden a sus hombres de hacer lo propio. Asdrúbal había obtenido un consuelo parecido de las acciones ejecutadas por Escipión antes de Ilipa.[19]

En esta época, el calendario oficial romano iba varios meses por delante del nuestro, y señalaba aquel día como el 4 de septiembre, equivalente al 21 de junio actual. Esa noche tuvo lugar un eclipse lunar, poderoso presagio tanto para los romanos como para los macedonios. Livio nos dice que el tribuno Caio Sulpicio Galo —que ya había sido pretor y que conseguiría el consulado en el año 166—, poseía conocimientos suficientes para predecir y explicar aquel fenómeno a los soldados, por lo que el pánico se enseñoreó mucho menos del campamento romano que del enemigo. No obstante, cuando finalmente la luna reapareció de nuevo, Paulo actuó a la manera en que debía hacerlo un magistrado romano y sacrificó once novillos. Al amanecer ordenó el sacrificio de bueyes a Hércules. Se examinaron veinte de esos animales sin que presentaran ningún presagio favorable, antes de que el buey que hacía el número veintiuno sugirió que la victoria la obtendría el bando que permaneciera a la defensiva. Esos rituales llevaban

cierto tiempo y no fue hasta la tercera hora del día cuando el cónsul convocó un *consilium* de oficiales.

Paulo les explicó con cierto detalle sus razones para no haber presentado batalla el día anterior. Además del cansancio de los soldados después de la larga marcha efectuada y de la desorganización de la línea de combate romana en comparación con la del enemigo, insistió en la importancia de construir un campamento bien defendido. Si hubieran presentado batalla con la columna en marcha, una cuarta parte de toda su fuerza, probablemente los *triarii*, deberían haberse quedado atrás para proteger el convoy de bagajes, reduciendo aún más sus fuerzas ante un enemigo que ya les superaba en número. También parecía extremadamente improbable que los macedonios estuvieran planeando una retirada nocturna, rehuyendo la batalla y obligando así a los romanos a implicarse en una larga y difícil campaña de maniobras. Paulo creía que, si Perseo no tenía la intención de presentar batalla, no hubiera esperado a las afueras de Pidna ni formado su ejército en orden de combate el día anterior.

El cónsul anunció que había decidido presentar batalla en ese lugar, pero que sólo lo haría cuando hubiera llegado el momento adecuado. No convenció a todos sus oficiales, pero la insistencia del cónsul en que los subordinados se hallaban allí para acatar las órdenes sin cuestionarlas, consiguió que nadie hiciera comentario alguno. Ni él ni Perseo habían planificado presentar batalla ese día, anticipándose así al habitual periodo de espera en el que cada uno de ellos pensaba alcanzar alguna ventaja, aunque fuera ligera. Los romanos enviaron hombres a reunir leña para cocinar y forraje para los caballos. Ambos ejércitos colocaron avanzadillas con tropas formadas frente a sus respectivos campamentos, pero el grueso de las tropas permaneció en las tiendas.[20]

Los puestos avanzados romanos estaban formados enteramente por tropas aliadas. El más adelantado, no lejos de la estrecha corriente que separaba ambos campamentos, lo componían dos cohortes italianas, la de los pelignos y la de los marrucinos, y dos *turmae* de caballería samnita, todos ellos al mando de Marco Sergio Silo. Más cercana al campamento romano se hallaba otra fuerza, mandada por Caio Cluvio, formada por una cohorte italiana de vestinos y dos cohortes latinas, de las colonias de Firmo y Cremona, respectivamente, apoyadas también por dos *turmae*, en este caso latinos de Placentia y Aesernia. Livio dice que Silo y Cluvio eran *legati*, subordinados inmediatos del cónsul en quienes éste delegaba *imperium*. Posiblemente las tropas fueron relevadas al mediodía, de acuerdo con las órdenes dictadas por Paulo, de tal manera que esos contingentes quizá serían ya los segundos en efectuar aquel día esa tarea. Nuestras fuentes no describen la composición de las avanzadillas macedónicas con un detalle

comparable, pero parece que éstas debían incluir un grupo de ochocientos tracios. No contamos con informe alguno de la existencia de escaramuzas o de ocasionales combates singulares entre los dos grupos de avanzadillas durante el día, como había ocurrido tan a menudo en parecidas circunstancias. Algunos hombres de ambas fuerzas, la mayoría esclavos, se acercaban a la corriente para aprovisionarse de agua.

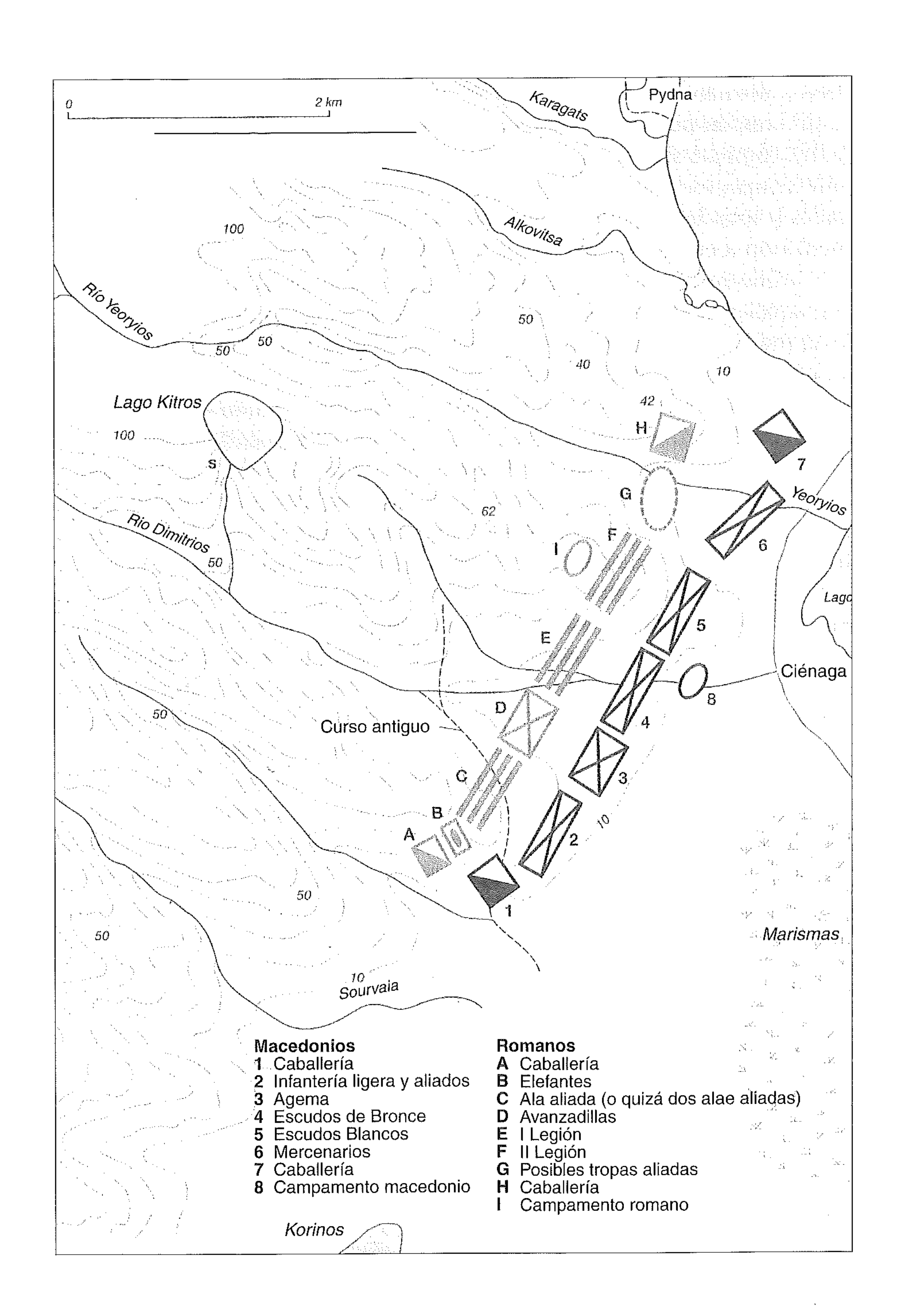
Al finalizar el día, según Livio en la hora nona, algunos esclavos romanos perdieron el control de un animal de carga —probablemente una mula— que se echó a cruzar la corriente. Tres soldados italianos la persiguieron con el agua hasta las rodillas y mataron a uno de los dos tracios que habían sujetado al animal. Los compañeros del tracio superviviente vinieron pronto en su ayuda y la lucha inició una escalada, atrayendo a la refriega, en primer lugar, a las tropas situadas en los puestos avanzados y, a continuación, al grueso de los dos ejércitos. Plutarco cuenta que un grupo de auxiliares ligures fue de las primeras tropas romanas en verse implicadas —aunque no dice si también formaban parte de las avanzadillas—, y que Nasica avanzó a caballo para unirse a la escaramuza desde un primer momento. Menciona también una tradición según la cual Paulo había ordenado que se soltara un caballo hacia el campamento enemigo con la esperanza de provocar una batalla, pero eso parece extremadamente improbable y la versión más plausible es la de que el combate comenzó de manera accidental. Se decía que Paulo había advertido que la acción era ya inevitable y se dedicó a animar a los soldados por todo el campamento.[21]

Ambos bandos se desplegaron con mucha mayor velocidad de la habitual, pero parece que los macedonios respondieron más rápidamente y, muy pronto, se estaban librando duros combates a medio kilómetro de la empalizada del campamento romano. En la premura del avance, ninguno de los dos ejércitos pareció formar, en un primer momento, una línea de combate adecuadamente organizada. En lugar de ello, cada unidad salía del campamento en formación de marcha, cambiaba ésta por la de orden de combate y avanzaba. Plutarco, que nos ofrece el relato más completo de la batalla real, dice que fueron los mercenarios y las tropas ligeras de los macedonios quienes primero entraron en acción y que se les unieron, a continuación, por su derecha la división de élite de la falange, la guardia real o *agema*. A éstos les seguirían los miembros de la falange que aún permanecían en el campamento, divididos en «Escudos de Bronce» (*chalcaspides*), a la izquierda, y «Escudos Blancos» (*leucaspides*), a la derecha. De esta manera, el ejército se estaba desplegando en orden inverso, de izquierda a derecha, dirigiéndose cada unidad directamente al ataque, sin esperar a situarse en la posición adecuada. Los últimos en salir del campamento fueron más mercenarios, incluidos probablemente galos y cretenses. Al final, éstos

debían formar el ala derecha del ejército pero es muy probable que nunca se situaran en posición. Ciertamente, ninguna de nuestras fuentes menciona un combate significativo en este lado del campo de batalla. Durante algún tiempo, los macedonios avanzaron con un conjunto inconexo de unidades, y sólo desarrollarían una línea de combate más coherente cuando comenzaron a encontrar una mayor resistencia romana.[22]

Años después, Paulo admitiría que la visión de la falange macedónica, con aquellas líneas cerradas de puntas de lanza avanzando contra sus hombres, fue lo más terrorífico que había contemplado en su vida. Un general a quien le gustaba el orden y la planificación cuidadosa de todas las operaciones debería sentirse inevitablemente descontento cuando una batalla comenzaba de manera tan confusa. De todas maneras, ocultó el temor y la frustración mientras iba de un lado a otro del ejército animando a sus hombres. Plutarco señala que iba sin armadura ni casco, mostrando así su desdén por el enemigo. El cónsul dirigió personalmente a la Primera Legión hasta situarla en posición en el centro exacto de la línea romana, más o menos enfrentada a los «Escudos de Bronce». Le siguió con la Segunda Legión Lucio Postumio Albino, que había sido cónsul en el 173 a.C. y que presumiblemente servía como *legatus* o quizá como tribuno, y se situó por fin a la izquierda de Paulo, frente a los «Escudos Blancos». Otros oficiales llevaron a sus puestos a una o a ambas *alae* aliadas, junto con los elefantes, a la derecha de las legiones.[23]

El primer encuentro entre un cuerpo de tropas formadas y una parte de la falange macedónica tuvo lugar cuando los pelignos y, probablemente, los marrucinos chocaron con la *agema*. Los macedonios mantenían un buen orden y a los italianos les era difícil evitar las hileras de puntas de las *sarissa* y acercarse lo suficiente como para atacar a los propios lanceros. La *agema* se hallaba constituida por unos tres mil hombres y apoyada por unidades de mercenarios a su izquierda; por tanto, es probable que los italianos carecieran del número suficiente de soldados para amenazar los flancos vulnerables de la formación. En un esfuerzo por deshacer la situación de tablas, Salvio, el comandante de la cohorte, cogió el estandarte de la unidad y lo arrojó entre las filas enemigas. Los pelignos se lanzaron hacia adelante para recuperar el preciado estandarte, desarrollándose entonces un combate breve pero brutal mientras luchaban por abrirse paso en medio de la formación enemiga. Algunos hombres trataron de cortar las puntas de las *sarissa* o de desviarlas a golpe de espada, otros recibían las lanzadas en los escudos, y algunos más arrebataban las armas al enemigo e intentaban apartarlas de su camino. Cayeron algunos macedonios, pero los restantes conservaron la formación y la falange permaneció intacta. Cuando comenzaron a aumentar las bajas entre los italianos, los pelignos se dieron la vuel-



Batalla de Pydna

ta y huyeron colina arriba hacia su campamento. Plutarco dice que, según una fuente muy favorable a los macedonios (el escritor griego Posidonio), la retirada de los italianos provocó que el cónsul rasgara su túnica, embargado por la frustración.[24]

El mismo Posidonio presentó también una versión más favorable de la conducta de Perseo que la de nuestras restantes fuentes. Polibio afirmó que el rey había regresado galopando a la ciudad de Pidna al inicio de la batalla, asegurando que debía realizar un sacrificio a Hércules y que, desde entonces, ya no tomó parte en la lucha. Según Posidonio, Perseo había recibido una coz el día antes, posiblemente de un caballo, y fue la herida la que le había impedido tomar parte al principio del combate. Sin embargo, y a pesar del dolor, se creía que, después, Perseo había montado en un animal de carga y se había lanzado a la zona donde el combate era más duro, donde recibió un tiro de jabalina, que le rasgó la túnica, pero sin causarle ninguna herida.[25]

La Primera Legión fue la que se adelantó en primer lugar y parece que detuvo el ataque macedonio. Cuando la Segunda Legión ocupó su posición, las cosas comenzaron a cambiar a favor de los romanos. Por el flanco derecho, los elefantes de guerra provocaron un considerable desorden entre el enemigo. Al inicio de la campaña, Perseo había formado una unidad especial antielefantes, pero las nuevas armas y las armaduras cubiertas de pinchos de esos soldados demostraron ser completamente ineficaces. El rey había tratado también de adiestrar a las monturas de la caballería del ejército para poder utilizarlas ante la extraña apariencia, el ruido y el olor de aquellas grandes bestias, pero fue asimismo un fracaso. Confundidos ya por la intervención de los elefantes, la mayor parte del ala izquierda macedónica se vio rechazada por el ataque del *ala* aliada. En el centro, la falange se había disgregado en sus unidades componentes. Esto solía suceder hasta en la época de Alejandro cuando la falange avanzaba un cierto trecho, pues le era extremadamente difícil mantener la formación en una marcha incluso por la llanura más plana, sin desviarse hacia ninguno de los dos lados. El sistema romano de conservar amplios espacios entre los manípulos se debía, en parte, al intento por evitar que esas fluctuaciones provocaran la mezcla entre los elementos de dos unidades. La doctrina macedónica exigía que hubiera espacios menores entre las unidades, pero algunas secciones de una línea tenían la tendencia natural a juntarse, mientras otras solían separarse en exceso al efectuar un avance. Un terreno accidentado o irregular aumentaba el problema, y es probable que, en Pidna, la loma que conducía hasta el campamento romano contribuyera a la ruptura de la falange. Sin embargo, la causa principal que explica la aparición de ese problema no fue otra que la falta de tiempo para desplegar adecuadamente el ejército antes

del inicio de la batalla. Si los macedonios hubieran mantenido el avance, sin reducir la presión sobre los romanos, es posible que, a pesar de todo, hubieran vencido. Una vez que ambas legiones se hallaban en sus puestos y la falange detenida, la naturaleza esencialmente carente de flexibilidad de esta formación la colocaba en una grave situación de desventaja.[26]

En uno de los lados, se encontraba una sola formación constituida por partidas de lanceros, cada una de ellas de, al menos, dieciséis filas de fondo. Por detrás de esta línea no había reservas, y las propias partidas poseían una escasa capacidad de maniobra. Frente a ella se hallaba una línea de manípulos, quizá la mitad de profunda, separados unos de otros por intervalos en ambos lados equivalentes de manera aproximada al frente de uno de los manípulos. Cubriendo esos espacios vacíos se hallaban los manípulos de *principes*, y aún por detrás los *triarii*. Los macedonios sólo podían luchar con efectividad contra un enemigo en su frente, e incluso esto dependía de que pudieran mantenerse unidos y presentar ante el adversario un muro sin fisuras de puntas de *sarissa*. Cada manípulo lo mandaba un centurión —siendo el comandante de la centuria de la banda derecha el encargado de dirigir las operaciones, en el caso de que ambos estuvieran presentes— y la formación en *triplex acies* le ofrecía espacio para actuar como una sola unidad.

Cuando las líneas de combate se estabilizaron, los centuriones comenzaron a dirigir a sus hombres a ocupar los espacios vacíos que dejaban las líneas enemigas, para golpear sobre los flancos desprotegidos e incluso la retaguardia de las unidades de lanceros. Plutarco nos dice que fue Paulo quien dio las órdenes para actuar de esa manera, hablando primero con sus tribunos y con los subordinados inmediatos, quienes pasaron entonces la información a los suboficiales. Quizá sea cierto, pues cabía esperar que, como cualquier otro general romano, Paulo quisiera intervenir en la toma de decisiones tácticas de una batalla, aunque fuesen de carácter menor. Sin embargo, las legiones ocupaban un frente cercano a los dos kilómetros y al general le hubiera llevado mucho tiempo ordenar todos los ataques locales. El ejército romano contaba con una proporción de oficiales por el número de soldados significativamente más elevada que la de los macedonios. Una legión tenía seis tribunos y sesenta centuriones, veinte en cada una de las tres líneas, aparte de los *legati* o de cualquier otro miembro del consejo del general que éste enviara a aquel sector de la línea del frente. Es probable que la iniciativa de esos ataques concretos la tomasen estos hombres e incluso, quizá en ocasiones, soldados ordinarios, pues los romanos estaban siempre dispuestos a potenciar el coraje individual.[27]

Paulatinamente, grupos poco numerosos de romanos se fueron infiltrando en la línea macedónica. Un legionario era por encima de todo un luchador a espada que, si se le exigía, podía pelear cuerpo a cuerpo con efi-

cacia. Un macedonio, equipado con una *sarissa* de casi siete metros, sólo podía luchar como parte de un grupo. Una vez que los romanos comenzaron a atacar cada grupo de lanceros desde los flancos, la suerte de la batalla comenzó a decantarse hacia un lado. Algunos macedonios dejaron caer sus pesadas armas y desenvainaron las espadas, pero estaban muy poco preparados y peor equipados para esa clase de tarea. Los legionarios llevaban la «espada española» (*gladius hispaniensis*), un arma equilibrada con corte y punta, y una hoja de acero templado. Un golpe de esa espada era, a menudo, fatal, un tajo conseguía desfigurarte horriblemente. Livio describe la impresión que recibieron los soldados de Filipo V en la Primera Guerra Macedónica la primera vez que vieron los cadáveres de los hombres muertos por la espada española. En Pidna, los lanceros macedonios acabaron masacrados mientras ellos sólo infligían algunas bajas al enemigo. Al finalizar el día, habían caído unos veinte mil macedonios y seis mil más estaban prisioneros. La *agema* había quedado virtualmente borrada del mapa. Cuando la falange se hundió, la caballería macedónica abandonó el campo de batalla. En realidad, muchas de esas tropas ni siquiera habían entrado en combate y sus unidades se hallaban aún intactas. Perseo huyó con ellas a Pella, la capital, pero se separó de los jinetes cuando éstos se vieron alcanzados por una multitud furiosa de fugitivos del resto del ejército.

La batalla no duró más allá de una hora, un tiempo inusualmente breve para un encuentro de envergadura, y a los romanos les costó unos cien muertos y un número algo mayor de heridos. Durante algunos momentos, Paulo temió que su hijo, Escipión Emiliano, estuviera entre los caídos, y se mostró desconsolado hasta el regreso del muchacho, que se había separado con dos compañeros durante la persecución. El hijo de Catón el Viejo, quien después se casaría con Emilia, la hija de Paulo, y que servía entonces en la caballería, también se había distinguido en la lucha. Se decía que en un determinado momento había perdido la espada. Moviéndose por el campo de batalla, se unió a un grupo de amigos y, juntos, atacaron a una patrulla enemiga, a la que derrotaron, y finalmente descubrió el arma enterrada bajo un montón de cadáveres. Tanto Paulo como el severo padre del propio Catón elogiaron su acción por haber sabido dar muestras de la conducta de un verdadero romano.[28]

La victoria romana en Pidna fue deudora en gran medida de la flexibilidad del sistema táctico romano. Su accidentado inicio impedía que ninguno de los jefes pudiera utilizar una táctica elaborada. Como máximo podían animar a sus hombres —aunque, en el caso de Perseo, ni siquiera trató de hacerlo— y ayudarles a desplegarse en algo que se pareciera a una línea de combate. En la confusa situación que se desarrolló a continuación, las legiones tenían una capacidad de respuesta mucho mayor ante proble-

mas concretos. Parecidos factores demostraron ser decisivos en Cinoscéfalos y en Magnesia. En el primero de esos casos, los dos ejércitos se dieron de bruces inesperadamente cuando se aproximaban al paso de ese nombre desde direcciones contrarias. Cada bando siguió el procedimiento normal de hacer girar la columna de marcha hacia la derecha para formar una línea de combate. En tal situación, los flancos derechos tanto del ejército romano como del macedonio se encontraban a la cabeza de la columna, por lo que, al cambiar de posición, fueron los primeros en situarse en orden de batalla. A continuación, el flanco derecho de cada ejército atacó y puso en fuga al izquierdo del enemigo, que aún no estaba en disposición de entrar en combate. Los romanos se hallaban formados en su habitual *triplex acies*, y la infantería de Filipo V en una única falange con varias líneas de fondo y sin elementos de reserva. Un tribuno del que no se conoce el nombre tomó consigo veinte manípulos de *principes* y *triarii* del flanco derecho romano y los llevó dando un rodeo para caer sobre las tropas victoriosas del rey. La falange fue incapaz de responder a esta nueva amenaza y cayó derrotada.

En Magnesia, los ejércitos habían efectuado su despliegue habitual y esperaban el inicio de la batalla. Antioco III dirigió una carga de caballería en la mejor tradición de Alejandro, abrió una brecha en la línea de combate romana y se llevó a sus hombres al ataque del campamento enemigo. No contaba con reserva alguna para beneficiarse de esa situación. Los romanos tenían hombres de reserva y éstos, junto con los soldados que se hallaban de guardia en el campamento, derrotaron a la caballería del rey. Cuando los romanos rompieron la línea principal de los seléucidas y se infiltraron en aquella profundísima falange, ésta no pudo hacer nada para llenar los huecos y se vio arrollada. Lo mismo que en Pidna, en estas batallas la victoria se consiguió a muy bajo coste, incluso si pensamos en lo que era habitual en el mundo antiguo.

Después de Cinoscéfalos, Magnesia y Pidna, Filipo V, Antioco el Grande y Perseo reconocieron respectivamente su derrota en la guerra y aceptaron las condiciones de paz impuestas por la República romana. En el año 168, el Senado decidió que el reino de Macedonia dejara de existir, y dividió sus territorios en cuatro regiones autónomas. Perseo fue trasladado a Roma para que tomara parte en la parada triunfal de Paulo y pasó el resto de su vida en calidad de prisionero. Sin embargo, durante un tiempo pareció que al cónsul se le denegaría el honor de un triunfo. Paulo fue un comandante eficiente, pero parece que nunca tuvo la habilidad de ganarse el afecto de sus tropas. Algunas unidades del ejército consideraron que no habían recibido una recompensa suficiente por la campaña realizada, en términos tanto de alabanza como, especialmente, de botín. Y todo ello a pesar de la aprobación de una ley senatorial sobre bandolerismo después de

Pidna, cuando Paulo llevó a sus tropas a saquear la ciudad de Épiro. Encabezados por el tribuno Servio Sulpicio Galba, muchos soldados trataron de influir para que al cónsul se le negara un triunfo y sólo sería después de fuertes discusiones cuando la mayoría del Senado aprobaría concederle ese honor. A muchos de los senadores los convenció el anciano veterano de las Guerras Púnicas Marco Servilio Púlex Gémino, personaje del que se decía que había matado a veintitrés enemigos en combate cuerpo a cuerpo.[29]

Por fin, a Paulo se le concedió el derecho a un triunfo y dirigió una celebración notablemente espectacular, de tres días de duración, y que sería seguida a lo largo de la Vía Sacra hasta penetrar en el corazón de Roma por multitudes sentadas en gradas erigidas de forma especial para la ocasión. El primer día, doscientas cincuenta carretas transportaban estatuas y otras obras de arte saqueadas durante la guerra. El segundo día, los carros llevaban las armas, las armaduras y otros equipos militares capturados, insistiendo en las diferentes panoplias de los aliados extranjeros y de los mercenarios que habían servido a Perseo, así como el equipo de los macedonios. La mayor parte de ese material se dispuso como si fueran pilas de desechos de la batalla. En otras carretas, «armas y armaduras iban dispuestas de manera descuidada, de tal forma que, al transportarlas, chocaban entre sí y producían un ruido desabrido que provocaba miedo, y aunque habían pertenecido a los perdedores de la guerra, su apariencia no dejaba de producir terror».[30] Siguiendo a los carros, iban las monedas de plata y el tesoro capturado al enemigo, distribuido en setecientas cincuenta cajas, transportada cada una de ellas por cuatro hombres.

Finalmente, el tercer día tuvo lugar el desfile principal, iniciado por trompeteros que interpretaban los toques y las fanfarrias de combate. Tras los músicos marchaban ciento veinte bueyes sacrificiales, con los cuernos dorados y las cabezas adornadas, acompañados de jóvenes que transportaban las libaciones necesarias. A continuación, una vez más, se insistía en la riqueza del enemigo derrotado, transportando por las calles setenta y siete recipientes, cada uno de ellos con tres talentos en monedas de oro y una colección de los vasos más preciados de Perseo. El carruaje del rey, vacío si se exceptúan sus armas y armadura y la diadema real, marchaba por detrás de sus propiedades. Después caminaban sus hijos, dos niños y una niña, junto a sus niñeras y muchos otros esclavos domésticos. Constituía una visión patética, y muchos de los espectadores romanos, quienes como pueblo no estaban acostumbrados a ocultar sus emociones, acabaron rompiendo en llanto. Perseo marchaba detrás de ellos, junto a sus ayudantes y cortesanos. Su súplica para que se le evitara la humillación de desfilar por la ciudad recibió una desabrida respuesta de Paulo, quien llegó a sugerir que el rey siempre podía haber evitado ese destino suicidándose.

A continuación, después de los símbolos y el botín de su victoria, marchaba el propio Paulo:

> subido en un carro espléndidamente adornado, hombre digno por sí mismo de centrar las miradas sin todo aquel aparato, vestido con una túnica púrpura tachonada de oro y con una rama de laurel en la mano derecha. Llevaba también laurel todo el ejército, que seguía el carro del general por cohortes y escuadrones, cantando ciertas canciones tradicionales, mezcladas con risas, además de himnos de victoria y alabanza por las gestas de Emilio, que atraía las miradas y la admiración de todos.[31]

La descripción de Plutarco nos ofrece una visión aproximada del esplendor de un triunfo romano, pero, por lo que se refiere a Paulo, no era necesario que un esclavo fuera susurrándole al oído que recordara su cualidad de mortal. Su hijo de catorce años cayó enfermo y murió cinco días antes del inicio de la ceremonia y, tres días después de la parada militar, sufrió ese mismo destino el hermano del muchacho, que tenía doce años. Sólo sobrevivieron los dos hijos mayores, que serían adoptados por otras familias de las que tomarían el nombre.

«Capturada Grecia y esclavizado el fiero captor»

Antes de partir de Grecia, Paulo pasó algún tiempo recorriendo el país, observándolo y haciendo cuanto podía por ganarse el corazón y la mente de la población. En Anfípolis organizó un festival de teatro, poesía y deporte decididamente helenístico, reuniendo actores, atletas y jinetes famosos de todo el mundo griego. Se les pidió a los invitados influyentes que se prodigaran en las fiestas. Algunos expresaron su sorpresa de que estos espectáculos se hubieran preparado con tanto éxito y con tan escaso margen de tiempo, a lo que Paulo contestó secamente que «un hombre que sabía cómo conquistar en la guerra, podía también disponer un banquete y organizar juegos».[32] Durante una visita al célebre oráculo de Delfos, el cónsul vio un plinton vacío sobre el que iba a colocarse una estatua de Perseo. En su lugar, Paulo encargó un monumento a su propia victoria, una parte del cual ha sobrevivido hasta el presente día. No fue el primer magistrado romano que se implicó en la vida cultural de Grecia. Flaminino permaneció allí durante varios años después de la Segunda Guerra Macedónica, y ya desde un principio mostró un profundo cariño por todo lo helenístico. En los Juegos Ístmicos del 196 a.C., cuando proclamó la «libertad de los griegos», su discurso —pronunciado en griego— fue recibido con aplausos en-

fervorizados. Los honores que las comunidades helenas ofrecieron a los generales romanos, ya fuere por miedo o por auténtico respeto, reflejaban los que convencionalmente se concedían a los reyes; y todo ello llegó a hacer creer que cualquier senador romano, en especial un general destacado y cubierto de éxito, era, en definitiva, igual a cualquier monarca extranjero. Flaminino y Paulo, así como los demás hombres que triunfaron en el Mediterráneo oriental, consiguieron un prestigio muy superior a la mayor parte de los senadores. Ese prestigio y su riqueza podía haber llegado a desequilibrar la vida política romana y fue, en buena parte, para evitarlo por lo que otros senadores les atacaron con tanto empeño a su regreso a Roma.

Es difícil evaluar hasta qué punto, en el siglo III a.C., los aristócratas romanos conocían la cultura griega. Roma había mantenido una fuerte interacción con muchas de las colonias helenas en Italia y, con posterioridad, en Sicilia, para acabar finalmente conquistándolas. Los botines de guerra, en particular, pusieron en sus manos obras de arte y esclavos que serían trasladados a Roma. En la época de la Segunda Guerra Púnica, había senadores romanos, como es el caso de Fabio Pictor, cuyo griego y el conocimiento de la literatura helénica eran de un nivel suficientemente elevado como para permitirles escribir las primeras obras de la historia de la prosa romana. Mientras preparaban la invasión de África en su base siciliana, Escipión Africano y los componentes de su joven estado mayor vestían a la moda griega y se deleitaban con instituciones helenas como el *gymnasium*. Esta relación de enorme cariño con el lenguaje y la cultura griegos se apoderaría de la aristocracia romana y perduraría durante siglos. A principios del siglo II a.C., ofrecería una palestra más donde los senadores podían competir para exhibir su superioridad, pues hacían cuanto estaba en su mano por demostrar el mayor conocimiento en todo lo relacionado con Grecia.

Mediada la centuria, la mayoría de los romanos cultivados eran bilingües, pues el griego era el lenguaje de la verdadera civilización, de la misma manera en que el francés lo hablaba casi toda la aristocracia europea en el siglo XVIII. Públicamente, sólo se elevaron algunas voces contrarias a esta tendencia; la más famosa de ellas la de Marco Porcio Catón, el hombre que había mandado una de las columnas de flanqueo en las Termópilas y cuyo hijo se había distinguido en Pidna. Cuando ocupó el cargo de embajador en Grecia, Catón se negó a dirigirse a aquellas gentes en su propia lengua, e insistió en pronunciar sus discursos en latín. No era por ignorancia, pues era evidente que poseía un vasto conocimiento de la literatura helena (Polibio recordaba un incidente en el que Catón había hecho una alusión jocosa a *La Odisea* de Homero). A lo largo de toda su carrera, Catón se burló de los aristócratas que imitaban a los nobles de Grecia y, en lugar de ello, insistía en la superioridad de las sencillas, pero virtuosas, tradiciones de

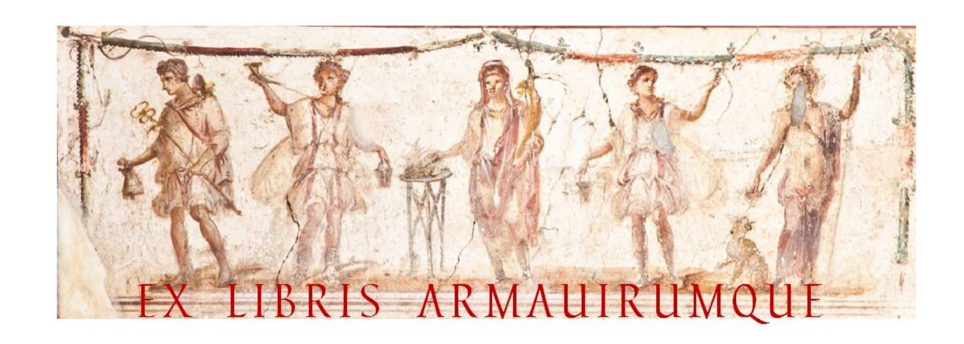
Roma. Como cuestor de Escipión, en el 205 a.C., criticó en público al cónsul y a sus amigos por su conducta en Sicilia. Posteriormente, escribiría la primera historia en latín, una más del amplio abanico de obras que escribió o tradujo a ese idioma.

Al contrario que aquellos senadores que coleccionaban arte griego y copiaban la moda de vestir, la decoración y la comida helenas, Catón se presentaba a sí mismo como un romano chapado a la antigua, que llevaba una vida frugal de servicio a la República. Fue un «hombre nuevo» que no quiso vivir de las rentas de las hazañas de sus antepasados o de la reputación de una familia de rancio abolengo; por ello tuvo que trabajar duro para crearse una reputación. Eso tuvo como consecuencia que no dejó pasar ninguna oportunidad de mostrar un claro conjunto de opiniones y características propios, construyéndose poco a poco una «imagen pública» —virtualmente una marca de fábrica— para competir con la de las familias de alta alcurnia. Así, en un sentido real, Catón utilizó su vastísima cultura como medio de competir con otros senadores, de la misma manera en que lo hicieron muchos de los hombres que abrazaron las nuevas ideas.

NOTAS

1. Livio 44. 34.
2. Para un relato breve de la Primera Guerra Macedónica, véase J. Lazenby, *Hannibal's War*, 1978, pp. 157-169, y A. Goldsworthy (2000), pp. 253-260. Una visión crítica de los motivos que lleva a Roma a la guerra, en W. V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC*, 1979, pp. 205-208.
3. Livio 31. 6. 1; para la descripción de la declaración de guerra, véase Livio 31. 5. 1-8. 4; y comentarios en Harris (1979), pp. 212-218, F. Walbank, «Polybius and Rome's eastern policy», *Journal of Roman Studies* 53, 1963, pp. 1-13, P. Derow, «Polybius, Rome and the east», *Journal of Roman Studies* 69, 1979, pp. 1-15, y, en general, J. Rich, *Declaring War in the Roman Republic in the Period of Transmarine Expansion. Collection Latomus 149*, 1976.
4. Las negociaciones entre Flaminino y Filipo V, en Polibio 18. 1. 1-12. 5, Livio 32. 32. 1-37. 6; Cinoscéfalos, Polibio 18. 18. 1-27. 6, Livio 33. 1. 1. 11. 3.
5. La campaña de Magnesia, en Livio 38. 37-44, Apiano, *Syrian Wars* 30-36.
6. Sobre la campaña gálata, Livio 38. 12-27, 37-41; sobre el debate por las acciones de Vulso, Livio 38. 44-50; el escándalo de Lucio Flaminino en Livio 39. 42-43.
7. Para las causas de la guerra, véase Livio 42. 5-6, 11-18, 25-26, 29-30, y comentarios en Harris (1979), pp. 227-233.
8. El tamaño del ejército, en Livio 42. 31; Espurio Ligustino, en Livio 42. 32-35.
9. El ejército de Perseo al comienzo de la guerra, en Livio 42. 51. Uno de los mejores estudios sobre cualquier ejército helenístico es el de B. Bar Kochva, *The Seleucid Army*, 1976; para el equipo, véase P. Connolly, *Greece and Rome at War*, 1981, pp. 64-83.
10. Livio 42. 49. 53, 43. 17-23, 44. 1-16; Casio Longino, Livio 43. 1. 4-12.

11. Livio 44. 4-10: «*cum Romanus imperator, maior sexaginta annis et praegravis corpore*».
12. Paulo en España, Livio 37. 2. 11, 37. 46. 7-8, 57. 5-6; en Liguria, Livio 40. 18, 25, 28. 7-8, Plutarco, *Aemilius Paullus* 6; los hijos de Paullus, en Plutarco, *Aemilius Paullus* 5.
13. Tamaño del ejército, en Livio 44. 21. 5-11.
14. Livio 44. 34. 3.
15. Livio 44. 32. 5-34. 10; véase también F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* 3, 1979, pp. 378-391.
16. Plutarco, *Aemilius Paullus* 15-16, Livio 44. 35; para un examen detallado de la campaña, véase N. Hammond, «The Battle of Pydna», *Journal of Hellenic Studies* 104, 1984, pp. 31-47.
17. Livio 44. 36. 1-4.
18. Hammond (1984), pp. 38-39.
19. Livio 44. 36. 1-4.
20. Livio 44. 37. 5-9, Plutarco, *Aemilius Paullus* 17.
21. Plutarco, *Aemilius Paullus* 17-18, Livio 44. 37. 10-40. 10, Frontino, *Stratagems* 2. 3. 20, y Hammond (1984), pp. 44-45.
22. Plutarco, *Aemilius Paullus* 18 y Hammond, pp. 45-46.
23. Plutarco, *Aemilius Paullus* 19.
24. Plutarco, *Aemilius Paullus* 20.
25. Plutarco, *Aemilius Paullus* 19.
26. Plutarco, *Aemilius Paullus* 19-22, Livio 44. 41. 1-42. 9.
27. Polibio cuestiona la fuerza y la debilidad relativas de la legión y la falange, 18. 28. 1-32. 13.
28. Plutarco, *Aemilius Paullus* 21, Livio 44. 44. 1-3.
29. Plutarco, *Aemilius Paullus* 30-32, Livio 45. 35. 5-39. 19.
30. Plutarco, *Aemilius Paullus* 32 (trad. de R. Waterfield, *Plutarch: Roman Lives*, Oxford, 1999.
31. Plutarco, *Aemilius Paullus* 34 (trad. de Oxford, 1999).
32. Lirio 45. 32. 11.



Capítulo 4

«GUERRAS DE CORTO ALCANCE»: ESCIPIÓN EMILIANO Y LA CAÍDA DE NUMANCIA

Publius Cornelius Scipio Aemilianus Africanus Numantinus
(185/4-129 a.C.)

> Es una locura incurrir en peligros para conseguir resultados mínimos. Deberá considerarse temerario a un general que pelea sin que haya ninguna necesidad de hacerlo, mientras que uno bueno sólo asumirá riesgos en caso de necesidad.[1]

Las guerras libradas contra las grandes potencias helenísticas fueron importantes, intensamente dramáticas y muy lucrativas para los vencedores, pero pueden considerarse también acontecimientos comparativamente raros. A lo largo de todo el siglo II a.C., la mayor parte del esfuerzo bélico de Roma se dedicó a realizar campañas contra los pueblos tribales de España, el norte de Italia y la Galia meridional, y, en menor medida, en Iliria y Tracia. Todas estas campañas se libraron contra pueblos que —al menos a ojos de griegos y romanos— tenían unos nombres extraños e impronunciables, que ponían en pie de guerra ejércitos de guerreros valientes pero, a menudo, indisciplinados y pobremente equipados. En política, se hallaban divididos en numerosas tribus, que, a su vez, se encontraban con frecuencia fragmentadas entre los seguidores de varios cabecillas. La derrota de una tribu o de un clan no implicaba necesariamente la capitulación de sus vecinos, al contrario de lo sucedido en las guerras contra Macedonia y los seléucidas, donde una batalla decisiva puso fin a cada una de ellas. Por tanto, en estas provincias, el arte de la guerra solía consistir en un conjunto de campañas individuales hasta derrotar a cada una de las comunidades o de los caudillos de turno.

Un triunfo sobre los arevacos o los boios no proporcionaba el mismo prestigio que uno sobre un reino famoso como Macedonia, ni era probable que consiguiera enriquecer a un ejército y a su jefe de manera comparable. El continuo estado de guerra en las provincias hispánicas y en la Galia significaba que las victorias alcanzadas en esos teatros de operaciones eran muy frecuentes. Los senadores deseosos de conseguir el máximo beneficio de tales éxitos solían afirmar que se trataba de la primera vez que un pueblo determinado se había enfrentado a un ejército romano, junto al ya familiar catálogo de cifras: hombres muertos y capturados y villas y aldeas saqueadas. Preocupado porque se ganaban triunfos muy a menudo y con demasiada facilidad, el Senado decidió que, para que un magistrado pudiese reclamar ese honor, necesitaba haber muerto en combate como mínimo a cinco mil enemigos. No están claros los detalles de esa medida, pero es probable que sucediese en algún momento del siglo II a.C., y es imposible saber hasta qué punto se utilizó con rigor.

Ese cúmulo de restricciones no puede llevarnos a concluir que todas las campañas romanas contra enemigos tribales fueran asuntos de segunda fila y, de ninguna manera, que se tratara de victorias «baratas». En algunos casos fue así, pero en la mayoría constituyeron operaciones difíciles contra un enemigo valiente, a menudo numeroso, y muy acostumbrado a hacer uso de la dureza natural de la tierra que habitaba. Las batallas contra galos, ligures y los diferentes pueblos españoles eran, por lo general, encuentros durísimos y el éxito romano no estaba nunca asegurado. Fueron numerosos los generales que sufrieron derrotas a manos de estas tribus. Los galos saquearon Roma en el 390 a.C., y la amenazaron de nuevo en el 225 a.C., hasta que una excelente buena fortuna, más que una campaña preparada, permitió a los dos cónsules de aquel año atacar al ejército galo, cogido entre dos fuegos, en Telamón. En el 216, la aterradora catástrofe de Cannas sólo oscureció en parte un desastre en el valle del Po, donde las tribus emboscaron y casi borraron del mapa un ejército formado por dos legiones y dos *alae*. Entre los muertos se encontraba el jefe de las fuerzas romanas, el pretor Lucio Postumio Albino, hombre de gran experiencia, que había ocupado ya dos consulados y que acababa de ser elegido en ausencia para un tercer cargo el año siguiente. Probablemente fuese la derrota romana más espectacular en esta región, aunque, con seguridad, no la única. Los reveses en la península Ibérica acostumbraron a ser de menor escala, pero ocurrieron incluso con mayor frecuencia.[2]

Era de esperar que, en la mayoría de los casos, un ejército romano adecuadamente adiestrado, aprovisionado y dirigido de forma competente, derrotase a sus adversarios tribales. A comienzos del siglo II a.C., solía cumplirse esa previsión, puesto que los soldados eran sobre todo veteranos de

las guerras contra Aníbal. Durante esos años, las legiones de las fronteras de la Italia septentrional y de las provincias españolas demostraron los mismos elevados niveles de disciplina, confianza y flexibilidad táctica que habían servido para aplastar a los ejércitos profesionales de las potencias helenísticas. En numerosas ocasiones, estaban formados por los mismos hombres, pues la mayoría de los oficiales y soldados que habían peleado en Cinoscéfalos y en Magnesia habían servido ya en una de las provincias occidentales. Emilio Paulo, por ejemplo, había mandado ejércitos en España y Liguria antes de tomar el mando en la campaña de Pidna. Catón, el hombre que dirigió a continuación la columna que efectuó el flanqueo en las Termópilas, en el 191, y cuyo hijo se distinguió en Pidna, había sido enviado como cónsul a la Hispania Citerior, en el 195. Después de un periodo de preparación y de operaciones a pequeña escala, conducentes a proporcionar a las tropas experiencia práctica y a fomentar la confianza, libró una batalla campal con el principal ejército íbero, a las afueras de la ciudad de Emporion. Una marcha nocturna que pasó desapercibida a los españoles, condujo a los romanos a una posición en la que el enemigo quedó situado entre ellos y su propio campamento, pues Catón había decidido que sus hombres no contarían con ninguna otra oportunidad de supervivencia que no fuera la de la victoria.

Los íberos se fueron atropellando en un despliegue apresurado, ya que la batalla se desarrolló en el momento y la forma elegidos por el comandante romano. Durante toda la lucha Catón hizo un uso cuidadoso de sus reservas, enviando dos cohortes —probablemente de *extraordinarii*— a distraer a la retaguardia enemiga, y rompiendo la situación de empate entre las principales líneas de combate, añadiendo unidades de refresco al ataque romano. Al final, hizo intervenir a la Segunda Legión, que hasta ese momento no había tomado parte en la lucha, para que arrasara el campamento español. El comandante romano estuvo también dispuesto en todo momento a intervenir de forma personal en la acción, moviéndose para reagrupar a sus tropas cuando la retirada de una parte de la caballería provocó el pánico en el flanco derecho, asiendo físicamente y deteniendo a algunos de los soldados cuando huían. Después, dirigió en su avance a la Segunda Legión, y se aseguró que los hombres se movieran en buen orden, sin permitirles que su entusiasmo les llevara a perder el control de la situación. Catón cabalgó arriba y abajo, frente a la línea de combate, golpeando con una lanza de caza a cualquier legionario que rompía la formación, y ordenando al centurión o al tribuno que se hallaba más próximo que tomara nota del nombre del soldado para después castigarlo.[3]

En el primer cuarto del siglo II a.C., se quebró definitivamente la resistencia de las tribus de la Galia Cisalpina. Al sur del Po, los boios perdie-

ron la mayor parte de sus tierras, que pasaron a manos de colonos romanos, y fueron prácticamente destruidos en tanto que unidad política significativa. A otros pueblos situados más al norte, como los cenomanos y los insubres, les fue bastante mejor y, andando el tiempo, sus aristócratas consiguieron la ciudadanía y se vieron absorbidos por el sistema romano. El ligur era un pueblo de montaña, provisto de una organización social poco cohesionada y en el que eran muy escasos los jefes que tenían alguna clase de reconocimiento más allá de sus propios pueblos. Dedicados por encima de todo al pastoreo, sus rebaños eran muy vulnerables a los ataques al comienzo de la primavera, antes de que se trasladaran desde los pastos de invierno hasta las zonas de pastoreo más elevadas y dispersas. Sin embargo, llevar a cabo campañas en ese difícil terreno era siempre un asunto arriesgado, mientras que la derrota de uno de los pueblos raramente servía para convencer a los demás a que dejaran de saquear las colonias romanas más próximas y las comunidades aliadas. La lucha continuó hasta mediado el siglo, y no sería hasta que se llevó a cabo un intenso desplazamiento de población a asentamientos situados en la Italia meridional cuando los ligures fueron pacificados. En España, la guerra fue casi constante hasta que, en el 177, el cónsul Tiberio Sempronio Graco hizo uso de una mezcla de fuerza militar y de habilidad diplomática para establecer una paz que duraría más de veinte años.[4]

En el momento en que, ya en la década de los años 150, se rompió el acuerdo alcanzado por Graco, el ejército romano iniciaba un periodo de decadencia. La generación de la Segunda Guerra Púnica estaba muerta o era demasiado mayor para el servicio activo y una buena parte de la experiencia acumulada había caído en el olvido. El sistema de milicia romano hacía difícil conservar los conocimientos por alguna vía institucional y ese problema se agravó aún más por la escasa frecuencia de conflictos en el segundo cuarto del siglo. En el año 157 a.C., el Senado se mostró especialmente dispuesto a enviar una expedición a Dalmacia porque temía que una paz prolongada podía volver afeminados a los italianos.[5] A la inexperiencia se le unía la complacencia, pues muchos se convencieron a sí mismos de que la larga carrera de éxitos bélicos de Roma había ocurrido de manera inevitable y no era producto de una cuidadosa preparación y del adiestramiento. En los años que restaban de siglo, la actuación de los ejércitos romanos fue, a menudo, desastrosa. En una época en que eran muy pocos los comandantes que habían actuado con cierto crédito, la considerable capacidad de Escipión Emiliano alcanzó incluso mucho mayor relieve del que habría conseguido en otro momento.

Su infancia y la Tercera Guerra Púnica

Entre la aristocracia senatorial era muy frecuente la adopción de uno o de varios herederos con el fin de conservar el nombre de la familia, y un hijo adoptado no se consideraba diferente de otro biológico. El hecho de que, desde un punto de vista legal o emocional, se convirtiera en miembro de una nueva familia no excluía la conservación de profundos lazos con su familia de sangre. Aunque adoptado a una edad temprana por el hijo de Africano, Escipión Emiliano pasó una buena parte de su infancia en el hogar de Emilio Paulo y, como ya hemos visto, le sirvió en Macedonia y cabalgó a su lado en el triunfo que siguió a aquella campaña. El segundogénito, en tanto que joven Escipión no mostró señales particulares que prometieran nada excepcional y, lo mismo que su padre, era precavido y algo reservado. Al contrario que la mayor parte de los jóvenes que se embarcaban en una carrera pública, no practicó la oratoria legal ni trató de hacerse un nombre como abogado. En lugar de ello, prefería los deportes y el adiestramiento militar, preparándose para luchar a favor de la República en cualquier guerra. En Pidna combatió muy bien, quizá con excesivo entusiasmo, y durante los meses transcurridos en Grecia después de la victoria, descubrió lo que demostraría ser ya un amor eterno por la caza, pues, junto con su hermano mayor y sus amigos, efectuó numerosas expediciones por los extensos terrenos propiedad de Perseo. Paulo sólo permitió a sus hijos que tomaran una pequeña parte de los tesoros del rey, pero les concedió que hicieran un buen acopio de los libros de su bien surtida biblioteca. La literatura y la cultura griegas desempeñarían un papel importante en la vida de Escipión, fomentado y aumentado ese interés por su larga amistad con Polibio, quien llegaría a Roma en calidad de rehén, como consecuencia de la guerra.

Con el tiempo, a Escipión y a su círculo de amigos, entre los que se incluía Lelio, el hijo del antiguo camarada de Africano, se les consideraría representantes de lo mejor del filohelenismo. Eran auténticos romanos, poseídos por la tradicional *virtus* que cabía esperar de un miembro de la familia senatorial, a la que habían añadido un alto grado de sofisticación y de sabiduría derivados de su conocimiento de lo mejor de la cultura griega. Cicerón presentaría su debate filosófico sobre la naturaleza del Estado romano, *De Re Publica*, como una discusión imaginaria entre Escipión, Lelio y sus compañeros, en el año 129 a.C. Escipión era un racionalista, educado en las tradiciones griega y romana e interesado por la filosofía, y ninguno de los relatos que se refieren a él contiene ni siquiera uno de los elementos místicos asociados con Africano.[6]

La serie de conflictos que finalizarían con la destrucción de Numancia a manos de Escipión Emiliano comenzó en el 153 a.C. Los belos, una tribu

celtíbera, decidieron ampliar su principal centro urbano, Segeda, alargando el circuito de murallas que la rodeaba y haciendo entrar en ella, de grado o por fuerza, a las poblaciones de las comunidades vecinas. Reacios a permitir la creación de una fortaleza de esas características, tan bien situada para efectuar incursiones en la provincia de la Hispania Citerior, el Senado despachó al cónsul Quinto Fulvio Nobilior, con un poderoso ejército consular de unos treinta mil hombres para que marchara contra aquella tribu. Cuando la fuerza romana inició su avance, las fortificaciones de Segeda aún estaban incompletas, por lo que los belos abandonaron la construcción y huyeron hacia las tierras de sus vecinos, los arevacos, cuya principal ciudad era Numancia. Unidos con el resto de tribus celtíberas, al mando de un caudillo electo, aquel ejército combinado emboscó a Nobilior y le infligió numerosas bajas antes de que la columna romana pudiera escapar. El cónsul decidió avanzar para atacar la propia Numancia, pero el ataque finalizó en un desastre cuando uno de los elefantes de guerra romanos recibió en la cabeza el golpe de una piedra y reaccionó de manera imprevista. Como consecuencia, los otros diez elefantes efectuaron una estampida hacia atrás, pisoteando a las tropas que encontraban por el camino. Los celtíberos explotaron aquel desorden para contraatacar y derrotar por entero a los romanos. En el 152, a Nobilior le sucedió Marco Claudio Marcelo, nieto de «la Espada de Roma», que en ese momento ostentaba su tercer consulado. Este comandante, mucho más experimentado, tomó varios pueblos de menor entidad y, al concederles unas condiciones de paz favorables, animó a los arevacos y los belos a que pidieran la paz. Lo mismo que Flaminino, el año 198, Marcelo deseaba conseguir crédito por haber finalizado la guerra antes de que expirara su mandato y de que el Senado enviara otro hombre para sucederle. Por ello, fomentó en los embajadores celtíberos la creencia de que el Senado podría garantizarles las mismas condiciones que las que Graco les había concedido décadas antes.[7]

Aunque habían llegado a Roma delegaciones de las tribus y aunque aún no estaba claro si la guerra había finalizado, el Senado resolvió que Lucio Licinio Lúculo, uno de los nuevos cónsules del 151, partiría de todas formas hacia la Hispania Citerior con un nuevo ejército. El reclutamiento de esta nueva fuerza fue inesperadamente difícil pues, por una vez, ciudadanos romanos de todas las clases sociales eran reacios a servir en las legiones. A su regreso a Roma, Nobilior y sus oficiales habían extendido rumores acerca de la ferocidad de los celtíberos, y se contemplaba aquella guerra como probablemente muy complicada y de muy escaso provecho. Fueron muy pocos los hombres que se presentaron el día señalado para la leva y se levantaron quejas de que, en los últimos años, ésta recaía siempre en un grupo bastante reducido de población, pues los comandantes solían pre-

ferir a los hombres con experiencia probada. Por tanto, la leva tuvo que efectuarse por sorteo. Fueron también muy pocos los senadores que presentaron sus nombres a la elección o el nombramiento al cargo de tribuno, unos puestos por los que tradicionalmente había una dura competencia, porque suponían excelentes oportunidades para conseguir una buena reputación por la valentía o la capacidad desplegadas. Parece ser que también Lúculo tuvo problemas para encontrar hombres que sirvieran como sus inmediatos subordinados o *legati* (representantes). Cierto número de senadores jóvenes usaron como pretexto la enfermedad para excusar su cobardía. Según Polibio, no fue hasta que Escipión Emiliano, que en aquel momento tenía treinta y tres años, hizo una declaración pública de su deseo de servir en cualquier puesto, cuando los demás, avergonzados, se presentaron como voluntarios. Es probable que el historiador exagere la influencia de su amigo y patrón, pero, de todas formas, ese incidente le ganó cierto grado de popularidad. No está claro si Escipión partió hacia España como legado o como tribuno, pero es más probable que fuera ocupando este último cargo.[8]

La campaña española de Lúculo iba a verse envuelta en la polémica. En el momento de llegar a su provincia, se había alcanzado una paz con los arevacos. Eran una mayoría los magistrados deseosos de conseguir su cuota de gloria antes de que expirase el periodo de ocupación del cargo, pero Lúculo tenía razones especialmente poderosas para desear una guerra exitosa y lucrativa con la que satisfacer sus enormes deudas personales. Por tanto, dirigió su ejército contra otra tribu celtíbera, la de los vaceos, atacando varias de sus aldeas con el pretexto de haber estado suministrando víveres a los arevacos. Estuviera o no justificada la campaña por razones de estrategia, la actuación del ejército no fue extraordinaria y las propias acciones de Lúculo provocaron que Roma las sintiera como un ultraje. En Cauca aceptó la rendición de la ciudad pero, una vez introducido un gran número de soldados en el interior de las murallas, ordenó la matanza de toda la población adulta masculina. Por lo general, los romanos se mostraban de acuerdo en aceptar la necesidad de llevar a cabo actuaciones salvajes en la guerra si ello tenía alguna utilidad, pero desaprobaban cualquier acción que fuera en menoscabo de la reputación conseguida por Roma de mantener su lealtad (*fides*) en las relaciones con otros Estados.

Para empeorar aún más las cosas, el pretor Servio Sulpicio Galba llevó a cabo una atrocidad parecida, en la Hispania Ulterior, casi por la misma época. Un buen número de lusitanos y de sus familias se habían rendido a Galba después de que les prometiera la entrega de tierra en la que asentarse —práctica ésta que había demostrado un enorme éxito en Liguria—. En lugar de ello, Galba dividió a los lugareños en tres grupos, los de-

sarmó y, a continuación, ordenó a sus soldados que los mataran a todos. Esa nueva brutalidad en la manera en que Roma conducía la guerra en España quizá pueda entenderse como característica de una generación de comandantes más duros, decididos a encontrar una solución permanente a los problemas militares planteados por unas tribus muy belicosas. Pero, lo más probable es que fuera producto de la desesperación, pues el declive en la calidad de los ejércitos romanos hacía más difícil conseguir una clara victoria militar, sobre todo en el caso de jefes inexpertos. A pesar de las ultrajantes acciones de Lúculo y Galba, ninguno de ellos fue castigado en firme a su regreso a Roma. Aunque llevado a juicio, Galba consiguió la absolución mediante una mezcla de sobornos masivos y de espectáculos emotivos, como cuando llevó a sus hijos llorosos ante el tribunal para mover al jurado a la piedad.[9]

Se conoce muy poco del papel desempeñado por Escipión Emiliano en la campaña. Cuando los romanos avanzaron hacia la ciudad de Intercatia, un guerrero celtíbero, de buena presencia y armado de forma espléndida, cabalgó repetidamente entre los dos ejércitos desafiando a pelear en combate singular al romano que así lo quisiera. Al final, Escipión se adelantó para enfrentarse a él, demostrando aquel espíritu impetuoso del que había hecho gala en Pidna. Su carrera estuvo a punto de quedar truncada cuando el campeón enemigo hirió su caballo, del que se vio descabalgado; pero cayó de pie y continuó la lucha hasta conseguir la victoria. Posteriormente actuaría como garante de la buena fe romana cuando los moradores de la ciudad mostraron su voluntad de rendirse, pero desconfiaban de Lúculo.[10]

En el 149, los romanos provocaron deliberadamente una guerra con Cartago, con el objetivo de destruir una ciudad que volvía una vez más a prosperar. A pesar de esta cínica premeditación, demostraron hallarse desastrosamente preparados para llevar a cabo aquella lucha con garantías. La fuerza expedicionaria enviada a África estaba mal dirigida y peor preparada, por lo que la guerra se abrió mostrando todo un catálogo de fracasos e incompetencia. Escipión servía como tribuno de la Cuarta Legión,[11] y había demostrado repetidamente la capacidad de liderazgo, la habilidad y el coraje del que carecía el resto del ejército. Mantenía a sus propias tropas bajo un estrecho control y, en varias ocasiones, consiguió evitar acciones descabelladas que hubieran desembocado en un desastre total. Su creciente reputación, unido al fuerte sentimiento entre el electorado de que sería adecuado enviar a un nieto de Escipión Africano a derrotar a Cartago, dio como resultado su elección al consulado en el año 147. El hecho de que Emiliano tuviera en ese momento treinta y seis o treinta y siete años, es decir, que se hallara por debajo de la edad exigida para ocupar el cargo, era otra similitud más con su ilustre antepasado y reforzaba el sentimiento de

que se estaba haciendo lo que se debía. Originalmente, Escipión había sido nombrado para un cargo inferior, el de edil, pero le eligieron como cónsul los *Comitia Centuriata*. Como se levantara cierta oposición, se anuló la *lex Villia annalis*, que estipulaba la edad mínima para ejercer las magistraturas, y entró en vigor de nuevo al inicio del año siguiente. A continuación, la intervención de uno de los tribunos de la plebe aseguró que fuese a Escipión, y no a su colega consular, a quien se le adjudicase África como provincia.

La elección de Emiliano y su nombramiento para el mando de África fueron, ciertamente, irregulares, aunque mucho menos que la carrera de su antepasado por adopción durante la Segunda Guerra Púnica. En ambos casos, se trató de elecciones muy beneficiosas para la República. Una vez en África, Escipión Emiliano se puso manos a la obra para restablecer la disciplina y la moral del ejército, asegurándose de que, a partir de ese momento, las tropas recibieran suministros adecuados, algo de lo que ninguno de sus predecesores se había preocupado. Las operaciones del ejército se vieron marcadas por los mismos preparativos cuidadosos, la estrecha supervisión y la audacia controlada de los que había hecho gala cuando ocupaba cargos inferiores. Primero derrotó u obligó a desertar a las fuerzas cartaginesas del exterior de la ciudad y, a continuación, desencadenó una serie de asaltos contra la propia Cartago, que cayó después de haberse utilizado gran cantidad de maquinaria y una lucha durísima librada en las estrechas calles de los barrios de la ciudad. Se obligó a los habitantes a despoblarla y fue formalmente abandonada. Escipión lloró y citó un pasaje de *La Ilíada* en el que se predecía la destrucción de Troya. Según Polibio, se preguntaba si ese mismo destino le tocaría en suerte algún día a su propia patria. A pesar de esos pensamientos melancólicos, regresó a Roma para celebrar un triunfo que, lo mismo que el de su padre unas décadas antes, fue mucho más espectacular por su prodigalidad que cualquier otro de los que le precedieron.

El sitio de Numancia

Antes de finalizar la Tercera Guerra Púnica, estalló un serio conflicto en la Hispania Ulterior. Uno de los pocos supervivientes de la matanza de Galba era un tal Viriato. Después de aquel suceso, reunió una banda de guerreros y, en el 147, contó con las fuerzas suficientes como para tenderle una emboscada al pretor Caio Vetilio. Los romanos sufrieron graves pérdidas —cuatro mil soldados, según Apiano— y el propio Vetilio cayó prisionero y fue muerto de inmediato por un guerrero que no le reconoció y no pensó que un prisionero tan anciano y gordo pudiera servir para algo. Después de

ese éxito, el poder de Viriato aumentó con rapidez y unas comunidades tras otras decidieron que era mejor rendirle tributo que no caer víctimas de las incursiones de sus guerreros. En el 145, el hermano mayor de Escipión, Fabio Máximo Emiliano, llegó aquí en calidad de cónsul y lanzó una campaña contra el caudillo lusitano. Tenía bajo su mando un ejército recién reclutado, y su negativa a ejecutar una acción compleja o audaz con unas tropas de esa clase dio como resultado el que no pudiera conseguir más que algunas victorias menores en el año de cargo. En el 142, su hermano por adopción, Fabio Máximo Serviliano, obtuvo un éxito mayor, ocupando varios pueblos fortificados leales a Viriato. Sus métodos fueron brutales y, en un primer momento, efectivos, hasta que fue derrotado en una batalla importante y ofreció al jefe de los bandidos unas condiciones de paz extremadamente generosas, según las cuales aquél pasaría a ser «Amigo del Pueblo Romano». En el 140, consiguió el consulado su hermano biológico, Quinto Servilio Cepión, que fue enviado a la Hispania Ulterior para sustituirle. Cepión rompió de inmediato ese tratado, pero los romanos sólo consiguieron la victoria después de sobornar a algunos de los principales caudillos de Viriato, quienes le asesinaron mientras dormía.[12]

El éxito de Viriato animó a los arevacos a reiniciar su propia guerra contra Roma, en el año 143. Quinto Cecilio Metelo dirigía el primer ejército enviado contra ellos, con el que efectuó un ataque repentino, penetrando en territorio enemigo antes de que hubieran efectuado las labores de la cosecha. Muchos de los arevacos se rindieron, y después de haberles obligado a satisfacer un fuerte tributo, adquirieron una vez más el estatus de aliados de Roma. Sólo Numancia y algunos pequeños pueblos amurallados continuaron en pie de guerra en el momento en que a Metelo le sustituyó Quinto Pompeyo Aulo, un «hombre nuevo» deseoso de alcanzar gloria. Tenía a su disposición un fuerte ejército consular, formado por unos treinta mil infantes y dos mil jinetes, la mayoría de los cuales se encontraban en su sexto año de servicio ininterrumpido y, por ello, con una gran experiencia para lo que era normal en esas décadas. Pompeyo consiguió algunas victorias menores, pero sufrió bastantes más derrotas también de menor entidad. Se decidió a mantener un bloqueo a Numancia durante los meses de invierno, a pesar de que sus tropas más experimentadas habían sido licenciadas y sustituidas por nuevos reclutas. Desacostumbrados a las campañas, los legionarios recién llegados sufrieron gravemente el frío invierno español. Sin embargo, el bloqueo presionó a los numantinos, que aceptaron la oferta de paz de Pompeyo. Apiano afirma que se hallaba tan deseoso de conseguir crédito por haber finalizado la guerra que prometió, en secreto, a los celtíberos unas condiciones muy favorables. En medio de amargas recriminaciones en Roma, el Senado rechazó el nuevo acuerdo y, en el 137, envió contra Numancia al cónsul Caio Hostilio Mancino.

La campaña supuso un largo catálogo de desastres. Después de haber sido derrotado en varias escaramuzas a las afueras de Numancia, el cónsul cayó en un estado de pánico ante el rumor de que tribus vecinas planeaban unirse a los numantinos. Una confusa retirada nocturna llevó a la columna romana hasta el lugar de uno de los campamentos de Nobilior en la campaña del 153. Allí acabaría rodeada por guerreros celtíberos, que controlaron con firmeza todas las posibles rutas de escape. Mancino se rindió y los detalles de la tregua los negoció su cuestor, Tiberio Sempronio Graco, hijo del hombre que había llevado la paz a España décadas antes. Los términos del acuerdo fueron humillantes pues, aunque se permitió que el ejército partiera, los soldados se vieron obligados a abandonar todo su bagaje. El tratado salvó más de veinte mil vidas, pero no era ésa la manera en que los romanos solían acabar las guerras. Hombres que llevaron sus ejércitos al desastre, pero que se negaron obstinadamente a admitir la derrota, a menudo recibieron alabanzas. A un comandante que admitía haber sido derrotado y que negociaba con el enemigo desde esa posición de debilidad, se le trataba con desprecio. Después de recibir un informe de la campaña, el Senado rechazó de inmediato las condiciones de paz. Se hizo responsable a Mancino a quien se le trasladó de nuevo a Numancia. Allí, desnudo y atado, se le dejó en el exterior de la muralla para que los celtíberos hicieran con él lo que desearan. En esta ocasión no quisieron nada de él, por lo que se le permitió regresar a Roma, donde encargó una estatua suya, desnudo y encadenado, que colocó orgullosamente en su casa, como un recuerdo de su deseo de sacrificarse por el bien de la República. Nunca más se le ofreció un mando en campaña. Su sucesor en el mando no lo hizo mucho mejor, fracasando en la toma de Pallantia después de un largo asedio, y viéndose obligado a efectuar una retirada desordenada y costosa.[13]

En el 134, Escipión Emiliano fue elegido para un segundo consulado y se le entregó la provincia de Hispania Citerior. Había transcurrido una década desde la primera vez que se había hecho cargo de la magistratura y ya era lo suficientemente mayor como para no necesitar de la suspensión de una ley, pero la legislación más reciente había prohibido la concesión de un segundo consulado. Sin embargo, parece ser cierto que los recientes desastres en España habían creado un profundo sentimiento a favor de que el más distinguido comandante de Roma fuese enviado a luchar contra los celtíberos y, una vez más, se suspendió la ley para que ello fuera posible. Escipión no reclutó un nuevo ejército para la campaña y tomó sólo un contingente de cuatro mil voluntarios como refuerzo de las tropas que ya se encontraban en la provincia. Incluidos entre ellos iban quinientos de sus propios clientes, formando una unidad conocida como el «escuadrón de amigos». En esta campaña, había también un fuerte

componente familiar en los cargos de máxima responsabilidad, pues Fabio Máximo Emiliano acompañó al cónsul como su legado principal, y el hijo de este último, Fabio Máximo Buteo, quedó encargado de la tarea de organización y traslado de los voluntarios hasta la provincia, después de que los dos hermanos hubieran partido a toda prisa hacia España. Es probable que Polibio les acompañara, aunque no se sabe con certeza si había un relato de esta campaña entre las partes perdidas de su *Historia*. Es cierto que el tribuno Publio Rutilio Rufo escribió una narración detallada de las operaciones del ejército, que fue utilizada por Apiano, pero tampoco ha llegado hasta nosotros. Todas las fuentes de la guerra numantina parecen haber sido muy favorables a Escipión, lo que probablemente refleje su habilidad en el dominio de la publicidad.[14]

A su llegada a la provincia, Escipión se encontró con un ejército desmoralizado e indisciplinado. Su primera decisión consistió en la expulsión del campamento de la horda de prostitutas, mercaderes, augures y adivinos. Ordenó a los soldados que, a partir de ese momento, sólo comieran su simple ración y prohibió que la completaran adquiriendo exquisitos manjares locales. Ningún ejército romano en ningún momento de su historia pudo funcionar sin la participación de un significativo número de esclavos (*lixae*), que liberaban a los soldados combatientes de tareas tales como el forrajeo, el acarreo de agua o la supervisión del convoy de bagajes, pero Escipión redujo su número a la mínima expresión. Expulsó del campamento a la gran mayoría del personal esclavo, cuya única tarea era la de cocinar o ayudar a vestirse a su señor. Particularmente los oficiales, acostumbraban a llevar consigo a la campaña una buena parte de su personal doméstico privado, con el fin de asegurarse un cierto grado de comodidad y, cuando esa tendencia creció incontrolada, las bocas extras que debían alimentarse y el bagaje personal no esencial frenaban seriamente a un ejército en campaña. Sin ningún miramiento, Escipión eliminó del convoy de bagajes toda la carga innecesaria, reduciendo el número de animales de carga y, especialmente, de carros, a los que se permitía viajar con la columna, y vendió el resto. En el propio campamento se introdujo una rutina fija que se mantuvo con todo rigor. El general hizo muy pocas excepciones a cualquiera de sus nuevas reglas e impuso un mando personal férreo. Cuando prohibió a todos los soldados que durmieran en los catres de campaña —probablemente, en parte, para reducir la cantidad de equipamiento que debería transportar el convoy— Escipión fue el primero en dormir en un simple jergón de paja. De manera deliberada, se mostró inaccesible a quienes venían a pedirle algo, buscando más la obediencia de sus hombres que el afecto. Según Apiano:

> Decía a menudo que aquellos generales severos y estrictos en la observancia de la ley eran serviciales a sus propios hombres, mientras que los indolentes y bondadosos sólo eran útiles al enemigo. Los soldados de estos últimos... eran alegres, pero insubordinados, mientras que los de aquéllos, aunque desanimados, eran obedientes y siempre dispuestos ante cualquier emergencia.[15]

Realizaba frecuentes inspecciones, extremadamente esmeradas y a menudo críticas. En tales ocasiones, no era infrecuente que hiciera añicos cualquier vasija que considerara demasiado lujosa para el servicio activo. Un soldado que poseía un escudo especialmente bien decorado provocó el comentario cáustico de que no era extraño que le dedicase tanta atención pues era evidente que «ponía más fe en él que en su espada». El rango no suponía una seguridad para escapar a las denuncias acerbas y públicas del cónsul, y el tribuno Caio Memmio recibió críticas particularmente duras. En un momento dado, Escipión anunció que, al menos, Memmio «a él le sería inútil por muy poco tiempo, pero continuaría siempre siendo inútil para sí mismo y para la República».[16]

Junto con estas medidas disciplinarias, Escipión sometió al ejército a un periodo intensivo de adiestramiento, lo más realista que le fue posible. Se dedicaba una buena parte del tiempo a realizar marchas, con las tropas provistas de raciones para varios días y formadas en tres columnas paralelas que podían adoptar rápidamente el orden de batalla. Entre las columnas se había dispuesto el convoy del equipamiento para preservarlo de cualquier ataque súbito. Se insistía siempre en una férrea disciplina de marcha y se prohibía tanto a las unidades como a los soldados a título individual que abandonaran el lugar asignado. En las pasadas campañas, muchos de sus soldados se habían provisto de mulas o burros y los montaban en los ratos de ocio, pero Escipión prohibió esta costumbre y exigió a todos los soldados de infantería que se desplazaran a pie. Una vez más, dio ejemplo personal, marchando con sus oficiales, comiendo la ración de pan mientras avanzaba y moviéndose entre el ejército para observar cada una de las secciones. Se prestó una atención especial a aquellos hombres que tenían dificultades para mantenerse en pie, y se ordenaba a algunos jinetes que desmontaran y permitieran cabalgar a los agotados hasta que se recuperaban. Escipión trató por todos los medios que se tuviera buen cuidado de las bestias de carga del ejército, hasta el punto de que, cuando descubría un grupo de mulas sobrecargadas, obligaba a los soldados de infantería a transportar parte del peso. Al finalizar un día de marcha, el ejército levantaba un campamento provisional como si se encontrara en territorio enemigo. El procedi-

miento era siempre el mismo: las unidades que aquel día habían constituido la vanguardia, tomaban posiciones alrededor de la zona elegida para el campamento y permanecían en formación, con las armas en posición, para actuar como fuerza de cobertura. Las restantes unidades del ejército tenían asignada una tarea, marcando el campamento con sus hileras de tiendas y sus calles, o excavando el foso y construyendo la empalizada defensiva. Había un fuerte parecido entre el programa de adiestramiento de Escipión y las órdenes permanentes impuestas por su padre durante la Tercera Guerra Macedónica. Ambos eran reflejo de las mejores prácticas aprendidas a lo largo de numerosas campañas por el ejército formado por milicias.[17]

Escipión complementó sus tropas romanas e italianas con fuertes contingentes de aliados locales. Según Apiano, todo ello elevó el número de soldados a su mando hasta los sesenta mil. Una vez que el cónsul decidió que los soldados ya se hallaban preparados, avanzó sobre Numancia, moviéndose el ejército con el mismo grado de disciplina y las mismas precauciones que las impuestas durante el periodo de adiestramiento. En lugar de atacar directamente la fortaleza celtíbera, la evitó con un rodeo y se dedicó a saquear los campos de los vecinos vaceos, cortando así a los numantinos su fuente de suministros. Era una región en la que él mismo había servido con Lúculo y, como compensación por la atrocidad cometida por aquel general, Escipión redactó una proclama oficial por la que se les permitía regresar y reconstruir su comunidad a todos los pobladores de Cauca supervivientes.

A las afueras de Pallantia, una fuerza de caballería mandada por Rutilio Rufo persiguió a un enemigo en retirada con excesivo entusiasmo y fue conducida a una emboscada. Escipión en persona dirigió a otros jinetes al rescate y, mediante el uso del ataque y la retirada alternativa por cada flanco, consiguió cubrir la retirada de los hombres de Rufo y escapar él mismo. Esa acción fue, por muchos motivos, una clara reminiscencia de su hábil jefatura de la caballería, conseguida mientras servía como tribuno en la Tercera Guerra Púnica. En otra ocasión advirtió que los celtíberos habían tendido una emboscada a su ejército en un punto en que la ruta que seguía cruzaba un río. En lugar de seguirla, Escipión utilizó una vía alternativa y mucho más difícil en una noche entera de marcha. El adiestramiento había servido de mucho pues los soldados cumplieron aquella dura jornada, a pesar de la escasez de agua que se convertiría en mucho más acuciante cuando al día siguiente apareció el cálido sol del verano. El ejército escapó con las bajas de algunas monturas de la caballería y unos pocos animales de carga. Poco después, la caballería que protegía un grupo romano de intervención rápida se vio atacada mientras la fuerza principal

se dedicaba a saquear un poblado. Escipión llamó con un toque de trompeta a los saqueadores y, cuando consideró que habían llegado ya todos cuantos creía que podían hacerlo rápidamente, los formó en unidades. Con algo menos de mil hombres fue en auxilio de la caballería romana y, después de algún tiempo, consiguió hacer retroceder a los celtíberos, permitiendo la retirada de los romanos.[18]

Escipión había hecho todo lo posible para privar a los numantinos de la ayuda y el apoyo de otras comunidades celtíberas. Había probado también el comportamiento del ejército en acciones reales y levantando la moral de los soldados mediante algunas victorias de poca importancia. Ahora había llegado ya el momento de dirigirse contra la propia Numancia. Escipión dividió el ejército en dos e hizo acampar a ambas divisiones cerca de la ciudad, tomando él mismo el mando de una de ellas y cediendo el de la otra a su hermano. Poco después de la llegada de los romanos, los numantinos abandonaron la protección de las fortificaciones y salieron fuera de las murallas, invitando a los romanos a entrar en combate. No había más allá de unos ocho mil guerreros dispuestos a hacer frente al mucho más numeroso ejército romano, y es bien posible que esperaran luchar contra las avanzadillas según se aproximaban a las murallas de la ciudad, de la misma manera en que habían hecho los soldados de Magón en Cartago Nova, en lugar de entablar un combate en campo abierto. Escipión no tenía intención alguna de arriesgarse a una batalla o a un asalto directo. La mayor parte del grueso de su ejército estaba compuesta por hombres que ya habían sido derrotados por los celtíberos. Tomar por asalto una ciudad bien defendida era siempre una operación extremadamente difícil y hasta un revés mínimo podía desembocar en una desmoralización generalizada, echando por tierra todos sus esfuerzos de reconstruir el ejército. Una de las máximas de Escipión era la de creer que un comandante sabio nunca debía correr riesgos evitables. Probablemente ya, desde el inicio de la campaña, había planeado asediar Numancia hasta someterla, por lo que, ignorando el desafío de los numantinos, puso a su ejército a levantar una línea fortificada que rodease la ciudad.

Se han conservado sobresaliendo del suelo restos de las obras del asedio de Escipión alrededor de Numancia y el arqueólogo alemán Schulten las excavó a principios del siglo XX. Aunque, por desgracia, no se ha realizado un extenso trabajo moderno de campo para confirmar algunas de sus conclusiones, hay ciertamente una correspondencia clara entre los restos y la descripción del asedio que nos hace Apiano. Los hombres de Escipión construyeron siete fuertes, unidos entre sí por un foso y un terraplén. Finalmente, este último llegó a extenderse a lo largo de unos diez kilómetros, y estaba levantado con piedras, totalizando dos metros y medio de ancho

por más de tres metros de altura, reforzado con torres de madera cada cien pies. Los fuertes tenían asimismo paredes de piedra y muy pronto se fueron ampliando con gran número de edificios interiores, también de piedra, permitiendo que las tropas vivieran en unas condiciones razonablemente saludables y cómodas durante aquel largo asedio. Es muy interesante que estos campamentos temporales, y otros también de la época republicana descubiertos en España, tengan muros que explotan el contorno natural del terreno, muy diferentes al campamento de marcha ideal descrito por Polibio, del que se suponía que debía construirse en una superficie perfectamente plana. En un primer momento, había una brecha en aquel círculo que rodeaba Numancia, el que formaba el río Durius (el Duero moderno), y los numantinos podían utilizar aquella vía para traer suministros y hacer salir hombres por barco. Con el fin de evitar esas acciones, Escipión ordenó que se levantara una torre a cada lado del río, y lo cruzó con una defensa de maderos, en los que se habían incrustado hojas de cuchillos y puntas de lanza.[19]

El ejército romano se organizó en divisiones, a cada una de las cuales se le adjudicó una tarea específica en la construcción de las líneas de asedio. Escipión y Fabio mantuvieron en estado de alerta a las tropas de reserva, siempre dispuestas a acudir en ayuda de cualquiera de las divisiones que sufriera un ataque, y que deberían señalar su situación izando una bandera roja, durante el día, o encendiendo una hoguera, por la noche. Una vez completadas las líneas, el complejo era tan amplio que tenía ocupados a unos treinta mil hombres, divididos entre todas las secciones de la muralla. En las torres se instalaron numerosas catapultas y *ballistae*, mientras que fueron asignados honderos y arqueros a cada una de las centurias para aumentar su capacidad de fuego.[20] Se designaron otros veinte mil hombres, preparados para desplazarse y reforzar cualquiera de los sectores en los que tuviera lugar un ataque, manteniendo a los diez mil restantes en reserva para enviarlos allí donde fuera necesario. Cualquier señal deberían repetirla por turno cada una de las torres, de tal manera que llegara rápidamente al comandante para llevar ayuda.

La fortaleza de los muros y la eficacia de la organización de Escipión quedó probada cuando se rechazaron todos los ataques celtíberos. Un noble de ese pueblo, de nombre Rhetógenes Caraunius, consiguió subir a la muralla con algunos amigos en una noche oscura. Después de matar a los centinelas, utilizaron un puente de madera hecho a tramos para pasar los caballos al otro lado y cabalgar hasta entrar en contacto con otras comunidades de su tribu, esperando convencerlas para que organizaran un ejército y poder así romper el asedio. Algunos de los guerreros más jóvenes de Lutia expresaron una enorme simpatía por esa idea, pero los ancianos de la

ciudad enviaron un aviso a Escipión, quien se desplazó a toda prisa a aquel lugar con una fuerza formada por tropas ligeras, rodeó la ciudad y amenazó con saquear el lugar si no le entregaban inmediatamente a los culpables. Los celtíberos cumplieron a toda prisa sus exigencias. Escipión ordenó entonces que les amputaran las manos a los cuatrocientos prisioneros como espantosa advertencia del castigo que suponía resistirse a Roma, y, a continuación, regresó a Numancia sin más demora.

Llegado ese momento, los numantinos se encontraban cada vez más escasos de víveres y decidieron enviar embajadores a Escipión para pedir las condiciones de paz. Como única respuesta recibieron una petición de rendición incondicional, y Apiano afirma que eso enfureció tanto a los lugareños que lincharon a los embajadores a su regreso a la ciudad. Llegó a afirmarse que, cuando la situación fue empeorando, se dieron episodios de canibalismo, pero, finalmente, los defensores se vieron obligados a capitular. Con el fin de evitar esa posibilidad, hubo algunos que se suicidaron. Los restantes, famélicos y sucios, salieron y entregaron las armas. Escipión conservó cincuenta para que marcharan en su triunfo y vendió el resto como esclavos. Numancia fue arrasada hasta los cimientos, y los restos que se pueden observar hoy día datan de un periodo posterior, cuando se había convertido ya en un asentamiento romano.

Escipión regresó para celebrar su segundo triunfo, y aunque careció de la espectacularidad del desfile conmemorativo de la destrucción de Cartago, produjo una sensación de considerable liberación, porque por fin se había acabado la guerra contra las tribus celtibéricas. Escipión consiguió una enorme popularidad durante algún tiempo pero, durante su ausencia por la campaña, la política romana se había vuelto cada vez más dura y violenta y pronto se vio implicado en la polémica. En el 133, Tiberio Sempronio Graco —el hombre que había negociado la rendición del ejército de Mancino— había sido elegido tribuno de la plebe y había hecho uso del cargo para aprobar una ley pidiendo una amplia redistribución de las tierras de propiedad pública por toda Italia. La mayor parte de esas tierras se habían ido incorporando a los grandes latifundios propiedad de los más ricos; la intención de Graco era la de recuperarlas y cedérselas a los ciudadanos más pobres, convirtiéndolos de esta manera en elegibles para realizar el servicio militar, aumentando así las reservas de personal militar de Roma. Se enfrentó a la extendida oposición de otros senadores, porque muchos de ellos eran terratenientes y también porque temían que Graco consiguiera con esa ley tantos clientes (ciudadanos en deuda con él y, por tanto, posibles votantes suyos), que sería difícil oponérsele en elecciones futuras. El temor de que pretendiera conseguir un poder personal permanente —lo único que la constitución republicana pretendía evitar a toda costa— pareció confir-

marse cuando anunció su intención de conservar el cargo en un segundo tribunado. En medio de un tumulto aparentemente espontáneo, Graco acabó linchado por un grupo de senadores dirigidos por su primo, Escipión Nasica (hijo del hombre que había servido en Pidna).

Cuando ocurrieron esos sucesos, Escipión Emiliano se encontraba en España y su posición ante ellos es muy poco clara. La madre de Graco era Cornelia, hija de Africano, y él mismo estaba casado con una hermana de Tiberio, aunque el matrimonio no había tenido hijos y la pareja no se demostraba ningún afecto. Además, Lelio, su asociado en el consulado del año 140, había propuesto una ley similar, pero acabó por retirarla ante la fuerte oposición suscitada, ganando para sí mismo en aquel proceso el apodo de «El Sabio» (*Sapiens*). A su regreso a Roma aceptó los llamamientos que se le hicieron a convertirse en campeón de la causa de la nobleza italiana, que se quejaba de que la comisión creada para reforzar la Ley de la Tierra de Graco la trataba con extremada dureza. Este deseo de hablar con franqueza a favor de los aliados enfureció a muchos de los seguidores de Graco en Roma, en especial a aquéllos que esperaban huir de la pobreza al ser enviados a colonizar tierras públicas. En el 129, Escipión fue hallado muerto en su casa. No había estado enfermo y en el cadáver no aparecía señal de herida alguna. Muy pronto se esparció el rumor de que había sido envenenado, quizá por su esposa Sempronia, o por su suegra y tía Cornelia. Nunca se sabrá la verdad de lo sucedido.[21]

NOTAS

1. Apiano, *Spanish Wars* 87.
2. Para un relato de la campaña de Telamón, véase Polibio 2. 23-31.
3. Livio 34. 9. 1-13, 11. 1-15. 9, Apiano, *Spanish Wars* 40.
4. Un análisis de estas operaciones, en S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, 1985, pp. 174-198.
5. Polibio 32. 9. 1-2.
6. Sobre el carácter de Escipión, véase Polibio 31. 23. 1-30. 4. Para la vida y la carrera de Escipión en general, véase A. Astin, *Scipio Aemilianus*, 1967.
7. Apiano, *Spanish Wars* 44-50.
8. Polibio 35. 1. 1-4. 14, con Walbank 3, 1979, pp. 640-648; Apiano, *Spanish Wars* 49.
9. Sobre la campaña de Lúculo, véase Apiano, *Spanish Wars* 50-55, y comentarios en Dyson (1985), pp. 202-203; sobre Galba, véase Apiano, *Spanish Wars* 58-60.
10. Polibio 35. 5. 1-2.
11. Tribuno en la Legión IV, Cicerón *De Re Publica* 6. 9; un relato del papel de Escipión en la Tercera Guerra Púnica, en Goldsworthy, *The Punic Wars*, 2000, pp. 342-356.
12. Apiano, *Spanish Wars* 61-75, con Dyson (1985), pp. 206-213.
13. Apiano, *Spanish Wars* 76-83, Plutarco, *Tiberius Gracchus* 5-6, con Dyson (1985), pp. 214-217.
14. Apiano, *Spanish Wars* 84.

15. Apiano, *Spanish Wars* 85.
16. Frontino, *Strat.* 4. 1. 1, 1. 9.
17. Frontino, *Strat.* 4. 3. 9.
18. Apiano, *Spanish Wars* 86-89.
19. Para el asedio en general, véase Apiano, *Spanish Wars* 90-98.
20. Frontino, *Strat.* 4. 7. 27.
21. Apiano, *Spanish Wars* 19-20.

Capítulo 5

«UN HOMBRE CONSAGRADO A LA GUERRA»: CAIO MARIO

Caius Marius (157-86 a.C.)

> A un soldado romano el espectáculo más dulce es el de un general que come a la vista pan común o duerme sobre un camastro vulgar o trabaja con él en la construcción de una trinchera o de una empalizada. Porque no admiran tanto a los capitanes que les proporcionan parte en honores y riqueza como a los que comparten con ellos la fatiga y el peligro; antes bien, estiman más a los que quieren fatigarse con ellos que no a quienes les permiten llevar una vida ociosa.[1]

Los jefes militares romanos eran aristócratas, y esto era especialmente cierto de los generales de los que hemos hablado hasta el momento. Fabio Máximo, Escipión Africano, Emilio Paulo y Escipión Emiliano procedían todos ellos de familias patricias —los dos últimos por nacimiento y adopción— y miembros, por tanto, de la más antigua élite dirigente de Roma. El siglo III a.C., los patricios habían perdido el monopolio de los altos cargos y cierto número de familias plebeyas habían conseguido entrar en el reducido grupo de privilegiados que, generación tras generación, dominaron las más altas magistraturas de la República. Algunos linajes patricios se extinguieron o perdieron toda importancia, mientras que otros, como los Julios, continuaron disfrutando de un éxito modesto, pero se mantuvieron durante mucho tiempo al margen del poder real. Cuatro clanes patricios —los Emilios, Fabios, Cornelios y Claudios— conservaron toda su fuerza y aportaron un número desproporcionadamente elevado de cónsules. Las más grandes familias plebeyas rivalizaron con ellos en riqueza e influencia y compartieron una ideología común. Cualquier líder debe ser decidido si quiere alcanzar el

éxito, pero aquella seguridad en sí mismos y la negativa a escuchar la menor crítica de que hicieron gala Fabio Máximo, Paulo y los Escipiones —y, en menor medida, Marcelo— eran en buena parte deudoras de su distinguido nacimiento y de su aspecto patricio. Desde la infancia, todos los hombres sabían que tenían el derecho y el deber de servir a la República, poniendo en juego todas sus capacidades y ganando en ese proceso fama, honores y riqueza. Un joven nacido en el seno de una de las principales familias senatoriales tenía casi asegurada una carrera política razonablemente exitosa, cualquiera que fuese su capacidad personal. Todos los hombres que hemos estudiado poseían un talento militar excepcional y, al menos, cierta habilidad política. Todo ello, unido al entorno familiar, a un poco de suerte y a las oportunidades que se presentaban por las crisis, reales o aparentes, a que debía hacer frente Roma, les garantizaban una serie excepcionalmente distinguida de magistraturas y de mandos en campaña.

A pesar del dominio de los *nobiles*, en cada generación aparecían algunos «hombres nuevos» que conseguían el consulado. Esa ascensión nunca era fácil, pero siempre se consideraba posible. Cuando, el 107 a.C., se eligió como cónsul a Caio Mario, poco había en él marcadamente diferente de cualquier otro *novus homo*. Hasta ese momento, algunos episodios de su carrera habían sido bastante controvertidos, pero eso mismo podría decirse de muchos otros senadores, y sólo fue en ese momento cuando Mario comenzó a hacer añicos numerosas convenciones. Ese consulado fue el primero de siete, es decir, más de los que cualquier otro senador hubiera conseguido antes. No sólo el número carecía de precedentes, sino también su naturaleza, pues cinco de ellos los consiguió en años consecutivos, entre el 104 y el 100, mientras que el séptimo lo obtuvo apoyándose en una fuerza armada, en el 86, después de haber ocupado la misma Roma. Mario fue una de las figuras claves de la Guerra Civil que estalló en el 88, el primero de un largo ciclo de conflictos internos que acabarían por destruir el sistema de gobierno republicano. A finales del siglo I, la política y la sociedad romanas habían cambiado profundamente. Y también lo había hecho la naturaleza fundamental del ejército romano, que fue evolucionando desde la milicia tradicional compuesta por un conjunto de gentes de las clases propietarias hasta convertirse en una fuerza semiprofesional reclutada fundamentalmente entre los más pobres. La carrera de Mario, y el desorden de su época, fueron síntomas de esos cambios.

La infancia de Mario y la cuestión númida

Plutarco afirma que los padres de Mario trabajaban con sus propias manos para sacar adelante una pequeña granja próxima a la aldea de Ce-

raetae, a las afueras de la ciudad de Arpinum.[2] Eran muy comunes las historias que hablaban de la pobreza de los «hombres nuevos», añadidas al teatro que siempre acompañaba a su consiguiente éxito político, pero deben tomarse con reserva. Sólo los ecuestres podían participar en las elecciones a cualquier magistratura importante de Roma, y ser miembro de ese orden implicaba la posesión de propiedades sustanciales. Los miembros de las familias senatoriales comenzaron su vida como ecuestres, hasta que el éxito político condujo a que los censores quedasen enrolados en el Senado, pero éstos suponían una pequeña minoría del orden ecuestre, elegidos la mayoría de ellos sin que se esperara su participación en política. Evidentemente, los senadores consideraban a los ecuestres del común como a sus inferiores sociales, pero esa presunción no debería cegarnos la realidad de que esos últimos eran gente de considerable riqueza y elevado estatus, muy próximos al sector más eminente de la sociedad romana, si no es que se hallaban en su cima. Indudablemente, la familia de Mario formaba parte de la aristocracia local de Arpinum, con una influencia y un poder considerables en la ciudad, por muy rústicos y apartados que les hubieran podido parecer a los *nobiles*. Su educación pudo haber sido ligeramente conservadora para los niveles del momento, llegando Plutarco a afirmar que carecía de conocimientos serios de literatura y cultura griegas y que muy pocas veces utilizó esa lengua, si es que lo había hecho en alguna ocasión. No obstante, en numerosos aspectos y lo mismo que todos los demás «hombres nuevos», Mario difería muy poco de los hijos de los senadores en sus actitudes y ambiciones.[3]

Inició el servicio militar en la guerra con los celtíberos y debió servir ahí durante varios años antes de la llegada de Escipión Emiliano. Aceptó rápidamente la disciplina más estricta impuesta por el nuevo comandante, y una historia cuenta la buena impresión que causó durante una de las frecuentes inspecciones que Escipión efectuaba de las armas, el equipamiento y el bagaje del Ejército. Se decía que, en otra ocasión, había luchado y vencido en un combate singular mientras estaba siendo observado por el cónsul, hecho que le ganó algunas condecoraciones y otras señales de favor. Mario tenía veintitrés años y probablemente en ese momento era tribuno, el mismo cargo que ocupaba Escipión cuando consiguió fama en una pelea similar. Evidentemente esas demostraciones de valentía no se consideraban inapropiadas para los oficiales de ese rango, incluso aunque los comandantes del Ejército y la mayoría de sus subordinados inmediatos no aceptaran correr tales riesgos.[4]

Era común que aquellos jóvenes ambiciosos, carentes de una reputación heredada, de riqueza y de influencias, recibieran el apoyo en sus carreras de familias poderosas. Mario y sus progenitores eran clientes de los

Cecilio Metelo, *nobiles* plebeyos que disfrutaron de éxitos frecuentes. En el 119, Lucio Cecilio Metelo Delmático fue elegido cónsul y parece ser que apoyó a Mario en su exitosa campaña para convertirse en tribuno de la plebe. Éste fue el cargo que ocupaban los Gracos cuando presentaron su programa de reformas, pero a un hombre de un pasado tan oscuro como el de Mario no se le podía pasar por la cabeza el emular esos proyectos. Presentó algunas leyes de carácter secundario, una de las cuales alteraba el procedimiento electoral, lo que le situó en conflicto directo con su patrón, en un incidente que le ganó al tribuno cierta reputación de independencia y valentía. No obstante, muy pocos serían los que llegarían a adivinar su fama futura, pues fracasó en las elecciones al cargo de edil, y sólo consiguió arañar un pretorado en el año 115. Acusado de sobornar al electorado, Mario sería absuelto por muy escaso margen. Enviado como gobernador a la Hispania Ulterior, llevó a cabo algunas operaciones menores para suprimir el bandidaje, pero no tuvo la oportunidad de obtener ni gran fama ni riqueza. Por esta época, entró por matrimonio a formar parte de la familia de los Julio César, una antigua familia patricia, que no era especialmente importante y que sólo consiguió producir un cónsul en todo el siglo II. Fue una buena jugada, pero difícilmente le garantizaba un progreso político significativo. Es más que probable que Mario buscara conseguir el consulado en una o varias ocasiones durante los años siguientes y pudo parecer que su carrera había tocado techo, hasta que una crisis militar en Numidia le ofreció una nueva oportunidad de presentarse ante la opinión pública.[5]

La invasión de África por Escipión, en el 204 a.C., recibió una ayuda inestimable de la deserción (pasándose a los romanos), del príncipe númida Masinisa, quien fue instalado a continuación en un extenso reino como recompensa por su apoyo. Después de la Segunda Guerra Púnica, Numidia demostró su utilidad a Roma al convertirse en centro de control del renovado poderío cartaginés. Tanto Masinisa, que fallecería a poco de iniciada la Tercera Guerra Púnica, como su hijo Micipsa, proporcionarían con toda lealtad grano, tropas y elefantes siempre que Roma se los pedía. Yugurta, sobrino de Micipsa, dirigió un contingente de elefantes y de soldados de infantería para efectuar escaramuzas en ayuda de Escipión Emiliano en la campaña de Numancia, donde alcanzó una gran reputación por su habilidad y valentía. En el 118 murió el rey, legando el reino, además de a Yugurta (a quien había adoptado), a sus propios hijos Adhérbal y Hiempsal. Este último fue asesinado muy pronto, siguiendo órdenes de su primo. Adhérbal huyó a Roma, y el Senado decretó que el reino debería dividirse por igual entre los dos rivales, pero Yugurta rompió pronto el pacto. Luchas dinásticas de esta naturaleza habían sido frecuentes en las casas reales númidas y moras, y una disputa de esa clase era la que, en primer lugar, había

llevado a Masinisa a buscar la ayuda de Escipión. Sin embargo, en el 112, Adhérbal quedó sitiado en Cirta, cuya población incluía un número sustancial de comerciantes romanos e italianos. Éstos formaron la fuerza de defensa principal y, después de la capitulación de la ciudad, fueron muertos por los hombres de Yugurta.

Roma recibió las noticias como un ultraje. La furia la desataron especialmente los jefes ecuestres de las grandes compañías comerciales que tenían intereses en la región y agentes entre los muertos, pero parece ser que la rabia se extendió a amplias capas de la población. Los ánimos los agitó aún más el tribuno electo Caio Memmio —quizá el mismo personaje que había suscitado el desprecio de Emiliano en Numancia—, hasta que el Senado decidió enviar al norte de África, con un ejército, al cónsul Lucio Calpurnio Bestia. Convencieron a Yugurta para que se trasladara a Roma, donde se dedicó a sobornar extensa y abiertamente a senadores influyentes, consiguiendo incluso el asesinato de otro miembro de su familia que se hallaba allí exiliado. Al abandonar Roma se dice que la declaró «una ciudad dispuesta a ser vendida e incluso a perecer si encuentra un comprador». La rabia popular se redobló y buena parte de ella se dirigió contra la evidente incompetencia y corrupción del Senado.

Lo peor iba a llegar en el 110, cuando el sucesor de Bestia, Espurio Postumio Albino, dirigió un ataque desganado contra Yugurta, antes de conducir a su mal disciplinado ejército a los cuarteles de invierno y dejar a su hermano Aulo al mando. El politiqueo de Roma, donde dos tribunos deseaban prolongar su año en el cargo y paralizaron todas las elecciones a las magistraturas, llevó a que Aulo Postumio Albino conservara el mando mucho más tiempo de lo esperado. Decidido a sacar el mejor partido de esta situación, avanzó contra la fortaleza de Suthul, donde se encontraba el principal tesoro de Yugurta. El rey númida expresó su deseo de negociar una vez más y comenzó en secreto a sobornar a los centuriones y a otros oficiales del ejército romano. A continuación desencadenó un repentino ataque nocturno contra el campamento de Postumio. El resultado fue el pánico y la derrota, cuando desertaron en masa un buen número de legionarios, una cohorte completa de infantería ligur y dos *turmae* de caballería tracia, mientras que el centurión primipilo (*primus pilus*) de la Tercera Legión permitió que el enemigo penetrara por el sector de la fortificación que se suponía debía defender. La resistencia fue a un tiempo débil y breve, cuando una muchedumbre de fugitivos huyó del campamento y se refugió en una colina cercana, permitiendo que los númidas saquearan las tiendas.

Al día siguiente, Yugurta rodeó a Aulo y a sus hombres y le ofreció firmar un tratado que finalizase la guerra. Como contrapartida por reconocerle único rey con derechos en Numidia, permitiría que los romanos par-

tieran libremente, después de verse sometidos a la humillación que suponía pasar por debajo de un yugo formado por lanzas. Se desconocen los orígenes precisos de ese arcaico ritual, pero era bien claro que implicaba la pérdida del estatus de guerrero. Tampoco se sabe con certeza si se trataba de una práctica extendida fuera de Italia, o elegida en ocasiones por los enemigos de Roma precisamente porque conocían su significación para los romanos. Lo mismo que había sucedido en Numancia, el Senado repudió de inmediato el tratado, aunque esa manera de actuar hizo bien poco por aquietar el clamor contra la incompetencia y la corrupción que había provocado aquel desastre.[6]

En el 109, se envió al cónsul Quinto Cecilio Metelo, el hermano menor de Delmático, para que tomara el mando en la guerra contra Yugurta, llevando consigo destacamentos de reclutas a añadir a las legiones que ya se encontraban en África, en lugar de crear una fuerza enteramente nueva. Parece ser que el enfrentamiento de Mario con los Metelo no había llegado a un punto de no retorno, pues él mismo y Publio Rutilio Rufo acompañaron a Quinto como sus legados superiores. Contando en su estado mayor con dos de los principales protagonistas de Numancia, probablemente no sorprende que muchos de los métodos de Escipión Emiliano se emplearan pronto para poner en forma a las legiones. Las tropas de Albino habían pasado los últimos meses en medio de una pereza indisciplinada, sin preocuparse de fortificar o mantener el campamento en buenas condiciones y sólo se desplazaban cuando se veían obligados a ello por la carencia de forraje en los alrededores o porque el hedor de sus propios desperdicios se hacía insoportable. Los soldados y los esclavos del campamento saqueaban y robaban a voluntad. Metelo impuso una serie de regulaciones muy parecidas a las de Emiliano. Expulsó a los comerciantes y a todos los parásitos, y prohibió a los soldados la compra de alimentos (muchos habían caído en la práctica de vender sus raciones de grano para adquirir pan blanco cocido en lugar de comer las hogazas que habían preparado ellos mismos con el grano entero). Se prohibió a los soldados de tropa mantener sus propios esclavos o animales de carga. Desde ese momento, el ejército levantaba el campamento cada día, y marchaba a una nueva posición donde construía un campamento de marcha como si se encontrara en territorio hostil. De la misma manera en que había actuado Escipión, Metelo y sus legados daban ejemplo en la marcha, moviéndose por entre las columnas para asegurarse que tanto las unidades como los soldados mantenían sus posiciones y siempre iban adecuadamente equipados y preparados.[7]

Cuando Metelo consideró que su ejército se hallaba ya dispuesto, marchó contra Yugurta. En un primer momento, el rey evitó el encuentro, por lo que los romanos volvieron su atención a las ciudades, tomando varias

pequeñas localidades fortificadas y la capital, Cirta. Esas pérdidas erosionaron seriamente el prestigio de Yugurta, viéndose obligado a atacar al ejército romano cuando marchaba por campo abierto cerca del río Muthul. En medio de un confuso combate, en el que un enemigo dotado de gran movilidad rompió las columnas por varias partes, los númidas se vieron finalmente rechazados con graves pérdidas, habiendo sido muertos o capturados la mayor parte de sus elefantes de guerra. Los romanos sufrieron también un gran número de bajas y Metelo autorizó que el ejército descansara durante algún tiempo, con el fin de permitir la recuperación de sus hombres y poder prestar atención a los heridos. Se efectuaron paradas militares para condecorar a quienes se habían distinguido en la reciente lucha. Cuatro días después, comenzaron de nuevo a saquear las zonas más fértiles de Numidia y a amenazar sus ciudades y lugares fortificados. La ocupación de ciudades fortificadas nunca era fácil y Metelo se vio obligado a abandonar Zama después de someterla a un asedio en el que tuvo lugar una lucha feroz. Se llevó a cabo un intento por acabar con Yugurta de la misma manera en que los romanos habían derrotado a Viriato, sobornando a algunos de sus propios jefes para que le asesinaran pero, en esta ocasión, se descubrió la conspiración y todo acabó en fracaso.

Es difícil calcular qué más podía haber hecho Metelo con los recursos de que disponía pero, en Roma, iba creciendo el descontento por el tiempo que se estaba tardando en vengarse de Yugurta. En el 108, Mario pidió permiso para regresar a Roma y anunciar su candidatura al consulado. Salustio cuenta que su ambición recibió el espaldarazo de un adivino de Utica, quien le había profetizado que gozaría de una carrera muy distinguida. Parece ser que, a lo largo de toda su vida, Mario tuvo siempre muy claro cuál iba a ser su destino personal y se sintió respaldado por varios prodigios. La respuesta del general fue de desprecio, sugiriendo a Mario que esperase hasta que pudiese presentarse junto con el propio hijo de Metelo, un muchacho que se encontraba al principio de la veintena y que había servido habitualmente en el estado mayor del padre. Mario continuó sirviendo como legado pero, a partir de ese momento, no dejó pasar ninguna oportunidad de hablar mal de su comandante. Tanto entre el Ejército como cuando se encontraba con alguno de los numerosos comerciantes y hombres de negocios romanos de la provincia de África, acusaba a Metelo de la prolongación innecesaria de la guerra con el fin de aumentar su gloria y botín. Esos hombres enviaron a sus conexiones en Roma una amplia serie de cartas, criticando al comandante y alabando abiertamente a su legado.

Se le presentó una nueva oportunidad de atacar a su antiguo patrón cuando la guarnición de la ciudad de Vaga sufrió una matanza por una revuelta repentina del populacho, que decidió desertar hacia las filas de Yu-

gurta, y de la que sólo se libraría el comandante de la guarnición, un tal Tito Turpilio Silano. La ciudad fue rápidamente recuperada, pero Mario formó parte del tribunal creado para investigar la conducta de Silano y que recomendó con éxito su ejecución, a pesar de que se trataba también de un cliente de los Metelos. Al final, Metelo cedió y permitió que su desleal y problemático legado regresara a Roma.

La campaña electoral de Mario fue a un tiempo rápida y muy exitosa. Aunque nuestras fuentes se inclinan a pensar que su principal apoyo procedió de las capas más pobres de la sociedad, es necesario recordar que el sistema electoral de Roma concedía una influencia desproporcionada a los ciudadanos más poderosos y fueron numerosos los ecuestres que favorecieron su candidatura. Eso mismo haría un buen número de senadores, pero otros miembros del Senado se enfurecieron por los inmoderados discursos con los que el nuevo cónsul electo atacaba a los *nobiles*. Soldado con experiencia, Mario se comparaba con aquellos aristócratas blandos que intentaban aprender las cosas de la guerra en la lectura de libros:

> Haced ahora, ciudadanos, la comparación entre su soberbia y yo, que soy un recién llegado. Las cosas que ellos suelen sentir decir o leer, yo unas las he visto y otras las he hecho; aquello que ellos han aprendido en los libros, yo lo he aprendido en la guerra. Ahora, juzgad vosotros mismos qué vale más, si los hechos o las palabras. Ellos menosprecian mi oscuro nacimiento y yo su cobardía; a mí se me puede echar en cara mi humilde condición y a ellos su oprobio. Sin embargo, yo creo que la naturaleza humana es la misma y común a todos, y que cuanto más esforzados más nobles somos. Si fuera posible preguntar a los padres de Albino o de Bestia si les hubiera gustado más tenerlos a ellos o a mí por hijos, ¿qué pensáis que habrían respondido, sino que quisieran tener por hijos a los mejores? Y si me despreciáis con motivo, que hagan igual sus ascendientes, cuya nobleza, como la mía, nació de su valor.[8]

El texto es de Salustio, pues entre los historiadores griegos y romanos existía la convención de inventar discursos y personajes adecuados a los acontecimientos que describían, aunque puede tratarse muy bien de un reflejo auténtico del tono y la actitud del Mario del año 107. Por mucho que enfureciera a los *nobiles* con sus francas críticas, sus discursos deleitaban a las masas. Mario estaba decidido ya a sustituir a Metelo en el mando de África, y prometió públicamente que llevaría la guerra a una rápida conclusión. Por lo general, era sólo el Senado quien decidía qué provincias destinaría a los nuevos magistrados y cuáles serían los cargos de gobernadores prorrogados, pero un tribuno presentó una ley ante la Asamblea Popular (*Concilium Plebis*) concediendo a Mario el mando en la guerra contra Yu-

gurta. Metelo se negó a encontrarse con su sustituto, dejando que fuera Rutilio Rufo quien entregara el ejército al cónsul.

A pesar de toda su jactancia, Mario no consiguió una victoria rápida en Numidia. No obstante, no parece que su popularidad sufriera mucho por ello, y se aseguró la ampliación de su periodo de mando, pero le costó tres años acabar la guerra. Su estrategia no difirió en nada de la llevada a cabo por Metelo, concentrándose los romanos en tomar una por una las localidades fortificadas de Yugurta pues eran incapaces de obligarle a presentar una batalla decisiva en campo abierto. A menudo la suerte favoreció a los romanos, como cuando un auxiliar ligur que se encontraba buscando caracoles, descubrió un sendero escondido que conducía hasta un lugar débil en las defensas de una fortaleza próxima al río Mulaccha. Mario, que estaba a punto de abandonar el asedio, pudo utilizar esta información para tomar al asalto la plaza. No obstante, y a pesar de los repetidos éxitos, el propio Yugurta consiguió eludir siempre a los romanos y nunca cejó en su determinación de continuar la lucha. Al final Mario recurrió a la traición, convenciendo a un aliado de Yugurta, el rey Boccho de Mauretania, a que entregara aquél a los romanos, lo que éste hizo a finales del 105 a.C. La operación la organizó y la llevó a cabo su cuestor, Lucio Cornelio Sila, quien se las ingenió para adjudicarse una buena parte del crédito conseguido con esa operación. No obstante, Mario regresó para celebrar un triunfo el 1 de enero del 104, iniciando el mismo día un segundo consulado para el que había sido elegido en ausencia. Ese procedimiento era extraordinariamente irregular, pero, en ese momento, Italia se veía amenazada por una masiva migración de tribus bárbaras que habían rechazado ya a un buen número de ejércitos romanos, lo que había originado un profundo sentimiento de que debería enviarse contra ellas al más popular de los generales de la República.[9]

«Las mulas de Mario»

Ni a Metelo ni a Mario se les había permitido reclutar un nuevo ejército para la campaña africana, y sólo podían llevar con ellos destacamentos de tropas con los que completar el número de fuerzas que ya se encontraban en la provincia. En el 107, Mario sentó un precedente al aceptar voluntarios de otras clases diferentes de aquellas cuya riqueza las hacía elegibles para realizar el servicio militar. Estos hombres fueron los *proletarii* o del «recuento por cabezas» (*capite censi*), que aparecían en el censo simplemente como números porque no poseían propiedades significativas. En el pasado, los *capite censi* sólo eran convocados para realizar el servicio mili-

tar en momentos de crisis extremas, como en los días más oscuros de la Segunda Guerra Púnica, aunque lo más probable es que sólo sirviesen por lo general como remeros en la flota. Por tradición, el Ejército conseguía su fuerza de los hombres con propiedades y, principalmente, de los granjeros. Esos hombres estaban en deuda con la República y, por tanto, se esperaba de ellos que pelearan con todo ahínco para conservarla. Sin embargo, a finales del siglo II, ese deber se había vuelto una tarea muy pesada. Salustio nos dice que los adversarios de Mario en el Senado tenían la esperanza de que incluso la leva de tropas para completar el ejército de África minaría el entusiasmo popular por el nuevo cónsul. Mario evitó esta situación al aceptar voluntarios bien dispuestos, fuera de la base de reclutamiento normal y eso le proporcionó un gran número de reclutas entusiastas, encorajinados por sus discursos y por la promesa de gloria y botín.

La maniobra de Mario del año 107 se ha contemplado, en ocasiones, como una reforma importante: el momento en que el ejército romano dejó efectivamente de ser una milicia ciudadana para convertirse en una fuerza profesional reclutada de forma predominante entre las clases más desfavorecidas. De ahora en adelante, los legionarios contemplaban al Ejército como una carrera y un medio para escapar a la pobreza, más que como un deber que suponía una interrupción en la vida normal. En el sistema tradicional, las legiones se numeraban cada año, pero con el aumento de los soldados profesionales, las legiones se fueron haciendo cada vez más permanentes y adquirieron, con el tiempo, un sentimiento más profundo de identidad y tradición. Mario contribuyó a esa tendencia cuando entregó a cada una de sus legiones un águila de plata como enseña. En el pasado, cada legión contaba con cinco estandartes: un águila, un toro, un caballo, un lobo y un jabalí. Desde que el reclutamiento dejó de basarse en la riqueza, las viejas divisiones basadas en la clase y la edad dejaron de tener una significación real. Los *velites* aparecen mencionados por última vez en la campaña de Metelo del 109, y la caballería de ciudadanos romanos parece haber desaparecido también por esa misma época, hasta el punto de que la legión dejó de contar ya con una infantería ligera o una caballería íntegras. Siguieron conservándose en el ceremonial y la administración del ejército los nombres de *hastati*, *principes* y *triarii* —conocidos estos últimos con el título alternativo de *pili*—, pero la distinción real entre las líneas se fue desvaneciendo junto con su significado táctico. Todos los legionarios formaban parte ahora de la infantería pesada e iban uniformemente equipados con casco, coraza de malla o de escamas, *scutum*, espada y *pilum*.

La centuria continuó siendo la subunidad administrativa básica de la legión y, sobre el papel, parece que contaba con una fuerza de ochenta hombres. El manípulo se vio sustituido como unidad táctica más impor-

tante por la más numerosa cohorte, formada por tres manípulos, uno por cada una de las viejas líneas, y sumando cuatrocientos ochenta hombres. La legión tenía diez cohortes. En combate, continuaba formando con frecuencia en tres líneas, con cuatro cohortes en la primera línea y tres en cada una de las otras dos. No obstante, como las tropas se hallaban equipadas de manera igual y las cohortes tenían todas ellas la misma organización, no tenían por qué luchar en esa formación, lo que les proporcionaba una flexibilidad táctica mayor que a la legión manipular. La legión de cohortes podía desplegarse igualmente en dos o en cuatro líneas, y era raro que se utilizara una única línea de cohortes puesto que, probablemente, se la consideraba demasiado débil.

La mayoría de los investigadores actuales quitan importancia a la significación que la reforma de Mario tuvo en la transición de la milicia al ejército profesional, prefiriendo contemplar ese cambio como un proceso mucho más gradual. Ciertamente, desde los tiempos de la Segunda Guerra Púnica se habían ido haciendo reducciones periódicas en el nivel mínimo de riqueza exigido para calificar a un ciudadano como apto para el servicio militar. Espurio Ligustino —el portavoz del grupo de centuriones primeros descontentos, enrolados en la leva de 172 a.C.—, cultivaba una parcela de tierra demasiado pequeña para hacerlo elegible para el servicio, por lo que debió presentarse de manera repetida como voluntario durante los veintidós años que permaneció en las legiones. Es difícil saber hasta qué punto era común esta situación con anterioridad a Mario, aunque debemos recordar que, menos tres años, Ligustino pasó todo su período de servicio con el cargo de centurión, siendo por tanto un ejemplo de oficial semiprofesional, más que de soldado profesional. Es igualmente difícil saber qué proporción de los ciudadanos continuaba siendo no apta para el servicio legionario a pesar de aquel descenso en la cuantía de propiedades necesarias para ejercerlo.[10]

Lo que sí es bien cierto es el hecho de que el papel del ejército había cambiado significativamente desde aquellos primeros días del sistema de milicias. Cuando las campañas se libraban contra los vecinos italianos de Roma, era factible que un hombre se enrolara en una legión, sirviera en una campaña y regresara a casa todavía con tiempo para la cosecha. A medida que el poder de la República se iba ampliando, las guerras se libraban cada vez más y más lejos y durante periodos mucho más largos. A finales del siglo II a.C., era necesario que el ejército contara con guarniciones permanentes en España, la Galia Transalpina y Macedonia, tanto si en esos lugares se estaba librando realmente una guerra como si se vivía un periodo de paz. Largos años de servicio militar continuado suponían una carga difícil de soportar para el propietario de una pequeña granja, que podía muy bien

acabar por arruinarse durante su ausencia. Al mismo tiempo, la expansión ultramarina había enriquecido enormemente a la élite romana, que había adquirido extensas áreas de terreno en Italia hasta formar grandes propiedades, trabajadas por una mano de obra esclava, muy barata de conseguir al tratarse de uno de los productos de las propias conquistas. El aumento del número de guerras tuvo como consecuencia el que un número también mayor de ciudadanos se viera alejado de sus pequeñas propiedades durante años, provocando que muchos de ellos se endeudaran y vendieran sus propiedades, quedando engullidas rápidamente en las grandes propiedades o *latifundia*. Cada vez que esto ocurría, descendía el número de hombres aptos para servir en el Ejército.

No poseemos estadísticas suficientemente fiables ni siquiera para realizar una estimación aproximada del grado de descenso de las reservas de posibles soldados de Roma en este periodo. Nuestras fuentes pueden haber exagerado el problema, pero dejan bien claro que hubo una seria preocupación entre los contemporáneos a propósito de ese asunto. Este tema aparece como núcleo central del programa de reformas de Tiberio Graco, del 133, cuando trató de redistribuir públicamente la tierra en propiedad para incrementar el número de labradores acomodados que por tradición habían constituido el núcleo de las legiones. La preocupación por la disminución de la mano de obra disponible quizá se vio reforzada por los pobres resultados conseguidos por los ejércitos romanos en la mayoría de las campañas efectuadas desde mediado el siglo. El descenso en la calidad de los soldados romanos fue un problema, al menos, tan grave como su disminución numérica.

A finales del siglo II a.C., posiblemente tuvo lugar un descenso en el entusiasmo por el servicio legionario, aunque sólo tenemos noticias de ello en casos espectaculares como en el año 151 a.C., o se pueda llegar a inferir de la esperanza que el Senado puso en que Mario perdiera apoyos una vez comenzado el reclutamiento de soldados. Incluso aunque el servicio no condujera a la ruina financiera y a la miseria, quizá es cierto que debió resentirse de esa situación. El reclutamiento (*dilectus*) de un ejército se llevaba a cabo por entero bajo el control del magistrado responsable y, en ocasiones, daba la impresión de que confiaban excesivamente en cierta clase de personas, pues cada nuevo ejército deseaba poder contar con el mayor número de soldados con experiencia. El periodo máximo de servicio obligatorio, más que voluntario, era de dieciséis años, es decir, una parte sustancial de la vida de una persona. En el año 123, Caio Graco renovó la antigua ley que afirmaba que ninguna persona por debajo de los diecisiete años podía verse obligada a unirse al Ejército, un hecho que hacer pensar en que a menudo se ignoraban algunos aspectos del procedimiento legal.

Nunca se abolió formalmente la obligación de realizar el servicio militar de todo ciudadano que poseyese propiedades suficientes. A partir de Mario los ejércitos se reclutaban, pero no está claro hasta qué punto el procedimiento empleado se parecía al tradicional *dilectus*. Parece improbable que se le prestara atención alguna a las antiguas clases propietarias. En el siglo I a.C., y a lo largo de la restante historia de Roma, la conscripción fue siempre altamente impopular. Quizá no haya sido Mario el primero en reclutar voluntarios procedentes de los *proletarii*, pero fue el primero en hacerlo abiertamente. A partir del año 107, la mayoría de los legionarios se reclutaban entre las clases más desfavorecidas, y siempre que era posible entre los pobres rurales, que estaban considerados como un material de mejor calidad que sus homólogos urbanos. El Ejército dejó de ser una representación del pueblo romano en armas.

El ejército que Mario mandaba en Numidia era una mezcla de sus nuevos destacamentos de reemplazo, procedentes en su mayor parte de los *proletarii*, y las tropas ya existentes, reclutadas siguiendo métodos más tradicionales. Al llegar a la provincia, dedicó algún tiempo a integrar ambas fuerzas mediante un programa de adiestramiento y proporcionó a las tropas una serie de éxitos fáciles mientras saqueaba una región de Numidia, fértil, pero mal defendida. A lo largo de sus campañas, Mario insistió en que sus soldados mantuvieran un elevado sentido de la disponibilidad, siguiendo siempre los procedimientos estándar que él mismo había redactado. No obstante, nunca se comportó como un ordenancista y la disciplina de sus legiones tampoco se consideró como excesivamente dura, si nos basamos en los niveles romanos habituales. Salustio nos dice que Mario prefería controlar a sus soldados apelando más a «su sentido de la vergüenza que mediante el castigo».

A los soldados se les exigía mucho. Lo mismo que cuando estuvo sirviendo como legado de Metelo, Mario continuó concediendo gran importancia a las marchas del ejército con un convoy de bagajes tan mínimo como fuera posible. No estaba permitido lujo alguno, y se esperaba que el legionario transportase a la espalda todo su equipo, pues tenía prohibido conservar esclavos o animales de carga para que les llevasen el peso. Quizá fue Mario el introductor, o más probablemente quien generalizó, la práctica de que cada hombre llevase suspendida su bolsa de cuero de un palo que portaba sobre el hombro, atado con bastante probabilidad al *pilum*. Este método permitía deshacerse de la carga a toda prisa. Los legionarios llevaban tanto peso encima que recibieron el apodo de «las mulas de Mario». El general predicaba siempre con su ejemplo personal, supervisando estrechamente y compartiendo todas las actividades del ejército en campaña, comiendo las mismas raciones que los soldados rasos y viviendo en las mis-

mas condiciones. Tenía por costumbre inspeccionar personalmente los centinelas del campamento, no porque desconfiara de que sus oficiales no realizaran adecuadamente esa tarea, sino para que los soldados supieran que él no se dedicaba a descansar mientras ellos estaban de servicio. Nunca dejaba de hablar directamente con los soldados de cualquier rango, ya fuera para criticarlos y castigarlos o para alabarlos y recompensarlos. Se le respetaba como a un comandante duro, pero justo.[11]

Tras la muerte de Yugurta, el ejército de África sería desmovilizado y, para llevar a cabo la guerra contra los bárbaros del norte, Mario tomó el mando del ejército que Rutilio Rufo había reclutado durante su consulado, en el año 105. Se decía que había preferido hacerlo así porque creía que esas legiones estaban mejor preparadas que sus propios hombres. Algunas de las tropas de África habían servido de manera continuada desde el comienzo de la guerra, y a los reclutas más recientes, después de conseguir la gloria y el botín que Mario les había prometido, quizá se les habían quitado las ganas de llevar a cabo otra dura campaña. Es probable que los hombres de Rufo procedieran asimismo predominantemente de las capas de ciudadanos más pobres y había traído consigo adiestradores de gladiadores para enseñarles el manejo de las armas. Esas técnicas, que implicaban que el recluta aprendiese primero a luchar contra un poste de casi dos metros de altura y, después, contra un adversario real, se convertirían en norma en el ejército durante muchos siglos. Al principio, el soldado empleaba una espada de madera y un escudo de mimbre, más pesados ambos que los utilizados habitualmente, para así aumentar su fuerza física. Se había aceptado por tradición que a cualquier ciudadano cualificado para el servicio militar se le debería enseñar a manejar las armas —propiedad de la familia y que probablemente se habían ido pasando de generación en generación—, como un padre hacía con un hijo. Ahora, el soldado recibía el equipo del Estado, que también le adiestraba en su uso. Fue ésa otra señal evidente del paso al ejército profesional.[12]

Los hombres de Rufo debían tener una mejor preparación y estar más disciplinados que el ejército de África y, sin duda, habían sido reclutados y preparados con el objetivo de enfrentarse a los cimbrios y los teutones cuyas tácticas diferían claramente de la manera de luchar de los númidas. No obstante, Mario dirigió a estos hombres de una manera exactamente igual a la que había utilizado con las legiones de África. Mantuvo un programa de preparación continua, realizando marchas regulares e insistiendo con seriedad en la preparación física. Lo mismo que en África, los soldados deberían transportar y preparar sus propias raciones. Mario los trató sin miramientos, recompensando la buena conducta y castigando la mala con idéntica imparcialidad. Tuvo lugar un incidente en el que se vio implicado

un sobrino suyo, Caio Lusio, que servía de oficial del Ejército, quizá con el cargo de tribuno. Este hombre trató repetidamente de seducir a uno de los soldados bajo su mando, pero sólo recibió un firme rechazo. Cuando, finalmente, convocó al legionario a su tienda y se abalanzó sobre él, este último, un tal Trebonio, desenvainó la espada y le mató. Llevado a juicio por el asesinato de su oficial, el relato de Trebonio se vio apoyado por el testimonio de sus camaradas. Mario no sólo retiró los cargos, sino que concedió personalmente a Trebonio la *corona civica* por haber defendido su honor de manera tan firme. Polibio cuenta que las actividades homosexuales en el campamento eran castigadas con la muerte, y esa ley continuó en vigor cuando el ejército se profesionalizó. Aparte de una extendida y profunda repugnancia de romanos e italianos ante la homosexualidad —que, aunque nunca con carácter universal, era bastante más dura que la actitud que ante ella mostraban los helenos—, la razón principal subyacente a ese rigor la constituía el temor a que tales relaciones pudieran subvertir la jerarquía militar, como había ocurrido en ese caso; y lo más importante de esa forma de actuar es el hecho de que la condonación de un asesinato no sólo de un oficial, sino también de un pariente, ofrecía una evidente lección objetiva de que la disciplina se aplicaba a todos sin excepción.[13]

La amenaza del norte

En el 104 a.C., la mayoría de los romanos estaba convencida de que sólo era cuestión de tiempo antes de que los bárbaros del norte atravesaran los Alpes y amenazaran Italia y la propia Roma como no sucedía desde la época de Aníbal. Esas tribus, en especial los cimbrios y los teutones, pero también algunos otros grupos, como los ambrones y los tigurinos, no eran meros saqueadores, sino emigrantes a la búsqueda de tierras donde asentarse. Las estimaciones de las fuentes antiguas acerca de su número —Plutarco dice que eran trescientos mil guerreros y muchas más mujeres y niños— son casi con toda seguridad verdaderas exageraciones, pero es bien cierto que se estaba desplazando un buen número de guerreros junto con sus familias. No viajaban formando una columna única y compacta —que les hubiera imposibilitado conseguir alimento y forraje para cubrir sus necesidades básicas—, sino formando numerosos grupos más pequeños, hasta el punto de que incluso cada una de las tribus, tomadas individualmente, se extendían por un zona muy amplia. Los romanos no estaban seguros del lugar de procedencia de esas tribus (aparte de saber que era algún punto situado más allá del Rin y quizá próximo al Elba), de si eran galos o germánicos, ni de por qué habían iniciado sus migraciones. Las causas de ese vas-

to movimiento de masas quizá fuera simplemente la superpoblación de los territorios de origen de esas tribus, la guerra civil, la presión de enemigos exteriores o una combinación de todas ellas. Continúa siendo poco claro hasta qué punto los comentaristas griegos y romanos conocían las relaciones existentes entre los diferentes grupos tribales. Lo más probable es que cimbrios y teutones fueran germánicos, aunque a los arqueólogos les ha sido siempre difícil confirmar unas distinciones claras entre las tribus galas y germánicas a partir de lo que dicen nuestras fuentes griegas y romanas. Diferencias en el estilo y la forma de los objetos hacen pensar en territorios bastante diferentes, pero eso no quiere decir que reflejen automáticamente variaciones en el lenguaje, la raza o la cultura. Parece ser que, como las tribus germánicas iban atravesando tierras ocupadas por pueblos galos, se les fue uniendo un buen número de estos últimos.[14]

En el año 113 a.C., algunos de los teutones penetraron en la Nórica. Aunque el principal objetivo de la migración era el de la búsqueda de tierras, eso no impedía que numerosos grupos de guerreros se dedicasen con gran entusiasmo a saquear allí por donde pasaban. La Nórica no era una provincia romana, pero hacía frontera con Iliria y con los Alpes, y sus pobladores eran aliados de Roma. El cónsul Cneo Papirio Carbón avanzó con un ejército contra los teutones. Estos últimos enviaron embajadores explicando que desconocían aquella alianza y que de ninguna manera deseaban entrar en conflicto con Roma. Carbón dio una respuesta conciliadora, pero desencadenó un ataque por sorpresa contra el campamento de los germanos antes del regreso de los embajadores. A pesar del engaño, los guerreros respondieron con vigor y el ejército romano acabó derrotado, sufriendo gran número de bajas. Después, aquel grupo se trasladó hacia el oeste, penetrando en la Galia.[15] Cuatro años más tarde, un grupo de emigrantes, entre quienes se incluían los tigurinos —una subdivisión de los helvecios que habitaban lo que ahora es Suiza—, se acercó a la provincia de la Galia Transalpina (la Provenza actual) y derrotó a un ejército dirigido por otro cónsul, Marco Junio Silano. Como consecuencia de ese éxito, pidieron tierras al Senado en las que asentarse, pero cuando fue rechazada su petición, no desencadenaron una invasión, aunque los tigurinos saquearon la provincia romana.

En el año 107, los tigurinos hicieron caer en una emboscada y mataron al cónsul Lucio Casio Longino, junto con una buena parte de su ejército. Los supervivientes se rindieron y se les obligó a pasar bajo el yugo. Esos disturbios y los golpes que propinaban al prestigio romano tuvieron como consecuencia el estallido de una rebelión entre una de las tribus de la Galia Transalpina, pero fue reprimida rápidamente por Quinto Servilio Cepión. Como parte de esa operación, éste saqueó el templo de los tecto-

sages en Tolosa, donde se habían arrojado al lago sagrado enormes cantidades de oro y plata (algunas fuentes hablan de cien mil libras de cada uno de esos metales). El escándalo estalló cuando ese enorme tesoro se perdió mientras era transportado de regreso a Italia. En el 105, Cepión, con el cargo de procónsul, se unió al cónsul Cneo Malio Máximo, pues los cimbrios y los teutones habían vuelto a amenazar las fronteras del Ródano. Unidos ambos ejércitos, los dos hombres controlaban una de las mayores fuerzas que Roma hubiera puesto nunca en pie de guerra cuando se encontraron con los invasores en Arausio (Orange). Las disputas entre ambos jefes militares contribuyeron a provocar el desastre, hasta el punto de que las bajas pudieron ser comparables a las de Cannas.[16]

Los bárbaros del norte derrotaron casi por entero a cinco ejércitos consulares y no parecía que nada pudiera detener su penetración en Italia y el saqueo de Roma, lo mismo que habían hecho los galos siglos antes. Aquella serie de derrotas fue peor que cualquier otra de las sufridas por los romanos en los últimos cien años. Por última vez en su historia, los nerviosos romanos llevaron a cabo una ceremonia pública con sacrificios humanos, enterrando vivos a una pareja gala y a otra griega en el Foro Boario [el mercado de ganado], como ya habían hecho después de Cannas. Con la vergonzosa conducta de Bestia y de Albino en Numidia, los acontecimientos del norte levantaron aún mayores críticas de los *nobiles*. Silano, Popilio (el legado a cargo de los supervivientes del ejército de Casio, que se había rendido en el 107), Malio y Cepión fueron procesados, estos dos últimos por incompetencia y bajo la acusación de haber robado el botín de Tolosa. La desilusión ante las actuaciones de la aristocracia tradicional unida a la escasez de comandantes victoriosos hicieron que se levantara un clamor popular exigiendo que Mario ocupara el cargo, dando así inicio a su segundo consulado.

Los movimientos de las tribus continuaron tan erráticos como siempre pues, después de Arausio, el grueso de cimbrios y teutones se fue desplazando sin rumbo hacia el oeste y trató, sin éxito, de cruzar hacia España. En el 104, Mario y su ejército no encontraron a nadie con quien pelear, pero todos sabían que la amenaza seguía allí latente y que los romanos no habían hecho nada por erradicarla. Creyendo que sólo Mario sería capaz de detener la esperada invasión y animados por aquella historia de su férrea imparcialidad en el caso de Lusio y Trebonio, los *Comitia Centuriata* le eligieron una vez más como cónsul. En otro tiempo es posible que su mando se hubiera visto prorrogado, pero el Senado no tomaba de forma habitual esa decisión hasta pasadas las elecciones y, probablemente, quienes apoyaban a Mario no confiaron en que aquella institución actuara así en este caso. También es cierto que los procónsules y los propretores eran más

raros en estas décadas de lo que lo habían sido al iniciarse el siglo. A ese tercer consulado le seguiría un cuarto, pues los enemigos continuaban sin materializarse y sólo sería más tarde, en el año 101, cuando las tribus desencadenaron finalmente la invasión.[17]

Poco sabemos de las fuerzas al mando de Mario, pero lo más probable es que estuvieran formadas por un fuerte ejército consular, compuesto de dos legiones y dos *alae*, estas últimas unidades con más de seis mil hombres, apoyadas por contingentes sustanciales de auxiliares, hasta alcanzar cada una de ellas entre treinta mil y treinta y cinco mil soldados. Éstos habían tomado y fortificado una fuerte posición en las riberas del Ródano, donde Mario había acumulado grandes cantidades de víveres. Durante el largo periodo de espera del enemigo, había puesto a sus soldados a construir un canal hasta la mar, lo que mejoró enormemente las comunicaciones y facilitó el acopio de provisiones. El cónsul estaba decidido a que nadie le forzara a presentar batalla o a modificar su posición por la escasez de alimentos. Bastante más al este, su colega consular, Quinto Lutacio Catulo, guardaba los principales pasos hacia la Galia Cisalpina, con un ejército consular más débil, compuesto por algo más de veinte mil hombres. Los romanos sabían que las tribus se habían dividido, con los teutones y los ambrones dirigiéndose hacia la posición de Mario, mientras que la mayor parte de los cimbrios se habían descolgado hacia la Nórica y amenazaban los Alpes. Los comandantes romanos tuvieron conocimiento de los movimientos del enemigo por numerosas tribus galas aliadas de Roma o, cuando menos, hostiles a la llegada de gran número de inmigrantes. Sila, el hombre que había hecho prisionero a Yugurta, sirvió a Mario como legado en el 104 y como tribuno en el 103, y en ese tiempo había estado implicado en varias misiones diplomáticas con los galos, convenciendo, por ejemplo, a los marsos para que firmaran una alianza. Mucho menos ortodoxas fueron las hazañas de Quinto Sertorio, un oficial herido en Arausio y que sólo había conseguido escapar arrojándose al Ródano. Disfrazado de miembro de una de las tribus —poseía algunos conocimientos rudimentarios de la lengua—, se infiltró en el campamento enemigo y proporcionó un informe detallado sobre el número y las intenciones de aquéllos.[18]

Cuando los teutones y los ambrones se aproximaron al campamento romano junto al Ródano, la visión que se les presentó a los legionarios era terrorífica. Según Plutarco, «su número era ilimitado, daba miedo verlos y su manera de hablar y los gritos de guerra eran únicos».[19] Describe por todas partes a los bárbaros de la manera en que entraban en combate, con la caballería:

> portando cascos hechos a semblanza de bocas de fieras temibles y de hocicos extraños, que, coronados en la parte más alta por unas crines de plumas, les hacían aparecer más altos; iban guarnecidos con corazas de hierro y centelleaban con la blancura de los escudos. Como arma arrojadiza cada uno llevaba un doble dardo, y en el cuerpo a cuerpo se servían de espadas gruesas y pesadas.[20]

Todos parecían grandes, enormemente musculosos, la piel pálida, cabellos rubios y ojos azules. La descripción de los cimbrios y los teutones estaba influida de forma notable por la literatura y el estereotipo artístico de los salvajes bárbaros del norte; fuertes, pero carentes de resistencia; bravos, pero sin disciplina. Aunque exagerado, en ese tópico había bastante de verdad y los ejércitos tribales constituían habitualmente fuerzas bastante torpes. Las tácticas eran sencillas y se basaban, en definitiva, en una carga impetuosa, que no dejaba de ser terrorífica y que, en ocasiones, podía conseguir borrar con rapidez del campo a un oponente —sobre todo si éste se hallaba nervioso—, pero si se conseguía detenerla, los miembros de las tribus tendían a perder su entusiasmo para, al final, desbandarse.

Las tribus emigrantes habían estado desplazándose y luchando durante los últimos años y es probable que se hubieran ido convirtiendo en más eficientes en el aspecto militar que aquellos ejércitos tribales, creados únicamente para defender su propio territorio o para desencadenar una breve incursión. En cualquier caso, los guerreros eran en esencia luchadores individuales, deseosos todos ellos —y sobre todo los nobles y los hombres bien equipados que formaban su séquito— de alcanzar la gloria personal mediante acciones evidentemente heroicas. Poseían también una enorme confianza en sí mismos, y despreciaban a un enemigo a quien habían puesto en fuga en todos los encuentros previos. Esas victorias, aunque se hubieran conseguido sobre ejércitos romanos mal entrenados e incluso peor dirigidos, debían ejercer inevitablemente el efecto opuesto sobre los hombres de Catulo y de Mario mientras aguardaban a hacer frente a la invasión. Sin duda, los rumores magnificaban el número y la ferocidad del enemigo y aumentaban el nerviosismo de los legionarios. Era improbable que, entrando en combate en esas condiciones, unos soldados pudieran detener una carga salvaje, vociferante, de aquellos terroríficos guerreros, hasta ese momento invencibles.[21]

Mario conocía perfectamente la situación de sus hombres y, por esa razón, declinó la oferta del enemigo de presentar batalla cuando las tribus llegaron y acamparon cerca de su ejército. Durante varios días, los teutones formaron en la llanura entre ambos campamentos y lanzaron desafíos jactanciosos. Esas demostraciones constituían un componente

central del arte de la guerra intertribal, según habían podido observar en muchas otras sociedades heroicas. Uno de los guerreros, esperando así conseguir una gran fama, proclamó a voces su deseo de que Mario hiciera acto de presencia en el campo y se enfrentara a él en combate singular. El cónsul sugirió al hombre que se ahorcara si es que tenía tantas ganas de morir. Al ver que el germano insistía, Mario envió un gladiador pequeño y ya algo mayor, prometiendo que si el campeón enemigo era capaz de derrotar primero a aquel hombre, a continuación sería el propio Mario quien se enfrentaría a él. Esta burla al código de honor de los germanos —un guerrero orgulloso exigía la presencia de un adversario famoso—, era muy distinta a la manera en que Marcelo hubiera respondido a esa conducta abiertamente heroica.

Mario mantuvo sometidos a sus hombres a un estricto control, impidiendo cualquier salida de la formación para enfrentarse al enemigo, tanto en el caso de unidades completas como de soldados a título personal. Quería que sus hombres contemplasen a los bárbaros a corta distancia y que se acostumbrasen a su apariencia y a los ruidos que emitían, creyendo correctamente que eso haría que el enemigo pareciera menos terrorífico. Después de algún tiempo, sus soldados comenzaron a impacientarse por la negativa de su comandante a presentar batalla. Los teutones saquearon los campos próximos e incluso desencadenaron un ataque sobre el campamento romano en sus esfuerzos por obligar a Mario a pelear. El ataque fue rechazado con facilidad y las tribus decidieron dejar atrás a aquel enemigo estático y presionar sobre los pasos alpinos. Con bastante probabilidad, la permanencia en un lugar durante tanto tiempo había tenido como consecuencia que se encontraran ya escasos de víveres y de forraje. Después de gritarles a los romanos la pregunta de si querían enviar algún mensaje a sus esposas, a las que muy pronto visitarían los teutones, los bárbaros iniciaron la marcha. Plutarco nos dice que tardaron seis días completos en pasar junto al campamento, como una manera de dar a entender su gran número, pero, si hay algo de cierto en esa historia, lo más probable es que refleje la falta de disciplina de marcha de las tribus.[22]

Mario esperó a que pasara todo el ejército enemigo y, a continuación, levantó el campo para seguirle. Durante los días siguientes se convirtió en su sombra, manteniéndose muy cerca pero sin entrar nunca en contacto directo, y eligiendo cuidadosamente los campamentos para protegerse con el terreno contra cualquier ataque. Había anunciado ya a sus soldados que tenía la intención de presentar batalla, pero que estaba decidido a esperar el momento y el lugar oportunos para asegurarse la victoria. Era de dominio público que Mario contaba en su séquito con una mujer siria, llamada Marta, que había ganado fama como profeta. Los rumores decían que su espo-

sa Julia había conocido a la mujer en una pelea de gladiadores, donde fue prediciendo con éxito el resultado de cada uno de los encuentros que tenían lugar en la arena. Ahora seguía la marcha tumbada en una litera. Otros informes se referían a numerosos prodigios que predecían el éxito del ejército. Lo mismo que había ocurrido con aquella afirmación de Escipión Africano de haber sido inspirado por Neptuno antes del ataque a Cartago Nova, tampoco nuestras fuentes aseguran si el general creía realmente en esas señales o si sólo estaba manipulando el estado de ánimo de sus hombres.[23]

Finalmente, cuando los teutones alcanzaron Aquae Sextiae (Aix-en-Provence), Mario decidió que, por fin, había llegado el momento. Como era habitual, los romanos acamparon cerca del enemigo en una posición fuerte. No obstante, en este caso, el lugar tenía una desventaja importante al carecer de una adecuada fuente de agua fresca. Frontino critica duramente al grupo de vanguardia que precedía siempre a la columna principal y señalaba el lugar y la forma del campamento siguiente, por su pobre elección. Mario declaró que eso incentivaría aún más a los hombres para derrotar a los bárbaros, que se hallaban acampados junto al río y cerca de unas aguas termales. No obstante, la primera prioridad consistió en asegurarse que el nuevo campamento se hallaba adecuadamente fortificado y puso a realizar esa tarea a los legionarios, que rezongaban. Los esclavos del ejército (pues incluso aunque Mario los había reducido a un mínimo, era aún esencial utilizar un número sustancial en tareas tales como la de la supervisión del convoy de bagajes y el cuidado de los animales de tiro y de carga; algunos de entre ellos —los *galearii*— llevaban casco y un uniforme rudimentario, así como armamento sencillo) iban al río a buscar agua. Los germanos no creían que la pelea se desatara ese día, pues los romanos les habían ido siguiendo durante algún tiempo sin mostrar inclinación a entrar en combate, y se hallaban dispersos por todos aquellos campos, bañándose muchos de ellos en las corrientes de agua.

Se desencadenó una refriega cuando los guerreros que se hallaban más próximos chocaron con los esclavos romanos, y el ruido producido atrajo a un número mucho mayor de germanos. Es probable que fueran los ambrones quienes se encontraban acampados más cerca del lugar del choque, pues, después de cierto tiempo, un grupo sustancial de guerreros de ese grupo se desplegó en formación y expulsó de allí a los esclavos. Plutarco dice que eran unos treinta mil, pero esa cifra parece muy poco probable. Se enfrentaron en primer lugar a los auxiliares ligures —que con toda probabilidad se hallaban apostados para cubrir la construcción del campamento romano— y después a otras tropas cuando, a desgana, Mario hizo entrar en combate más refuerzos. Los hombres de las tribus que-

daron divididos en dos cuerpos pues sólo algunos habían conseguido atravesar el río, y fueron entonces derrotados por separado. Los romanos invadieron parte del campamento enemigo, donde se vieron atacados incluso por algunas mujeres.[24]

Mario no había planificado ni deseado aquella pelea, sino que ocurrió de forma accidental. El resultado fue un éxito romano y una útil inyección de moral para un ejército que se había demostrado a sí mismo capaz de derrotar al temible enemigo. Sin embargo, ese encuentro significó también que se acabara el tiempo para completar unas defensas adecuadas alrededor del campamento romano. El ejército pasó una noche de tensión oyendo los lamentos que el enemigo dedicaba a sus caídos, y Mario muy nervioso ante la posibilidad de que desencadenasen un ataque por sorpresa. Frontino afirma que envió a un grupo poco numeroso de soldados a las proximidades del campamento tribal para que perturbaran su descanso con gritos esporádicos. Plutarco no menciona este hecho, y afirma que, al día siguiente no ocurrió ningún enfrentamiento, pues los teutones necesitaron tiempo para reunir sus fuerzas, lo que indica de nuevo que tendían a desplazarse dispersos por un área extensa. La noche siguiente, Mario concentró un destacamento de tres mil hombres, al mando de Marco Claudio Marcelo, y lo envió al amparo de la oscuridad a ocultarse en unos bosques situados en una elevación del terreno por detrás de la posición enemiga. Frontino dice que la fuerza estaba compuesta de caballería e infantería e iba acompañada por muchos de los esclavos del ejército, conduciendo los animales de carga enjaezados como caballos de combate, de tal manera que, desde cierta distancia, parecieran formar parte de la caballería. Si esto es cierto, entonces debió ser incluso más difícil para Marcelo disponer su grupo en posición sin perderse por el camino ni ser descubierto. Una vez allí, ya no podía mantener ninguna comunicación con Mario y tenía la orden de desencadenar un ataque contra la retaguardia enemiga una vez hubiera dado comienzo la batalla. Quedaba a la discreción de Marcelo la elección del momento más adecuado.[25]

Al amanecer del día siguiente, Mario hizo salir al ejército del campamento y lo desplegó en orden de combate en la colina que había enfrente. Envió la caballería a la llanura, en un gesto que consiguió rápidamente el resultado deseado de provocar a los teutones a atacarla. Los oficiales cabalgaban sin descanso por entre las filas del ejército romano, repitiendo las órdenes del comandante de que los soldados deberían mantener su posición y esperar a que el enemigo avanzara colina arriba. Sólo cuando estuviera muy cerca, a una distancia efectiva de unos quince metros, debían los legionarios arrojar sus *pila*, sacar las espadas y cargar. El propio Mario se hallaba en primera fila, decidido a poner en práctica sus instrucciones y con-

fiado en su propia habilidad con las armas y en su preparación. Es una de las contadas ocasiones en que un general romano decidió tomar parte en la lucha desde el inicio de la acción, pues en esa posición poco podía hacer para controlar la batalla. Sin embargo, el gesto fue muy impactante, pues mostraba a sus hombres que su comandante compartía todos los peligros con ellos. A pesar de su rigurosa preparación y de la moral conseguida por la derrota de los ambrones, las legiones debían hacer frente aún a un enemigo numeroso y confiado y podían hundirse ante el choque de la carga de los germanos. La necesidad de fortalecer la moral de sus hombres contribuyó quizá a que Mario tomara la decisión de comportarse de aquella manera. No se recuerda que hiciera nada parecido en ningún otro combate, ni antes ni después de Aquae Sextiae.

Los germanos atacaron colina arriba, en un terreno que dificultaba bastante que sus grupos se mantuvieran unidos y que le presentaran al enemigo un muro continuo de escudos. Al inicio del encuentro, Plutarco describió a los ambrones golpeando rítmicamente sus armas contra los escudos y cantando su nombre al tiempo que avanzaban. Las legiones esperaron hasta que se hallaron muy cerca y entonces arrojaron una nube de *pila*. Aquellos ya de por sí pesados venablos contaban con una fuerza añadida al ser arrojados desde arriba y atravesaron los escudos, deslizando rápidamente la delgada asta a través del orificio abierto por la punta hasta alcanzar y herir a los hombres que se encontraban detrás. Algunos cayeron muertos o quedaron malheridos, y otros, cuyos escudos habían sido atravesados por un *pilum* que se había quedado allí clavado, debían deshacerse de él y pelear desprotegidos. El ímpetu inicial de la carga se había extinguido y su formación cerrada se había hecho añicos. Fue entonces cuando cargaron los legionarios, utilizando sus pesados escudos para golpear y desequilibrar al enemigo, y abriéndo así un espacio para poder utilizar sus cortas espadas. Los germanos se vieron primero detenidos en su avance y, a continuación, de manera gradual, se les obligó a retroceder. La colina favorecía a los romanos, pero cuando los teutones bajaron a la llanura, aquéllos perdieron su ventaja y los componentes de las tribus trataron de restablecer una línea de combate sólida. Fue entonces cuando Marcelo dirigió sus hombres al ataque de la retaguardia. Esa nueva amenaza provocó el pánico y en poco tiempo todo el ejército se hundió y fue derrotado. Se decía que se habían hecho cien mil prisioneros, junto con un cuantioso botín. Teutones y ambrones dejaron de ser ya por siempre una amenaza para Italia. Cuando el ejército estaba celebrando la victoria, llegaron noticias de que Mario había sido elegido cónsul una vez más. Decidió entonces posponer su triunfo hasta la derrota de los cimbrios.[26]

Las noticias no eran todas buenas pues, entretanto, los cimbrios habían penetrado en Italia. Los hombres de Catulo, menos preparados para enfrentarse al enemigo, habían quedado horrorizados a la vista de aquellos fieros bárbaros y abandonaron huyendo sus posiciones. Al advertir que nada podría detenerlos, el cónsul tomó un estandarte y cabalgó hasta situarse a la cabeza de aquella muchedumbre en desbandada, afirmando que, de esa forma, la vergüenza no recaería sobre los soldados, sino sobre él por haberse puesto a su frente. A pesar de ese fracaso, fue nombrado procónsul y su mando se amplió hasta el año siguiente, cuando el compañero de Mario en el consulado debió marchar a Sicilia a reprimir una seria rebelión de esclavos. Los dos ejércitos romanos se unieron y se encontraron, finalmente, con los cimbrios en Vercellae. No contamos con relatos fiables de esta acción, pero parece ser que hubo fuertes disputas entre los hombres de Mario y los de Catulo a propósito de quién había contribuido más a la victoria. Los caudillos de los cimbrios continuaban haciendo una clase de guerra que a los romanos les parecía arcaica. El rey Boeorix cabalgó con un pequeño grupo de seguidores hasta el campamento romano y lanzó un desafío formal para enfrentarse a las legiones en el momento y el lugar que ellas eligieran. Mario estaba ahora mucho más confiado en la capacidad de sus hombres para derrotar al enemigo y, tras afirmar que no era costumbre de los romanos dejar que el enemigo decidiera por ellos el curso de una acción, aceptó la oferta. En un solo día de lucha, librada bajo un sol de justicia y en medio de nubes del polvo levantado por decenas de miles de pies y cascos de caballerías, los cimbrios fueron hechos pedazos. Algunos de los enemigos se suicidaron mientras huían. A otros los mataron sus propias esposas, quienes, a continuación, mataron a sus propios hijos y, finalmente, a sí mismas. No obstante, se hizo un enorme número de prisioneros que serían vendidos como esclavos. Tanto Mario como Catulo celebraron un triunfo.[27]

Los años finales: Mario en política y la Guerra Civil

Aunque la guerra hubiera finalizado, Mario estaba aún decidido a conseguir otro consulado. Es evidente que había hecho gala de una considerable habilidad política para lanzar su carrera en un primer momento y, en particular, para explotar la agitación popular y ganar las elecciones como cónsul en el año 107, pero al final de su vida la situación no parecía tan clara. Es posible que tantos años de general, en los que se dedicaba a mandar y donde no se le exigía convencer a nadie, le dejaran sin la preparación adecuada para la vida pública en la propia Roma o, quizá, sencillamente, que los comportamientos habían cambiado. Sin duda, sus métodos le habían

granjeado numerosos enemigos en el Senado. Su fama le sirvió para conseguir un sexto consulado en el año 100, pero tuvo problemas para asegurar muchos de sus objetivos, entre ellos un programa para asentar a muchos de sus soldados licenciados en tierras de la Galia Transalpina, de Sicilia y de Grecia. Muchos de los veteranos de Numidia habían conseguido ya parcelas de tierra en el norte de África. En el pasado, Mario había sido generoso en la concesión de la ciudadanía a los soldados aliados que habían peleado bien, y su deseo de incluirlos en su programa de asentamientos no había sido bien aceptado por mucha gente en Roma.

Al final, Mario se alió con el tribuno radical Lucio Apuleyo Saturnino, un demagogo que había recurrido con frecuencia a la violencia callejera e incluso —según rumores— al asesinato, para derrotar a sus adversarios. Durante algún tiempo, los veteranos de Mario dieron su apoyo al tribuno, y como consecuencia hubo un tumulto a gran escala en el Foro. A continuación, Saturnino fue demasiado lejos, preparando el asesinato del antiguo tribuno Memmio, lo que desencadenó la ruptura con Mario. El Senado aprobó su decreto final (el *senatus consultum ultimum*), que suspendía efectivamente la legislación normal y pedía a los magistrados el empleo de cualquier medio que consideraran necesario para proteger la República. Esto mismo había sido utilizado para efectuar la violenta represión contra Caio Graco y sus seguidores, y en esta ocasión ofrecía la legalidad al uso parecido de la fuerza contra Saturnino. Mario rodeó al tribuno y le convenció de que se rindiera con todos sus seguidores, pero todos ellos fueron linchados antes de tomar decisión alguna sobre su destino.[28]

Después del año 100 a.C., y durante mucho tiempo, Mario participó muy poco en la vida política. En una década, Roma se batió con muchos de sus aliados italianos, que creían que no habían recibido una parte suficiente de los beneficios de un imperio que sus soldados habían contribuido a instalar. En el año 90 a.C., acabó en una rebelión abierta, la llamada Guerra Social, librada a una escala masiva entre ejércitos que tenían tácticas, equipo y doctrina militar idénticos. Durante cierto tiempo, las cosas marcharon mal para Roma, pero finalmente triunfó, tanto por la concesión generosa de la ciudadanía a todos aquellos aliados que habían permanecido leales (o que se habían rendido rápidamente), como mediante el uso de la fuerza. En los años posteriores a la guerra, ese privilegio se amplió prácticamente a toda la población libre al sur del río Po y, en algunas décadas, se incluyó también la Galia Cisalpina. Mario recibió un importante cargo de mando en los primeros años de la guerra, luchando con competencia y habilidad, aunque nunca pudo conseguir una victoria de primer orden. No se encontraba bien de salud, lo que quizá evitó que desempeñara un papel destacado en las etapas finales del conflicto.

Uno de los comandantes que más se distinguió fue Sila, quien, cuando estaba a punto de finalizar la guerra, ganó las elecciones al consulado del año 88. Aunque miembro del linaje patricio de los Cornelios, la familia de Sila había ido declinando hasta el punto de que el ascenso de éste fue casi tan difícil como si se hubiera tratado de un «hombre nuevo». En el Mediterráneo Oriental, el rey Mitrídates VI del Ponto había tratado de ampliar su poder mientras los romanos se debilitaban en Italia por la guerra. Una diplomacia romana muy agresiva convenció al rey de que la guerra era inevitable y le llevó a invadir la provincia de Asia en el año 88, donde ordenó la matanza de todos los comerciantes y hombres de negocios romanos. Sin duda, la cifra de ochenta mil romanos e italianos muertos en ese episodio es una exageración, pero debió tratarse de un número importante. La reacción de Roma fue parecida a aquélla con que se recibieron las noticias de la caída de Cirta. A Sila se le concedió la guerra contra Mitrídates como su provincia.

Por alguna razón, Mario estaba obsesionado por conseguir el mando de esa zona. En la década del 90 había visitado Asia como ciudadano privado y había llegado a la conclusión de que la guerra en el Ponto sólo era cuestión de tiempo. Mario tenía ahora sesenta y nueve años, lo que le convertía en demasiado mayor para detentar un mando en campaña. No obstante, alguna cosa, quizá el conocimiento de que sólo un éxito militar reciente podría mantenerle en el centro de la vida pública y, ciertamente, su rivalidad con Sila, que había tratado de robarle su gloria en Numidia, le llevaron a querer hacer cuanto estuviera en su mano para que le enviasen contra Mitrídates. Una vez más, se alió con un tribuno, Publio Sulpicio Rufo, que utilizó la Asamblea Popular para evitar la decisión del Senado y aprobar una ley que concedía a Mario el mando en la zona oriental en calidad de procónsul. Sila se sintió ultrajado, viendo que la oportunidad de renovar la fortuna de su linaje se veía sacrificada a la vanidad de otro hombre. Las seis legiones que había reclutado para la guerra se mostraron nerviosas ante el hecho de que Mario pudiera aceptar otras tropas (las guerras en el Mediterráneo Oriental eran por entonces sinónimo de victorias fáciles y rico botín). El cónsul formó a sus tropas y pronunció un discurso explicando sus quejas. A continuación, lanzó sus legiones contra Roma «para liberarla de sus tiranos». Nunca antes se había visto a un ejército romano tan deseoso de usar la fuerza para apoyar a su comandante en una disputa con sus rivales políticos. Excepto uno de los oficiales senatoriales del Ejército, todos los demás se desentendieron inmediatamente de la decisión y abandonaron el Ejército.[29]

Roma fue ocupada rápidamente, pues los rivales de Sila no tenían tropas con que oponérsele. Sulpicio fue muerto, pero Mario huyó, escapando finalmente a África. Su salud empeoraba y su cordura era en ocasiones puesta en duda. Se cree que a veces padecía alucinaciones, en las que diri-

gía realmente un ejército contra el Ponto, gritando órdenes y haciendo señales a tropas imaginarias. Entretanto, Sila condujo su ejército hacia el este a luchar contra Mitrídates, en un conflicto que duró varios años. Finalmente, Mario consiguió reunir apoyos suficientes, procedentes muchos de ellos de las colonias creadas para sus veteranos, con que poder regresar a Italia y tomar Roma, en el año 87. Su llegada a la ciudad quedó señalada por el salvajismo, comportándose sus seguidores como una horda que asesinaba y robaba sin restricción alguna. Al no contar con la formalidad de una elección real, Mario y su aliado Cinna se declararon cónsules para el año siguiente. Sin embargo, la edad y la enfermedad se cobraron su peaje, y Mario falleció repentinamente cuando hacía sólo dos semanas que había estrenado su séptimo periodo en el cargo.[30]

En sus últimos años, Mario fue un personaje egoísta, vengativo y, en ocasiones, patético, que sumergió a la República en la primera de las guerras civiles que acabarían por destruirla. Poco parecía quedar de aquel auténtico talento que le había ganado la elección en aquella serie de cargos consulares y concedido la victoria sobre cimbrios y teutones. Si, en una mirada retrospectiva, puede parecer inevitable que la República romana triunfara sobre algunas tribus bárbaras emigrantes, pocos fueron los romanos que confiaron en ello en aquel momento, y Mario se mostró como el auténtico héroe y salvador de Italia. Su hazaña fue considerable, poniendo fin a aquella carrera de frustrantes derrotas que los cimbrios y sus aliados habían infligido a las legiones. Quizá es mejor no finalizar este capítulo con la Guerra Civil, sino con un incidente de la Guerra Social, que condensa la actitud más adecuada de un «buen general». Plutarco nos dice que, en una ocasión, Mario se había hecho con una posición de ventaja donde había sido rodeado por el enemigo, que trataba de conseguir que se arriesgara a trabar combate. «Pompedio Silo, el más poderoso y fuerte de sus rivales, se dirigió a él, diciéndole: 'Mario, si eres tan buen comandante, sal y lucha.' A lo que Mario respondió: 'Si tú eres un buen comandante, oblígame a luchar, aunque no quiera.'»[31]

NOTAS

1. Plutarco, *Marius* 7 (trad. R. Waterfield, *Plutarch: Roman Lives*, Oxford, 1999).
2. Plutarco, *Marius* 3.
3. Plutarco, *Marius* 2
4. Plutarco, *Marius* 3 y 13.
5. Plutarco, *Marius* 4-6; Salustio, *Bellum Jugurthinum* 68. 1-7 y G. M. Paul, *A Historical Commentary on Sallust's Bellum Jugurthinum*, 1984, pp. 166-171, y R. J. Evans, *Gaius Marius*, 1994, pp. 19-60.

6. Salustio, *Bellum Jugurthinum* 27. 1-26. 4.
7. Salustio, *Bellum Jugurthinum* 44. 1-45. 3.
8. Salustio, *Bellum Jugurthinum* 85. 13-27.
9. Salustio, *Bellum Jugurthinum* 103-114, Frontino, *Stratagems* 3. 9. 3.
10. Para una exposición, véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, 1984, pp. 57-79, E. Gabba, *Republican Rome: the Army and Allies*, 1976, y F. Smith, *Service in the Post-Marian Roman Army*, Manchester, 1958.
11. Salustio, *Bellum Jugurthinum* 87-88, 100: «más por un sentimiento de vergüenza que por el castigo», 100. 5.
12. Valerio Máximo 2. 3. 2, Frontino, *Strat.* 4. 2. 2; sobre los métodos de adiestramiento, véase Vegecio, *Epitoma Rei Militaris* 1. 11-19.
13. Plutarco, *Marius* 13-14, Polibio 6. 37.
14. Plutarco, *Marius* 11, S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, 1985, pp. 161-164.
15. Apiano, *Celtica* 13.
16. Velleio Paterculo 2. 12. 2, Orosio 5. 16. 1-7, Plutarco, *Sertorius* 3.
17. Plutarco, *Marius* 12, Estrabón, *Geografía* 4. 1. 13.
18. Plutarco, *Marius* 14-15, *Sulla* 4, *Sertorius* 3.
19. Plutarco, *Marius* 15 (trad. Oxford de R. Waterfield, 1999).
20. Plutarco, *Marius* 25 (trad. Oxford de R. Waterfield, 1999).
21. Para un examen más detallado del combate en este periodo, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, 1996, pp. 171-247.
22. Plutarco, *Marius* 15-18, Frontino, *Strat.* 4. 7. 5.
23. Plutarco, *Marius* 17.
24. Plutarco, *Marius* 19; para un examen de la servidumbre en el ejército, véase J. Roth, *The Logistics of the Roman Army at War, 264 BC–AD 235*, 1999, pp. 91-116.
25. Plutarco, *Marius* 20, Frontino, *Strat.* 2. 9. 1.
26. Plutarco, *Marius* 21-22.
27. Plutarco, *Marius* 23-27.
28. Apiano, *Civil Wars* 1. 28-33, Plutarco, *Marius* 28-30.
29. Plutarco, *Marius* 33-35, *Sulla* 8-9, Apiano, *Civil Wars* 1. 55-63.
30. Plutarco, *Marius* 45.
31. Plutarco, *Marius* 33 (trad. Oxford de R. Waterfield, 1999).

Capítulo 6

UN GENERAL EN EL EXILIO: SERTORIO Y LA GUERRA CIVIL

Quintus Sertorius (c. 125-72 a.C.)

> En audacia para librar de frente la batalla no cedía a ninguno de los generales de su tiempo, pero en todas las acciones militares de secreto y ventaja por tratarse de posiciones fuertes y de pasos que exigían celeridad, en acciones de engaño y de falsedades a tiempo poseía una habilidad rayana en la genialidad.[1]

«Hombre nuevo» y aristócrata a un tiempo, el senador romano era extraordinariamente competitivo. La vida pública era una lucha por los cargos y por la oportunidad de conseguir fama y gloria, cuyo ideal consistía en eclipsar las hazañas, no sólo de los contemporáneos, sino también de las generaciones pasadas. Incluso cuando no ocupaban cargo alguno ni estaban a la espera de participar en una elección, los senadores pugnaban siempre por hacer públicos sus éxitos y virtudes, y no perdían ocasión de aumentar el número de quienes les debían algún favor. Algunos de ellos potenciaban su sofisticación helenística, otros, como Catón y Mario, su supuestamente pasada de moda sencillez «italiana». Dedicaban altares y templos o levantaban otros monumentos similares para conmemorar sus hazañas, y acontecimientos familiares, como bodas y funerales, se convertían en ceremonias públicas. Las luchas entre gladiadores ocurrieron por vez primera formando parte del ceremonial funerario, y cualquiera que fuera el elemento religioso o sacrificial que hubieran tenido en origen, pronto se convertirían en una forma fundamentalmente de entretenimiento. Los espectaculares y llamativos juegos entre gladiadores atraían multitudes que quedaban muy impresionadas y agradecidas a la familia que había organizado y financiado el

acontecimiento. Los políticos siempre habían sido competitivos pero, en el siglo I a.C., los senadores se veían obligados a invertir sumas cada vez mayores para seguir manteniendo cualquier oportunidad de alcanzar éxitos. La riqueza prodigada en edificios y juegos continuó creciendo, pues cualquier político trataba de superar a sus rivales. A partir del 133 a.C., siempre hubo ocasiones en que esa rivalidad podía llegar a desembocar en violencia. La decisión de Sila de marchar sobre Roma en el año 88 inició un periodo de casi dos décadas de guerra civil y de disturbios. A un intento de golpe en el año 63, le siguieron años de violencia callejera en la década del 50 y, finalmente, en el 49, otro periodo de guerra civil que no finalizaría hasta el 31, cuando Octaviano, el hijo adoptivo de César, derrotó a su último rival importante.

La élite política romana no era la única en su competitividad y deseo de distinción. Las aristocracias de muchas de las ciudades griegas —así como también de la mayor parte de las demás comunidades del mundo mediterráneo— estaban tan deseosas por conseguir un predominio personal y, a menudo, eran tan poco escrupulosas en los métodos utilizados para ello como aquélla. Era muy poco usual que los senadores romanos canalizaran sus ambiciones dentro de unos límites razonablemente estrechos y reconocidos de forma universal. Los desórdenes internos y las revoluciones que plagaron la vida pública de la mayor parte de las ciudades-Estado estuvieron ausentes de Roma hasta el último siglo de la República; e incluso entonces, en medio de guerras civiles de un salvajismo extremo, cuando las cabezas cortadas de los conciudadanos se exponían en el Foro, la aristocracia romana continuó imponiendo ciertos límites en los medios considerados aceptables para superar a los rivales. Un elemento común en la historia del mundo antiguo es el del exilio aristocrático —del rey o del tirano depuestos, o del general obligado a irse cuando se consideraba que se estaba volviendo demasiado poderoso— a la corte de una potencia extranjera, por lo general de un rey. Esos hombres aceptaban rápidamente tropas extranjeras para regresar y tomar el poder por la fuerza en su patria —como hizo el tirano Pisístrato en Atenas— o luchar con enorme empeño contra su propia ciudad en nombre del nuevo protector, como Alcibíades.

Toda la historia de Roma no contiene más que un puñado de personalidades cuyas carreras siguen de alguna manera este modelo. Lo más cercano a él lo encontramos quizá en el siglo V a.C., en el caso semimítico de Caio Marcio Coriolano, quien, cuando fue expulsado de Roma, entró al servicio de los hostiles volcos, cuyo ejército dirigió con gran éxito. Según se cuenta, estuvo a punto de tomar la propia Roma y sólo la intervención de su madre evitó que completara su victoria. La moraleja de esa historia era intrínsecamente romana. Por muy importante que fuera para un individuo

el conseguir fama que añadir a su propia reputación y a la de su familia, siempre quedaría subordinado al bien de la República. La misma creencia en la superioridad de Roma que llevaba a los senadores del siglo II a.C. a considerarse iguales a cualquier rey aseguraba también que ningún político romano descontento buscase la ayuda de una potencia extranjera. Los senadores deseaban el éxito, pero éste sólo contaba si se conseguía en Roma. Ningún senador se pasó a Pirro o a Aníbal incluso cuando la victoria final parecía inminente, ni tampoco el rencor de Escipión Africano por la ingratitud del Estado le llevó a entrar al servicio de un rey extranjero.

El estallido de la Guerra Civil no cambió de manera significativa esa actitud, puesto que, invariablemente, ambos bandos defendían que su lucha iba encaminada a restaurar la verdadera República. A menudo se utilizaban tropas no romanas, pero siempre se las presentaba como auxiliares o aliados que servían por las obligaciones adquiridas para con Roma y nunca como potencias independientes que intervenían en beneficio propio. De cualquier forma, esa circunstancia en la que romanos peleaban contra romanos creó numerosas carreras heterodoxas, y ninguna de ellas tan paradigmática como la de Quinto Sertorio, quien demostró un enorme talento para dirigir fuerzas irregulares y llevar a cabo una guerra de guerrillas contra los ejércitos convencionales romanos. Exiliado de la Roma de Sila, consiguió sus victorias más famosas y vivió los últimos años de su vida en España, pero nunca se desvió ni un ápice de las actitudes de su clase ni se consideró a sí mismo como alguien diferente de un senador y general romano.

Los inicios de su carrera y la Guerra Civil

Sertorio fue otro «hombre nuevo», cuya familia formaba parte de la aristocracia local de la ciudad sabina de Nussa. Fue quizá el primero de su linaje en buscar un cargo público en Roma, pues le encontramos preparándose para candidato desde muy joven y, ciertamente, ninguno de sus antepasados había ocupado una magistratura romana importante. Excelente orador y con algunos estudios de leyes, comenzó a ganarse una reputación en los tribunales antes de embarcarse con entusiasmo en un periodo de servicio militar. Según hemos mencionado en el último capítulo, consiguió sobrevivir al desastre de Arausio, en el 105, arrojándose al Ródano a pesar de las heridas recibidas y consiguiendo salvar sus armas personales. Sirvió a las órdenes de Mario el tiempo que restaba de la campaña contra los cimbrios y los teutones, ganando condecoraciones y promoción en numerosas ocasiones, la más notable de ellas por haber ido disfrazado a espiar al enemigo. Pocos años después, en el 97, fue en calidad de tribuno militar a Espa-

ña, sumando aún una mayor reputación por su coraje y frialdad cuando las tropas con quienes estaba pasando el invierno en la ciudad celtibérica de Castulo se vieron de pronto atacadas por la población. Los soldados romanos de ese lugar eran muy indisciplinados, desatendían sus deberes y eran dados a la bebida. Plutarco no nos dice si estaban presentes allí otros oficiales o si había algún otro al mando, pero da a entender que Sertorio no era responsable del estado en que se hallaban las tropas, lo que nos hace pensar que había algún otro que detentaba el mando supremo. Quizá fue esa experiencia la que le llevó años después a imponer una norma que impedía alojarse a los soldados en ciudades, ordenándoles que construyesen campamentos adecuados en el exterior, incluso en invierno, y obligarles a vivir bajo una estricta disciplina militar.

Es probable que fuera la conducta de la guarnición romana la que provocara la rebelión de los celtíberos y la que, a no dudar, animó sus expectativas de éxito. Buscaron ayuda en los vecinos oretanos y, una noche, abrieron las puertas de la ciudad a sus guerreros. La sorpresa fue completa y muchos de los legionarios fueron muertos en sus alojamientos. Junto con algunos compañeros, Sertorio consiguió salir de la ciudad y reunió con gran celeridad a cuantos fugitivos pudo encontrar. Al descubrir una puerta que el enemigo había dejado abierta y sin guarda, Sertorio apostó un destacamento para sellar este medio de escape y llevó a sus restantes hombres de vuelta a las calles de la ciudad. Después de hacerse con el control de todas las posiciones claves, ordenó a continuación a sus hombres matar a cualquier celtíbero varón con el que se topasen y de edad suficiente para sostener un arma. Lo que había sido casi un desastre completo se convirtió en victoria, pero Sertorio, no contento con ello, decidió castigar de inmediato a los oretanos. Después de ordenar a sus hombres que vistieran las túnicas españolas tomadas a los cadáveres, marchó hacia la ciudad de aquéllos. El engaño funcionó y los romanos encontraron a un enemigo que nada sospechaba, que esperaba con las puertas abiertas y con todo el pueblo coreando frases de bienvenida de quienes creían que era el grupo de sus compañeros encargado de efectuar aquella incursión. Cayeron muertos en el acto muchos de los que se encontraban fuera de las murallas y la ciudad se rindió de inmediato. Casi todos sus pobladores fueron vendidos como esclavos. Esas estratagemas no eran infrecuentes. En el año 109, Metelo recuperó Vaga al situar algunos númidas de la caballería aliada a la cabeza de su columna. Los habitantes de la ciudad, que hacía poco habían acabado con la guarnición romana, confundieron a éstos con las propias tropas de Yugurta y permitieron su entrada antes de advertir su error. No obstante, otras estratagemas similares no funcionaban y podían convertirse en acciones de alto riesgo. En una ocasión, Aníbal trató de utilizar una fuerza de de-

sertores romanos, vestidos como legionarios ordinarios, para tomar una ciudad italiana, pero alguien reveló la trampa y los desertores cayeron en una emboscada y fueron muertos.[2]

Las hazañas de Sertorio en España le ayudaron a ganar la elección a cuestor, y durante la Guerra Social recibió el encargo de reclutar, adiestrar y dirigir tropas, aunque no está claro su rango concreto. De los comandantes romanos y de sus subordinados inmediatos se esperaba que condujeran y dirigieran a sus soldados inmediatamente por detrás de la línea de combate, en una forma de liderazgo que implicaba de forma inevitable considerables riesgos de acabar herido o muerto. Sertorio los dirigió con especial osadía, inspirando en sus hombres un desprecio por el enemigo y confiando en su habilidad personal con las armas para protegerse a sí mismo de cualquier ataque. Sus métodos le proporcionaron enormes éxitos en combate, aunque a costa de una herida que le hizo perder permanentemente la visión de un ojo. Plutarco nos cuenta que estaba orgulloso de tener el rostro así desfigurado, afirmando que era afortunado por contar con un símbolo de valor siempre visible en él, al contrario que una medalla que sólo se puede lucir en ocasiones. La prueba de su creciente fama la recibió una vez que asistió al teatro en Roma y la multitud le recibió con un griterío entusiasta de bienvenida. Animado por ello, Sertorio se presentó a las elecciones al cargo de tribuno de la plebe, en el año 88, pero se le opuso públicamente Sila, entonces cónsul electo, y fue derrotado. No están claros los motivos de esa oposición, pero su consecuencia fue que se abriera una brecha permanente entre los dos hombres. En la confusión que siguió al momento en que Sila lanzó sus legiones sobre Roma y partió, a continuación, para luchar en la Guerra de Oriente, Sertorio se alió con Cinna quien, a su vez, se alió con Mario.

La ocupación de Roma por los partidarios de Cinna y Mario fue extremadamente brutal. Sertorio se destacó entre los líderes de este grupo al no satisfacer sus odios personales y en sus esfuerzos por evitar que otros cometieran aquellas atrocidades. Mario había reclutado una banda de fanáticos de entre los esclavos de los hombres a los que había ejecutado, y les había concedido licencia para matar, violar y robar a cualquiera que fuera desafecto al nuevo régimen. Finalmente, con el apoyo de Cinna, fue Sertorio quien tuvo que vérselas con los llamados *Bardyaei*, rodeándolos con un grupo de soldados disciplinados, mientras dormían, y matándolos a todos, a muchos de ellos con armas arrojadizas. Los peores excesos cesaron con la muerte súbita de Mario y, en el año 83, Sertorio consiguió el cargo de pretor, con tiempo suficiente para tomar parte en la guerra contra un Sila que se hallaba de regreso. El año anterior, Cinna había sido linchado durante el amotinamiento de algunas legiones, y el mando supremo le había ido co-

rrespondiendo a un cierto número de individuos, distinguidos únicamente por su carencia de cualquier clase de talento militar apreciable. Sertorio se vio colocado en la posición nada envidiable de aquél de quien se ignora su consejo y que, además, se siente muy ofendido, pues está seguro de la precisión de sus predicciones sobre el inevitable desastre que esperaba a la opción elegida. No creemos que mostrara excesiva renuencia a partir hacia su provincia en España a finales de aquel año. Sin embargo, la inapelable victoria de Sila en Italia dejó libres a sus legiones para sofocar cualquier resurgimiento de la causa de Mario, y Sertorio se vio pronto expulsado de su provincia. Durante cierto tiempo se dedicó a vagar por el Mediterráneo Occidental, abocado principalmente a la derrota y el fracaso, hasta que consiguió vencer a un ejército de Sila en Mauretania. A ese éxito le siguió un llamamiento directo de una delegación de lusitanos para que regresara a la península española y les liberara de un gobernador represor. A partir de ese momento, su suerte mejoró de forma extraordinaria.[3]

La guerra en España, 80-72 a.C.

Probablemente, estos lusitanos eran representantes de comunidades muy romanizadas y bien asentadas, y no de grupos más primitivos o que se encontraban fuera de los límites de la provincia romana. Aunque Sertorio iba a conseguir una buena parte de su fuerza de estos pueblos indígenas de España, el conflicto se libró siempre como parte de una guerra civil y no como un intento de alcanzar la independencia de Roma. Sus ejércitos incluían también algunas tropas reclutadas en Italia, así como contingentes formados con los colonos romanos de la península. En un principio, sus fuerzas no eran numerosas, y Plutarco nos cuenta que, en los inicios, sumaban dos mil seiscientos legionarios, unos setecientos libios que había conseguido de su época en el norte de África, cuatro mil lusitanos de infantería ligeramente equipada (o *caetrati*, cuyo nombre derivaba de los pequeños escudos redondos que llevaban) y unos setecientos jinetes de caballería mixta. En un primer momento, toda esa fuerza no recibía el apoyo más que de una veintena de núcleos urbanos. También poseía (o se iba a hacer con ella) una poco numerosa marina con la que apoyar las operaciones en tierra. En conjunto, sus recursos quedaban empequeñecidos por los de los generales de Sila en España, de los que se decía que, en conjunto, disponían de más de ciento veinte mil infantes, seis mil jinetes y dos mil especialistas en guerra de escaramuzas. No obstante, desde el principio, las operaciones de Sertorio fueron de éxito en éxito, y sus adversarios fracasaron en sus intentos por coordinar con eficacia el esfuerzo bélico. El primer

año derrotó a los gobernadores de ambas provincias hispánicas, y en el siguiente sus tropas vencieron y acabaron con la vida del gobernador sustituto de la Hispania Citerior, un tal Lucio Domicio. El nuevo procónsul de la Hispania Ulterior era Quinto Caeclio Metelo Pío, hijo del hombre que había hecho la campaña contra Yugurta. Sufrió varios reveses, y uno de sus legados fue derrotado por completo y muerto cuando trataba de evitar que Sertorio se hiciera con las zonas costeras de Lusitania.[4]

El poder de Sertorio iba creciendo a medida que aumentaban los éxitos. Aunque se hallaba indudablemente corto de dinero y de todo lo necesario para apoyar sus campañas, trató siempre a los provinciales con justicia y generosidad, e insistió para que sus tropas y oficiales hicieran lo mismo. Tuvo especial cuidado en el trato a las aristocracias locales, concediéndoles por lo general la libertad y devolviendo las propiedades a quienes se le habían opuesto, una vez capitulaban. En Osca (posiblemente la Huesca actual) creó y pagó una escuela para los hijos de los ricos e influyentes, donde los alumnos vestían toga y recibían una educación propiamente romana. El hecho de que esos niños sirvieran asimismo como rehenes para mantener su fidelidad, no reduce el entusiasmo de la aristocracia española por esta abierta declaración del deseo de admitir a sus familias en la élite de la provincia romana, pues Sertorio siempre se declaró un magistrado de la República romana legalmente nombrado. Formó un «Senado» con los numerosos exiliados que huyeron con él de una Italia dominada por los seguidores de Sila, y cada año se efectuaban elecciones para nombrar a los magistrados.[5]

A pesar de esa mezcolanza en la composición de sus fuerzas, Sertorio impuso también las normas romanas de disciplina en todo el ejército. Todas sus tropas se organizaban en cohortes, muchas de ellas estaban equipadas a la manera romana, pero todas se hallaban bien preparadas y adiestradas tanto a nivel personal cuanto como formaciones. Se animaba a los soldados a que decoraran al máximo armas y armaduras, con la finalidad de evitar que las perdieran y aumentar así el orgullo que los hombres sentían por ellas. Se esperaba que obedecieran las órdenes, y la mala conducta se castigaba duramente. En un incidente que recordaba el de los *Bardyaei*, se dice que Sertorio hizo ejecutar a todo un destacamento de romanos que se habían ganado fama por su extrema brutalidad en el trato a la población civil local. Al menos en una ocasión sacó partido de la tradición militar nativa, tomando una guardia personal de celtíberos. Estos hombres quedaban sujetos a su caudillo mediante un juramento solemne, por el que se afirmaba que no le sobrevivirían si era muerto, a cambio de lo cual aquél les proporcionaba armas, alimentos y la oportunidad de conseguir la gloria. Esa práctica era razonablemente común entre las tribus de España, lo mis-

mo que en la Galia y en Germania, y proporcionaba a algunos caudillos un grupo de seguidores leales de un modo fanático. Parece que era bastante normal que los guerreros quedasen sujetos a caudillos de otras tribus, por lo que la transferencia a una relación parecida con un comandante romano no era en ningún caso infrecuente. Julio César contaría más tarde con una guardia similar formada por novecientos jinetes germanos y galos.[6]

Con el tiempo, sus fuerzas fueron aumentando con contingentes de guerreros españoles aliados que no habían dispuesto del tiempo suficiente de instrucción, obligando al comandante a idear formas de rebajar el entusiasmo de aquéllos por luchar en condiciones desfavorables. En varios relatos se conserva una demostración convincente: se cuenta que Sertorio hizo traer dos caballos, uno de ellos sano y el otro pequeño y en malas condiciones. Ordenó a continuación a uno de sus hombres más fuertes que tirara para arrancar de un golpe la cola del caballo pequeño, mientras que, al mismo tiempo, le dijo a un soldado pequeño que tratara de dejar sin cola al caballo grande, arrancándosela pelo a pelo. Finalmente, después de realizar un esfuerzo enorme, el soldado más fuerte se vio obligado a cesar en su empeño, mientras que el pequeño completó poco a poco su tarea. Sertorio les hizo ver entonces que se podía derrotar incluso al más poderoso enemigo si gradualmente se le debilitaba mediante escaramuzas de menor fuste, pues la presión continua es más efectiva que la simple fuerza bruta.[7]

Lo mismo que Mario había presentado públicamente a su profeta y que Africano relataba a sus soldados los mensajes recibidos en sueños de los dioses, Sertorio añadió también un elemento místico a su liderazgo. En un momento determinado, un cazador le regaló un cervatillo, al que el general fue alimentando hasta conseguir domesticarlo completamente. Después de cierto tiempo comenzó a afirmar que era la diosa Diana quien le había enviado el ciervo, que le traía mensajes. En ocasiones anunciaba noticias que le habían traído exploradores o mensajeros como si se las hubiera proporcionado el cervatillo, a quien adornaba con guirnaldas de victoria, siempre que conocía que alguno de sus destacamentos había obtenido algún éxito. Nuestras fuentes creen que tales métodos impresionaban enormemente a los supersticiosos españoles.[8]

Las fuentes de las campañas de Sertorio que obran en nuestro poder son escasas, y no nos permiten efectuar una reconstrucción detallada de la guerra en España y menos aún nos dejan hacer un análisis de acciones concretas. En lugar de ello, nos ofrecen una visión más amplia, así como numerosos relatos de su habilidad como jefe y de su capacidad como general. En conjunto, los relatos que han llegado hasta nosotros presentan un retrato poco favorable de Metelo, a quien describen como un jefe envejecido y torpe. Más compleja es la descripción que nos presentan de Cneo

Pompeyo, nombrado por el Senado para gobernar la Hispania Citerior en el 77 a.C., reconocido ya como uno de los más exitosos comandantes de la República y que sería posteriormente el adversario de César en la Guerra Civil. La carrera enormemente heterodoxa de Pompeyo es el tema del próximo capítulo pero ya merece la pena resaltar aquí que, con veintinueve años, era muy joven para ejercer como general romano. El deseo de comparar su energía juvenil con la precaución de un anciano Metelo puede haber llevado a nuestras fuentes a tratar a este último de una manera menos favorable. Se dice que Sertorio apodó a Pompeyo como «el alumno de Sila». A Metelo se refería de una forma mucho más sangrante como «aquella anciana».[9]

Por esa misma época, Sertorio recibió algunos refuerzos de Italia. En el año 78, uno de los cónsules, Marco Emilio Lépido, dirigió una rebelión contra el Senado, atrayendo a su causa a numerosos desafectos de Mario. Fue derrotado, pero algunos de sus seguidores, dirigidos por Marco Perperna Vento, escaparon a España. Éste procedía de una familia de cierta alcurnia, aunque no de las más principales, y se le había valorado muy por encima de su capacidad real, pues su hoja de servicios era una cadena ininterrumpida de derrotas, algunas de ellas infligidas por Pompeyo. En un primer momento, desdeñó ponerse con sus hombres a las órdenes de un hombre nuevo como Sertorio, pero finalmente ese asunto quedó resuelto cuando llegaron noticias a su ejército de que Pompeyo marchaba hacia España, lo que le obligó a unirse al victorioso general. Pompeyo no tuvo ocasión de marchar contra Sertorio hasta el año 76, pues no tuvo otra opción que trabar combate contra alguna de las tribus locales cuando atravesaba la provincia de la Galia Transalpina. Como conmemoración de las victorias conseguidas en el camino hacia su nuevo lugar de mando, erigiría más tarde un monumento triunfal en los Pirineos.[10]

En el 77, Sertorio y su cuestor Lucio Hirtuleio habían infligido varias derrotas a Metelo; frustrando su intento de tomar la principal ciudad de los langobrites. No se limitaron sólo a introducir agua en la ciudad, a pesar del bloqueo del enemigo, sino que también consiguieron evacuar a un gran número de no combatientes. Pronto, las legiones de Metelo comenzaron a padecer escasez de suministros, hasta que se vio obligado a retirarse después de que un destacamento de forrajeadores cayese en una emboscada y fuese aniquilado casi por entero. Antes de esta operación, Sertorio había llegado incluso a invitar a Metelo a que se enfrentara con él en combate singular, idea por la que los soldados de este último mostraron considerable entusiasmo, pues su moral estaba bajo mínimos. La llegada de Pompeyo hizo mucho por levantar la moral tanto del ejército como de su comandante. Sertorio decidió calibrar primero a su nuevo adversario

antes de trabar combate abierto, y dio instrucciones estrictas a sus subordinados de evitar una acción importante con los principales ejércitos de Metelo o de Pompeyo. Dos de los legados de este último, que dirigían pequeños destacamentos, fueron derrotados de forma individual, pero el joven general avanzó con gran confianza cuando supo que el propio Sertorio se hallaba sitiando la ciudad de Lauron (probablemente algún lugar próximo a la actual Valencia).

Orosio —una fuente muy posterior, que debe tratarse con considerables precauciones— afirma que Pompeyo disponía de treinta mil infantes y mil jinetes, mientras que Sertorio contaba, al menos, con el doble de infantería y seis mil jinetes, pero esa enorme ventaja numérica parece improbable. Sertorio ganó una auténtica carrera por controlar los terrenos elevados que dominaban la ciudad, pero, entonces, Pompeyo se situó tras él, dejando aparentemente atrapado a su adversario entre sus propias legiones y la urbe. Se decía que su confianza era tan grande que envió mensajeros a los habitantes de la ciudad invitándoles a que subieran a las murallas y observaran cómo aplastaba al enemigo. Sólo entonces descubrió que Sertorio había dejado seis mil hombres en el antiguo campamento situado en terreno elevado, y que ahora se encontraban por detrás de la posición de Pompeyo. Si desplegaba su ejército para efectuar un ataque total sobre la principal fuerza de Sertorio, entonces él mismo quedaría descubierto por la retaguardia. En lugar de finalizar la guerra con una rápida victoria, Pompeyo se vio obligado a observar impotente cómo Sertorio proseguía el asedio, pues consideró que la retirada sería una admisión abierta de la superioridad del enemigo.

Éste era sólo el inicio de la lección que Sertorio había decidido impartir al «alumno de Sila» en Lauron. Mientras tenía lugar el asedio, sólo había dos zonas en las que el ejército de Pompeyo pudiera forrajear y conseguir leña. Una de ellas se encontraba a muy escasa distancia de su campamento, pero se veía acosada de continuo por la infantería ligera de Sertorio. Después de algún tiempo, Pompeyo decidió que estos grupos de forrajeadores deberían dedicar su atención a la otra zona, más alejada, a la que su adversario había decidido deliberadamente dejar tranquila. El tiempo exigido para hacer el camino, recoger forraje y regresar, suponía que ninguna expedición que se hiciera en aquella dirección podría completar la tarea en un solo día. No obstante, en un principio no pareció que conllevara un riesgo importante, pues continuaba sin aparecer ningún indicio de actividad enemiga en esa zona. Finalmente, cuando los hombres de Pompeyo se confiaron, Sertorio decidió tender una emboscada a una expedición a la que había visto abandonando el campamento contrario. Envió a Octavio Graecino con una fuerza considerable formada por diez co-

hortes armadas como legionarios —no sabemos si esas tropas eran españolas, romanas o una mezcla de ambas— y diez cohortes más de infantería ligera española, de *caetrati*, con el apoyo de dos mil jinetes mandados por Tarquicio Prisco.

Salieron de noche y, evitando ser detectados por la principal fuerza de Pompeyo, ocuparon posiciones a lo largo del camino que, según creían, debería tomar el convoy en su viaje de regreso. Estos oficiales recompensaron ampliamente la confianza que Sertorio había depositado en ellos, realizando un cuidadoso reconocimiento del terreno antes de situar a sus tropas en posición. La fuerza que realizaría la emboscada se ocultó en un bosque, situando a los *caetrati* en primera línea y la infantería pesada muy próxima y dispuesta a ofrecer su apoyo. La caballería se estacionó en retaguardia con el fin de evitar que el relincho de un caballo revelara la posición. A continuación, toda la tropa se dedicó a esperar la llegada de la aurora, pero no sería hasta la hora tercia cuando el convoy de Pompeyo hizo su pesada aparición por el camino que se encontraba frente a ellos. La disciplina de marcha era mínima, y muchos de los hombres que deberían haber actuado como escolta vagaban por allí forrajeando o realizando acciones de pillaje. El ataque repentino de los *caetrati* —peleando a la manera tradicional de numerosos pueblos españoles— llevó la confusión a toda la columna, cayendo muertos numerosos soldados que habían quedado aislados. Entonces, los oficiales de Pompeyo comenzaron a reaccionar y trataron de reunir las escoltas y formar lo más parecido a una línea de combate, pero, antes de que pudieran completarla, las cohortes de Sertorio, manteniendo un orden cerrado, salieron del bosque y cargaron. Los pompeyanos huyeron, acosados en su huida por Prisco y sus dos mil jinetes.

En cualquier momento de la historia, una infantería en desbandada había quedado siempre a merced de una caballería bien organizada, y parece ser que, ciertamente, Prisco conocía su oficio. Destacó a doscientos cincuenta jinetes a los que envió por otro camino para que cortaran el paso a los fugitivos, impidiéndoles así buscar el refugio en el principal campamento de Pompeyo. Las noticias de la emboscada decidieron a Pompeyo a enviar una legión, al mando de Décimo Lelio, en socorro del convoy. La caballería de Prisco hizo como si escapara ante la presencia de esta nueva fuerza, girando a la derecha, pero sus oficiales la mantuvieron estrechamente controlada y le hicieron dar un rodeo para atacar a la legión por la retaguardia. Pronto Lelio se vio sometido al ataque de Octavio, con la fuerza principal, por delante, y la de Prisco por la retaguardia. Como la situación empeoraba, Pompeyo puso con rápidez en movimiento a todo su ejército para poder ir en su ayuda. Cuando sus tropas salieron del campamento, la fuerza principal de Sertorio hizo exactamente lo mismo, desplegán-

dose en orden de batalla en la colina que se hallaba enfrente. Si Pompeyo avanzaba en ayuda de Lelio, entonces se vería expuesto a un ataque en toda regla por la retaguardia y a sufrir casi con total seguridad una derrota catastrófica. Por tanto, se vio obligado a quedarse simplemente mirando cómo la emboscada acababa barriendo el convoy y una buena parte de los mandos de Lelio. Frontino, nuestra principal fuente para este episodio, se refiere a un pasaje perdido de Livio en el que afirmaba que Pompeyo había sufrido en este encuentro unas diez mil bajas.[11]

Una vez que la población de Lauron advirtió que su aliado visible no se encontraba en condiciones de ayudarla, se rindió a Sertorio. Éste permitió que la población se marchara con libertad, pero arrasó la ciudad hasta los cimientos con el fin de completar la humillación de Pompeyo. Fue un final extremadamente decepcionante para la primera campaña de Pompeyo en la península, un golpe muy duro para un hombre a quien gustaba presentarse como un segundo Alejandro Magno, pero que se había dado cuenta ya que, por primera vez, se enfrentaba a un comandante que de verdad era capaz. Su único consuelo vino quizá de la actitud reacia de Sertorio a librar con él una batalla campal.

En el año 75 las cosas comenzaron a ir mejor para Pompeyo pues, en esta ocasión, entró en contacto con una fuerza dirigida por los subordinados de Sertorio, incluido el inepto Perperna, a la que derrotó rápidamente. Aunque había pensado unir sus fuerzas a las de Metelo antes de enfrentarse al propio Sertorio, esa fácil victoria parece que le llevó a confiarse en exceso y a no querer compartir con nadie la gloria que le proporcionaría la victoria en la guerra. Pompeyo se dio prisa para atacar al grueso del ejército enemigo que se hallaba acampado en las cercanías del río Sucro. Sertorio, al saber que se aproximaba Metelo y prefiriendo presentar batalla a uno de sus enemigos, en lugar de esperar a que unieran sus fuerzas, esta vez aceptó el envite. En el inicio de la lucha, tanto Sertorio como Pompeyo se apostaron con las tropas que se hallaban en el flanco derecho —considerado, a menudo, como el lugar de honor— y dejaron a sus subordinados a cargo del resto de la línea. Poco después, Sertorio recibió noticias de que los hombres de Pompeyo estaban haciendo retroceder el ala izquierda de su ejército. Con toda premura, cabalgó hasta aquella zona del campo y se dedicó a restablecer la situación, reorganizando las unidades en huida y dirigiendo a las tropas de reserva que habían permanecido a la expectativa.

Su presencia inyectó un nuevo ímpetu a sus hombres, que detuvieron al enemigo para contraatacar a continuación, poniéndolo en fuga. En el caos que siguió, el propio Pompeyo fue herido en un muslo y estuvo a punto de caer prisionero, pero consiguió escapar a pie cuando sus perseguidores se distrajeron a recoger los carísimos abalorios que portaba el ar-

nés de su caballo y comenzaron a disputar por ese botín. Sin embargo, en su ausencia, el flanco derecho de Sertorio había sido destrozado por Afranio, el legado de Pompeyo. Como sucedía tan a menudo en las batallas de la Antigüedad, esas tropas no hicieron esfuerzo alguno por sacar partido de aquel avance arrollando el resto de la línea enemiga, sino que se dedicaron, sencillamente, a atacar y saquear el campamento de Sertorio. Más tarde, este último consiguió formar tropas suficientes para atacar al enemigo disperso infligiéndole numerosas bajas, al tiempo que volvía a recuperar el campamento. Al día siguiente llegaron las legiones de Metelo, disuadiendo a Sertorio de presentar batalla de nuevo. Se cuenta que entonces exclamó que hubiera acabado con «aquel niño» si no hubiera venido «aquella anciana».[12]

Unidos los ejércitos de ambos, Metelo y Pompeyo eran demasiado fuertes para que Sertorio pensase en atacarles, pero aquella enorme cantidad de soldados provocaba un grave problema de abastecimiento. Como operaban en las llanuras que rodean Sagunto, se encontraban con que las partidas dedicadas a forrajear estaban siempre sometidas a ataques continuos y, al final, se vieron obligados a aceptar batalla en las condiciones fijadas por Sertorio. Además, a éste se le había unido Perperna, aumentando así el potencial de sus fuerzas. La moral de sus hombres, particularmente la de los españoles, recibió una inyección adicional cuando encontraron de nuevo su cervatilla blanca, que se había perdido, y a la que consiguieron devolverle la salud. La acción siguiente se libró a orillas del río Turia, donde quizá cogió por separado a las legiones de Metelo y de Pompeyo. Sertorio derrotó una vez más a Pompeyo, obligando a sus tropas a retroceder y matando a su legado y cuñado Memmio. Metelo se vio sometido también a una fuerte presión y recibió un tiro de jabalina. Rodeado por un grupo de sus hombres, éstos le pusieron a salvo, y quizá ese incidente sirvió sobre todo para reforzar la decisión de sus soldados. Las tropas de Sertorio estaban probablemente cansadas y pudieron muy bien desorganizarse en su victorioso avance, pues comenzaron a verse obligadas a retroceder y sólo la habilidad de su comandante evitó una desbandada completa. Al día siguiente parece que desencadenó un ataque por sorpresa contra el campamento de Metelo y, aunque fue rechazado, sirvió para frenar la persecución del enemigo.

No obstante, Metelo y Pompeyo saboreaban ya la victoria y persiguieron con impaciencia al enemigo cuando éste se refugió en las montañas. Sertorio se detuvo al llegar a la localidad de Clunia. Creyendo que finalmente le tenían arrinconado, sus dos adversarios iniciaron un bloqueo, pero, de hecho, Sertorio había despachado mensajeros a las comunidades aliadas ordenándoles que reclutasen refuerzos y se los enviasen tan pronto

como les fuera posible. En su avance, aquella numerosa fuerza atacó y rompió el bloqueo para unirse a Sertorio, quien, en lugar de enfrentarse al grueso de las tropas enemigas, comenzó a atacar sus líneas de suministros, realizando profundas incursiones y emboscando a cualquier destacamento que se encontrara aislado. Los dos generales se vieron obligados muy pronto a retirarse a las regiones costeras, pero incluso allí, grupos de saqueadores que se aproximaban por mar asediaron la costa e interceptaron las flotas de navíos que trasportaban víveres; de todas formas, con los suministros que llegaban no tenían ni para empezar, pues el Senado romano no había enviado demasiada ayuda a sus comandantes en España desde los inicios de la contienda.

Aunque Sertorio debía hacer frente siempre al problema de basar todo su esfuerzo de guerra únicamente en las rentas que obtenía gracias al control de determinadas zonas de la península, y aunque no tenía la posibilidad de conseguir jóvenes reclutas romanos, sino que debía conformarse con los grupos locales, sus enemigos no se encontraban en muchas mejores condiciones. En el invierno del 75-74, Pompeyo escribió al Senado quejándose de su falta de apoyo, y diciendo que se había visto obligado a hacer durar para tres campañas suministros y dinero casi insuficientes para mantener una sola de un año. Había agotado incluso sus propios fondos, invertidos con largueza para mantener el ejército, las legiones se encontraban ahora al límite de la inanición y se les debían numerosas pagas atrasadas. El historiador Salustio ofrece una versión de la carta que finaliza con la amenaza de Pompeyo de regresar con el ejército a Italia. Ya fuera esta advertencia explícita o simplemente deducible del original, lo cierto es que provocó el resultado deseado y, con toda rapidez, se despachó en su ayuda el refuerzo de dos legiones y una enorme cantidad de fondos.[13]

Por la misma época, Sertorio recibió una embajada de Mitrídates del Ponto. Derrotado por Sila y obligado a aceptar la paz en el año 85, cierto número de incidentes, el más notable de ellos la anexión romana de Bitinia, convencieron al rey de que sólo la derrota de Roma podía evitar la rápida erosión de su poder. Por ello, ofreció a Sertorio una alianza, prometiendo el envío de navíos de guerra y de dinero a cambio de la asistencia de consejeros militares romanos para adiestrar a su ejército en los métodos de las legiones, así como el reconocimiento de su justa reclamación de determinados territorios entre los que se incluían las provincias de Asia y de Bitinia. Sertorio planteó la cuestión ante su Senado, cuyos miembros estuvieron en mayoría de acuerdo con aquellas condiciones, ya que la pérdida de territorios que no se hallaban bajo su control parecía un precio demasiado pequeño a pagar por aquella ayuda. Su propia actitud fue muy distinta, insistiendo una vez más en que él se consideraba antes que nada

y por encima de todo un servidor de la República, por lo que garantizó a Mitrídates el derecho a cuanto pedía, excepto a Asia, pues se trataba de una antigua y ya consolidada provincia romana. Al escuchar aquella respuesta, se dice que Mitrídates se preguntó cuáles habrían sido las condiciones exigidas por Sertorio si hubiera estado realmente controlando Roma y no acorralado en un lejano rincón de España. No obstante, el tratado quedó confirmado y el rey envió puntualmente cuarenta galeras y la enorme suma de tres mil talentos de plata.[14]

Los años siguientes, Metelo y Pompeyo siguieron cooperando en las campañas estacionales, pero su estrategia estaba muy lejos de ser metódica y se basaba en la ocupación sistemática de recintos fortificados leales al enemigo. En ocasiones, Sertorio consiguió impedir sus ataques, sustituyendo las fortificaciones de madera que Pompeyo había incendiado en Pallantia antes de su llegada, desplazándose a continuación para derrotar a una fuerza enemiga a las afueras de Calagurris, ocasionándole tres mil bajas. La suerte variaba de continuo, pero no parecía que la derrota de Sertorio estuviera cercana. Metelo llegó a tal grado de desesperación que puso un precio elevadísimo a la cabeza de su enemigo, prometiendo no sólo tierras y riqueza, sino también el derecho a regresar a Roma a cualquier exiliado que asesinara a Sertorio.[15]

Aunque era bien cierto que éste no estaba perdiendo la guerra, ya estaba claro que tampoco podría ganarla. Solamente en España, y bajo su mando, había algunos romanos que luchaban aún contra el Senado establecido por Sila durante su dictadura. Éste se había retirado a la vida privada en el año 79 y falleció menos de un año más tarde. La mayor parte de sus enemigos estaban muertos, y el Senado que él había ampliado con partidarios suyos había estado guiando a la República durante el tiempo suficiente como para convencer prácticamente a todos los ciudadanos de su legitimidad. Por cierto, a medida que iban pasando los años, las oportunidades de reconocimiento de Sertorio y de su Senado como legítimos representantes de la República se habían reducido a la nada. Ido Sila, se había desvanecido el principal motivo de la guerra pues, como en todas las guerras civiles de Roma, las causas de ese conflicto eran las rivalidades personales entre los políticos. Incluso si el Senado se mostraba lento en aportar los recursos para sostener la guerra contra los rebeldes en España, no quedaba ya ninguna duda de que finalmente vencería. Parece ser que Sertorio se dio cuenta de ello, y Plutarco nos cuenta que, después de varias victorias, envió una delegación a Metelo y a Pompeyo, ofreciéndoles deponer las armas. Su única condición era la de que se le permitiese regresar a Roma y vivir allí retirado como un ciudadano privado. Todas sus ofertas le fueron rechazadas. Aquel mismo impulso que les llevaba a bus-

car la victoria absoluta y que hacía tan difícil derrotar a los romanos en las guerras contra pueblos extranjeros imponía asimismo que sus luchas internas se libraran siempre a muerte. Eran muy poco frecuentes los compromisos y los acuerdos con los enemigos y nunca solían mantenerse durante mucho tiempo. Fue quizá un creciente sentimiento de desesperación el que llevó a Sertorio a abandonar sus anteriores costumbres frugales y a darse a la bebida y a las mujeres.

Sertorio seguía luchando, pero ese mismo sentimiento de inutilidad invadió también a los romanos de su ejército. Había un resentimiento creciente por el hecho de que conservase una guardia de corps formada por celtíberos, y se intensificaron los rumores de que no se fiaba de sus propios conciudadanos. Perperna llevó a cabo una campaña concertada de rumores para minar la autoridad de su comandante. En el Ejército, los oficiales romanos se fueron volviendo cada vez más brutales en su trato a los nativos, a pesar de que Sertorio advertía de la necesidad de conservar su lealtad. Esa conducta desencadenó rebeliones, que le obligaron a infligir castigos brutales a las comunidades locales. Un grupo de muchachos que asistían a su escuela fueron ejecutados como respuesta a acciones desleales de sus padres. Con el tiempo, la justa administración de los habitantes de la provincia degeneró en despotismo, y aquella buena voluntad que se había ido desarrollando a lo largo de los años desapareció rápidamente. Desertores, tanto romanos como españoles, comenzaron a pasarse a las filas del enemigo. Los romanos debieron animarse por las leyes aprobadas en Roma con la concesión de perdón a los antiguos partidarios de Lépido si se rendían. Perperna no tenía intención de hacerlo, sino que lo que deseaba era conseguir el mando supremo. En el año 72, ofreció una fiesta a Sertorio y a algunos de los miembros de su guardia y, una vez borrachos, ordenó a los soldados que los asesinaran. Aunque su ambición fue aumentando de manera imparable, la capacidad de Perperna como jefe no mejoró y fue rápidamente derrotado por Pompeyo, que puso así fin a la guerra.[16]

Sertorio fue una figura trágica, bastante romántica, que tuvo la desgracia de comprometerse con el bando perdedor en una guerra civil. Si tenemos en cuenta lo que era normal entre la élite política romana fue un hombre decente y extremadamente capaz. Aunque un «hombre nuevo», en circunstancias normales hubiera seguido una carrera plena de éxitos. Sus cualidades como líder, administrador y comandante eran elevadísimas; Frontino cuenta un número de estratagemas de Sertorio muy superior al de cualquier otro, si se hace excepción de un puñado de generales romanos, y brilla con luz propia a pesar de los escasos recursos con que contó en sus campañas.

NOTAS

1. Plutarco, *Sertorius* 10 (trad. Penguin).
2. Plutarco, *Sertorius* 3-4, *cf.* Livio 27. 28. 1-13.
3. Plutarco, *Sertorius* 4-6, Apiano, *Civil Wars* 1. 71-75.
4. Plutarco, *Sertorius* 7-12, Apiano, *Civil Wars* 1. 108; *cf.* S. Dyson, *The Creation of the Roman Frontier*, 1985, pp. 117-134. Un útil estudio sobre las campañas de Sertorio, en P. Greenhalgh, *Pompey: The Roman Alexander*, 1980, pp. 40-57.
5. Plutarco, *Sertorius* 14, Apiano, *Civil Wars* 1. 108.
6. Plutarco, *Sertorius* 14; César, *Bellum Civile* 1. 41.
7. Plutarco, *Sertorius* 16; Frontino, *Stratagems* 1. 10. 1; 4. 7. 6; *cf.* 1. 10. 2.
8. Frontinus, *Strat.*, 1. 11. 13.
9. Plutarco, *Sertorius* 18.
10. *Cf.* G. Castellví, J. M. Nolla e I. Rodà, «La identificación de los trofeos de Pompeyo en el Pirineo», *Journal of Roman Archaeology* 8, 1995, pp. 5-18.
11. Para la campaña de Lauron, véase Plutarco, *Sertorius* 18, Frontino, *Strat.* 2. 5. 31 y Greenhalgh (1980), pp. 46-48.
12. Plutarco, *Sertorius* 18-19 y *Pompeius* 19.
13. Plutarco, *Sertorius* 20-22, Apiano, *Civil Wars* 110, Salustio, *Historias* 2. 98.
14. Tratado con Mitrídates, en Plutarco, *Sertorius* 23-24, Apiano, *Mithridates* 68.
15. Plutarco, *Sertorius* 22.
16. Las campañas finales, en Plutarco, *Sertorius* 25-27, Apiano, *Civil Wars* 111-115, Greenhalgh (1980), pp. 54-57.

CAPÍTULO 7

UN ALEJANDRO ROMANO: POMPEYO EL GRANDE

Cnaeus Pompeius Magnus (c.106-48 a.C.)

> Pero viene tanto al caso para la gloria del Imperio romano como para la de un hombre solo el mencionar, llegados a este punto, todos los títulos y triunfos de Pompeyo el Grande, pues igualaron en brillo las hazañas de Alejandro Magno y, prácticamente, las del propio Hércules.[1]

Desde los primeros tiempos de la República, a los ejércitos romanos los dirigían magistrados electos u hombres a quienes el Senado había concedido el *imperium* pro magistral. La decisión de entregar el mando español a Escipión Africano, en el 210, fue excepcional dada su juventud, pero quedó legalizada al recibir el voto de los *Comitia Centuriata*. Fue un ejemplo extremo de la flexibilidad del sistema político de Roma que permitía la relajación de las regulaciones normales para la obtención de cargos de gobierno en periodos de crisis. Los numerosos consulados de Marcelo y de Fabio Máximo, y la elección de Africano y de Emiliano para las magistraturas supremas cuando eran técnicamente demasiado jóvenes, fueron otros ejemplos de ese deseo de cambiar las reglas con el fin de obtener la victoria en una guerra. Además, una vez alcanzada ésta, la vida pública retornaba rápidamente a su situación normal, y era ya imposible hacer esas carreras, al menos hasta la próxima situación de emergencia.

Incluso entonces, el modelo convencional de la obtención de cargos sólo se podía alterar si se trataba de un pequeño grupo de personajes dotados y muy populares. La carrera de Mario, con cinco consulados consecutivos, no tuvo precedente alguno, pero confirma en esencia el principio de que los magistrados y, por tanto, los jefes militares, eran elegidos por el

electorado, incluso aunque no se esperara que, por lo general, este último escogiera a las mismas personas repetidamente. Ningún otro senador fue capaz de copiar a Mario y ganar las elecciones como cónsul ni siquiera en dos años consecutivos, al menos hasta que las condiciones de guerra civil dieron al traste efectivamente con las elecciones abiertas. A ese respecto (es decir, que por el hecho de que a un hombre se le concediese una carrera extraordinaria, eso no significaba que todos los senadores esperaran emularle), la carrera de mando de Pompeyo el Grande se ajustaba al espíritu de las medidas de emergencia que habían servido para conceder tempranas responsabilidades a Escipión. En todos los demás aspectos importantes su carrera constituyó un vuelco radical de las tradiciones de la vida pública, pues ignoró el *cursus honorum* y siguió su propio camino hacia la fama.[2]

Todo comenzó cuando Pompeyo, un joven de veintitrés años, reclutó un ejército para participar en la Guerra Civil. No poseía ninguna autoridad para obrar de esa manera, pues no tenía rango ni cargo alguno, y era solamente un ciudadano privado. En el 210, Escipión había conseguido al menos el cargo de edil y quizá era miembro del Senado, lo que, por cierto, no es el caso de Pompeyo, mientras que a Africano el mando se lo concedió de modo formal el Senado y el Pueblo de Roma. Pompeyo actuó enteramente por propia iniciativa, equipando a su ejército y pagando a sus soldados con su fortuna personal. Una vez creada esa fuerza, ya no se la podía ignorar, ni a ella ni a su comandante. Durante toda una década Pompeyo estuvo empleado, primero, por Sila y, después, por el Senado en toda una serie de campañas que culminarían en la guerra contra Sertorio. A lo largo de esos años, nunca mostró deseo alguno por embarcarse en una carrera más convencional, prefiriendo las responsabilidades mayores que había asumido con sus acciones. En el año 70 a.C., pasó a formar parte del Senado y se convirtió en cónsul de manera simultánea, habiendo ganado ya dos triunfos. Cuando sólo tenía treinta y seis años continuaba activo y se le entregaron mandos mucho más importantes en los años siguientes. Después de una carrera tan poco ortodoxa, no deja de ser sorprendente que Pompeyo acabara su vida como el evidente campeón del orden establecido contra el heterodoxo Julio César.

Un general no electo

Pompeyo no era un «hombre nuevo» —su padre, Cneo Pompeyo Estrabón, había sido cuestor en el 104, pretor en el 92 y cónsul en el 89—, pero su familia no formaba parte de la aristocracia plebeya bien considerada, aunque, por cierto, era enormemente rica, poseyendo extensísimas pro-

piedades rústicas en Piceno. Lo mismo que Mario, Pompeyo inició su vida sólo con dos nombres, pues Estrabón, o «bizco», era simplemente un apodo debido al aspecto de su padre. Estrabón desempeñó un papel importante en la Guerra Social, tomando por asedio Asculum durante su consulado. Aunque siempre había sido ampliamente respetada su capacidad, no era un hombre popular, ni entre sus soldados ni entre los senadores, y la distribución del botín de Asculum reforzó su reputación de codicioso. Cuando, en el año 88 a.C., estalló la Guerra Civil, Pompeyo Estrabón no mantenía relación estrecha con los líderes de ninguno de los dos bandos, y, durante largo tiempo, su actitud fue ambivalente. El Senado, presumiblemente con el apoyo de Sila, había decidido sustituir a Estrabón por el otro cónsul del 88, Quinto Pompeyo Rufo, con quien había mantenido una relación distante. El nombramiento de Rufo se retrasó y nada más se mantuvo al frente del ejército un solo día, antes de caer asesinado por una chusma de soldados. Era creencia general que Estrabón había orquestado aquel linchamiento y reasumió de inmediato el mando del ejército. Al año siguiente, tomó definitivamente partido contra Cinna y Mario, pero después de una batalla de final indeciso, murió de forma repentina. Una tradición sostenía que le había caído encima un rayo durante una tormenta, otra que había sido presa de una enfermedad extendida por el campamento, pero es posible que su muerte no fuese natural. Era tal su impopularidad que, en la procesión funeral, hubo alborotos y se llegó a ultrajar el cadáver.[3]

El jovencísimo Pompeyo había servido en el estado mayor de su padre desde el año 89. Poco se sabe de sus actividades durante la campaña, pero evitó un intento de asesinato de Estrabón por parte de uno de los partidarios de Cinna. En la confusión que siguió a ese atentado fallido en el campamento, sería el joven Pompeyo, de dieciocho años, quien más haría por reorganizar a los hombres y restablecer el orden. Según Plutarco, pidió a los soldados, con los ojos llenos de lágrimas, que se calmaran y obedecieran las órdenes, y, cuando una multitud de combatientes había comenzado a huir del campamento, él se arrojó al suelo cruzado en la puerta y desafió a los fugitivos a que pasaran por encima de él pisándolo. El joven era mucho más popular que su padre, y muchos de los soldados volvieron avergonzados a sus tiendas. Después de la muerte de Estrabón, Pompeyo regresó a Roma donde fue encausado por apropiación indebida de una buena parte del botín de Asculum. Finalmente salió a la luz que uno de los libertos de su padre había sido el principal responsable, pero la absolución de Pompeyo tuvo mucho más que ver con la habilidad de sus abogados, con sus buenas maneras, con la confianza demostrada y las respuestas bien preparadas, pero, por encima de todo, con el compromiso matrimonial secreto con Antistia, la hija del juez. El rumor se extendió rápidamente, hasta el punto de que,

cuando por fin se anunció el veredicto, la muchedumbre expectante dejó escapar de inmediato la exclamación «*¡Talassio!*», el equivalente romano, algo más tosco, del «ahora puede ya besar a la novia». La atmósfera en Roma era muy tensa en aquellos años en los que no se sabía si Sila regresaría, y la ciudad era un lugar especialmente incómodo para un hombre cuyo padre había luchado contra el régimen del momento. Pompeyo se retiró pronto a las propiedades de la familia en Piceno y permaneció allí durante algún tiempo.[4]

En el 84, Cinna inició urgentes preparativos para hacer frente a la invasión de Sila. Pompeyo decidió unirse a su ejército, pero se sospechaba seriamente de él y pronto se retiró de nuevo a Piceno. Poco después, Cinna fue asesinado durante un motín por algunos de sus propios soldados y el cónsul Cneo Papirio Carbón fue quien asumió el mando supremo. El 83 llegaron noticias de que Sila se hallaba al fin en camino hacia Italia. Pompeyo decidió no arriesgarse a sufrir otro rechazo de los partidarios de Mario y se alineó ahora con el procónsul que regresaba. Un cierto número de jóvenes aristócratas, especialmente aquéllos que habían perdido algunos familiares en las purgas de Mario y Cinna, se unieron también a Sila, cuando éste desembarcó en Brindisi, pero Pompeyo estaba decidido a destacarse y no llegar allí con las manos vacías. En un primer momento, con cierta precaución, el joven, que ahora contaba veintitrés años, comenzó a reclutar tropas en Piceno. Su propia popularidad y, sin duda, un rechazo generalizado a disgustar al más rico de los terratenientes locales, le aseguró una respuesta entusiasta, tanto de las comunidades como de los propios individuos. Los agentes de Carbón fueron incapaces de detener aquella marea de reclutamientos y pronto se vieron obligados a huir. En poco tiempo, Pompeyo consiguió crear un pequeño cuerpo de caballería y una legión entera, nombrando centuriones y organizándola en cohortes a la manera habitual, y utilizando su fortuna personal para comprar el equipo necesario y pagar el salario de los legionarios. Adquirió también alimentos y el transporte necesario para acarrear los suministros del ejército. Con el tiempo conseguiría reclutar y financiar de la misma forma dos legiones más. Todo se hizo cuidadosamente y de la forma habitual, salvo por el detalle esencial de que Pompeyo no poseía ninguna clase de autoridad legal para reclutar tropas.

Cuando estuvo todo preparado, Pompeyo inició la marcha hacia el sur para unirse a Sila. Varios ejércitos enemigos trataron de interceptarle, pero las fuerzas que se oponían a Sila se encontraban sometidas, como venía siendo habitual, a un liderazgo dividido e incompetente. Debemos recordar también que, aunque Carbón y sus aliados habían reclutado un enorme número de tropas —Apiano habla de doscientas cincuenta cohortes—, la gran mayoría estaba tan mal equipada y tan desentrenada como los hombres de

Pompeyo. Amenazado por tres fuerzas, cada una de ellas tan grande o mayor que la suya, Pompeyo reunió su legión y atacó al enemigo que se hallaba más próximo y que incluía un contingente de caballería auxiliar gala. El joven, autonominado general, comenzó la acción dirigiendo él mismo el ataque de la caballería. Identificando al jefe de los jinetes galos que venía en su busca, Pompeyo se lanzó contra él y lo arrojó al suelo, de la misma forma en que Marcelo había matado a Britomaro. La muerte de su caudillo extendió el pánico entre los galos, que se batieron en retirada, extendiendo la confusión por el resto del ejército que, a su vez, se dio a la fuga.

Fue la primera de una serie de victorias que Pompeyo conseguiría antes incluso de reunirse con Sila y con el grueso de su ejército. La bienvenida que se le tributó excedió con mucho sus propias expectativas, pues el procónsul desmontó para recibir al joven general, tratándole de *imperator*, apelativo tradicionalmente reservado sólo a un comandante victorioso. Pompeyo se convirtió en uno de los subordinados principales en quienes más confiaba Sila, quien nunca dejaba de levantarse de su asiento o de inclinar ligeramente la cabeza en señal de respeto siempre que aparecía su joven aliado, honores que, por lo general, no prodigaba con muchos otros hombres más distinguidos.[5]

Ninguno de los bandos en guerra respetaba demasiado los precedentes y las leyes, pues Carbón se había elegido a sí mismo cónsul de nuevo para el año 82, entregando el otro consulado al hijo de Mario, que aún no había cumplido los treinta años. En primavera, Pompeyo fue enviado a la Galia Cisalpina en ayuda de otro de los hombres de Sila, el procónsul Metelo, con quien más adelante serviría en España. Entre ambos consiguieron una serie de victorias en la Italia septentrional mientras el propio Sila ocupaba Roma. Algunos de los aliados samnitas de Carbón tendieron una trampa para que saliera fuera de las murallas y a punto estuvieron de recuperar la ciudad, pero pudo regresar con el tiempo justo para conseguir una victoria mínima en la batalla de Porta Colina. En un momento de la pelea, Sila cabalgó hacia el ala izquierda, que se hallaba sometida a una fuerte presión, y fue elegido como objetivo por dos enemigos. En su intento por controlar la batalla, no advirtió aquella amenaza y podía haber sido muerto allí si su mozo de cuadra no hubiera estado muy alerta, fustigando el caballo blanco del general para evitar que le alcanzaran las jabalinas. El estilo romano de mando exponía al jefe supremo a considerables peligros, incluso hasta cuando se mantenía alejado de la lucha real.[6]

Después de establecer firmemente el control sobre Roma, Sila se proclamó *dictator rei publicae constituendae* (dictador para el restablecimiento de la República), recuperando la antigua magistratura suprema, pero sin imponer el límite de seis meses de ocupación del cargo. La venganza que

ejerció contra sus enemigos no fue menor que la efectuada por Mario y Cinna, pero estuvo mucho mejor organizada. Fueron muertos todos los samnitas que habían caído presos en Porta Colina pero, en la propia Roma, Sila siguió un proceso más formal y colocó listas de nombres en el Foro. A los hombres que aparecían en esos documentos se les consideraba «proscritos», con pérdida inmediata de todos los derechos como ciudadanos, y pasaba a ser perfectamente legal la muerte violenta de cualquiera de ellos. El cadáver o, más a menudo la cabeza cortada del muerto, debería entregarse a las autoridades como prueba de la muerte y, muy pronto, muchos de estos horribles trofeos decoraron el Foro y otros lugares públicos de Roma. La mayor parte de las propiedades de las víctimas pasaron a Sila y al Tesoro, pero el dictador se mostró muy generoso en la distribución de esos beneficios entre sus seguidores y muchos de éstos se volvieron inmensamente ricos. Más tarde se esparcieron numerosos rumores de que habían sido añadidos nombres a las listas de la proscripción sólo para satisfacer venganzas personales o por pura avaricia.

Las principales bajas de las proscripciones serían los senadores y los miembros del orden ecuestre, tanto por su significación política como por su riqueza. A continuación, Sila incluyó numerosos miembros nuevos en el Senado, doblando su número previo hasta totalizar unos seiscientos. Más o menos al año siguiente, presentó un programa legislativo, reduciendo el poder de los tribunos de la plebe y convirtiendo ese cargo en escasamente apetecible para los ambiciosos al prohibirles el acceso a posteriores magistraturas. Se reformaron los tribunales y las restricciones tradicionales a la ocupación de cargos y a las actividades de magistrados y gobernadores se volvieron a reafirmar o se reforzaron. El programa de reformas de Sila como dictador fue el de más amplio alcance hasta que Julio César consiguió el mismo cargo después de su victoria en otra guerra civil.

Bien pensado, lo que más llama la atención es lo poco que Sila trató de cambiar la naturaleza básica de la República. Por muy elevado que fuera el grado de maldad con el que los líderes luchaban entre sí en las peleas internas de Roma, rara era la ocasión en que esos conflictos contaban con una base ideológica significativa. Los hombres luchaban para conseguir el poder o para impedir que un rival odiado se hiciera con él. Aunque algunos revolucionarios prometieron la concesión de tierras o la abolición de todas las deudas pendientes con el fin de conseguir apoyos, ninguno de ellos parece haber planificado el cambio en la manera de funcionamiento de la República en cualquiera de sus elementos fundamentales. El objetivo principal de un líder y sus seguidores era siempre el de suplantar a los que habitualmente dominaban el Estado. Sila consiguió una victoria de esa clase, y la piedra miliar de sus reformas no fue otra que llenar el Senado de partidarios suyos.

Aunque la Guerra Civil estaba prácticamente finalizada en Italia, los simpatizantes de Mario continuaron la lucha en algunas de las provincias. Sila envió a Pompeyo a Sicilia en el otoño del 82 y, por primera vez, se le concedió un título oficial, pues el Senado le entregó el *imperium* de propretor. La campaña no duró mucho, ya que Perperna, el propretor de Mario, huyó rápidamente, y se completó con la captura y la ejecución del propio Carbón. Pompeyo incurrió en un cierto deshonor por la manera en que trató al líder enemigo, aunque este último sólo se ganó el desprecio de todos por no haber sido capaz de enfrentarse a la ejecución con el coraje que cabía esperar de un aristócrata romano. Otros relatos hablan de que el joven comandante disfrutó de las libertades derivadas del hecho de contar con un poder casi ilimitado pero, en conjunto, se cree que Pompeyo se comportó con mayor moderación que muchos otros de los hombres de Sila.[7]

Después de Sicilia, fue enviado a África, mandando una numerosísima fuerza de invasión compuesta por seis legiones, que desembarcó en Útica, a las afueras de Cartago (convertida ya, en esos momentos, en colonia romana). Poco después, un grupo de soldados halló enterrado un tesoro de monedas púnicas y rápidamente se extendió el rumor de que, durante la guerra contra Roma, numerosos cartagineses ricos habían enterrado sus objetos de valor como medida de seguridad. Durante varios días, la disciplina se hundió pues los legionarios se dedicaron con verdadero frenesí a la caza de tesoros. Era un indicio más de la cuestionable disciplina de muchas de las legiones reclutadas en medio de la confusión de la Guerra Civil. Su comandante se dio cuenta de que nada se podía hacer para restablecer el orden y se dedicó, simplemente, a recorrer la llanura de los alrededores, riéndose de aquel esfuerzo furioso de los legionarios. No apareció ningún otro tesoro y los soldados acabaron por desistir de su búsqueda. Pompeyo consideró que aquel cansancio que ellos mismos se habían impuesto ya era suficiente castigo y, al final, hizo marchar al ejército contra el enemigo. Tuvo entonces lugar una confusa lucha, en medio de un fuerte aguacero, en la que los hombres de Pompeyo consiguieron cierta ventaja, pero fueron incapaces de sacar provecho de ella. Al día siguiente de esta acción, el joven comandante estuvo a punto de caer abatido cuando no supo responder la contraseña de un nervioso centinela —un riesgo frecuente a lo largo de la historia y siempre especialmente grande cuando hay por en medio tropas reclutadas de forma precipitada—. Poco después se consiguió una victoria decisiva y Pompeyo decidió presentarse en la batalla con la cabeza descubierta para evitar convertirse en blanco de cualquier otro de sus propios soldados. Acabó la campaña africana con una numerosísima expedición de caza, declarando que incluso los animales deberían recibir una demostración del poder y las cualidades de Roma.[8]

Sila envió un despacho a Pompeyo ordenándole que permaneciera en la provincia con una sola legión y enviara el resto del ejército a Italia. Sus soldados lo consideraron como un ligero desprecio hacia su querido comandante y le pidieron que fuera él mismo quien los condujera hasta Italia. Pompeyo subió a la tribuna, levantada siempre en los campamentos que se ocupaban durante cierto tiempo, y trató sin éxito de restablecer la disciplina. Transcurrido algún tiempo, bajó de ella y, con las lágrimas rodándole por las mejillas, se retiró a la tienda, pero poco después se subió una vez más a la plataforma. Sólo tras jurar que acabaría con su propia vida si los legionarios no desistían de su petición consiguió que remitiera el tumulto; no obstante, en realidad acompañó a sus tropas de vuelta a Italia.

En un primer momento, Sila temió la reanudación de la guerra civil, pero los informes dejaron pronto muy claro que la lealtad de Pompeyo no había cambiado en absoluto. El dictador recibió a su joven protegido con gran amabilidad, concediéndole el título de Magno —«el Grande»—, aunque Plutarco afirma que Pompeyo no empleó ese nombre durante varios años. Sila mostró cierta resistencia a conceder al joven comandante el triunfo que pedía, pero finalmente cedió. Los planes de Pompeyo eran de una grandiosidad extrema, y quizá revelan un cierto grado de inmadurez, pues quería ir subido en un carruaje tirado por elefantes y sólo pudieron hacerle desistir cuando se descubrió que esos animales no podrían pasar bajo una de las puertas del itinerario del desfile. Más tarde se presentó otro problema cuando aquellos soldados aún indisciplinados se quejaron de que no habían recibido una parte suficientemente generosa del botín y amenazaron con interrumpir el desfile. Con el fin de contrarrestar ese desafío, Pompeyo amenazó a su vez con no celebrar el triunfo y con negarles el honor de marchar desfilando por la ciudad. La advertencia surtió efecto y, en esta ocasión, los disturbios concluyeron rápidamente. Al final, la ceremonia fue muy bien, pero se recordaría menos por el esplendor de la ocasión que por el hecho de que Pompeyo lo hubiera conseguido con poco más de veinte años y cuando nunca había detentado ninguna magistratura de la que se tuviera noticia. Escipión Africano no recibió un triunfo hasta después de su victoria en España.[9]

Política y guerra

Pompeyo no aceptó el cargo de senador, aunque parece cierto que Sila tenía gran interés en que pasara a formar parte del Senado. Le hubiera sido muy difícil iniciar ahora el *cursus* tradicional y detentar cargos inferiores como el de cuestor o edil, por lo que prefirió permanecer al margen de la

política convencional. Por cierto, esto no quiere decir que careciera de ambición suficiente como para convertirse en una figura señera de la República, sino, sencillamente, que estaba tratando de alcanzar ese objetivo siguiendo un camino propio. Su matrimonio con Antistia lo llevó a cabo para obtener una ventaja política inmediata y, en el 82, el dictador decidió que era necesario que el joven Pompeyo quedara ligado a él por un lazo parecido. Se le pidió que se divorciara de Antistia y contrajera matrimonio con Emilia, hijastra de Sila y embarazada del marido que tenía por entonces. El golpe fue especialmente duro para Antistia, cuyo padre había sido asesinado debido a su relación con Pompeyo y cuya madre se suicidó poco después. No obstante, las alianzas matrimoniales formaban un componente tradicional de la vida política romana y éste sólo se diferenció de otros muchos matrimonios aristocráticos por su grado de cinismo. La iniciativa procedió de Sila, pero parece ser que Pompeyo apenas mostró cierta desgana a cumplirla, pues la jugada era, sin duda, ventajosa para ambas partes. El matrimonio fue muy breve, ya que Emilia falleció de parto poco después. Los senadores rara vez permanecían solteros durante mucho tiempo y, en el 80, se desposó con Mucia, miembro de la distinguida familia de los Mucio Escévola, haciendo así otra útil relación política.

Para los senadores, el matrimonio era la más de las veces un asunto de posibilismo político y, a menudo, se sentía mucho más afecto por las amantes que por las esposas. Plutarco nos dice que Pompeyo vivió durante cierto tiempo un idilio con la cortesana Flora, cuya belleza era tal que hizo de modelo en un retrato que Metelo Pío puso en el templo de Cástor y Pólux —ejemplo temprano de una práctica que sería muy común en el Renacimiento—. Se decía que Flora se jactaba de que la pasión del joven general por ella era tan grande que habría podido mostrar siempre las señales de sus dientes después de haber hecho el amor. No obstante, hasta en esto Pompeyo dio muestras de su ambición política pues deseaba, por encima de todo, que otros mantuvieran con él una relación de dependencia y, finalmente, cedió Flora a un amigo que también la amaba, pero a quien ella había rechazado con anterioridad. Su sacrificio se consideró todavía mayor pues, según se creía, aún estaba enamorado de ella.

En ocasiones, la conducta del joven Pompeyo se parecía mucho más a la de un príncipe helenístico que a la de un aristócrata romano. La mayoría le consideraba una persona muy elegante, la sonrisa presta y cautivadoramente afectuoso. A muchos les recordaba al joven Alejandro, comparación que, según se decía, le agradaba de modo especial. Aunque no detentaba ningún poder formal y se mantenía fuera del Senado, no obstante gozaba de considerable influencia. A finales del 79, apoyó la campaña electoral de Marco Emilio Lépido quien, como resultado, consiguió el consulado al

año siguiente, en lugar del candidato preferido por Sila. Este último quizá había abandonado ya su cargo de dictador y se retiraría pronto a su villa en el campo. Su salud se iba deteriorando cada vez más y sólo le quedaban unos pocos meses de vida, pero las lenguas maliciosas afirmaban que llevaba una existencia depravada. Lépido había proclamado abiertamente su intención de rechazar una buena parte de la legislación de Sila, en especial las limitaciones impuestas al poder del tribunado.

El juicio que Pompeyo tenía del carácter de las personas era, a menudo, pobre y la confianza en su propio talento para controlar la conducta de aquélllas se hallaba fuera de lugar. Las razones de su apoyo a Lépido no están nada claras, pero muy pronto iba a comprobarse que esa decisión había sido un grave error. Cuando Sila murió de una enfermedad que, según nuestras fuentes que muestran los detalles más escabrosos, provocaba la podredumbre de la carne y cubría el cuerpo de pústulas infestadas de ácaros, Lépido trató de impedir que se le rindieran honores en un funeral público, algo tan importante para los senadores. Pompeyo, ya sea como muestra de afecto por su antiguo jefe o por el recuerdo amargo del maltrato que había recibido el cadáver de su padre, fue uno de los que aseguró que el funeral se llevase a cabo de la manera adecuada y de que no hubiera disturbios. Las cenizas de Sila quedaron enterradas en el Campo de Marte, en un monumento en el que podía leerse una inscripción propia en la que se declaraba que ningún hombre había tratado nunca mejor a sus amigos ni causado más daño a sus enemigos.

Pocos meses después de haber ocupado el cargo, Lépido se encontraba a la cabeza de un ejército en abierta revuelta contra el Senado. Inmediatamente desapareció cualquier asomo de relación entre ambos hombres, pues Pompeyo no se unió al cónsul rebelde ni mostró reparo alguno en responder a la llamada de un Senado desesperado para marchar contra aquél. De forma rápida reclutó varias legiones —una vez más buena parte de ellas en su patria chica del Piceno y costeando la mayor parte de los gastos con su propia fortuna— y, en una breve campaña, reprimió el levantamiento. Capturó y ejecutó al legado principal de Lépido, Marco Junio Bruto (padre del hombre que dirigiría la conspiración contra Julio César, en el año 44). Lépido huyó a Cerdeña donde acabó vencido por el abatimiento y murió poco después. Se decía que estaba más deprimido por la infidelidad repetida de su esposa que por el fracaso de su revuelta. Muchos de los rebeldes, incluido Perperna, huyeron a España, donde finalmente se unieron a Sertorio. Italia se hallaba una vez más en paz, pero Pompeyo se mostraba cada vez menos dispuesto a licenciar a sus legiones y regresar a la vida privada. Lucio Marcio Filipo, uno de sus más antiguos aliados en el Senado, sugirió que el joven comandante victorio-

so fuese enviado a España para apoyar a Metelo Pío. Esa posición se vio muy reforzada cuando ninguno de los dos cónsules elegidos para aquel año mostró disposición alguna de hacerse cargo del mando. Finalmente, el Senado aceptó que apenas tenía otra posibilidad sino la de conceder la provincia de Hispania Citerior y el *imperium* proconsular a un Pompeyo que, en ese momento, contaba veintiocho años de edad, pues ofrecía la mejor opción de derrotar a Sertorio. Filipo declaró de manera cortante que Pompeyo no había sido enviado allí como procónsul (*pro consule*), sino «en lugar de ambos cónsules» (*pro consulibus*).[10]

Como ya hemos visto, Pompeyo se encontró en España con un adversario mucho más duro que cualquiera de aquéllos a los que había debido enfrentarse en las anteriores campañas. «El alumno de Sila» recibió varias lecciones contundentes por parte del comandante seguidor de Mario, especialmente en los primeros encuentros. Sin embargo, Pompeyo aprendió de sus experiencias y acabó demostrando una enorme superioridad sobre cualquiera de los subordinados de Sertorio. Al final, él mismo y Metelo fueron confinando poco a poco a su adversario en una parte cada vez menos extensa de la Península. Las victorias de Sertorio se hicieron menos frecuentes, mientras continuaba sufriendo pérdidas imposibles de sustituir, y sus seguidores, tanto los romanos como los españoles, comenzaron a alinearse con el bando enemigo. En España, la lucha consistió en una dura guerra de desgaste, librada sin ninguna clase de compasión por ambas partes. Las excavaciones de Valencia han revelado un nivel incendiado de la época en que la ciudad fue tomada por los hombres de Pompeyo. Aparecen en él varios esqueletos. Algunos de ellos habían fallecido a causa de las heridas recibidas evidentemente en combate, pero al menos uno —un hombre de más edad que quizá fuera un oficial— había sido torturado y se le encontró un *pilum* introducido por el recto. La guerra de España fue larga y provocó una enorme devastación, arruinando la vida perfectamente organizada de las provincias. Después de su conclusión, Pompeyo dedicó considerables esfuerzos a reorganizar la provincia, fundando ciudades como Pompaelo (la actual Pamplona), para animar a algunas de las tribus más indisciplinadas de las montañas a que llevaran una existencia más tranquila y pacífica. No sería hasta el año 71 cuando, finalmente, regresó con el ejército a Italia.[11]

Espartaco, el gladiador convertido en general

Aunque libre de guerras civiles desde la derrota de Lépido, Italia no estaba en paz. En el 73, un grupo formado por alrededor de ochenta lu-

chadores huyó de una escuela de gladiadores de Capua y se refugió en las faldas del Vesubio. Dedicados al pillaje de la zona, se les fueron uniendo numerosos esclavos fugitivos hasta que su líder, Espartaco, se encontró al mando de un ejército numeroso y siempre creciente. Poco se sabe de este hombre notable, salvo que era tracio. Varias fuentes afirman que había luchado contra los romanos y había sido hecho prisionero, o que había servido como auxiliar en las legiones. Ambas cosas pueden ser ciertas, aunque quizá la segunda afirmación sea algo más dudosa, pues los romanos estaban siempre orgullosos de decir que sus peores enemigos habían sido siempre aquéllos a quienes ellos mismos habían adiestrado, de la misma manera en que Yugurta había aprendido cómo luchar cuando servía con Emiliano en Numancia.

Cualquiera que sea la verdad sobre sus orígenes, hizo gala de un gran genio para la táctica, el mando y la organización, convirtiendo aquella turbamulta disparatada, formada por esclavos germanos, tracios, galos y de muchas otras nacionalidades, en un ejército formidable. En un primer momento, los romanos enviaron contra los esclavos fuerzas en número escaso y todas ellas acabaron derrotadas. Entonces, reunieron ejércitos de gran tamaño, al mando de comandantes consulares, sólo para ver cómo Espartaco les infligía derrotas en toda regla, y cómo, con cada victoria, conseguía más armas y armaduras para equipar sus fuerzas. Con el tiempo, los esclavos crearon talleres para fabricar equipo militar, cambiando por bronce, hierro y estaño el botín conseguido en las ricas explotaciones agrarias del país. Después de la derrota de los dos cónsules del año 72, el Senado encargó el mando principal contra los esclavos a Marco Licinio Craso, que había sido pretor el año anterior. Craso era otro de los hombres que se había alineado con Sila en la Guerra Civil (tanto su padre como su hermano mayor habían sido asesinados en las purgas llevadas a cabo por Mario). Sirvió bien a Sila, aunque no de una manera tan espectacular como Pompeyo, y mandó una de las alas del ejército en la batalla de Porta Colina. Un dictador agradecido entregó a Craso un buen número de las propiedades confiscadas a las víctimas de las proscripciones, y éste las convirtió rápidamente en una inmensa fortuna mediante inversiones hábiles y actividades mercantiles.

Craso inició su mando en la Guerra Servil imponiendo el arcaico castigo del diezmo a las legiones que habían huido cuando se hallaban al mando de sus predecesores, según el cual los soldados golpeaban hasta la muerte a uno de cada diez de entre ellos, elegido a suertes. El 90 % restante de las legiones sufrió un castigo más simbólico, consistente en recibir una ración de cebada, en lugar de trigo, y viéndose obligados —al menos en algunos casos— a levantar las tiendas fuera de los muros del campamento del

ejército. Unas medidas tan brutales eran un indicio claro del extendido miedo a los esclavos y de la implacable determinación de Craso de obtener la victoria. A esas dos legiones añadió otras seis, formadas por tropas recién reclutadas. El pretor derrotó a un grupo que se había escindido del principal ejército de Espartaco, y levantó entonces una inmensa línea de fortificaciones con el fin de recluir al resto de los esclavos en la punta más extrema de Italia. Espartaco consiguió romper la línea pero, finalmente, se vio obligado a aceptar batalla en el año 71 y cayó derrotado después de una lucha durísima. En el comienzo de esa acción, el antiguo gladiador cortó el cuello a su propio caballo (se trataba de un animal de gran valor que había sido capturado a un comandante romano derrotado), para demostrar a sus hombres que no estaba en su ánimo huir y que pelearía y moriría con ellos. Ese gesto recordaba la decisión de Mario de situarse en primera línea de combate en Aquae Sextiae.

Plutarco afirma que Espartaco fue reducido cuando trataba de alcanzar al propio Craso, después de haber dado muerte a dos centuriones que le salieron al paso a un tiempo. Muchos de los esclavos cayeron muertos, pero se hicieron seis mil prisioneros adultos varones. Craso los hizo crucificar a todos a intervalos regulares a lo largo de la Vía Apia, desde Roma hasta Capua, como espantosa demostración del destino que les esperaba a los esclavos que se rebelaban. En una sociedad que descansaba en gran medida en el trabajo de los esclavos, el pensamiento de que éstos pudieran volverse contra sus dueños constituía uno de los más oscuros temores de los romanos. Precisamente debido a que Espartaco había demostrado ser un enemigo tan formidable mientras estaba vivo, eso mismo sirvió para, después de muerto, quitarle importancia a la amenaza que había supuesto. A Craso se le denegó la celebración de un triunfo, y debió conformarse con el honor menor de una ovación.[12]

Cuando el ejército de Pompeyo regresó a Italia, tropezó con varios miles de esclavos que habían conseguido escapar de la derrota de Espartaco, a los que aniquiló. Mostrando una cierta envidia, dado el nivel de sus propias hazañas y del segundo triunfo que estaba a punto de celebrar, Pompeyo sostuvo que era él quien había concluido la Guerra Servil. Este hecho sólo sirvió para alimentar una animosidad ya existente entre ambos hombres, que podría remitirse a los celos de Craso cuando Sila concedió una posición mucho más importante a Pompeyo. Éste tenía ahora treinta y cinco años y, finalmente, había decidido participar en política aspirando al consulado. Craso, que era ocho o nueve años mayor y cuya carrera había sido, desde la Guerra Civil, bastante convencional, se hallaba también deseoso por conseguir la más alta magistratura. Ambos acantonaron sus ejércitos no lejos de Roma, con el pretexto de efectuar la mar-

cha de celebración del triunfo y de la ovación, respectivamente. Quizá se trataba de una amenaza poco velada, quizá reflejaba la sospecha que cada uno de ellos albergaba del otro, pero en algún momento de los meses finales del año 71, los dos victoriosos comandantes enterraron sus diferencias personales y anunciaron una campaña electoral conjunta. El Senado se dio cuenta rápidamente de que no podría oponerse a una candidatura así y permitió que Pompeyo la mantuviera aunque aún se encontraba por debajo de la edad legal impuesta por la ley de Sila y a que ambos hombres la presentaran *in absentia*, pues no les estaba permitido entrar en la ciudad hasta el día de la celebración del triunfo y de la ovación. La popularidad de Pompeyo y el dinero de Craso, unidos a sus incuestionables hazañas y, posiblemente al miedo a sus ejércitos, dieron como resultado una victoria abrumadora. El 29 de diciembre del año 71 a.C., Pompeyó cabalgó en triunfo por la Vía Sacra, inició su consulado y se convirtió en senador, todo ello el mismo día.[13]

Hubo un acto postrero en esa transición de Pompeyo a algo que se aproximaba a la ocupación de un lugar legítimo en la vida pública romana, una obra de teatro político de aquella clase tan querida por los romanos. Era tradicional que los censores elegidos cada cinco años tuvieran un recuerdo formal para cualquier miembro del orden ecuestre que hubiera llegado al final de su vida militar, rememorando detalles de sus acciones y alabando o condenando formalmente su conducta. En el siglo I a.C., se trataba de una práctica bastante arcaica, pues los ecuestres hacía ya tiempo que no proveían de caballería a las legiones y sólo había una cierta proporción de entre ellos que eran elegidos para servir como tribunos o en otros rangos de la oficialidad, pero la merma de su importancia raramente conseguía que los romanos dieran la espalda a las ceremonias tradicionales. Cuando los censores estaban metidos en esa tarea, se extendió el rumor de que se acercaba Pompeyo, acompañado de los doce lictores que le señalaban como cónsul y conduciendo un caballo, símbolo del antiguo papel militar de un *eques*. El cónsul ordenó a los lictores que le abrieran paso hasta los censores, pero fue tal la sorpresa de estos últimos que les llevó cierto tiempo formular las palabras tradicionales para preguntar si un hombre había cumplido sus deberes para con la República. Pompeyo replicó, con una voz que llegó con claridad a la muchedumbre expectante, que había servido todas las veces que el Estado se lo había pedido y siempre lo había hecho bajo su propio mando. En medio de un extraordinario entusiasmo y de grandes aplausos, los censores escoltaron formalmente al cónsul de regreso a su casa en señal de respeto.[14]

Los piratas

La alianza entre Pompeyo y Craso no duró mucho, y su consulado se vio marcado por numerosos enfrentamientos. Pompeyo cumplió su promesa electoral de restablecer el poder del tribunado, eliminando las restricciones que Sila había impuesto a este cargo. Como ambos cónsules habían acabado de finalizar guerras victoriosas, ninguno de ellos mostraba deseo alguno por hacerse responsable de una provincia después de cumplido el año en el cargo. Pompeyo había añadido ahora legitimidad política a su riqueza y prestigio, y por el momento se contentaba con mantener su posición como uno de los más preeminentes miembros del Senado. Pero, lo mismo que le había ocurrido a Escipión Africano más de un siglo antes, pronto iba a darse cuenta de que una juventud pasada en campaña y a la cabeza de un ejército constituía una escuela muy pobre para soportar la dureza y la bajeza de la política romana.

Al comienzo de su consulado, pidió a Marco Terencio Varrón —descendiente del hombre que había perdido la batalla de Cannas y notable polifacético, escritor de numerosos estudios sobre los más variados campos—, que le preparara un manual explicativo de los procedimientos y las convenciones senatoriales. Ahora que ya no podía exigir obediencia ni derrotar a los enemigos en una batalla, Pompeyo encontró difícil de conseguir lo que quería al convertir su riqueza y su prestigio en influencia política real. Craso utilizó su dinero con gran habilidad, concediendo préstamos a los numerosos senadores que rivalizaban por satisfacer los elevados costes de una carrera política y, andando el tiempo, consiguió que la mayor parte del Senado se convirtiese en deudora suya. Pompeyo carecía de la experiencia y el instinto para obrar de igual manera. No era precisamente un orador extraordinario y, con el paso del tiempo, iba dedicando cada vez menos atención al Senado y rara vez actuaba a favor de alguien en los tribunales. Parece ser que había sido muy sensible a las críticas y a la hostilidad y prefería evitar cualquier daño a su prestigio manteniéndose al margen de la vida pública. Al cabo de algunos años, comenzó a sentirse frustrado por el hecho de que sus grandes hazañas no le hubieran aportado la supremacía permanente que creía estarle reservada. Lo mismo que Mario, recordaba la adulación del Pueblo cuando había regresado en triunfo a la ciudad y se dio cuenta de que sólo cuando libraba una guerra de importancia sobresalía realmente por encima del resto del Senado. Pompeyo comenzó a buscar otro conflicto de primera línea y, en el 67 a.C., se le presentó su oportunidad.

La piratería fue una característica de la vida en el Mediterráneo durante la mayor parte del periodo clásico. Cuando existían reinos fuertes con una poderosa marina, aquélla quedaba por lo general reducida a un míni-

mo e incluso erradicada durante breves periodos. Sin embargo, la derrota que Roma infligió a Macedonia y al imperio seléucida, unida a la inexorable decadencia del Egipto ptolemaico, eliminó a su vez las flotas que habían mantenido controlada la piratería en el Mediterráneo oriental. Muchas de las comunidades costeras de Asia Menor, especialmente de Cilicia, Creta y las demás islas más pequeñas, se dedicaron al pillaje marítimo, encontrando en los ricos beneficios proporcionados por el saqueo y los rescates un suplemento bien recibido a la magra producción de la pesca y la agricultura. La extensión de la piratería recibió nuevos bríos cuando Mitrídates del Ponto dio dinero y barcos de guerra a los jefes piratas para que le ayudaran en su guerra contra Roma. A pesar de proceder de comunidades tan diferentes y de carecer de cualquier jerarquía política formal, parece ser que los piratas rara vez luchaban entre sí y, a menudo, enviaban fuerzas o dinero para ayudar a quien de entre ellos se sintiera amenazado. Viajar se había vuelto difícil —el joven Julio César fue uno de los romanos importantes que había sido tomado como rehén por los piratas y del que se pidió rescate—, y el comercio comenzó a resentirse. La población de Italia y, especialmente, la ciudad de Roma había ido ampliándose hasta más allá del nivel en el que podía alimentarse a partir de la producción propia y dependía ahora de las masivas importaciones de grano de Sicilia, Egipto y el norte de África. Las actividades piráticas comenzaron a amenazar este modo de vida, provocando la disminución de los suministros de cereal y el aumento de los precios.

En el año 74, el Senado envió contra los piratas al antiguo pretor Marco Antonio, a quien se concedieron amplios poderes y considerables recursos; pero, al contrario que su famoso hijo de igual nombre, era muy poco capaz y fue derrotado en una batalla naval librada en Creta, en el año 72. Antonio murió poco después de esa derrota y, en el 69, se envió al cónsul Quinto Cecilio Metelo a destruir las fortificaciones de Creta. Demostró una gran capacidad como comandante, pero la campaña implicaba el asedio de una ciudad fortificada tras otra y, por ello, el progreso era lento. A pesar de los éxitos alcanzados, el problema de los piratas fue incluso empeorando y, en una ocasión, fueron secuestrados dos pretores, junto con sus lictores y todo su séquito, cuando viajaban por una zona costera de Italia, al tiempo que la propia Ostia sufría incursiones de pillaje.[15]

En el año 67, la escasez de grano llegó a un punto crítico y el tribuno Aulo Gabinio propuso volver a crear una provincia única y poderes extraordinarios como los que se habían entregado a Antonio. En un primer momento, Gabinio no hizo mención alguna de Pompeyo como el receptor más evidente de ese mando, pero está claro que ya entonces existía una estrecha relación entre esos dos hombres. Cicerón afirma que

Gabinio se hallaba muy endeudado y lo más probable es que Pompeyo le ofreciera su apoyo, ayudándole financieramente. La Asamblea Popular aprobó la *Lex Gabinia* y a Pompeyo se le concedió el *imperium* proconsular no sólo sobre todo el Mediterráneo, sino también en cincuenta millas tierra adentro. No está completamente claro si su *imperium* era igual o superior al de cualquier otro procónsul cuya provincia tocara a la suya, pero quizá deberíamos aceptar esto último como situación más lógica.

Se le asignaron veinticuatro legados como ayudantes —todos los cuales habían ejercido un mando militar en el pasado o, al menos, habían sido pretores—, asistido cada uno de ellos por dos cuestores. Finalmente sus fuerzas estarían constituidas por una flota de quinientos navíos de guerra, apoyada por un ejército de ciento veinte mil infantes y cinco mil jinetes, junto con el dinero y los recursos en víveres y otros suministros necesarios para mantenerlos. Es probable que muchas de esas tropas no fueran legionarios bien preparados, sino levas locales reclutadas a toda prisa. Esas cifras podían también incluir las guarniciones ya existentes en las provincias sobre las que se extendía el *imperium* de Pompeyo, que quedaban bajo su jurisdicción mientras durase la campaña. A pesar de esas cifras tan exageradas, iba a ser una acción esencialmente de policía. Pompeyo necesitaba muchos hombres para hacer presión sobre los piratas de forma simultánea desde todas direcciones, y era probable que sólo una pequeña fracción de esas fuerzas tuviera que hacer frente a una lucha decidida.[16]

Aunque a Antonio se le había concedido un *imperium* similar, fue sólo el prestigio personal de Pompeyo el que aseguró los enormes recursos puestos a su disposición, convirtiendo su mando en algo sin precedentes por su escala. Sorprende que este mando se lo asegurara el tribunado, cuyos poderes había restablecido él mismo durante su consulado. La manera en que esta provincia le fue adjudicada es semejante a la forma en que Mario fue designado para luchar contra Yugurta, los cimbrios y teutones, y Mitrídates. Sólo un puñado de generales contaron con un apoyo popular suficiente para cambiar el modo habitual de asignación de las provincias y de los recursos correspondientes. Era tal la fe que el pueblo sentía por Pompeyo que, según se dice, tan pronto como fue nombrado, el precio del maíz comenzó a bajar en el Foro. Incluso muchos senadores, reacios a concederle a un hombre tanto poder —y mucho menos a alguien cuyo prestigio y riqueza habían superado los de todos sus rivales—, parecen haber reconocido que era la mejor manera de enfrentarse al azote de la piratería. Los legados de Pompeyo formaban un grupo muy distinguido, compuesto fundamentalmente por hombres procedentes de las familias nobles de más rancio abolengo.

La estrategia de Pompeyo fue posible por la enorme cantidad de tropas que tenía bajo su mando, pero fue también un tributo a su genio organizativo. Dividió el Mediterráneo en trece zonas —seis en el oeste y siete en el este, mandada cada una de ellas por un legado, que contaba con elementos navales y militares a su disposición—. Los mandos occidentales fueron confiados a Aulo Manlio Torcuato, Tiberio Claudio Nerón, Marco Pomponio, Publio Atilio, Lucio Gelio y Aulo Plotio, a quien se le confió la costa italiana. En oriente estaban Cneo Léntulo Marcelino, Cneo Cornelio Léntulo Clodiano, Marco Terencio Varrón (el mismo hombre que había redactado el manual sobre el procedimiento senatorial), Quinto Cecilio Metelo Nepos, Lucio Sisenna, Lucio Lolio y Marco Pupio Pisón. Todos ellos recibieron órdenes estrictas de no perseguir a ningún enemigo más allá de los límites de la región que se les había confiado. Pompeyo no se hallaba sujeto a ninguna zona en concreto y contaba con una escuadra de sesenta navíos de guerra a su inmediata disposición. Nuestras fuentes antiguas no especifican el papel a desempeñar por los restantes legados. Algunos de ellos debieron estar destinados a la supervisión del tremendo ejercicio logístico exigido para mantener ese esfuerzo bélico tan enorme. Es también más que probable que a otros se les asignaran escuadras móviles, como la mandada por el propio Pompeyo, para perseguir a los barcos piratas de una región a otra.

Al principio de la primavera del 67, se abrió la campaña en las regiones occidentales, y se dice que Pompeyo la liberó de piratas en sólo cuarenta días. Éstos, a quienes se había permitido que, durante muchas décadas, se dedicaran a realizar sus actividades casi sin ser molestados, no estaban preparados para este violento ataque y huyeron sin apenas presentar batalla. Después de una breve estancia en Roma, donde uno de los cónsules del año 67 había estado tratando alegremente de minar su autoridad y había ordenado la desmovilización de algunas de sus tropas, Pompeyo dirigió su escuadra móvil hacia el este con el fin de enfrentarse al verdadero núcleo de la piratería. Se esperaba que la lucha sería aquí más dura, pero parece ser que los piratas de esta zona erraron por entero su estrategia y, a pesar de su trabajo en equipo de los tiempos anteriores, ahora tendieron a responder de manera individual. Algunos trataron de huir, pero un número cada vez mayor comenzó a rendirse. La opción romana de hacer uso de la brutalidad era decididamente pragmática y ahora no era el momento de efectuar ejecuciones masivas. Los piratas y sus familias no recibieron maltrato alguno, y muchos comenzaron a actuar como delatores, proporcionando a los romanos información para planificar operaciones contra otros cabecillas.

Al extenderse los rumores del trato recibido por estos hombres, se entregaron muchos otros enemigos. Pompeyo había preparado equipo de ase-

dio para tomar las fortificaciones de la montañosa costa de Cilicia, pero se encontró con que casi todas ellas capitulaban tan pronto llegaba hasta allí. En ocasiones, los piratas pelearon y fueron derrotados, pero su resistencia se hundió rápidamente. Floro nos describe las tripulaciones de los navíos arrojando remos y armas al agua, y aplaudiendo —gesto característico de rendición de los piratas— casi tan pronto como veían que se aproximaban las galeras romanas. Esta vez, la campaña duró cuarenta y nueve días. Las fuerzas de Pompeyo capturaron en combate setenta y un barcos y otros trescientos seis se les rindieron. Unos noventa fueron considerados barcos de guerra y se les dotó de espolones. En la inscripción erigida para celebrar el triunfo, y conforme con la tradición que exigía que la victoria se cuantificara al máximo, se afirmaba que, a lo largo de toda la campaña, se habían apoderado de ochocientos cuarenta y seis navíos, aunque en esa cifra debieron incluirse hasta los botes más pequeños.

El trato que Pompeyo confirió a sus veinte mil cautivos muestra un profundo conocimiento de las causas de la piratería, pues sabía muy bien que pronto volverían a dedicarse a su profesión si se les permitía el retorno a sus comunidades costeras. Las viejas fortificaciones piratas fueron reducidas al mínimo o destruidas, y los prisioneros asentados en regiones más fértiles. Muchos de ellos marcharon a la ciudad costera de Soli, en Cilicia, que fue bautizada de nuevo con el nombre de Pompeyópolis, y se convirtió en una próspera comunidad de comerciantes. Ese traslado forzoso de grupos enteros de guerreros problemáticos y de sus familias hacia tierras mejores lo habían utilizado los romanos ya anteriormente en Liguria y España, y demostró ser igual de efectivo con los piratas. La práctica de las incursiones sobre zonas costeras y la piratería no quedaron erradicadas por completo del Mediterráneo, pero nunca más volvieron a gozar de un nivel similar al de las primeras décadas del siglo I a.C. En la época imperial, la marina romana adquirió un carácter más permanente y llenó el vacío dejado por la decadencia de las potencias helenísticas.[17]

En la guerra contra la piratería, la República romana movilizó enormes cantidades de recursos y, bajo el mando cualificado de Pompeyo, consiguió una rápida y al mismo tiempo casi incruenta victoria sobre un gran número de enemigos, si bien éstos actuaron desunidos. Se trató de una considerable hazaña de planificación y logística, tanto como de técnica de lucha, y fue una desgracia que finalizara con un incidente que reflejaba una manera de actuar menos favorable a Pompeyo. En el año 67, Metelo se hallaba operando aún contra los piratas de Creta en una campaña que acabaría por proporcionarle el título honorífico de Cretense. Al conocer el generoso trato que Pompeyo concedía a los prisioneros, se presentaron a éste en Cilicia los representantes de una fortaleza asediada por

las legiones de Metelo con el fin de rendirse. Pompeyo lo aceptó sin demora, entendiéndolo como una prueba más de su enorme fama, pero Metelo se sintió indignado por la interferencia en su propia guerra y rechazó el reconocimiento de aquella rendición. Aquél envió entonces a uno de sus legados, Lucio Octavio, de quien se decía incluso que había llegado a luchar con los piratas contra los hombres de Metelo, aunque ello no sirvió para evitar su derrota final. El deseo tanto de Pompeyo como de Metelo de conseguir la gloria por la victoria en una guerra y anteponerlo a los intereses del Estado reflejaba la mentalidad típica de la élite senatorial. No obstante, en el caso de Pompeyo hace pensar en una cierta dosis de envidia así como en la negativa a permitir que nadie consiguiera ninguna clase de gloria, dado que sus propias hazañas eran ya muy superiores a las de Metelo o a las de cualquier otro.[18]

Mitrídates y las guerras de Oriente

Pompeyo pasó el invierno en Cilicia con el grueso del ejército. A principios del año 66 y a petición de un tribuno, la Asamblea Popular le concedió otro mando extraordinario, entregándole el control sobre el Mediterráneo Oriental y de la guerra consiguiente contra Mitrídates del Ponto, a quien Sila había derrotado, pero no destruido. Había terminado el año de cargo de Gabinio y pronto quedó empleado como uno de los legados de Pompeyo, por lo que, en esta ocasión, la ley la propuso uno de los nuevos tribunos, Caio Manlio. La *Lex Manilia* recibió un fuerte apoyo de los senadores y, especialmente, del orden ecuestre. Marco Tulio Cicerón, quien con posterioridad publicaría el discurso que pronunció a favor de esa ley, declaró que Pompeyo poseía en abundancia los cuatro principales atributos de un gran general, «conocimiento militar, coraje, autoridad y buena suerte» (*scientam rei militaris, virtutem, auctoritatem, felicitatem*). Cuando Pompeyo conoció su nombramiento se quejó públicamente de que el Estado no le concedía oportunidad alguna de descanso y de dedicación a la familia. Hasta sus mejores amigos encontraron embarazosa esta resistencia ficticia, pues había estado deseando con fervor efectuar una campaña militar contra Mitrídates y, sin duda, había animado (aunque en realidad no la promovió), la maniobra política que, finalmente, serviría para entregarle el mando.[19]

En el año 74, Mitrídates invadió la provincia romana de Bitinia y avanzó hacia la vecina Asia. Se le opuso Lucio Licinio Lúculo, el cuestor que, en el 88, fue el único senador en seguir a Sila en su marcha sobre Roma. Lúculo era un estratega y un táctico de talento verdaderamente excepcional, que,

a pesar de lo limitado de sus recursos, se impuso por su habilidad a Mitrídates y derrotó sus ejércitos tanto en el campo de batalla como rindiéndolos por hambre. Los invasores fueron expulsados de las provincias romanas, llegando incluso Roma a atacar el propio Ponto. Cuando el rey formó una alianza con Tigranes de Armenia, el ejército romano penetró de manera profunda en territorio de este último. Tanto el Ponto como Armenia reclutaron ejércitos excepcionalmente numerosos, pero sólo contaban con algunas unidades con verdadera capacidad de lucha. Se decía que Tigranes se había burlado porque los hombres de Lúculo «eran demasiado poco numerosos para formar un ejército, pero demasiados para una embajada», todo ello poco antes de que las legiones le hicieran pedazos en algunas horas.

En el año 68 parecía que la guerra estaba finalizada pero, a pesar de sus cualidades como general, Lúculo carecía de la capacidad para ganarse el afecto de sus soldados y era profundamente impopular en el ejército. A su regreso a Roma, tampoco fue una personalidad del agrado de numerosos grupos influyentes, en particular de los hombres de negocios del orden ecuestre cuyas compañías operaban en provincias. Lúculo había restringido seriamente las actividades ilegales de muchos de sus agentes, una medida que hizo mucho para que Roma recuperara la lealtad de los habitantes de las provincias. En el año 69, Asia dejó de ser una provincia de Lúculo y un año después también quedó sin Cilicia, que se colocó bajo otro mando. A punto de conseguir una victoria total, al general romano se le restringió el envío de tropas y recursos, mientras debía sufrir motines de sus propios legionarios. Al tiempo que la presión de Roma iba debilitándose, aumentaban los contraataques del enemigo y, en el año 67, Mitrídates derrotó al legado Triario. Las bajas fueron elevadas, habiendo caído en combate no menos de veinticuatro tribunos y ciento cincuenta centuriones. Ese elevado número de bajas entre los oficiales quizá indique la necesidad que tenían jefes muy jóvenes de asumir riesgos excesivos en su intento por dar ejemplo a soldados desmotivados. Al finalizar la batalla, Mitrídates estuvo a punto de caer abatido por un centurión que se mezcló con la comitiva del rey y que consiguió herirle en una corva antes de acabar descuartizado por la enfurecida guardia personal del rey.

Al finalizar el año, tanto Mitrídates como Tigranes habían recuperado buena parte del territorio de sus reinos, y a Lúculo le habían dejado algunos restos de las fuerzas controladas por él en otro tiempo. Ni siquiera éstas sentían demasiado afecto por él y rechazaron las súplicas que les dirigió para que desobedecieran la orden que obligaba a estas legiones a unirse con el recién llegado Pompeyo. Plutarco describe al comandante romano vagando por el campamento con lágrimas en los ojos, suplicando a sus hombres que permanecieran con él. Fue un final más bien patético a la carrera

militar de un soldado muy capacitado. La reunión en la que Pompeyo se hizo formalmente cargo del mando parece que degeneró en una disputa a gritos. De una forma bastante mezquina, su sucesor sólo permitió a Lúculo que llevara de regreso a Roma a mil seiscientos soldados para que marcharan con él en su triunfo, un grupo de hombres tan proclive al motín que Pompeyo los consideraba inútiles por completo para el servicio activo.[20]

La provincia de Pompeyo incluía Bitinia, Ponto y Cilicia, y se le entregaron todos los recursos de que había carecido su predecesor, especialmente porque continuó conservando el mando del Mediterráneo que le había sido concedido por la *Lex Gabinia*. Poseía asimismo la capacidad para comenzar una nueva guerra o firmar la paz a su entera discreción. Una de las leyes de Sila había prohibido que un gobernador dirigiera tropas más allá de las fronteras de la provincia que tenía adjudicada sin el permiso expreso del Senado, y la invasión que Lúculo había llevado a cabo en Armenia sin autorización levantó algunas críticas en Roma, incluso aunque pudiera tener un cierto sentido desde el punto de vista militar. Ya desde un principio, Pompeyo recibió mucha mayor libertad de acción. Mientras su flota —a excepción de aquellas escuadras que se mantenían aún adscritas a determinadas regiones— patrullaba la costa mediterránea y el Bósforo, Pompeyo reunió un ejército de treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería. Mitrídates contaba aproximadamente con la misma infantería, pero un millar de jinetes más, que se encontraban con él en la frontera occidental de su reino.

En esta misma región se habían librado varias batallas durante las campañas de Lúculo y se hallaba toda ella devastada y saqueada, de manera que el ejército del Ponto tenía dificultades para encontrar víveres mientras esperaba hacer frente a la invasión romana. La deserción se castigaba con la crucifixión, la ceguera o la hoguera, pero, a pesar de la brutalidad de tales castigos, el rey iba perdiendo hombres con gran rapidez. Preguntándose si el trato clemente de Pompeyo a los piratas podía hacerlo extensivo a él mismo, Mitrídates envió embajadores al campamento romano, sólo para verse enfrentado a la exigencia de una rendición incondicional. A medida que la escasez de suministros aumentaba, el rey se retiró al interior de su reino. Los romanos se hallaban mejor preparados, y mientras Pompeyo perseguía al ejército del Ponto, sus legiones recibían suministros de convoyes que les proporcionaban víveres traídos de sus bases de la provincia. Mitrídates envió su caballería para cortar las líneas de comunicación romanas pero, aunque esto provocó alguna escasez, no fue suficiente para detener a sus perseguidores.[21]

En ese momento, los ejércitos habían alcanzado una parte del reino del Ponto, conocida como la Baja Armenia. Se trataba de una zona fértil, prác-

ticamente no afectada por la guerra, pero las partidas de Pompeyo dedicadas a forrajear tenían dificultades para operar frente a la confiada caballería enemiga, y sus propios depósitos de suministros se encontraban ahora a gran distancia. Mitrídates había ubicado el campamento en una zona elevada, haciendo improbable que tuviera éxito un ataque directo contra una posición bien defendida. Pompeyo había trasladado su propio campamento a una región más boscosa, donde la caballería del Ponto podía operar con menor libertad. Ese cambio animó a Mitrídates, quien consideró que su oponente había sobrepasado su capacidad y admitía ahora su debilidad. Aceptó rápidamente el envite cuando, a la mañana siguiente, Pompeyo hizo avanzar a la caballería para hacer una demostración fuera del campamento póntico. Los jinetes de Mitrídates atacaron e iniciaron una persecución cuando la caballería romana comenzó la retirada. Las tropas del Ponto avanzaron más y más hasta que se encontraron en el lugar que Pompeyo había destinado para efectuar una emboscada. Durante la noche, una fuerza compuesta por tres mil soldados de infantería ligera y quinientos jinetes se había ocultado en un valle lleno de maleza, situado entre los dos campamentos. De repente, esta fuerza atacó la caballería de Mitrídates por la retaguardia. Varios de los jinetes pónticos se vieron detenidos por la infantería romana y, al perder las principales ventajas de la caballería, es decir, la rapidez y el empuje, fueron muertos con facilidad. Esta breve acción —reminiscencia en buena medida de las tácticas utilizadas por Sertorio contra Pompeyo en España—, hizo tambalearse la moral de la orgullosa caballería de Mitrídates y la confianza que el rey tenía depositada en ella.[22]

La cronología de la campaña es incierta, pero, en determinado momento, Pompeyo recibió el refuerzo de las tres legiones que habían constituido la guarnición de Cilicia, llegando a disponer de una fuerza superior a los cuarenta mil hombres, a pesar del desgaste sufrido en la campaña. Eso le proporcionó una superioridad numérica notable sobre el rey, pero éste no mostró inclinación alguna a correr el riesgo de librar una batalla, si no era desde posiciones muy ventajosas. Por tanto, Pompeyo se decidió a agotar por hambre al enemigo en aquella fuerte posición en que se encontraba y, haciendo uso de su creciente disponibilidad en hombres, levantó todo un anillo de fortificaciones, conectados por un foso y un muro de más de treinta kilómetros de longitud (150 *stades*), que podía compararse a otras líneas similares construidas por Craso en la Italia meridional y por César en la Galia.

El ejército romano recibía ahora sus víveres desde Acilisene, en el Éufrates superior, mientras que los grupos del rey dedicados a forrajear operaban únicamente con el elevado riesgo de sufrir ataques y emboscadas. Pronto los soldados pónticos se vieron obligados a sacrificar y cocinar sus

animales de carga. Por algún lugar en que la línea de fortificación romana estaba aún incompleta o donde se habían previsto algunas aberturas en ella debido a las dificultades del terreno, Mitrídates consiguió escapar amparado en la oscuridad, ocultando su huida al dejar fuegos encendidos en el campamento. Formando parte de esa estratagema había dispuesto encuentros con potenciales aliados para el futuro inmediato. Después de preparada con tanta habilidad la retirada, el rey marchó hacia el vecino reino de Armenia, con la esperanza de unir sus fuerzas a las de su viejo aliado Tirídates. Parece ser que siguió moviéndose sobre todo de noche, basándose en el conocimiento de los caminos locales, y acampando diariamente en posiciones demasiado poderosas para que Pompeyo se decidiera a atacarlas. Como el terreno era montañoso, se encontraban a menudo posiciones de fácil defensa.

Desplazándose al mismo ritmo que el rey, pero incapaz de atraparle mientras se iba moviendo de un lugar a otro, Pompeyo envió patrullas a una distancia considerable por delante de sus tropas para explorar los caminos que cruzaban las montañas. Estos hombres descubrieron un paso que, dando un rodeo, volvía a unirse al itinerario que seguía Mitrídates. Pompeyo condujo a su ejército a marchas forzadas por ese nuevo camino, confiando en avanzar con la rapidez suficiente para dejar atrás al rey. Como era en él habitual, realizaba la marcha de día, llevando a sus hombres por aquel terreno abrupto a pleno sol. Sus soldados debían hallarse muy cansados cuando comenzaron a tomar posiciones para efectuar una emboscada en un estrecho desfiladero por el que discurría la ruta principal. Mitrídates no se dio cuenta del movimiento de los romanos y hasta es posible que llegara a creer que habían abandonado la persecución. Al caer la noche, su ejército continuó la retirada de la forma habitual, formando la columna una mezcla desordenada de unidades, individuos y bagajes, y dificultado el avance por la presencia de esposas, sirvientes y otros seguidores del campamento; no se hallaba preparado, por tanto, de ninguna manera para resistir un ataque.

Tan pronto como el ejército enemigo se encontró todo él en el desfiladero, Pompeyo desplegó su emboscada, ordenando a los trompeteros que hicieran sonar sus instrumentos a pleno pulmón mientras los legionarios emitían sus gritos de guerra y golpeaban sus armas contra los escudos, y los criados del ejército hacían otro tanto, utilizando para ello los cacharros de cocina y cualquier otro metal que podían encontrar. Aquel estruendo se vio seguido de inmediato por una lluvia de armas arrojadizas —*pila*, jabalinas, flechas e incluso piedras que se dejaban caer rodando por la colina—. A continuación los romanos cargaron sobre aquellas masas presas de pánico. La luna se encontraba a su espalda, proyectando con su luz misteriosa som-

bras alargadas frente a los legionarios, provocando que los escasos enemigos que intentaron resistir calcularan mal la distancia y arrojaran sus jabalinas demasiado pronto. En algunos lugares, aquella enorme multitud de soldados se encontraba tan densamente apelotonada que los hombres no podían ni escapar ni luchar y cayeron muertos en aquel mismo lugar.

Algunos de los soldados pónticos resistieron con bravura, pero el desenlace nunca estuvo en entredicho y el ejército de Mitrídates acabó prácticamente destruido por completo. Tanto Plutarco como Apiano dicen que perecieron diez mil hombres y que fueron capturados muchos otros, junto con el convoy de los bagajes. El rey pudo escapar con una pequeña unidad de caballería y se reunió más tarde con algunos miles de soldados de a pie. Plutarco afirma que, en un momento dado, sólo contaba con tres compañeros, uno de ellos su concubina Hypsicrates, cuyo apodo masculino lo había ganado por la valentía con que peleó a caballo en la batalla. El rey huyó a su fortaleza de Sinora, donde había almacenado numerosos objetos de valor, utilizando algunos de ellos para recompensar a los seguidores que se habían mantenido leales. Cuando Tigranes se negó a admitir en Armenia a los fugitivos y puso precio a su cabeza, Mitrídates huyó hacia la parte más septentrional de su reino, en Crimea, tomando la ruta terrestre que rodeaba la zona costera oriental del mar Negro con el fin de evitar así a la flota romana que patrullaba por sus aguas.[23]

Pompeyo envió sólo una pequeña fuerza en persecución del rey, e incluso ésta perdió pronto el contacto. Ahora su prioridad se había desplazado hacia Tigranes y Armenia. Una invasión parta, animada por la diplomacia romana y apoyada por su hijo rebelde, que también se llamaba Tigranes, había evitado que el rey prestara ayuda a su aliado y yerno Mitrídates. A pesar de su edad —se encontraba ya bien entrado en la setentena—, Tigranes había rechazado a los invasores cuando éstos atacaron su fortaleza principal, la de Artaxata. Sin embargo, cuando el ejército de Pompeyo avanzó contra él, parece que decidió muy pronto que lo mejor era buscar la paz, incluso aunque eso significara la entrega de alguna parte del territorio y una pérdida de poder. Después de las negociaciones iniciales, el rey marchó en persona al campamento romano a presentar su rendición. Obedeciendo la orden de acercarse a pie, en lugar de a caballo, hasta la tribuna donde Pompeyo se sentaba, Tigranes dejó caer a continuación la diadema real y la espada. Esa abierta admisión de completa indefensión frente al poder romano, y la buena voluntad de confiar en cualquier gracia que ese poder quisiera concederle, constituía un final muy adecuado a una de las guerras de Roma, y Pompeyo vio rápidamente la oportunidad de convertir su clemencia en victoria. Se le ordenó al rey que pagara a Roma una indemnización de seis mil talentos, pero se le permitió conservar todo

el territorio que aún se hallaba bajo su control. El veredicto satisfizo a Tigranes quien, por propia iniciativa, entregó un generoso regalo a cada uno de los soldados de Pompeyo, y sumas considerablemente mayores a los centuriones y los tribunos. Su hijo se había unido a Pompeyo después del fracaso de la invasión parta, pero quedó consternado cuando sólo se le entregó el mando de Sophene. Poco después se rebeló y acabó siendo hecho prisionero por los romanos.[24]

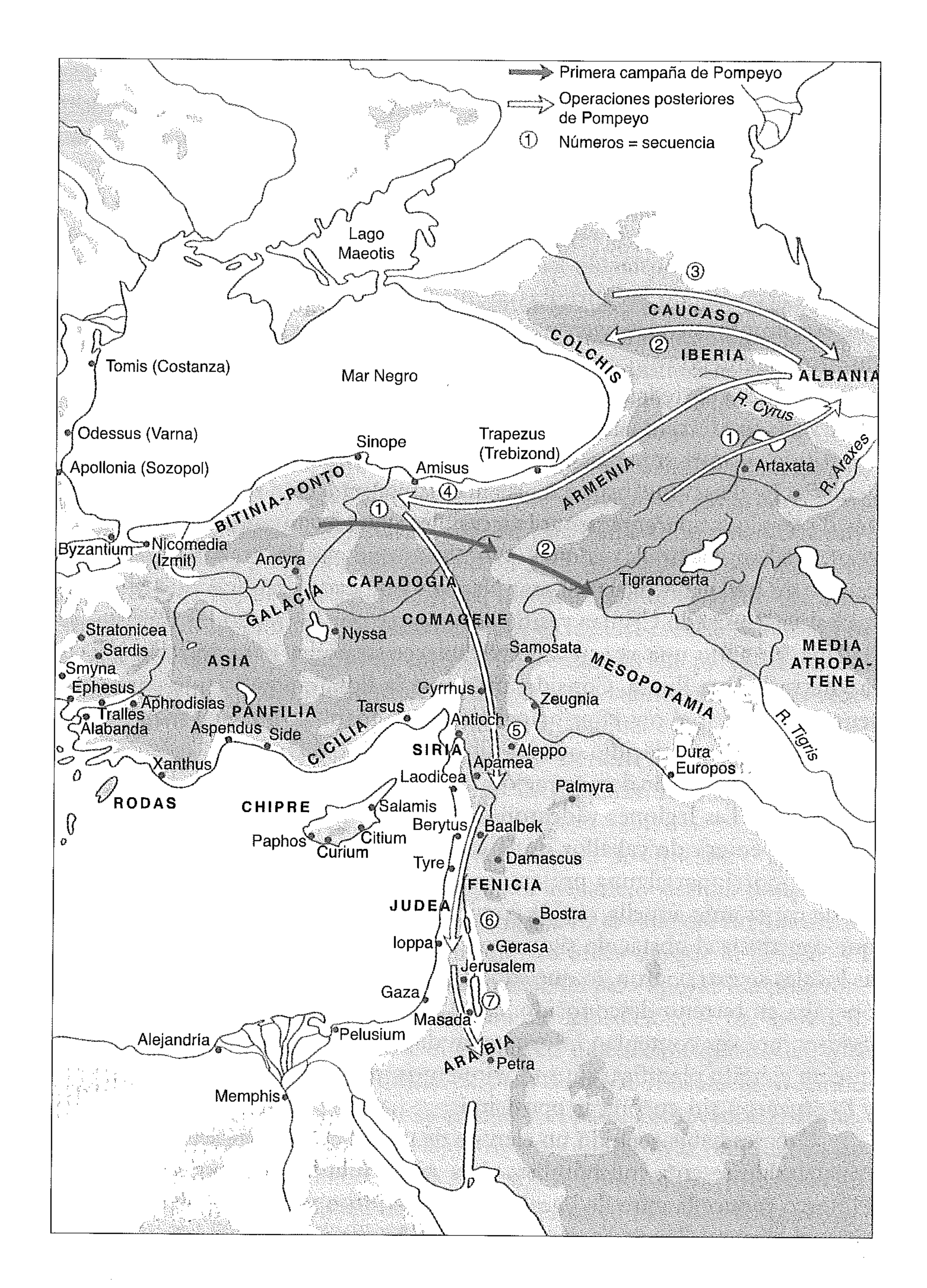
Pompeyo había expulsado a Mitrídates de su reino y aceptado la rendición de Tigranes en su primer año de operaciones. Si es bien cierto que la rapidez de su éxito debía mucho a las victorias obtenidas por Lúculo en los años anteriores, no por ello se le pueden restar méritos a la habilidad con que Pompeyo había llevado a cabo la campaña. A finales de la campaña estacional del año 66, cuando dividió su ejército principal en tres partes y construyó los campamentos de invierno, el general romano comenzó a considerar la mejor manera en que podía utilizar la gran cantidad de recursos puestos a su disposición para conseguir mayor gloria en nombre de la República. En diciembre, los cuarteles de invierno del ejército se vieron repentinamente atacados por el rey Oroeses de Albania. Los asaltos fracasaron, y Pompeyo dirigió una columna en persecución del enemigo en retirada, infligiéndole serias pérdidas cuando alcanzó la retaguardia cruzando el río Cyrus. Decidiendo que aquel castigo era ya suficiente por el momento y reacio a embarcarse durante el invierno en otras operaciones que no había tenido tiempo de preparar, hizo regresar a sus hombres al campamento.

En la primavera siguiente, supo que el vecino de Oroeses, el rey Artoces de Iberia, estaba también preparándose a atacarle, y decidió desencadenar un inmediato golpe preventivo. Descendiendo el valle del río Cyrus, alcanzó la poderosa fortificación de Harmozica antes de que el grueso del ejército de Artoces hubiera avanzado lo suficiente para apoyar esa posición. Contando sólo con una pequeña fuerza a su disposición, el rey se retiró, quemando tras él el puente sobre el Cyrus, en una acción que obligó a la guarnición de Harmozica a rendirse después de breve resistencia. Dejando una fuerza propia para controlar la ciudad y el paso, Pompeyo avanzó hacia las tierras fértiles situadas más lejos. Artoces continuó la retirada, en un caso incluso después de haber iniciado negociaciones con los romanos. En una repetición de la campaña del verano anterior contra Mitrídates, Pompeyo puso a marchas forzadas a sus legiones para situarse por detrás del rey y cortar su retirada. El resultado fue más una batalla que una emboscada, pero la victoria romana acabó también siendo completa. El ejército de Iberia contaba con un gran número de arqueros, pero Pompeyo ordenó a sus legionarios que cargaran a la carrera, ignorando la pérdida de la formación

y del orden que esa manera de atacar suponía, cerrando rápidamente filas y barriendo a los arqueros enemigos. Se decía que Artoces había perdido nueve mil hombres y que otros diez mil habían sido hechos prisioneros, capitulando poco después.[25]

Desde Iberia, Pompeyo se volvió ahora al oeste, hacia Colchis y la costa del mar Negro. En esta etapa de la campaña, más que cualquier otro enemigo, el principal obstáculo lo constituyó la naturaleza, cuando su ejército marchó atravesando las abruptas montañas de Meschia. Estrabón nos dice que sus hombres construyeron ciento veinte puentes para cruzar el río que discurría siguiendo un curso tortuoso por el valle. Una de las diferencias más señaladas entre las legiones profesionales del periodo final de la República y sus predecesoras, creadas siguiendo el antiguo sistema de milicias, la constituía su muy superior capacidad en el campo de la técnica y de la ingeniería. Realizaciones espectaculares en la construcción de carreteras a través de terrenos aparentemente inaccesibles y del levantamiento de puentes eran casi tan celebradas como las victorias que el ejército conseguía en el campo de batalla. Al llegar al mar Negro, Pompeyo descubrió que Mitrídates había alcanzado Crimea y, sin desanimarse por los repetidos fracasos, se hallaba tratando una vez más de restablecer su poder para volver a iniciar la guerra contra Roma. Considerando que la flota era suficiente para contener y bloquear al rey, el principal ejército romano se puso en marcha una vez más. Pompeyo decidió que los albanianos se habían hecho merecedores de recibir una mayor demostración del poderío romano e invadió el reino de Oroeses. Las legiones vadearon el Cyrus, después de haber estacionado una línea entera de caballos de la caballería cruzando el río aguas arriba para proporcionar alguna protección a los hombres de a pie y a los animales de carga ante aquella rápida corriente. El avance hacia el río Cambises, que constituía el obstáculo siguiente, fue difícil, en especial cuando los guías locales se extraviaron, lo que suponía siempre un serio peligro cuando se operaba en terreno desconocido. En el mundo antiguo los mapas eran escasos y rara vez contenían información detallada de manera suficiente para que un ejército planificara sus movimientos, pero finalmente llegaron al río y lo cruzaron sin encontrar oposición.

Oroeses había reunido un ejército de gran tamaño, que según Estrabón constaba de sesenta mil hombres de a pie y veintidós mil jinetes, aunque Plutarco reduce la cifra de la caballería hasta doce mil. Nuestras fuentes no citan el número de romanos, pero bien podía ser sustancialmente inferior a los cuarenta o cincuenta mil que Pompeyo había reunido contra Mitrídates el año anterior. Había sido necesario asignar numerosas tropas al servicio de las guarniciones o para eliminar los últimos restos de resistencia en el territorio recién conquistado, al tiempo que los problemas que suponía sumi-



Campañas de Pompeyo en Oriente

nistrar víveres a hombres y animales en un terreno a menudo difícil desaconsejaba el uso de fuerzas demasiado numerosas. Posiblemente Pompeyo contaba con unas tropas que serían la mitad de las que había utilizado en el año 66 y que se verían muy superadas en número por los albanianos. Por cierto, estos últimos poseían ventaja en la caballería, con algunos jinetes catafractarios armados de forma notable, y Pompeyo necesitaba encontrar la manera de enfrentarse a éstos cuando el rey, que lógicamente pretendía forzar una batalla campal, avanzó a su encuentro.

Situando a sus propios jinetes como pantalla, descendió hasta una llanura flanqueada de colinas. Ocultó a algunos legionarios en varios desfiladeros situados en este terreno elevado, e hizo que los hombres cubrieran los cascos de bronce con telas para evitar que el sol se reflejara en el metal y revelara su posición. Otras cohortes legionarias echaron rodilla en tierra por detrás de la caballería, de tal manera que quedaban ocultas desde el frente. Oroeses avanzó contra lo que no parecía otra cosa que una línea de caballería. Pompeyo repitió otra táctica que había utilizado contra Mitrídates: ordenó a la caballería que atacara con decisión para, a continuación, retirarse, después de provocar momentos de pánico. La caballería albaniana los persiguió con saña, confiando tanto en su propio número como en la superioridad individual, y al actuar así perdieron en gran medida su orden de combate. La caballería auxiliar romana se retiró ocupando los espacios vacíos que quedaban entre las cohortes de infantería que se alzaron en ese mismo momento. De pronto, los albanianos se encontraron enfrentados a una línea de infantería descansada y en perfecta formación, que avanzó contra ellos dejando ir su grito de guerra. Por detrás de los legionarios, la caballería romana se reagrupó y efectuó un rodeo para atacar los flancos enemigos, mientras iban apareciendo otras cohortes de las escondidas en los desfiladeros para amenazar la retaguardia enemiga. La posición del ejército albaniano era desesperada, pero, a pesar de todo, parece ser que los guerreros pelearon con gran coraje. Un relato afirma que Pompeyo luchó en combate singular con el hermano del rey, a quien mató siguiendo la mejor tradición de Alejandro Magno o de Marcelo. Aunque de gran dureza, la batalla fue decisiva pues, muy pronto, Oroeses aceptó las condiciones de paz que se le impusieron.[26]

Después de su victoria en Albania, Pompeyo comenzó la marcha hacia el mar Caspio, pero se decía que había regresado cuando se encontraba sólo a tres días de distancia de sus costas, disuadido porque, según Plutarco, aquellas tierras se hallaban infestadas de serpientes venenosas. Volvió entonces al Ponto, donde la mayor parte de las fortalezas de Mitrídates habían sido ya reducidas o se las había convencido de que se rindieran, aportando un cuantioso botín. Junto con el oro, la plata y las obras de arte, una

de las fortalezas proporcionó relatos detallados de los asesinatos de los miembros de la familia y recopilaciones de apasionadas cartas de amor escritas a las concubinas, así como la colección de especímenes biológicos del rey del Ponto y de sus estudios científicos, que el general ordenó que uno de sus libertos tradujera al latín. Después, Pompeyo se anexionó Siria, acabando con los últimos restos de la monarquía seléucida, que había regresado brevemente después de la retirada de Tigranes de la zona. Una guerra civil que se desató en el reino asmoneo de Jerusalén desencadenó la intervención romana, y Pompeyo tomó la ciudad después de un asedio de tres meses, con la mayor parte de los combates librados en el interior o en los alrededores del gran templo. El primer hombre en coronar las murallas en el victorioso asalto final fue Fausto Cornelio Sila, el hijo del dictador. Después del asalto, Pompeyo y sus oficiales superiores entraron en el *Sancta sanctorum* del templo, siguiendo el impulso romano de ser el primero en hacer cualquier cosa, pero por respeto al lugar, no tomó nada de él.

A esto le siguió en el año 63 una campaña contra los árabes nabateos, cuya capital se encontraba en Petra, pero, cuando avanzaba para poner sitio a la ciudad, Pompeyo se vio detenido por la llegada de un correo que traía la noticia de la muerte de Mitrídates. El ejército no había completado aún la construcción de su campamento de marcha y carecía de tribuna desde la que el comandante pudiera dirigirse a sus hombres. Como solución, los soldados apilaron sacas de arena hasta levantar un túmulo, desde donde Pompeyo anunció las noticias a unos legionarios que no dejaban de jalearle, dirigiéndose a él como *imperator* por haber conseguido la victoria. Mitrídates, desesperando finalmente de su capacidad para restaurar su poder y obtener de nuevo gloria y autoridad, cuando la mayor parte de los oficiales y hasta su propio hijo se habían vuelto contra él, ordenó a un gálata de su guardia personal que le asesinara, pues años de ingestión de antídotos de venenos le habían vuelto inmune a sus efectos.[27]

Había finalizado la guerra por la que Pompeyo había sido enviado a Oriente. Durante los dos últimos años había proporcionado claramente un pretexto para efectuar operaciones contra pueblos de la misma zona, pero parece como si Pompeyo hubiera considerado que ya había acabado todo cuanto quería hacer. Por ejemplo, había desechado oportunidades de iniciar una guerra contra Partia, conocedor quizá de que ese imperio era más poderoso y militarmente más fuerte que cualquier otro de los adversarios a quienes se había visto obligado a hacer frente tan lejos y que no podían ser derrotados más que en un conflicto largo. Pompeyo había conseguido fama y gloria suficiente en una región siempre relacionada con Alejandro, el más grande de los conquistadores. Aunque la lucha había llegado al final, su tarea no estaba aún completa. Dedicó más de un año a la reordenación del

Mediterráneo Oriental. Se organizaron las provincias, se fundaron o refundaron ciudades —incluida Nicópolis, dedicada a Nike, dios griego de la victoria y con la que intentaba recordar la derrota de Mitrídates— y se regularon los Estados tutelados. Numerosos aspectos de los acuerdos firmados por Pompeyo perdurarían hasta el final del gobierno romano sobre la región. El ritmo de sus acciones fue elevadísimo y un testimonio, una vez más, de su genio para la organización. En cierto sentido, Pompeyo personificaba el imperialismo romano que, a una forma de hacer la guerra destructiva y feroz, le seguía la construcción de un imperio estable y donde prevaleciera la ley. A finales del siglo I a.C., Virgilio puso en boca de Júpiter la afirmación de que el destino de Roma consistía en «respetar a los vencidos y reducir a los soberbios en la guerra» (*parcere subiectis et debellare superbos*), imponiendo al mundo la ley y el orden. Desde la perspectiva romana, eso fue esencialmente lo que había hecho Pompeyo.[28]

El regreso a casa y el «primer triunvirato»

En el año 62, Pompeyo desembarcó en Brindisi. En los meses anteriores a su llegada, se decía que algunos senadores estaban preocupados porque pudiera hacerse con el poder por la fuerza, de la misma manera en que había actuado Sila después de su guerra con Mitrídates. De manera ostensible, Craso abandonó Roma y se llevó a toda la familia a una finca en el campo, aunque lo más probable es que actuara así para aumentar la creciente histeria y no porque tuviera verdadero miedo. No obstante, las circunstancias no eran las mismas que en el año 83, pues ahora no había ningún adversario armado esperando a Pompeyo, y el general dejó bien claro a su regreso que no tenía intención alguna de convertirse en dictador. En lugar de eso, regresó a Roma donde, después de celebrar un triunfo espectacular de dos días de duración a finales de septiembre, para conmemorar la campaña contra los piratas y todas sus guerras en Oriente, licenció a sus legiones. Años después, utilizaría parte del botín conseguido en la guerra para construir el primer teatro de piedra en Roma, un complejo de edificios mayor por su tamaño que cualquiera de los monumentos triunfales anteriores. Sus proezas como general empequeñecían las de cualquier senador vivo, e incluso de todos ellos si se hace excepción de algunos de generaciones pasadas. Es de notar que sus tres triunfos conmemoraron victorias en tres continentes diferentes: África, Europa y Asia.

Sin embargo, el regreso de Pompeyo a casa no fue del todo feliz. Casi de inmediato se divorció de su esposa, que se había mostrado escandalosamente infiel en su ausencia, pero, durante cierto tiempo, no consiguió en-

contrar una sustituta que contara con buenas relaciones sociales. El miedo que precedió al regreso del victorioso comandante se tornó pronto hostilidad, cuando los senadores comenzaron a mostrar su desconfianza habitual ante cualquier persona que hubiera alcanzado gran prestigio, y buscaron la manera de cortarle las alas. Se le criticó que tratara de sobornar al electorado para que votara a favor de uno de sus antiguos legados, Lucio Afranio, en la carrera por el consulado del año siguiente. Aún tuvo mayores repercusiones el fracaso en conseguir la ratificación formal de su Acuerdo para Oriente o en la concesión de tierras para los veteranos de su ejército a los que no había podido procurar asentamientos en Asia. Ninguna de esas propuestas era poco razonable o contraria a los mejores intereses de la República, pero incluso muchos de los senadores más influyentes decidieron rechazarlas y, una vez más, la inexperiencia política de Pompeyo dificultó que pudiera conseguir en Roma lo que quería.

Finalmente, se vio abocado a tomar medidas más desesperadas y, en algún momento de los años 61-60, formó una alianza política secreta con Craso, su antiguo rival, y con Caio Julio César. Para estrechar esos lazos, Pompeyo contrajo matrimonio con Julia, la hija de César, y, a pesar de la enorme diferencia de edad, esa unión fue extremadamente feliz. En un primer momento, aquella asociación política fue igual de grata. Con el apoyo económico y la influencia de los otros dos, César consiguió el consulado en el año 59 y, durante su año en el cargo, confirmó el Acuerdo para Oriente por ley y distribuyó tierras a los veteranos de Pompeyo. También echó los cimientos para rivalizar en riqueza y en hazañas militares con él. Exactamente una década más tarde, la República romana se vio inmersa una vez más en una guerra civil, cuando esos dos antiguos aliados lucharon por alcanzar la supremacía.

Notas

1. Plinio, *Historia natural* 7. 95 (trad. de Greenhalgh, *Pompey: the Roman Alexander*, 1980, p. 122).
2. Para la vida de Pompeyo, en general, véase P. Greenhalgh, *Pompey: the Roman Alexander*, 1980, y *Pompey: the Republican Prince*, 1981.
3. Apiano, *Civil Wars* 1. 40, 47, 63-64, 68, Plutarco, *Pompeius* 3, Greenhalgh (1980), pp. 1-11.
4. Plutarco, *Pompeius* 4.
5. Plutarco, *Pompeius* 5-8, Apiano, *Civil Wars* 1. 80-81.
6. Plutarco, *Sulla* 29.
7. Apiano, *Civil Wars* 1. 96-103, Plutarco, *Pompeius* 10-11 y *Sulla* 30-35.
8. Plutarco, *Pompeius* 11-12.
9. Plutarco, *Pompeius* 14; para los primeros mandos de Pompeyo hasta este momento, véase Greenhalgh (1980), pp. 12-29.

10. Para el episodio de Lépido, véase Plutarco, *Pompeius* 15-16, Apiano, *Civil Wars* 1. 105-106, y Greenhalgh (1980), pp. 30-39.
11. A. Ribera i Lacomba, con M. Calvo Gálvez, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *Journal of Roman Archaeology* 8, 1995, pp. 19-40.
12. Para la rebelión de los esclavos, véase Plutarco, *Crassus* 8-11, Apiano, *Civil Wars* 1. 116-121.
13. Greenhalgh (1980), pp. 64-71.
14. Plutarco, *Pompeius* 22.
15. Para el problema de los piratas y el nombramiento de Pompeyo, véase Apiano, *Mithridates* 91-93, Plutarco, *Pompeius* 24-25.
16. Una revisión detallada de las fuentes a propósito del debate surgido sobre la *Lex Gabinia*, en Greenhalgh (1980), pp. 72-90.
17. Para la campaña contra los piratas, véase Apiano, *Mith.* 94-96, Plutarco, *Pompeius* 24-25.
18. El asunto de Metelo, en Plutarco, *Pompeius* 29.
19. Cicerón, *De imperio Cnaeo Pompeio* 28, Plutarco, *Pompeius* 30-31.
20. Para las campañas de Lúculo, véase Apiano, *Mith.* 72-90, Plutarco, *Lucullus* 7-36; el comentario de Tigranes, en Apiano, *Mith.* 85.
21. Plutarco, *Pompeius* 32; Apiano, *Mith.* 97.
22. Frontino, *Stratagems* 2. 5. 33.
23. Apiano, *Mith.* 98-101, Dión 36.45-54, Plutarco, *Pompeius* 32, Frontino, *Strat.* 2. 1. 12; un examen de las fuentes y una narración detallada de las campañas, en Greenhalgh (1980), pp. 105-114.
24. Plutarco, *Pompeius* 33, Apiano, *Mith.* 104.
25. Plutarco, *Pompeius* 34.
26. Estrabón, *Geografía* 11. 3. 499-504, Plutarco, *Pompeius* 35, Frontino, *Strat.* 2. 3. 14, Apiano, *Mith.* 103.
27. Plutarco, *Pompeius* 41-42, Apiano, *Mith.* 107-112.
28. Para un examen de las demás operaciones de Pompeyo en el Este y de su Acuerdo, véase Greenhalgh (1980), pp. 120-167.

CAPÍTULO 8

CÉSAR EN LA GALIA

Caius Julius Caesar (c.100-44 a.C.)

> Libraba los combates no siempre según una determinación previa, sino también según la ocasión, a menudo inmediatamente después de una marcha y algunas veces con un tiempo inclemente, cuando nadie pensaba que se movería... Nunca dispersó a los enemigos sin asolar también su campamento, de manera que, aterrados como estaban, no les daba tiempo a rehacerse.[1]

«Toda la Galia está dividida en tres partes» (*Gallia est omnis divisa in partes tres*), las palabras con que se inicia *La Guerra de las Galias* de César gozan aún hoy de amplio reconocimiento.[2] A muchas generaciones de escolares, la sencilla, elegante y gramaticalmente correcta prosa de César les proporcionó su primer contacto con la literatura latina, aunque esa evocación estuviese teñida a menudo de un recuerdo amargo. Incluso en la actualidad, cuando los estudios clásicos apenas forman parte del currículum escolar, Julio César es una de las pocas figuras de la Antigüedad cuyos nombres se recuerdan habitualmente, gracias en parte a la famosa aventura que mantuvo con Cleopatra y a su espectacular asesinato, dos hechos que han proporcionado temas frecuentes para el teatro y el cine.

Cualesquiera que sean sus intereses prioritarios, los historiadores militares seguramente conocerán algo de las campañas de César, pues continúa estando incluido en la lista de los generales más exitosos y dotados de todos los tiempos. Napoleón nombró a César jefe supremo de los «grandes capitanes», de cuyas campañas se puede aprender muchísimo, y dedicó en Santa Elena algún tiempo a redactar una crítica detallada al generalato romano, según se le describe en *La Guerra de las Galias* y en *La Guerra Civil.*

El emperador francés no fue el primero en sugerir que, en su relato, César tuvo una cierta propensión a la exageración en determinados momentos, aunque, dado que sus propios pronunciamientos oficiales en los Boletines Imperiales inspiraron el aforismo «mentir como un boletín», no queda claro hasta qué punto él mismo lo consideraba criticable. Más recientemente, algunos historiadores han utilizado la propia narración de César para evaluar su capacidad como comandante.

La redacción detallada de los *Commentarii* (*Comentarios*) de César ha servido para que conozcamos más de sus campañas que de las de cualquier otro de los generales romanos. Hay siete libros que describen las operaciones efectuadas en la Galia del 58 al 52 a.C. y otros tres que tratan de la Guerra Civil, en el 49 y en el 48 a.C. Otros libros, que ya no redactó el propio César, sino que fueron publicados después de su muerte por oficiales que habían servido bajo su mando, cubren las operaciones finales en la Galia, en el año 51, y lo que restaba de la Guerra Civil. No está claro si cada libro se publicó al finalizar la campaña anual o si toda la colección se dio a la luz simultáneamente. Parece más probable la primera de las opciones, con la que quizá se intentaran anunciar las proezas de César al pueblo de Roma cuando las operaciones aún se hallaban en marcha. Varias fuentes atestiguan la gran rapidez con que César escribía y una autoridad como Cicerón declaró que los *Commentarii* constituían una de las más elevadas expresiones de la literatura latina. Pocos fueron los que criticaron abiertamente su grado de fiabilidad, aunque uno de los subordinados de César afirmó que se había tomado muy poco cuidado en verificar informes de acontecimientos de los que no había sido testigo presencial. Son muy contados los momentos, en especial cuando se trata de las campañas en la Galia, en que hay indicios de que se conservara una versión alternativa en las demás fuentes que cubren ese periodo. Por tanto, la capacidad de César como comandante sólo puede evaluarse casi exclusivamente a partir de su propia narración, algo que tal vez envidiarían muchos generales a lo largo de la historia.

Como es lógico, los *Commentarii* informan de los acontecimientos de una forma favorable al autor, aunque el uso en todo el texto de la tercera persona lo hacen algo menos evidente. No obstante, es improbable que César tuviera entera libertad para inventar a su gusto, pues debe recordarse que los numerosos cargos senatoriales que había en las legiones en la Galia escribían con frecuencia a la familia y a los amigos de Roma. Quinto, hermano de Cicerón, sirvió como uno de los legados de César, y los dos hermanos mantenían correspondencia de manera regular. Sabemos bastante de las actividades del ejército y es muy probable que la narración básica de los *Commentarii* esté ajustada a la realidad.

Después de todo, numerosos historiadores han criticado las acciones de las campañas a partir de los propios escritos de César. A muchos les parece un genio imperfecto, un hombre propenso a repentinos ataques de cólera, cuyo talento brillaba a menudo con el máximo esplendor cuando salvaba a su ejército en las situaciones desesperadas provocadas por sus propios errores. Se ha defendido con frecuencia que fue un heterodoxo con un estilo de mando muy diferente al de la mayoría de los generales romanos, a quienes los comentaristas modernos están muy inclinados a desdeñar como simples aficionados. Es cierto que los romanos no contaron nunca con una institución formal destinada a la preparación de hombres para el mando y, en ese sentido, todos sus comandantes, incluido César, eran aficionados. Es importante presentar a continuación las campañas de César en el contexto de las operaciones de otros generales romanos y, en particular, de sus contemporáneos, como Pompeyo, y juzgar si fue fundamentalmente diferente de ellos en su estilo de mando.[3]

Infancia y carrera hasta el 58 a.C.

Caio Julio César nació alrededor del año 100 a.C. Era de una familia patricia, la de los Julio Césares, que proclamaba su descendencia de la diosa Venus, pero que sólo había sido capaz de proporcionar un cónsul en todo el siglo II. César atrajo la atención durante la dictadura de Sila cuando, en el funeral de Julia, viuda de Mario y tía suya, mostró públicamente imágenes de éste. En los años 80-78 inició el servicio militar, luchando en Asia y alcanzando la *corona civica*. En el retorno a Italia, el barco en el que viajaba fue atacado por piratas que le retuvieron como rehén. En su cautiverio no dejó de afirmar que regresaría para ver crucificados a todos aquellos piratas. Después de satisfacer un rescate y por propia iniciativa, reunió fuerzas entre las comunidades aliadas más cercanas y regresó para cumplir la promesa hecha, aunque, en un acto de gracia, ordenó que, antes de crucificarlos, se les cortara el cuello. Es posible que César fuera tribuno militar en el 72 y quizá sirvió en la campaña contra Espartaco. En el año 63 se hizo con el pretorado y el cargo de *Pontifex Maximus*, la dignidad sacerdotal más elevada de Roma, conseguido este último gracias a la ayuda prestada por un tribuno que presentó una ley que cambiaba el procedimiento electoral.[4]

En muchos aspectos, la primera etapa de la carrera de César fue enteramente convencional, pero con una manera de proceder tan llamativa que, según parece, levantó fuertes polémicas y le granjeó numerosos enemigos. Era un derrochador y gastaba muy por encima de sus recursos, con el fin de ganarse los favores de los pobres a base de ofrecerles fiestas y diversio-

nes y haciendo causa común con ellos en las reivindicaciones populares del momento. Todos los senadores jóvenes con pretensiones de seguir una carrera pública trataban de superar a sus pares, pero César lo llevó hasta tal extremo que provocó amplio rechazo, en especial porque su talento e inteligencia eran evidentemente excepcionales. Numerosos senadores lo consideraban relacionado con los rebeldes de Catilina, que intentaron organizar un golpe en el año 63, sospecha que se vio reforzada cuando defendió en el Senado que no se impusiera la pena de muerte a los conspiradores. Mucha gente creía también que Craso se hallaba implicado, pero como una buena parte de la aristocracia romana le debía dinero, era políticamente correcto no hacer de ello un motivo de disputa.

A César se le consideraba inestable desde un punto de vista político, un disoluto cuyos dones naturales y ambición desmedida hacían de él un personaje potencialmente peligroso. Sus aventuras —casi siempre con esposas de senadores o de miembros del orden ecuestre— fueron legión y con frecuencia objeto de habladurías. Había un rumor persistente de que, durante su servicio en Oriente, vivió una aventura homosexual con el anciano rey Nicomedes de Bitinia, hasta el punto de que se dijo de él que era «un marido para las mujeres y una esposa para los hombres». Esas groseras invectivas constituían moneda común de la política romana, lo que dificulta conocer si esas historias tenían una base real, pero sí está fuera de duda la frecuencia y el descaro de las aventuras amorosas de César. Se decía que había seducido a Tertulia, la esposa de Craso, y a Mucia, la tercera mujer de Pompeyo, de la que este último se divorció a su regreso de Asia. Un siglo después, se convertiría en motivo de orgullo entre la aristocracia gala que una bisabuela hubiera sido concubina de César durante sus campañas.

En Roma, César parecía atraer el escándalo, aunque no todos eran de cosecha propia. Uno de sus deberes como Pontifex Maximus era el de utilizar su casa para la celebración de la festividad de la Bona Dea, una ceremonia en la que sólo estaba permitida la presencia de mujeres. Sin embargo, y con ocasión de esa fiesta, se descubrió a un senador de mala reputación, llamado Clodio, disfrazado de mujer para conseguir el acceso al ritual secreto y se suponía que había mantenido relaciones con la mujer de César. Éste afirmó públicamente estar seguro de que tal historia no era cierta, pero, de cualquier forma, se divorció de su esposa, declarando que «la mujer de César debe hallarse por encima de toda sospecha». Una vez más, mantenía distancias del resto de los mortales y, mientras su encanto personal ganaba el favor de muchos de ellos —y no menos de las numerosas mujeres que se convirtieron en sus amantes—, sería esa actitud de superioridad la que serviría para granjearle el odio de sus adversarios. Entre éstos, el más conocido fue Catón el Joven, un hombre cuya fama se había cimenta-

do en su estricto modo de vida, recuerdo del de su famoso antepasado. Sentía una profunda aversión por César, relacionada tanto con la divergencia de caracteres como con las diferencias políticas. En medio del debate sobre la conspiración de Catilina, Catón advirtió que César acababa de recibir bajo mano una nota y exigió que la leyera en voz alta, esperando como es lógico que se tratara de un dato incriminador. César se defendió afirmando que no era procedente, pero, al aumentar la presión, pasó finalmente la nota a Catón, quien se quedó asombrado al ver que, de hecho, se trataba de una apasionada carta de amor de su propia hermanastra, Servilia (la madre del Bruto que dirigiría la conspiración contra César, en el año 44 a.C.).[5]

Después del pretorado, César marchó como gobernador a la Hispania Ulterior, donde dirigió varias acciones de policía contra tribus rebeldes, por las que mereció un triunfo. Sin embargo, enfrentado a la deliberada obstrucción de sus rivales políticos a su regreso a Roma, renunció voluntariamente al derecho a celebrar ese honor con el fin de poder presentar su candidatura al consulado. El sacrificio de un triunfo nos da una idea de la confianza que tenía César en conseguir el más elevado de los cargos, ganándose además así una gloria mayor. Su impaciencia por alcanzar el éxito con rapidez se vio reforzada por Craso y Pompeyo, y su apoyo (en el caso de este último, el apoyo físico de grupos de sus veteranos, muy activos en el Foro), aseguraron que su campaña electoral y el año en el cargo se vieran teñidos de disturbios y violencia. Además, sólo de manera gradual, la mayoría de los senadores fueron dándose cuenta de que esos tres hombres habían unido sus fuerzas en una alianza para dominar la República. El otro cónsul del año 59, Marco Calpurnio Bibulo, se vio respaldado por elementos del Senado más conservadores y, en un primer intento, trató de bloquear todas las acciones de su colega. César respondió incrementando el radicalismo de sus métodos para imponer sus medidas, que serían en su mayor parte rechazadas no por su contenido sino, sencillamente, por quien las proponía. En uno de los incidentes, a Bibulo le arrojaron a la cabeza una cesta llena de estiércol, después de lo cual prácticamente se retiró de la vida pública por lo que restaba del año. Un ingenioso afirmó que aquel año había dos cónsules: Julio y César.

Tradicionalmente, el Senado era el encargado de designar los mandos de las provincias, y los rivales de César, junto con una gran mayoría, consternada por las tácticas del cónsul, determinaron que éste recibiera la «inactividad» de la conservación de los caminos y los bosques de Italia. De esta manera se privaba a aquel peligroso radical de la oportunidad de alcanzar gloria y enriquecimiento personal (era bien conocido que sus deudas aumentaban de manera extraordinaria). Esa acción se vio frustrada cuando, una vez más, un tribuno presentó ante la Asamblea Popular una ley para

que se le pudiera entregar una provincia a un particular. A César se le adjudicaron la Galia Cisalpina y la Iliria, a la que iba a añadirse la Galia Transalpina en el momento en que llegaron noticias del fallecimiento de su gobernador. Su mando iba a durar cinco años, que posteriormente se ampliaría a diez. Aunque no era comparable a los mandos ejercidos por Pompeyo en el Mediterráneo o en Oriente, constituía también una elevadísima responsabilidad para un único magistrado, y la situación era aún más inusual si se tiene en cuenta que no había guerra en esa región (y ni siquiera indicios de la existencia de una seria amenaza), como para justificar la entrega de tantos recursos a un solo hombre. César se puso en camino hacia su provincia necesitado desesperadamente de ganar gloria y botín, aunque todavía no estaba muy claro si había decidido ya dónde encontrarlos. Es muy probable que pensara efectuar una campaña en los Balcanes contra el poderoso y rico reino de Dacia (más o menos en la zona que hoy ocupa Rumania). De pronto, se le presentó una oportunidad en la frontera transalpina y el peso de su esfuerzo de guerra se desplazó, por ello, en esa dirección.[6]

Las migraciones de los helvecios, 58 a.C.

A comienzos de la primavera del 58 a.C., un pueblo conocido con el nombre de los helvecios —un pueblo galo que ocupaba casi el territorio que actualmente es Suiza—, comenzó a emigrar, siguiendo un camino que le llevaría a cruzar el Ródano y a atravesar la provincia romana de la Galia Transalpina. Esa acción estuvo motivada por el crecimiento demográfico que provocó una demanda de tierras extensas y fértiles para dedicarlas al cultivo, y César afirma que planeaban trasladarse hasta la costa occidental de la Galia, cerca de la desembocadura del Garona. Dice también que, con la mayoría del territorio tribal rodeado de montañas, los helvecios se sentían confinados porque no contaban más que con oportunidades limitadas de realizar incursiones contra sus vecinos. Entre las tribus galas y germanas la guerra era endémica y, con mucha frecuencia, tomaba la forma de expediciones de pillaje que permitían a los caudillos conseguir gloria y botín, manteniendo así a un grupo de guerreros como sus ayudantes personales. Muchas de las tribus, especialmente de la Galia meridional y central, habían ido evolucionando desde aquellos principados primitivos hasta convertirse en Estados organizados, gobernados por magistrados electos. Sin embargo, los nobles aún conservaban un poder considerable que se basaba en el mantenimiento de guerreros entre su séquito y que recibían el apoyo de hombres ligados a ellos por lazos de parentesco o por deudas.

El relato de César se halla repleto de intentos de estos personajes para conseguir el poder supremo en su tribu y, en ocasiones, en espacios más amplios. Uno de esos hombres, un tal Orgetórix, que había seguido una hábil política matrimonial al casar a sus parientes femeninos con nobles de las tribus vecinas a fin de ganar mayor influencia, fue el primero en contagiar a los helvecios el deseo de emigrar, en el 61 a.C. Sin embargo, cuando éstos estaban preparando la migración, las ambiciones de Orgetórix hicieron que entrara en conflicto con los magistrados de la tribu. Después de un intento fallido de someterlos con el despliegue de la fuerza que tenía a su disposición, acabó por ser llevado ante los tribunales y murió en circunstancias bastante misteriosas. No obstante, al menos uno de los parientes de Orgetórix, su yerno, el noble eduo Dumnórix, iba a ayudar a los helvecios en su migración. Pudo muy bien darse el caso de que hubiera grupos de diferentes tribus galas que vieran con buenos ojos la llegada de los emigrantes, y esperaran quizá que, con su ayuda, conseguirían poder en sus propios pueblos o dominarían a sus vecinos. Un ejército de miembros de varias tribus germánicas, dirigido por el rey Ariovisto, había sido invitado a ir a la Galia, varios años antes, por los secuanos, y había llegado a dominar una amplia extensión de territorio en el centro del país. Es posible que en la base de la migración de los helvecios hubiera motivaciones políticas que César prefiere no explicar, y algunas otras que él mismo quizá desconociera.[7]

Ciertamente, la muerte de Orgetórix no hizo nada por disuadir a los helvecios de su empresa y continuaron almacenando grandes cantidades de víveres para el viaje. Como prueba de determinación y para dar a entender que no pensaban volverse atrás, incendiaron sus propias aldeas y granjas antes de ponerse en camino. César afirma que iniciaron la marcha unos trescientos sesenta y ocho mil, asegurando que la cifra la consigue a partir de recuerdos conservados por los propios helvecios, escritos en caracteres griegos, que sus legionarios consiguieron al final de la campaña. Como es ya habitual, no tenemos manera de comprobar la fiabilidad de esa estimación y poco más podemos decir sino asegurar que se trató de una migración sustancial de guerreros, acompañados por sus familias. Lo mismo que los cimbrios y los teutones, no se movieron formando una masa compacta, sino en numerosos grupos separados que se extendieron por un amplio territorio. En un momento dado, César anota que tardaron veinte días en cruzar el río Arar (el actual Saona), lo que refuerza la idea de la existencia de numerosos grupos de colonos, un poco como las oleadas de caravanas que barrieron el Oeste americano en el siglo XIX. En su narración, César hace un esfuerzo por levantar el fantasma de los cimbrios y los teutones, recordando a sus lectores en varias ocasiones y con cierto detalle que algunos de los helvecios, especialmente los ti-

gurinos, habían tomado parte en aquellas primeras movilizaciones y habían derrotado al ejército del cónsul Silano en el 107.[8]

César recibió un informe sobre esa migración encontrándose aún en Roma, y partió de inmediato hacia la Galia Cisalpina (siempre asombró a sus contemporáneos por la velocidad a la que se desplazaba, ya fuera cabalgando o en un carruaje ligero). Se hallaba ya decidido a impedir cualquier incursión en territorio romano y, lo que era aún más importante, contemplaba la oportunidad de librar la guerra dura y victoriosa que tan desesperadamente deseaba. La guarnición de aquella gran provincia formada por ambas Galias e Iliria estaba constituida por cuatro legiones, cuyos números eran la *VII*, *VIII*, *IX* y *X*, apoyadas por un número de auxiliares sin especificar. Entre estos últimos se incluía caballería española, infantería ligera númida, y quizá también caballería, arqueros cretenses y honderos baleáricos, junto con cierto número de tropas galas, reclutadas en la zona. Sin embargo, sólo una legión —César no nos dice cuál— y algunos auxiliares se encontraban en la Galia Transalpina, dispuestos de inmediato a enfrentarse a aquella amenaza. Con el fin de retrasar a los helvecios, César ordenó que se destruyera el puente que cruzaba el Ródano cerca de Ginebra.[9]

En ese momento llegó hasta César una delegación helvética con el fin de pedirle permiso para poder moverse por parte de la provincia romana durante su viaje, al tiempo que prometían que no causarían ningún conflicto mientras se encontraran allí. El comandante romano había decidido ya denegar la petición pero, por el momento, respondió que necesitaba tiempo para considerar su respuesta y les pidió que regresaran varios días más tarde. Entretanto, ordenó a sus soldados que levantaran una línea de fortificaciones que se extendía por más de treinta kilómetros (19 millas romanas), desde el lago Ginebra hasta las montañas del Jura. Al regresar la delegación, se le informó que no se les concedería permiso para pasar por territorio romano y que se resistiría por la fuerza cualquier intento de llevarlo a cabo.

Los días siguientes, pequeños grupos de miembros de las tribus, la mayoría de ellos protegidos por la oscuridad de la noche, trataron de vadear el Ródano o de cruzarlo en balsas y caer sobre las líneas romanas. La demora que les supuso tener que salvar el foso y el muro levantado por los romanos dio tiempo a que las reservas se reunieran en aquel lugar, y una lluvia de proyectiles abortó todos los intentos de avance. Rechazados, los helvecios dieron la vuelta y, con la colaboración de Dumnórix, que tenía alguna influencia en aquella tribu y consiguió que se les permitiera pasar por allí de manera amistosa, tomaron una ruta alternativa a través de las tierras de los secuanos. Dejando al legado Tito Labieno a cargo de

las tropas que defendían la línea fortificada, César regresó a la Galia Cisalpina a buscar las otras tres legiones acampadas en Aquileia, y reclutó dos nuevas formaciones, la *XI* y la *XII*. Es más que probable que se hubieran despachado ya órdenes para que todas ellas iniciaran la marcha antes de su llegada. A la cabeza de esas cinco legiones, regresó entonces por el camino más corto, abriéndose paso por los puertos alpinos, a pesar de verse sometido al ataque de las tribus de la zona (los Alpes no fueron conquistados completamente por los romanos hasta que todas las tierras que los rodeaban llevaban ya bastante tiempo bajo su control). La dificultad de efectuar operaciones en un terreno montañoso y el escaso botín que podría conseguirse, hacían escasamente atractiva una campaña en aquellas zonas para un magistrado deseoso de alcanzar fama y fortuna. No sería hasta el final del siglo I a.C., y bajo el mando del hijo adoptivo de César y primer emperador de Roma, Augusto, cuando finalmente se impuso allí la autoridad romana.[10]

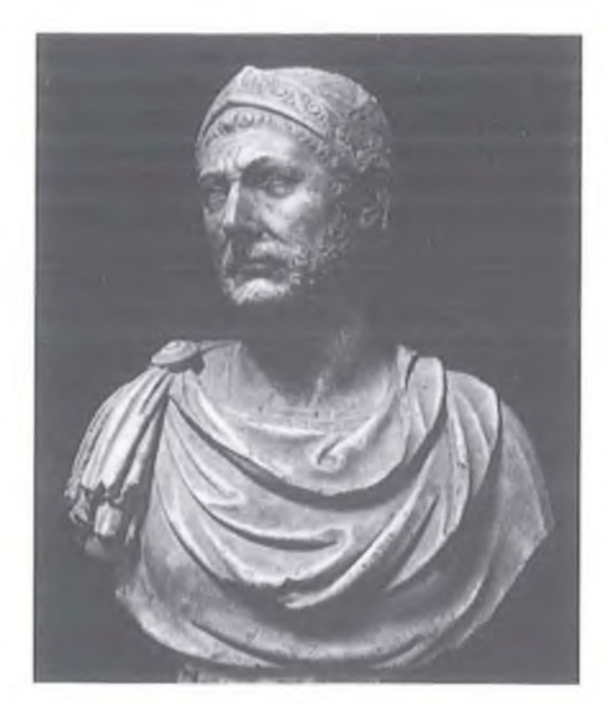
César había cruzado ya el Ródano cuando recibió informes de tribus aliadas, fundamentalmente de los eduos, quejándose de que los helvecios habían saqueado sus tierras. Avanzó entonces de inmediato contra ellos y alcanzó junto al Saona a los grupos que constituían su retaguardia, formada sobre todo por los tigurinos. A la cabeza de tres legiones, salió del campamento durante la noche y desencadenó un ataque repentino. La sorpresa fue completa y acabó con numerosos galos, dispersando al resto con escasas pérdidas propias. (Aparte del significado que tenía para la República vengarse de lo ocurrido en el año 107, César menciona en este punto su satisfacción personal por la derrota de los tigurinos, puesto que el abuelo de su suegro había caído muerto junto a Silano.) A continuación el ejército romano cruzó el Saona y siguió al grueso de los helvecios. César contaba ahora con las seis legiones, una fuerza compuesta quizá por treinta mil hombres y cuatro mil auxiliares de caballería, incluido el contingente de los eduos, dirigido por Dumnórix. Embajadores de las tribus hicieron a los romanos una petición de tierras, diciendo que estarían contentos de asentarse en cualquier lugar al que les enviasen, pero rechazaron inmediatamente la demanda de César de que entregasen rehenes. Al día siguiente los helvecios partieron, pero su innumerable caballería infligió una vergonzosa derrota a los jinetes auxiliares romanos que perseguían a aquélla sin tomar precauciones. Se rumoreó que aquella turbamulta desordenada había sido dirigida por Dumnórix y sus hombres. Muy animados, algunos de los helvecios se detuvieron con el fin de presentar batalla. César declinó esa posibilidad y, durante las dos semanas siguientes, se convirtió en la sombra del enemigo, con la vanguardia situada a menos de diez kilómetros por detrás de la retaguardia enemiga.

El avituallamiento de las fuerzas fue y es siempre la principal preocupación de cualquier comandante, y el ejército de César comenzaba a ir escaso de pertrechos. Había estado alimentando a sus hombres con provisiones traídas en barco Saona arriba, pero a medida que iba alejándose más y más del río, esa posibilidad se volvió impracticable. Se había pensado que los eduos traerían considerables cantidades de grano al ejército, pero estuvieron muy lejos de cumplir con esta obligación. César reunió a los dos magistrados supremos de la tribu, o «vergobretos», uno de los cuales era Diviciaco, hermano de Dumnórix. Este último fue inculpado por retener deliberadamente las provisiones de trigo y arrestado, pero no sufrió ningún castigo más grave en consideración a Diviciaco.[11]

El mismo día, los exploradores de César informaron que los helvecios se habían detenido a pasar la noche en una llanura dominada por un terreno más elevado a algo más de doce kilómetros del campamento romano. Se envió entonces una patrulla a examinar las colinas y las rutas de aproximación. Descubrieron que eran fáciles de atravesar y César decidió desencadenar otro ataque sorpresa al amparo de la oscuridad. Envió por delante a Labieno, con dos legiones, guiadas por hombres que habían formado parte de la patrulla de inspección, para ocupar las alturas. Labieno recibió órdenes estrictas de no intervenir hasta que no viera al resto del ejército entrando en acción. Una hora más tarde, el propio César llevó la fuerza principal siguiendo la misma ruta. Al frente de la columna iba la caballería, precedida por patrullas de exploradores, todas ellas al mando del experimentado Publio Considio, que había servido con Sila y Craso y que probablemente ocupaba el cargo de tribuno. Al alba, Labieno había dominado la cima del terreno elevado y César se encontraba a poco más de dos kilómetros de distancia. Los helvecios, que compartían con muchos ejércitos tribales el moverse sin conservar la formación y que tomaban escasas precauciones para evitar cualquier sorpresa, se hallaban tan tranquilos sin advertir la presencia de ninguna fuerza romana. Sin embargo, Considio regresó galopando para anunciar que el enemigo tenía tomadas las colinas, afirmando que había reconocido aquellas tropas por sus armas e insignias, probablemente a partir de los escudos y los estandartes. Demasiado lejos para comprobar ese detalle por sí mismo, César tuvo que aceptar que, en el mejor de los casos, su avanzadilla se había perdido y, en el peor, que se habían enfrentado al desastre. Deteniéndose, hizo regresar a sus hombres hasta la colina más cercana y los formó para trabar combate. Pasaron varias horas antes de que algunas patrullas consiguieran comprobar que Labieno se hallaba, de hecho, donde debía y, cuando sucedió eso, los helvecios, sin advertir aún ninguna actividad del enemigo, se habían puesto en marcha. César los siguió y acampó a unos cinco kilómetros de los que se hallaban más próximos.[12]

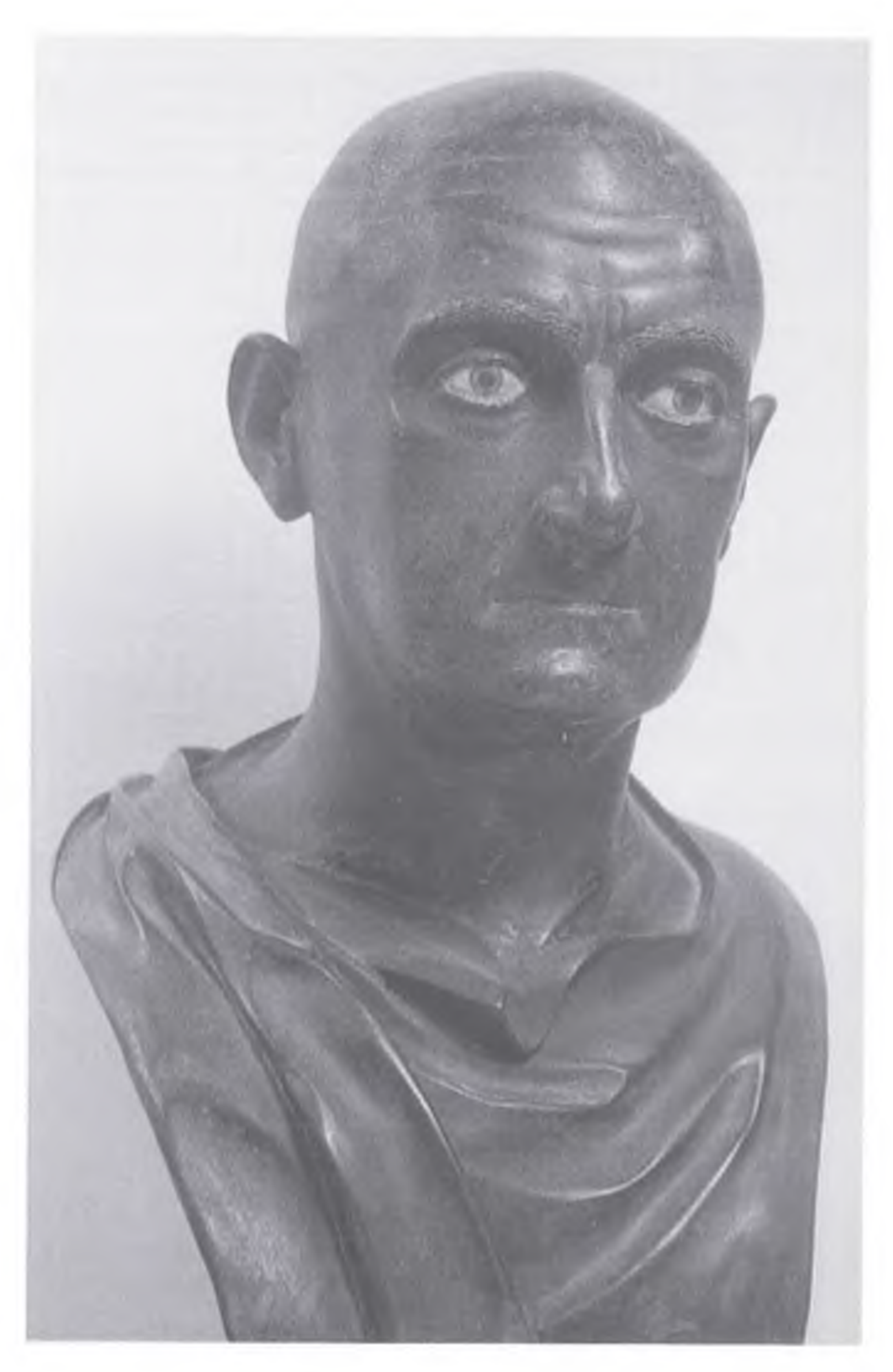


En muchos aspectos, Marcelo se parecía a Aquiles, a Héctor y a otros guerreros de la *Ilíada* por su valentía, agresividad y la inclinación que mostraba por el combate cuerpo a cuerpo. Estatua en mármol de Marcus Claudius Marcellus, s. III d.C. Museo Capitolino de Roma. Foto: The Bridgeman Art Library.

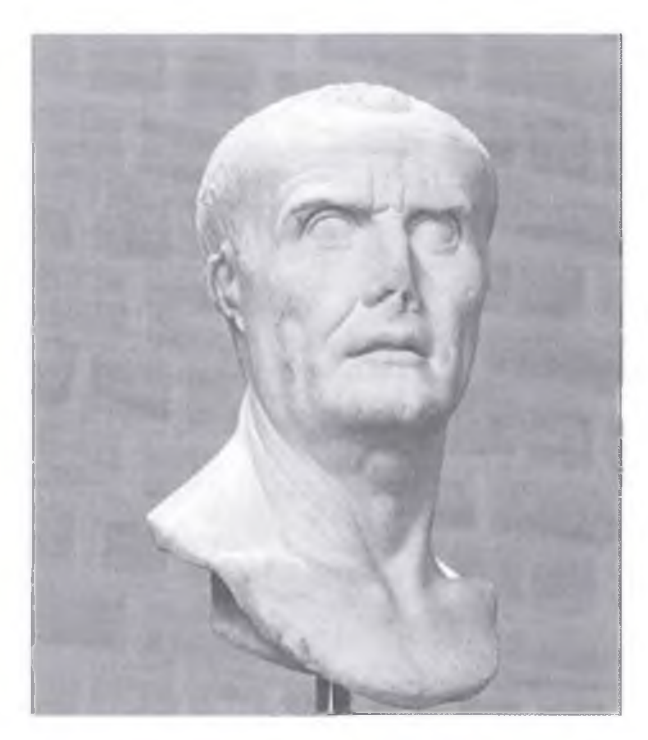


Aníbal fue uno de los comandantes más capaces de la Antigüedad. La ferocidad de su ataque conmocionó Roma y la colocó al borde de la derrota completa. Sus hazañas se considerarían inigualables para sus contemporáneos cuando demostraron ser el inicio de la rápida expansión romana que concluiría en el dominio del mundo Mediterráneo. Busto de Aníbal. Museo Arqueológico Nacional. Nápoles. Foto: Alinari.

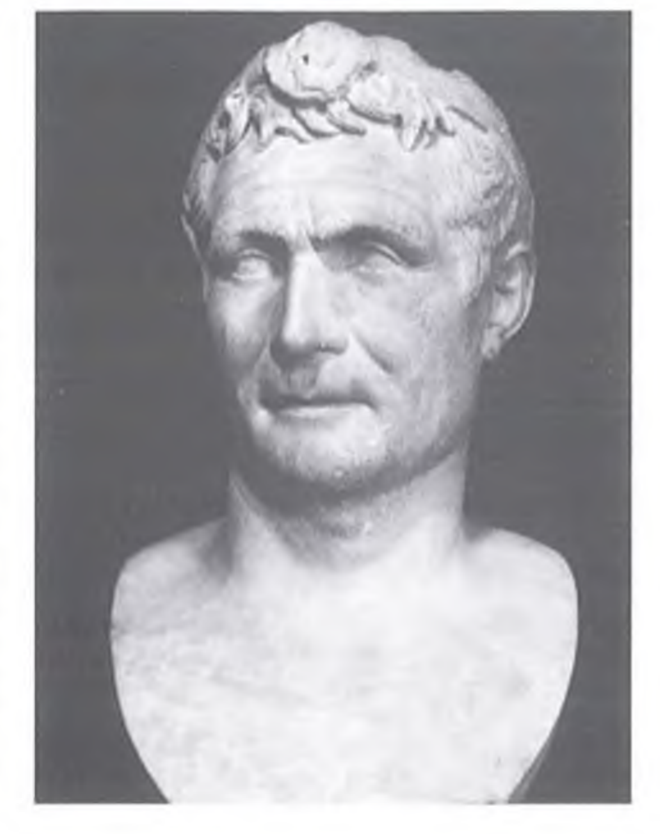
Una de las más importantes características de un aristócrata romano era la *virtus*, de la que su derivado moderno, «virtud», no deja de ser más que una pobre traducción. *Virtus* comprendía todas las cualidades marciales importantes, incluidas no sólo la valentía física y la habilidad en el manejo de las armas, sino también el coraje moral y otros dones de un comandante. Bajorrelieve con escudo y armas. Foto: Scala.



Sensible, inteligente y carismático, Escipión poseía la ilimitada confianza en sí mismo de un patricio, y desde la infancia supo que estaba destinado a ocupar un papel preeminente en la vida pública de Roma. Busto en bronce de Publius Cornelius Aemilianus Africanus Numantinus. Foto: Scala.



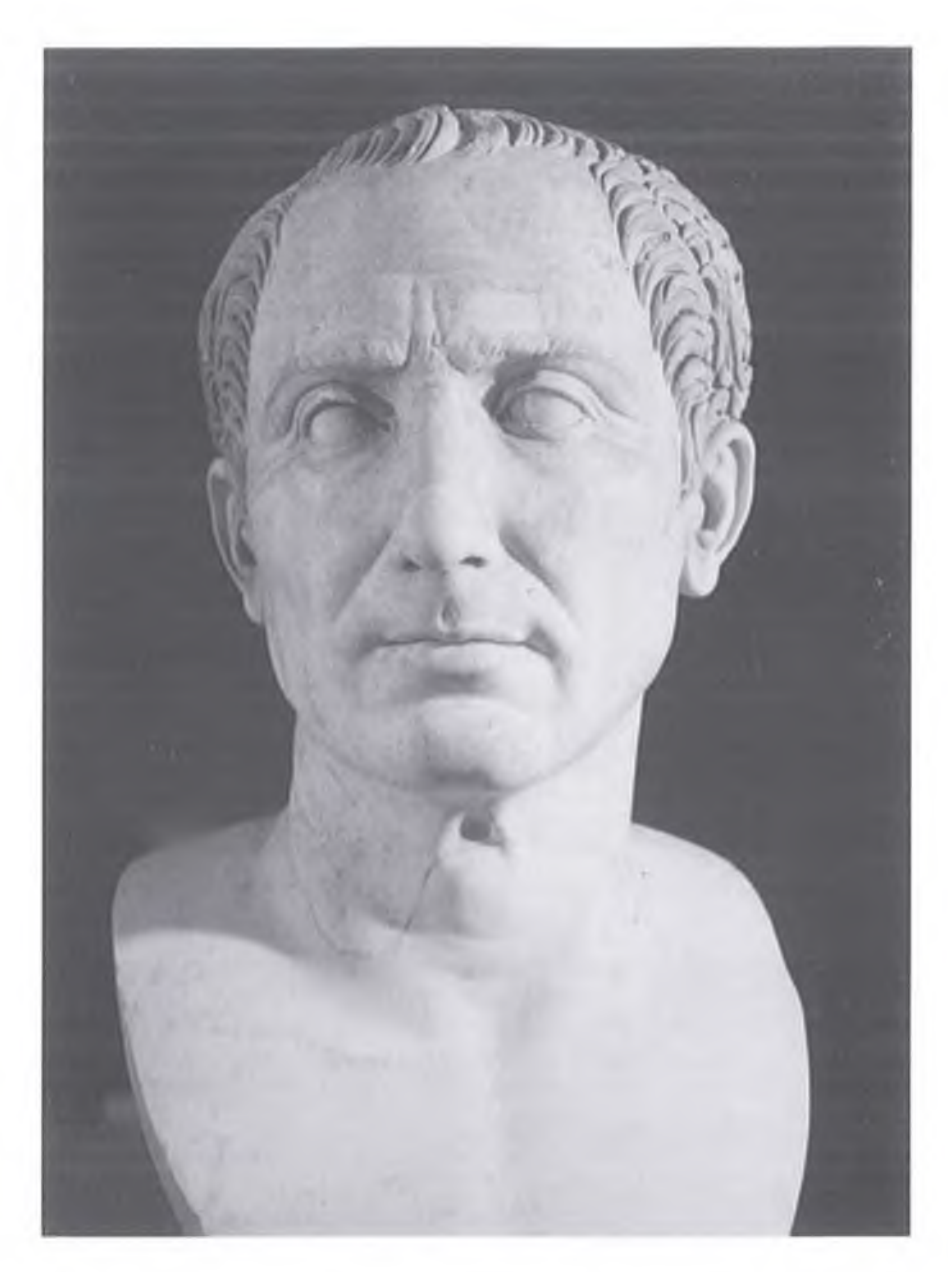
Mario, de origen plebeyo, fue una figura clave de la guerra civil que estalló en el 88 d.C., el primero de una serie de conflictos que acabarían con el sistema republicano. Al final del siglo I comenzó a cambiar la naturaleza del ejército romano, que evolucionó desde la milicia tradicional reclutada entre la clase propietaria hasta convertirse en una fuerza semiprofesional reclutada entre los más pobres. Busto de Caius Marius, s. I d.C. Foto: Alamy/ACI.



En ocasiones, la conducta del joven Pompeyo se parecía mucho más a la de un príncipe helenístico que a la de un aristócrata romano. La mayoría le consideraba una persona muy elegante, de sonrisa presta y cautivadoramente afectuosa. A muchos les recordaba al joven Alejandro, comparación que, según se decía, le agradaba de modo especial. Busto de Sextus Pompeius Magnus s. I a.C. Foto: Alinari.



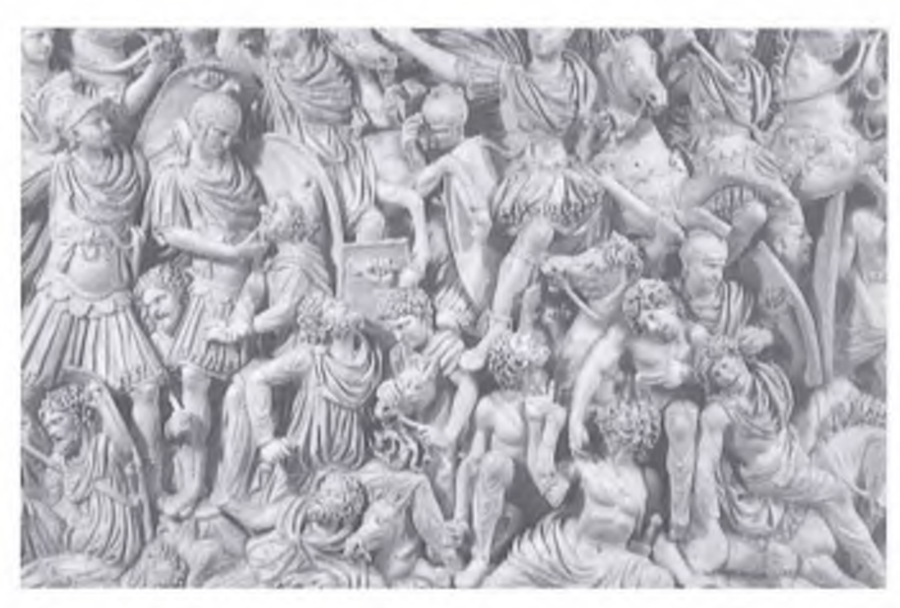
La imagen del romano que somete al bárbaro se convierte en una imagen iconográfica y en un estereotipo que entra a formar parte de un programa de propaganda con el cual el poder imperial celebra su legitimidad: los romanos son descritos como garantes de la Pax contra la indefinida población de bárbaros, que son privados de identidad. Detalle del sarcófago Portonaccio, siglo II. Foto: Age Fotostock.



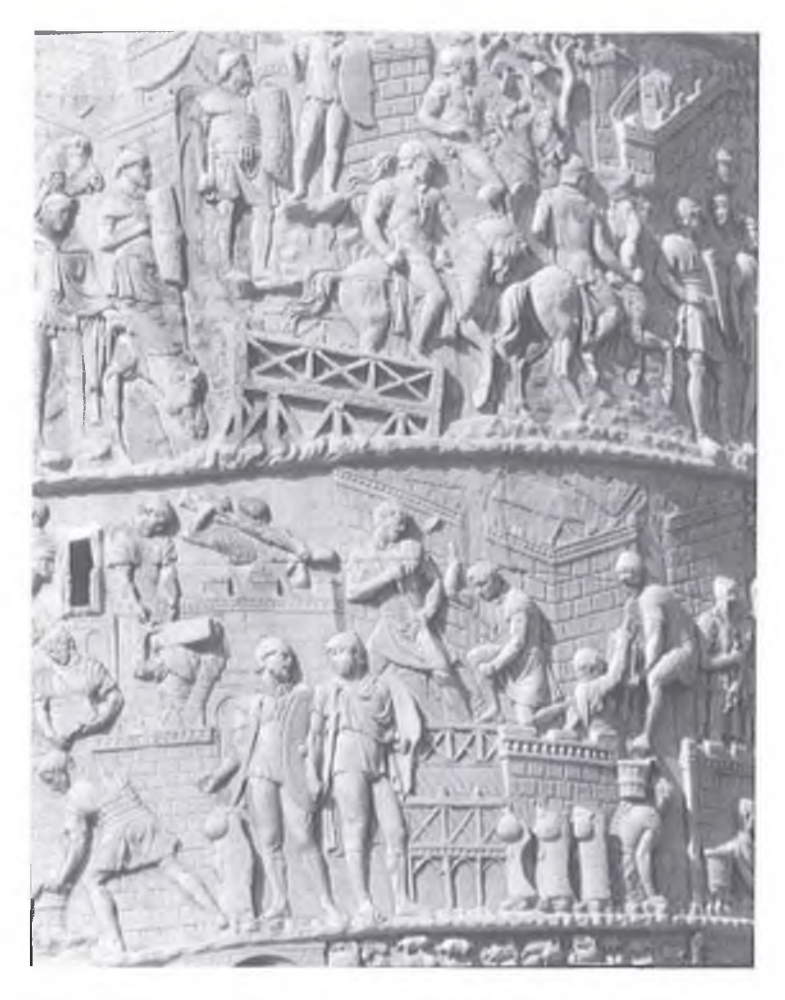
César elogiaba y recompensaba a sus hombres, compartía sus peligros en campaña y los adiestraba con dureza. Las victorias sucesivas, sólo truncadas por un puñado de derrotas que serían vengadas de inmediato, confirmaban la fe de sus legionarios en su capacidad como comandante. El propio César recordaba continuamente a quien quisiera oírle que él no era sólo un general dotado, sino también una persona con suerte. Busto en mármol de Caius Julius Caesar, s. I a.C. Foto: The Bridgeman Art Library.

Al igual que Druso, su padre, Germánico, era enormemente popular tanto en el ejército como entre el pueblo de Roma, y despertaba un afecto que sería profundamente sentido hasta mucho después de su muerte. Sabemos que al menos una unidad auxiliar romana, y quizá todo el ejército, celebraba aún anualmente su cumpleaños a principios del siglo III d.C. Busto en mármol de Claudius Germanicus Caesar. Museo del Louvre, París. Foto: Age Fotostock.

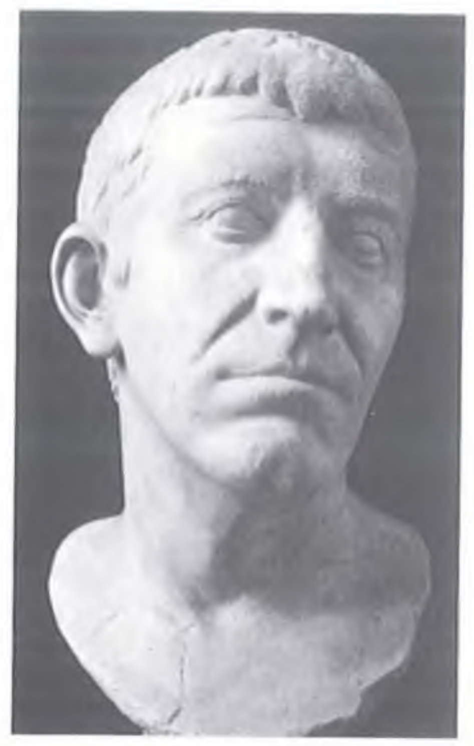




Escena de batalla entre romanos y germanos en cuyo centro destaca la figura de un guerrero a caballo que podría identificar al difunto que encargó la obra. Sárcófago Ludovisi, s. III d.C. Foto: Scala.

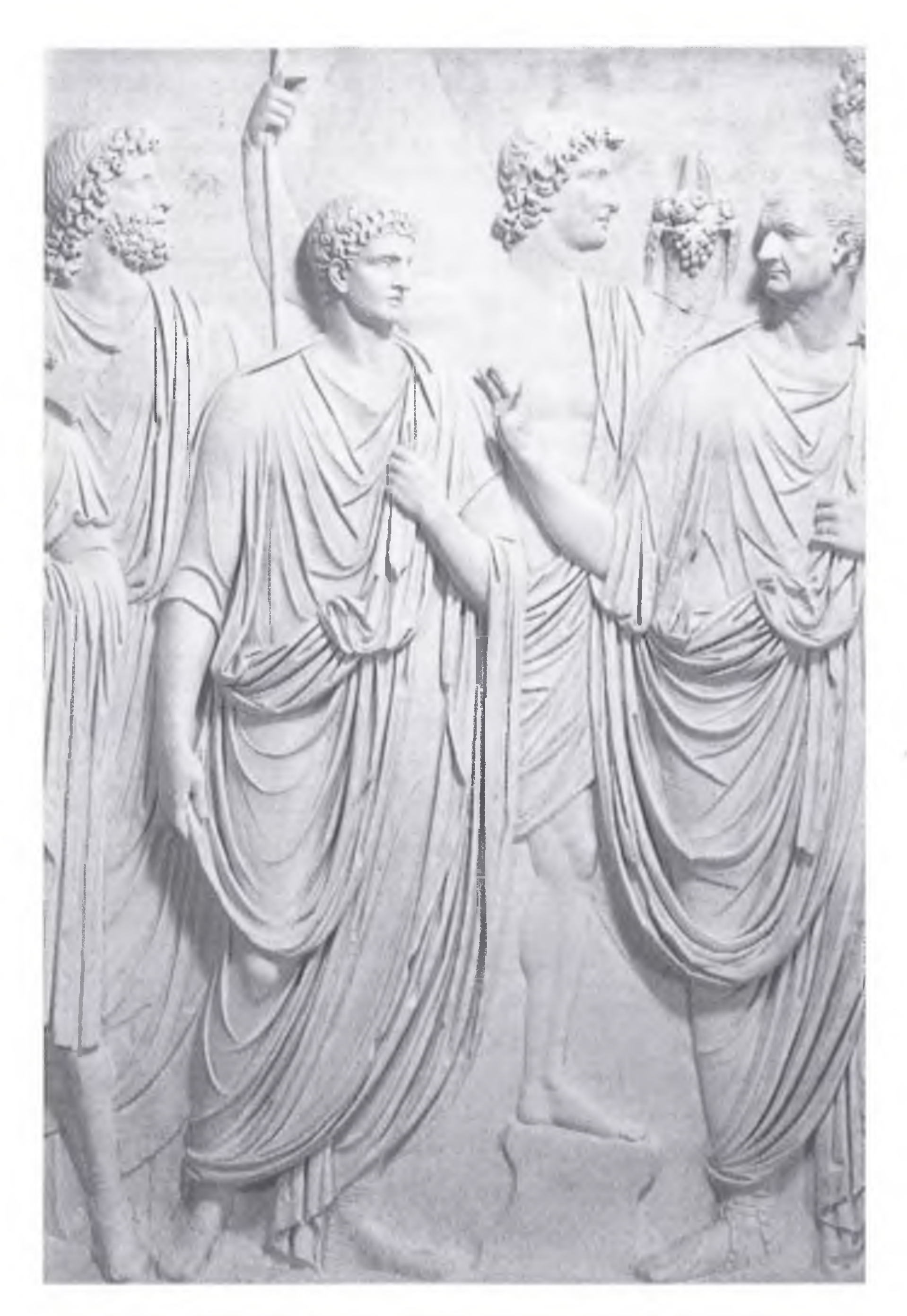


Uno de los temas importantes de la Columna Trajana, lo mismo que sucede en buena parte de las fuentes escritas, es el de la habilidad ingenieril y la perseverancia obstinada de los ciudadanos soldados del ejército, tan admirable para los romanos como cualquier otro hecho de armas. Construcción de un fuerte romano, detalle de la Columna Trajana, s. II d.C. Foto: The Bridgeman Art Library.

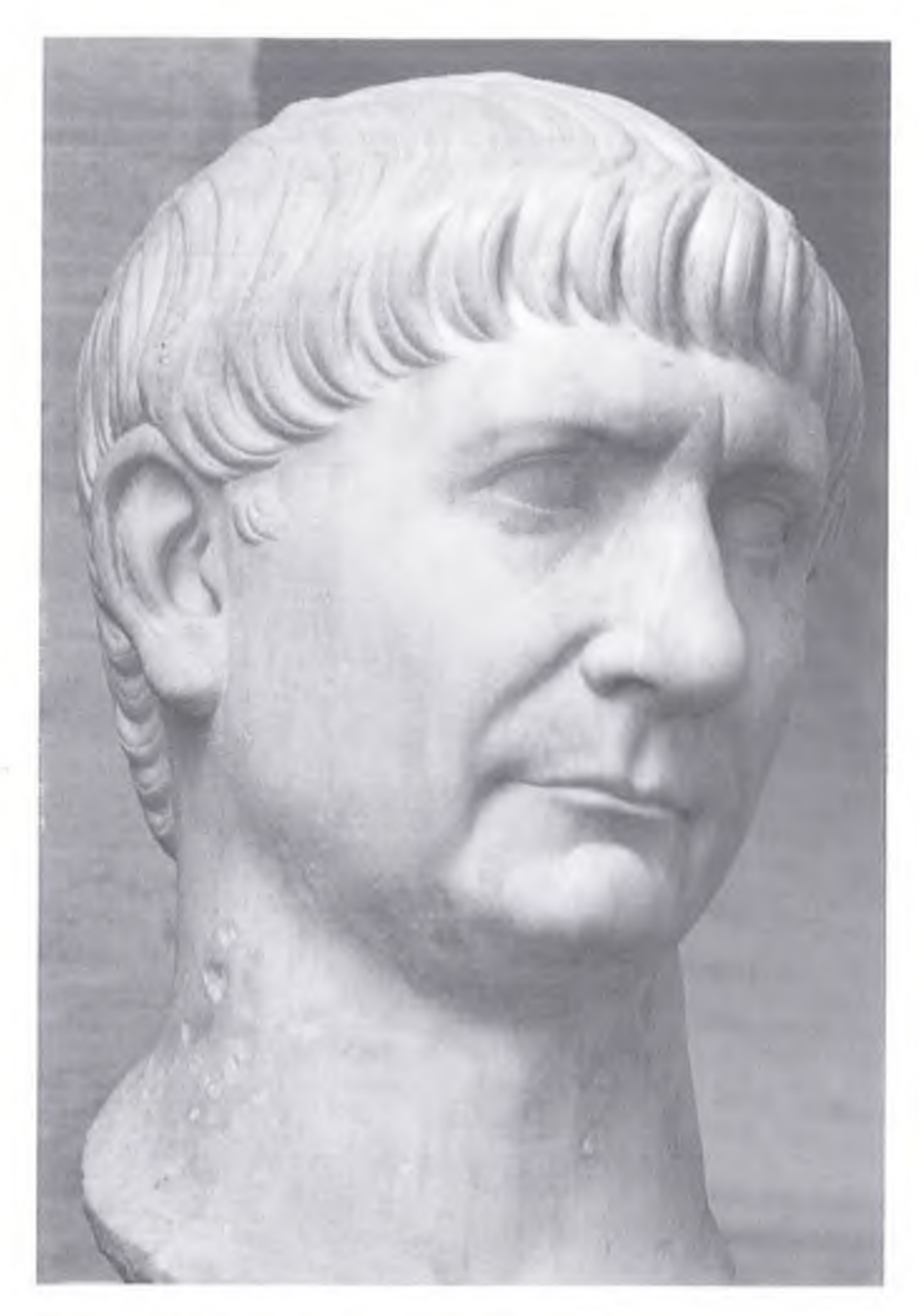


La conducta de Corbulón en Germania le ganó amplia fama, pero serán sus posteriores campañas en el este las que servirán para establecer su reputación como uno de los más grandes generales romanos del siglo I d.C. Busto de Cnaeus Domitius Corbulo. Foto: Alinari.

Vespasiano demostró ser un hombre capaz y comedido, uno de esos pocos hombres cuyo carácter no acaba degenerando rápidamente bajo las tentaciones que supone el ejercicio del poder supremo. Su familia no formaba parte de la vieja aristocracia y fueron él mismo y su hermano Sabino los primeros de sus miembros en ingresar en el Senado. Busto en mármol de Titus Flavius Sabinus Vespasianus. Foto: Age Fotostock.



Tito se hizo mucho más popular cuando ocupó el cargo de emperador que en cualquier momento anterior. Sin embargo, su reinado fue breve, pues falleció el 81 d.C., con cuarenta años, para ser sucedido por Domiciano, su hermano menor, mucho menos popular y dotado. Detalle del relieve del *adventus* (llegada) de Vespasiano a Roma. Junto a Vespasiano está su hermano Domiciano. Foto: The Bridgeman Art Library.



Trajano nació y se educó en la ciudad de Itálica. Fue el primer emperador cuyos lazos con Italia eran extraordinariamente lejanos. Su familia afirmaba descender de alguno de los soldados originarios de Roma e Italia que formaron esa colonia, establecida por Escipión el Africano después de su victoria en Ilipa, en el 206 a.C. Itálica prosperó y creció hasta convertirse en una de las mayores y más importantes ciudades de España. Busto de Marcus Ulpius Traianus, 110 d.C. Gliptoteca de Munich. Foto: Alamy/ACI.



La primera guerra contra los dacios (que se unieron con los sármatas contra Roma) finalizó, en muchos aspectos, de una manera muy satisfactoria para los romanos, con su enemigo reducido a un estatus de aliado subordinado, y Trajano se sintió justificado para tomar el título honorífico de Dacicus. Pero la paz sería temporal y pronto comenzaría la segunda guerra dacia. Sármatas rindiendo tributo a los romanos, detalle de la Columna Trajana, 113 d.C. Foto: Alinari.



Es muy poco lo que ha sobrevivido de Trajano al margen de la Columna Trajana (29,8 m), decorada con un friso esculpido en espiral que narra la historia de las guerras. En su origen estaba llena de colorido, con las figuras pintadas y provistas de armas de bronce en miniatura; la escultura incorpora niveles de detalle que no son visibles al espectador que se encuentra a ras de suelo. Detalle de la Columna Trajana, 113 d.C. Arriba: tropas en marcha. Abajo: embajadores dacios se presentan ante el emperador. Foto: Scala.



Trajano pasó en el ejército una parte de su vida mucho más extensa que la mayoría de los aristócratas romanos, y ciertamente parece que disfrutó de la milicia. Trajano arenga a los legionarios y a los pretorianos en formación de parada. Detalle de la Columna Trajana, 113 d.C. Foto: The Bridgeman Art Library.

Tanto en sus propios escritos como en los relatos de otros autores, Juliano se nos presenta como un hombre inteligente, pero que ignoraba en buena parte las opiniones y los sentimientos de los demás, en especial los de quienes contaban con una educación menos académica. Sería competente como general, aunque poco decidido, y su inclusión en esta obra obedece más a la relativa riqueza del material que explica sus campañas, comparado con cualquier otro de los generales del siglo IV, que al hecho de que fuera un genio militar. Moneda con el retrato de Juliano el Apóstata, s. IV d.C. Alamy/ACI.

En algunos aspectos Belisario mandaba su ejército a la manera de los generales de las generaciones anteriores. Aunque en ocasiones empuñó la lanza, la espada o el arco en el fragor de la batalla, su papel fundamental era el de dirigir las acciones de los demás, una función que ejecutaba manteniéndose detrás de la primera línea de combate. No obstante, en numerosos aspectos, el mundo y la naturaleza de la guerra habían cambiado profundamente en el siglo VI. Detalle del retrato de Belisario perteneciente al mosaico del Emperador Justiniano I junto a sus oficiales, s. VI d.C. Foto: The Bridgeman Art Library .



Detalle de Belisario.



Una de las ventajas del ejército romano frente a su enemigo era su planificación y su gran armamento listo para cualquier ocasión. Para el ataque disponían de escorpiones, onagros, tortugas... que consistían en catapultas que proyectaban con gran precisión piedras, dardos o jabalinas. Tipo primitivo de ballesta accionada por artilleros. Detalle de la Columna Trajana, 113 d.C. Foto: Album/akg-images.

Había fracasado el intento de sorprender al enemigo acampado, pero aquel incidente sirvió, sin embargo, para proporcionar bastante información. El método empleado —un informe inicial de los equipos de exploración, confirmado por patrullas de reconocimiento del terreno que, a continuación, actuaban como guías de las columnas principales— en esencia no estaría fuera de lugar en el guión de un ejército moderno. La capacidad para movilizar durante la noche un gran número de tropas es una señal evidente de un elevado nivel de eficiencia militar. El ejército de Aníbal había mostrado una señalada superioridad sobre los adversarios romanos por su capacidad para moverse durante la noche, mucho antes de Trasimeno y en su huida en la llanura Falernia. Sólo algunas de las legiones reclutadas con el antiguo sistema de milicias estaban lo suficientemente bien adiestradas y disciplinadas como para intentar esa clase de maniobras, pero en la época de las campañas de Pompeyo y César parece que ya constituían un lugar común; lo mismo que la velocidad con la que César atravesó en un día el Saona era reflejo de la mayor profesionalidad y capacidad de las legiones a su mando. De todas maneras, las operaciones nocturnas se hallaban siempre sujetas a confusión y, en este caso, un informe falso dio como resultado que se abortara el ataque.

En este momento, las fuerzas de César iban ya escasas de víveres y, como los eduos no habían traído aún el grano prometido, decidió acercar el ejército hasta los suministros, marchando hasta Bibracte, la principal ciudad de aquéllos, que se hallaba a unos veinticinco kilómetros de distancia. Las noticias de este cambio de dirección les llegaron a los helvecios cuando algunos jinetes de la caballería auxiliar gala desertaron. Interpretaron esa acción como producto del miedo y decidieron que había llegado el mejor momento para pasar de perseguidos a perseguidores. Cuando los romanos les dieron la espalda, los galos cambiaron a su vez de dirección y los siguieron, fustigando la retaguardia. César condujo a sus hombres a una colina y, después de enviar a la caballería para que entretuviera al enemigo, formó las legiones en orden de combate. Las cuatro unidades veteranas adoptaron la habitual formación en *triplex acies* a media falda de la colina. Por detrás se encontraba el grueso de las legiones *XI* y *XII*, junto con la infantería auxiliar y el convoy de pertrechos. Éstos recibieron la orden de levantar un campamento, aunque no está muy claro si avanzaron mucho en esa tarea. César no confiaba en los legionarios recientemente reclutados para situarlos en primera línea de combate, pero esperaba que la visión de la falda de una colina llena de soldados impresionara al enemigo.

Es probable que nombrara un comandante para cada legión, al que habría puesto por encima de los tribunos de las diferentes unidades. (En otra batalla que tuvo lugar posteriormente en ese mismo año, colocó a un

cuestor y cinco legados suyos a cargo de una legión para que así «cada soldado pudiera tener un testigo de su valor».)[13] De manera bien evidente, César dirigió su cabalgadura, seguida por las de sus oficiales, hasta la retaguardia. Pronunció asimismo un discurso para animarlos a todos, repetido probablemente varias veces pues no podía dirigirse a toda la línea de ataque de forma simultánea. No deja de ser interesante que César apenas habla de sus discursos con algún detalle, excepto cuando desea dejar clara una opinión política. Mientras los romanos se preparaban para la batalla, los helvecios retrasaron la caballería y formaron una densa línea formada por numerosos grupos al pie de la colina —en realidad, César lo describe como una falange—. Por detrás de los guerreros se encontraban muchas de sus familias subidas en carros para observar la lucha y ser testigos de la conducta de sus hombres.

Los helvecios se mostraban enormemente confiados y avanzaron con rapidez colina arriba para atacar la línea de combate romana, que se hallaba a la expectativa. Los legionarios esperaron hasta que aquéllos se encontraron al alcance de sus *pila* —a unos quince metros o quizá algo más, dada la pendiente—, para lanzar, a continuación, una nube de esas pesadas jabalinas. La táctica fue la misma que la empleada por los hombres de Mario en Aquae Sextiae, y también el resultado. Las pequeñas puntas piramidales de aquellas pesadas armas atravesaron los escudos, clavándose en ocasiones en dos escudos superpuestos y, según estaban diseñadas, sus largas astas pasaron por el orificio practicado en los escudos para golpear al hombre que se encontraba detrás. Algunos galos cayeron muertos o quedaron gravemente heridos, otros muchos se encontraron con que el escudo había quedado atravesado por un pesado *pilum* que era muy difícil desclavar de él, por lo que acababan arrojándolo al suelo, quedándose así desprotegidos. La combinación del avance desde la colina y la devastadora lluvia de proyectiles romana rompió la formación de los helvecios y frenó el ímpetu inicial de su avance. Cuando los romanos desenvainaron las espadas y cargaron colina abajo, conservando la formación, poseían ya una clara ventaja.

No obstante, transcurrió cierto tiempo —César habla de *tandem* o «un rato», aunque es siempre difícil cuantificar ese momento— hasta que los helvecios comenzaron a ceder terreno. Se replegaron alrededor de un kilómetro y medio, y es de suponer que, en ese recorrido, las dos primeras líneas de combate perdieron contacto entre sí. Cuando las legiones avanzaron para reiniciar la batalla se encontraron enfrentadas de pronto a una nueva amenaza. Los boios y los tulingios, dos subgrupos incluidos en el grueso de los emigrantes, habían formado la retaguardia y, como resultado, se presentaron tarde en la pelea. En ese momento, amenazaron el flanco ro-

mano expuesto. Las legiones separaron las cohortes de sus terceras líneas con la finalidad de formar una nueva línea de combate para hacer frente a esa amenaza, mientras que la primera y la segunda líneas ejercía presión sobre el cuerpo principal del enemigo. Después de una lucha continua de unas cinco horas en los dos frentes, los romanos fueron rechazando gradualmente a los helvecios colina arriba, y a los boios y los tulingios entre los carros y los bagajes, donde consiguieron reunir un número suficiente de carros para formar una barricada. Algunos de los combatientes arrojaron jabalinas desde lo alto de aquel improvisado parapeto, mientras otros lanzaban proyectiles por entre las ruedas, pero, al final, los legionarios consiguieron abrirse camino. Las bajas romanas fueron tan serias como para dedicar los tres días siguientes a atender a los heridos y enterrar a los muertos. Por lo que se refiere a las bajas galas, y como era norma en los ejércitos derrotados, su número fue considerablemente más elevado y cayeron prisioneros varios personajes distinguidos, incluida una de las hijas de Orgetórix.[14]

Los helvecios se retiraron al territorio de los lingones, pero César había enviado mensajeros a estos últimos con instrucciones de que negaran a los fugitivos cualquier ayuda y alimentos o tendrían que hacer frente a un ataque romano. Amenazados de muerte por inanición, los helvecios enviaron una embajada para suplicar la paz y someterse, esta vez, a la petición de rehenes. En las sociedades tribales, el poder de los caudillos rara vez era absoluto, y quizá fue esa independencia de espíritu la que llevó a un grupo de unas seis mil personas a huir durante la noche. César envió mensajeros para comunicar a las tribus por cuyas tierras deberían pasar los fugitivos que los arrestaran. Prácticamente se los entregaron todos y fueron vendidos como esclavos. A los restantes helvecios se les ordenó que regresaran a sus tierras de origen. Se les pidió a los alóbroges, un pueblo vecino que vivía en el interior de la provincia romana, que entregaran a los helvecios una considerable cantidad de grano para ayudarles a sobrevivir mientras reconstruían sus propias comunidades y plantaban semillas para el año siguiente. No obstante, por petición expresa de los eduos, se permitió asentarse entre éstos a un subgrupo de los emigrantes, formado sobre todo por boios. Con el asentamiento se trataba de proteger la provincia romana y los aliados de Roma. César afirma que sólo regresaron a sus tierras ciento diez mil helvecios, pero, dado el interés romano por calibrar el éxito militar con cifras de muertos y prisioneros espectacularmente elevadas y, en apariencia, precisas, debemos contemplar con extremado escepticismo la cantidad de muertos o esclavizados en campaña que, por exclusión, ascenderían a doscientos cincuenta y ocho mil.[15]

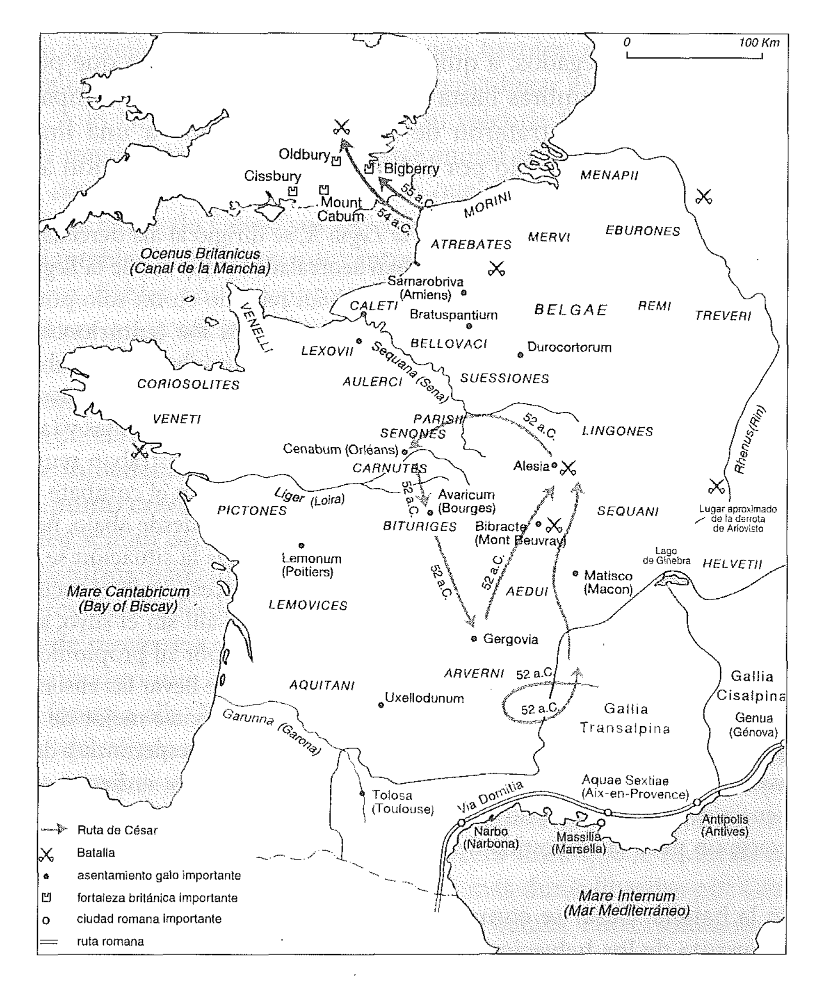
César en campaña, 58-53 a.C.

Poco después de la derrota de los helvecios, César recibió una petición de ayuda de algunas tribus galas, entre ellas la de los eduos, para que las librara de Ariovisto, de quien se decía que conducía un ejército de unos ciento veinte mil guerreros germanos. En todo esto no deja de haber un cierto componente de ironía pues el Senado había concedido al caudillo germano, no hacía mucho, el título de Rey y Amigo del Pueblo Romano durante el propio consulado de César.[16] Después de explicar que la necesidad de protección de los aliados de Roma y de la provincia romana se encontraba por encima de cualquier otra consideración, el comandante romano avanzó con prontitud a enfrentarse a este nuevo enemigo. A pesar de la confianza en su general, pareció por un momento que podría llegar a hundirse la moral de su ejército al extenderse rumores traídos por los mercaderes y los auxiliares galos del tamaño y la ferocidad de los guerreros germanos. Los primeros afectados fueron los tribunos y los oficiales principales, pero el pánico se extendió rápidamente entre los soldados y llegó incluso a provocar casi una negativa a seguir avanzando un paso más.

César reunió a los centuriones —había sesenta en cada una de las legiones— y a otros oficiales y trató de tranquilizarlos. Concluyó declarando que, sin tener en cuenta lo que hicieran los restantes, trataría de avanzar sólo con la *Legio X* en la que estaba seguro de poder confiar. Esa adulación puso inmediatamente de su parte a los soldados de la *Legio X*, que agradecieron a su comandante la confianza depositada en ellos, y avergonzó al resto del ejército que no deseaba verse superado por ninguna otra unidad. Fue uno de los primeros ejemplos en los que César desplegó su habilidad para manipular el exagerado orgullo que sentían las legiones por sus unidades. Pronto Ariovisto se vio obligado a presentar batalla —César había descubierto por varios prisioneros que las mujeres que actuaban de hechiceras para los germanos habían pronosticado que los guerreros no alcanzarían victoria alguna antes de la luna nueva y, por ello, provocó deliberadamente un encuentro inmediato—, y sería derrotado después de dura lucha. Esta vez situó a las legiones recién reclutadas en la primera línea de combate, en lugar de en la reserva, lo que hace pensar que su participación en la campaña anterior había incrementado su eficacia. A lo largo de todas sus campañas, César trató de preparar unidades noveles para el combate, promocionando a los centuriones de las legiones veteranas a los cargos más elevados de aquéllas, y exponiéndolas gradualmente a los rigores de las campañas.[17]

La derrota completa de los helvecios y de Ariovisto en un solo año representaba una hazaña extraordinaria. Por lo general, cada una de esas victorias hubiera satisfecho a un gobernador romano por la fama y el botín

que le proporcionaría. Conseguir la victoria en ambas garantizaría a cualquiera un lugar de preeminencia en el Senado. Sin embargo, para César, que conservaba con firmeza su mando especial, eso era sólo el comienzo. El año siguiente, respondió al ataque de otra tribu aliada, la de los remos, por su avance contra los pueblos belgas de la zona nororiental de la Galia. Un enfrentamiento inicial en el que ambos ejércitos ocupaban posiciones fuertes y eran reacios a abandonarlas y atacar al enemigo en situación desventajosa, acabó cuando los belgas se quedaron sin víveres, un problema muy frecuente en los ejércitos tribales, pues carecían de un comisariado organizado. Alejarse cuando se estaba tan próximo al enemigo constituía siempre una operación arriesgada, y los guerreros sufrieron lo indecible al tratar de dispersarse al amparo de la oscuridad. A continuación, César avanzó e ini-



Campañas de César en la Galia

ció un sistemático saqueo de los territorios de todas las tribus a medida que iba acercándose a ellos. A los belgas les llevó algún tiempo reunir de nuevo su principal ejército, pero después de reorganizarlo, consiguieron desencadenar un ataque por sorpresa contra las fuerzas romanas cuando se hallaban levantando el campamento en las proximidades del río Sambre. La descripción que César hace de esta confusa lucha constituye uno de los pasajes más famosos de *La Guerra de las Galias*:

> César tenía que hacerlo todo a la vez: enarbolar el estandarte como señal para acudir a las armas, ordenar tocar la trompeta, sacar a los soldados de sus ocupaciones, hacer volver a aquéllos que se habían alejado un poco a la búsqueda de materiales para levantar el terraplén, formar la línea de combate, arengar a los soldados y dar la señal de ataque.[18]

Cuando él y sus legados, a quienes se les había ordenado que permanecieran junto a sus hombres hasta que las fortificaciones del campamento estuvieran finalizadas, trataron de crear algo parecido a una línea de combate, César fue cabalgando por la línea del frente de una legión a otra:

> Después de haber arengado a la *Legio X*, se dirigió al ala derecha, donde había visto que sus soldados estaban acorralados y que los de la *Legio XII*, apiñados alrededor de las enseñas que habían reunido en un solo punto, se molestaban unos a otros para combatir; que todos los centuriones de la cuarta cohorte y su portaestandarte [*signifer*] habían sido muertos, el estandarte perdido y casi todos los centuriones de las demás cohortes, entre ellos el primipilo P. Sextio Báculo, hombre de gran valor, que con tantas y tan graves heridas, no se podía sostener de pie; que otros se mostraban remisos y algunos, abandonados por los de la retaguardia, dejaban el combate y huían de los dardos; que los enemigos, subiendo de frente desde abajo, no aflojaban, sino que atacaban por los dos flancos, mientras la situación se volvía crítica y ya no podía recibir ningún refuerzo. Entonces, cogió el escudo de un soldado de las últimas filas, pues había ido hasta allí sin el suyo, avanzó hasta la primera línea, llamó a todos los centuriones por su propio nombre, dirigió unas palabras a los combatientes y dio orden de llevar las enseñas hacia delante y ensanchar las filas, para que pudieran servirse mejor de las espadas. Como con su llegada los soldados se llenaron de esperanza y de nuevos bríos, y como cada uno por su lado deseaba mostrarse ardiente, en presencia del general, incluso en los momentos de mayor peligro, pudo contenerse un poco la embestida del enemigo.[19]

En la batalla, César se comportaba con una enorme movilidad (aparte de la derrota de los helvecios, no hay mención alguna de que dirigiera el combate a pie en ninguna otra acción de campo), cabalgando inmediata-

mente por detrás de la línea de combate, para observar la lucha y actuar en consecuencia. Como él mismo afirma, en este caso «ya no podía recibir ningún refuerzo» y, por ello, el propio comandante marchó para unirse a la primera línea de fuego. Una vez allí trató de insuflar moral a las tropas que flaqueaban, llamando a los centuriones por su nombre, soldados todos ellos a los que conocía y reconoció (y a los que, por tanto, podía recompensar), y a los legionarios de una manera más genérica, e impartió órdenes para reorganizar y avanzar la línea del frente. Aunque César reconoce el peligro de la situación cuando dice que tuvo necesidad de pedir prestado un escudo, en ningún momento afirma que, en realidad, él se uniera a la pelea. En lugar de ello, insiste en su papel de animador y de director de las tropas.

De César no se cuenta ninguna historia equivalente a aquéllas sobre Pompeyo, que nos lo presentan luchando espada o lanza en mano, infligiendo o recibiendo heridas. La tradición heroica, encarnada por Marcelo y hasta cierto punto por Pompeyo, no tenía lugar en el estilo de mando de César. A lo largo de los *Comentarios* su valentía física se da por supuesta, siendo mucho más evidente su coraje moral para hacer frente a cualquier crisis, sin dudar en ningún momento que, finalmente, alcanzaría la victoria. En el relato de César, sus legionarios son disciplinados, incondicionales, adaptables y valientes; sus centuriones, tanto a título individual como colectivo, fiables por completo y gente que despreciaba el peligro. El trato que ofrece a los oficiales superiores varía. En ocasiones, toman decisiones erróneas o se vuelven nerviosos y son presa del pánico. Sólo en muy raras ocasiones, los soldados o los centuriones dudan. El propio general nunca pierde su certidumbre definitiva en que alcanzará el éxito. En la batalla se mueve inmediatamente por detrás de la primera línea, desplazándose desde un punto crítico hasta otro. A lo largo de toda esa línea, sus oficiales superiores actúan de idéntica manera, animando y dirigiendo a los soldados de una forma parecida, si no con las mismas dotes, pero cada uno de esos hombres tiene adjudicado un sector determinado y no cuenta con la potestad de moverse a voluntad. Sólo en algunas ocasiones, César admitió no haber previsto una crisis, pero, por lo general, fue otro el oficial que debió hacer frente a ella. En la batalla contra Ariovisto fue Publio Craso —el hijo menor del aliado político de César— «que mandaba la caballería y era capaz de moverse con mayor libertad que quienes se hallaban en la primera línea de combate», el que advirtió una amenaza germana contra el flanco romano y ordenó a las cohortes de la tercera línea que le hicieran frente.[20]

La del Sambre fue una de las batallas más duras libradas por César. Por muchos motivos, puede considerarse una batalla entre soldados, ganada por la tenacidad de sus legionarios que se negaron a rendirse, pero el general y sus comandantes hicieron cuanto estaba en su mano por dirigir la lu-

cha. César consiguió estabilizar su ala derecha muy castigada, formada por las legiones *XII* y *VII*, pero la posición consiguió sostenerse sólo cuando Labieno, que había podido penetrar por la izquierda y tomar el campamento enemigo, observó la situación e hizo regresar a la *Legio X*, que cogió a los belgas por la retaguardia.

El resto del verano transcurrió dedicado a la eliminación de las tribus belgas. En el año 56, César no tuvo que enfrentarse a ninguna poderosa confederación de tribus y dividió el ejército para llevar a cabo simultáneamente campañas en varias regiones de la Galia. Quizá el suceso más notable del año fue la derrota, en combate naval, de los vénetos, que vivían en lo que ahora es Bretaña. Ese mismo año, César estuvo ligeramente preocupado por problemas políticos pues, por un momento, pareció como si el triunvirato acabaría rompiéndose. Sólo un precipitado encuentro con Pompeyo y Craso, acompañado por más de un centenar de senadores que deseaban conseguir el favor de aquéllos, que tuvo lugar en Luca, en la Galia Cisalpina, le permitió resolver los puntos de desencuentro entre ellos dos. Ambos estuvieron de acuerdo en convertirse en cónsules el año siguiente y dispusieron que el mando de César se extendiese a diez años.[21]

Existe una gran similitud entre las campañas de César en la Galia y las de Pompeyo en Oriente Próximo. En los dos casos disfrutaron de unos recursos y una libertad de acción mucho mayores que la gran mayoría de los gobernantes romanos. Ambos recibieron también seguridades de que no serían sustituidos por un nuevo procónsul hasta que no hubieran acabado su tarea, por lo que pudieron planificar de cara al futuro, en lugar simplemente de arañar una gloria inmediata. Las guerras libradas por ambos estuvieron justificadas, al menos según los estándares romanos, y en beneficio de la República (César se esforzó por dejarlo bien claro a lo largo de los *Comentarios*). Se libraron para proteger a los aliados de Roma, los intereses de ésta o sencillamente su poder. Un pueblo independiente que no mostraba el suficiente respeto por el poderío romano era culpable de orgullo y constituía, por tanto, una amenaza potencial merecedora de recibir una lección. El verbo *pacare*, pacificar, era un eufemismo muy común en Roma para significar la imposición por la fuerza de su voluntad sobre otros pueblos, y aparece con alguna frecuencia en los *Comentarios*. Con ese principio como base, las legiones asolaron la Galia hasta alcanzar el Atlántico por el oeste, el Canal de la Mancha y el mar del Norte por el norte, y el Rin por el este.

Las actividades de César y Pompeyo difirieron en buena medida de la forma romana de llevar a cabo la guerra por el hecho de que las decisiones claves sobre dónde operar las tomaron hasta cierto punto los propios comandantes, prácticamente sin guía del Senado. La inmensa mayoría de los

senadores reconocieron que tales operaciones se habían efectuado en beneficio de Roma, aunque muchos de ellos pudiesen estar resentidos o envidiaran que dos notables alcanzaran tanta gloria personal, aunque en tanto que institución no tuviesen prácticamente control alguno sobre lo que esos dos comandantes tramaban, hasta el punto de que ni siquiera los adversarios políticos pudieran disfrutar de las extraordinarias hazañas de las legiones. En una ocasión, César fue sospechoso de abuso de confianza cuando atacó a una tribu germana mientras estaba en negociaciones con sus líderes, un cargo que incluso en su relato parece que tenía cierta base. Catón pronunció un discurso en el Senado sugiriendo que debería entregarse a César a los germanos, pero, quizá lo único que pretendía era confirmar su reputación de despiadado pues sabía muy bien que no podía albergar esperanza alguna de que se aceptara su propuesta. Parece que ni siquiera cuestionó nunca el que las campañas libradas en la Galia se hubieran realizado en interés de Roma. Lo mismo que Pompeyo en Oriente, los adversarios de César permitían que ganara guerras por el bien de la República, y esperaban hacerle frente a su regreso a Roma, cuando se convirtiera de nuevo en ciudadano privado.[22]

Conscientemente, César pretendía que las operaciones en la Galia fuesen espectaculares, pues siempre tenía la mirada puesta en la opinión de Roma. En el 55 levantó un puente en el Rin, y describió el proyecto con todo detalle en *La Guerra de las Galias*, pues las obras de ingeniería eran tan dignas de alabanza como las batallas o los asedios victoriosos. Después de cruzar el puente, fue el primer general romano que marchó contra las tribus germánicas en su propio suelo, aunque, de hecho, evitó la batalla y apenas hizo algo más que mostrar su poder y capacidad para llegar hasta ellos. Al año siguiente, repitió ese ejercicio, insistiendo ante las tribus en la capacidad de las legiones para construir esas maravillas a voluntad. En los años 55 y 54 dirigió también expediciones cruzando la mar para alcanzar Britania, una isla recubierta de misterio y que apenas formaba parte del mundo real.

La única razón aducida para preparar aquella invasión fue la de suponer que los galos habían recibido la ayuda de los britanos en las recientes campañas. No es algo imposible, pero sí improbable que ese apoyo tuviera alguna entidad. Suetonio nos ofrece otro motivo, afirmando que su afición personal por las perlas fue la que le llevó hasta Britania, que se creía rica en ellas. Pero, más que cualquier otra cosa, hemos de tener en cuenta el deseo típicamente romano de hacer algo que nunca hubiera hecho antes ningún otro comandante. Britania era una tierra de maravillas, donde sus habitantes luchaban montados en carros como los héroes de *La Ilíada*, una técnica que los galos habían abandonado hacía ya siglos. César consiguió la su-

misión formal de las tribus del sudeste, imponiéndoles un tributo anual, aunque no sabemos si llegó a satisfacerse nunca. Y lo que fue más importante, el Senado declaró un periodo de acción de gracias por esa hazaña de mayor duración que cualquier otro de los observados con anterioridad. No importó que ambas expediciones acabaran casi en un completo desastre cuando la mayor parte de la flota invasora quedó dañada o destruida por las tormentas y dio la impresión de que los expedicionarios hubieran sido abandonados en la isla. Numerosos estudiosos modernos afirman que las expediciones británicas parecieron mal preparadas y precipitadas hasta el punto de alcanzar una temerosidad peligrosa. No hay indicio alguno de que los contemporáneos de César compartieran esa opinión. César no era más atrevido que la mayoría de los senadores colocados al frente de un ejército, pero, ciertamente, alcanzó un éxito muy superior.[23]

En el invierno del 54-53 a.C. sufrió su primer revés serio cuando estalló una rebelión entre los eburones que se extendió con rapidez a otras tribus belgas. La recientemente reclutada *Legio XIV* y otras cinco cohortes sufrieron un ataque en sus cuarteles de invierno y, después de mantener negociaciones con el caudillo Ambiórix, aceptaron una tregua durante la que podrían marcharse para unirse al resto del ejército romano. Ya fuera una acción preparada o resultado de una acción espontánea llevada a cabo por guerreros a título individual —en estas ocasiones, la verdad es siempre difícil de establecer: así sucedió también en matanzas parecidas en medio de supuestas treguas, como en Fort William Henry, en 1757, Kabul, en 1842, y Cawnpore, en 1857—, la columna romana cayó en una emboscada en un terreno boscoso y fue prácticamente aniquilada. César culpó del desastre al hecho de tener un mando dividido, del que él mismo era responsable aunque no lo mencione en ningún momento, y en particular a la conducta suplicante y nada romana del legado Sabino. Nuestras otras fuentes se refieren a ese hecho como a una de sus escasas derrotas serias, responsabilizándole a él mismo, aunque no estuviera presente. Suetonio nos dice que cuando recibió las noticias de la matanza, juró no afeitarse ni cortarse los cabellos hasta que fueran vengados sus soldados muertos.

Después del éxito obtenido, la fuerza principal de los ambrones se dispersó, satisfechos por el momento todos sus guerreros con el botín y la gloria conseguidos, pero Ambiórix marchó con su guardia personal y convenció a los nervios para que atacaran a la legión que invernaba en su territorio. Se hallaba al mando de Quinto Cicerón, el hermano del orador, que dirigió una defensa mucho más decidida y se negó a iniciar la negociación de una tregua con el enemigo. Rápidamente, César reunió todas las fuerzas que tenía de forma inmediata disponibles —dos legiones que no contaban con su dotación habitual y alguna caballería auxiliar, no suman-

do en total más allá de siete mil hombres— y marchó en ayuda de la guarnición de Cicerón. Aunque inferior en número y con víveres suficientes sólo para una campaña breve, consiguió atraer a los nervios a una lucha en condiciones desfavorables para ellos y los derrotó rápidamente. Cuando liberaron a la legión asediada, se encontraron con que casi todos sus soldados habían sido heridos.

Era aún invierno, lo que hacía difícil encontrar víveres y forraje, por lo que hubo un periodo de tregua en los combates durante varios meses, pero aún no había llegado el momento de dar inicio a la campaña estacional, cuando ya César se había puesto de nuevo en movimiento, desencadenando la primera de una serie de rápidas expediciones punitivas contra las tribus rebeldes. A su vez, éstas se vieron sorprendidas y fueron incapaces de responder con eficacia, mientras contemplaban cómo quedaban devastadas sus tierras. La mayoría de ellos capituló, pero cuando los eburones se mostraron reacios a hacerlo, César declaró que cualquiera era libre de saquear su tierra. Prefirió que las bajas que ocurrirían en las escaramuzas inevitables, cuando la tierra quedara baldía, las sufrieran las bandas violentas de saqueadores que pronto llegarían procedentes de toda la Galia y de Germania, y no sus propios legionarios.[24]

Vercingetórix y la gran rebelión, 52 a.C.

Las primeras intervenciones de César en la Galia las había efectuado a petición de los líderes de las tribus aliadas, de la misma manera en que Ariovisto había sido enviado a la Galia para ayudar a los senones en su lucha con los eduos. Aunque los pueblos galos compartían un lenguaje y una cultura comunes, tomadas una a una, las tribus eran ferozmente independientes y, en ocasiones, hostiles entre sí. Ninguna tribu ni ningún caudillo que tratara de dominar a título individual a su propio pueblo tenía escrúpulos en buscar ayuda exterior contra un enemigo o rival. Muchas tribus, en especial la de los eduos, se beneficiaron de la llegada de las legiones, pero, en el invierno del 53-52 a.C., se extendió por toda la Galia un malestar generalizado por la presencia romana. Un grupo de nobles de diferentes tribus —tanto de las que habían sufrido el ataque de las legiones como de algunas otras que habían acogido favorablemente su llegada— se reunió en secreto y planeó una rebelión coordinada. Sus motivos no eran nacionalistas ni enteramente altruistas, puesto que la mayoría esperaba que la gloria conseguida por la derrota de los romanos les proporcionaría poder o les convertiría en reyes de sus propios pueblos y de algunos otros.

El hombre que se dio pronto a conocer como principal caudillo de la rebelión, Vercingetórix el arverno, debió vencer en primer lugar la resistencia en su propio pueblo, una vez que sus seguidores le proclamaron rey. De inmediato se dedicó a formar un ejército, reclutado no sólo en su propio pueblo, sino también entre la mayoría de las tribus de la Galia occidental y central. Si se compara con los habituales ejércitos tribales, la fuerza por él creada era mucho más numerosa y estaba mejor organizada y disciplinada, aunque aún inferior a los romanos en este último aspecto. Se preocupó de la intendencia mucho más de lo que era común en la Galia, lo que le permitiría una mayor capacidad para permanecer mucho más tiempo en el campo, sin verse obligado a presentar batalla en circunstancias desfavorables en las pocas semanas que precedían al momento en que debía dispersar a sus hombres para buscar víveres. En el año 52 a.C., los galos se hallaban en condiciones de adoptar una estrategia mucho más astuta de la que había sido siempre el caso en sus anteriores encuentros con César.[25]

El primer estallido de la rebelión tuvo lugar a comienzos del año en Cenabum, en tierra de los carnutos, donde dos caudillos y sus seguidores perpetraron una matanza con todos los comerciantes romanos que encontraron en la ciudad. Habitualmente, el ejército romano se retiraba a los cuarteles de invierno por todo el territorio conquistado, mientras el propio César permanecía en la Galia Cisalpina. Ésta había sido su costumbre en todas las campañas, pasando allí los meses de invierno, mientras efectuaba sus actividades judiciales y administrativas como gobernador, al tiempo que seguía muy de cerca la política de Roma. Cuando César se enteró de la insurrección, se dirigió rápidamente a la Galia Transalpina. Las únicas fuerzas de que disponía de inmediato eran algunas cohortes recientemente reclutadas y levas locales, y era reacio a enviar mensajeros para que anunciaran a las legiones que se pusieran en marcha para unirse a él, en caso de que se vieran atacadas una a una y aplastadas. Una retirada aparente de esa clase sólo podía interpretarse como signo de temor y debilidad, animando a otras tribus a unirse a los rebeldes. Por tanto, el propio general sería quien iría a donde se encontraban las legiones; pero antes de actuar así, era importante hacer todo lo posible para proteger la provincia romana.

Se habían efectuado ya algunas incursiones contra las comunidades de la provincia, que también eran galas y que, por tanto, se las podía convencer para que se uniesen a la rebelión. César envió algunas de sus tropas a los sectores más amenazados y concentró una pequeña fuerza de choque cerca de los pasos de las Cevennes que conducían a territorio arverno. Aún era invierno y se consideraba que los principales pasos eran todavía intransitables, pero César llevó a sus hombres a través de ellos, abriéndose camino por en medio de espesores de nieve de dos metros para caer sobre el

enemigo. La sorpresa fue completa y, durante dos días, la columna romana saqueó y se dedicó al pillaje a voluntad, mientras la caballería auxiliar avanzaba extendiendo el pánico por un área tan amplia como le fue posible. Vercingetórix recibió pronto un diluvio de mensajes de sus compatriotas que, presos de pánico, le pedían ayuda inmediata. Dirigió entonces su ejército principal en dirección a la zona que había sufrido las incursiones, pero, en ese momento, César había puesto su fuerza a las órdenes de Décimo Bruto y él mismo había partido de allí, anunciando públicamente que regresaría en tres días con nuevos efectivos. En lugar de ello, cabalgó con rapidez hasta Vienne, donde se unió a una fuerza de caballería —que con probabilidad incluía una unidad de cuatrocientos germanos, a los que había entregado buenas monturas y conservado a su inmediata disposición—, a la que previamente había ordenado que se reuniera en aquel lugar. Sin ni siquiera esperar a descansar allí aquella noche, condujo aquellos jinetes por las tierras de los eduos hacia el territorio de los lingones, donde se unieron a las dos legiones que pasaban el invierno en aquel lugar. Se despacharon mensajeros para avisar a las demás legiones que se concentraran, y César tenía ya reunido su ejército antes de que a Vercingetórix le llegaran las primeras noticias de que su adversario no se encontraba ya en la columna de saqueo.[26]

El ejército romano se hallaba unido, pero aún no había llegado la primavera por lo que no se había conseguido una cantidad de provisiones suficiente que les permitiera operar juntos durante mucho tiempo. Cuando Vercingetórix avanzó para asediar Gorgobina, la ciudad principal de los boios a los que se les había permitido asentarse en territorio eduo en el año 58, a César se le presentó un dilema. Su ejército no se hallaba aprovisionado para sostener una larga campaña y no tenía esperanza alguna de conseguir cantidades significativas de víveres y forraje en aquel paisaje invernal, pero cualquier error en la protección de las comunidades aliadas podía interpretarse como debilidad y animar las deserciones hacia el enemigo. Las revueltas siempre eran más débiles en sus fases iniciales, pues muchos rebeldes potenciales esperaban comprobar si las expectativas de éxito eran suficientemente buenas como para correr el riesgo de unirse a ellas. Las derrotas romanas, aunque fueran menores, contribuían a animar a los vacilantes a comprometerse, e incluso la inacción se interpretaba a menudo como una señal de debilidad. El invierno precedente, César había entrado en acción de forma inmediata con una fuerza poco numerosa y escasa de suministros para atacar a los nervios y liberar el campamento de Cicerón. El año 52 respondió con similar audacia, decidiendo que era mejor asumir la ofensiva de inmediato, a pesar de los riesgos, que permanecer inactivo y parecer impotente. Ésta fue la característica respuesta romana a la rebelión,

arrancando la iniciativa a los rebeldes a la primera oportunidad y tratando de conservarla a partir de ese momento, desencadenando un ataque tras otro con las tropas que estuvieran disponibles, en lugar de esperar a reunir una fuerza más poderosa. Ese enfoque hace pensar en la total confianza que se tenía en que la victoria romana era inevitable y, aunque esto no fuese más que fachada y las tropas atacantes escasas en número o en calidad o inadecuadamente provistas de pertrechos, a menudo era suficiente para someter y aplastar la rebelión.[27]

César ordenó a los eduos que reunieran grano y se lo trajeran lo antes posible; a continuación, dejando dos legiones de protección del bagaje del ejército, avanzó de forma inmediata en ayuda de los boios, reduciendo cualquier elemento fortificado hostil de los que se topaba en el camino y confiscando cualquier suministro o animal de carga que encontraba. Una de estas fortificaciones era Cenabum, que fue intensamente saqueada e incendiada como castigo por el asesinato de los comerciantes romanos. El avance de las legiones persuadió a Vercingetórix de que abandonara el asedio a Gorgobina y se acercara al enemigo. César acababa de aceptar la rendición de otra ciudad amurallada, Noviodunum, cuando apareció el ejército galo, reavivando el entusiasmo de los ciudadanos por la resistencia. La lucha se desarrolló entre la caballería de los dos ejércitos, tomando ventaja ahora uno, ahora otro, según aquella manera tan incierta en que se desarrollaba esa clase de combates. Finalmente, César hizo intervenir sus jinetes germanos y esta reserva de hombres de refresco, unida a la significativa ventaja moral que los guerreros germanos tenían sobre sus homólogos galos, destrozó el ímpetu del enemigo. La ciudad se rindió una vez más, y las legiones presionaron en su ataque a Avaricum, una de las comunidades más prósperas e importantes de los bituriges. César confiaba en que la toma de esa ciudad, después de aquellos primeros éxitos, sería suficiente para convencer a la tribu a que capitulara.[28]

Vercingetórix decidió que, por el momento, era mejor evitar la confrontación directa con el enemigo y, en lugar de ello, prefirió agotar a las legiones privándolas de víveres. Acampó a unos veinticinco kilómetros de Avaricum y ordenó a su caballería que fustigara las partidas romanas dedicadas a buscar forraje. Comenzó a desarrollarse el juego del ratón y el gato desde el momento en que los romanos se volvieron más precavidos y trataron de evitar el uso de las mismas rutas más de una vez para no caer en emboscadas. Se les convenció a los bituriges que sacrificaran los animales y destruyeran los almacenes de víveres para evitar su caída en manos de los enemigos, e incluso llegaron tan lejos como para quemar muchos de sus propios pueblos y aldeas. César envió frecuentes mensajes pidiendo a los eduos y los boios que le enviaran suministros de grano reciente, pero estos

últimos no eran muchos y todo lo que aportaban se consumía rápidamente. Los eduos podían haber enviado mucho más, pero su lealtad comenzaba a vacilar y su contribución fue casi inexistente.

Sin desanimarse, César emprendió el sitio de Avaricum, ordenando la construcción de una elevada rampa de asedio que cruzara el valle entre su campamento y la parte más alta de la ciudad. Finalmente, después de veinticinco días de esfuerzos, una rampa de veinticinco metros de altura y más de cien metros de anchura llevaba hasta el muro galo. Es una prueba más de la capacidad ingeniera de las legiones y del deseo de soportar un prolongado trabajo duro, en este caso mientras el tiempo aún era frío, la lluvia fuerte y frecuente y sus raciones escasas. César supervisó personalmente el proyecto y habló con los grupos de trabajo de cada legión a medida que iban realizando la tarea, comunicando a los legionarios que abandonaría el asedio si la escasez de víveres se hacía insostenible. El orgullo de los soldados en sí mismos y en sus unidades los mantuvo en el trabajo, hasta el punto de que cada grupo aseguró a su comandante que acabaría lo que había iniciado.

Mientras seguía el asedio, el ejército galo comenzó a ir también escaso de provisiones. La autoridad de Vercingetórix sobre el ejército no era de ninguna manera absoluta y los demás caudillos le convencieron (en contra de su opinión) para que se acercara a la ciudad y tratara de liberarla. Se detectó un intento de emboscar a una partida romana dedicada al forrajeo y eso decidió a César a partir con el grueso de sus fuerzas. Vercingetórix le ofrecía luchar desde una posición elevada y muy fuerte, pero se negaba a descender de allí y pelear en campo abierto. Aunque las legiones estaban ansiosas y confiadas en su capacidad para golpear al enemigo en cualquier terreno, César rehusó atacar, anunciando a sus soldados que valoraba sus vidas demasiado alto como para conseguir una victoria a cambio de un gran número de bajas cuando podía alcanzarse por otros medios a un costo muy inferior. Vercingetórix consiguió enviar diez mil guerreros para reforzar la guarnición de la ciudad, pero, fuera de eso, no fue capaz de ayudarlos de otra manera.

Los defensores se mostraron muy activos en todo el asedio, haciendo salidas para quemar las obras de acoso romanas. A medida que éstas iban aumentando de tamaño y que las torres de asedio crecían tanto que los soldados romanos podían disparar desde una posición superior a los defensores situados en el muro de la ciudad, los galos fueron añadiendo torrecillas de madera, protegidas por pieles estiradas para aumentar la altura de sus propias posiciones. Muchos de los habitantes de la localidad trabajaban en las cercanas minas de hierro y pusieron su experiencia al servicio de las obras de construcción de túneles por debajo de la rampa. Cuando esta última estaba prácticamente acabada, los galos llenaron la mina de materiales incendiarios y trataron de prenderle fuego durante la noche. Ese inten-

to se vio respaldado por grupos de hombres que hicieron una rápida salida arrojando antorchas sobre las obras romanas, mientras otros lanzaban flechas incendiarias desde la muralla.

Durante el asedio siempre había dos legiones en estado de alerta, dispuestas a moverse con toda rapidez para hacer frente a los ataques. La lucha era cruel y el propio César rindió un particular homenaje a un galo que, situado sobre una de las puertas, lanzaba bolas de grasa y brea. Ese hombre cayó muerto por el disparo de un escorpión (una de las catapultas ligeras del ejército romano), que arrojaba una bala pesada con gran puntería y fuerza, pero otro fue inmediatamente a ocupar su lugar, sólo para verse alcanzado él a su vez. Una y otra vez, se adelantaba un guerrero para continuar la tarea hasta que caía muerto. Los galos acabaron por desistir sólo cuando, al final, se rechazaron las salidas y se extinguió el fuego.

Se dieron cuenta además de que la defensa era ya inútil, y se frustró también un intento de los guerreros por evadirse. A la mañana siguiente, y en medio de una lluvia torrencial, cuando menos podía esperar el enemigo un ataque, César ordenó a sus legionarios el asalto. Las murallas se tomaron rápidamente, pero, durante breve tiempo, densos grupos de guerreros formaron en las calles y en la plaza del mercado para hacer frente al ataque. Los romanos les ignoraron, concentrándose en la tarea de asegurar los puntos clave de las defensas, y enseguida los galos acabaron por sentirse presos de pánico. El saqueo de la ciudad fue brutal en extremo, cuando los cansados legionarios dieron salida a su frustración después de aquella prolongada y difícil tarea y obtuvieron otro desquite por lo sucedido en Cenabum. Prácticamente todos los hombres, las mujeres y los niños fueron acuchillados mientras los soldados corrían de un lado para otro fuera de sí. El ejército permaneció en la ciudad varios días para recuperarse y César se alegró de encontrar allí almacenes de grano muy bien provistos. Se acercaba ya la primavera y no era, por tanto, momento para aminorar el ritmo de la ofensiva, por lo que, después de este breve descanso, trasladó la fuerza principal, formada por seis legiones, contra la ciudad arverna de Gergovia y envió las otras cuatro, al mando de Labieno, contra los parisios y los senones, hacia el norte. Es muy poco frecuente que, en los *Comentarios*, el autor ofrezca cifras precisas del número de soldados que se hallaban a su mando, pero es bastante probable que sus legiones veteranas constituyeran ahora una fuerza situada entre el 50 y el 75 por ciento de lo que era normal —es decir, entre dos mil quinientos y cuatro mil hombres—, aunque las unidades reclutadas más recientemente quizá fueran algo mayores.[29]

En cualquier caso, la pérdida de Avaricum, que él había aconsejado que no se defendiera, reforzó la influencia de Vercingetórix, que pudo así convencer a más tribus a que se unieran a la alianza. Por un momento lle-

garon a rebelarse hasta los aliados eduos, pero una rápida acción de César consiguió acabar inmediatamente con el levantamiento. El principal ejército galo se hallaba acampado en las elevaciones de las afueras de Gergovia. El general romano se acercó cabalgando para efectuar un reconocimiento de la ciudad en persona y llegó a la rápida conclusión de que era muy improbable que un ataque directo obtuviera éxito. Fue reacio también a comprometerse en un largo bloqueo hasta que hizo todos los preparativos para asegurar las líneas de suministro. Por tanto, levantó un campamento y se decidió a esperar. Los días siguientes hubo frecuentes escaramuzas entre la caballería y tropas ligeras de ambos ejércitos. En una noche de marcha, César controló una colina que se hallaba más próxima a la ciudad, cogiendo por sorpresa a la escasa guarnición enemiga que allí había y disponiendo dos legiones para que ocuparan y fortificaran la posición. Los campamentos romanos se conectaron a continuación mediante una vía, provista de un foso a cada lado, para asegurar la fluidez de las comunicaciones. Después de cierto tiempo, una parte del cual estuvo ausente negociando con los eduos, el general resolvió la preparación de un ataque de mayor envergadura contra una zona expuesta en las crestas donde acampaba el ejército galo. Como era habitual, sus planes se basaban en la observación personal del terreno y en los interrogatorios a los prisioneros, quienes le informaron que el enemigo había reducido allí el número de hombres con el fin de fortificar otro sector considerado más vulnerable.

Aquella noche, los romanos enviaron patrullas de caballería con la orden de desplegarse en todas direcciones, haciendo el mayor ruido posible. Al alba, César hizo salir una gran cantidad de los seguidores del campamento y de los esclavos, llevando un equipo básico y montados en animales de carga, siguiendo una estratagema similar a la utilizada una vez por Pompeyo. Se les ordenó que formaran un amplio círculo alrededor de las alturas ocupadas por el enemigo, con la esperanza de que, a distancia, se les confundiera con una auténtica fuerza de caballería. Una legión perfectamente visible marchó en la misma dirección, pero, una vez en un terreno poco claro, se escondió en un bosque. El truco funcionó, y el grueso del ejército galo cambió de posición para hacer frente a esta aparente amenaza, dejando su principal campamento prácticamente vacío. De manera gradual, a lo largo de la mañana, pequeños grupos de legionarios pasaron del campamento principal al otro más pequeño, hasta que el grueso del ejército había cambiado así su posición. Entonces, César los dirigió al ataque, utilizando cada una de las legiones una de las torrenteras que ascendían hasta la cresta de las colinas, al tiempo que otros diez mil soldados de infantería auxiliar, proporcionados por los nuevamente leales eduos, tomaban otra ruta. El ataque alcanzó un éxito inmediato, y apenas encontraron resisten-

cia cuando irrumpieron en tres de los campamentos galos situados alrededor de la cresta. A punto estuvieron de capturar en uno de ellos a Teutomato, rey de los nitiobriges, que se despertó con el tiempo justo para huir galopando medio desnudo en un caballo herido.

El ataque obtuvo un gran éxito, y César nos cuenta que, a continuación, ordenó a los trompeteros que hiciera sonar el toque de reunión. La unidad en la que se encontraba, su favorita *Legio X*, se detuvo de inmediato, pero la señal no llegó con claridad a toda la línea que rodeaba la cresta y hubo algunas otras unidades que no la oyeron. Nos dice que había ordenado específicamente a los legados y a los tribunos que no permitieran a los soldados ponerse fuera de su alcance y llevar el ataque demasiado lejos. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, estos hombres no fueron capaces de evitar que los eufóricos legionarios se lanzaran como un enjambre ascendiendo la colina para atacar las murallas de la propia Gergovia. En un primer momento pareció como si aquel impetuoso y desorganizado ataque pudiera salir victorioso con ese enorme entusiasmo, al tiempo que se extendía el pánico entre los escasos defensores de la ciudad:

> Las madres de familia arrojaban vestidos y plata desde lo alto de la muralla, y con los pechos al desnudo, abalanzadas hacia delante, extendían los brazos hacia los romanos, suplicándoles que se apiadasen y que, al contrario de lo que habían hecho en Avaricum, las perdonasen a ellas y a sus hijos; algunas, sostenidas por las manos de otras, bajaban de la muralla y se entregaban a los soldados. Lucio Fabio, centurión de la *Legio VIII* que, según aseguraban, aquel mismo día, había declarado a sus hombres que le enardecían las recompensas de la jornada de Avaricum, y que no permitiría que nadie escalara la muralla antes que él, tomó a tres de sus soldados y, con su ayuda, subió a la muralla; él, a su vez, fue tirando de ellos, uno a uno, y los izó hasta arriba.[30]

No obstante, los galos comenzaron a recuperarse rápidamente y un gran número de guerreros avanzó para hacer frente a la incursión, formando densos grupos por detrás de las murallas. Las mujeres dejaron de suplicar gracia y empezaron a jalear a sus hombres. En ese momento, sólo había entrado en la ciudad un pequeño número de romanos que se encontraban cansados y desorganizados. Durante bastante tiempo, el entusiasmo de los hombres de César no les permitió pensar en ceder, pero luchaban en una situación enormemente desventajosa y las bajas eran elevadas. La aparición de los auxiliares eduos por el flanco de los atacantes provocó el pánico cuando fueron confundidos con adversarios, a pesar de que llevaban el hombro derecho desnudo con el fin de indicar que se trataba de aliados y no de guerreros enemigos:

Al mismo tiempo, el centurión Lucio Fabio, y los que con él habían subido a la muralla, eran rodeados, muertos y arrojados desde arriba del muro. Marco Petronio, centurión de aquella misma legión, al intentar hundir las puertas, fue acorralado por una multitud, y desesperando de seguir con vida, pues ya había recibido numerosas heridas, dijo a los suyos que le habían seguido: «Ya que no puedo continuar entre vosotros, al menos preservaré vuestra vida, que yo he puesto en peligro, llevado por el afán de gloria. Estad atentos a la ocasión que os doy.» Y al instante se precipitó en medio de los enemigos, mató a dos y consiguió que los otros se separaran un poco de la puerta. Como los suyos intentaban socorrerlo, les dijo: «Intentáis en vano salvarme la vida; la sangre y las fuerzas me abandonan. Marchad, pues, ahora que podéis, y reuniros con la legión.» Y así, combatiendo, cayó al poco tiempo, y pudo salvar a los suyos.

Fabio y Petronio fueron dos de los cuarenta y seis centuriones y los algo menos de setecientos hombres muertos durante la lucha. La única crítica que César hace de sus tropas en los *Comentarios* se reduce a decir que simplemente fueron demasiado confiados y deseosos de ganar su elogio, mientras que el lugar destacado que ocupan el heroísmo y el sacrificio personal de algunos soldados contribuyeron a restarle importancia a la derrota. Durante la batalla, convocó a dos cohortes de la *Legio XIII*, que habían permanecido de guardia en el campamento pequeño, para que fueran en ayuda de la *Legio X*, con el fin de tratar de cubrir la retirada de sus hombres. Al día siguiente, formó al ejército, que recibió una reprimenda por desobedecer sus órdenes, pero no hubo castigos. A continuación hizo una salida de los campamentos y desplegó a los soldados en orden de combate en una posición muy poderosa. No es nada sorprendente que Vercingetórix rehusara aceptar el combate en unas condiciones tan desfavorables, y el comandante romano pudo asegurar a sus hombres que, a pesar del reciente revés sufrido, los galos aún les tenían miedo. Después, partió de allí, decidiendo que poco se podía hacer a las afueras de Gergovia, y porque, en cualquier caso, volvía a haber problemas con los eduos, algunos de los cuales habían efectuado una matanza entre la guarnición romana de Noviodunum. A continuación incendiaron la ciudad, en la que se quemaron (o fueron saqueadas de otra forma) grandes cantidades de grano que habían sido almacenadas allí.

Como consecuencia del éxito alcanzado, los rebeldes enviaron numerosos pequeños escuadrones de caballería con el fin de hostigar las líneas romanas de suministros procedentes de la Galia Transalpina. César había perdido la iniciativa en Gergovia y el revés sufrido fue suficiente para animar a otras tribus a unirse a los rebeldes, pero, en ese momento, desencadenó una nueva ofensiva en otra dirección, regresando a la provincia ro-

mana a marchas forzadas. Su ejército vadeó un Loira crecido, situando a la caballería en forma de pantalla aguas arriba y transportando la infantería sus armas y equipo por encima de la cabeza al vadear una corriente que les llegaba al pecho, de la misma manera en que Pompeyo y sus hombres habían cruzado el Cyrus. Bastante más al norte, Labieno había efectuado una campaña victoriosa contra los parisios y los senones, pero, en ese momento, creyó oportuno que era mejor unirse a César y enfrentarse al enemigo con todas las fuerzas reunidas. César aprobó por entero su decisión y nos proporciona un relato detallado de la habilidad con que su legado engañó a los líderes galos sobre cuáles serían sus intenciones y pudo cruzar un río sin oposición antes de trabar combate y destrozar al ejército enemigo. Según *La Guerra de las Galias*, al comienzo de la batalla, Labieno animó a sus hombres pidiéndoles que pensaran que el propio César se hallaba presente para observar su conducta. Aunque alabe a un legado, los *Comentarios* dejan siempre muy claro que el autor era el verdadero héroe.[31]

Durante un breve espacio de tiempo ambos bandos se reagruparon. Vercingetórix pudo incrementar el número de guerreros de su ejército principal, y animó a otras tribus a atacar a los romanos allí donde se les presentara la ocasión. Labieno se había encontrado con César, que había reunido también otras levas de sus provincias y contratado más jinetes e infantería ligera germanos del otro lado del Rin, sustituyendo los pequeños ponis que traían por monturas mucho más caras, la mayoría de ellas proporcionadas por sus oficiales. A continuación avanzó contra los secuanos y los lingones de la Galia oriental. Vercingetórix reunió una numerosa fuerza de caballería para atacar al ejército romano en marcha, conjurándose los propios guerreros en un solemne juramento de no abandonar el campo hasta haber atravesado cabalgando dos veces por en medio de la columna enemiga. El caudillo galo dividió a sus hombres en tres grupos y atacó simultáneamente ambos flancos y la vanguardia de la columna. Con el fin de contrarrestar esa acción, César dividió asimismo su caballería auxiliar en tres destacamentos y envió cada uno de ellos contra uno de los grupos de los adversarios. Allí donde los jinetes galos parecían conseguir cierta ventaja, las cohortes de legionarios organizaban la formación para apoyar a su caballería. Esto contribuyó a estabilizar el combate, puesto que les proporcionaba a aquéllos un sólido refugio donde los auxiliares podían reagruparse y reorganizarse antes de regresar a la refriega, pero frenaba también el avance del ejército.

Al final, la caballería germana, que hacía frente al enemigo que atacaba por la derecha la columna romana, se abrió camino hasta lo alto de un terreno y cargó entonces colina abajo, poniendo en fuga a sus adversarios. Esta derrota provocó la retirada inmediata del resto de la caballería gala.

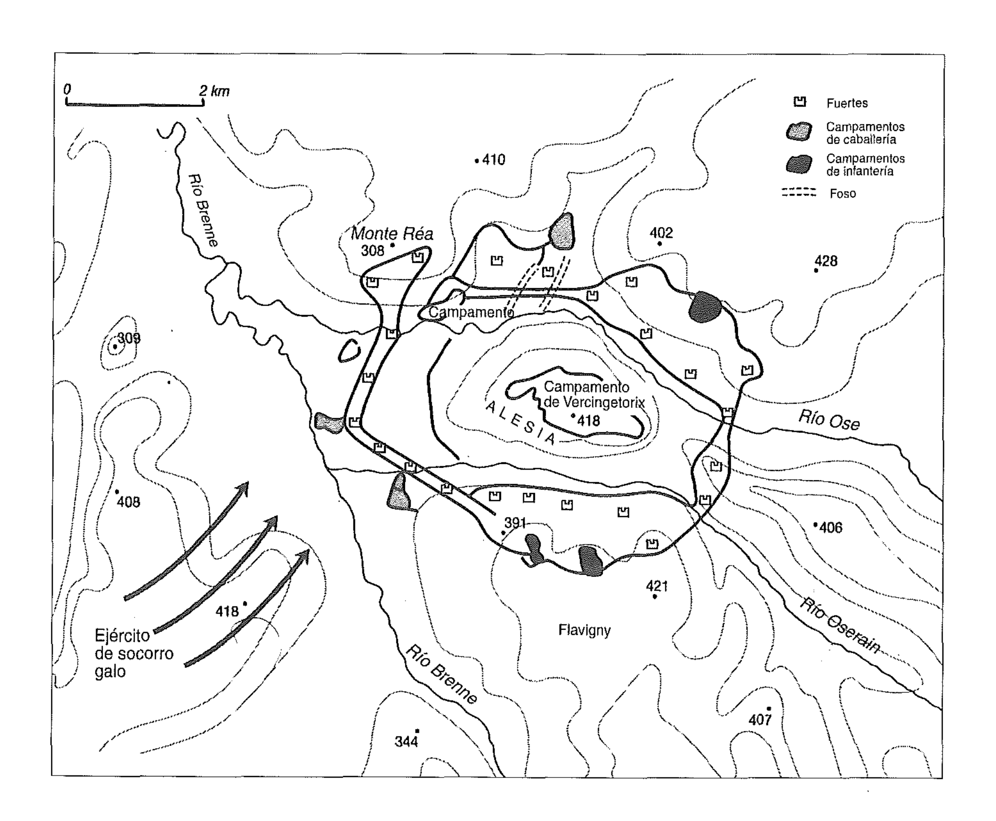
Desanimado por el fracaso de un ataque desencadenado por la que se considerada como la mejor de sus armas, Vercingetórix y el ejército galo se retiraron a la ciudad de Alesia. César salió en su persecución, forzando la marcha con el cuerpo principal mientras dejaba su convoy de bagajes protegido por dos legiones en una colina muy adecuada para ello. El resto del día, los romanos fustigaron la retaguardia gala, infligiéndole numerosas bajas. A la mañana siguiente, toda la fuerza romana avanzó hacia Alesia, donde descubrió que el ejército galo se hallaba acampado en un terreno elevado a las afueras de la ciudad.[32]

Con el ejército ya concentrado, y disponiendo de gran cantidad de víveres, en esta ocasión César no dudó en comenzar el bloqueo de la ciudad y del campamento de Vercingetórix. Mientras la caballería protegía los trabajos y libraba varias escaramuzas con los jinetes galos, los legionarios iniciaron la construcción de una serie de fortificaciones a lo largo de más de quince kilómetros, con veintitrés fuertes unidos por un terraplén y un foso. Antes de que se cerrara el cerco, el comandante galo ordenó que escapara la caballería, pidiendo a cada uno de los contingentes que regresaran a sus tribus y reclutaran tropas para formar un poderoso ejército de liberación que regresara y pudiese derrotar al enemigo. César afirma que unos ochenta mil galos permanecían acampados a las afueras de la ciudad y que contaban con víveres suficientes al menos para treinta días. Sin embargo, parece poco probable que el ejército galo fuera tan numeroso, sobre todo si se tiene en cuenta que se hallaba asediado por una fuerza romana de unos cuarenta mil hombres (César no dice de qué fuerza disponía, y el tamaño de cada legión en el año 52 a.C., así como el número de auxiliares, no se sabe con precisión).

El comandante romano conoció la huida de la caballería enemiga y la determinación de Vercingetórix de soportar el sitio. Las legiones se pusieron manos a la obra para reforzar las líneas de asedio romanas que, en un primer momento, estaban formadas por un foso y una muralla de sólo dos metros de altura. Ahora, una trinchera de seis metros de anchura, con los costados verticales, rodeaba las posiciones enemigas. Su objetivo consistía en frenar a cualquier adversario que pretendiera cruzar y advertir con tiempo suficiente de un ataque de tropas que quisieran hacer una salida a la desesperada por allí. El principal terraplén de tierra y madera estaba a unos cuatrocientos pasos por detrás del foso, y éste se protegió con otros dos fosos más, cada uno de ellos de cinco metros de anchura e inundados allí donde fue posible. El propio muro tenía cuatro metros, coronado por un parapeto y un camino, y con una elevada torre cada veinticinco metros. Frente al terraplén se colocaron hileras de troncos afilados en punta y, por delante de éstos, se dispusieron, amagados en pozos, otros troncos más pequeños —unas trampas que los soldados bautizaron como «lirios», por su

forma circular— e incluso en una posición más avanzada, otras hileras de puntas de hierro clavados en trozos de madera y enterrados de tal manera que sólo sobresalían de la tierra las puntas afiladas. En algunos casos, estos obstáculos servían para herir, e incluso matar, a los enemigos que cargaban demasiado rápido y de manera descuidada, pero no era ése su principal objetivo. Si los hombres se movían con cuidado y lentamente tenían muchas probabilidades de poder seguir su camino pasando entre ellos sin sufrir herida alguna, pero, de manera inevitable, refrenaban el ímpetu de cualquier ataque en masa.[33]

La construcción de las fortificaciones de Alesia supuso una tarea enorme, que además doblaría su tamaño cuando César ordenó que se levantara otra línea, casi idéntica, de «contravalación» (es decir, una muralla encarada al exterior), con el fin de evitar que cualquier ejército de socorro atacase las líneas de circunvalación (es decir, las que se hallaban de cara al interior). Las excavaciones arqueológicas iniciadas bajo los auspicios de



Asedio de Alesia

Napoleón III y continuadas por equipos mucho más modernos, han confirmado sustancialmente la validez de la descripción de César. Una vez completadas las fortificaciones, el ejército de César, que había tenido buen cuidado de reunir víveres y forraje para un mes, se hallaba protegido de los ataques procedentes de cualquier dirección. Aunque Vercingetórix había tratado de desencadenar ataques con el objetivo de dificultar los trabajos, no pudo evitar su conclusión. Entretanto, las tribus estaban reuniendo una fuerza de socorro y, aunque seamos lo suficientemente juiciosos como para considerar exageradas las cifras de ocho mil jinetes y unos doscientos cincuenta mil soldados de a pie que nos proporciona César, sin duda se trataba de un ejército respetable y es probable que disfrutara de una señalada ventaja numérica respecto al ejército romano. Una fuerza de esa clase sólo se podía reunir con lentitud y llevaba mucho tiempo dotarla de víveres y otros suministros. A medida que el asedio se iba alargando, se obligó a salir de la ciudad a toda la población —mujeres, niños y ancianos— que no podían luchar, con el fin de conservar unos víveres cuya cantidad iba disminuyendo de forma alarmante. César no permitió que los refugiados atravesaran las líneas y aquellos desgraciados acabaron muriendo por inanición en la tierra de nadie que había entre los dos ejércitos rivales. César no nos dice nada de si esa decisión la tomó temiendo que, en medio de la confusión, el enemigo pudiera desencadenar un ataque o sencillamente porque deseaba que los galos se deprimieran ante aquellas horribles escenas.[34]

Poco después llegó la fuerza de socorro y acampó a menos de dos kilómetros de las líneas romanas, sobre un terreno elevado. Al día siguiente, mostraron todo su potencial en una llanura claramente visible para los sitiados, extendiéndose la caballería a lo largo de unos cinco kilómetros, y situándose la infantería por detrás de ella. Vercingetórix sacó a sus hombres del campamento y de la ciudad y comenzó a rellenar zonas del amplio foso situado a unos cuatrocientos pasos de las líneas romanas. César dividió a sus tropas para defenderse de cualquier ataque desde ambas direcciones y, a continuación, envió a la caballería para que trabara combate con los jinetes galos. Mezclados entre estos últimos, e invisibles a primera vista, se encontraban pequeños grupos de arqueros y lanzadores de jabalinas, cuyos inesperados proyectiles causaron algunas bajas entre los auxiliares. Al ser rechazados algunos de los jinetes romanos, el ejército de socorro y los guerreros sitiados dejaron escapar un gran grito de triunfo. No obstante, los combates de caballería implicaban a menudo retiradas de jinetes que rápidamente se reagrupaban y volvían al ataque de nuevo; y esta lucha no fue una excepción, continuando de manera esporádica durante la mayor parte de la tarde. Una vez más, la caballería germana de César demostró su superioridad sobre los jinetes galos y desencadenó una carga final que puso

en fuga al enemigo. Al verse abandonada por la caballería, la infantería ligera gala pereció casi en su totalidad.[35]

Al día siguiente no hubo lucha, pues los galos se dedicaron a preparar escalas para subir a los terraplenes y haces de ramas para rellenar los fosos. El ataque principal lo efectuaron a medianoche y lo inició la fuerza de socorro. El ruido de la batalla anunció su llegada a Vercingetórix, quien ordenó al trompeta dar el toque para que sus hombres entraran también en liza. Los galos se lanzaron al ataque inundándolo todo, moviéndose por entre los obstáculos, al tiempo que arrojaban una lluvia de piedras, flechas y jabalinas contra el terraplén, en un intento por hacer retroceder a los defensores. Los romanos respondieron con jabalinas y piedras, que habían recogido y las habían dispuesto en montones en el camino que coronaba la muralla, y con el fuego de los escorpiones desde las torres. La lucha fue dura y confusa, pues la oscuridad hacía difícil controlar la situación, pero dos de los legados de César —uno de los cuales era Marco Antonio-, trasladaron tropas desde los fuertes de una zona que no estaba siendo amenazada para reforzar a los legionarios atacados. Finalmente, se rechazaron las dos principales acometidas.

A la mañana siguiente, los galos dispusieron todos sus esfuerzos contra el sector más vulnerable de la línea: un fuerte ocupado por dos legiones, situadas en una falda muy suave de una colina, que ofrecía muy escasa ventaja al defensor. Una fuerza escogida —de sesenta mil hombres, según César— se puso en movimiento antes del alba y se escondió por detrás de un terreno elevado en una posición que los exploradores habían descubierto previamente, y desde donde era posible lanzar un ataque sobre aquel fuerte. El asalto comenzó al mediodía, mientras otros grupos de guerreros hacían desfiles y efectuaban ataques de distracción en otros sectores de la línea. Vercingetórix no se hallaba en comunicación con el ejército de socorro y, una vez más, sólo ordenó a sus hombres que avanzaran cuando vio que las operaciones iban por buen camino.

César cabalgó hasta situarse en una posición favorable —sus líneas de fortificación seguían el contorno de un paisaje ondulado— y comenzó a dirigir la batalla. Siempre que veía que uno de los sectores de su línea se hallaba fuertemente presionado, enviaba órdenes para que tropas de reserva fueran a reforzar a los hombres que se encontraban allí. La amenaza más seria la recibió el campamento que se hallaba sobre la colina, y, como los galos consiguieron rellenar los fosos de protección e incluso cubrir muchas de las estacas y de los pozos, parecía inminente la ruptura de las líneas. En esta ocasión, el general envió a Labieno al frente de cinco cohortes para reforzar las dos legiones del fuerte. Este legado, en quien tanto confiaba, tenía considerable libertad de acción, permitiéndole César expresamente con-

centrar las cohortes y abandonar la posición si consideraba que aquélla no podía mantenerse. A partir de ese momento, el propio general comenzó a moverse entre las líneas, animando a los legionarios que se hallaban sometidos a una mayor presión.

Los hombres de Vercingetórix, sabedores de la desesperada necesidad que tenían de entrar en contacto con el ejército de socorro, consiguieron alejar a la mayoría de los defensores de uno de los sectores de la muralla sobre la que habían concentrado gran cantidad de proyectiles. Los guerreros efectuaron una carga, y algunos comenzaron a destruir el muro de tierra haciendo uso de herramientas. César ordenó a Décimo Bruto que, con varias cohortes, les hiciera retroceder. Poco después, se le entregaron más tropas de refresco a Cayo Fabio, otro de los legados, y se le ordenó que reforzara aquel sector. Finalmente, él mismo se puso al frente de otro grupo de cohortes, sacando algunas de ellas de otro de los fuertes que no estaba siendo atacado. Ordenó a una parte de su caballería que abandonara la línea de combate por una de las puertas y les dijo que dieran un rodeo hasta el campamento de la colina, siguiendo un largo recorrido. El propio César dirigió al resto de sus hombres en socorro del campamento. Allí, un Labieno sometido a una intensa presión, se había visto obligado a abandonar el terraplén, pero había formado una sólida línea de combate en el interior del fuerte, usando para ello a sus propias tropas y a todas aquellas otras que había conseguido reunir. La batalla había alcanzado el punto crítico. Quizá sea preferible dejar al propio César que describa la conclusión:

> Al conocer su llegada por el color de la túnica —pues en los combates César solía usar la capa de general—, y una vez vistos los escuadrones de caballería [*turmae*] y las cohortes que había ordenado que le siguieran, como desde las alturas veían claramente las bajadas y las pendientes, los enemigos entablan entonces combate. De uno y otro lado se levanta gran griterío, y enseguida le responde un clamor desde las fortificaciones y las trincheras. Los nuestros dejan a un lado los dardos y combaten con las espadas. De pronto aparece la caballería por detrás del enemigo; se acercan nuevas cohortes y los enemigos vuelven la espalda. Nuestros jinetes se lanzan en persecución de los fugitivos. Hacen una gran matanza... Llevan a César setenta y cuatro enseñas; muy pocos, de entre una multitud tan grande, se retiraron ilesos a su campamento.[36]

La victoria romana se completó al día siguiente cuando los enviados galos se acercaron a su campamento y aceptaron su exigencia de rendición incondicional. César se sentó ceremonialmente en la tribuna levantada frente al terraplén, mientras los caudillos iban acercándose uno a uno a entregarse. Según Plutarco, Vercingentórix lo hizo ataviado con su más fina

armadura y montado en el mejor de sus corceles de combate. Después de llevar el caballo al paso alrededor del tribunal desmontó, arrojó sus armas y se sentó en el suelo sin decir palabra a la espera de que le sacaran de allí. El número de cautivos fue enorme —cada soldado del ejército recibió un prisionero para venderlo como esclavo—, a añadir a la considerable cantidad total de los tomados por los hombres de César durante las campañas gálicas. Plinio creía que, como resultado de esas conquistas, se habían vendido como esclavos más de un millón de personas, y se había dado muerte a un número parecido. César había partido hacia sus provincias con una enorme deuda, pero los beneficios de sus campañas no sólo le permitieron pagar a sus acreedores, sino que le convirtieron en uno de los hombres más ricos de la República. El Senado decretó veinte días de acción de gracias públicas para celebrar la derrota de Vercingetórix.[37]

Las operaciones de la Galia no habían finalizado aún. En el año 51 a.C. tuvo lugar otra rebelión de menor entidad, a la que César hizo frente a la manera acostumbrada, enviando de inmediato alguna columna para combatir cualquier signo de resistencia. Se tomó por asedio la ciudad de Uxellodunum, y se les cortaron las manos a los guerreros que participaron en su defensa, como advertencia permanente y bien visible de lo que le sucedería a cualquiera suficientemente loco como para oponerse a Roma. No era la primera vez que César imponía castigos tan duros —en una ocasión ordenó la ejecución de todo el consejo de una tribu—, ni tampoco era infrecuente que un comandante romano actuara de esa manera. También, lo mismo que otros generales romanos, César se mostró generoso cuando le parecía probable que así alcanzaría alguna ventaja práctica. Después de la rebelión del año 52 a.C., los arvernos y los eduos recibieron un trato clemente, hasta el punto de que les devolvieron los soldados capturados, en lugar de venderlos como esclavos. La actitud de César sirvió en gran medida para retornar de nuevo esas tribus a la tradicional actitud amistosa hacia Roma. En cuanto a Vercingetórix, lo mismo que en el caso de Yugurta y de tantos otros caudillos que se habían opuesto a Roma, no se tuvo piedad de él. Se le mantuvo en cautividad durante años hasta que pudo participar en el desfile, para ser estrangulado ritualmente al finalizar el triunfo de César.

NOTAS

1. Suetonio, *Julius Caesar* 60.
2. Aunque sólo sea por su contribución a la primera página de los libros de Astérix.
3. Una introducción a la literatura sobre los *Comentarios* de César, en la recopilación de artículos, en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998.

4. Para la vida de César, véase C. Meier (trad. D. McLintock), *Caesar*, 1995, y M. Gelzer (trad. P. Needham), *Caesar: Politician and Statesman*, 1985. El incidente con los piratas, en Suetonio, *Julius Caesar* 4.
5. Para este periodo, véase Meier (1995), pp. 133-189; el incidente durante el debate de las Catilinarias está en Plutarco, *Brutus* 5.
6. Meier (1995), pp. 204-223.
7. César, *Bellum Gallicum* 1. 2-5.
8. Cifras, en *BG* 1. 29; cruce del Arar 1. 13; tigurinos 1. 7, 12.
9. *BG* 1. 7-8; sobre su ejército en la Galia, véase H. Parker, *The Roman Legions*, 1928, pp. 48-71.
10. *BG* 1. 8-10.
11. *BG* 1. 11-20.
12. *BG* 1. 21-22.
13. *BG* 1. 52.
14. *BG* 1. 23-26.
15. *BG* 1. 27-29.
16. Tamaño del ejército, en *BG* 1. 31; el total incluye probablemente los 24.000 harudas recién llegados; Rey y Amigo del Pueblo Romano, en *BG* 1. 35.
17. La campaña contra Ariovisto, en *BG* 1. 30-54.
18. *BG* 2. 20.
19. *BG* 2. 25.
20. *BG* 1. 52; para la campaña belga, véase *BG* 2. 1-35.
21. Meier (1995), pp. 265-301.
22. Plutarco, *Cato* 51.
23. Suetonio, *Julius Caesar* 47.
24. *BG* 5. 24-58, 6. 1-10, 29-44, Suetonio, *Julius Caesar* 57.
25. *BG* 7. 1-2.
26. *BG* 7. 3-10.
27. Sobre las rebeliones, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*, 1996, pp. 79-95.
28. *BG* 7. 11-15.
29. *BG* 7. 16-31.
30. *BG* 7. 47.
31. Operaciones en los alrededores de Gergovia que implicaron a Labieno, en *BG* 7. 32-62.
32. *BG* 7. 66-68.
33. *BG* 7. 69-74.
34. *BG* 7. 75-78.
35. *BG* 7. 79-80.
36. *BG* 7. 88.
37. *BG* 7. 81-89, Plutarco, *Caesar* 27.

Capítulo 9

CÉSAR CONTRA POMPEYO

La Guerra Civil (49-45 a.C.)

> Con estas cosas él [César] ha alcanzado tanto poder que hoy la esperanza de resistir está en un solo ciudadano; y yo preferiría que éste [Pompeyo] no le hubiese dado tantas fuerzas a que ahora tenga que resistir a tan poderoso adversario.[1]

La suerte está echada

Las victorias de César en la Galia le proporcionaron la gloria militar y la riqueza que anhelaba en el 59 a.C., pero ahora quedaba por saber si se le permitiría acceder a una posición de primer orden en la vida pública de Roma. Era consciente de que se había ganado duros adversarios a lo largo de su turbulenta carrera y esperaba tener que hacer frente a un proceso, sobre todo por parte de Catón, a quien le hubiera gustado entregarlo a los germanos. La inocencia o la culpabilidad desempeñaban sólo un papel menor para determinar el resultado de los juicios políticos romanos y, en el otoño del 50 a.C., no estaba seguro de con cuántos amigos podía contar en el Senado. A Craso le habían dado muerte los partos en el 53 a.C., al haber invadido su territorio en una guerra innecesaria llevada a cabo en buena medida por su deseo de rivalizar con las hazañas militares de los otros dos triunviros. Julia había muerto de parto el año anterior, cortando así de raíz el más fuerte de los lazos que unían a César y Pompeyo. Aunque había sido un matrimonio dictado por la conveniencia política, parece ser que la unión fue verdaderamente feliz para ambas partes. Da la impresión de que Pompeyo la deseó siempre y era un hombre

que respondía muy bien a la devoción de los demás, ya fuere de una esposa o de un ejército.

Aunque, en su segundo consulado, que compartió con Craso en el 55, no quiso que se le entregase una provincia, Pompeyo había conseguido un enorme poder cuando repetidos estallidos de violencia, motivados por causas políticas, provocaron el caos en Roma y llevaron a su nombramiento como cónsul único para el 52. Se le entregaron todas las provincias españolas y sus guarniciones para un mandato de cinco años, pero se le permitió permanecer en Roma y gobernarlas a través de legados. Significaba por muchos motivos una conculcación más seria del tradicional sistema republicano que cualquier otra de las actividades que había realizado hasta el momento. Ese mismo año tomó otra esposa, suficientemente joven como para ser su hija, al contraer matrimonio con Cornelia, hija de Publio Metelo Escipión, uno de los más encarnizados críticos de César. Los dos aliados parecían seguir caminos distintos.

César anunció que deseaba pasar directamente del mando de la Galia a un segundo consulado, presentándose a la elección *in absentia* y permaneciendo en la Galia hasta poder entrar en Roma para celebrar su triunfo y convertirse en cónsul el mismo día, exactamente igual que había hecho Pompeyo. En tanto que magistrado poseía inviolabilidad y no podía ser llevado a juicio; además, podía recibir otra provincia y mando militar para alcanzar aún mayor gloria. Se había hablado mucho de la necesidad de vengar la derrota de Craso en Carrhae y las consiguientes incursiones de los partos en Siria; se creía, por tanto, que se les debería entregar el control de esa guerra a César o a Pompeyo. Sin embargo, los más encarnizados adversarios de César no estaban dispuestos a consentir que se librara del proceso por ese camino y aprobaron medidas para asegurarse de que regresaría en calidad de ciudadano privado. La actitud de Pompeyo continuó siendo ambigua pero parece haber esperado que su antiguo aliado, que en el 59 había sido con mucho el más inexperto de los tres, confiara simplemente en su protección.

César no estaba dispuesto a ello, en parte porque se tenía el recuerdo de que la defensa que Pompeyo había hecho de sus amigos contra sus adversarios políticos había sido cuando menos vacilante. No hizo nada por evitar el exilio de Cicerón en el año 58, aunque es cierto que contribuyó a su regreso al año siguiente. César era también reacio a admitir la necesidad de ayuda y protección de cualquier otro senador. Por lo que a él se refería, sus campañas gálicas le habían ganado un lugar de influencia tan alto o aún más elevado que el alcanzado por Pompeyo. Este último había sido la mayor figura militar de Roma durante treinta años y no deseaba aceptar como su igual a un hombre cuya fama era tan reciente. Quizá temiera asimismo

que César le dejara en la sombra si se le permitía regresar a la vida pública de Roma, pues posiblemente se daba también cuenta que el más joven era un conspirador político mucho más dotado. Los frecuentes pronunciamientos de César prefiriendo más ser el primero en la más pequeña de las aldeas que el segundo en Roma, o el de que sería mucho más fácil enviarle del segundo al último lugar en la República que del primero al segundo, quizá llegaran incluso a inquietar a Pompeyo.[2]

En los meses que condujeron a la Guerra Civil, la política fue extremadamente compleja, con la presentación de un amplio abanico de propuestas, pero sin que se decidiera nada en absoluto. Algunos pedían que César entregara su mando y su ejército, otros que Pompeyo hiciera lo mismo, y a continuación se sugirió que ambos entregaran sus tropas, lo que sólo condujo a discutir quién de ellos debería hacerlo primero. La negativa de Pompeyo a apoyar las peticiones de César, animó a Catón y a sus otros adversarios en el Senado en la creencia de que podían utilizar al uno contra el otro. Por cierto, Pompeyo era el mal menor, puesto que era un político menos capaz y probablemente eso les permitiría desembarazarse de él con mayor facilidad en el futuro. En contrapartida, él consideraba útil aparecer como el campeón de los «aristócratas» (*optimates*) en el Senado contra un hombre siempre dispuesto a quejarse de las leyes de la República. Es difícil saber si las numerosas ofertas de conciliación hechas por los partidarios de uno y otro fueron algo más que intentos por ganar la posición moral más elevada en la lucha que ahora ambos consideraban ya inevitable. César creía que se enfrentaba a la elección entre ceder el mando, hacer frente a un juicio y a la extinción política o luchar en una guerra civil. Sus adversarios deseaban destruirle, de una u otra manera, y así una guerra empezó a proteger el estatus de un hombre, o su *dignitas* (no existe una palabra nuestra que abarque todo el poder que este concepto tenía para un aristócrata romano). Los bandos rivales no tenían ideologías significativamente diferentes y ni siquiera políticas distintas. En lugar de ello, sería el orgullo personal y, en el caso de Catón y de algunos otros senadores, la profunda enemistad personal, los que hundirían a la República romana en otra guerra civil, extenderían la devastación por todo el Mediterráneo y costarían muchas decenas de miles de vidas.

En las primeras horas del 11 de enero del 49 a.C., un carro tirado por dos caballos se aproximó al pequeño río Rubicón, que señalaba los límites de la provincia de la Galia Cisalpina y de la Italia propiamente dicha. A alguna distancia por detrás se hallaba un piquete de caballería formado por trescientos jinetes y, algo más lejos, la *Legio XIII*. Por un lado, César aún conservaba legalmente el *imperium* y tenía derecho a mandar tropas, pero tan pronto como cruzara aquella línea a la cabeza de sus soldados estaría

violando la ley. Los *Comentarios* apenas prestan atención a ese momento, pero otras fuentes, que quizá consiguieran el relato de alguno de los oficiales que le acompañaban, afirman que César descendió del carro y estuvo dudando bastante tiempo. Por fin pareció decidirse, y utilizando la expresión de los jugadores, «la suerte está echada» (citada, por lo general, con el latino *alea iacta est*, aunque de hecho pudo haberla pronunciado en griego), continuó viaje cruzando el Rubicón. Así comenzó abiertamente la Guerra Civil, aunque puede decirse que se había iniciado con anterioridad, pues un grupo de centuriones y legionarios habían pasado ya a Italia, ataviados con ropas civiles, y habían ocupado la cercana ciudad de Ariminum (Rímini).[3]

La campaña macedónica, 48 a.C.

El hecho de que, en el fondo, ambas partes esperasen alcanzar un acuerdo negociado había impedido a los dos líderes reunir tropas abiertamente. Los meses anteriores, Pompeyo había declarado con excesiva alegría que todo lo que tenía que hacer era dar una patada en el suelo y surgirían legiones por toda Italia. Sólo tenía a su inmediata disposición dos legiones entrenadas y experimentadas, pero ambas habían estado sirviendo recientemente con César en la Galia y su lealtad era, cuando menos, cuestionable. Pompeyo salió de Roma a mediados de enero, anunciando que la ciudad no podía defenderse, y él y sus aliados se dedicaron a reclutar levas. Es cierto que esta decisión poseía una significación militar, pero contribuyó a crear una especie de pánico entre senadores como Cicerón, que simpatizaban con su causa, pero que no se dedicaban en cuerpo y alma a defenderla. César contaba sólo con una única legión y algunos auxiliares, sin otras unidades más cercanas que las de la Galia Transalpina, pero decidió desencadenar una ofensiva inmediata. Las semanas siguientes, pequeños contingentes de sus tropas penetraron profundamente en Italia, ocupando ciudades y derrotando u obligando a rendirse a cualquier cohorte pompeyana que les hiciera frente. En esta fase de la lucha, la preparación y la experiencia, aliados a la agresividad y a la confianza ilimitada, demostraron actuar con mayor eficacia que las movilizaciones para conseguir muchos más soldados.

Desde el inicio, Pompeyo vio su trabajo dificultado por el rechazo de muchos de sus aliados a seguir sus órdenes. Un cierto número de senadores, cuyo orgullo era muy superior a su capacidad, y cuya influencia política exigía que se les concedieran cargos de responsabilidad, se lanzaron todos contra César de una forma demasiado atrevida, con fuerzas inadecua-

damente preparadas o adiestradas. César fue obteniendo victoria tras victoria mientras sus tropas recibían refuerzos y, aún en inferioridad numérica, consiguieron dominar toda la península en sólo dos meses. A medida que la situación iba haciéndose cada vez más desesperada, al menos uno de los senadores sugirió con sorna que quizá había llegado el momento de que Pompeyo diera la patada en el suelo. No obstante, éste no estaba excesivamente preocupado por los éxitos de su antiguo aliado, pues ya había resuelto llevar la guerra a otro teatro de operaciones. Concentró en Brindisi todas sus legiones recién reclutadas y, después de librar una hábil acción en retaguardia, embarcó y trasladó todo el ejército por el Adriático hasta Macedonia. Por el momento, César había conseguido el control sobre Italia, pero su victoria estaba lejos de ser completa, y la guerra continuaría.[4]

Es difícil afirmar cuándo decidió Pompeyo que Italia no podía defenderse y que era mejor trasladar sus fuerzas a Macedonia, pero es posible que ya estuviera dándole vueltas a esa idea antes de que César cruzara el Rubicón. Sabía que costaba tiempo preparar hombres y crear un ejército para entrar en combate, en especial cuando deberían hacer frente a legiones endurecidas por años de victoriosas campañas en la Galia. El apoyo de César se vio limitado a un puñado de los senadores más jóvenes y con peor reputación, mientras que el grueso del Senado y de las provincias favorecían activamente (o al menos se hallaban bien dispuestos), a Pompeyo y sus aliados. Era probable que un encuentro inmediato favoreciera a César, pero una guerra más larga ofrecía mucho más juego a su propio talento como organizador y planificador. El traslado a Macedonia le proporcionaba un acceso rápido a los enormes recursos de las provincias orientales del Imperio. Prácticamente, se trataba de una zona donde cada comunidad y cada gobernante se hallaban ligados a él como resultado de los acuerdos para la región de la década de los años 60, y muy pronto, tropas, dinero y víveres comenzaron a fluir hacia su campamento. Se reunió también una gran flota de navíos de guerra. Un Pompeyo de cincuenta y siete años mostró toda la energía de su juventud mientras se dedicaba con todo su esfuerzo a dirigir esas fuerzas y adiestrar a sus soldados, demostrando su propia habilidad con las armas y como jinete cuando se unía a los soldados en los ejercicios de instrucción. El resto del año lo pasó creando un ejército numeroso y eficiente, suficientemente fuerte como para enfrentarse a César si éste decidía atacar; pero su objetivo a largo plazo era siempre el de regresar a Italia. Según afirmaba el propio Pompeyo con frecuencia, «si Sila lo hizo, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo?»[5]

En marzo del 49, César no se hallaba en condiciones de seguir a su enemigo. Muchas de sus legiones no habían llegado aún a Italia y, de cualquier forma, no contaba con una flota para poder cruzar el Adriático. No

hacer nada hubiera significado concederle ventaja a Pompeyo, mientras éste iba preparando sus fuerzas; por ello, César decidió lanzarse hacia Occidente y atacar los ejércitos pompeyanos en las provincias españolas. Éstos estaban formados por siete legiones, todas ellas perfectamente equipadas y adiestradas, y, al menos, con otros tantos auxiliares españoles. Parece como si los dos comandantes rivales se hubieran pasado la Guerra Civil soñando con efectuar pronunciamientos altisonantes y César declaró que iba a luchar contra «un ejército sin general», antes de regresar para acabar con «un general sin ejército». La campaña duró desde abril hasta agosto y culminó con la rendición de las legiones pompeyanas. De manera deliberada, César prefirió no presentar una batalla campal para evitar así la pérdida innecesaria de vidas romanas. En lugar de ello, se dedicó a superar a sus adversarios por su mayor capacidad de maniobra, cortándoles finalmente el acceso a las fuentes de agua y obligándoles así a entregarse. Además, César hizo uso de su práctica habitual desde el comienzo de la guerra, consistente en liberar a sus prisioneros aristócratas, permitiéndoles ir donde quisieran, mientras desmovilizaba o reclutaba para sus filas a los soldados de aquéllos. Alcanzó un éxito considerable, y fue una operación que demostró la determinación de sus tropas y su propia capacidad táctica. Sin embargo, y aunque Pompeyo había perdido algunas de sus mejores legiones —sus legados derrotados se reunieron con él muy pronto, aunque éste sería un refuerzo muy discutible—, la campaña le había robado un tiempo precioso. La derrota completa de una expedición a África, en principio exitosa, y dirigida por uno de los subordinados de César, contribuyó en parte a equilibrar las pérdidas.

Al finalizar el año 49, la posición de César era aún muy precaria y la noticia del amotinamiento de cuatro de sus legiones en Placentia, en el norte de Italia, fue especialmente descorazonadora. Estas unidades, la principal de las cuales era la veterana *Legio IX*, que había servido durante todas las campañas de la Galia, se quejaban de que a muchos de los soldados se les había atrasado la licencia y que ninguno de ellos había recibido el donativo de quinientos denarios (equivalente al salario de más de dos años) por hombre que César les había prometido en primavera. La reacción del general fue dura, diciendo a los soldados que recibirían todo cuando se ganara la guerra y que no les había faltado a ninguna promesa en el pasado. Declaró a continuación que diezmaría la *Legio IX*, pero se dejó «persuadir» por las súplicas de oficiales y soldados para ejecutar únicamente a doce de los ciento veinte soldados a los que se consideraba como cabecillas. El motín —como tantos otros a lo largo de la historia— había sido producto en parte de un periodo de inactividad que había llegado a magnificar cierto descontento de carácter menor, pero también fue otra de las razones por las

que César decidió no mantenerse a la defensiva, a la espera del retorno de Pompeyo.[6]

El 4 de enero del 48 a.C., César embarcó siete de las doce legiones que había concentrado en Brindisi en la pequeña flota de barcos mercantes que había conseguido reunir. Es poco probable que ninguna de esas unidades se hallara muy por encima de la mitad de su capacidad —a finales de año, la *Legio VI* estaría por debajo del millar de efectivos—, por lo que su fuerza total es posible que estuviera formada por menos de veinte mil hombres, a los que habría que añadir quinientos auxiliares de caballería. Les acompañaría un mínimo de servidores y bagaje con el fin de poder transportar la mayor cantidad de tropas de combate. El escaso número de la caballería significaba que se había tenido que sacrificar el amplio espacio que el transporte de las monturas exigía y no tanto que se siguiera insistiendo en la importancia que los romanos concedían a la infantería pesada. Sólo contaba con un puñado de barcos de guerra para proteger esos transportes de la amplia flota pompeyana, mandada por Bibulo, el antiguo compañero consular de César en el año 59 y que tenía una cuenta pendiente con él. Sin embargo, la decisión de hacerse a la mar fuera de la época de campaña estacional habitual sorprendió al enemigo y la suerte que parecía acompañar siempre a César consiguieron que desembarcara sin encontrar oposición alguna en Paeleste, en la costa de Épiro.

Bibulo pudo apresar algunos de los barcos vacíos cuando regresaban, e impuso pronto un bloqueo que cortó a César sus líneas de refuerzos y suministros. Los víveres constituían el problema más crítico, pues la estación —en el calendario romano enero caía a finales de otoño— se hallaba en un momento en que deberían esperarse varios meses antes de poder conseguir sobre el terreno cantidades significativas de alimentos y forraje. El ejército de César era también considerablemente inferior en número. En un breve periodo de tiempo Pompeyo consiguió concentrar nueve legiones —todas ellas con sus efectivos habituales—, apoyadas por cinco mil soldados de infantería ligera y siete mil de caballería. Se hallaban en camino, procedentes de Siria y al mando de su suegro Escipión, dos legiones más.[7]

La noche posterior al desembarco, César forzó la marcha hasta llegar a Oricum, una ciudad en la que Pompeyo había concentrado parte de sus grandes almacenes de suministros, y la obligó a rendirse. Aunque un convoy de navíos pompeyanos consiguió escapar o destruir un cargamento de grano, todavía se hicieron con un botín importante. Incluso más valioso fue aún el de la ciudad, mucho mayor, de Apollonia, que se rindió poco después. Esos éxitos movieron a César a desencadenar un ataque inmediato contra el mayor de todos los depósitos de víveres de Pompeyo, en el gran puerto comercial de Dyrrachium (en la Albania actual). Exploradores de

Pompeyo informaron de la marcha del enemigo y se inició entonces una verdadera carrera, que éste ganaría por escaso margen. César no poseía la fuerza suficiente para arriesgarse a librar batalla y se retiró a defender Apollonia y Oricum.

A medida que iban pasando las semanas, se fue desesperando más y más porque no llegaban los refuerzos de Marco Antonio, que había permanecido con el resto de sus tropas en Brindisi. Varios intentos de cruzar el Adriático fueron abortados, y la mayoría de nuestras fuentes sostienen que César llegó a tal punto de abatimiento que creyó que sólo su propia presencia podía acelerar el embarque. Embarcando en un pequeño navío con mal tiempo y afirmándole con indiferencia al nervioso capitán que no temiera porque llevaba a bordo «a César y la buena suerte de César», le ordenó que siguiera su rumbo, a pesar de la tormenta. No obstante, al final, incluso esa determinación tuvo que ceder ante los elementos y se vio obligado a regresar a tierra. Esos meses constituyeron un tiempo de desesperación, viéndose obligadas las expediciones que iban en busca de víveres a desplazarse cada vez más lejos. Pompeyo estaba muy satisfecho de que el hambre hiciera ese trabajo por él, en especial porque hasta su bien preparado ejército sólo podía operar con grandes dificultades en esa estación. No sería hasta el 10 de abril, cuando Antonio pudo trasladar a Grecia el resto del ejército —cuatro legiones y ochocientos jinetes—, e incluso entonces la operación gozó de una suerte enorme pues llegó después de sufrir muy escasas pérdidas a manos de la flota enemiga. Pompeyo respondió con demasiada lentitud para poder evitar la reunión de las dos partes del ejército de César.[8]

Éste contaba ahora con once legiones, cada una de ellas probablemente con un menor número de soldados que las del enemigo, pero con mayor experiencia. Sin embargo, sufría todavía una gran inferioridad numérica en caballería e infantería ligera. Por cierto, no era fácil alimentar esta fuerza más numerosa con sus magros recursos, pues no habían podido trasladar por mar, desde Italia, cantidades sustanciales de víveres y la primavera aún estaba a varias semanas de distancia. Una vez más, mantenerse a la defensiva quizá fuera más beneficioso para el enemigo, y César decidió atacar Dyrrhachium. El ejército pompeyano fortificó un campamento sobre una colina de nombre Petra, que dominaba una bahía formando un puerto natural. Así podía llevar suficientes alimentos a sus hombres, mientras el ejército de César, acampado en las tierras elevadas del interior y más al norte, seguía escaso de víveres.

Con el fin de facilitar que sus patrullas y partidas a la búsqueda de forraje pudieran realizar la tarea sin ser molestadas por la caballería enemiga, César ordenó la construcción de una cadena de fortificaciones que seguía la línea de colinas situada frente a la posición de Pompeyo. Rápidamente deci-

dió ampliar aquélla con la intención de cercar completamente al enemigo, asediando de manera efectiva aquel ejército mayor. Con el fin de evitarlo, Pompeyo puso a sus legionarios a levantar otra cadena de fortificaciones frente a la de César y, al pelear ambos bandos por el control de las posiciones claves, se enfrentaron en varias escaramuzas. Los hombres de César se apresuraron a extender la muralla y el foso hasta llegar a la mar, mientras que los soldados de Pompeyo trataban de construir su propia línea con el fin de evitar que aquello sucediese. Pompeyo tenía la ventaja de contar con un mayor número de operarios y una distancia más corta que cubrir —quince millas en lugar de diecisiete—, pues se hallaba más próximo a la costa.

Los ejércitos romanos habían hecho uso en el pasado de líneas de fortificación para rodear total o parcialmente a un enemigo y dificultar así sus movimientos y el acceso a los suministros, en especial Craso contra Espartaco, Pompeyo contra Mitrídates y César contra Vercingetórix. Era otra prueba de la capacidad ingeniera y de la tenacidad con las que se embarcaban en proyectos enormes que constituían la marca de fábrica de las legiones profesionales. Era también en muchos aspectos una prolongación de aquellos días o semanas que los ejércitos dedicaban tradicionalmente a efectuar maniobras antes de trabar combate. Las ventajas defensivas que ofrecían esas obras sobre el terreno no impedían que, en esos casos, se hiciera también uso de acciones muy agresivas para evitar las actividades del enemigo y obligar así al comandante adversario a luchar sin desearlo, a retirarse o, en los casos más extremos, a contemplar la lenta destrucción de su ejército por hambre.[9]

Cuando se afanaban por extender las líneas de fortificaciones hacia el sur y, al final, hasta la mar, ambos ejércitos tenían problemas de suministros. En ocasiones, los hombres de César vivían casi exclusivamente de carne, en lugar de la dieta equilibrada compuesta por cereales, vegetales y raciones de carne que comían a menudo (la afirmación de que las legiones eran vegetarianas y que ingerían una cantidad de carne muy escasa o incluso nula es un mito basado en una lectura errónea de éste y otro pasaje de César). Algunos de ellos se dedicaban a recoger las raíces de una planta llamada *charax* y se las ingeniaban para convertirla en un desagradable, pero ingerible, sustituto del pan. Se cree que, al ver a algunos de éstos, Pompeyo declaró que estaba luchando contra animales, en lugar de hombres. La moral parece que no sufrió demasiado, y la mayoría de los veteranos podían recordar privaciones parecidas en Avaricum. El ejército de Pompeyo sufría más por la escasez de agua que por la de alimentos en sí, pues las principales corrientes que llevaban hasta sus posiciones habían sido represadas por los hombres de César. Cavaron pozos, pero éstos no ofrecían una solución definitiva al problema. Además de los soldados, su ejército contaba

también con un gran número de caballos y de animales de carga. Aquéllos tenían prioridad después de los hombres, y las mulas y los caballos de carga comenzaron pronto a morir o hubo que sacrificarlos en cantidades considerables. Entre los soldados comenzó a extenderse asimismo una enfermedad, quizá el tifus.

El deseo de trabar una batalla campal aumentó cuando los hombres de César hicieron un último e inútil esfuerzo por completar el cerco del enemigo. Antonio dirigió la *Legio IX* a asegurar la posición de una colina vital, pero se vio expulsado de ella por un contraataque pompeyano, aunque consiguió retirarse con un número mínimo de bajas. Pompeyo desencadenó entonces una serie de ataques contra los fuertes situados en un sector de las líneas de César. En un principio, consiguió avanzar algo, pero la resistencia extremadamente tenaz de las guarniciones ganó tiempo para la llegada de reservas que obligaron a retroceder al enemigo. Las tropas atacantes de Pompeyo estaban apoyadas por un gran número de arqueros y honderos que arrojaban una verdadera lluvia de proyectiles contra las empalizadas. En uno de los fuertes, la mayoría de los hombres de la guarnición, constituida por tres cohortes, cayó herida, y cuatro de los seis centuriones de una de las cohortes perdieron un ojo. Después se pudo comprobar que el escudo de un centurión, de nombre Scaeva, había recibido ciento veinte impactos y que él mismo también había sido herido en un ojo. Fingiendo rendirse, esperó hasta que se le acercaron dos legionarios pompeyanos, antes de cortarle de improviso el brazo a uno de ellos y matar al otro. De todas formas, conservaron la posición y, al final del día, los atacantes huyeron en desorden. Se cree que muchos de los oficiales de César consideraron que podían haber ganado la guerra si se hubieran aprovechado de esa ventaja efectuando un ataque en toda regla, pero Sila, el legado de César, se opuso, creyendo que no era tarea de un subalterno tomar una decisión tan crítica. César, que se encontraba en ese momento en otro sector de la línea, deja claro en su relato que estuvo perfectamente de acuerdo con esa actitud.[10]

Los heroicos defensores del fuerte fueron recompensados de manera generosa con una paga extra, algunas promociones de grado y, lo que en ese momento quizá les pareció más satisfactorio, con dobles raciones para todos. La deserción a Pompeyo de dos nobles galos, junto con su escolta personal de guerreros y siervos, le proporcionó informaciones que le hicieron lanzar un nuevo ataque sobre lo que aquéllos estaban seguros de tratarse de un sector débil en las líneas enemigas. En esta ocasión, la columna principal de legionarios avanzó desde las líneas pompeyanas con el apoyo de una fuerza de infantería ligera, trasladada hasta allí por mar y desembarcada por detrás de las posiciones de César. Su objetivo era el sector

de las fortificaciones aún por terminar y, una vez más, el asalto consiguió algunos resultados antes de quedar encallado. En el momento en que César y Antonio desplazaron reservas hasta el sector amenazado, el enemigo comenzó a darse a la fuga.

Esta vez, el comandante se hallaba presente para ordenar el contraataque, que se centró en un campamento levantado originalmente para su propia *Legio IX*, pero abandonado después y ocupado ahora por el enemigo. Escondidos en una zona boscosa y de terreno yermo, los legionarios de César consiguieron aproximarse inadvertidos y asaltaron la posición en un ataque repentino. Sin embargo, como les había sucedido también a los pompeyanos, esa clase de éxitos conducía a menudo rápidamente al desorden y la confusión. Una columna de los hombres de César se perdió, confundieron con una parte del terraplén del campamento una muralla que se dirigía en otra dirección y la siguieron. Ahora le había llegado el turno a Pompeyo de trasladar a toda prisa las reservas disponibles hacia aquella zona y aplastar a los atacantes. Iniciado en las unidades más avanzadas, el pánico se extendió por el grueso de las treinta y tres cohortes que César había comprometido en el ataque. El propio César se encontraba en la zona y trató de detener la huida gritando a los portaestandartes cuando escapaban. Recoger un estandarte o detener al portador y tratar de convencer a los que se desbandaban para que se reagrupasen alrededor de ese símbolo del orgullo de su unidad y de su identidad era la manera habitual de comportarse un comandante romano cuando se enfrentaba a una situación de esa clase. Sila lo había hecho una vez con éxito cuando luchaba contra el ejército de Mitrídates en Grecia. Dos años después, durante la campaña africana, César cogió a uno de sus propios abanderados por los hombros y le obligó a girar en redondo, diciéndole: «¡Mira! ¡Allá es donde están los enemigos!» En esta ocasión, su presencia no tuvo tanta influencia. Al menos uno de los hombres depositó el estandarte en manos de su comandante y siguió corriendo. Aunque no aparece en los *Comentarios*, otros relatos sostienen incluso que uno de los soldados que huían trató de clavarle a César el pesado asta de hierro de su *signum* (estandarte), y sólo pudieron pararle cuando la guardia personal del general le cortó el brazo.

Las bajas de esta acción fueron cuantiosas, totalizando novecientos sesenta hombres y treinta y dos tribunos o centuriones muertos y otros hechos prisioneros. Pompeyo no sacó partido de aquella ventaja, lo que hizo decir a César que el enemigo «hubiera vencido hoy simplemente con haber estado mandado por un vencedor». Sin embargo, la rapidez con que los éxitos iniciales degeneraban en serias derrotas en ambas partes hace creer que Pompeyo tenía razón. Era muy difícil que las líneas fortificadas, defendidas con decisión y recibiendo el apoyo directo de un buen número de tropas de

reserva, cayeran en manos ni siquiera de otro ejército romano. Aquel terreno ya irregular y roto, dividido además por murallas y fosos, hacía difícil que un comandante pudiera controlar cualquier ataque, lo que introducía un nivel excepcionalmente elevado de aleatoriedad en el resultado de cualquier combate. Pompeyo había conseguido una victoria y, como venía sucediendo desde el comienzo de campaña, el tiempo estaba de su parte y no sacaba ninguna ventaja real en buscar un rápido desenlace. Los soldados de César capturados fueron ejecutados, aunque él mismo dice que esa orden no partió del propio Pompeyo, pero éste tampoco hizo nada por anularla. Fue su antiguo legado Labieno quien, después de dirigir una dura arenga a los cautivos, los mató. Labieno había cambiado de bando al comienzo de la campaña italiana, no se sabe si por la insatisfacción provocada por la escasa cuantía de las recompensas y alabanzas recibidas de su comandante, por una lealtad a Pompeyo que venía ya de antiguo o por profundas convicciones políticas. César ordenó que se le enviaran sus pertenencias personales pero, por mucho que en público tratara de minimizar esa deserción, constituyó un golpe muy fuerte que le privó del más capaz de sus comandantes. A Labieno nos lo presenta como un personaje mucho más brutal en *La Guerra Civil* que en *La Guerra de las Galias* y se ganó especialmente la aversión de los oficiales que añadieron libros al relato de César.[11]

Al día siguiente, de la misma manera que había actuado en Gergovia, César reunió a sus soldados y trató de restablecer su moral. Varios portaestandartes fueron degradados de manera pública por cobardía. César no hizo ningún esfuerzo por presentar batalla al enemigo como había hecho en la Galia, probablemente porque consideró que sería demasiado arriesgado si el enemigo aceptaba. Había quedado ya claro que no tenía esperanzas de someter a Pompeyo, por lo que decidió marchar hacia el centro de Grecia y restablecer la confianza y la salud de su ejército. Después de enviar por delante a heridos y enfermos, hizo salir el convoy de bagajes del campamento durante la noche y, a continuación, le siguió él con el grueso del ejército. Algunos jinetes pompeyanos advirtieron la retirada con tiempo suficiente para fustigar la retaguardia, pero pronto se les puso en fuga. La caballería de César, numéricamente inferior, recibía el apoyo inmediato de una cohorte formada por cuatrocientos legionarios armados de picas, y que, en lugar de acarrear sus pertrechos, estaban siempre dispuestos para el combate. Con gran habilidad, César se desentendió de entrar en estrecho contacto con el enemigo, lo que nunca constituía una operación sencilla, pero todo esto, a pesar del tono de confianza que aparece en los *Comentarios*, no puede ocultar el hecho de que había sufrido una seria derrota.[12]

En ese momento, las cosechas habían comenzado ya a madurar y como el ejército de César marchaba por un terreno que no había estado su-

jeto al expolio de los ejércitos en campaña, los hombres podían cosechar suficiente grano para hacer frente a sus necesidades. Para algunas comunidades griegas, las legiones de César parecían una fuerza de castigo, y eran reacias a ofrecerles ayuda alguna por miedo a ganarse la antipatía de los vencedores. Cuando Gomphi cerró las puertas a sus oficiales y se negó a ofrecer ninguna clase de víveres, César tomó la ciudad por asalto y la entregó al saqueo. Según algunas de nuestras fuentes, al día siguiente el avance del ejército se pareció más a un festejo de borrachos que a una marcha disciplinada. Después de aquella brutal lección, muchos pueblos y ciudades no se atrevieron a negarle nada.[13]

Pompeyo le siguió, pero a distancia, y parece que quería mantener su estrategia de agotar al enemigo privándole de suministros. Muchos de los principales senadores que se encontraban en su campamento hicieron oír sus críticas, exigiéndole que acabara la guerra con rapidez derrotando a César en batalla. Éste, aunque, como es evidente, no es una fuente imparcial, afirmó que se encontraban ya peleándose sobre quién sería el que recibiría los cargos y honores que en ese momento estaban en posesión de sus propios seguidores. Ejercieron una considerable presión sobre Pompeyo, pero no está nada claro si fue ésta la que finalmente le convenció para buscar el enfrentamiento. Era el mes de agosto y tanto la propia estación como la libertad de movimientos significaban que la situación en que se encontraban los suministros de César había mejorado mucho. Los pompeyanos disponían de una señalada superioridad en infantería y aún más importante en caballería, lo que convertía la batalla, especialmente si se libraba en campo abierto, en una opción atractiva. A principios de mes, los ejércitos rivales se encontraban cerca de Farsalia y dedicaron varios días a las habituales tentativas maniobreras y a las invitaciones a entablar combate. La mañana del 9 de agosto del 48 a.C., César estaba a punto de marchar a un nuevo campamento, pues sus hombres habían agotado ya el forraje disponible en la posición ocupada, cuando advirtió que el ejército pompeyano estaba de nuevo incitando al combate. Por primera vez, habían avanzado más allá de las alturas situadas frente al campamento de Pompeyo y se estaban desplegando en la llanura bordeada por el río Enipeo. Se trataba de una señal de determinación a arriesgarse a ejecutar una acción que fue muy bien recibida por César. Dando la orden a los hombres de que descargaran sus equipajes y se prepararan para la batalla, dirigió a sus tropas a enfrentarse al enemigo.

César contaba con veintidós mil legionarios divididos en unas ochenta cohortes —otras siete cohortes más habían quedado de guardia en el campamento— y mil jinetes. Apoyando el flanco izquierdo en la orilla del río, desplegó las legiones en la habitual *triplex acies*. Su mejor unidad, la ve-

terana *Legio X*, ocupó el lugar de honor a la derecha de la línea, flanqueada por toda la caballería y con algunos apoyos de infantería ligera. A la izquierda colocó una unidad compuesta, formada a partir de miembros de las *Legio VIII* y *IX*, ambas muy por debajo de sus efectivos reales, pues sobre todo esta última había sufrido numerosas bajas en Dyrrhachium. Dividiendo la línea en tres sectores, César colocó a Marco Antonio a cargo de la izquierda, a Cneo Domicio Calvino en el centro y a Publio Sila a la derecha. El comandante quedó libre para moverse por cualquiera de los sectores del frente, pero, de hecho, controlaría la batalla desde el ala derecha, pasando la mayor parte del tiempo con su querida *Legio X*.

En la llanura, las once legiones de Pompeyo se hallaban desplegadas también en tres líneas. Todas ellas sumaban unos cuarenta y cinco mil hombres, y cada una de sus cohortes estaban formadas de diez en fondo; las de César que, con fortuna, llegaban a la mitad de ese tamaño, sólo tenían cuatro o cinco de fondo. Las mejores legiones se hallaban situadas en los flancos y en el centro, y toda la línea se había dividido en tres secciones, mandando la de la izquierda Lucio Domicio Ahenobarbo, la del centro Escipión, el suegro de Pompeyo, y la de la derecha Lucio Afranio. El propio Pompeyo se unió a Ahenobarbo y a las tropas que se enfrentaban directamente a César. Según Frontino, se situaron seiscientos jinetes en el flanco derecho próximo al río. Los restantes seis mil cuatrocientos jinetes —o, según las fuentes restantes, todo el arma de caballería—, se concentraron en su apoyo, en el ala izquierda con un gran número de honderos, arqueros y otros soldados de infantería, especialistas en escaramuzas. Al mando de Labieno, era esta fuerza la que debería lanzar el ataque principal (y Pompeyo esperaba que decisivo), barriendo a la minoritaria caballería de César para embestir, a continuación, sus legiones por el flanco y la retaguardia. El plan no era especialmente sutil, pues la concentración de tantos miles de jinetes en un sector de la llanura no podía ocultarse, pero eso no quería decir que César tuviera fácil diseñar una contramedida. Su respuesta consistió en tomar una cohorte de la tercera línea de cada legión y estacionarla, como si fuera una cuarta línea, por detrás de su propia caballería, probablemente escalonada hacia la derecha. La caballería de César evitaría que el enemigo pudiese observar esta acción.

Los dos ejércitos estaban confiados. Ambos lados utilizaron contraseñas para evitar la inevitable confusión que sucedía cuando se luchaba contra adversarios que vestían los mismos uniformes y hablaban la misma lengua. La de los hombres de César era «Venus, portadora de la victoria», en referencia a su divino ancestro, mientras que la de los soldados de Pompeyo era «Hércules, el invencible». En un altercado parecido a aquellos que darían forma a la leyenda napoleónica, un antiguo primer centurión de la

Legio X, que servía ahora como comandante de una unidad especial formada por ciento veinte veteranos, le dijo a César lo que sigue: «Hoy haré de modo que, vivo o muerto, tengas que darme las gracias.» Este hombre, Caio Crastino, se hallaba en la primera línea, que abrió en ese momento la batalla al iniciar el avance contra los pompeyanos. Estos últimos no se movieron. Se trataba de una táctica poco frecuente, pues la infantería romana tenía la costumbre de avanzar para encontrarse con los soldados enemigos de a pie. Incluso los hombres de Mario, en Aquae Sextiae, y los de César cuando se enfrentaron a los helvecios, aunque habían esperado lo suficiente para que el enemigo se agotara corriendo colina arriba, en el último minuto arrojaron sus *pila* y cargaron, a continuación, unos diez o quince metros hasta entrar en contacto. César dice que la orden de permanecer en su puesto la dio por consejo de Caio Triario, quien convenció a Pompeyo de que debía evitar la desorganización de las cohortes, permitiéndoles así conseguir la mejor protección posible de sus escudos contra las armas arrojadizas del enemigo. La creencia de que sus formaciones se romperían si se movían podía ser un reflejo de la evidente preparación inferior de los legionarios pompeyanos si se la compara a la de los hombres de César. Por otro lado, Pompeyo quizá sólo deseaba atraer la infantería de César tan lejos como fuera posible para facilitar que su caballería del ala izquierda les rodease. En los *Comentarios*, César es muy crítico con esa decisión, sosteniendo que un avance ayudaba a encorajinar a los soldados y que una defensa pasiva iba en detrimento de la moral.

Antes del choque de las líneas de legionarios, la caballería de Labieno cargó contra la de César, haciéndola retroceder después de breve lucha. Los jinetes de Pompeyo se desorganizaron en esa acción. No era fácil poder concentrar tantos jinetes en un frente tan estrecho y muchas de las unidades carecían de experiencia. Ni Labieno ni sus oficiales subalternos tenían mucha experiencia en la dirección y el control de tantas tropas montadas, y su tarea debió empeorar aún más por las espesas nubes de polvo que levantaban tantos cascos. Esos factores, unidos a la tendencia natural a aumentar su excitación que padecen los caballos cuando se encuentran en gran número y muy próximos, parece que hizo que el ala izquierda pompeyana dejara de ser una línea ordenada de escuadrones para convertirse en una única masa inoperante. Antes de que pudiera reagruparse y rehacerse, César ordenó a su cuarta línea que contraatacara. De pronto, en medio del polvo y la confusión, aparecieron estas cohortes y avanzaron contra aquella multitud detenida de caballos arremolinados. Se ordenó a los legionarios que utilizaran sus *pila* como lanzas. En otras ocasiones, cuando la infantería romana trataba de aterrorizar a la caballería enemiga, los soldados gritaban y golpeaban sus armas contra los escudos. En uno de los pocos ca-

sos en los que la infantería cargó con éxito en campo abierto contra la caballería, los hombres de Labieno comenzaron a retroceder, convirtiendo la confusión en huida, cuando toda aquella masa de jinetes salió de estampida hacia la retaguardia. No sabemos si la propia caballería de César consiguió reagruparse y perseguir al enemigo, pero está claro que la caballería enemiga ya no desempeñó papel alguno en el resto de la batalla.

El principal ataque de Pompeyo había fracasado y dejó expuesto el flanco izquierdo de su infantería pesada, ofreciendo así otra razón más para explicar por qué no habría sido muy juicioso que ésta avanzase. Las cohortes de César habían progresado y, siguiendo la costumbre habitual, acelerado hasta ponerse a la carrera como paso previo a la acción de arrojar sus *pila* cuando se encontraran a sólo treinta o cuarenta metros de la primera línea enemiga. Al no seguir los pompeyanos las habituales tácticas legionarias y quedarse, finalmente, a la espera para chocar con ellos, los soldados de César, advirtiendo la maniobra, no arrojaron sus dardos mientras no se encontraron a un alcance eficaz. Por un momento, toda la línea se detuvo y los centuriones y sus subordinados reorganizaron la formación entera que se había roto en el asalto abortado. La frialdad con que se realizó esta maniobra ante un enemigo tan próximo prueba la calidad, el adiestramiento y la experiencia de los legionarios de César y de sus oficiales. A continuación, después de esta pausa, la formación avanzó de nuevo. Se acercó hasta encontrarse a una distancia de entre quince y diez metros, arrojó una lluvia de *pila* y cargó al hombre, profiriendo sus gritos de guerra y desenvainando las espadas. En honor de los pompeyanos, confirmando así hasta cierto punto las tácticas de Pompeyo, hay que decir que se mantuvieron firmes y arrojaron una nube de sus propias *pila*. La pelea fue dura, pues las formaciones más profundas de los pompeyanos se mantuvieron en la lucha contra sus adversarios más experimentados. Crastino murió al recibir un golpe de espada en la boca tan fuerte que la punta del *gladius* de su enemigo le salió por detrás del cuello. Las cohortes de la segunda línea de César, que operaban siempre en estrecho apoyo de la primera, pronto se vieron inmersas en la pelea.

Durante cierto tiempo, ninguno de los dos lados consiguió una ventaja clara en el combate, hasta que la cuarta línea de César regresó para atacar el flanco izquierdo de la formación de Pompeyo. La primera línea de los pompeyanos comenzó a retroceder y César dio la orden de que su tercera línea —menor en número de lo que era habitual para permitir la creación de la cuarta línea, pero compuesta de tropas de refresco— avanzara y se uniera a la pelea. La presión fue enorme y las legiones de Pompeyo iniciaron la huida. César afirma que fueron muertos quince mil soldados enemigos y otros veinticuatro mil hechos prisioneros, junto con

nueve águilas legionarias y ciento ochenta *signa* (estandartes). Se cree que dio órdenes a sus hombres de que perdonasen a sus conciudadanos siempre que fuese posible, pero que acabaran con los auxiliares extranjeros. Sus propias pérdidas sumaron doscientos soldados y treinta centuriones, una proporción que refleja el estilo de liderazgo agresivo y, por ende, arriesgado que animaba las legiones.[14]

Parece ser que Pompeyo desempeñó en la batalla un papel mínimo después del fracaso del ataque de su caballería. César sostiene incluso que abandonó el campo antes de finalizada la batalla, con un estilo indigno de un romano, al no confiar ya en alcanzar la victoria final, y regresó a su campamento. Cuando vio que su ejército se encontraba al borde de la derrota, se quitó las insignias de general y abandonó el lugar al galope. Incluso en los relatos que le son favorables no aparece ningún rasgo del vigor que había mostrado en anteriores campañas. Por lo que se refiere a los *Comentarios*, es evidente que venció el mejor hombre —ciertamente, el mejor romano—.

Junto con su esposa, Pompeyo huyó a Egipto, donde le asesinaron los cortesanos del rey Ptolomeo XII, que esperaba ganarse así los favores del vencedor. En realidad, el primer golpe se lo dio un centurión que había servido a las órdenes de Pompeyo en sus campañas en Oriente, pero que se encontraba entonces en una de las dos legiones que llevaban en Egipto varios años y que, por lo general, se creía que se habían «convertido en nativas». A la llegada de César, el 2 de octubre del 48 a.C., le recibieron con la cabeza de Pompeyo, pero se negó a mirarla y ofreció a su antiguo aliado un entierro honroso. Afirmó públicamente su sentimiento por no haber podido conceder a su más distinguido adversario su famosa clemencia, pero también es posible que aún conservase un considerable afecto y respeto por su viejo amigo.[15]

La dictadura y los idus de marzo

César pasó los seis meses siguientes en Egipto, dando así tiempo a que los pompeyanos supervivientes crearan un nuevo ejército en el norte de África. Esa larga demora antes de su regreso a Roma desconcertó a muchos de aquéllos que, como Cicerón, esperaban que la Guerra Civil ya hubiera finalizado. Quizá César creía que, sin Pompeyo, la oposición se habría hundido, o puede ser que, por el momento, hallara menor satisfacción de la esperada en su victoria. Se encontró implicado en la lucha dinástica entre el adolescente Ptolomeo y su hermana Cleopatra, de veintiún años. Esta última —viva, inteligente, carismática y atractiva, aunque no estrictamente bella de acuerdo con los cánones de momento, y buena conocedora de las cul-

turas helenística y del Antiguo Egipto— es rumor extendido que apareció en el cuartel general de César escondida en una alfombra o una manta que se desenrolló entonces para dejar a la vista a tan notable pasajera. La pareja, que rivalizaba entre sí por su elevada inteligencia, su cultura y su enorme ambición, pronto se convirtieron en amantes, y la reina de Egipto causó una impresión mucho mayor en aquel promiscuo romano de mediana edad que cualquiera de sus amantes anteriores, con la posible excepción de Servilia, la madre de Bruto y el gran amor de juventud de César.

César derrotó a Ptolomeo, que murió en medio del desorden consiguiente, e instaló a Cleopatra en el trono egipcio. Ni siquiera entonces quiso abandonar Egipto y se dice que los dos amantes efectuaron un largo y lujoso crucero por el Nilo. Sólo la llegada de malas noticias procedentes del Mediterráneo obligó finalmente a César a despertar de su sueño. Farnaces, el hijo de Mitrídates que se había enfrentado a su padre y al que Roma le había permitido conservar un reino mucho más reducido, invadió la provincia del Ponto y derrotó a un ejército romano. A finales de mayo del 47, César reunió una pequeña fuerza a partir de las legiones de que disponía en aquel momento y marchó contra él. El ejército del Ponto cayó derrotado por completo en Zela, el 2 de agosto, y la rapidez de su victoria le hizo exclamar la famosa frase: «Llegué, vi, vencí» (*veni, vidi, vici*). No obstante, por un momento, esa afirmación pareció ponerse en duda cuando Farnaces quebró todas las reglas del arte militar de aquel periodo y atacó un ejército de César cuando se hallaba construyendo un campamento en un terreno elevado. El ataque del enemigo situado en una posición fuerte ofreció al ejército póntico la ventaja inicial de la sorpresa, pero las legiones se recuperaron rápidamente y destruyeron muy pronto al adversario. Burlándose de Pompeyo, César comentó cuán afortunado era un general que había ganado su reputación luchando contra un contendiente tan frágil.[16]

De regreso a Occidente y a sus enemigos romanos, la conducta de César durante el tiempo que aún duró la Guerra Civil fue enérgica, impaciente y cada vez más implacable. En diciembre del 47, dirigió una invasión poco preparada de África, que, de alguna manera, puede considerarse como aún más temeraria que el desembarco en Macedonia de dos años antes. Una vez más, su talento para la improvisación y el rechazo a cuestionar en ningún momento su éxito final, unido a la alta cualificación de los oficiales y los hombres bajo su mando, permitió al ejército de César superar su debilidad inicial hasta que le llegaron refuerzos y mejoró la situación de los suministros. En abril del 46, hizo frente al ejército pompeyano a las afueras de la ciudad de Thapsus. El autor de *La guerra africana* cree que, por una vez, César no conservó el control pleno de su ejército:

> Como César dudaba y se resistía a su ansia y entusiasmo, afirmando a gritos que no aprobaba que le combatieran con acometidas de asediado, y no dejando de frenar más y más a sus tropas, de pronto, en el ala derecha, un *tubicen* [trompetero], sin órdenes de César, pero encorajinado por los soldados, comenzó a hacer sonar la señal de ataque. Hecha la señal, todas las cohortes se pusieron en marcha hacia el enemigo, aunque los centuriones, plantándoles cara, se oponían y por la fuerza querían impedir que los soldados atacasen sin órdenes del general, pero fue en vano.
>
> Cuando César comprendió que no había medio de refrenar el espíritu alocado de sus soldados, dio como consigna «Victoria» [*felicitas*], y a galope tendido se dirigió, en primera fila, contra el enemigo.[17]

En otra ocasión, incluso menos favorable, César tuvo que abandonar el campo, debido a un ataque epiléptico. Sean o no ciertos esos relatos, las legiones de César alcanzaron una rápida y decisiva victoria. No sería, sin embargo, hasta el final de la guerra, cuando el hijo de Pompeyo, Cneo Pompeyo, tomó el control de España hasta que fue derrotado en Munda en el 45 a.C.[18]

César venció en la Guerra Civil, extendiendo la devastación por toda Italia y por las provincias con el fin de defender su honor personal, pero, se quiera o no, continuó viéndose en él a aquel que había conseguido la paz. Como dictador vitalicio, detentó un poder sólo igualado en el pasado por Sila, al que consideró un analfabeto político por haberse retirado de la vida pública. Los honores que se le dedicaron fueron más grandes que los que nunca se hubieran concedido a individuo alguno y la escala de los proyectos que había planeado era de verdad sorprendente. A lo largo de la Guerra Civil, César había hecho gala de su *clementia*, perdonando a los adversarios capturados, en algunos casos más de una vez. Muchos temieron que se tratara simplemente de una añagaza cínica, recordando la manera conciliadora en que actuó Sila en un primer momento, hasta que la victoria le permitió un control total para llevar a cabo su brutal venganza. Los temores a que César actuara de la misma manera eran infundados, pues no hubo proscripción alguna, y el Senado llegó a incluir a un buen número de sus antiguos adversarios, obteniendo incluso algunos de ellos cargos elevados. Sin embargo, aunque la dictadura no era represora, también quedaba claro que las elecciones estaban estrechamente controladas y que el Senado no contaba con independencia o con poder real. Comenzaron a extenderse rumores de que César deseaba convertirse en rey —título que los romanos aún consideraban un anatema siglos después de la expulsión de la monarquía— y ser deificado. En ocasiones, se llegó a decir que deseaba gobernar con Cleopatra, a quien había trasladado a Roma, como reina y establecer así una nueva dinastía. Los motivos de los conspiradores dirigidos por Bru-

to y Casio eran múltiples y variados, pero se hallaban relacionados más con el temor a los planes futuros de César que con cualquier otra de las cosas que hubiera hecho anteriormente.

En la actualidad no podemos conocer cuáles eran las intenciones del dictador, pues las fuentes del periodo enmudecieron por completo debido a la propaganda de que hicieron uso seguidores y adversarios, después de su muerte. Por ejemplo, es imposible saber si aquel niño llamado Cesarión era, de hecho, hijo ilegítimo de César y Cleopatra. El propio César no debía tener claros cuáles serían sus objetivos finales, pues su plan inmediato era el de regresar a lo que mejor sabía hacer, es decir, dirigir un ejército en guerra. Cuando le apuñalaron hasta matarlo en una reunión del Senado, el 15 de marzo del 44 a.C., después de haber licenciado poco antes de manera pública a su guardia personal, estaba a punto de partir para llevar a cabo una campaña contra los dacios y, a continuación, una nueva guerra contra los partos. En especial esta última era una tarea que llevaría inevitablemente varios años completarla, y no podemos saber qué creía él que iba a suceder en Roma durante su ausencia. El asesinato de César sumergió a Roma una vez más en la guerra civil. Por una ironía final, el cadáver del dictador cayó a los pies de una estatua de Pompeyo, pues aquel día el Senado iba a reunirse en un templo que se hallaba junto al teatro que éste había hecho levantar.[19]

Soldado y general: César, el líder

En los últimos capítulos hemos tratado de varios generales —Mario, Sertorio, Pompeyo y César—, que, en uno u otro momento, todos ellos dirigieron sus legiones contra otros ejércitos romanos. Desde los primeros días de la República, la política romana había sido extraordinariamente competitiva, pero no sería hasta el siglo I a.C. cuando las disputas entre senadores desembocarían en guerras civiles. Parece extremadamente dudoso que Escipión Africano soñara ni siquiera con enfrentarse al régimen que le obligó a una retirada prematura de la vida pública. Si hubiera actuado así, es difícil imaginar que cualquiera de sus antiguos soldados —retirados ya en ese momento y dispersos por sus hogares— desease utilizar la fuerza en defensa de su antiguo comandante. Las legiones se reclutaban en un sector seleccionado de las clases propietarias, con capacidad para participar en la vida política de la República mediante el voto en las asambleas.

Sólo en el transcurso de un siglo quedó alterada la relación entre el Ejército, sus comandantes y la República, hasta el punto de que, en el 88 a.C. y en numerosas ocasiones posteriores, los generales estarían en condiciones de dirigir sus legiones contra otros ejércitos romanos y así lo hicie-

ron. El cambio fue profundo y está relacionado con la aparición de un ejército profesional, en el que la mayoría de los legionarios se reclutaban entre los elementos más pobres de la sociedad. Para tales hombres, el servicio militar no era un deber que se debía al Estado y que interrumpía su vida normal, sino una fuente de empleo y de unos ingresos regulares, aunque bajos. Al quedar desmovilizados del Ejército, los *proletarii* no tenían dónde ir pues no disponían de propiedades o de trabajo en la vida civil. Varios comandantes como Mario, Sila, Pompeyo y César, presionaron siempre para que se establecieran colonias y se entregaran tierras de labor a los soldados veteranos. En todos los casos, esas propuestas fueron muy impopulares, en buena medida porque ningún senador deseaba que otro convirtiera en deudores a tan gran número de ciudadanos. En conjunto, el Senado era también reacio a reconocer que las legiones se reclutaban ahora entre los pobres y se negaba a asumir responsabilidades por su bienestar después de licenciados. Esto sirvió para que se estrecharan los lazos entre el comandante y sus tropas hasta el punto de que la lealtad de los legionarios se centró más en la persona de su general que en una República que le ofrecía tan poco. En efecto, las legiones se convirtieron en «clientes» o ejércitos privados de los comandantes más populares y poderosos.

Esta visión tradicional de los cambios que acaecieron como resultado de la Reforma de Mario es algo simplista, y ha sido ampliamente criticada, en especial, por aquellos estudiosos que consideran que la evolución del ejército fue gradual y que tampoco existió un cambio brusco con Mario. Por ejemplo, señalan que no es nada cierto el que cada general romano del siglo I a.C., fuera capaz de volver las legiones contra sus rivales del Estado. Lúculo dirigió su ejército varios años de campañas coronadas por un éxito enorme en Oriente y, a pesar de ello, nunca consiguió ganarse el afecto de sus soldados, hasta el punto de que rechazaran todos sus ruegos para resistirse a su sustitución por Pompeyo. Durante las guerras civiles, en numerosas ocasiones, generales impopulares se vieron obligados a abandonar el cargo, e incluso llegaron a ser linchados por sus propios hombres. Sin embargo, aunque muchos, quizá incluso la mayoría, de los generales del último periodo republicano no tenían esperanzas de convencer a sus legiones para que lucharan contra otros romanos, el hecho esencial es que algunos de ellos pudieron hacerlo y así lo hicieron. Una acción de esa clase hubiera sido imposible en el apogeo del ejército de milicias y reclutas que consiguió para Roma el predominio sobre el Mediterráneo y, aunque quizá la intensidad y el alto nivel de competencia política se había incrementado, la guerra civil sólo se volvió una posibilidad con la nueva naturaleza de la legión. Eso es algo que los defensores de un cambio gradual, enfrentados a quienes creen que tuvo lugar una reforma militar repentina, no han podido expli-

car adecuadamente, aunque, en realidad, no hay razones para afirmar que aquél hubiera tenido un impacto menor que ésta.[20]

Desde el momento en que algunos comandantes romanos consiguieron crear lazos tan estrechos con sus legionarios como para que éstos desearan luchar contra otros romanos en su nombre, es importante considerar cómo se llegó a esa situación. Pompeyo pudo formar un ejército a sus expensas y en buena medida a partir de las propiedades agrícolas de su familia, a pesar de su juventud y de la carencia de autoridad legal. Muy pocos hombres contaban con riqueza suficiente para iniciar una aventura de esa clase, pero buena parte del éxito de Pompeyo descansó en su carisma personal y en los lazos que tradicionalmente unían a la población local con su familia. En el año 88, Sila convenció a sus hombres para marchar sobre Roma porque temían que Mario pudiera conducir otras legiones a la lucrativa guerra que se libraba en Oriente. No obstante, aunque en ocasiones un hombre fue capaz de ganarse el apoyo de los soldados antes de efectuar ninguna campaña con ellos, un periodo en el que se compartiera un servicio activo coronado por los éxitos hacía mucho para que legionarios y general estrecharan sus lazos. Los hombres de Pompeyo y Sila confirmaron su lealtad por este camino, mientras que diez años de dureza y victorias compartidas en la Galia aseguraron que no llegara ni siquiera a cuestionarse que el ejército de César se negara a seguirle atravesando el Rubicón. Por lo general, las campañas largas y victoriosas creaban un fuerte lazo entre el general y los soldados, aunque la experiencia de Lúculo demuestra que, en ocasiones, no fue éste el caso. Una de las principales razones de su impopularidad residió en la creencia de que se comportaba como un miserable en la distribución del botín obtenido del enemigo. Mario, Sila, Pompeyo y César recompensaron todos ellos a sus hombres, y en especial a sus oficiales, con prodigalidad. En un momento determinado, posiblemente durante la Guerra Civil, César dobló la paga de sus legionarios hasta alcanzar los doscientos veinticinco denarios anuales.

En los *Comentarios*, César justifica repetidamente su causa, a menudo en pasajes donde se vuelven a explicar los discursos que pronunció ante sus tropas. Era una manera de reforzar su mensaje a una audiencia letrada, pero llamamientos similares figuran en los relatos sobre las guerras civiles de la mayoría de los historiadores. En mayor o menor medida, es probable que todos los soldados de un ejército que participa en una guerra civil tengan algún conocimiento de la naturaleza de sus causas. Los centuriones y los oficiales de mayor rango, como los tribunos, ciertamente parece que manifestaban un activo interés por la política y era preciso convencerlos de la justificación y la legitimidad de las acciones de sus co-

mandantes. Los oficiales del Ejército y, especialmente, los soldados rasos es indudable que tenían una perspectiva diferente de las disputas políticas a la de la clase senatorial, pero eso no quiere decir que sus preocupaciones o ideas de legitimidad estuvieran menos arraigadas. Parece que, a menudo, fueron los oficiales del Ejército quienes iniciaron deserciones masivas hacia el bando contrario o asesinaron a un general. Al principio de la Guerra Civil, cada uno de los centuriones de César se ofreció de manera formal a pagar y equipar a un jinete a sus propias expensas, identificándose así estrechamente con su causa.[21]

Mario se hizo notable por introducir una disciplina mucho menos rígida, excepto cuando se encontraba en campaña; y en ocasiones, como en Gomphi, César permitió que sus hombres lo celebraran de la manera más desordenada. Se dice que alardeó de que sus hombres luchaban exactamente igual de bien, «aunque fuesen perfumados».[22] Ninguno de ellos pasó por alto los delitos graves y a ambos se les consideró muy justos en el trato infligido a los transgresores, cualquiera que fuera su rango. Varios oficiales fueron humillados y degradados en público al no conseguir encontrar los estandartes de César. Mario, Pompeyo y César fueron también notables por los rigurosos programas de adiestramiento que imponían a sus tropas. Suetonio nos dice que César:

> nunca anunciaba por adelantado ni la hora de la marcha ni la del combate, sino que quería que [sus tropas] estuvieran en todo momento preparadas y alerta para poder dirigirse sin previo aviso donde quisiera. Cosa que hacía muchas veces, sin motivo, principalmente en días lluviosos o festivos. Además les decía, a menudo, que no le perdiesen de vista, ya fuese de día o de noche, y forzaba la marcha para cansar a los rezagados.[23]

Lo mismo que Sertorio, equipó a sus hombres con una armadura y unas armas impresionantes, bañadas en ocasiones estas últimas o sus fundas en oro y plata, queriendo con ello que tuvieran buen cuidado de sí mismos y de su apariencia. Se animaba a los legionarios a que sintiesen que su general, o los oficiales superiores que le informaban directamente, siempre observaban su conducta y recompensaban con tanta rapidez la valentía como castigaban la cobardía. Cuando César se dirigía a sus hombres siempre lo hacía llamándolos *commilitones*, es decir, «camaradas». En la Galia se decía que había hecho transportar losas, con el bagaje, para que su tienda dispusiera de un suelo pavimentado, pero, a pesar de esos lujos, con los que quizá sólo pretendía impresionar a los caudillos locales, trataba siempre de compartir la dureza de sus hombres. Suetonio menciona cómo él:

> resistía la fatiga más de lo que podríamos creer. Durante las marchas iba en cabeza, algunas veces a caballo, pero más a menudo a pie y con la cabeza descubierta, ya hiciera sol o lloviese. Recorría etapas muy largas con una rapidez increíble, ligero de equipaje, en carruajes de alquiler; si los ríos lo detenían, los atravesaba nadando o sosteniéndose en pellejos inflados, de manera que, muchas veces, avanzaba a sus propios mensajeros.[24]

Aunque los *Comentarios* describen las acciones individuales heroicas de numerosos soldados, es raro que se cite el nombre de los legionarios rasos. En la mayoría de los casos se alaba colectivamente su valentía y, a menudo, se singularizan las legiones específicas con el fin de elogiarlas. Hemos señalado ya el talento de César para manipular el orgullo de las unidades, como cuando anunció que avanzaría contra Ariovisto sólo con la *Legio X*, si el resto del ejército no se atrevía a ello. Después de un incidente en el que se entregaron caballos de montar a una parte de esta legión para que pudieran hacer de guardia personal de César, la unidad adoptó el título informal de los *equestris* o los «caballeros», y los soldados se mofaban de que hubieran sido elevados al orden ecuestre por su generoso comandante. Los soldados se identificaban estrechamente con sus legiones, en especial en las mejores unidades, y existía una intensa rivalidad para demostrar que eran superiores al resto del ejército, rivalidad que se potenciaba de manera activa.[25]

La narración de César presta particular atención a los hechos de sus centuriones. A menudo, y en no escasa medida, se atribuyen los éxitos a su valentía y al ejemplo que inspiraban, y las derrotas quedaban mitigadas por su heroísmo. Los elogios que recibían en el relato formal de las campañas iban acompañados por recompensas tangibles y por promociones que se les concedían de inmediato. Durante las campañas gálicas, el ejército de César aumentó en más del doble su tamaño, creando numerosas oportunidades de promoción a grados más elevados del centurionado. Se sabe muy poco del origen de los centuriones en este periodo y no está claro si la mayor parte habían sido nombrados de forma directa o si habían promocionado desde soldados rasos, aunque en los *Comentarios* nunca se menciona explícitamente esta última opción. Es posible que, sobre todo, su extracción social fuese lo que, generalizando, podríamos considerar como las «clases medias» de la sociedad romana, familias que poseían algunas propiedades, contaban con una cierta educación y podían incluso ser personalidades de cierta importancia en las comunidades más pequeñas de Italia. Sin duda, una vez nombrados centuriones, disfrutaban de pagas y condiciones de servicio notablemente mejores que las de los legionarios ordinarios. El potencial de promoción y recompensas era también mucho mayor. A Scaeva, el centurión que se distinguió en la defensa de uno de los fuertes de Dyrrhachium,

se le ascendió al rango de *primus pilus* y se le entregó una recompensa de cincuenta mil denarios (la paga de cien años de un legionario ordinario). Una inscripción que probablemente data de la década de los años 30 a.C., se refiere a una unidad de caballería auxiliar gala conocida como el *ala Scaevae* (el regimiento de Scaeva), y parece muy probable que se trate del mismo hombre. Durante la dictadura de César, un puñado de sus centuriones llegó incluso a ingresar en el Senado. A los centuriones se les recompensaba con esplendidez, pero sufrían un número de bajas desproporcionado en su deseo por conseguir distinciones. Apiano afirma que César ordenó a sus hombres que buscaran con todo esmero el cadáver de Crastino entre la masa de muertos en Farsalia y que fuese enterrado en una tumba separada de la fosa común. Se cree también que concedió cierto número de condecoraciones al valor al cadáver, lo que, si eso es cierto, constituiría un gesto verdaderamente extraordinario, pues los romanos no tenían por costumbre conceder medallas póstumas.[26]

César elogiaba y recompensaba a sus hombres, compartía sus peligros en campaña y los adiestraba con dureza. Las victorias sucesivas, sólo truncadas por un puñado de derrotas que serían vengadas de inmediato, confirmaban la fe de sus legionarios en su capacidad como comandante. El propio César recordaba continuamente a quien quisiera oírle que él no era sólo un general dotado, sino también una persona con suerte. Muy pocos comandantes han conseguido a lo largo de la historia una devoción comparable de sus tropas. En ocasiones, la relación de absoluta obediencia que pintan los *Comentarios* parecía flaquear, y la Guerra Civil es testigo de dos motines de importancia. A finales del 49, la *Legio IX* protestó de que a muchos de los hombres se les hubieran atrasado las pagas y la licencia, pero cedió muy pronto cuando llegó su general y les reprendió duramente por su ingratitud y falta de confianza. César representó una de aquellas acciones de furia, anunciando que diezmaría la legión, por lo que los soldados se sintieron aliviados cuando, a continuación, ordenó sólo la ejecución de doce de los amotinados.

Su representación cuando una buena parte del ejército, incluida su querida *Legio X*, se amotinó antes de la campaña africana, fue incluso más sonada. De nuevo, y aparte quizá de otras cosas, era probablemente la inactividad y la ausencia de objetivos, mientras César se hallaba en Egipto, lo que había provocado que antiguos descontentos se sumaran a la causa. Salustio, el futuro historiador y por aquel entonces uno de los oficiales de César, escapó por poco al linchamiento cuando los amotinados exigieron con rabia pagas atrasadas y lotes del botín. En ese momento, apareció de improviso su comandante, que se presentó ante el tribunal. Una invitación a exponer sus quejas silenció a las tropas reunidas, hasta que se levantaron

voces que pedían ser licenciados del servicio. César que, en ese momento, estaba a punto de iniciar una campaña de envergadura y que necesitaba, por tanto, gran número de soldados, replicó sin aparente emoción que estaban todos desmovilizados, que quería ganar la guerra con otras tropas, pero que incluso así les entregaría lo prometido después de la victoria. No parece que hubiera ningún deseo real de desmovilizarse y la manera de actuar de los legionarios pasó de la hostilidad a una sensación de pena y vergüenza porque su viejo general no parecía valorar sus servicios.

César no dijo nada más hasta que alguno de sus oficiales principales —aleccionados con bastante probabilidad en el papel que debían representar antes de que comenzara el enfrentamiento— suplicaron abiertamente que perdonara a los hombres que tanto habían sufrido bajo su mando y que excusara algunas palabras altisonantes. Las esperanzas de que se hubiera sentido aplacado se esfumaron cuando tomó de nuevo la palabra y comenzó por dirigirse a ellos como «civiles» (*quirites*), en lugar de con el habitual «camaradas». Los amotinados comenzaron a expresar su arrepentimiento y le suplicaron que les permitiera regresar al servicio. Cuando César se dio la vuelta para abandonar la tribuna los gritos aumentaron en intensidad, y los legionarios le rogaron que castigara a los cabecillas del motín y se llevara el resto con él a África. El general hizo una buena representación de hallarse indeciso, dejando que los hombres se fueran desesperando cada vez más, hasta que, finalmente, anunció que se los llevaría a todos a la campaña, exceptuando a la *Legio X*, cuya ingratitud después de los favores recibidos no tenía excusa posible. Los hombres de esta unidad llegaron incluso a pedirle que la diezmara si eso servía para que la legión participara en la guerra. Al final, decidió que el nivel emocional se había elevado tanto que era ya innecesario tomar ninguna otra medida. La *Legio X* se distinguió en la batalla de Thapsus y llevó a cabo el avance decisivo en Munda. Después del asesinato de César, los restos de esta unidad veterana se mantuvieron leales a su recuerdo y lucharon durante años con gran eficacia a favor de su hijo adoptivo, Octaviano.[27]

César sabía cómo manejar las emociones de sus soldados, sobre todo el orgullo por sus unidades y su propio estatus como soldados buenos y valientes. El éxito en la vida pública exigía de todos los senadores romanos que desarrollaran alguna actitud para tratar y ganarse a la gente, ya fuera personalmente o a las multitudes, en el Foro o en el campamento militar. Mediante el instinto y la experiencia, César desarrolló la capacidad de ganarse y elevar la moral de los soldados hasta un grado sin parangón con cualquier otro de los grandes comandantes de Roma, con la posible excepción de Pompeyo.

Notas

1. Cicerón, Cartas a Ático 7. 3 (trad. M. Rodríguez-Pantoja).
2. Sobre los orígenes de la Guerra Civil, véase C. Meier, *Caesar*, 1995, pp. 330-363; el deseo de ser el primero, en Plutarco, *Caesar* 12.
3. Apiano, *Civil Wars* 2. 34-35, Plutarco, *Caesar* 32.
4. Sobre las primeras etapas de la guerra, véase Meier (1995), pp. 364-387; «grabando su huella», en Plutarco, *Pompeius* 57, 60.
5. César, *Bellum Civile* 3. 3-5, Plutarco, *Pompeius* 63-64, Apiano, *Civil Wars* 2. 40, 49-52.
6. Amotinamiento de la *Legio IX*, en Apiano, *Civil Wars* 2. 47.
7. César, *Bellum Civile* 3. 6-10.
8. César, *BC* 3. 11-30, Apiano, *Civil Wars* 2. 50-59, Plutarco, *Caesar* 65.
9. César, *BC* 3. 34, 39-44, Apiano, *Civil Wars* 2. 60-61.
10. César, *BC* 3. 45-53, Suetonio, *Julius Caesar* 68. 3-4.
11. César, *BC* 3. 54-56, 58-72, Apiano, *Civil Wars* 2. 61-63, Plutarco, *Caesar* 65.
12. César, *BC* 3. 73-76.
13. César, *BC* 3. 77-81, Plutarco, *Caesar* 41.
14. Fuentes para Farsalia en César *BC* 3. 82-99, Apiano *Civil Wars* 2. 68-82, Plutarco, *Caesar* 42-47 y *Pompeius* 68-72.
15. Plutarco, *Pompeius* 73-79, 80 y *Caesar* 48, Apiano, *Civil Wars* 2. 83-86, 89-90.
16. Para una descripción de las últimas campañas de la Guerra Civil, véase Meier (1995), pp. 402-413; César y Cleopatra, véase Plutarco, *Caesar* 48-49, y Suetonio, *Julius Caesar* 58; para Zela, véase Plutarco, *Caesar* 50.
17. César, *African Wars* 82-83.
18. Plutarco, *Caesar* 53.
19. Meier (1995), pp. 414-486.
20. Sobre el ejército de este periodo, véase L. Keppie, *The Making of.the Roman Army*, 1984, pp. 80-131.
21. Suetonio, *Julius Caesar* 68; *cf.* César, *BC* 1. 39, donde utiliza un préstamo de los centuriones y los tribunos para pagar a la tropa.
22. Suetonio, *Julius Caesar* 67.
23. Suetonio, *Julius Caesar* 65.
24. Suetonio, *Julius Caesar* 57; *cf.* Plutarco, *Caesar* 17; animar a los soldados por haber decorado el equipo, en Suetonio, *Julius Caesar* 57.
25. César, *Bellum Gallicum* 1. 42.
26. Scaeva, *BC* 3. 53; *ala Scaevae, Habeas Inscriptiones Latinarum* 10. 6011; Crastino, Apiano, *Civil Wars* 82.
27. Apiano, *Civil Wars* 2. 47, 92-94, Suetonio, *Julius Caesar* 69-70.

Capítulo 10

UN «PRÍNCIPE» IMPERIAL: GERMÁNICO AL OTRO LADO DEL RIN

Claudius Germanicus Caesar (15 a.C.-19 d.C.)

> ¡Qué buena tutoría recibió Germánico de sus instrucciones [las de Tiberio], al conseguir absorber a conciencia la esencia del conocimiento militar estando bajo su mando, hasta que fue posteriormente bien recibido en su patria después de la conquista de Germania! ¡Cuántos premios fue acumulando, a pesar de su juventud, hasta el punto de que el esplendor de su triunfo se comparó a sus grandes hazañas![1]

Los conspiradores que asesinaron a Julio César no parece que tuvieran muy claro qué hacer a continuación, y quizá esperasen que, una vez muerto el dictador, simplemente la vida pública regresaría a su modelo tradicional. Durante varios meses hubo otra guerra civil, pues Marco Antonio reunió la mayor parte de las legiones de César para vengar su muerte. Por algún tiempo, el Senado, que mantenía una mayoría favorable a los conspiradores, trató de utilizar al hijo adoptivo de César, Caius Julius Caesar Octavianus —conocido tradicionalmente por los historiadores como Octaviano— como figura decorativa para debilitar el control de Antonio sobre las legiones veteranas. Octaviano tenía sólo diecinueve años y apenas poseía algún prestigio, aparte de su famoso nombre. Se cree que Cicerón había dicho que el Senado debería «alabar al joven, recompensarle y, a continuación, despacharle», tan pronto como hubiera servido a sus propósitos. Entretanto le concedieron un *imperium* proconsular, convirtiendo en oficial su mando sobre un gran número de los veteranos de César, incluida la *Legio X*, que se había alineado con su causa. Advirtiendo la actitud del Senado para con él y, deseoso, en cualquier caso, de luchar contra los conspiradores, en

el año 43 Octaviano se unió a Antonio y Marco Lépido. Juntos formaron el Segundo Triunvirato y, al contrario de lo sucedido en el caso de Craso, Pompeyo y César, a éste se le concedió un estatus oficial por ley, tomando cada uno de sus miembros el título de *triumvir rei publicae constituendae*. La expresión recordaba el rango de Sila como dictador, y eso fue lo que hicieron los triunviros al ocupar Roma, instituyendo nuevas proscripciones y ordenando la muerte de un gran número de senadores y de ecuestres.

Cicerón pagó un elevado precio por sus Filípicas, una serie de discursos vitriólicos en los que atacaba a Antonio, que había pronunciado y publicado: Antonio ordenó que su cabeza y su mano se clavasen en la Tribuna de Oradores del Foro. En un año, Bruto y Casio se suicidaron después de las derrotas sufridas por sus ejércitos en las dos batallas de Filipos. Los triunviros se dividieron el control de las provincias pero, gradualmente, su alianza se fue quebrando. A Lépido le marginaron pacíficamente, pero la lucha entre Antonio y Octaviano se decidió con el recurso a la fuerza armada en la batalla naval de Actium, en el 31 a.C. Antonio huyó a Egipto, donde él y Cleopatra —que había sido su amante durante una década y su esposa abiertamente un año— se suicidaron.[2]

Después de Actium, Octaviano mandó las mayores fuerzas militares controladas en ningún momento del pasado por un general romano, con un número no inferior a las sesenta legiones, comprometidas a obedecerle por juramento —un total que pronto redujo a veintiocho unidades permanentes—. Desaparecido Antonio, no había ya ningún rival serio a su supremacía, y las batallas, las proscripciones y los suicidios habían conseguido reducir las filas de los miembros del Senado. César había sido asesinado porque su poder era descarado. Su hijo adoptivo sobrevivió por medio de la creación de un régimen en el que su control sobre los asuntos del Estado quedaba velado. Octaviano —posteriormente haría que el Senado le votara el nombre de Augusto, lo que contribuiría gradualmente a que se le disociara de su brutal pasado como triunviro— no fue dictador ni rey, sino *princeps senatus*, título tradicional honorífico que se concedía al senador más distinguido. Por ese título, el régimen que él creó se conoce hoy como Principado o, en ocasiones, Imperio, para contraponerlo a la República. Aunque en la realidad se tratara de emperadores con poder absoluto, Augusto y sus sucesores no pretendían ser otra cosa que el magistrado más importante del Estado.

Se conservaron muchas de las instituciones tradicionales de Roma, pero el poder real se encontraba ahora de manera firme e irrevocable en manos del *princeps*. El Senado sobrevivió y floreció claramente, consiguiendo nuevas responsabilidades y señales de distinción al precio de la pérdida de su independencia. Los jóvenes aristócratas continuaron persiguiendo una

carrera en la vida pública que no hacía sino traerles mayores responsabilidades militares y civiles, pero todos los cargos importantes eran ahora nombramientos de Augusto en lugar de conseguirse en unas elecciones abiertas. La vida pública se controló cuidadosamente para evitar el retorno a una guerra civil. El régimen de Augusto no fue creación de un instante, sino producto de un desarrollo gradual, de varias probaturas y de, al menos, algún error. Su éxito se debe en buena medida a la habilidad política de Augusto, al profundo deseo de estabilidad después de décadas de agitación, y también a la propia longevidad del *princeps*. A la muerte de Augusto, acaecida en el 14 d.C., prácticamente no quedaba ya nadie vivo que pudiese recordar una época en la que la República funcionara a la manera tradicional.

Augusto no fue un gran comandante y se llegó a rumorear que había abandonado el campo cuando el ala del ejército que dirigía fue derrotada en la primera batalla de Filipos. Suficientemente fuerte para admitir sus propias limitaciones, delegó en algunos subordinados de confianza el control de sus tropas. Su actitud hacia los soldados bajo su mando fue algo más estricta y formal que la de César. Después de Actium, nunca se dirigió a sus tropas como «camaradas», sino siempre como «soldados» (*milites*), y reforzó una disciplina extremadamente estricta. En algunas ocasiones, diezmó legiones a las que había entrado el pánico y habían huido. Sus oficiales se arriesgaban a sufrir una humillación pública si faltaban a sus deberes, y Suetonio nos dice que acostumbraba a ordenar a los centuriones que se mantuvieran en posición de firmes fuera de su tienda todo el día, quizá incluso sosteniendo un manojo de hierba. Por lo general se les ordenaba que se quitaran el cinturón donde portaban las armas, con lo que el bordillo de la larga túnica militar caía casi hasta alcanzar el tobillo, pareciéndose más al vestido de una mujer que a un uniforme militar. No obstante, junto a los castigos había también condecoraciones y ascensos por los servicios distinguidos, aunque es bien cierto que éstos no se concedían con la prodigalidad que se había dado entre los comandantes de la época de las guerras civiles. Hay algo todavía más importante: Augusto se aseguró de que los soldados recibieran su paga regularmente y, al licenciarse, se les proporcionaban tierras o una recompensa considerable. En el 6 d.C., se creó una tesorería especial, el *Aerarium Militare*, que se mantuvo bajo el control directo del emperador, con el fin de poder cumplir aquellos compromisos. Augusto no tenía intención alguna de repetir el error del Senado, descuidando las necesidades de los legionarios y animándoles, por ello, a que ofrecieran su lealtad a los generales con carisma.[3]

Augusto trajo la paz interna a Roma, un logro que fue celebrado continuadamente durante su principado. Su régimen descansaba, en buena medida, en la gloria derivada de una guerra continua y espectacular contra

adversarios extranjeros. Bajo este primer emperador, Roma continuó su expansión con tanta intensidad como lo había hecho en las últimas décadas de la República, y en el 14 d.C. controlaba casi todo el territorio que constituiría el Imperio durante cuatro siglos. La *Res Gestae*, una larga inscripción colocada en el exterior del mausoleo de Augusto con el fin de contar sus hazañas, enumera una gran cantidad de pueblos y reyes derrotados por el emperador. Por su estilo, el texto es idéntico a los monumentos levantados por los generales victoriosos durante muchas generaciones, pero, por lo que se refiere a la enorme cantidad de enemigos vencidos, empequeñece las victorias incluso de Pompeyo y César.

De una manera muy romana, estos espectaculares éxitos militares justificaban la preeminencia del emperador como *princeps*, el más grande de los servidores del Estado. En realidad, muchas de esas victorias las habían conseguido sus *legati*, pero la gloria principal le correspondía al comandante supremo, según la manera habitual de hacer las cosas. Augusto no tenía intención de permitir que ningún vivo rivalizara con él, y menos aún los muertos. Cuando, en el 29 a.C., Marco Licinio Craso, nieto del aliado de César, completó su derrota de los bastarnos matando a su rey en combate singular, acogiéndose a un tecnicismo legal se le negó el derecho a dedicar los *spolia opima*. El propio Augusto celebró a continuación ese rito, incluso aunque, en realidad, nunca hubiera llevado a cabo una hazaña de esa categoría. A nadie se le permitía que alcanzara una gloria personal suficiente como para ensombrecer de alguna manera los hechos del *princeps*. Después del 19 a.C., no se le concedió el derecho a celebrar un triunfo a ningún senador que no tuviera una relación de parentesco con Augusto o su familia, aunque, en ocasiones, el éxito aún se recompensaba con honores triunfales (*triumphalia*), permitiéndole a un hombre que mostrara los símbolos de la victoria, sin cabalgar, de hecho, desfilando por la ciudad. Excepto África, todas las provincias que contaban con una guarnición legionaria estaban controladas directamente por Augusto y gobernadas por sus *legati*, que poseían un *imperium* delegado. No sólo se encontraban bajo el mando directo de sus representantes casi todas las legiones en servicio, sino que, andando el tiempo, el mando supremo en todas las guerras importantes se concedió a miembros de la familia ampliada del emperador.[4]

Desde el comienzo de su carrera, Octaviano había confiado casi por entero en su estrecha amistad con Marco Vipsanio Agripa para que dirigiera las tropas. Fue éste quien controló las flotas que derrotaron a Sexto Pompeyo —el último hijo superviviente de Pompeyo el Grande— en Naulochus, en el 36 a.C., y a Antonio, en Actium, en el 31 a.C. Procedente de una oscura familia, nunca amenazó con dejar en la sombra al hijo adoptivo de César, y consiguió acompañarle en su ascensión al contraer matrimonio

con Julia, hija de Augusto. Hasta su muerte, acaecida en el 12 a.C., a Agripa se le envió frecuentemente a librar las guerras más importantes del Imperio, efectuando campañas en España, la Galia y Germania, los Balcanes y Oriente con gran éxito. Evidentemente, era un comandante muy capaz, pero no nos ha sobrevivido fuente alguna que mencione sus campañas o que nos haya permitido reconstruir éstas con cierto detalle. Quizá no se trate de una pura coincidencia, pues sus éxitos más grandes se atribuyeron siempre públicamente al emperador.

Cuando los miembros más jóvenes de la familia ampliada de Augusto llegaban a la madurez, muchos de ellos debían hacerse cargo de puestos de elevada responsabilidad a temprana edad. Quienes alcanzaron más éxitos desde el punto de vista militar fueron sus hijastros Tiberio y Druso, que habían sido colocados a la cabeza de grandes ejércitos con apenas veinte años. Fruto de un matrimonio anterior de Livia, la esposa del emperador, eran miembros conspicuos de la vieja élite senatorial, al formar parte del clan patricio de los Claudios tanto por parte materna como paterna. Se creía que había muy pocas familias que poseyeran un carácter tan distintivo como la de los Claudios, un clan cuyos miembros eran todos ellos extremadamente orgullosos, seguros de sí mismos y conscientes de su propia valía. Como resultado, proporcionaron algunos de los hombres más grandes del Estado, así como varios de sus villanos más odiados. Druso fue en gran medida un héroe a la antigua usanza, carismático y popular, tanto entre las tropas como entre los ciudadanos de Roma. Desesperado por conseguir los *spolia opima*, se decía que había llegado a perseguir a los caudillos germanos en el campo de batalla con la esperanza de derrotarlos en combate singular. Hubo gran consternación cuando Druso falleció en el 9 a.C., como resultado de las heridas producidas por una caída del caballo al regresar de una campaña en Germania.[5]

Tiberio carecía del encanto de su hermano más joven y parece que nunca se dio traza para ganarse la amistad de otros, especialmente si eran senadores. Al parecer, ni siquiera de joven adoptó ese vistoso estilo de liderazgo de un Druso o un Pompeyo. Se le consideró un defensor de la disciplina más estricta, incluso si tomamos como base los niveles impuestos por Augusto, reintroduciendo arcaicos métodos de castigo. En una ocasión degradó con deshonor a un legado que mandaba una legión por utilizar a algunos de sus soldados como escolta de un esclavo en una expedición de caza en territorio hostil. Suetonio describe cómo en las expediciones que se efectuaban al otro lado del Rin ordenaba que no se incluyera ningún producto innecesario en el convoy de provisiones, inspeccionando personalmente cada carga antes de que el ejército se pusiera en marcha. Como negaba cualquier lujo a sus oficiales, evidentemente él pasaba también sin

ellos, durmiendo sobre el duro suelo, en ocasiones sin ni siquiera una tienda. Tenía mucho cuidado con su agenda diaria, asegurándose de que sus órdenes quedaban anotadas y siempre estaba disponible para sus oficiales con el fin de explicarles lo que esperaba de ellos. Veleio Paterculo, que sirvió con él como prefecto al mando de la caballería auxiliar y más tarde como legado, cuenta cómo siempre realizaba las marchas cabalgando, en lugar de viajar en un carruaje, y comía su cena (a la que por lo general estaban invitados los oficiales) sentado, en lugar de hacerlo reclinado en un sofá, a la habitual manera relajada de los romanos.

A pesar de lo estricto de su actitud tanto para los demás como para consigo mismo, Tiberio se preocupaba por el bienestar de sus oficiales, poniendo su médico y sus sirvientes a disposición de cualquiera de ellos que se encontrara enfermo o herido, y proporcionándole transporte. Como líder, fue duro pero justo; como general, cuidadoso, victorioso y tenía ganada la confianza de sus soldados. Veleio escribió sus textos después de que Tiberio hubiera sucedido a Augusto como emperador, por lo que podía haber estado muy inclinado a adular a su antiguo comandante, pero es posible que nos presente un cuadro muy ajustado del respeto e incluso el afecto con que fue acogido por el ejército.[6] Su descripción del recibimiento casi en éxtasis que le tributó el ejército de Germania cuando, en el 4 d.C., Tiberio llegó a hacerse cargo del mando, rivaliza con los relatos de algunas de las revistas sobre Napoleón:

> No se puede describir con palabras exactas la reacción de los soldados que salieron a su encuentro, las lágrimas de alegría y exaltación al saludarle, el desesperado anhelo por tocar su mano y la incapacidad para retener gritos tales como «¿realmente te estamos viendo, general?», «¿es verdad que has regresado a nosotros sano y salvo?», y a continuación, «¡Serví contigo en Armenia, general!», «¡y yo en Retia!», «¡me condecorasteis en Vindelicia!», y «¡a mí en Germania!»[7]

La situación en la frontera del Rin en el 14 d.C.

De la misma manera en que en el pasado había sucedido con Agripa, Augusto confió a Tiberio casi todos los mandos más importantes de la segunda mitad de su principado, aunque durante mucho tiempo no le favoreció como sucesor. Prefería a algunos otros varones miembros de su familia, a menudo más jóvenes, y unidos a él por la sangre y no por el simple matrimonio, pero poco a poco fueron muriendo todos prematuramente. Los rumores apuntaban a Livia, la esposa de Augusto —a quien

posteriormente Calígula había apodado como *Ulixem stolatum*, u «Odiseo en traje de mujer», por el héroe planificador del poema de Homero—, como la encargada de planear esas muertes para asegurar que su hijo se convirtiera en el próximo emperador. Actualmente es imposible conocer la verdad de esa historia, pero al parecer la familia imperial sufrió una tasa de mortalidad excepcionalmente elevada, incluso para los niveles del momento. Sí es claro que, finalmente, Augusto se volvió hacia Tiberio, adoptándolo como hijo y compartiendo el poder con él durante los últimos años de su vida. Tiberio tenía un hijo propio, conocido como Druso el Joven, pero se le ordenó también que adoptara a Germánico, el hijo de su hermano menor. El nombre era una concesión honorífica a Druso por sus victorias sobre las tribus germánicas, y se hizo extensivo a sus hijos después de su muerte accidental. En el 9 a.C. Germánico tenía seis años, pero ese nombre demostró ser de lo más apropiado pues, ya adulto, conseguiría su enorme fama haciendo campañas en Germania. Su madre era Antonia, hija de Marco Antonio y de Octavia, la hermana de Augusto, aquella Octavia cuyo repudio por preferir a Cleopatra, había añadido un elemento personal a la guerra civil.[8]

Cuando Julio César invadió la Galia, dejó claro que no pretendía una ocupación permanente del territorio situado más allá del Rin, pero que mantendría bajo control todas las tierras situadas al oeste del río. Los *Comentarios* hacen hincapié en que el Rin constituía la frontera entre los pueblos galos y germánicos, demostrando así que su «pacificación» de la Galia era completa. Conquistada recientemente la Galia, la vieja provincia romana de la Galia Transalpina y la propia Italia sólo estarían seguras si se mantenía a raya a los germanos, más primitivos y salvajes que los galos, más allá del Rin y se evitaba que emularan a cimbrios y teutones. Ciertamente, César admite que la situación era algo más complicada, y que algunos pueblos germánicos se habían asentado ya al oeste del río. Arqueológicamente se ha demostrado como muy difícil de confirmar la clara distinción que César y otros autores antiguos hacen entre tribus germanas y gálicas sobre la base de su cultura material: modelo y estilo de los asentamientos, metalurgia y, por encima de todo, cerámica. Esto no significa necesariamente que no hubiera diferencias entre esos pueblos, sino simplemente que, en este caso, ese tipo de evidencia puede que no confirme ni niegue nada. Los análisis lingüísticos de los topónimos y los patronímicos que han llegado hasta nosotros tienden ampliamente a respaldar el cuadro presentado por nuestras fuentes antiguas. Las fuentes literarias dejan claro que, aparte de compartir un lenguaje y una cultura comunes, existía muy poco sentimiento de unidad o de causa común entre los galos y, especialmente, entre los germanos. Un guerrero se identificaba con su propia tribu o clan, como los catos, los

marsos o los queruscos, o, en ocasiones, con un grupo más amplio de pueblos emparentados, como los suevos. En ningún sentido se consideraba importante a sí mismo como germano.[9]

César presentó un cuadro de las tribus gálicas como inherentemente inestables, divididas por luchas por el poder entre caudillos ambiciosos en busca de la supremacía y sosteniendo guerras con los vecinos casi anualmente. Los germanos se fueron implicando cada vez más profundamente en la zona, ya sea porque los líderes galos pedían su ayuda o porque un pueblo emigrara al otro lado del Rin a la búsqueda de tierras más fértiles y seguras en las que asentarse. Quizá César exageró la situación para justificar su intervención en defensa de los intereses de Roma y de sus aliados —lo que en sí mismo no era diferente de su apoyo a los secuanos, como había señalado Ariovisto—, pero es probable que su versión sea sustancialmente ajustada y se incluya en un modelo que prevaleció en la mayor parte de Europa en las edades del Bronce y el Hierro. La guerra y, en especial, el saqueo eran endémicas. En ocasiones, una tribu aumentaba su poder, a menudo bajo el mando de un líder guerrero carismático y sometiendo, a veces, a control a pueblos vecinos. Habitualmente esa situación era temporal, y en raras ocasiones sobrevivía a la muerte del líder poderoso. Con frecuencia, las guerras civiles y la expansión agresiva obligaban a facciones y a tribus casi completas a emigrar, lo que daba como resultado una presión sobre los pueblos por cuyas tierras se desplazaban. Las migraciones podían llegar a tener un efecto en cadena en una zona muy extensa. César exageró también cuando describió a las tribus germánicas como de pastores seminómadas, recogiendo un estereotipo de siglos que consideraba esas sociedades como inherentemente más primitivas y salvajes que las comunidades dedicadas a trabajar la tierra y que acabarían, finalmente, por levantar ciudades. Así, en la *Odisea* de Homero, los cíclopes no cultivaban la tierra porque eran demasiado perezosos, comían carne, bebían leche y no tenían asambleas políticas, síntomas todos ellos de barbarie. La arqueología ha demostrado que numerosas granjas y aldeas de Germania habían estado ocupadas durante siglos, pero esa estabilidad no necesariamente debe entrar en conflicto con el hecho de que, de pronto, tribus o partes de las tribus trataran de buscar tierras en otros lugares.[10]

César había conquistado la Galia —no hay pruebas de la existencia de rebeliones serias mientras se estuvo librando la guerra civil—, pero no quedó completamente asentada como provincia. El proceso implicó la imposición de una nueva estructura administrativa, incluyendo la elaboración de un censo para cobrar tasas en, al menos, tres ocasiones desde el 27 a.C., y que desencadenó a veces una amplia resistencia. Agripa operó en la Galia en varias ocasiones entre los años 38 y 19 a.C., y otros co-

mandantes librarían varias campañas de escala menor. Lo mismo que había sucedido en la época de César, las tribus galas próximas al Rin buscaban ayuda a menudo en forma de bandas de guerreros entre los germanos. Incluso con mayor frecuencia aún, estos últimos expoliaban las ricas tierras de la Galia, siendo a veces esos ataques de gran envergadura. En el 16 a.C., un ejército formado por miembros de tres tribus, los sicambros, los teucteros y los usipetos, tendieron una emboscada a un destacamento de la caballería romana y, después de ese éxito, sorprendieron al principal ejército del gobernador provincial, Marco Lolio, infligiéndole una seria derrota. En esa batalla, una legión romana, la *Legio V Alaudae*, sufrió la humillación de perder su estandarte. Esta campaña se había iniciado cuando los germanos prendieron y crucificaron a los comerciantes romanos que operaban en sus tierras. Como en los demás lugares, los mercaderes romanos e italianos actuaban muy por delante del ejército. Sus actividades y prácticas podían, en ocasiones, generar resentimientos y, a menudo, constituían el primer objetivo cuando las tribus se volvían hostiles a Roma. Tanto con el fin de asegurar la estabilidad y la paz de la Galia como en respuesta a las incursiones y la violencia contra los ciudadanos, las legiones de Augusto se vieron implicadas aún con mayor frecuencia en operaciones de castigo contra los germanos.

Druso, el padre de Germánico, fue el primer comandante romano en llegar hasta el Elba, donde la versión oficial de aquellos sucesos recogió que fue la aparición de una diosa la que le impidió seguir más allá. Después de su muerte, Tiberio pasó varios años operando en la misma zona, y con el tiempo comenzó a tomar forma una provincia romana entre el Rin y el Elba. En el 6 d.C., se planificó y dispuso un ataque contra Maroboduus, rey de una gran confederación de tribus suevas y cierto número de pueblos vecinos, en las tierras que se hallaban entre el Rin y el Danubio. Sin embargo, estalló repentinamente una rebelión en Panonia y Dalmacia, que exigió para reprimirla la atención de Tiberio y de una buena parte del ejército romano. Los panonios eran extremadamente belicosos, y sus ejércitos conservaban el modelo romano, pues muchos de sus hombres tenían experiencia por haber actuado como auxiliares al servicio de Roma. En un momento determinado de esa campaña, Tiberio se encontró personalmente al frente de una fuerza de diez legiones, apoyada por setenta cohortes de infantería auxiliar, catorce unidades del tamaño de una cohorte de *alae* de auxiliares de caballería y un gran número de tropas aliadas. Es interesante que, al considerarlo un ejército demasiado grande para que un solo general lo controlara con eficacia, lo dividió en dos grupos independientes y, a continuación, en columnas mucho menos numerosas. Acabar con la rebelión costó casi tres años de una lucha dura y costosa.[11]

Casi de inmediato, a Augusto le llegaron noticias de un horroroso desastre en Germania. Lo mismo que en la Galia, el proceso de convertir un territorio conquistado en provincia formal provocó una resistencia renovada. El líder rebelde más importante era un príncipe de los queruscos, llamado Arminio, que estaba sirviendo como jefe de un contingente de su tribu en el ejército romano. En un momento determinado del pasado, se le había concedido no sólo la ciudadanía romana, sino también el estatus de ecuestre, y era íntimo amigo del legado provincial, Publio Quinctilio Varo. La familia de éste último gozaba de una reputación militar hasta cierto punto cuestionable, pues tanto su padre como su abuelo habían dado su apoyo al bando perdedor en las guerras civiles y acabaron por quitarse la vida; pero se trataba de un hombre con experiencia que había servido previamente como gobernador de Siria, donde había reprimido una rebelión en Judea en el 4 a.C. Su nombramiento para el mando de Germania estaba de acuerdo con la tendencia de Augusto a fiarse fundamentalmente de su familia ampliada, pues estaba casado con una hija de Agripa.

A finales del verano del 9 d.C., Varo recibió informes de una revuelta y, lo mismo que había hecho en el 4 a.C., respondió a la tradicional manera romana, reuniendo su ejército y marchando inmediatamente contra el enemigo. La necesidad de reaccionar tan rápido como fuese posible a un levantamiento era considerada justificación suficiente para que un general romano se pusiera en marcha con una fuerza pequeña y escasa de suministros, formada por las únicas tropas que podían hallarse disponibles a la primera señal. Por el contrario, Varo debilitó su fuerza al despachar un buen número de pequeños destacamentos y marchó con un ejército entorpecido por un enorme convoy de bagajes, acompañado por una verdadera horda de seguidores de los campamentos y de las familias de los soldados. Abandonada por Arminio y sus exploradores germanos, la pesada columna se metió en una emboscada en una zona complicada de ciénagas y espeso boscaje, las colinas de Teutoburgo. Con ataques repentinos durante varios días, los guerreros de Arminio debilitaron la columna romana hasta que pudieron aplastar los últimos restos de ella. Acabaron con tres legiones —*Legiones XVII, XVIII* y *XIX*—, junto con seis cohortes de infantería auxiliar y tres *alae* de caballería. Varo hizo algo que ningún general romano hubiera hecho pues, desesperado, se suicidó antes de que finalizara la batalla. Las excavaciones realizadas en Kalkriese (cerca de la actual Osnabrück) han dejado al descubierto en los últimos años las pruebas macabras de la que probablemente haya sido la última acción importante librada por ese ejército. La mayoría de los pequeños destacamentos de tropas dispersos por la provincia sufrieron un destino similar los días siguientes. Unos pocos supervivientes consiguieron alcanzar el Rin, donde

las dos legiones que aún quedaban en la región esperaban ser atacadas en cualquier momento.[12]

El desastre de las colinas de Teutoburgo fue un golpe terrible para el anciano Augusto, quien se dejó crecer el cabello y la barba durante un mes en señal de duelo y se decía que vagaba por el palacio golpeando la cabeza contra las paredes y gritando: «¡Quinctilio Varo, devuélveme mis legiones!» Durante algún tiempo, el ejército se vio reducido a una fuerza de veinticinco legiones, y nunca volverían a utilizarse los números XVII, XVIII y XIX. Inmediatamente se envió a Tiberio a la frontera del Rin y se transfirieron todas las tropas disponibles de otras provincias para reforzar su ejército. Pronto habría ocho legiones y al menos otras tantas tropas auxiliares en las dos provincias de la Germania Inferior y la Superior recorriendo la ribera occidental del río. La esperada invasión germana no se materializó y los guerreros de Arminio siguieron evidentemente la práctica de la mayoría de los ejércitos tribales a lo largo de la historia y se dispersaron regresando a sus hogares para mostrar el botín y gozar de su gloria. Cuando se sintió lo suficientemente fuerte, Tiberio comenzó a enviar expediciones punitivas contra las tribus germanas. La reputación de invencibles que tenían los romanos se había visto sacudida por la derrota de Varo, y costaría varios años de dura campaña comenzar a restablecerla. En el 11 d.C., a Tiberio se le unió Germánico, que ya había ganado cierta experiencia a su mando en la rebelión panonia cuando tenía veintidós años. Augusto estaba ya muy anciano y, durante el 13 d.C., Tiberio regresó a Roma, para asistir al *princeps*, y para asegurarse de que, a su muerte, la sucesión siguiera un proceso sin sobresaltos. Germánico le sustituyó como comandante supremo en la frontera del Rin.[13]

Amotinamiento

Lo mismo que su padre, Germánico era enormemente popular tanto en el ejército como entre el pueblo de Roma, despertando un afecto que sería profundamente sentido hasta mucho después de su muerte. Sabemos que al menos una unidad auxiliar romana, y quizá todo el ejército, celebraba aún anualmente su cumpleaños a principios del siglo III d.C. Sofisticado, elegante, rubio, atlético —había trabajado especialmente duro para desarrollar las piernas que originalmente eran bastante delgadas—, sus maneras eran tranquilas y corteses. También al igual que su padre, Germánico llevó a su esposa y a sus hijos con él a su provincia. Su mujer era Agripina, hija de Agripa y de Julia, la hija de Augusto, y por tanto prima suya, pues la familia imperial estaba ciertamente inclinada a disponer los matrimonios

entre diferentes ramas de la familia extensa, con el fin de evitar que un número importante de personas ajenas a ella acabase unida al emperador por lazos de sangre. En muchos aspectos personificaba el ideal de matrona romana, colectivo muy celebrado en la propaganda de Augusto como virtuoso, trabajador incansable en la dirección del hogar y en el apoyo al marido en su carrera, y destinado a producir la próxima generación de ciudadanos romanos. La pareja tuvo ocho hijos, cifra muy por encima de la media en una época en la que las tasas de natalidad entre las familias senatoriales y ecuestres estaban en descenso, pero sólo sobrevivieron a la infancia seis de ellos, tres niños y tres niñas. El benjamín, Gaio, nació en el 12 d.C., y ya desde niño los padres le vestían con un uniforme de legionario hecho a medida. Los soldados le apodaron Calígula, o «botas pequeñas», por las botas militares claveteadas o *caligae*.[14]

La muerte de Augusto, acaecida el 14 d.C., conmocionó a todo el Imperio, pues la mayor parte de la población difícilmente podía recordar una época en que el *princeps* no estuviera presente. La incertidumbre se unió a una campaña prácticamente inactiva en aquel verano para producir motines en las legiones, primero en Panonia y, a continuación, en el Rin. Los soldados se quejaban de las elevadas deducciones en la paga, tanto las oficiales, para costear el uniforme, el equipo y las tiendas, como las extraoficiales, en forma de sobornos a los centuriones con el fin de evitar cansancios innecesarios. Con Augusto había finalizado prácticamente el proceso de convertir el ejército romano en una fuerza profesional. Al inicio de su principado, los legionarios debían servir durante dieciséis años, seguidos por otros cuatro más como veteranos, en los que se suponía que se hallaban exentos de realizar las tareas normales, pero aún se les exigía luchar. La casi constante situación de guerra de esas décadas condujo a la ampliación de esos plazos a veinte y veinticinco años respectivamente. El cambio originó resentimientos, especialmente porque a un buen número de hombres se les exigió un servicio aún más largo por las grandes crisis del 6 y el 9 d.C. En esos dos años, Augusto necesitaba soldados de una forma tan desesperada que volvió a implantar la conscripción, algo que era ya profundamente impopular, sobre todo en Italia. Suetonio nos cuenta que Augusto vendió como esclavo a un ecuestre que le había cortado los pulgares a sus hijos para que no pudieran sostener un arma y evitar así ser llamados a filas. La fuerza de las legiones aumentó al aceptar hombres reacios a servir o de una catadura que había sido rechazada siempre hasta entonces por los equipos de reclutamiento. Aún más crítico fue el hecho de que el Estado compró un gran número de esclavos y los liberó para convertirlos en soldados, repitiendo así los días desesperados de la Segunda Guerra Púnica. Aunque esos hombres recibieron la ciudadanía con su libertad, Augusto insistió en

que sirvieran en unidades específicas, las *cohortes voluntariorum civium Romanorum*, en lugar de en las legiones.[15]

El amotinamiento más grave se inició en el ejército de la Germania Inferior, mandado por Aulo Caecina, un oficial con mucha experiencia de aquéllos que, a menudo, parecían haber sido nombrados como subordinados principales de los miembros más jóvenes de la familia imperial. En esta ocasión, permaneció extrañamente inactivo, hasta que sus cuatro legiones —*I, V, XX* y *XXI*— se indisciplinaron por completo. El primer objetivo del resentimiento de los soldados lo constituyeron los centuriones, muchos de los cuales fueron detenidos y azotados. Germánico se encontraba en la Galia supervisando la recaudación de impuestos, pero se apresuró a regresar al campamento del ejército. Se le recibió con una parodia de la habitual parada de bienvenida a un comandante, y sólo con algunas dificultades consiguió imponer cierto orden, mientras los hombres le bombardeaban con quejas por el retraso de las licencias y las pobres condiciones con que se recompensaban sus leales servicios. Algunos de los soldados llegaron incluso a desear a gritos nombrarle emperador, en lugar de Tiberio. Sorprendido, Germánico trató de abandonar la asamblea y, cuando los soldados le bloquearon la salida, fue aún más lejos al desenvainar la espada y amenazar con darse muerte allí mismo si no volvían de inmediato a mantener la lealtad debida al emperador. Fue uno de esos gestos teatrales que utilizaban con frecuencia los senadores en el Foro o en el ejército, pero, en esta ocasión, el impacto conseguido fue ambiguo pues mientras algunos hombres intentaron arrebatarle el arma para que no hiciera tal cosa, al menos se sabe de uno que ofreció al general su propia espada, diciéndole que tenía un corte más afilado.

Se hicieron algunas concesiones que evitaron más violencias, pero varios senadores enviados por Tiberio a investigar las quejas de los legionarios fueron zarandeados sin miramientos y un antiguo cónsul escapó por poco a la muerte. Actuando a sugerencias de su *consilium*, Germánico decidió enviar a Agripina y a Calígula, que en aquel momento tenía dos años, a una de las ciudades más cercanas de la Galia para que estuvieran a salvo. Los legionarios romanos eran hombres duros, capaces en ocasiones de la crueldad más extrema, pero también eran a menudo profundamente sentimentales, y la visión de aquel lloroso grupo de refugiados abandonando el campamento desencadenó un cambio radical en sus posturas. Aprovechando ese cambio de actitud, Germánico volvió a dirigirse de nuevo a los soldados y, en esta ocasión, pudo exigir que trajesen a su presencia a los cabecillas, que se les condenara sumariamente y se les ejecutara. No obstante, y con el fin de evitar una reproducción del problema, expulsó también a cierto número de centuriones, a quienes se encontró culpables de cobrar sobornos a sus hombres.

Casi al mismo tiempo, se hizo una serie de concesiones, entre las que se incluía la desmovilización inmediata de aquéllos a quienes ya había vencido el tiempo de servicio y el retorno al modelo anterior de dieciséis años de servicio ordinario y cuatro más como veteranos. Parece ser que la reducción en el tiempo de servicio no duró mucho y pronto se volvió una vez más a un total de veinticinco años, pero, en otros aspectos, las quejas principales que habían provocado el motín recibieron una respuesta adecuada. Después de varias ejecuciones sumarias más y de alguna pelea en otro campamento, el motín del ejército de la Germania Inferior llegó a su fin. Al observar las consecuencias de este último incidente, se cree que Germánico afirmó: «¡Esto no fue un remedio, sino un desastre!» Después de conseguir la disciplina en todo su ejército —parece ser que los auxiliares no ciudadanos se mantuvieron leales en todos los lugares—, Germánico pudo ya dedicar su atención a los enemigos extranjeros.[16]

Se estaba ya al final del período de campaña estacional, pero, a pesar de ello, Germánico reunió una columna de castigo formada por elementos de las cuatro legiones recientemente amotinadas, que sumaban unos doce mil hombres, junto con veintiséis cohortes de infantería auxiliar y ocho *alae* de caballería. Después de cruzar el Rin, esta fuerza avanzó rápidamente contra los marsos. En lugar de seguir el camino normal, más fácil, de penetración en el territorio de la tribu, Germánico tomó una ruta más larga y menos conocida. A la cabeza iba la infantería auxiliar, marchando con toda rapidez y llevando únicamente su equipo, encargada de la tarea de encontrar y eliminar del camino cualquier elemento que lo obstruyera, y detrás avanzaba el cuerpo principal de las legiones con un pequeño convoy de bagaje. Los romanos se movían durante la noche, pues unos cielos claros y unas estrellas brillantes les permitían seguir el camino sin dificultades. La sorpresa se incrementó porque aquella noche los germanos se hallaban celebrando una festividad con gran algarada. Antes del alba, las tropas romanas rodearon varias aldeas marsias. Apenas se encontró resistencia cuando iniciaron el ataque y acabaron con sus ocupantes. Germánico dividió a continuación su ejército, creando grupos de combate más pequeños, cada uno de ellos basado en una de las cuatro legiones presentes, y los envió de manera independiente a devastar las tierras que se hallaban a unas cincuenta millas a la redonda. Las expediciones punitivas romanas eran, por lo general, de carácter brutal —en una ocasión, en el año 51 a.C., César dejó a todos enormemente sorprendidos al ordenar simplemente que no se incendiara ninguno de los edificios con los que se encontraran—, pero en esta ocasión fue incluso más feroz de lo normal. No se hicieron prisioneros y mataban, sin tener en cuenta edad ni sexo, a cualquier germano con el que se encontrasen. Por lo general, los romanos sentían un cierto respeto por

los centros religiosos locales, pero, de manera deliberada, las tropas destruyeron hasta los cimientos un importante santuario.[17]

Los romanos no tuvieron que hacer frente a ninguna oposición seria hasta que las columnas se reunieron e iniciaron el regreso al Rin, pues los ejércitos tribales ya habían tenido tiempo de reagruparse. Los marsos habían quedado tan desconcertados por el ataque que fueron incapaces de reaccionar, pero sus vecinos los bructerios, los turbantes y los usipetes reunieron un ejército y tomaron posiciones a lo largo de la ruta por la que se esperaba, lógicamente, que regresaran los romanos en el camino de vuelta. Germánico se enteró de sus intenciones e hizo maniobrar a su ejército para que formara un cuadrado vacío, con el convoy de bagajes, incrementado ahora por el peso del botín, en el centro, y las cohortes dispuestas a desplegarse rápidamente en orden de combate. En el momento en que los romanos llegaron a un lugar más estrecho, los germanos dispusieron una emboscada, dirigiendo su principal ataque contra la retaguardia. Según Tácito, Germánico galopó hasta donde se hallaban las tropas de la *Legio XXI Rapax* (o «codiciosa», en el sentido de codiciosa de gloria), que se encontraban en el ala izquierda, «gritándoles con grandes voces que había llegado el momento de enterrar para siempre la deshonra del motín. Ha llegado la hora de cargar y volver la vergüenza en gloria». Con enorme entusiasmo, las cohortes de esta legión hicieron retroceder a los germanos, infligiéndoles numerosas bajas. Escarmentados, los hombres de las tribus permitieron que la columna romana completara su marcha sin verse molestada. Germánico llevó a sus hombres a los campamentos de invierno de la Germania Inferior.[18]

La venganza de Roma, 15-16 d.C.

En muchos aspectos, las operaciones de los dos años siguientes fueron muy parecidas a la expedición punitiva contra los marsos, pero a una escala muy superior. La guerra se libró como venganza del desastre del 9 d.C. y, lo que era aún más importante, para restablecer aquel miedo profundo de las tribus germánicas al poder romano. Arminio fue el principal enemigo, pero el éxito de los queruscos animó a muchos otros pueblos a mostrarse abiertamente hostiles. Entre las tribus, el poder de los caudillos no era de ninguna manera absoluto y descansaba en su prestigio. Serían muchos los guerreros que elegirían seguir a un líder belicoso victorioso, pero no podía obligarles a hacerlo. Arminio no era la única figura importante entre los queruscos, y algunos otros príncipes se hallaban resentidos por su predominio actual. Por ello, el esfuerzo bélico de las tribus solía estar descoordinado y algunos grupos no reconocían la posición dominante de los

queruscos. Por tanto, Roma libró la guerra contra muy diferentes enemigos de manera simultánea, y hubo que convencer a cada uno de ellos de que la alternativa a la alianza y la paz con el Imperio era demasiado terrible de sobrellevar. En este momento, no parece que los romanos hubieran planificado la reocupación física de la provincia perdida al oeste del Elba. En la campaña estacional, los ejércitos romanos penetraban en Germania, devastaban las tierras (los romanos tenían un verbo, *vastare*, para esta acción) y derrotaban a todos cuantos se atrevían a oponérseles, pero, en otoño, regresaban siempre a las bases seguras del Rin. En ningún momento dejaban tras ellos guarniciones significativas, como había hecho siempre César, que durante sus campañas dejaba hibernando sus tropas en las zonas de la Galia recientemente conquistadas.

Germania difería también de la Galia en otros aspectos importantes. Eran extremadamente raros los asentamientos de cierto tamaño equivalentes a los *oppida* galos, pues la mayor parte de la población habitaba en aldeas diseminadas. César había llegado a obtener a menudo cantidades considerables de grano y otros víveres, suficientes para que su ejército pudiera abastecerse durante semanas, de las ciudades galas, ya fuere pidiéndoselos a las comunidades aliadas u obteniéndolos del enemigo por la fuerza. Germánico no podía esperar hacer lo mismo en la Galia, y, desde el momento en que la búsqueda de forraje frenaría la marcha de sus columnas y le obligaría a dejar pequeños destacamentos implicados en esa tarea, vulnerables a los ataques, se vio obligado a transportar con la columna casi todo lo necesario. Hay mucho de exageración retórica cuando Tácito pinta Germania como principalmente boscosa y pantanosa, pero era completamente cierto que la mayor parte de su territorio presentaba grandes dificultades para que lo atravesase un ejército numeroso. Incluso en primavera y verano había pocas rutas practicables para los carros que exigía un convoy de bagajes. Muchas de éstas eran pistas que las habían construido, y a menudo mejorado para levantar puentes y carreteras, ejércitos romanos anteriores que habían operado en la zona con Druso y Tiberio. Los ejércitos romanos hacían escaso uso de mapas en el sentido moderno del concepto, y tenían tendencia a pensar en términos de rutas hasta un lugar, pero en Germania había muy escasas opciones abiertas por la inexistencia de caminos alternativos. Ambos bandos lo sabían, y los germanos podían anticipar con frecuencia la dirección que tomaría el enemigo con tiempo suficiente para reunir un ejército en una posición favorable a la emboscada a lo largo de la ruta.

Reunir ejércitos tribales llevaba tiempo, pues los guerreros procedían de asentamientos diseminados y, además, al carecer de disciplina formal y despreocupados hasta cierto punto de la obediencia a los líderes, se movían con lentitud. Por tales razones, esas emboscadas a gran escala habitual-

mente tenían lugar (como sucedió en el 14 d.C.), cuando la expedición romana se hallaba de regreso a sus bases. Podía suceder también que la retirada romana después de un ataque se interpretara como una señal de precaución que animaba a los germanos. Lo mismo que todos los demás comandantes romanos que habían dirigido o dirigirían posteriormente ejércitos en este teatro de operaciones, Germánico tuvo que ser muy cuidadoso para equilibrar las fuerzas que comprometía en las expediciones punitivas. Si enviaba un número escaso de tropas, entonces se corría el riesgo de que fuesen destrozadas, en especial si penetraban profundamente en territorio hostil. Columnas numerosas necesitaban un convoy de bagajes considerable de animales de carga y de carros para transportar incluso la cantidad mínima de víveres y se movían lentamente de manera inevitable. Por esta razón, Tiberio había dedicado una cuidadosa atención a la carga de los carros de suministros en su expedición al otro lado del Rin. Un gran convoy de suministros hacía que la columna romana tendiera a extenderse por un área más amplia, especialmente si debía atravesar un paso o un camino estrecho, haciéndola más difícil de defender contra una emboscada.

El objetivo de los romanos era el de golpear tan rápido y tan duro como fuera posible, extendiendo la devastación y el terror por una zona extensa para retirarse, a continuación, sin sufrir un número significativo de bajas. Su intención consistía en convencer a cada una de las tribus que era vulnerable y que debía perder cualquier esperanza de detener un ataque si los romanos la elegían como blanco. La derrota de un ejército tribal en batalla, ya fuera a la ida o al regreso, podía añadirse a la impresión que provocaba el poderío militar romano, pero no era esencial. Lo vital era que los romanos no sufrieran nunca una contrariedad, aunque fuera pequeña, que pudiera animar a las tribus en el futuro.[19]

En la nueva campaña, Germánico planeó la utilización de los ejércitos tanto de la Germania Superior como de la Inferior, lo que suponía una fuerza de ocho legiones apoyadas por auxiliares. Desencadenó el ataque a comienzos de la primavera del año 15 d.C., golpeando con su fuerza principal de cuatro legiones y el grueso de los auxiliares contra los catos, al tiempo que Caecina se lanzaba con el resto del ejército contra los queruscos. El invierno había sido inusualmente seco y la columna principal pudo vadear con facilidad corrientes normalmente mucho más profundas. Quedó por detrás un destacamento para construir una carretera adecuada y puentes allí donde era necesario pasar por encima de las aguas. La sorpresa fue completa y muchos de los catos capturados o muertos, aunque el grueso de los guerreros cruzó nadando el río Eder. Bajo cobertura de la artillería ligera y de arqueros auxiliares, los legionarios lanzaron rápidamente un puente para cruzar el río y atacaron, dispersando esa fuerza. Los días

siguientes incendiaron el centro tribal de Mattium y devastaron las tierras de los alrededores. A continuación, Germánico se retiró, sin que nadie molestara lo más mínimo al ejército, pues los catos no estaban en disposición de reunir una fuerza y las acciones de Caecina habían evitado la intervención de los queruscos o los marsos.

Como cualquier otro de los buenos comandantes romanos, Germánico estaba siempre dispuesto a valerse de la diplomacia, junto con la fuerza, allí donde parecía posible que aquélla pudiera significar alguna ventaja. Enviada por Segestes, un viejo líder de los queruscos cuya influencia había quedado empequeñecida por la ascensión de Arminio, llegó una embajada pidiendo que se le protegiera de su rival. El mensaje del líder germano insistía en su pasada lealtad a Roma, en particular en su intento fallido de advertir a Varo de la revuelta planeada y de la traición de Arminio. Actuando de acuerdo con lo estipulado en estas primeras negociaciones, el ejército de Germánico en marcha recogió a Segestes y a su grupo. Algunos de los guerreros de este último, incluido su propio hijo, habían luchado contra Roma en el 9 a.C. e incluso traían con ellos trofeos arrebatados a los hombres de Varo. Las injurias pasadas se dejaron a un lado ante la ventaja política que se obtenía con la defección de un caudillo tan famoso. Tiberio concedió el perdón por todas las ofensas anteriores y entregó a los exiliados un lugar para vivir en el Imperio y una pensión vitalicia. Un miembro peor dispuesto del grupo era la hija de Segestes que, con anterioridad, había sido raptada y se había casado con Arminio, pero a la que, posteriormente, su padre había obligado a volver con él. Se hallaba ahora embarazada de un hijo de Arminio, que nacería y crecería en el exilio.[20]

Arminio estaba furioso, tanto por la deserción de aquéllos como por la pérdida de su esposa, y comenzó rápidamente a reunir un gran ejército, al que se le unió su tío, Inguiomero, otra de las figuras más poderosas de la tribu que, en el pasado, había sido considerado como pro romano. El prestigio combinado de ambos fue tal que numerosos grupos de guerreros de las tribus vecinas se unieron a los queruscos. Cuando a Germánico le llegaron informes de lo que estaba ocurriendo, se dedicó, junto con Caecina, a atacar las tribus consideradas partidarias del enemigo, y devastaron, en particular, el territorio de los brúcteros. En esas operaciones se recuperó el águila estandarte de la *Legio XIX*. Como no se encontraban demasiado lejos del lugar donde había ocurrido el desastre de Varo, Germánico decidió marchar hacia el paso de Teutoburgo para enterrar a los muertos. Caecina tomó la delantera para reconocer el terreno y levantar puentes allí donde fuese necesario y construir una vía para cruzar las zonas más pantanosas. Por algún tiempo siguieron la misma ruta del ejército anterior. Tácito nos ofrece una descripción conmovedora de lo que vieron:

El primer campamento de Varo, por lo dilatado de su perímetro y las medidas de su cuartel general, evidenciaba la presencia de tres legiones. Después, por una empalizada semiderruida y una fosa poco profunda, se intuía que allí se habían asentado sus restos, ya destrozados. Y en el descampado había huesos que blanqueaban, diseminados o amontonados, según hubieran caído huyendo o resistiendo. Junto a ellos se encontraban trozos de flechas, patas de caballo y cabezas clavadas en los troncos de los árboles; en los bosques sagrados cercanos, los altares bárbaros en los que habían sacrificado a los tribunos y a los centuriones de los primeros órdenes. Los supervivientes de aquel desastre, los que habían logrado escapar de la lucha o de ser apresados, iban refiriendo cómo cayeron los legados aquí, o cómo fueron robadas las águilas allá, dónde asestaron a Varo su primera herida, dónde encontró la muerte, víctima infeliz del golpe de su propia mano, desde qué tribunal arengó Arminio, cuántos fueron los patíbulos para los prisioneros, cuántas las fosas y cómo él se mofó en su arrogancia de las enseñas y de las águilas.

Y así aquel ejército romano, que se presentaba a los seis años del desastre, iba sepultando los huesos de las tres legiones, sin que nadie supiera si los restos que estaba dando a la tierra eran ajenos o eran de los suyos ... y dejándose llevar por un odio creciente contra el enemigo, tristes e irritados a un tiempo.[21]

Sobre la fosa común se levantó un túmulo de recuerdo. El propio Germánico extendió la primera capa de césped para mostrar su respeto por los caídos, y ello a pesar de que un acto de esa clase no era lo más apropiado, pues era miembro del colegio sacerdotal de augures, y los romanos tenían profundos tabúes que prohibían a esos sacerdotes entrar en contacto físico con los muertos. Después de completar su penosa tarea, el ejército avanzó contra Arminio. En un primer momento, los germanos se retiraron, pero la caballería auxiliar fue enviada un poco por delante de la columna principal, cayó en una emboscada y se vio obligada a huir. La infantería auxiliar, mandada en apoyo de aquélla, se vio acometida por el pánico y también se vio obligada a retroceder. La persecución de los germanos sólo pudo contenerse al llegar Germánico con las legiones y desplegarlas en orden de combate. Arminio no estaba dispuesto a arriesgarse a una batalla en gran escala y se retiró, satisfecho por el éxito ya alcanzado. Se estaba acabando la estación, y el comandante romano no deseaba correr el riesgo de retrasar el regreso a los campamentos de invierno a cambio de la posibilidad incierta de provocar y vencer en una batalla decisiva. Decidió retroceder, llevando él mismo la mitad del ejército por la ruta del norte, donde podía en ocasiones transportarse una parte por río o por mar, y envió a Caecina con las cuatro legiones restantes a lo largo del ca-

mino frecuentemente usado por el ejército en el pasado, conocido como el de los «puentes largos». Construido en origen por un ejército al mando de Lucio Domicio Ahenobarbo más de una década antes, estos caminos que cruzaban los pantanos se hallaban en muy mal estado de conservación y exigían alguna atención antes de que fuera seguro enviar por allí el convoy de los bagajes. Sin embargo, la noticia de que los romanos habían optado por esa ruta tan conocida le llegó muy pronto a Arminio, quien dirigió con toda rapidez a sus guerreros por otros caminos más cortos para llegar a los puentes antes que Caecina y tomar posiciones en los bosques y los terrenos elevados de su flanco.[22]

El comandante romano dividió a sus hombres en un destacamento dedicado a la reparación de los puentes y otro a la de los caminos, manteniendo algunas unidades en formación para cubrir a cada uno de los dos grupos de trabajo. A lo largo de todo el día se vieron molestados por los germanos quienes, principalmente, efectuaban escaramuzas a distancia pero, en ocasiones, cargaban a fondo cuando detectaban un punto vulnerable en las poco organizadas líneas romanas. No era un terreno adecuado a las operaciones de un ejército bien preparado y disciplinado, pero había algunas zonas de terreno abierto y sólido, donde las unidades podían operar en formación. La situación empeoró cuando algunos de los guerreros de Arminio represaron una corriente, dirigiéndola hacia la llanura ya medio inundada. Ligeros de equipaje, los germanos estaban mejor preparados en aquel terreno de marjales y se desenvolvían con mayor eficacia que los sobrecargados legionarios. Tácito afirma que las legiones estaban a punto de hundirse bajo la presión cuando cayó la noche y se dio por concluido el combate. Utilizando un recurso literario de primer orden que ha sido empleado, a menudo, por diversos autores a lo largo del tiempo —quizá el más famoso sea el *Enrique V* de Shakespeare—, compara a continuación el silencio de los insomnes romanos con la dedicación a la bebida y las baladronadas perfectamente audibles y procedentes del lugar de acampada de los germanos.

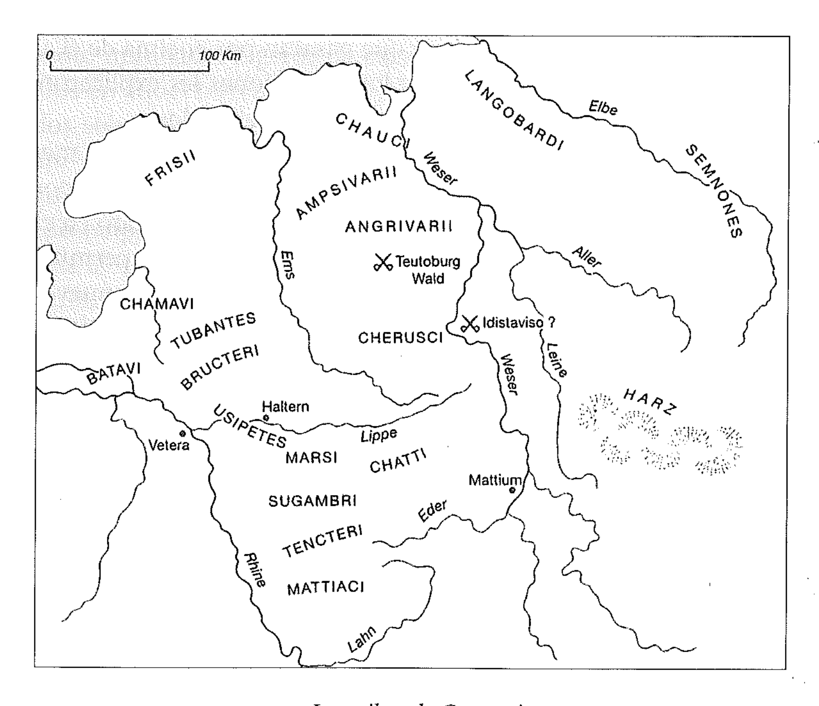
A la mañana siguiente, Caecina formó su ejército en cuadro con un espacio vacío en su interior que se empleaba a menudo en estas campañas, con la *Legio I* en la vanguardia, la *Legio V Alaudae* por la derecha, la *Legio XXI Rapax* por la izquierda y la *Legio XX* a retaguardia. Esperaba que pudiesen levantar una línea de combate suficientemente fuerte en medio de los terrenos pantanosos para cubrir el movimiento del convoy de bagajes y de los heridos al pasar los «puentes largos». Sin embargo, ya fuere por la confusión en las órdenes o, como apunta Tácito, debido al pánico, la *V Alaudae* y la *XXI Rapax* avanzaron demasiado rápido, sin formar en orden de batalla hasta haber pasado el terreno cenagoso y alcanzado una llanura

mucho más abierta. Ese movimiento dejó el convoy de bagajes indefenso cuando Arminio dirigió a sus hombres en un ataque masivo. La lucha fue confusa pues los germanos se lanzaron como un enjambre contra los carros y la columna en marcha. El caballo de Caecina cayó herido cuando éste trataba de poner algún orden en aquel caos, arrojando al suelo al anciano comandante, que contaba ya unos sesenta años. Sólo la rápida intervención de algunos soldados de la *Legio I* impidió que fuera muerto o cayera en manos del enemigo.

Finalmente, el grueso del ejército romano consiguió alcanzar el terreno abierto ya ocupado por las dos legiones que debían haber cubierto los flancos. Una vez allí, los hombres, cansados, se vieron obligados a trabajar varias horas para construir un terraplén y una empalizada básicos alrededor del campamento. La mayor parte de los bagajes habían caído en manos del enemigo, cuya preocupación por el botín había hecho mucho por permitir la huida de la fuerza principal. Aquella noche, muy pocos de los heridos contaron con vendas o medicinas adecuadas y casi ninguno de los soldados con tiendas para poder dormir. Cuando un caballo rompió las riendas que le sujetaban y recorrió galopando el campamento, una multitud de hombres atemorizados se lanzó presa de pánico y a toda prisa hacia las puertas, creyendo que la posición estaba siendo invadida por el enemigo. Caecina sólo consiguió detener a sus hombres arrojándose él mismo al suelo en la puerta abierta y desafiándoles a que pasaran por encima de él aplastándole. A continuación, los tribunos y los centuriones les explicaron con todo detalle lo que había sucedido y consiguieron calmarlos.

Arminio e Inguiomero parecían tener el ejército romano a su merced, atrapado en un territorio difícil y agotado después de varios días soportando emboscadas tal como les había sucedido a los hombres de Varo en el año 9 d.C. Sin embargo, mientras que Arminio estaba pensando en permitir que Caecina abandonara el campamento y se pusiera en marcha de nuevo hasta llegar a un terreno cerrado para desencadenar un ataque, su tío estaba convencido de que ya habían vencido. Su sugerencia de que las bandas de guerreros cercaran el campamento romano y desencadenaran un asalto directo fue bien recibida por los demás caudillos. Esto era lo que Caecina había esperado que hicieran y para lo que se había preparado adecuadamente. Sus hombres se hallaban en formación y dispuestos a efectuar una salida por cada una de las cuatro puertas del campamento, dirigido el ataque por un piquete compuesto por los soldados más valientes y montados a la vista de todos en los caballos del propio comandante en jefe y de los oficiales principales. En una situación tan desesperada, Caecina quería que se supiera que no saldría galopando ni abandonaría a sus hombres a su suerte, sino que compartiría su destino.

Los legionarios se hallaban sometidos a un férreo control cuando la luz del amanecer reveló que un denso anillo de guerreros germanos avanzaba al ataque. Caecina les permitió que se acercaran bastante, esperando que esa evidente desgana de los romanos a salir y luchar reforzaría el desprecio que por ellos sentían los bárbaros. Sólo en el último momento ordenó a las legiones una carga fuera del campamento, haciendo sonar las trompetas y lanzando los soldados sus gritos de ánimo. Casi de inmediato, aquella enorme confianza del enemigo se vino abajo, extendiéndose rápidamente el pánico entre sus filas. La llanura abierta permitió a los romanos obtener ventaja de su superior preparación y equipo ante los que no huyeron de inmediato. Las bajas entre los germanos fueron elevadas, incluido Inguiomero que quedó gravemente herido, cuando los romanos se dedicaron a perseguirlos lo que quedaba del día. La columna romana no recibió ya ataque alguno en el resto del camino hasta alcanzar el Rin. No obstante, antes de que llegaran los hombres de Caecina, se habían extendido rumores de un desastre, lo que había provocado el pánico entre los comandantes de las guarniciones de frontera. Se dijo que sólo la intervención de Agripina, la esposa de Germánico, evitó la destrucción del puente que cruzaba el río en Vetera (la actual Xanten). Ella se encontraba también allí para recibir a la columna de regreso, distribuyendo ropas entre quienes las habían perdido y cuidándose de los heridos.[23]



Las tribus de Germania

El viaje de regreso de la mitad del ejército que dirigía el propio Germánico no estuvo tan pleno de incidentes, aunque una sección de esa fuerza debió soportar una situación de considerable dureza y algunas bajas cuando la llanura costera por la que avanzaba —aproximadamente en lo que hoy sería la costa septentrional de Holanda— quedó inundada por una marea excepcionalmente viva. Este incidente, junto con la retirada problemática de la columna de Caecina, redujo el impacto de los éxitos de aquella campaña estacional pues dejó al descubierto que los romanos no eran invencibles. Arminio no consiguió nunca una victoria importante, pero evitó siempre una derrota decisiva y su prestigio creció en consonancia con ello. Germánico decidió entonces que, al año siguiente, trataría de buscar una confrontación directa con el caudillo germano. En esta ocasión, las ocho legiones pelearían formando una única fuerza. Con este fin, pasó los meses de invierno preparándose, reconstruyendo el ejército. Las provincias occidentales del Imperio, en especial España y la Galia, rivalizaron entre sí para enviar cereales y sustituir las monturas y los animales de tiro del ejército, aunque Germánico sabía muy bien que la sangría que supusieron las largas guerras en Germania había colocado aquellas regiones al límite de sus recursos. Todo ello hacía imperativo un éxito importante (y esperando que fuera definitivo), en la siguiente campaña.

Se decidió trasladar el mayor número de fuerzas posible por mar, navegando a lo largo de la costa del mar del Norte, más allá de las islas Frisias, con el fin de desembarcar bien entrados en territorio enemigo. Para ello, una buena parte del ejército se dedicó a la tarea de construir casi un millar de lanchas que añadir a las flotas que ya operaban en el Rin. Continuó la campaña diplomática para ganarse a los caudillos germanos, consiguiendo la deserción al Imperio de Segimero, el hermano de Segestes, y de su hijo. Éste no sólo había luchado contra Roma en el año 9 d.C., sino que se creía que había deshonrado el cadáver de Varo, pero una vez más, los beneficios inmediatos que se obtenían recibiendo a los desertores del enemigo pesó más que la ira romana. Además de esos preparativos prácticos, Germánico dedicó una atención especial a la salud y la moral de sus hombres, visitando personalmente los hospitales de los cuarteles de invierno, hablando con los soldados uno a uno y alabando sus acciones de valor.[24]

En la primavera del 16 d.C., el ejército se reunió con la flota en territorio de los bátavos, una tribu que ocupaba la «isla» situada entre el Rin y el Waal, y que proporcionaba un gran número de auxiliares al ejército romano. Los bátavos eran una rama de los catos que habían cruzado el Rin y se habían asentado allí después de una disputa interna. Antes de iniciar la campaña principal, Germánico envió a una pequeña columna volante a que atacara a sus parientes, los catos. Al mismo tiempo, llegaron noticias de que

un fuerte levantado cerca del lugar del desastre de Varo estaba siendo atacado, por lo que envió seis legiones a liberarlo. Ninguna de estas operaciones acabó en un combate de importancia, pero Germánico se enteró de que los miembros de las tribus habían destruido el túmulo erigido sobre la fosa común de los soldados de Varo y un altar y un monumento cercanos que había levantado su padre décadas antes. Parece ser que esos símbolos del poder romano los habían visto los guerreros locales como profundamente humillantes. Germánico volvió a levantar el altar pero no quiso reparar el túmulo funerario.[25]

Tras marchar al encuentro de la flota, el ejército romano embarcó y navegó a lo largo de la costa hasta el estuario del río Ems. Desembarcaron en la ribera occidental, lo que significó un retraso mientras las legiones construían un puente para cruzar el río, dando así tiempo a que Arminio reuniera su ejército. La noticia de una revuelta entre los angrivarios condujo al rápido despacho de una columna que se dedicó a arrasar su territorio como castigo inmediato. A continuación, Germánico avanzó hasta el Weser donde se encontró con el ejército germano reunido en la ribera oriental. Tácito nos cuenta la historia de que Arminio convocó a una reunión a su hermano Flavo, que había permanecido leal a Roma y que aún servía como comandante de una tropa de auxiliares. Se dice que ambos discutieron, gritándose cada uno desde una orilla del río, y que compararon su suerte, pero es más que posible que se trate simplemente de una invención retórica o, al menos, de una exageración de un incidente real. Reacio a lanzar un ataque directo al otro lado del río hasta que asegurara una posición y diera tiempo a las legiones a construir varios puentes, Germánico envió al otro lado a una fuerza de caballería auxiliar que atravesó por un vado. Iba con ella Chariovalda, el caudillo guerrero (o *dux*) de los bátavos, junto con sus hombres. En un primer momento las cosas fueron muy bien, pero los bátavos cayeron en una emboscada de los queruscos y se vieron rápidamente rodeados, formando sus guerreros un círculo de escudos encarados al exterior en un episodio ajustado a la tradición más heroica de la guerra entre tribus. Después de algún tiempo, Chariovalda lanzó un ataque para romper el cerco, pero cayó muerto en la acción. El resto de sus hombres se salvó cuando la caballería romana vino en su ayuda.[26]

Los días siguientes, el resto del ejército romano pudo cruzar el Weser. Los exploradores informaron que Arminio se había retirado a una posición desde la que pensaba presentar batalla, cerca de un bosque sagrado y dedicado a un dios al que los romanos equiparaban a Hércules. Un desertor afirmó que el caudillo germano pensaba lanzar un ataque nocturno contra el campamento romano, pero no pudo efectuarlo al advertir que las legiones se hallaban en alerta. Anteriormente, esa misma noche, se cree que Ger-

mánico se disfrazó con una capucha de piel de animal, probablemente como aquellas que llevaban los portaestandartes, y se dedicó a vagar por entre las líneas de tiendas, confiando en comprobar así cuál era la moral de los soldados. (Directa o indirectamente, es probable que ese incidente haya servido de inspiración al parecido episodio que aparece en el *Enrique V* de Shakespeare.) Escuchando sin darse a conocer las conversaciones que tenían lugar alrededor de los fuegos del campamento, se cree que el comandante romano, de treinta y un años, quedó asombrado por el afecto que le profesaban sus hombres y por la confianza que tenían depositada en él. Se sintió todavía mejor cuando un guerrero germano que hablaba latín —aprendido quizá cuando hacía el servicio como auxiliar— se acercó cabalgando hasta la empalizada y lanzó una invitación a la deserción, prometiendo a quien lo hiciera tierras y una esposa, junto con veinticinco denarios al día mientras durara la guerra. Si se tiene en cuenta que el salario anual de un legionario era sólo, en ese momento, de doscientos veinticinco denarios, se trataba de una oferta enormemente atractiva. Sin embargo, los soldados se sintieron insultados ante el pensamiento de que podían traicionar a su grupo, y declararon a voces que eso era un buen augurio, afirmando que su significado no era otro que el de que las tierras y las mujeres germanas estaban allí para que las tomaran.[27]

A la mañana siguiente el comandante se dirigió a su ejército, aunque como se hallaban presentes las ocho legiones y sus auxiliares, es muy probable que él mismo o sus oficiales fueran repitiendo el discurso por grupos más pequeños. Según Tácito, les dijo que:

> no sólo el terreno raso resulta a los soldados romanos bueno para la lucha, sino también, si se emplea una buena táctica, las selvas y fragosidades; y es que, afirma, los inmensos escudos de los bárbaros y sus enormes lanzas no se manejan entre troncos de árboles y ramajes que salen del suelo del mismo modo que los *pilum, gladius* y las armaduras ceñidas al cuerpo. Han de multiplicar los golpes y buscar los rostros con las puntas de las armas, pues los germanos no tienen coraza, ni casco, ni tan siquiera escudos reforzados con hierro o cuero, sino tejidos de mimbres y endebles tablas pintadas de colores. A lo sumo, tan sólo la primera fila lleva lanzas, los demás sólo disponen de armas cortas o aguzadas al fuego. Si bien, añade, su cuerpo es de aspecto terrible y eficaz para el combate corto, no tienen ninguna resistencia a las heridas.[28]

Encorajinados por aquella manera de denigrar al enemigo y ante la promesa de que la victoria pondría fin a su tarea, los soldados le corearon con entusiasmo, antes de que finalizara el desfile y que el ejército saliera para desplegarse en orden de combate. Arminio, Inguiomero y el ejército

germano les esperaban en una llanura boscosa, apoyada en un terreno elevado cercano al Weser. El lugar se conocía con el nombre de Idisiaviso, pero nunca ha sido identificado con precisión. Arminio y la mayor parte de los queruscos se encontraban en la reserva —un sutil refinamiento muy poco habitual en un ejército tribal—, en aquel terreno elevado. El ejército romano avanzó hasta el campo de batalla en una formación que podía adoptar rápidamente un orden de combate. Tácito nos dice que los romanos marcharon con los auxiliares galos y germanos, apoyados por arqueros a pie, al frente, seguidos por cuatro legiones, junto con el propio Germánico y con dos cohortes de la guardia pretoriana (el cuerpo de guardia de élite imperial) y la caballería selecta. Por detrás seguían las otras cuatro legiones con la infantería ligera y los arqueros a caballo en retaguardia. No se sabe con certeza cuál era la formación de cada sección; por ejemplo, si cada grupo de cuatro legiones se hallaba desplegado en la formación en cuadro con un espacio en su interior, utilizada tan a menudo en estas campañas. Al inicio de la batalla, Germánico afirmó haber visto ocho águilas volando en la misma dirección del avance romano, y anunció a sus hombres que se trataba de un augurio de victoria.

El relato que Tácito hace de la batalla no permite reconstruir con claridad la secuencia de los acontecimientos. En contra de las órdenes de Arminio, parece ser que algunos de los queruscos se lanzaron al ataque de inmediato, y fueron muy pronto cogidos por el flanco y la retaguardia por unidades de la caballería auxiliar. La infantería romana presionó asimismo fuertemente hacia adelante, haciendo retroceder a los miembros de las tribus. El propio Arminio dirigió una carga contra los arqueros de la vanguardia del ejército romano, y sólo pudo detenerle la infantería pesada auxiliar. Casi aislado, se embadurnó la cara con su propia sangre para evitar ser reconocido y huyó gracias a la calidad de su caballo. Se rumoreó que le dejaron escapar los auxiliares germanos de los caucos. Después de una lucha durísima, el ejército germano fue puesto en fuga y sufrió numerosas bajas. Algunos guerreros se ahogaron o fueron alcanzados cuando trataban de cruzar el Weser a nado, otros fueron cazados por los arqueros cuando intentaban esconderse entre las ramas de los árboles. Las bajas romanas fueron extraordinariamente escasas, aunque Tácito no ofrece cifra alguna. Después de la batalla, el ejército desfiló y aclamó a Tiberio como *imperator*, pues cualquier victoria, incluso aquella que había sido ganada por su hijo adoptivo, se atribuía siempre al *princeps*. Se levantó un trofeo con las armas capturadas y se inscribieron en él los nombres de las tribus derrotadas.[29]

Furiosos por este símbolo visual de su derrota, los miembros de las tribus comenzaron a incordiar a la columna romana cuando se retiraba. Una vez más reunieron un ejército y tomaron posiciones en un lugar que

se hallaba en el camino seguido por los romanos, cerca de un muro que señalaba los límites de las tierras de los angrivarios. Próximo a éste había bosques y tierras pantanosas que flanqueaban una estrecha llanura saturada de agua. La infantería germana se ocultó cerca del muro, mientras que la caballería quedaba bastante atrás en la zona boscosa, dispuesta a atacar la retaguardia de la columna romana. Los romanos conocieron la presencia del enemigo y Germánico decidió que conseguiría ventaja si trababa otro combate masivo. Dejando a la caballería para que cubriese el terreno abierto, dividió la infantería en dos fuerzas, una de ellas para atacar el muro y la otra la zona de bosque cercana al camino principal. El propio comandante dirigió el asalto a la fortificación, pues consideró que era el área mejor defendida.

El primer ataque apenas abrió camino, sufriendo bajas cuando los soldados trataban de superar aquel muro de hierba apelmazada. Germánico ordenó entonces la retirada y, a continuación, llamó a los honderos y especialistas en escaramuzas para bombardear a los defensores. La artillería ligera (los escorpiones) seleccionaba a los guerreros más destacados y arrojaba sus proyectiles a una distancia muy superior a la que podría alcanzarse a mano y con una fuerza tal que no había escudo ni armadura defensiva que pudiera detenerlos. Obligados a mantenerse escondidos por miedo a estas armas, los defensores no fueron capaces de responder con eficacia —al parecer los arqueros eran raros en los ejércitos germanos— y un segundo ataque acabó en la toma de la empalizada. Germánico marcó el camino con las dos cohortes pretorianas mientras los romanos marchaban hacia la zona boscosa para obtener ventajas de aquel avance. Se había quitado el casco para que sus hombres le reconocieran con mayor facilidad. La lucha se hizo más dura, pero parece ser que los romanos se las arreglaron mejor con la visibilidad restringida del bosque que sus adversarios, que tenían verdaderos problemas para sacar provecho de su superioridad numérica. El liderazgo de Arminio pareció más aletargado, y Tácito especula con que quizá fuera el resultado de la herida que había recibido en la última batalla. Casi al final del día, Germánico retiró una legión para que iniciara la construcción del campamento. Una vez más, se infligieron numerosas bajas al enemigo y volvió a erigirse otro trofeo para conmemorar la victoria.[30]

Era ya el final del verano y momento, por tanto, de regresar a las provincias fronterizas. El grueso del ejército romano se retiró siguiendo la misma vía por la que había venido, embarcándose y navegando por la costa del mar del Norte. Una gran tormenta dispersó la flota, arrojando varios barcos a las costas de Britania y hundiendo algunos. En el regreso —en un determinado momento se encontró solo con un barco y desembarcó en territorio de los caucos aliados—, Germánico organizó a toda prisa alguna ex-

pedición de castigo para demostrar que el ejército romano era aún formidable. Atacó de nuevo a los catos y a los marsos, y en el ataque a estos últimos se recuperó otra de las águilas perdidas en el epidodio de Varo.[31]

Regreso y muerte misteriosa

A finales del 16 d.C., Tiberio pidió a Germánico que regresara a Roma, donde celebró un triunfo sobre los germanos. Se ordenó a dos cohortes de la guardia pretoriana que salieran a recibirle con uniforme de gala, pero era tal su popularidad que, en aquel acontecimiento, las nueve cohortes de la guardia insistieron en tomar parte como señal de respeto. Tácito afirma que Germánico rogó que se le prorrogara el mando un año para completar la victoria. Puede ser que se tratara de un rumor oficialmente aceptado, con el que se quería demostrar que Roma podía haber alcanzado fácilmente una victoria completa solamente si se lo hubiera propuesto. Pronto Germánico fue enviado a Siria para supervisar las provincias orientales, pues podían presentarse problemas con los partos a propósito de Armenia.

No puede asegurarse con certeza cuál fue la actitud de Tiberio para con su hijo adoptivo. Los rumores sostienen que envidiaba a su rival potencial, recordando la oferta de los amotinados en el 14 d.C. de convertir al joven y popular comandante en emperador. El papel público adoptado por Agripina en el cuidado de los soldados y el hecho de vestir a su hijo con un uniforme a su medida parecían indicar el deseo de ganarse la lealtad de las tropas. Se llegó a decir que al legado imperial enviado para gobernar Siria, Cneo Calpurnio Pisón, se le había ordenado que observara y dificultara la labor de Germánico. Ciertamente, hubo profundas fricciones entre los dos hombres, que acabarían con la despedida de Pisón. Poco después, Germánico cayó enfermo y murió en medio de rumores de envenenamiento y afirmaciones de que Pisón o Tiberio eran los culpables. Aquél trató de recuperar su provincia y reasumir el mando, ganándose algunas tropas para su causa antes de ser derrotado. Posteriormente fue sometido a juicio en el Senado y se suicidó poco antes de que se emitiera un veredicto de culpabilidad. La reacción popular ante las noticias de la muerte de Germánico fue enorme y testimonia el gran afecto que sentían por él. Su cadáver se trasladó a Roma en medio de gran ceremonial.[32]

En la actualidad, es imposible afirmar si Tiberio estaba celoso de Germánico y si este último fue, de hecho, asesinado. Es, no obstante, cierto que, en los años siguientes, envió al exilio o ejecutó a Agripina y a sus dos hijos mayores. El régimen augusto se presentaba a sí mismo como una modificación de la República tradicional, pero, a pesar de su fachada, fue ya desde un

principio una monarquía, y ha habido pocos monarcas que no albergaran sospechas de la presencia de rivales, reales o imaginarios. En Roma, la reputación del emperador descansó sobre todo en el éxito continuo de sus ejércitos, pero era vital que nadie, ni siquiera un pariente, ganara por sí mismo demasiada gloria militar. Las nuevas condiciones del Principado ofrecieron a algunos miembros de la familia imperial grandes oportunidades de ejercer el mando militar a una edad muy temprana, pero eso no les liberaba por entero de la sospecha de conspirar contra el emperador.

Por extraña coincidencia, el año 19 d.C. fue también testigo de la muerte del gran adversario de Germánico, Arminio, a quien asesinaron sus caudillos cuando consideraron que su poder había crecido demasiado. A comienzos de ese mismo año, Tiberio había rechazado la oferta de un noble querusco de asesinar al jefe guerrero, declarando que Roma no tenía por qué emplear esos métodos tan poco honorables. Claramente, las victorias de Germánico se habían considerado venganza suficiente por el suceso de Teutoburgo y ya no se consideraba al caudillo germano una amenaza, puesto que otras guerras romanas —en especial la librada contra Yugurta— habían concluido con actos de traición parecidos. Entre los pueblos tribales, el poder siempre era precario y quizá Tiberio confiaba simplemente en ello para eliminar a Arminio llegado el momento, como de hecho sucedió. Arminio había alcanzado éxito allí donde otros, como Vercingetórix, habían fracasado, al rebelarse contra Roma sin resultar vencido por ella. El tributo que le dedica el historiador Tácito a principios del siglo II d.C., ciertamente es bien merecido:

> Auténtico liberador de Germania, que provocó no al pueblo romano de la primera época como habían hecho otros reyes y caudillos, sino a su poderosísimo imperio; obtuvo resultados inciertos en las batallas, pero no fue vencido en la guerra. Su vida duró treinta y siete años, estuvo doce en el poder y es cantado aún entre los pueblos bárbaros.[33]

NOTAS

1. Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 129. 2.
2. Sobre la ascensión de Augusto y la creación del Principado, véase R. Syme, *The Roman Revolution*, 1939.
3. Augusto y los soldados, en Suetonio, *Augustus* 25; para el ejército en este período en general, véase L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, 1984, pp. 132-171.
4. Para Craso y los *spolia opima*, véase Dión 51. 24.
5. Suetonio, *Claudius* 1.
6. Suetonio, *Tiberius* 18-19, Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 113. 1-115. 5.
7. Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 104.4.

8. Suetonio, *Caius* 23.
9. Véase M. Todd, *The Early Germans*, 1992; para la posición estratégica en la frontera del Rin en este período, véase C. Wells, *The German Policy of Augustus*, 1972.
10. Sobre la presentación que César hace de los galos, véase K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, 1998, y especialmente los artículos de Barlow, «Noble Gauls and their other in Caesar's propaganda», pp. 139-170, y L. Rawlings, «Caesar's portrayal of the Gauls as Warriors», pp. 171-192.
11. Sobre la derrota de la *V Alaudae*, véase Dión 54. 20, Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 106. 1; para las campañas en general, véase Wells (1972); la decisión de Tiberio de dividir su ejército en Panonia, en Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 113. 1-2.
12. Veleio Paterculo, *Roman History* 2. 117. 1-119. 5, Dión 56. 18-22.
13. Dión 56. 23-24, Suetonio, *Augustus* 23.
14. La celebración del cumpleaños de Germánico por una unidad de la tercera centuria del ejército, en R. Fink, *Roman Military Records on Papyrus*, 1971, nº 117; Suetonio, *Caius* 5, 9.
15. Suetonio, *Augustus* 24-25.
16. Tácito, *Annals* 1. 16-45, 48-49; «no un remedio, sino un desastre», 1. 49.
17. César, *Bellum Gallicum* 8. 3.
18. Tácito, *Annals* 1. 50-51.
19. Un examen del arte de la guerra de Germánico, en A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, 1996, pp. 42-53; para los objetivos y métodos de las expediciones punitivas romanas, véase *ibid.*, pp. 95-105.
20. Tácito, *Annals* 1. 55-58.
21. Tácito, *Annals* 1. 61-62.
22. Tácito, *Annals* 1. 59-63.
23. Tácito, *Annals* 1. 63-69.
24. Tácito, *Annals* 1. 70-71.
25. Tácito, *Annals* 2. 5-8.
26. Tácito, *Annals* 2. 9-11.
27. Tácito, *Annals* 2. 12-13.
28. Tácito, *Annals* 2. 14.
29. Tácito, *Annals* 2. 14-18.
30. Tácito, *Annals* 2. 19-22.
31. Tácito, *Annals* 2. 23-26.
32. Suetonio, *Caius* 2, 4-6.
33. Tácito, *Annals* 2. 88.

CAPÍTULO 11

UN LEGADO IMPERIAL: CORBULÓN Y ARMENIA

Cnaeus Domitius Corbulo (muerto en el 67 d.C.)

Domicio Corbulón solía decir que el enemigo había sido conquistado con el azadón.[1]

En definitiva, el poder de Augusto y de sus sucesores descansaba en el control que ejercían sobre el ejército. Un emperador necesitaba habilidad política para calmar al Senado y evitar que el descontento popular se convirtiera en una amenaza, pero nada de eso importaba si sus generales eran capaces de emular a Sila o a César y emplear las legiones para abrirse camino hasta conseguir el poder supremo. Augusto pudo confiar en su extensa familia para librar las guerras más importantes de su principado, pero fueron muy pocos los sucesores que pudieron obrar de igual manera. En un primer momento, Tiberio empleó a Germánico y a Druso el Joven en papeles similares, pero después de sus muertes, acaecidas en los años 19 y 23, respectivamente, no hubo nadie para sustituirles en los catorce años que le quedaban de reinado. Calígula, Claudio y Nerón no tenían parientes masculinos adultos para llevar a cabo las guerras en su nombre (y probablemente no hubieran confiado en esas personas si hubieran existido). Al contrario que Augusto y Tiberio, que habían efectuado campañas militares con gran éxito, sus tres sucesores no contaban con experiencia militar, siendo por tanto muy reacios a permitir que cualquiera de sus generales alcanzara una reputación distinguida o se ganara el afecto de sus tropas.

Un emperador no podía permitirse el lujo de verse superado en excelencia por un senador, y menos aún en el campo de las empresas militares que continuaban siendo de importancia capital para la aristocracia romana. Además, era de las filas del Senado donde el *princeps* conseguía la in-

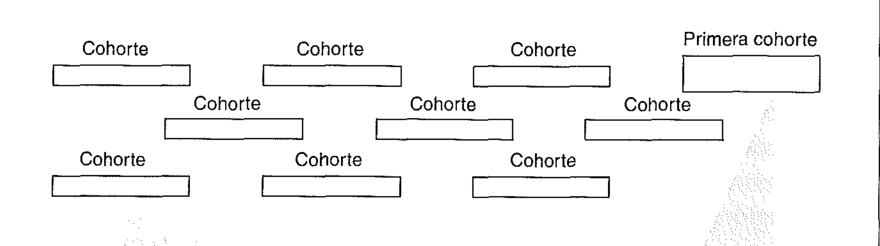
mensa mayoría de las personas que gobernarían las provincias y mandarían las legiones estacionadas en ellas. Los senadores estaban considerados —y no sólo por ellos mismos— como los hombres más adecuados para realizar esas tareas, pero también era importante darles ocasión de ganar fama y distinción siguiendo los caminos tradicionales. Un buen emperador se aseguraba que a los miembros del Senado se les ofrecieran tareas de suficiente importancia, animando a esa institución a aceptar su gobierno y reduciendo así el riesgo de la aparición de conspiraciones en su contra. Lo ideal era la existencia de una relación de beneficio mutuo entre emperador y senadores, pero ésta contenía siempre un elemento de riesgo pues podía darse el caso de que uno de estos últimos alcanzase un poder excesivo y se convirtiera en un rival del trono. Se decía que Tiberio había comparado la tarea del emperador a la acción de «coger un toro por los cuernos», en buena medida por esa difícil relación.[2]

Prácticamente todos los ejércitos romanos del Principado eran mandados por senadores, lo mismo que había sucedido durante la República, pero esos generales operaban ahora en un medio profundamente distinto. Esta nueva situación quedaba reflejada de manera palpable en su título, pues ahora habían dejado de ser procónsules o propretores para convertirse en legados o representantes del emperador. Excepto una, todas las legiones del tiempo de Augusto se hallaban estacionadas en provincias controladas por el emperador, en un acuerdo que recordaba el gobierno indirecto de las provincias españolas por Pompeyo después de su segundo consulado. (La excepción la constituía la legión estacionada en África, que estaba controlada por un procónsul. Este acuerdo prescribió en el reinado de Tiberio.) El emperador poseía un *imperium* superior a los demás procónsules (*maius imperium proconsulare*), aunque este principio básico del régimen de Augusto raramente se mencionaba en público y nunca se mostraba en la misma forma que sus demás títulos, siendo el más notable de ellos su posesión de los poderes de tribuno de la plebe (*tribunicia potestas*). El representante del emperador colocado a cargo de una de las provincias llevaba por título el de *legatus Augusti pro praetore*, y su *imperium* era delegado, no por derecho propio. Los soldados pronunciaban y renovaban regularmente un juramento de lealtad al emperador, y no como en los viejos tiempos el de obedecer a su general así como al Senado y al Pueblo de Roma; y era en nombre del emperador que recibían su paga y cualquier otra condecoración o recompensa. Además de los otros estandartes, ahora cada unidad del ejército llevaba una *imago*, con el busto del *princeps* como recordatorio adicional de quién era el señor de aquellos hombres.

En el principado, la carrera senatorial siguió su camino por la vía tradicional, incluyendo un abanico de puestos civiles y militares. Cuando se

hallaba próximo a la veintena, un hombre servía habitualmente como tribuno principal (*tribunus laticlavius*) de una legión entre uno y tres años. Los otros cinco tribunos (*tribuni angusticlavii*) de cada legión eran miembros del orden ecuestre que seguían una planificación en su carrera algo diferente, pues suponía el mando de unidades auxiliares. A comienzos de la treintena, un senador podía llegar a obtener el cargo de legado con mando en una legión. (Con Augusto, el nombramiento *ad hoc* de oficiales al mando en estas unidades, habitual en la época de César, se había convertido en un puesto formal: el *legatus legionis*.) Como promedio, un legado legionario servía en el cargo unos tres años. Finalmente, cuando alcanzaba la cuarentena podía llegar a ser un *legatus Augusti pro praetore*, al mando de una provincia, lo que incluía el control de hasta tres, e incluso en algunos casos cuatro, legiones. El tiempo en este cargo variaba considerablemente, aunque el promedio volvía a ser de tres años, y a algunos hombres se les podía conceder un segundo período de mando en otra provincia.

Si se plantea en términos del amplio abanico de puestos diferentes que podían conseguirse en una carrera, y también en la capacidad relativamente limitada para conseguir experiencia militar, la diferencia entre la República y el Principado era muy escasa. Sin embargo, allí donde en la primera el éxito derivaba de la victoria en las elecciones y de conseguir influencia en el Senado, ahora dependía del favor del emperador. Y no sólo eso, pues en todos los cargos militares, especialmente en los que significaban el mando de una legión o de una provincia entera, se encontraban hombres del emperador y no agentes libres. César parece haber reflejado una creencia ampliamente extendida cuando afirmó que la libertad de acción de un legado era considerablemente inferior a la que disfrutaba el comandante del ejército. Bajo el Principado, aún se dio un paso más y las actividades de los legados provinciales estaban mucho más estrechamente controladas y reguladas que las de los gobernadores bajo la República. Todo ello afectó no sólo a las ocasiones en las que se les permitía declarar la guerra, sino también en la manera de hacerlo. Según Suetonio, Augusto «creía que no había nada menos apropiado para un general que la prisa y la imprudencia, y, por ello, utilizaba a menudo estas expresiones: "Más prisa, menos velocidad"; "mejor un comandante seguro que uno alocado"; y "se hace suficientemente rápido aquello que está bien hecho"».[3] Un legado nunca debería asumir riesgos con el fin de obtener una victoria rápida antes de que llegara su sustitución, sino que debía actuar a favor de los intereses principales del emperador. Cada hombre recibía instrucciones (*mandata*) del *princeps* y, aunque la extensión y la frecuencia de éstas son objeto de profundo debate entre los especialistas, es evidente que las operaciones de mayor calado —especialmente las ofensivas— estaban prohibidas sin un permiso específico.[4]



Cohortes II-X

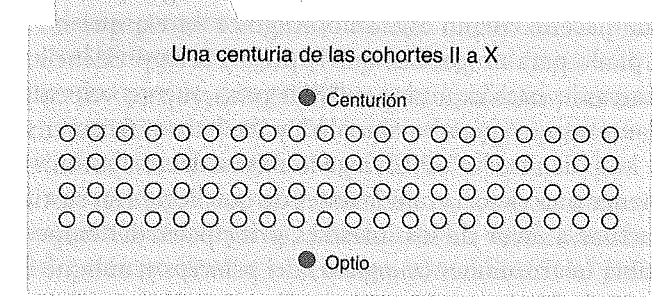
Centuria	Centuria	Centuria	Centuria	Centuria	Centuria
hastatus posterior	hastatus prior	princeps posterior	princeps prior	pilus posterior	pilus prior

Cada centuria estaba compuesta por 80 legionarios y la mandaba un centurión cuyo título aparece en el interior de cada cuadro

Primera cohorte

Centuria	Centuria	Centuria	Centuria	Centuria
hastatus posterior	hastatus	princeps posterior	princeps	primus pilus

Cada centuria estaba compuesta por 160 legionarios y la mandaba un centurión cuyo título aparece en el interior de cada cuadro. A los centuriones de la Primera cohorte se les conocía como los primi ordines y poseían inmenso prestigio



Una legión imperial (cohorte)

El emperador asignaba hombres para los mandos provinciales y decidía el tiempo de permanencia en el cargo. Controlaba también sus actividades como gobernadores mucho más estrechamente de lo que le había estado nunca permitido hacerlo al Senado. No obstante, las enormes distancias imposibilitaban que el emperador dirigiese la conducta de sus legados con todo detalle, por lo que el poder de éstos y las oportunidades para demostrar su capacidad siguieron siendo numerosas. Se consideraba que un gobernador podía dirigir sus tropas al combate en respuesta a una rebelión interna o a la invasión de su provincia sin verse obligado a conseguir primero la autorización de Roma. Una inscripción de las hazañas de Tiberio Plautio Silvano Aeliano como *legatus Augusti pro praetore* de una de las provincias danubianas, en la segunda mitad del siglo I d.C., da una idea del abanico de tareas militares y, especialmente, diplomáticas con las que debía vérselas un gobernador:

> En este cargo, consiguió que más de cien mil personas de las que vivían cruzando el Danubio pagaran tributo a Roma, junto con sus esposas e hijos, caudillos y reyes. Reprimió un levantamiento entre los sármatas, aunque había enviado una buena parte de su ejército a una expedición a Armenia; obligó a reyes que, previamente, eran desconocidos u hostiles al pueblo romano a dar culto a los estandartes militares romanos en la ribera que estaba protegiendo. Devolvió los hijos de los reyes de los bastarnos y los roxolanos, que habían sido capturados o tomados al enemigo. De algunos de ellos se llevó rehenes y, de esta forma, reforzó y extendió la pacífica seguridad de la provincia. Y el rey de los escitas fue expulsado de Quersoneso, ciudad que se encuentra más allá de los boristenes, mediante asedio. Fue el primero en contribuir al suministro de cereales de Roma, enviando desde su provincia gran cantidad de trigo.[5]

Por invitación del emperador Vespasiano —esta cortesía la mantuvieron todos los buenos emperadores—, el Senado concedió a Silvano honores triunfales (*triumphalia*) para señalar su período enormemente exitoso como gobernador. El lenguaje empleado en este monumento no difiere de manera significativa de las tradicionales celebraciones aristocráticas de sus hazañas. Muchas de esas mismas acciones, tales como el reasentamiento de tribus, la diplomacia encaminada a imponer respeto por el poder romano entre los pueblos locales, el acabar con las rebeliones y defender de los ataques a los aliados, las efectuaron los gobernadores ya desde la creación de las primeras provincias permanentes. Era de esperar que un legado imperial realizara bien esas tareas, pero no podía ampliarlas por propia iniciativa ni menos aún buscar la gloria mediante nuevas conquistas desautorizadas.

Corbulón en Germania

Cneo Domicio Corbulón era un hombre de constitución fuerte y viril, con una llamativa estampa de soldado por dondequiera que se le mirase y una capacidad instintiva para ganarse el respeto de los hombres, en especial de los soldados. Conocemos muy poco de su infancia, pero la familia era rica y estaba muy bien situada. Su padre fue cónsul (en realidad cónsul sustituto) en el 39 d.C., y tuvo una hermanastra, Milonia Caesonia —su madre se casó no menos de seis veces— que fue la última esposa de Calígula. En el 47 d.C., Claudio nombró a Corbulón legado en la Germania Inferior. Antes de su llegada, la provincia se vio sometida a una enorme devastación por parte de los caucos. Desde sus tierras en la costa del mar del Norte, los guerreros germanos se acercaban en pequeños navíos, realizando navegación costera para atacar zonas de la Galia septentrional allí donde el mar o un río les permitía el acceso. Era una clase de actividad establecida desde antiguo entre los pueblos de esta área, que en siglos venideros llegarían a hacerse tan famosos como los vikingos. Los caucos estaban dirigidos por Gannasco, aunque originalmente procedía de otra tribu, la de los canninefates (un pueblo relacionado con los bátavos). Fue desertor de una unidad auxiliar romana y, por ello, uno más de aquella serie de enemigos a quienes los romanos consideraban más peligrosos pues habían sido ellos quienes les habían enseñado a pelear.

Al llegar a la Germania Inferior, Corbulón respondió con rapidez, empleando el ejército y escuadrones navales de la flota que patrullaba el Rin y el mar del Norte, la *classis Germanica.* Se enviaron grupos poco numerosos de soldados para interceptar a cualquier saqueador que hubiera desembarcado, mientras las galeras romanas perseguían a los navíos germanos. Las bandas dedicadas al pillaje eran capaces de atacar con rapidez y, por tanto, difíciles de detener, pero solían volverse vulnerables cuando regresaban transportando el botín. Después de un breve período de operaciones, los caucos fueron expulsados de las provincias romanas y Corbulón dedicó todo su tiempo al ejército, sometiendo a las tropas a un programa de preparación breve, pero muy riguroso. Llegó a decirse que había mandado ejecutar a dos legionarios a quienes se encontró trabajando en la construcción de las fortificaciones de un campamento de marcha habiendo dejado tiradas por allí cerca sus espadas. Tácito, que es quien cuenta la historia, cree que, aunque bien puede tratarse de una exageración, incluso así es un indicativo de la dura disciplina impuesta efectivamente al ejército. Como ya hemos visto, el general cuya primera tarea consiste en volver a encarrilar y endurecer un ejército indisciplinado y blando constituía una figura familiar de la literatura romana, por lo que siempre nos queda cierta sospecha de

que esas descripciones eran simplemente un cliché que se adjudicaba, inevitablemente, a los comandantes más famosos. Sin embargo, como parece ser que el ejército del Rin llevó a cabo muy pocas campañas serias durante más de una década antes de la llegada de Corbulón, es probable que numerosos soldados y unidades no contaran con experiencia reciente de servicio activo. Además, en el 43 d.C., una buena parte del ejército de las dos provincias germanas, incluyendo tres legiones y numerosos auxiliares, fue trasladada para formar la fuerza de invasión de la expedición de Claudio a Britania. Probablemente se eligieron las unidades mejor dispuestas para el combate, dejando atrás a los soldados menos adiestrados y quizá también a los oficiales menos ambiciosos y agresivos. De cualquier forma, era imposible mantener a los legionarios y a los auxiliares en un estado permanente de perfecta preparación para la guerra, en especial desde el momento en que los soldados estaban obligados a realizar otras numerosas tareas.[6]

Cuando consideró que el ejército estaba ya dispuesto, Corbulón cruzó el Rin y avanzó por tierra siguiendo la costa del mar del Norte. La primera tribu con que se encontró fue la de los frisones, que habían atacado abiertamente a las tropas romanas en el 28 d.C. y todavía no habían sufrido acciones importantes de represalia. Impresionados por el número de soldados y la confianza que mostraba el ejército de Corbulón, los caudillos frisones se rindieron de inmediato y permitieron a los romanos establecer una guarnición en su territorio. El comandante romano avanzó entonces hacia el este hasta alcanzar las tierras de los caucos. Por delante del ejército iba una embajada que exigió la sumisión de la tribu y que preparó también el asesinato de Gannasco, que había evitado la derrota de sus fuerzas.

Lo mismo que lo sucedido en los casos de la traición de Yugurta y el asesinato de Viriato, este incidente demostraba una vez más la voluntad de los romanos por utilizar métodos dudosos y deshonrosos para acabar con los caudillos enemigos cuya existencia prolongase un conflicto. Sin embargo, en esta ocasión, el asesinato provocó el efecto contrario, pues los caucos se decidieron a resistir a los romanos con tanta mayor dureza cuanto más iba penetrando en su territorio el ejército de Corbulón para iniciar lo que se preveía como una campaña de envergadura. En ese momento, recibió instrucciones de Claudio instruyéndole para que cesara las operaciones y regresara con el ejército a su provincia. No queda claro en el relato de Tácito cómo supo el emperador dónde se encontraba su legado y qué estaba haciendo, pero la fuente más probable de esta información serían los propios despachos de Corbulón. Claudio no deseaba una reanudación de operaciones importantes al este del Rin, en especial mientras estuviera en marcha la conquista de Britania. Tácito afirma también que un emperador tan poco militarista, inválido de nacimiento y

considerado durante mucho tiempo por su propia familia como mentalmente incapacitado, no deseaba que Corbulón alcanzara mucha fama mediante las conquistas. Claudio había hecho frente ya a una rebelión de un gobernador provincial en el año 42 d.C. y no albergaba ningún deseo de crearse un rival incluso más peligroso.

Corbulón obedeció de inmediato sus órdenes —cualquier otra cosa le hubiera hecho correr el riesgo de una ejecución inmediata—, pero su amargo comentario sobre «lo felices que eran los generales romanos de los viejos tiempos» se refería, sin duda, a la República, cuando apenas existían restricciones a la consecución de gloria por un magistrado. A pesar de esa orden de regresar, se vio recompensado aún con honores triunfales. Cuando todas las tropas, incluida la guarnición establecida entre los caucos, habían sido trasladadas a la ribera occidental del Rin, su comandante les ordenó que construyeran un canal entre ese río y el Mosa. Tales proyectos contribuían a mantener a los soldados ocupados y en buena forma, aunque no se tratara del mejor estado de su preparación militar, al tiempo que ofrecía la ventaja añadida de beneficiar a las provincias. El legado responsable fue, a menudo, honrado por el emperador. Tácito continúa su relato de la campaña germana de Corbulón con un incidente en el que se hallaba implicado Curtio Rufo, el legado de la provincia vecina de Germania Superior, que había empleado a sus legionarios para abrir una nueva mina de plata. Muchos hombres se accidentaron o murieron en ese proyecto y la producción fue escasa; no obstante, a Rufo también se le concedieron honores triunfales (*triumphalia*). Tácito afirma con acidez que, después, los legionarios enviaron una carta a Claudio pidiéndole que concediera automáticamente ese honor a todos los legados cuando recibían el nombramiento, en lugar de esperar a que les ordenaran tareas tan duras e inútiles.[7]

Roma, Partia y la cuestión armenia

La conducta de Corbulón en Germania le ganó amplia fama, pero serán sus posteriores campañas en el este las que servirán para establecer su reputación como uno de los más grandes generales romanos del siglo I d.C. Antes de examinar con algún detalle esas operaciones, merece la pena revisar la historia de las relaciones entre Roma y Partia.

Partia fue el reino más poderoso que surgió de la desmembración del Imperio seléucida, a finales del siglo II a.C. La dinastía arsácida llegó finalmente a mantener el control sobre una extensa faja de territorio que incluía una buena parte del Irán y el Irak actuales. Dentro de esta zona, habitaba una población heterogénea, variando desde ciudades helenísticas como Se-

leucia y Ctesifonte a tribus de pastores seminómadas. La sociedad parta era esencialmente feudal, con la mayor parcela de poder, teóricamente, en manos del rey, pero, en la práctica, en las de los jefes de las siete grandes familias nobiliarias. El ejército se hallaba conformado por una combinación de las propias tropas del rey y las que conservaban los nobles principales, que, en otra época, podían fácilmente llegar a rivalizar por hacerse con el trono. Por tanto, al rey no le interesaba que cualquier aristócrata creara una fuerza demasiado numerosa o eficaz para que pudiera usarse en su contra. La debilidad interna de Partia evitó que se convirtiera en un serio rival del Imperio romano, ni siquiera para mantener el control de las provincias orientales, pero, ciertamente, fue el poder independiente más fuerte al que debió hacer frente Roma en la fase final de la República y en el Principado.

Los ejércitos partos estaban formados esencialmente por fuerzas de caballería, que presentaban a las legiones un problema muy diferente si se compara con los pueblos tribales de occidente. La mayoría de los jinetes partos eran arqueros a caballo, provistos de arcos muy efectivos y adiestrados en una larga práctica de disparo en movimiento, presentando un blanco difícil al enemigo, y que nunca se enfrentaban en combate singular, a menos que contaran con una ventaja en toda regla. Más prestigiosos eran los catafractarios, donde caballo y hombre vestían pesadas armaduras. Estos soldados, pertenecientes casi todos ellos a la aristocracia y a sus seguidores más directos, puesto que el coste de esos equipos era muy elevado, estaban en ocasiones dispuestos a cargar cuerpo a cuerpo, llevando cada hombre una larga lanza (*kontos*), que se asía a dos manos. Luchando en equipo, disparando los arqueros contra el enemigo antes del ataque de los catafractarios, esos jinetes podían llegar a ser eficazmente devastadores, pero los ejércitos partos no solían contar siempre con un buen equilibrio entre las dos clases de jinetes o no estaban bien dirigidos. No obstante, y a pesar de la aparición de tropas similares en los ejércitos de otras naciones, ningún otro pueblo de esta época pudo compararse con los mejores ejércitos partos en este tipo de lucha.[8]

Pompeyo se enfrentó a los partos casi al final de sus campañas en Oriente y, con gran habilidad, eligió la diplomacia en lugar de la gloria que podía alcanzar mediante la confrontación militar. No obstante, en el año 54 a.C., Craso, deseoso de rivalizar en hazañas con las de sus aliados Pompeyo y César, inició la invasión de Partia. Apenas existía justificación para esa guerra, ni siquiera según los criterios romanos, y esa opinión ganó mucho más terreno cuando la expedición terminó en desastre. Craso tenía más de sesenta años y su última experiencia en el servicio activo la había vivido contra Espartaco. En un primer momento, dirigió la campaña de una manera desganada, permitiendo que la mayor parte de ese primer año

discurriera sin presionar al enemigo. Tanto los romanos como los partos tenían una confianza excesiva en sí mismos, pues sus ejércitos se habían acostumbrado a derrotar las fuerzas desplegadas por otros reinos de la región con gran facilidad.

En el año 53 a.C., Craso se enfrentó a una fuerza separada del principal ejército parto, al mando de Surenas (que quizá fuera más un título que un nombre de persona), en Carrhae. Era un país de buenos jinetes y, dada su movilidad, los legionarios romanos no pudieron entrar de ninguna forma en contacto con unos adversarios que les arrojaron una lluvia de flechas. La caballería romana, formada fundamentalmente por auxiliares galos, se hallaba bajo el mando de Publio, el hijo del general, quien de manera imprudente la alejó del grueso del ejército, hasta verse rodeada y aniquilada. El resto del día, los arqueros a caballo continuaron acribillando los cuadros de legionarios, y la esperanza de los romanos de que el enemigo pudiera quedarse sin flechas no se cumplió, pues Surenas había organizado muy bien su suministro, mediante camellos que transportaban grandes reservas de munición.

Muchos de los hombres de Craso cayeron heridos, la mayoría de ellos en el rostro, las piernas o el brazo derecho que quedaba sin cubrir por el escudo, aunque las legiones no quedaron reducidas a un estado tal que pudiesen ser barridas del campo por una carga de catafractarios. Sin embargo, Craso, que después de la muerte de Publio había despertado de su letargo y trató de supervisar y animar a sus hombres en el mejor estilo romano, se desesperó y ordenó una retirada. Apartarse del contacto directo con el enemigo era siempre peligroso, pero cuando éste contaba con una excelente caballería y se operaba en terreno abierto, entonces era como exponerse directamente al desastre. Una buena parte del ejército romano fue aniquilada o capturada rápidamente. (Hay una curiosa teoría según la cual algunos de los prisioneros fueron vendidos posteriormente como esclavos y pasaron al servicio de notables chinos, pero no existen pruebas concluyentes.) Craso fue muerto cuando trataba de negociar una tregua y su cabeza llevada al rey parto. Sólo un puñado de supervivientes, dirigidos por el cuestor Casio Longino —uno de los hombres que asesinaría posteriormente a César— escaparon a Siria y consiguieron rechazar algunas débiles incursiones enemigas en la provincia. Durante algún tiempo, los partos estuvieron demasiado ocupados con problemas internos como para sacar provecho de su victoria. Pocos meses después, Surenas fue ejecutado por el rey por ser un rival potencialmente peligroso. Evidentemente, esa acción hizo muy poco en favor de la aparición de cualquier otro comandante de talento.[9]

Como Roma se sumergió de inmediato en la guerra civil, no hubo oportunidad alguna de vengar a Craso. César fue asesinado antes de iniciar

su planeada invasión. Entonces, el rey Orodes de Partia envió un ejército a la conquista de Asia y de Siria. Le acompañaba Quinto Labieno, el hijo del antiguo legado de César y después enemigo, y algunos pompeyanos obstinados. Posiblemente sea éste el único caso de defección de un aristócrata romano a un enemigo de la República, pero incluso aquí ese hecho queda difuminado pues puede llegar a contemplarse como una continuación de la Guerra Civil. Carrhae les había confirmado a muchos partos que sus soldados eran superiores a cualquier otro enemigo, incluidos los romanos. El exceso de confianza, unido a un mal liderazgo, dieron como resultado graves derrotas en los años 39 y 38 a.C., cuando los ejércitos partos atacaron de manera precipitada fuerzas romanas bien dirigidas y preparadas que ocupaban posiciones sólidas. En la segunda de esas derrotas cayó muerto Pacorus, un hijo del rey, y se abandonó el intento de ocupación de Siria. Marco Antonio no había estado presente en esa campaña, pues había dejado el mando en manos de su capaz legado Publio Ventidio Basso. Otro de sus subordinados acabó al año siguiente en Judea con un régimen respaldado por los partos.

En el año 36 a.C., el propio Antonio lanzó un importante ataque contra Partia. Aprendiendo de la desgracia de Craso, reforzó a sus legionarios con un número mucho mayor de jinetes y con infantería ligera, armada con arcos y hondas, y allí donde era posible se desplazó por regiones mal adaptadas a las operaciones de caballería. El principal ejército de Antonio avanzó a través de Armenia hacia la Media Atropatene (el actual Azerbaiyán), donde inició el asedio de la ciudad de Phraapsa. Un intento parto por llevar socorros a la ciudad acabó en fracaso —al golpear los legionarios sus armas contra los escudos y gritar para espantar los caballos—, pero los jinetes enemigos consiguieron huir sin padecer muchas bajas. Antonio había hecho avanzar su ejército con tal rapidez en esa invasión que toda la caravana que transportaba el material pesado de asedio había quedado bastante atrás. Cuando los partos volvieron su atención a las líneas de suministro romanas, una fuerza de caballería acabó con la caravana y con su escolta. Careciendo de artillería y de otro equipo pesado, no había ninguna esperanza de tomar Phraapsa y, muy a su pesar, Antonio se vio obligado a retirarse. Como ya era habitual, los partos destrozaron las columnas en marcha, infligiendo numerosas bajas a los sobrecargados legionarios. La expedición de Antonio no fue un desastre de la magnitud del de Carrhae, pero se podía considerar una derrota importante. La creciente tensión entre Antonio y Octaviano evitó cualquier intento de reiniciar la guerra.[10]

Después de Actium, Augusto ignoró a los partos durante casi una década, pero en el 20 a.C. envió al joven Tiberio al este a instalar un nuevo mandatario en el trono armenio, para sustituir al gobernador títere parto del

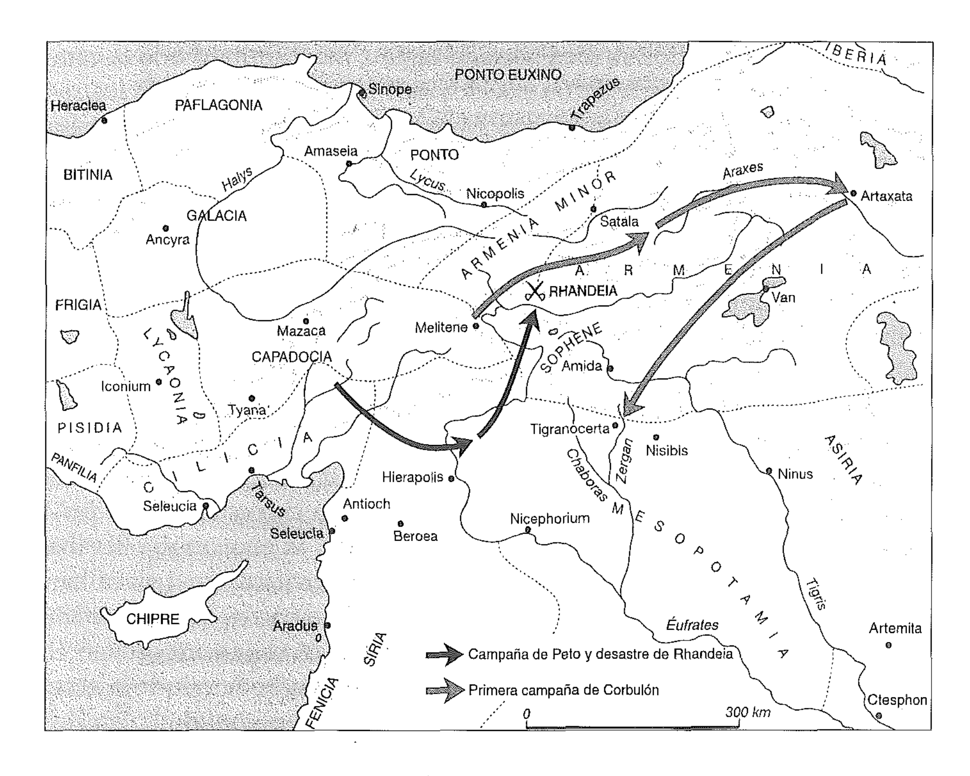
momento. Mediante una combinación de diplomacia y de amenaza del uso de la fuerza, los romanos consiguieron alcanzar todos sus objetivos, incluido el retorno de todos los estandartes, muy especialmente las preciadas águilas legionarias, y los soldados de Craso y de Antonio que habían caído prisioneros. Las águilas fueron trasladadas a Roma y colocadas, en medio de gran ceremonial, en el templo de Mars Ultor (Marte, el Vengador), centro neurálgico del nuevo Foro de Augusto. Este éxito diplomático evitó el riesgo de iniciar una guerra a gran escala con Partia en un momento en que el ejército de Augusto se hallaba ya actuando plenamente comprometido un poco por todas partes. En esa época, partos y romanos mostraban un saludable respeto por el poder militar del otro. La principal fuente de fricciones entre ellos era Armenia, a la que ambos creían situada en el ámbito de su esfera de influencia. En el caso de los romanos, consideraban que se trataba de uno de tantos reinos tutelados y esperaban que su rey reconociera abiertamente que su poder se justificaba en la aquiescencia romana. Una de las principales razones de enviar a Germánico a Oriente, en el 18 d.C., fue la entrega formal del poder a un nuevo rey armenio en Artaxata. No obstante, desde el punto de vista cultural, Armenia compartía muchas más cosas con Partia y estaba considerado como un reino muy adecuado, al tiempo que beneficioso, con el que recompensar a los parientes leales al rey arsácida.

En el 35 d.C., un rey parto colocó a uno de sus hijos en el trono armenio, pero fue muy pronto derrotado por un rival apoyado por los romanos. En el año 52, Vologeses I de Partia sacó provecho de un período de confusión en Armenia, que siguió al asesinato del rey por su impopular sobrino, para sustituirlo por su propio hermano Tirídates. En un primer momento, el anciano Claudio no respondió a esta acción pero, a su muerte, acaecida en el año 54, su sucesor e hijo adoptivo, Nerón, decidió pasar a la acción. Al año siguiente, se envió a Corbulón a aquella región. La elección fue enormemente popular, pues parecía dar a entender que el nuevo régimen elegiría a los hombres por sus méritos y, por supuesto, desde el punto de vista senatorial, también por su alta alcurnia y su riqueza.[11]

Corbulón en Armenia

Se concedió a Corbulón una provincia extraordinaria, producto de la unión de Capadocia y Galacia. Habitualmente, habían sido provincias senatoriales, pero el sistema introducido por Augusto era extremadamente flexible y el nombramiento de un legado imperial para controlar la zona no provocó problema alguno. De hecho, desde el momento en que los legados podían nombrar oficiales y hombres del ejército para formar su numeroso

séquito, contaban por lo general con mucho más personal administrativo a su disposición que un procónsul senatorial. En determinado momento, a Corbulón se le concedió un *imperium* proconsular, en lugar del cargo de propretor y tenía un legado subordinado que era quien se encargaba de llevar a cabo la mayor parte de los asuntos derivados de la administración diaria de aquella provincia ampliada. Capadocia ofrecía el mejor acceso a Armenia, mientras Galacia contaba con una mayor población, descendiente en su mayoría de tres tribus galas o gálatas, que habían invadido la zona en el siglo III a.C., y estaba considerada un fértil campo de reclutamiento. Capadocia tenía como guarnición algunas unidades auxiliares, pero ninguna de aquellas áreas contaba con una legión, procediendo del ejército acantonado en Siria el grueso de las fuerzas a disposición del nuevo legado. Corbulón recibió dos de las cuatro legiones sirias, apoyadas aproximadamente por la mitad de las unidades auxiliares de la provincia. Los reinos de la región bajo tutela deberían proporcionar tropas adicionales. Ya desde un comienzo tuvieron lugar algunas fricciones entre Corbulón y el legado de Si-



Campañas de Corbulón en Oriente

ria, Ummidio Quadrato, que se vio obligado a entregar una buena parte de su ejército y se dio cuenta de que estaba condenado a verse eclipsado por su mucho más famoso colega. Sin embargo, como Corbulón poseía un *imperium* superior, la disputa apenas alcanzó a provocar más allá de discusiones triviales.

Ya desde el principio, se creyó posible encontrar una solución diplomática, consistente en que Tirídates aceptara desplazarse a Roma donde Nerón le haría entrega formal del reino. De acuerdo con ello, Corbulón despachó embajadores —la mayoría centuriones— a Vologeses, pero, al mismo tiempo, comenzó a preparar el ejército para la guerra, en caso de que se rechazaran esas propuestas. Nerón había ordenado ya que las legiones sirias se reforzaran con una leva (*dilectus*), aunque no queda muy claro qué podría querer decir esto en el contexto del Principado. En teoría, todos los ciudadanos romanos permanecían disponibles para el servicio militar, pero las experiencias de Augusto, en los años 6 y 9 d.C., habían demostrado la impopularidad del reclutamiento, especialmente en Italia. En las provincias orientales, la leva pudo tomar la forma de una conscripción organizada, un uso extendido de algo así como grupos de presión, o sencillamente el despacho de un número superior al normal de partidas de reclutamiento, a la búsqueda de voluntarios. A mediados del siglo I, iba disminuyendo la cantidad de soldados de las legiones nacidos en Italia, y la mayoría de los reclutas eran ciudadanos de provincias. Muy poco después, parece que se dio la tendencia a alistar no ciudadanos de algunas de las regiones del este pobladas desde antiguo, concediéndoseles la ciudadanía cuando se alistaban en las legiones. Augusto formó una legión completa, la *XXII Deiotariana*, con soldados gálatas, y se decía que la provincia proporcionaba reclutas muy cualificados. Es muy interesante reseñar que la leva efectuada para completar las legiones sucedió en la época del viaje en misión del apóstol Pablo por Galacia, aunque no está clara cuál fue la ruta que siguió en la provincia. Su carta posterior a las comunidades gálatas contiene una sorprendente proporción de vocabulario e imágenes marciales.[12]

Corbulón se encontró con que las tropas a su mando se hallaban en un estado deplorable. Tácito dice que las legiones sirias estaban mal preparadas e indisciplinadas porque el ejército que allí se encontraba llevaba inactivo muchos años. Afirma que había soldados viejos que nunca habían visto o levantado un campamento de marcha, y otros que no tenían coraza o casco. Después de pasar revista a las tropas, el general ordenó el licenciamiento de todos aquéllos que por edad o estado de salud no eran aptos para el servicio. Una vez más, nos encontramos con el tópico del gran comandante que llega y se encuentra con un ejército desmoralizado y al que impone, con toda celeridad, una disciplina adecuada hasta conse-

guir convertirlo en un ejército eficaz. Nos encontramos asimismo con ese tema literario común consistente en que un servicio largo en Oriente, especialmente en las ciudades principales, corrompía la moral y destruía la eficiencia militar de los soldados. Algunos investigadores han señalado llenos de razón que, incluso las fuentes que parecen afirmarlo, demuestran que las legiones estacionadas en Oriente no eran por fuerza de peor calidad y que sus reclutas no constituían tampoco un conjunto militar de ninguna manera inferior a los alistados en las provincias occidentales. Sin embargo, eso no significaba que, en el 55 d.C., las tropas de Corbulón no necesitasen una preparación intensiva. El ejército de Siria dedicaba la mayor parte de su tiempo a efectuar labores de policía en las provincias, distribuidos a menudo los soldados en destacamentos poco numerosos. Esta situación ofrecía a las unidades escasas oportunidades de realizar un adiestramiento regular, especialmente en el ámbito de toda una legión o incluso a un nivel superior. La experiencia de Corbulón en Germania había demostrado ya con qué rapidez desciende la disposición al combate de las tropas si se hallan en una provincia pacífica, por lo que no se trataba de una situación específica del ejército de Siria. Para colmo, en las legiones bajo su mando se acababan de licenciar muchos de sus hombres más veteranos y habían recibido numerosas remesas de reclutas. Era, por tanto, necesario adiestrar a estos últimos e integrarlos plenamente en sus nuevas unidades. Así, el riguroso programa de instrucción que Corbulón impuso a sus hombres sería una preparación adecuada y normal para lo que acabaría por convertirse en una dura campaña.[13]

El general llevó a sus hombres a las montañas con el fin de adiestrarlos en unas condiciones de frío parecidas a las que encontrarían en las tierras altas de Armenia. Tácito relata historias de numerosos casos de congelación, de un hombre al que se le cayeron las manos cuando las acercó heladas a una hoguera, y de centinelas a los que se encontraba en sus puestos muertos por congelación. El ejército permaneció durante todo el invierno a cubierto simplemente bajo telas, en lugar de construir cuarteles de invierno mejor dispuestos o de regresar a los alojamientos de las ciudades. Corbulón compartió aquellas durezas con sus hombres y, «con ropas ligeras y sin protegerse la cabeza, se movía continuamente entre las tropas en medio de las columnas en marcha o mientras realizaban cualquier tarea, alabando a los que resistían, animando a los cansados y actuando como un ejemplo para todos».[14] Al mismo tiempo que servía como modelo a sus hombres, el general castigaba también cualquier delito con mayor dureza de la acostumbrada. La deserción constituía siempre un grave problema en el ejército profesional, donde los soldados se veían obligados a servir durante veinticinco años y se hallaban sometidos a castigos brutales, por lo

que, en tales condiciones de dureza, fueron muchos más los hombres que decidieron desertar del ejército. Corbulón ordenó la ejecución de todos los desertores, haciendo caso omiso de la práctica habitual consistente en infligir castigos menos severos a quienes delinquían por primera y segunda vez. A pesar de todo, algunos hombres se decidieron todavía a huir, pero la dureza de aquella normativa consiguió que su ejército perdiera menos soldados por este motivo que la mayoría de las restantes fuerzas romanas. A las dos legiones de la guarnición siria, la *III Gallica* y la *VI Ferrata*, se les unió una tercera, probablemente la *IV Scythica* procedente de Mesia, aunque Tácito afirma que esa unidad fue enviada al este desde Germania. No sabemos cuándo llegó aquel refuerzo, pero parece más que probable que esa unidad fue sometida asimismo a un período de adiestramiento con el fin de prepararla para la guerra. No obstante, parece que no desempeñó un papel importante en las operaciones hasta casi el final de la misma.[15]

En un primer momento pareció como si la diplomacia fuera suficiente para conseguir los objetivos romanos, pues Vologeses respondió a los embajadores entregando rehenes. Aparte de una disputa menor entre el embajador enviado por Quadrato y el enviado de Corbulón por decidir quién de ellos conseguiría la fama por escoltar a esos aristócratas partos hasta el Imperio, parecía como si la crisis hubiera concluido, hasta el punto de que el Senado rindió honores a Nerón. Sin embargo, Tirídates recibió el apoyo de su hermano al negarse a ir a Roma y, aproximadamente un año después, la tensión había vuelto a subir de tono.

La mayor parte del ejército se hallaba estacionada cerca de la frontera con Armenia y Corbulón hizo levantar una serie de fortificaciones, con una guarnición formada casi por completo de tropas auxiliares, mandadas por un tal Paccio Orfito, que en otro tiempo había sido un primer centurión o *primus pilus*. Bajo el Principado, un *primus pilus* era elevado automáticamente al orden ecuestre, en el mismo momento de hacerse cargo de su puesto, y con toda probabilidad Orfito era en ese momento prefecto auxiliar o tribuno legionario. Era también un oficial muy seguro de sí mismo y muy agresivo, e informó a Corbulón que las guarniciones armenias más cercanas se hallaban en un estado lamentable, por lo que pidió permiso para iniciar una serie de incursiones. A pesar de recibir una orden clara de evitar cualquier acción de esa clase, Orfito se sintió respaldado por el entusiasmo de algunas tropas recién llegadas (*turmae*), de caballería auxiliar, para lanzar un ataque. Los armenios demostraron hallarse en mejores condiciones de las que él había previsto y pusieron en fuga al cuerpo de vanguardia del grupo asaltante. Las cosas se pusieron aún peor cuando su sensación de pánico se contagió a las demás tropas, que huyeron con rapidez a refugiarse en las fortificaciones. Aún tratándose de una escaramuza me-

nor, una derrota no era la mejor forma de comenzar una campaña, especialmente en el caso de un ejército sin experiencia. Habitualmente, un general confiaba en seguir un período de adiestramiento, jalonado por algunas victorias fáciles, para elevar la confianza de los soldados. Corbulón se indignó y dio una severa reprimenda a Orfito y a otros prefectos. Cuando éstos y las unidades a su mando se unieron al grueso del ejército, se les ordenó que colocaran sus tiendas fuera de las defensas del campamento, humillación simbólica que se infligía, a menudo, a los supervivientes de una unidad diezmada.

Aislando a las tropas derrotadas de esta manera y exponiéndolas al desprecio del resto del ejército, quizá Corbulón creía poder evitar así que la mayoría de los soldados se viese contagiada por la peligrosa opinión de que el enemigo poseía una enorme capacidad de combate. Después, el general «se dejó convencer» por una petición de todo el ejército —o, más probablemente, de sus oficiales— para que permitiera el regreso de las unidades al campamento. Es posible que creyera haber insistido ya lo suficiente en la importancia de obedecer sus órdenes. Quizá, en esa época, ocurrió también un suceso del que nos habla Frontino. Según él, Corbulón descubrió que un prefecto al mando de una unidad de caballería auxiliar a la que había puesto en fuga el enemigo, no había tenido el cuidado de que sus hombres fuesen armados y equipados como era debido. En castigo, ordenó a este hombre, un tal Emilio Rufo, que se presentara ante su tienda, y allí dijo a sus lictores que le desnudaran. A continuación, Rufo debió permanecer en posición de firmes, en esta condición humillante, hasta que el general decidió destituirle.[16]

Con el enemigo agolpándose en la frontera, Tirídates inició una activa campaña de represión de aquellas comunidades del interior de su reino que demostraban cierta simpatía por Roma. Además de la guarnición propia, su hermano le había enviado más jinetes. Corbulón avanzó contra él y, en un primer momento, trató de detener los ataques contra ciudades amigas. Al principio creyó que podría atraer al enemigo a una batalla en campo abierto, pero Tirídates no tenía intención alguna de arriesgarse a un encuentro de esa clase y, en lugar de ello, prefirió hacer pleno uso de su movilidad. Corbulón dividió el ejército en varias columnas de menor tamaño con el objetivo de presionar al enemigo en varios puntos simultáneamente. Dio instrucciones al rey de Comagene para que realizara incursiones en las regiones armenias próximas a sus tierras. Mediante la actividad diplomática se consiguió ganar a los moschi, una tribu de las fronteras orientales de Armenia, a cierta distancia del Imperio, y se les convenció para que atacaran a Tirídates por otro lugar. Por esa misma época, Vologeses debió hacer frente a una rebelión interna, y ya no pudo seguir mandando una ayuda

militar significativa. Tirídates envió una embajada pidiendo explicaciones a los ataques que sufría, a pesar de los rehenes entregados durante la primera ronda de negociaciones. Corbulón respondió simplemente con la misma exigencia: el rey debería ir a Roma para recibir sus poderes de Nerón.

Se dispuso una entrevista, pero el comandante romano hizo caso omiso de la sugerencia de Tirídates de que se presentara únicamente con una escolta de legionarios desarmados ante un millar de arqueros suyos a caballo. En lugar de ello, Corbulón llevó consigo todas sus tropas, incluida la *VI Ferrata*, reforzada con tres mil hombres de la *III Gallica*, que desfilaron ante él con una sola águila para que pareciera que únicamente se hallaba presente una legión. Se aseguró también de que la reunión tuviera lugar en un punto que le ofrecía una posición excelente, en caso de que se desencadenara la batalla. En esa situación, Tirídates, desconfiando quizá de toda aquella fuerza, se negó a aproximarse más. Después de varias horas, ambos bandos se retiraron al campamento para pasar la noche, pero amparado en la oscuridad, el rey marchó de allí y envió, a continuación, el grueso de sus fuerzas en un ataque por sorpresa contra la línea de suministros romana que entraba desde el puerto de Trapezus, en el mar Negro. Una acción de esa clase era característica de la manera en que los partos hacían la guerra y había demostrado su eficacia en el pasado contra Antonio. Corbulón estaba mejor preparado, habiendo hecho levantar toda una serie de fortificaciones para proteger el camino, a través de los pasos de montaña que llevaban hasta el mar y disponiendo tropas para escoltar todos los convoyes de víveres.[17]

Es imposible reconstruir con fidelidad la cronología de las campañas de Corbulón, pues Tácito, que es el único que nos ofrece un relato detallado de las operaciones, es muy vago a ese respecto. Para él, la descripción de una guerra, incluso una como ésta en la que un héroe verdaderamente senatorial consiguió tanta gloria, era poco más que una digresión útil para concluir su relato sobre la vida política romana y los vicios del emperador y de su corte. No está nada claro si las operaciones que describe tuvieron lugar en el 56 o el 57 d.C., o quizá incluso en el 58. No obstante, después de su fracaso en el intento por obligar a que Tirídates aceptara una batalla decisiva en estas operaciones iniciales, Corbulón decidió tomar como objetivos las ciudades y las fortificaciones más importantes leales al rey. Con ello trataba de alejar a las fuerzas del enemigo de sus propias líneas de suministro e incluso de obligar quizá al rey a arriesgarse a presentar batalla para defenderlas. Las plazas fortificadas controlaban las tierras de los alrededores y eran fuentes importantes de rentas y de recursos militares, por lo que eran valiosas por sí mismas. Y lo que aún era más importante, un rey incapaz de defender a las comunidades que le eran leales y que veía con impotencia como éstas eran tomadas al asedio, perdía mucho de su prestigio.

El ejército romano atravesó el altiplano de Erzerum hacia el valle del río Araxes. El propio Corbulón dirigió una fuerza contra la fortaleza de Volandum (quizá la actual Igdir), mientras que, de manera simultánea, dos de sus subordinados avanzaban contra ciudades más pequeñas o peor defendidas. Después de un reconocimiento personal de la posición y del tiempo dedicado a asegurarse que sus hombres contaban con los suministros adecuados y con todo el equipo necesario para su tarea, dio orden de efectuar el asalto, animando a los soldados con la confianza que tenía depositada en su valentía y con la esperanza de obtener gloria y botín. Cubiertos por el fuego de la artillería, de los arqueros y los honderos, algunos legionarios formaron una *testudo* —colocando los escudos por encima de la cabeza, de tal manera que se superponían hasta formar un verdadero techo suficientemente duro como para desviar cualquier proyectil, excepto los más pesados—, y comenzaron a minar las murallas con picos y palancas. Otro grupo colocó escalas contra la empalizada e inició la subida hasta lo alto. Volandum cayó en pocas horas, sin que los romanos tuvieran ni siquiera un muerto. Ya en el interior, perpetraron una verdadera matanza con los defensores, y las mujeres, los niños y los ciudadanos no combatientes fueron vendidos como esclavos. Todo el resto del botín se entregó a los soldados como premio. Las otras dos fortalezas cayeron después de un asalto parecido el mismo día. Aterrorizadas por la facilidad con que los romanos habían tomado esas posiciones y temerosas de compartir el mismo destino que sus ocupantes, muchas de las ciudades y villas cercanas se rindieron a Corbulón sin lucha.[18]

El ejército romano se reagrupó una vez más y avanzó sobre Artaxata. Antes de iniciar el asedio era necesario cruzar el Araxes, pero como el puente se encontraba a tocar de los muros de la ciudad, Corbulón dirigió a sus hombres por una ruta más larga, atravesándolo por un vado. La amenaza a la capital de la región obligó a Tirídates a llevar su ejército en socorro de aquélla. Lo desplegó en formación de combate en una llanura abierta que se hallaba en el camino que seguía el ejército romano, con la esperanza de trabar combate en aquel terreno favorable a la superioridad numérica de su caballería o fingir una retirada para atraer a los romanos a una persecución imprudente. El ejército de Corbulón avanzó formando un cuadro, dejando un espacio vacío en el centro, y las cohortes en marcha preparadas para disponerse rápidamente en orden de combate. En algún lugar, había recibido el refuerzo de una *vexillatio* —un destacamento que recibía el nombre del *vexillum*, la bandera cuadrada que llevaban de enseña—, de una de las legiones que habían permanecido en Siria, la *X Fretensis*, y era ésta la que constituía el frente del cuadro. La *III Gallica* formaba a la derecha y la *VI Ferrata* a la izquierda, rodeando los bagajes que iban en el centro. La reta-

guardia la componían mil jinetes que tenían órdenes estrictas de no abandonar la posición por ningún motivo. En las alas estaban desplegados más jinetes, apoyados por arqueros a pie. Al observar que el ejército romano estaba perfectamente preparado para hacer frente a un ataque directo, en lugar de aceptarlo, Tirídates envió por delante grupos poco numerosos de arqueros a caballo para poner a prueba al enemigo. Esta caballería ligera avanzaba al galope, disparaba sus flechas contra los romanos, y se retiraba a continuación, fingiendo a menudo que huía aterrorizada, esperando provocar así una persecución imprudente. Corbulón mantuvo a sus hombres estrechamente controlados (el reciente castigo de Orfito era un recordatorio del precio a pagar por la desobediencia). No obstante, un decurión deseoso de hacerse un nombre cargó al frente de sus hombres sólo para caer abatido por una lluvia de flechas. Era una advertencia más de que un parto, aparentemente en fuga, seguía siendo un enemigo extremadamente peligroso. Al caer la noche Tirídates retiró su ejército.

Corbulón levantó un campamento allí mismo y, por un momento, pensó en lanzar las legiones contra Artaxata a marchas forzadas aquella misma noche, creyendo que el rey había ido a la ciudad y con la esperanza de sorprenderle antes de que tuviera la oportunidad de organizar su defensa. Abandonó esta idea cuando sus exploradores (*exploratores*) le informaron que Tirídates había tomado, de hecho, otra dirección y parecía ir huyendo hacia una región distante. Entonces, decidió enviar su infantería ligera al amanecer del día siguiente a rodear la ciudad y evitar que nadie escapara de ella, antes de seguir a aquélla con el grueso del ejército. Abandonados por su rey, los habitantes de Artaxata abrieron las puertas y se rindieron a los romanos, que se acercaban. Se les permitió irse, pero la ciudad fue incendiada y reducidas sus murallas, pues Corbulón contaba con escasas tropas para dejar allí una guarnición suficiente, al tiempo que la enorme distancia que la separaba de otras bases romanas hacía, en cualquier caso, precaria su posición. El victorioso ejército romano aclamó formalmente a Nerón como *imperator* ante el éxito alcanzado por su legado. El emperador se mostró muy satisfecho de aceptar ese título, lo mismo que los restantes honores que un Senado adulador le concedió.[19]

Después de ese éxito, Corbulón marchó sobre Tigranocerta, siguiendo probablemente la misma ruta que había tomado el ejército de Lúculo un siglo antes. Concedía el perdón a las comunidades y las personas que le daban la bienvenida, y castigaba a aquellos que se resistían o huían. En una ocasión en que supo que las gentes de una localidad se habían retirado a las cuevas de la montaña llevándose sus bienes muebles, ordenó a los soldados que apilaran leña a las entradas y le pusieran fuego, abrasando o asfixiando a sus ocupantes. Se ordenó a los íberos, habituales

aliados de Roma, que saquearan el territorio de los mardos, una tribu de montañeses que se negó a someterse. Igual que todos los demás comandantes romanos, Corbulón empleó la fuerza o la diplomacia después de evaluar de manera pragmática cuál le reportaría mayores ventajas. El buen trato de quienes se sometían a Roma animó a otros a rendirse, contribuyendo así a debilitar al enemigo.

Fue una marcha durísima a través de un terreno difícil y, como Corbulón mantuvo un ritmo muy fuerte, las provisiones fueron disminuyendo, ya que, probablemente, había llevado consigo el convoy de víveres más reducido posible. Durante algún tiempo, la ración de los soldados estuvo compuesta casi exclusivamente por carne, en lugar de la habitual dieta equilibrada, hasta que la llegada a la fértil llanura que rodea Tigranocerta ofreció mayores oportunidades de forrajear. En esta zona, la resistencia se hallaba algo mejor organizada y aunque fue fácil ocupar con rapidez una ciudad fortificada, fue rechazado el ataque sobre otra que debió ser reducida después de un asedio formal. Por esta época, algunos nobles armenios, que habían desertado uniéndose a los romanos, fueron arrestados y ejecutados por la sospecha de que estaban conspirando para asesinar al comandante romano. Finalmente, cuando los romanos llegaron a Tigranocerta, los líderes de la ciudad dudaban entre ofrecer resistencia o no. En las luchas más recientes, los romanos habían capturado a uno de los principales aristócratas locales, un tal Vadando, o quizá era uno de los presuntos conspiradores. Corbulón ordenó que fuese decapitado y, a continuación, arrojó la cabeza por encima de los muros de la ciudad utilizando una *ballista*. Frontino afirma que, «por casualidad, cayó en medio del consejo que mantenían los bárbaros más importantes: la visión de aquel objeto, que pareció casi como un presagio, los dejó tan aturdidos que corrieron a rendirse».[20] A Corbulón se le obsequió con una corona de oro y, esperando que la clemencia sirviese para ganarse a la población de una ciudad tan importante, éste se dirigió a los ciudadanos anunciándoles que nadie recibiría castigo alguno.

La lucha no cesó entonces, pues los romanos redujeron la guarnición de un lugar de nombre Legerda sólo después de un asedio y de un asalto cuidadosamente preparado. Tirídates fue incapaz de hacer algo para defender su reino, ya que Vologeses debía hacer frente a una seria rebelión de los hircanianos, que vivían en las proximidades del mar Caspio. Estos últimos enviaron una embajada a Corbulón y sellaron una alianza con Roma. Tirídates hizo un intento por regresar hacia Media, pero se detuvo cuando se encontró ante una fuerza de auxiliares al mando del legado legionario Verulano Severo. Al saber que Corbulón y el grueso del ejército se acercaban al lugar a toda prisa, se retiró con celeridad. Los romanos enviaron expedi-

ciones de castigo a cualquier parte de Armenia que pareciera mostrar lealtad al rey arsácida, pero ya no encontraron ninguna oposición seria en todo el país. Nerón envió un príncipe de la casa real de Capadocia —relacionado también con la familia de los Herodes—, para entronizarlo como nuevo rey de Armenia. Este hombre, llamado también Tirídates, había pasado una buena parte de su vida como rehén en Roma, y el emperador consideraba que se podía fiar de él. Corbulón y el ejército principal se retiraron del reino y marcharon a Siria, que carecía en ese momento de gobernador por el fallecimiento, unos meses antes, de Quadrato. Corbulón dejó allí una fuerza de mil legionarios, tres cohortes de infantería auxiliar y dos *alae* de caballería para servir de apoyo al recién nombrado Tirídates.[21]

Los capadocios mostraron una audacia desmedida pues, en el año 61 d.C., una de sus primeras acciones consistió en lanzar una dura incursión de saqueo por el Adiabene, una región controlada por Partia. Las quejas del «monobazo», el gobernador de Adiabene, de que su señor parto no ofrecía una protección adecuada a sus súbditos, obligó a Vologeses a entrar en acción con el fin de evitar una mayor pérdida de prestigio que, casi con total seguridad, redundaría en una disminución del territorio. Haciendo una reafirmación pública de la lealtad de Tirídates y reclamando el trono armenio, le cedió un destacamento de caballería de su propia casa real, al mando de Monaeses, y una fuerza reclutada en el Adiabene. Firmó también la paz con los hircanianos para que Tirídates pudiera tener las manos más libres en Armenia. Con éstas y con lo que le quedaba de sus propias tropas, Tirídates se lanzó a la recuperación del trono. Corbulón respondió enviando a Armenia dos legiones, la *IV Scythica* y la *XII Fulminata*. Aunque por lo general contaba con otras tres legiones a su mando, parece que sólo le había quedado una inmediatamente disponible para defender el Éufrates en el caso de que el rey parto decidiera atacar Siria. Inmediatamente, esta unidad se puso a efectuar tareas de preparación de defensas, incluyendo la construcción de una línea de fuertes para controlar las principales corrientes de suministro de agua potable. Escribió también a Nerón pidiendo el nombramiento de un nuevo legado para que controlara la guerra en Armenia, pues era muy difícil que un solo hombre pudiese intervenir en el conflicto de aquella región y proteger Siria.[22]

Monaeses dirigió el ejército contra Tigranocerta, pero se encontró con que Tirídates se hallaba bien preparado para defender la ciudad, habiendo almacenado gran cantidad de provisiones y reunido una poderosa guarnición, incluidas las tropas romanas que había dejado allí Corbulón. Los jinetes partos, nada amigos de los trabajos de asedio, eran incapaces de efectuar las tareas necesarias, al tiempo que la necesidad de alimentar a sus monturas suponía una carga importante sobre el forraje disponible en la

zona. La situación era aún peor debido a que la vegetación de la región había sido consumida recientemente por una plaga de langostas. Por tanto, fue el contingente procedente del Adiabene quien desempeñó el papel protagonista en el asalto a la ciudad, que se desencadenó a continuación, y pagó un elevado precio en bajas cuando fue rechazado, primero, y convertido en desbandada, después, ante una salida romana. Corbulón envió un centurión de embajador ante Vologeses, que había trasladado su corte y su ejército a Nisibis, a una distancia de unas treinta y siete millas romanas de Tigranocerta. El fracaso del asedio y la escasez de provisiones convenció al rey que debía ordenar el regreso de Monaeses a Partia. Después de una ronda de negociaciones, se llegó al acuerdo de enviar embajadores partos a Nerón, en Roma, y, como contrapartida, los romanos se retirarían también de Armenia. Parece ser que Tirídates había ido con ellos, pues los romanos estaban aún dispuestos a reconocer a Tirídates en el momento en que él admitiera que su mando era una concesión del emperador. Sin embargo, a los partos les parecieron inaceptables los detalles del acuerdo y, en el 62 d.C. se reanudó la guerra.[23]

Llegó un nuevo legado para hacerse cargo del mando de Capadocia (y probablemente también de Galacia), con responsabilidad en la guerra en Armenia. Se trataba de Cesennio Peto, y se rumoreaba que la noticia de su nombramiento había desanimado el año anterior a Corbulón de seguir luchando (de ahí que negociara), pues no quería iniciar una campaña sólo para verse sustituido y permitir que otro la acabara. Tácito no se olvida mencionar que algunas personas decían que Corbulón tenía miedo de arriesgarse a sufrir algún revés capaz de mermar su récord de victorias ininterrumpidas. A su llegada, Peto tomó el mando de dos de las legiones sirias, la *IV Scythica* y la *XII Fretensis*, reforzadas con la *V Macedonica*, recientemente trasladada de la frontera del Danubio, mientras Corbulón conservaba la *III Gallica*, la *VI Ferrata* y la *X Fretensis*. Ambas fuerzas contaban con el apoyo de auxiliares, pero es de notar que Corbulón conservó las legiones que habían estado en campaña con él los últimos años. Peto recibió tropas que quizá estuvieran bastante peor adiestradas y que, ciertamente, tenían mucha menos experiencia. Es posible que no dispusiera del tiempo suficiente, pero ni siquiera ordenó un programa de adiestramiento similar a aquél con el que Corbulón había preparado a sus hombres para la guerra. Como ya había sucedido anteriormente en las relaciones que habían mantenido Corbulón y Quadrato, los dos legados de Nerón no se mostraban demasiado aprecio. Peto se hallaba ansioso por demostrar que sólo dependía de sí mismo y no era un mero subordinado, sino capaz de igualar o superar las hazañas de su famoso compañero, mientras que Corbulón mostraba escaso entusiasmo por ayudarle en el cumplimiento de su tarea.[24]

Poco se sabe de Peto, pero sí que manejó la campaña siguiente con total ineptitud. Comenzó bien, marchando con el ejército hasta Armenia en respuesta a una invasión parta dirigida por Tirídates. Sólo llevó consigo dos legiones, dejando atrás la *V Macedonica* (quizá porque no había contado con tiempo suficiente desde su llegada para integrarla en el ejército). La fuerza romana marchó atravesando las montañas del Tauro y se dirigió hacia Tigranocerta, pero los preparativos se habían efectuado a toda prisa y no contaban con los suministros adecuados. Tomaron varias fortalezas, mas la escasez de víveres obligó al ejército a regresar a las regiones que bordeaban Capadocia en lugar de pasar el invierno en la propia Armenia central. Al principio, pareció como si los partos hubieran planificado desencadenar su principal ataque contra Siria, pero Corbulón había colocado un puente de lanchas atravesando el Éufrates, cubriendo los grupos de trabajo con artillería dispuesta sobre barcos, y había desplegado sus tropas en una fuerte posición en la otra ribera. Disuadido por la confianza y la fuerza evidente de aquél, el enemigo envió entonces el grueso de sus tropas hacia Armenia. Peto no se hallaba en condiciones de hacerles frente, después de haber dispersado sus legiones y de conceder permisos con prodigalidad, probablemente a la mayoría de sus oficiales. Al llegar Vologeses con el grueso de su ejército, Peto pasó rápidamente de la confianza al pánico. Al principio, avanzó con temeridad, cruzando el río Arsanias, hasta una posición cercana a Rhandeia, pero la derrota en algunas escaramuzas menores le convenció para que abandonara su intención de trabar combate. Una buena parte del ejército se contagió del nerviosismo de su comandante y el resultado no fue otro que la ignominiosa derrota de cierto número de destacamentos alejados. A éste habría que añadir otro golpe cuando los partos pusieron en fuga una fuerza de caballería auxiliar panonia, considerada una tropa de élite. En un terreno que podía haber ofrecido buenas posiciones defensivas para un ejército de infantería, Peto se encontró desbordado y rodeado en algunos campamentos levantados a toda prisa y mal defendidos.

A Corbulón le fueron llegando mensajes cada vez más desesperados en petición de ayuda, pero, antes de la arribada de socorro alguno, el general romano abrió unas negociaciones con el rey parto que finalizarían en una rendición humillante. Según Tácito, hubo rumores de que a los soldados de Peto se les hizo pasar bajo el yugo, y es cierto que aceptó la evacuación de todas las fuerzas romanas de Armenia, entregando todos los víveres y las posiciones fortificadas a los partos. Se llegó incluso a que los legionarios trabajaran en la construcción de un puente sobre el Arsanias, con el fin de que Vologeses pudiera cruzarlo sobre un elefante para celebrar su triunfo. Con este motivo, se extendió el rumor de que los soldados habían diseñado el puente para que se hundiera con el peso del animal, por lo que el rey

le hizo vadear el río. La retirada del ejército romano pareció una huida, pues la columna se vio sometida al pillaje entusiasta de los armenios de la región. Cubrieron unas cuarenta millas romanas en un día, abandonando a los heridos y enfermos que no podían seguir la marcha. Corbulón, que llevaba consigo una *vexillatio*, formada con mil hombres de cada una de sus tres legiones, reforzada con tropas auxiliares, estaba en ese momento muy cerca de allí y comenzó a encontrarse con los rezagados cuando cruzó el Éufrates. La columna iba acompañada por un gran número de camellos de carga que transportaban grano, razón por la que podía desplazarse rápidamente sin perder tiempo para forrajear.

Posteriormente, en sus *Comentarios*, desgraciadamente perdidos pero que conocemos gracias a Tácito, Corbulón afirmó que los hombres de Peto habían quemado gran cantidad de provisiones antes de abandonar los campamentos, y que los partos estuvieron a punto de desistir del asedio pues sus propios suministros estaban prácticamente agotados. En su momento, hubo quienes apuntaron la posibilidad de que el veterano comandante había retardado deliberadamente la expedición de socorro, esperando magnificar así la impresión provocada por su llegada. No obstante, y aunque hubiera sido éste el caso, aquella situación desastrosa la había creado únicamente Peto. Negándose a aceptar las súplicas de este último para desencadenar una invasión conjunta, puesto que ahora era sólo legado de Siria y no tenía orden de invadir Armenia, y lamentando la destrucción de todo su trabajo anterior, Corbulón regresó a su provincia. Peto volvió a los cuarteles de invierno en Capadocia. Unos meses después, Vologeses exigió que Corbulón abandonara la cabeza de puente que había establecido al otro lado del Éufrates y que se retirara a la ribera siria del río. Los romanos respondieron que todas las tropas partas deberían abandonar Armenia primero y que sólo se marcharían de su posición cuando esto hubiera ocurrido. Se despachó entonces otra embajada parta a Roma. Sus demandas, unidas al interrogatorio del centurión que acompañaba a los partos, dejaron claro que el despacho oficial de Peto había ocultado la magnitud de su derrota. Inmediatamente se llamó a Roma al legado, pero Nerón anunció que sólo iba a recibir una reprimenda, comentando con acidez que, si a un hombre tan nervioso se le tenía en ascuas sobre cuál sería el destino que se le reservaba, probablemente acabaría por enfermar.[25]

Tácito no tenía nada bueno que decir de Nerón, ni siquiera en el inicio de su reinado cuando su gobierno no era tiránico. Sin embargo, hasta él aprobó la decisión del emperador de arriesgarse a «una guerra incierta», en lugar de someterse a «una paz vergonzosa». Se envió como legado de Siria a un nuevo gobernador, Caio Cestio Gallo, por lo que Corbulón se encontró de nuevo a cargo de la situación en Armenia, con autoridad para de-

clarar la guerra si ésta era necesaria para conseguir los objetivos de Roma. Se le asignó un *imperium* superior al del resto de gobernadores de la región, por lo que Tácito compara su posición a la de Pompeyo en la guerra contra los piratas. Recibió el refuerzo de otra legión, la *XV Apollinaris*, enviada desde Germania, lo que quería decir que contaba con siete legiones, pero la *IV Scythica* y la *XII Fulminata* se consideraron no aptas para el servicio y regresaron de guarnición a Siria. Reunió así un ejército de campaña formado por la *III Gallica*, la *V Macedonica*, la *VI Ferrata* y la *XV Apollinaris*, junto con *vexillationes* de las legiones de Egipto y de la frontera del Danubio, y una numerosa fuerza de infantería y caballería auxiliares. Antes de iniciar la invasión de Armenia, se ejecutaron las pertinentes ceremonias religiosas para purificar al ejército y se arengó a los hombres, recordándoles sus éxitos anteriores y adjudicándole a Peto toda la responsabilidad por el descalabro de Rhandeia.

La llegada de aquella numerosa fuerza romana bien adiestrada provocó el deseo inmediato de abrir negociaciones por parte de Vologeses y Tirídates, y los dos ejércitos se encontraron cerca de Rhandeia. Corbulón delegó en un hijo de Peto, que servía por entonces como tribuno en una de las legiones, para que tomara una patrulla y enterrara los restos de los hombres muertos en el 62. Después de una ronda de negociaciones, en que el general romano y el rey armenio, acompañados por una escolta de veinte hombres, se encontraron entre las dos líneas, donde desmontaron como señal de respeto para saludarse, se acordó la firma de un tratado. Tirídates depositó su diadema real frente a una estatua de Nerón y aceptó desplazarse hasta Roma para recibirla nuevamente de manos del emperador. Ambos lados hicieron un despliegue de fuerzas, disponiendo sus ejércitos en formación y ejecutando una serie de maniobras. En medio de la fuerza romana iba una tribuna de comandante, sobre la que, en un sillón de magistrado, se hallaba dispuesta una estatua de Nerón. Al invitar a Tirídates y a su séquito a una fiesta, Corbulón tuvo buen cuidado en explicarles en detalle la rutina habitual de un campamento romano, insistiendo siempre en la organización y la disciplina del ejército. Ese despliegue de poderío romano había sido, y lo seguiría siendo, un principio fundamental de la diplomacia romana durante siglos. Por lo que se refiere a los propios romanos, tales encuentros no eran nunca reuniones entre iguales, sino celebraciones evidentes de la supremacía romana.[26]

Finalmente, los romanos habían alcanzado su objetivo, el de conseguir formalmente que Tirídates reconociera el hecho de que su derecho al trono descansaba en la aprobación del emperador. Al quedar esto claro, se consideraba que el conflicto había acabado de la manera adecuada. A Corbulón no se le permitió ocupar Armenia y crear una provincia nueva, y aún menos

desencadenar una invasión a gran escala de Partia. A lo largo de estas campañas, su libertad de acción se vio siempre limitada por las instrucciones del emperador. No obstante, la supervisión de Nerón y de sus consejeros hizo posible la transferencia de refuerzos de otras provincias para consolidar la posición de las fuerzas en el este. A Corbulón se le concedió un período de mando más largo que el que cualquier otro general republicano, con excepción de Pompeyo o César, había conseguido asegurarse en circunstancias normales. Aunque contaba con mucha menor libertad en los niveles más elevados de la toma de decisiones estratégicas, en otros aspectos Corbulón controlaba e infundía ánimos a su ejército de la misma manera en que lo habían hecho los comandantes republicanos. Aunque ahora se operaba en un medio político bien distinto, los aristócratas romanos continuaban persiguiendo la gloria para sí mismos y para sus familias. Las disputas entre Corbulón y aquéllos de entre sus colegas que gobernaban las provincias vecinas, pues todos ellos trataban de eclipsar a los demás, constituye una clara reminiscencia de la rivalidad existente entre los gobernadores republicanos.

De un legado imperial se esperaba que fuese capaz de realizar sus tareas de manera competente, y muchos emperadores buscaron hombres de verdadero talento para dirigir las campañas más importantes, puesto que las derrotas eran una mala propaganda también para el emperador. No obstante, y al contrario de los comandantes republicanos que raramente debían aceptar una limitación de sus acciones hasta que abandonaban el cargo y regresaban a Roma, los legados estaban estrechamente controlados hasta donde lo permitían la distancia y la rapidez de las comunicaciones.

En el año 60 d.C., una buena parte de la provincia de Britania se había levantado en una revuelta liderada por Boadicea, reina de los icenos. Al iniciarse la rebelión, el legado Caio Suetonio Paulino, con dos de las cuatro legiones estacionadas en la provincia, acababa de ocupar la isla de Mona (la moderna Anglesey), centro principal del culto druídico. Fue ésta una de las escasas religiones que los romanos suprimieron de raíz, pues les disgustaba el importante papel de los sacrificios humanos desempeñado en los rituales druídicos, sabedores además de que la religión contribuía a unir a los elementos antirromanos en Britania y Galia.

Mientras Paulino estaba ocupado en el asalto a Mona y en acabar con los druidas y sus seguidores, hacía ya tiempo que la zona oriental de la provincia había alcanzado su punto de máxima tensión. El primer objetivo de los rebeldes fue la colonia de Camulodunum (Colchester), pues los habitantes de la zona se hallaban profundamente resentidos por la confiscación de sus tierras para entregarlas a los veteranos romanos allí asentados después de finalizar el servicio militar. Algunos de esos veteranos consiguieron atrincherarse en el sólido templo de Claudio durante dos días, pero la colonia no

contaba con fortificaciones adecuadas y el desenlace nunca se puso en duda. La furia de los britanos acabó en torturas y mutilaciones generalizadas mientras mataban a toda la población de la ciudad. Durante las semanas siguientes, Verulamium (St Albans) y Londinium (Londres) sufrieron el mismo destino. Los arqueólogos han descubierto un grueso estrato de materiales quemados en todos esos lugares, datado en la época de la revuelta de Boadicea.

La primera respuesta significativa del ejército romano llegó cuando una numerosa *vexillatio* de la *Legio IX Hispana* avanzó directamente contra el núcleo de la rebelión, esperando romper el ímpetu de los britanos con un despliegue de fuerza. En lugar de ello, los romanos debieron hacer frente a un ejército mucho más fuerte del esperado. Quizá en una emboscada o posiblemente en un ataque nocturno al campamento, fueron muertos casi todos los legionarios y sólo escaparon al desastre el legado de la legión y algunos jinetes. Paulino consiguió llegar a Londinium antes de que cayera, pero sólo contaba con un pequeño escuadrón de caballería, pues se había adelantado al grueso del ejército, que marchaba por detrás. Algunos refugiados se pusieron bajo la protección del gobernador y de su caballería, pero la mayoría de la población se quedó allí para acabar sufriendo una matanza. Una vez que hubo retrocedido para encontrarse con el ejército principal, Paulino contaba con unos diez mil hombres a su disposición. La *Legio IX* se hallaba demasiado maltrecha para desempeñar papel alguno en el resto de la campaña, pero el gobernador había enviado mensajeros pidiendo a la otra legión que operaba en Britania, la *II Augusta*, de guarnición en el sudoeste, que se reuniera con él. Por razones que se desconocen, el comandante en funciones, el prefecto Penio Postumo, se negó a contestar a la petición de Paulino. Por tanto, este último sólo contaba con sus propias tropas —la mayoría de la *Legio XIV Gemina* y una parte de la *Legio XX*, más algunas unidades auxiliares— para enfrentarse a Boadicea, cuyo ejército era muchas veces superior.

Paulino eligió un lugar —que no puede identificarse con seguridad— donde un desfiladero boscoso ofrecía protección a los flancos y la retaguardia. Su despliegue, con las legiones en el centro, la infantería auxiliar en los flancos y la caballería en las alas, era enteramente convencional. Lo mismo que Mario en Aquae Sextiae y que César contra los helvecios, mantuvo a sus hombres quietos y en silencio mientras la masa de britanos avanzaba hacia ellos. Sólo en el último momento dio la orden de que arrojaran sus *pila* y cargaran. La lluvia de aquellos pesados proyectiles rompió el ímpetu del avance de los británicos, pero los indígenas estaban tan apelotonados por la manera en que habían invadido en masa el desfiladero para lanzarse contra los enemigos, que ahora no podían retirarse. Lo mismo que le había sucedido al ejército romano en Cannas, los britanos se habían con-

vertido en una gran masa, incapaz de maniobrar o de luchar con eficacia. Lentamente, pero con firmeza, se vieron dominados por los romanos, aunque éstos pagaron un elevado precio por su victoria. Algo menos de un 10 % de los hombres de Paulino cayeron muertos o quedaron heridos, lo que suponía un índice de bajas muy elevado para un ejército victorioso en el mundo antiguo. En un solo día de lucha se quebró el espinazo de la rebelión. Boadicea consiguió huir, pero poco después se envenenó. Paulino y sus hombres efectuaron una campaña feroz hasta el invierno, con el fin de apagar todos los focos de resistencia, movidos por una rabia profunda, resultado de las atrocidades cometidas por los britanos.

La derrota de Boadicea constituyó uno de los grandes triunfos del reinado de Nerón, recompensándose a las unidades implicadas con la concesión de nuevos honores de combate. A la *Legio XIV* se le concedió el título de *Martia Victrix* (propia de Marte, el dios de la guerra, Victorioso), y es posible que la *Legio XX* consiguiera también el apelativo de *Victrix* por los servicios prestados en esta campaña. En su momento, la imaginación popular puso a Paulino y a Corbulón como rivales en la carrera por la gloria. No obstante, y a pesar de su hazaña, en el año 61 a.C. Paulino fue convocado a Roma, después de un informe de un representante imperial donde se afirmaba que había sido demasiado brutal en las medidas tomadas para aplastar toda resistencia. No es que les preocupara el bienestar de los habitantes de la provincia sino que, después de una evaluación pragmática, habían llegado a la conclusión de que era más probable que la clemencia condujera a una paz y una estabilidad a largo plazo en Britania. Corbulón se mantuvo dentro de los límites de acción y conducta exigida por el emperador, por lo que sirvió como legado un plazo mucho mayor del que era habitual en aquel tiempo. Otro de los hombres que consiguió ganarse la confianza del emperador de una manera similar fue Cneo Julio Agrícola, el suegro del historiador Tácito, quien ocupó el cargo de legado de Britania durante siete años, entre el 78 y el 84 d.C. En ese tiempo, amplió la provincia por el norte, levantando fortificaciones en el territorio recién conquistado. La biografía de Tácito profundiza fundamentalmente en estos años, tratando de mostrar cómo un senador podía todavía conseguir fama y respeto a la manera de los aristócratas incluso bajo un régimen represor. Los últimos años del mando de Agrícola fueron ya bajo gobierno de Domiciano, quien ordenaría posteriormente la ejecución de otro gobernador de Britania, Salustio Lúculo, simplemente por permitir que una lanza de caballería recién diseñada recibiera su nombre.[27]

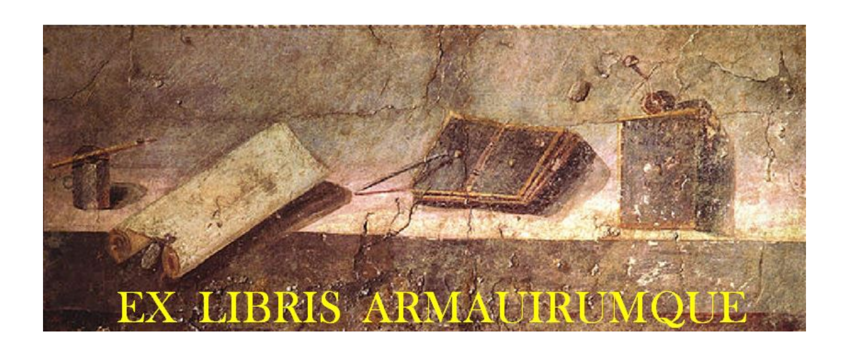
Corbulón y Agrícola consiguieron demostrar una gran capacidad sin convencer a sus respectivos gobernantes de que no albergaban ambiciones imperiales, por lo que no se les concedieron mandos relevantes. Ambos de-

mostraron su lealtad y vencieron en guerras en nombre del emperador. En ese proceso, consiguieron también para sí mismos la gloria y el respeto de otros senadores. Corbulón es el único general del Principado que no formaba parte de la familia imperial y que figura en las *Estratagemas* de Frontino, una recopilación de ardides inteligentes de algunos comandantes, escrita por el predecesor de Agrícola como legado de Britania. No obstante, una vez que esos hombres habían conseguido sus victorias y pasado a formar parte de las filas de los senadores más conspicuos, podrían llegar a representar una amenaza de primer orden para un emperador que careciera de hazañas militares personales. En el Principado, y particularmente bajo ciertos emperadores, la preeminencia iba acompañada de elevados riesgos. En el año 67 d.C. —o quizá posiblemente a comienzos del 66—, Nerón se embarcó en un viaje a Grecia. Fundamentalmente era una oportunidad de mostrar su talento artístico, aunque también tomó parte en los juegos olímpicos, convirtiéndose en el único participante en la historia que ganase todas las pruebas, incluso aquéllas que no llegó a completar. Antes de que Nerón y su séquito partiesen de Italia, una oleada de ejecuciones señaló el descubrimiento de una conspiración senatorial, aunque nos sea imposible afirmar si se trataba de algo real o imaginario. Uno de los presuntos cabecillas fue el yerno de Corbulón, Lucio Annio Viniciano, que había sido legado de la *Legio V Macedonica* en Armenia y que había escoltado a Tirídates a Roma. Corbulón fue convocado por Nerón a Grecia donde se le consintió evitar la ejecución a cambio de suicidarse, un gesto que, generalmente, permitía a la familia del condenado heredar sus propiedades. Poco después, y de manera parecida, se hizo llamar a los legados de las dos provincias germanas, a quienes se les ordenó también que se suicidasen. El cargo de legado imperial era, por muchos motivos, incluso más precario que el de comandante de un ejército romano durante las guerras civiles que señalaron la caída de la República.[28]

Notas

1. Frontino, *Stratagems* 4. 7. 2.
2. Sobre la relación entre el *princeps* y el ejército, véase B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army, 31 BC-AD 235*, 1984.
3. Suetonio, *Augustus* 25. 4. La segunda cita era en realidad de Eurípides, *Phoenisae* 599, donde se la emplea irónicamente. Una buena parte de esa misma idea la expresa Apiano, *Iberica* 87.
4. Un examen sobre ello en D. Potter, «Emperors, their borders and their neighbours: the scope of imperial *mandata*», en D. Kennedy, *The Roman Army in the Near East, Journal of Roman Archaeology Supplementary Series 18*, 1996, pp. 49-66.

5. *Inscriptiones Latinae Selectae* 986 (trad. de Campbell, 1984, pp. 359-361).
6. Tácito, *Annals* 11. 18.
7. Tácito, *Annals*, 11. 19-20.
8. Sobre los ejércitos partos, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, 1996, pp. 60-68; sobre el Estado parto, véase N. Debevoise, *The Political History of Parthia*, 1938, M. Colledge, *The Parthians*, 1967; sobre la relación entre Roma y Partia, véase B. Isaac, *The Limits of Empire*, 1992, pp. 19-53, B. Campbell, «War and Diplomacy: Rome and Parthia, 31 BC-AD 235», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, 1993, pp. 213-240, y D. Kennedy, «Parthia and Rome: eastern perspectives», en Kennedy (1996), pp. 67-90.
9. Craso y Carrahae, Plutarco, *Crassus* 17-33.
10. Plutarco, *Antonius* 37-51.
11. Tácito, *Annals* 13. 6-8.
12. Tácito, *Annals* 13. 9. Sobre el reclutamiento, véase J. Mann, *Legionary Recruitment and veteran settlement during the Principate*, 1983, y P. Brunt, «Conscription and volunteering in the Roman Imperial Army», *Scripta Classica Israelica* 1, 1974, pp. 90-115.
13. Véase B. Isaac, *The Limits of Empire*, 1992, pp. 24-25, y E. Wheeler, «The laxity of the Syrian legions», en Kennedy (1996), pp. 229-276.
14. Tácito, *Annals* 13. 35.
15. Tácito, *Annals* 13. 3; sobre la identidad de las legiones bajo Corbulón, véase H. Parker, *The Roman Legions*, 1957, pp. 133-135.
16. Tácito, *Annals* 13. 36 y Frontino, *Strat.* 4. 1. 21 y 28.
17. Tácito, *Annals* 13. 37-39.
18. Tácito, *Annals* 13. 39.
19. Tácito, *Annals* 13. 40-41.
20. Frontino, *Strat.* 2. 9. 5.
21. Tácito, *Annals* 14. 23-26.
22. Tácito, *Annals* 15. 1-3.
23. Tácito, *Annals* 15. 4-6.
24. Tácito, *Annals* 15. 7.
25. Tácito, *Annals* 15. 8-17.
26. Tácito, *Annals* 15. 18. 24-31.
27. Paulino, en Tácito, *Annals* 14. 29-39; Agrícola, en Tácito, *Agricola passim*; Lúculo, en Suetonio, *Domitianus* 10.
28. Tácito, *Annals* 15. 28, sobre el papel de Annio en la campaña oriental; sobre la política detrás de ese supuesto complot, véase M. Griffin, *Nero: the End of a Dinasty*, 1984.



CAPÍTULO 12

UN JOVEN CÉSAR: TITO Y EL SITIO DE JERUSALÉN, 70 D.C.

Titus Flavius Sabinus Vespasianus (41-81 d.C.)

> Al advertir que su seguridad dependía únicamente de su habilidad personal, hizo volver la cabeza a su caballo y, exhortando a los suyos a que le siguieran, se lanzó en medio del enemigo, peleando por abrirse camino hacia donde estaban los demás... De toda aquella lluvia de flechas disparadas contra Tito, que iba sin casco ni coraza —pues había ido hacia la primera línea no a luchar, sino en labor de reconocimiento—, ninguna dio en su persona.[1]

El año 68 d.C., abandonado por el Senado y por su propia guardia pretoriana, Nerón ordenó a uno de los últimos esclavos fieles que aún permanecían a su lado que le diese muerte. Así pereció el último de los Julio-Claudios. No dejó herederos y fue Galba, el legado en España, quien se hizo con el poder. Éste recibió el apoyo de la legión de guarnición en su provincia y el de la guardia pretoriana —ante la promesa de entregar un considerable botín a todo aquel que se le uniera—. Sin embargo, el nuevo emperador no cumplió esta promesa y murió linchado por una multitud de pretorianos a los siete meses de haber tomado el poder. Su sucesor, Otón, se abrió camino mediante sobornos, pero sólo mantuvo el poder noventa y cinco días antes de suicidarse, al recibir noticias de la derrota de su ejército a manos de Vitelio, un rival con el cargo de legado en la Germania Inferior. Éste consiguió atraer a su causa el grueso de los ejércitos del Rin e invadió Italia. Se encontró enfrentado muy pronto, a su vez, al desafío de las legiones de las provincias orientales, dirigidas por Vespasiano, el legado de Judea. Derrotado su ejército en el valle del Po y asaltada por el enemigo la

propia Roma, Vitelio fue brutalmente asesinado ocho meses después de haber alcanzado el poder.

Vespasiano fue el cuarto hombre en convertirse en *princeps* en sólo doce meses, y los acontecimientos recientes demostraban abiertamente el poder de las legiones para poner y quitar emperadores. Después de casi un siglo de paz interna, el Imperio se había sumergido en una guerra civil tan salvaje como las que habían marcado las décadas finales de la vida de la República. Al contrario que en los conflictos ocurridos en el siglo I a.C., la Guerra Civil de los años 68-69 d.C. no fue provocada por la existencia de rivalidades políticas venidas de antiguo. Por lo general, los líderes eran legados bastante corrientes que se habían encontrado al mando de ejércitos poderosos en un momento de vacío de poder en el centro del Imperio. Si exceptuamos a Vespasiano, ninguno de ellos había mandado recientemente legiones en campaña, por lo que no habían tenido oportunidad de crear lazos basados en una experiencia común y en la confianza mutua. En lugar de eso, confiaban en ganarse al ejército y a la mayoría de sus oficiales, de su provincia y de las vecinas. Así, una vez más, unos soldados romanos se veían dispuestos a luchar de buena gana contra otros romanos a favor de generales que les prometían recompensas. Vitelio había licenciado a los pretorianos de Otón y reclutado nuevas cohortes para su guardia entre sus propias legiones. El apoyo a Vespasiano de las legiones de Siria fue mucho más entusiasta cuanto que se había extendido el rumor de que Vitelio planeaba acantonarlas en el Rin y enviar las guarniciones de aquellas provincias a ocupar los acuartelamientos de Oriente, mucho más confortables.[2]

Vespasiano demostró ser un hombre capaz y comedido, uno esos pocos hombres cuyo carácter no acaba degenerando rápidamente bajo las tentaciones que supone la ocupación del poder supremo. Su familia no formaba parte de la vieja aristocracia y fueron él mismo y su hermano Sabino los primeros de sus miembros en ingresar en el Senado. La riqueza que les permitió conseguirlo procedía de una serie de fuentes no muy respetables, entre las que se contaban la recaudación de impuestos y la cría de mulas, y la propia carrera de Vespasiano estuvo marcada por fluctuaciones de fortuna. En el año 43 d.C. ocupaba el cargo de legado legionario, al mando de la *Legio II Augusta* que tomó parte en la gran expedición de Claudio a Britania. Vespasiano desempeñó un papel de primer orden en la batalla decisiva —probablemente en el río Medway— contra la poderosa confederación tribal dirigida por los hermanos Caractaco y Togodumno, para operar a continuación de manera independiente, con su propia legión y los auxiliares de apoyo, contra los pueblos del sudoeste. Claudio se mostró verdaderamente exagerado en la concesión de honores y condecoraciones a los participantes de esa campaña, su única guerra importante, y Vespasiano fue uno de los que recibieron las

triumphalia, honor inusual para alguien de su categoría. A pesar de todo, en realidad nunca llegó a ser uno de los hombres más importantes del Senado y, durante algún tiempo, se retiró prácticamente de la vida pública. Posteriormente, disfrutó del favor de Nerón por algún tiempo, hasta que su costumbre de irse de manera brusca de los recitales musicales del emperador antes de finalizar o de adormilarse en ellos condujo a su exclusión de la corte.

Figura demasiado oscura y mal relacionada como para considerársele un rival potencial, el hecho de que Vespasiano cayera en desgracia ante el emperador no acabó en su ejecución y, en el año 67 d.C., fue enviado como legado a Judea, donde el año anterior había estallado una revuelta. Había ocupado todos los cargos previos a la obtención del mando de una provincia imperial y ganado cierta reputación en Britania, pero su nombramiento debió mucho más a ese sentimiento de que nunca constituiría una amenaza para el emperador. Como un seguro más, Nerón conservó con él en Roma a Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, en calidad de rehén. Es dudoso que alguien, ni siquiera él mismo, considerara seriamente a Vespasiano como posible candidato al trono hasta que la Guerra Civil estaba ya en marcha. Incluso después del fallecimiento de Nerón, reconoció abiertamente la autoridad primero de Galba y, a continuación, de Otón, declarándose emperador sólo después del suicidio de este último.[3]

Las victorias de los subordinados hicieron emperador a Vespasiano, pero sólo su propia habilidad política evitó que su principado fuera tan breve como el de sus inmediatos predecesores. Y lo que es más importante, debió privar a los gobernadores provinciales de cualquier oportunidad de volver sus ejércitos contra él. Lo mismo que Augusto, iba a hacer amplio uso de sus parientes y partidarios —todos aquellos hombres que veían sus intereses asegurados por la continuidad del nuevo régimen—, para librar las más importantes guerras de su reinado. El nuevo emperador necesitaba éxitos militares para celebrarlos, pues la gloria así conseguida era todavía uno de los atributos más importantes de un *princeps*. El servicio activo mantenía ocupados a los ejércitos y menos dispuestos a amotinarse o revolucionarse, en especial si tenían jefes en quienes poder confiar. Vespasiano consideraba especialmente importante una guerra pues, a pesar del rápido progreso realizado para su conclusión, la Guerra Civil había evitado que pusiese fin a la campaña de Judea. Aunque la mayoría de la provincia se encontraba de nuevo bajo control romano, la gran ciudad de Jerusalén y un puñado de pequeñas fortalezas permanecían en manos de los rebeldes. Un emperador nuevo y todavía poco seguro no podía permitir la existencia de una relación personal con una guerra que aún no hubiera concluido con una rotunda victoria romana. Era preciso tomar Jerusalén tan pronto como fuera posible y de una manera que no quitara mérito a los anteriores logros de

Vespasiano en el conflicto. Por tanto, en la primavera del 70, la tarea de sitiar la ciudad y aplastar el núcleo de la rebelión recayó sobre Tito, primogénito del emperador, que entonces contaba veintinueve años de edad.

El asedio de Jerusalén es la operación efectuada por el ejército romano descrita con mayor detalle. La ciudad ocupaba una fuerte posición natural y se hallaba espléndidamente fortificada con tres líneas principales de murallas, por lo que, durante los cinco meses de sitio, los romanos se vieron obligados a ir tomando sector por sector, siguiendo a un asalto difícil, otro y otro más. Su coste fue elevado, tanto en bajas como en el nivel de entusiasmo de los supervivientes, y en ocasiones la moral de los legionarios cayó hasta el más bajo de los niveles. Tito debió enfrentarse a una tarea extremadamente difícil, pero que, por razones políticas, debería realizarse tan pronto como fuera posible. La toma de Jerusalén proporciona un ejemplo espléndido de la naturaleza de la guerra de sitios y de los peculiares problemas que ésta le suponía a un comandante. Nuestro conocimiento de la campaña se ve ampliamente reforzado por el trabajo arqueológico que nos permite una reconstrucción muy adecuada del plano de Jerusalén en la época del Segundo Templo. El principal relato literario nos lo ofrece el historiador judío Josefo, que escribió en Roma su historia de la rebelión judía bajo el patronazgo de Vespasiano y de Tito. La adulación a ambos, especialmente al segundo, a quien a menudo llama simplemente César, es frecuente y evidente, como puede comprobarse en el siguiente pasaje:

> De esta forma, si debemos decir toda la verdad, sin añadir una sílaba de adulación y sin, por ello, contener la envidia, César rescató personalmente a toda la legión cuando se encontraba en peligro, y consiguió que levantara trincheras alrededor de su campamento sin verse molestada.[4]

A pesar de su enorme dosis de adulación, Josefo estuvo presente en el cuartel general de Tito durante el operativo y describe los acontecimientos con gran lujo de detalles, ofreciéndonos con mucho el mejor retrato del ejército del Principado en campaña. Estaba también particularmente bien situado para describir el conflicto, pues había iniciado la guerra en calidad de general nombrado por el gobierno rebelde y había peleado contra los romanos antes de rendirse y convertirse en colaboracionista. Su actitud para con los jefes rebeldes fue extremadamente hostil, pero mostraba una gran satisfacción al presentar el heroísmo de muchos de los luchadores judíos y de las derrotas que infligieron a los romanos. Mejor que en cualquier otro conflicto, si dejamos a un lado las guerras civiles, la rebelión judía podemos contemplarla desde la perspectiva de ambos bandos, y no simplemente desde el punto de vista romano.[5]

La rebelión judía

Judea se convirtió en una provincia gobernada directamente después de la muerte de Herodes el Grande, el año 4 a.C. Esta situación desencadenó una revuelta inmediata que fue, entonces, reprimida con gran brutalidad por Varo, el legado de Siria. Herodes se había revelado como un consumado político, apoyando a Antonio en la Guerra Civil y, a pesar de ello, ganándose a continuación, después de Actium, el favor de Octaviano y consiguiendo de esa manera retener el trono. Sin embargo, nunca fue popular entre sus súbditos, que le veían como a un extranjero —era idumeo, por lo que no se le consideraba propiamente judío—, impuesto por una potencia gentil. Los gobernadores romanos que le sucedieron tuvieron aún menos éxitos en sus intentos por ganarse el corazón y la mente de la población. Esos hombres no eran senadores, pues Judea era una provincia menor que contaba con una pequeña guarnición auxiliar, sino ecuestres con el título de prefectos, aunque, hacia el año 40 d.C., recibían el cargo de procuradores.

No era una provincia fácil de controlar, pues la cultura y la religión de su población monoteísta la alejaban del resto del mundo romano politeísta. En tanto que paganos, a los judíos (y después a los cristianos) se les consideraba como perversos, casi como ateos, pues negaban la existencia de otros dioses.[6] Incluso aunque se les hubiera concedido la ciudadanía romana, los tabúes religiosos impedían que los aristócratas judíos siguiesen una carrera al servicio imperial. Por tanto, era imposible absorberlos en el seno de la élite del Imperio siguiendo el mismo camino con que las familias nobles de otras provincias disfrutaron, con el tiempo y cada vez más, de cargos en el ejército y la administración, llegando finalmente a alcanzar el rango de ecuestres e ingresando incluso en el Senado. Los procuradores concedieron un papel predominante en la administración y, en especial, en la dirección del Gran Templo a las familias de los sumos sacerdotes de Jerusalén, pero su capacidad para controlar a la población en general era limitada. Numerosos judíos estaban ansiosos por reconocer líderes religiosos al margen de la aristocracia, y éstos eran, a menudo, personas de origen humilde, como Juan el Bautista o el Ungido, a quien un adolescente Josefo siguió durante algún tiempo. En conjunto, los judíos poseían un sentimiento de su propia identidad como nación muy superior al de la mayoría de los demás pueblos que habían caído bajo la dominación romana. Cada año, la festividad de la Pascua les recordaba la huida de la esclavitud en Egipto y, más recientemente, tenían el recuerdo de la revuelta victoriosa de los Macabeos contra el dominio del Imperio seléucida en el siglo II a.C.[7]

La religión y los rituales relacionados con el Gran Templo de Jerusalén actuaban como recordatorios continuos de la identidad judía, pero la

sociedad se hallaba extraordinariamente dividida en sectas y doctrinas a propósito de la interpretación de la ley. Los judíos de Judea no consideraban a los galileos como auténticos judíos, mientras que ambos abominaban de los samaritanos, que ocupaban la Palestina central y que contaban con culto y templo propios. Las tres principales sectas religiosas judías (farisea, saducea y esenia), no estaban de acuerdo en numerosos temas y, frecuentemente, se dividían por disensiones internas. La actitud adecuada ante el gobierno romano era, a menudo, motivo de polémica, y a muchos de los líderes religiosos populares que aparecían periódicamente se les contemplaba como a revolucionarios que incitaban a la rebelión. En la década de los años 30, a Jesús se le cuestionó públicamente su actitud ante los impuestos —«dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»— y finalmente fue ejecutado como un rebelde —«no tenemos otro rey, sino el César»—. Los problemas económicos dividían aún más a la sociedad, pues la ilegalidad y el bandidaje se habían convertido en un desafío recurrente a la paz y la estabilidad. A poco que se lea bajo la superficie de los Evangelios, en ellos aparece la violencia, con historias de viajeros que eran atacados y golpeados o de terratenientes absentistas, y discípulos con nombres revolucionarios, como Simón el Zelote o Judas Iscariote. Barrabás, que sería puesto en libertad por Poncio Pilato en lugar de Cristo, según Marcos, se hallaba en prisión por haber dirigido una insurrección en Jerusalén. Al menos algunos de los bandidos probablemente tenían motivaciones religiosas o políticas, pero el impacto de sus acciones (como ha ocurrido tan a menudo a lo largo de la historia) calaba mucho más entre los pobres.

Judea era una región conflictiva, en lucha por hacerse un lugar en el sistema romano y sometida con frecuencia a procuradores incapaces de comprender sus singularidades y, muy a menudo, corruptos y represores. Estallidos esporádicos de revuelta tuvieron lugar ya desde el año 4 a.C. y, finalmente, desembocaron en el verano del 66 d.C. en una rebelión de mayor importancia. El procurador marchó sobre Jerusalén para reprimir el levantamiento haciendo una demostración de fuerza, pero sufrió una derrota. En pocos días, se hizo una matanza en la guarnición de Jerusalén. El legado de Siria, Caio Cestio Galo, reunió a toda prisa un ejército de campaña para lanzarse contra los rebeldes, llegando a las afueras de la ciudad en octubre. Su fuerza tenía como base la *Legio XII Fulminata*, que había sufrido una derrota humillante cuando se hallaba bajo el mando de Peto, en Rhandeia, cuatro años antes, reforzada con *vexillationes* de la *III Gallica*, la *VI Ferrata* y la *X Fretensis*. Éstas contaban con el apoyo de algunos auxiliares regulares, y un gran número de levas recientemente reclutadas y mal disciplinadas. No era un ejército cuidadosamente preparado, adiestrado o suministrado adecuadamente para la guerra, pero Galo estaba siguiendo la

habitual práctica romana de responder a una insurrección lo más rápidamente posible, esperando que un contraataque inmediato y armado de confianza detendría la rebelión antes de que ésta tomara impulso.

Sorprendido por la fuerza de la resistencia, Galo sufrió algunas derrotas menores y, decidiendo que no tenía esperanza alguna de tomar la ciudad, abandonó el asedio y se alejó. Esa retirada se convirtió rápidamente en desastre, cuando la columna romana fue destrozada de manera implacable mientras descendía por el estrecho paso de Beth-Horon. Al final de la campaña, habían perecido cinco mil setecientos ochenta soldados romanos y la *XII Fulminata* había perdido su águila. (Josefo no hace mención a la captura de este trofeo por los rebeldes, por lo que pudo muy bien suceder que se perdiera en medio de la confusión. Si así fuera, eso no eliminaría la desgracia por la pérdida del preciado estandarte y símbolo del orgullo de la legión.) Galo falleció poco después, probablemente a causa de alguna enfermedad.[8]

A finales del 66 o principios del 67, se envió a Vespasiano para que se hiciera cargo de la guerra en Judea, al tiempo que Caio Licinio Muciano se convirtió en legado de Siria para encargarse de la administración normal de la provincia. Hubo entonces un acuerdo en la estructura de mando muy similar a aquél por el que Corbulón había sido enviado al este para que lidiase con el problema armenio. En el momento en que Vespasiano fue nombrado para hacerse cargo de Judea quizá Corbulón ya hubiera fallecido, pero es poco probable que se le hubiera hecho entrega de otro mando, aunque no hubiera caído en desgracia. El ideal de la clase senatorial —pero no siempre el de los senadores a título individual—, era el de que las oportunidades para alcanzar gloria militar debían compartirse al máximo. Vespasiano, de cincuenta y siete años, no había servido aún como legado provincial, pero poseía una hoja de servicios militar muy completa y la confianza evidente de un emperador, que se había puesto recientemente muy nervioso por la ambición demostrada por algunos de los más importantes senadores. Tácito le describió como el comandante romano ideal, «activo en la guerra y acostumbrado a marchar a la cabeza de la columna, a elegir el emplazamiento del campamento, y a destrozar al enemigo día y noche con su habilidad táctica y, si la ocasión lo requería, con sus propias manos; su ración era aquella que le proporcionaba la fortuna y en cuanto a vestimenta y estilo de vida se parecía mucho a los de un soldado cualquiera».[9] En el año 67, Vespasiano desencadenó una invasión de Galilea a gran escala, adecuadamente preparada, arrasando aquellas ciudades amuralladas y pueblos que se negaron a rendirse.

Durante toda la revuelta, los judíos no consiguieron formar nunca un ejército de campaña eficaz y el conflicto se vio dominado por los asedios.

Vespasiano recibió en Jotapata la rendición del comandante rebelde Josefo, que se había escondido en una cueva con un grupo de fieles seguidores, decididos todos ellos a suicidarse antes que entregarse. El futuro historiador, quien admite que no sintió ningún entusiasmo por ese gesto, convenció a sus compañeros para que echaran a suertes quién de ellos sería el encargado de acabar con la vida de los demás. Milagrosamente —aunque el lector se incline a sospechar una causa menos honorable—, Josefo y otro más serían quienes se darían muerte los últimos; después de haber visto cómo los restantes acababan unos con otros, ambos decidieron que la rendición era, de hecho, la manera más razonable de actuar. El general rebelde fue llevado a presencia de Vespasiano, donde servilmente declaró que un día llegaría a ser emperador, acción ésta que, posteriormente, llevaría a la liberación de Josefo y a recibir un trato de favor cuando se cumplió la «profecía».[10]

En el año 68, el ejército romano se dividió para reprimir Idumea, Perea y prácticamente toda Judea, pero el año siguiente fue testigo de muy escasos combates, ya que Vespasiano concentró sus esfuerzos en el intento por conseguir el trono. Después de aquella victoria inicial del año 66, la sucesión ininterrumpida de derrotas que habían sufrido los judíos había desacreditado ya, en ese momento, al gobierno esencialmente aristocrático formado en los inicios del levantamiento. En su lugar, había tomado el poder un grupo de líderes mucho más radical. A comienzos del año 70, Jerusalén quedaría dividida entre tres facciones, dos de ellas seguidoras del movimiento zelote y dirigida la otra por Simón bar Giora. Sin que los romanos intervinieran, esos líderes se dedicaron a pelear entre sí en su lucha por el poder. Después de un abundante derramamiento de sangre, se cerró la brecha abierta en el movimiento zelote, y se reconoció como líder a Juan de Gischala —un hombre que había sido el más enconado rival de Josefo por el control de Galilea—. La hostilidad entre los zelotes y los partidarios de Simón continuó con la misma intensidad, suponiendo una gran pérdida de vidas entre la población e importantes destrucciones de almacenes de víveres, cuya falta se dejaría sentir con fuerza meses después. Sólo la llegada de los romanos a las afueras de la ciudad acabaría finalmente provocando una unión a desgana y desconfiada contra el enemigo común.

Tito y su ejército

Hasta la repentina elevación de su padre al poder supremo, la carrera de Tito había sido bastante convencional. Sirvió como tribuno senatorial en una legión en Germania y Britania, quizá en la época de la rebelión de Boadicea, en los años 60-61 d.C. Cuando a Vespasiano se le entregó el mando

de Judea, fue nombrado como legado de la *Legio XV Apollinaris*, una unidad que había entrado algo en servicio al final de la campaña de Corbulón, pero que carecía de la experiencia de la mayor parte del resto del ejército. Con veintisiete años, Tito era más joven que muchos legados legionarios, y su elección reflejaba aquella vieja y bien establecida tradición de los senadores consistente en fiarse de miembros de la familia para que sirvieran como sus subordinados principales. En Armenia, una de las legiones de Corbulón la mandaba su yerno Viniciano, mientras que el hijo de Cesenio Peto fue tribuno a su mando. Ésa fue otra de las prácticas que no se vio alterada por la aparición del Principado, aunque quizá favoreció sólo y de manera especial a aquellos jefes a quienes se permitía elegir a sus propios legados. El joven Tito poseía una figura vivaz, atlética y elegante —el rostro redondo como el de su padre, pero más suave—, y según el tópico ya familiar, tan habilidoso montando y manejando sus armas personales como dirigiendo a las tropas a su mando. Había desempeñado un papel distinguido en las campañas de Galilea y Judea, ordenando ataques victoriosos en Jafa, Tarichaea —donde condujo la caballería en medio de las olas del mar de Galilea para entrar en la ciudad por un lugar que carecía de defensas— y Gamala, y convenció a Gischala de que se rindiera si no quería verse obligado a enfrentarse con un ataque parecido.[11]

Jerusalén era una posición mucho mayor y mejor fortificada que cualquiera de aquellas otras pequeñas comunidades, y para esa tarea Tito se puso al frente de una fuerza de campo mucho más numerosa que cualquiera de las que su padre había concentrado en un solo lugar. Se basaba en cuatro legiones, la *V Macedonica*, al mando de Sexto Vettuleno Cerealis, la *X Fretensis*, dirigida por Aulo Larcio Lépido Sulpiciano, la *XII Fulminata*, y la *XV Apollinaris*, mandada por Marco Tittio Frugi. También se hallaba presente, ocupando un lugar preferente en los *consilia* del general, Tiberio Julio Alejandro, un judío alejandrino que había abandonado la práctica formal de su religión para seguir una carrera al servicio del Imperio. Se desconoce la identidad del comandante en jefe de la *XII Fulminata*. Era la primera vez que esta legión iba a entrar en servicio activo después de la desastrosa campaña del 66 y su reputación seguía manteniéndose baja, aunque Josefo afirma que los soldados se hallaban especialmente sedientos de venganza. Un par de inscripciones hacen suponer que, después del desastre, uno de los centuriones primeros de la unidad fue trasladado a la *X Fretensis* con un grado inferior. Una degradación de esa clase —ya sea obligada o voluntaria, con la finalidad de desligarse del estigma de la derrota—, no tiene paralelo alguno en las pruebas de que disponemos sobre las carreras de los centuriones.

Todas las legiones, especialmente la *V*, la *X* y la *XV*, estaban por debajo de su fuerza habitual como resultado de bajas en las campañas y del des-

gaste sufrido, así como también por haber enviado destacamentos con el ejército que había marchado a Italia para derrotar a Vitelio. Para compensar esas pérdidas, el ejército se había reforzado con una *vexillatio* de dos mil hombres de la *III Cyrenaica* y de la *XXII Deiotariana*, estacionadas en Egipto, y con otras quintas del ejército de Siria.[12] El contingente egipcio apenas contaba con hombres, si es que había alguno, con cierta experiencia en combate, pero iba a actuar con verdadera valentía al menos en una ocasión. Estaba mandado por el prefecto Frontón Aterio. Como apoyo de las legiones, contaba con ocho *alae* de caballería auxiliar y veinte cohortes de infantería, junto con las fuerzas enviadas por algunos reyes tutelados de la zona, cuyas tropas estaban en buena medida adiestradas y equipadas siguiendo el modelo de los auxiliares regulares. Con todas ellas, Tito tenía bajo su mando una fuerza de combate de entre treinta mil y cuarenta mil soldados, junto con una gran cantidad de esclavos del ejército y de seguidores de los campamentos.[13]

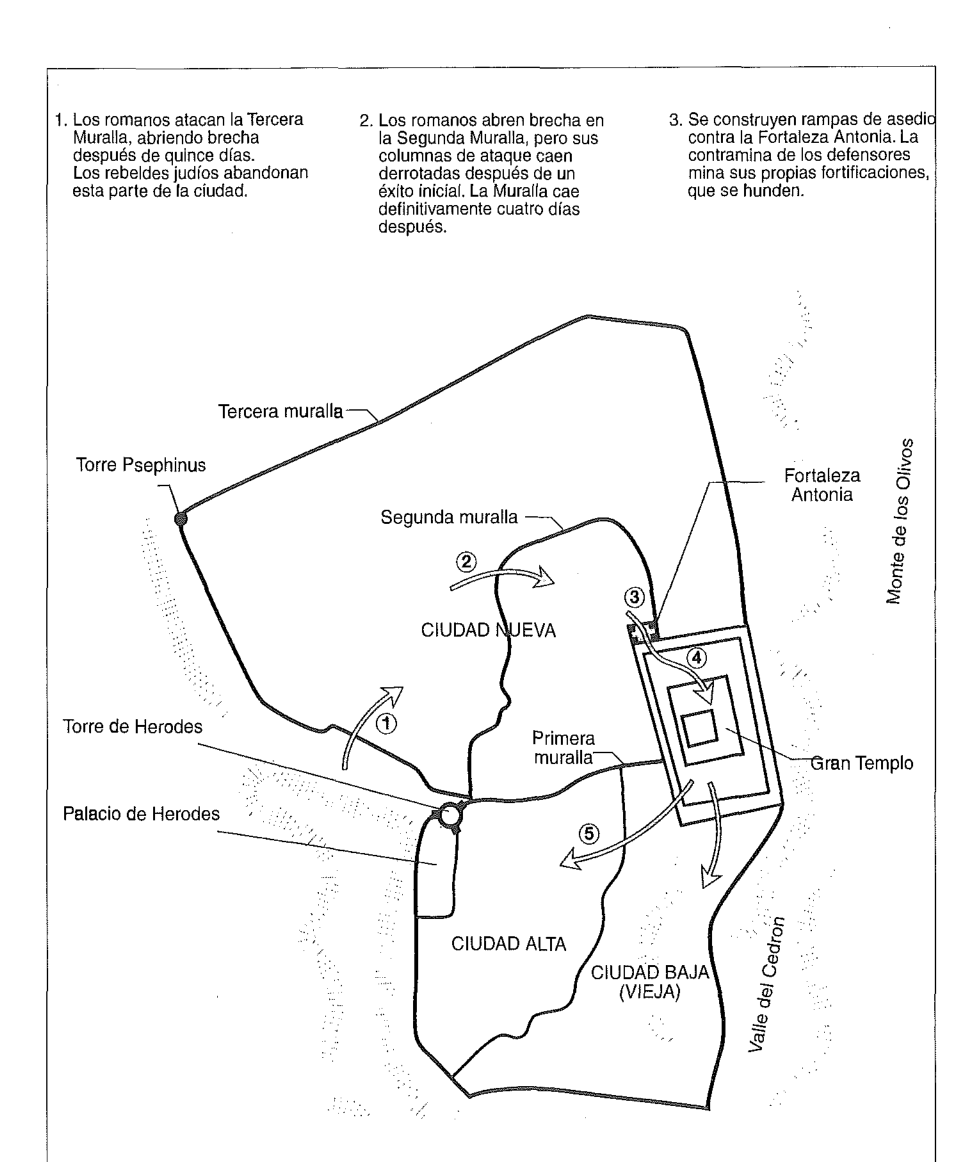
Se trataba de una fuerza formidable, incluyendo una elevada proporción de soldados experimentados, pero la tarea que tenían por delante era extremadamente difícil, pues Jerusalén se hallaba espléndidamente protegida por fortificaciones naturales y otras levantadas por los defensores. Se encontraba sobre dos colinas, la del este mucho menos elevada que la otra. En la época del Antiguo Testamento, la ciudad se había situado en la colina más baja, que estaba aún rodeada por sus propias murallas y que incluía el Gran Templo —conocido como el Segundo Templo (para diferenciarlo del primero, construido originalmente por Salomón)—. El Segundo Templo había sido reconstruido a escala mucho mayor por Herodes el Grande, quien dejaría su impronta en buena parte de la ciudad. Le había añadido una torre más ancha, coronada por una torreta en cada esquina, en el ángulo nordeste del templo, y conocida como la fortaleza Antonia, por el nombre de su patrocinador Marco Antonio. Incluso sin este refuerzo, el templo era prácticamente una fortaleza, aunque en su interior aún se estaban realizando obras cuando estalló la rebelión contra Nerón. Posteriormente, bajo los Asmoneos, la ciudad se extendió hasta ocupar la segunda colina, mucho más extensa, una zona que se vio inmediatamente rodeada al norte por otra muralla, conocida por lo general como el segundo muro (el primero era el que rodeaba la Ciudad Vieja). El palacio de Herodes y algunos otros monumentos, en especial las tres sólidas torres que llevaban nombres de su familia (una zona que actualmente se conoce como «la ciudadela»), se levantaron en la Ciudad Nueva. En el siglo I d.C., continuó su expansión, erigiéndose numerosos edificios fuera de la segunda muralla, hasta que, en el año 66, se levantó una tercera muralla exterior para defender este suburbio. Era la más débil de las fortificaciones, pues las estructu-

ras más antiguas eran obras de un tamaño y una calidad en los materiales y la mano de obra excepcionales. Por el este, la colina más baja se hallaba defendida además por el valle del Cedron, al otro lado del cual se levantaba el monte de los Olivos. Efectuar un asalto siguiendo esta dirección hubiera sido extremadamente difícil y, de hecho, ni siquiera se intentó.[14]

Nuestras fuentes más antiguas no nos proporcionan una cifra fiable de la población de la ciudad en el año 70 d.C., ni tampoco del número de defensores activos. Ciertamente, Jerusalén era una comunidad excepcionalmente grande para los niveles del mundo romano, pero hablar de un millón de habitantes, como dice Josefo, o incluso de seiscientos mil, como Tácito, parece demasiado exagerado. Josefo afirma que Simón tenía a su mando una fuerza de diez mil partidarios suyos y cinco mil aliados idumeos, mientras que Juan contaba con ocho mil cuatrocientos zelotes. Estos hombres bien armados y muy motivados formarían la principal fuerza de combate durante el asedio, pero, en diferentes momentos, su número se vería incrementado por la presencia de numerosos ciudadanos del común. Los zelotes controlaban el Templo y la mayor parte de la zona circundante, mientras los hombres de Simón defendían casi toda la Ciudad Nueva.[15]

Preliminares y toma de la primera muralla, finales de abril-mayo del 70

El ejército romano se aproximó formando varias columnas, la mayor parte de ellas procedentes del oeste, excepto la *X Fretensis*, que había estado de guarnición en Jericó casi todo el año anterior y avanzaba desde esa dirección. Como era muy improbable que los romanos se encontraran con una fuerza enemiga en campo abierto, el ejército no avanzaba en orden de batalla; no obstante, se movía con cautela y bajo el control estricto de Tito y de sus oficiales. El orden de marcha de la columna principal era muy parecido al adoptado por Vespasiano en el 67 d.C. La vanguardia estaba formada por auxiliares y tropas aliadas, la mayor parte en formación cerrada, pero llevando probablemente como pantalla piquetes de caballería y grupos de arqueros, así como infantería ligera, encargados de explorar cualquier indicio de la existencia de una emboscada. Inmediatamente detrás iban los oficiales y los soldados responsables de planificar e iniciar la construcción del campamento de marcha para pasar la noche. A continuación marchaba el convoy de bagajes de los oficiales, seguido por Tito y su estado mayor, custodiado por sus *singulares* —un cuerpo de guardia de élite de infantería y caballería, elegido entre los miembros de las unidades auxiliares— y de ciento veinte jinetes que mantenía cada legión. Después, avanzaba el con-



Sitio de Jerusalén

voy con las piezas de artillería necesarias para el asedio y, a continuación los jefes de las unidades auxiliares, cada uno con una escolta poco numerosa. Es de creer que iban juntos, en lugar de marchar con sus unidades, porque, de esa manera, era más fácil que Tito pudiera dictarles órdenes. Detrás iban las legiones, cada una de ellas precedida por su águila y otros estandartes reunidos y escoltados por trompeteros, y seguidas por su convoy de provisiones y sus esclavos. Finalmente, la retaguardia la formaban el resto de los auxiliares y de las tropas aliadas.[16]

Cuando las fuerzas se acercaron a la ciudad, Tito cabalgó al frente para efectuar un reconocimiento, escoltado por seiscientos jinetes, probablemente sus *singulares.* No llevaba ni casco ni armadura, pues no había pensado luchar, sino sencillamente observar y juzgar el ambiente y el entusiasmo de los defensores. En un primer momento, la aparición de la patrulla romana no provocó respuesta alguna desde la ciudad hasta que, en un momento en que cabalgaban sin tomar precauciones, en paralelo a las murallas, un grupo de rebeldes realizó una salida súbita. Durante unos instantes, el general romano quedó aislado con un pequeño grupo de seguidores —los restantes se habían escapado pensando que nadie había quedado atrás—, y se vio obligado a dirigir una carga en tromba para romper el cerco. Tito salió ileso, aunque dos de sus guardaespaldas perecieron cuando trataban de escapar. El reconocimiento personal proporcionaba a un comandante información útil, pero pocas veces se podía efectuar sin riesgos, como había demostrado la muerte de Marcelo siglos antes.[17]

Al día siguiente, las tres legiones, aproximándose prácticamente por la misma ruta seguida cuatro años antes por Cestio Galo, alcanzaron el monte Scopus, una altura situada aproximadamente a una milla al norte de Jerusalén, desde el que se dominaba la ciudad. La *XII Fulminata* y la *XV Apollinaris* levantaron juntas el campamento en esta zona elevada, mientras que la *V Macedonica* lo hacía unos centenares de metros más atrás. Es de suponer que las tropas auxiliares y aliadas se distribuyeron por estos campamentos. Según lo previsto, la *X Fretensis* llegó también por la zona más alejada de la ciudad y comenzó a levantar el campamento en el monte de los Olivos, después de distribuirse los soldados en equipos de trabajo. Decidiendo unirse contra el enemigo común, los judíos desencadenaron un ataque combinado desde el muro oriental de la ciudad, cruzando en grandes grupos el valle del Cedron y atacando a la legión aislada. Aquel ataque tan repentino y lleno de entusiasmo sorprendió a los legionarios, quienes parecían haber creído que los rebeldes no eran capaces de efectuar un ataque serio. Muchos de ellos se vieron dominados por el pánico y huyeron, mientras sus oficiales pugnaban por formar algo parecido a una línea de combate coherente y los rebeldes se lanzaban monte arriba y ocupaban el cam-

pamento romano. La facilidad con que habían tomado una posición tan fuerte por su ubicación testimonia la falta de precauciones tomadas por los romanos. Tito y sus *singulares* cabalgaron hasta el lugar, pero llevaría bastante tiempo antes de que pudieran enviarse más refuerzos para unirse a la pelea.

Reagrupando a algunos de los soldados que huían y consiguiendo que formaran y se implicaran nuevamente en la pelea con el enemigo, Tito apoyó a continuación su avance cargando con su caballería contra el flanco de los rebeldes. Durante toda la revuelta, los judíos, que nunca habían creado una fuerza de caballería de cierta entidad, se mostraron especialmente vulnerables frente a los rápidos y disciplinados jinetes romanos. Cuando el contraataque romano alcanzó su punto álgido, los judíos se vieron obligados a regresar por el camino por el que habían venido. Después de cruzar la corriente del Cedron, consiguieron hacer un alto en la otra ribera y detener a sus perseguidores. Durante algún tiempo, la lucha pareció limitarse a un intercambio esporádico de proyectiles y a algunas cargas efectuadas sin demasiado entusiasmo. Al mediodía, Tito decidió que la amenaza estaba superada y ordenó a la mayor parte de la legión que regresara a la tarea de construir el campamento, estableciendo una fuerza de cobertura formada por cohortes auxiliares y otros soldados llevados como refuerzo. Los rebeldes habían apostado a un hombre en las murallas observando a los romanos, y fue quien indicó esta retirada parcial haciendo ondear una capa. Esta señal desencadenó un nuevo ataque de un grupo de rebeldes de refresco que salieron por una de las puertas y:

> saltó con gran ímpetu mucha gente que parecía, ciertamente, ser bestias sin freno y muy crueles. Ninguno pudo, en fin, resistir ni sostener la fuerza e ímpetu grande que traían, antes en la misma hora se esparcieron y huyeron al monte como si fueran heridos con alguna máquina muy grande. En medio de aquella cuesta fue dejado Tito con unos pocos de sus seguidores.[18]

Galopando por toda la colina, el comandante romano dirigió a todos los hombres que pudo reunir en una serie de cargas a la desesperada, luchando cuerpo a cuerpo a la cabeza de las tropas. Después de algún tiempo, parte de la legión suspendió los trabajos que estaba realizando para unirse a la lucha y a ésta se le sumaron algunas de las tropas que se habían podido recuperar. Poco tiempo después, Tito estuvo en condiciones de detener el ataque enemigo y reunió de nuevo la fuerza que hacía de pantalla, permitiendo a los legionarios regresar y completar el campamento.[19]

Días más tarde, un destacamento fue atraído por un grupo de rebeldes que parecían querer rendirse, hasta quedar al alcance de los proyectiles

arrojados desde la muralla, sufriendo numerosas bajas antes de poder escapar de allí. Tito pronunció un discurso airado ante los supervivientes, condenando su indisciplina al avanzar sin haber recibido orden alguna. El joven comandante anunció que los ejecutaría de acuerdo con la más estricta tradición de la disciplina militar. Al oír esto, una multitud formada por compañeros de los soldados condenados se reunió a su alrededor suplicándole que les perdonara y afirmando que podía estar seguro de que no se volvería a repetir un suceso tan desgraciado. Se trataba de una representación teatral parecida a algunos de los enfrentamientos de Julio César con sus tropas y típica de la manera en que los senadores romanos trataban, a menudo, con una masa de soldados, muy similar a como manejaban a las multitudes en el Foro. Tito cedió ante sus súplicas, al darse cuenta de que no era práctico ejecutar a tantos hombres de una vez y suponiendo que había quedado muy clara la importancia que debería concederse a la necesidad de mantener una estricta obediencia.

Por esos mismos días, ordenó a las tres legiones que se desplazaran desde el monte Scopus y acamparan más cerca de la ciudad, en su lado occidental. Después de haber comprobado que los rebeldes habían mostrado su decisión de atacar a cualquier destacamento que pareciera vulnerable, los romanos se desplegaron de cara a la ciudad para cubrir el movimiento de los bagajes y de los seguidores del campamento. Tito formó la infantería en tres columnas, respaldadas por una cuarta de arqueros a pie y estrechamente apoyados por tres más de caballería. Una vez más, las tres legiones quedaron divididas en dos campamentos, tomando posición el propio Tito, con la *XII Fulminata* y la *XV Apollinaris*, a un cuarto de milla de las murallas, mientras que la *V Macedonica* se encontraba un poco más lejos hacia el sur, frente a la torre de Hippicus, uno de los tres sólidos torreones construidos originalmente por Herodes.[20]

Antes de desencadenar el asalto sobre la tercera muralla (la exterior), Tito volvió a acercarse a caballo, con su guardia de caballería, para examinar las fortificaciones y elegir el lugar más adecuado para abrir brecha en el muro. El acceso más sencillo resultó que estaba cerca de la tumba de un sumo sacerdote, cuya localización no se conoce con precisión, aunque al parecer no se hallaba muy lejos de la actual Puerta de Jafa. Se dieron órdenes a los legionarios para que despejaran todo el terreno de los alrededores de la muralla con el fin de prepararlo para las máquinas de asedio y comenzar a recoger la madera que se necesitaría en su construcción. Los defensores trataron de importunar a los trabajadores utilizando proyectiles disparados con escorpiones y *ballistae* de mayor tamaño, que habían conseguido en las fortalezas de la ciudad o durante la derrota de Cestio Galo, en el año 66 d.C. Adiestrados por desertores romanos, en un primer mo-

mento sus disparos fueron bastante imprecisos, pero mejoraron rápidamente la puntería a medida que avanzaba el asedio. Las legiones utilizaron su propia artillería —una fuente posterior afirma que cada unidad contaba con sesenta escorpiones y diez *ballistae* más grandes para lanzar piedras, pero es probable que esas cifras variaran considerablemente, dependiendo de la naturaleza de la operación—, con el fin de acabar con los defensores de las murallas. Ésta era la principal ocupación de la artillería en un asedio: el atacante trataba de conseguir que los defensores no pudieran mantenerse en posiciones desde las que impedir la labor de las máquinas de asedio, mientras los defensores intentaban exactamente lo contrario. Fortificaciones del grosor de las murallas y torres de Jerusalén no podían hundirse con los proyectiles de la artillería antigua.

Aunque los romanos sufrieron bajas con ese intercambio de hierros y piedras lanzados por aquellos ingenios, al final se vio que eran insuficientes para detener el progreso de los grupos de trabajo de una manera significativa. El número y el tamaño superior de sus máquinas —especialmente famosas las de la *X Fretensis*— y la calidad de sus artilleros les permitió ganar el duelo artillero, aunque ese enfrentamiento no tuvo como beneficiario exclusivo a uno de los bandos. Josefo nos dice que, en un primer momento, las piedras que arrojaban las catapultas, con su tonalidad ligeramente grisácea —que muy bien podían haber sido extraídas de alguna cantera local y talladas allí mismo—, eran fáciles de advertir en vuelo por los defensores. Los centinelas de las murallas gritarían un «¡piedra viene!», con tiempo suficiente para que la mayoría de los defensores se escondiesen o se pusiesen a cubierto. Al darse cuenta de ello, los romanos comenzaron a pintar sus municiones de un color mucho más oscuro, haciéndolas menos visibles e incrementando así el número de bajas. La fuerza de esos proyectiles era realmente asombrosa. Josefo recordaba haber visto volando la cabeza de un hombre hasta caer a un cuarto de milla del cuerpo por el impacto de una piedra de catapulta en el sitio de Jotapata. De una manera aún más horripilante describe cómo un proyectil impactó contra una mujer embarazada, matándola en el acto al tiempo que la obligaba a expulsar a su hijo nonato.[21]

Como la artillería no tenía capacidad para destruir las murallas, el método más usado para abrir una brecha era la utilización de un sólido ariete, con la parte delantera de hierro, que tomaba la forma del animal por el que recibía el nombre. El esfuerzo principal de los romanos se había invertido en la construcción de tres rampas con el fin de permitir que aquellas máquinas pudiesen acercarse a la muralla. Calculando la distancia hasta los muros mediante una plomada —único método que permitía a los ingenieros evitar exponerse a los proyectiles enemigos— para confirmar que las

rampas estaban ya dispuestas, las legiones acercaban aquellos macizos instrumentos. Tito había ordenado la construcción de posiciones artilleras para cubrir las rampas y evitar que los defensores dificultasen el funcionamiento de los arietes. En Jotapata, un gigante galileo arrojó una roca para romper la cabeza de hierro de uno de ellos. En otra ocasión, los defensores hicieron descender sacos rellenos de paja para amortiguar los golpes y reducir la fuerza del artefacto. Las convenciones romanas dictaban que, hasta que el ariete no daba el primer golpe contra los muros de una ciudad, sus ocupantes podían rendirse a cambio de unas condiciones razonables. Josefo dice que el pueblo de Jerusalén dejó escapar fuertes gemidos cuando el eco del primer golpe atravesó las calles. Tuvo entonces lugar otra difícil tregua entre Simón y Juan, permitiendo aquél que los zelotes pasaran por los sectores controlados por sus hombres para llegar hasta la zona más amenazada de las murallas. Comenzaron a arrojar desde los muros todo tipo de proyectiles incendiarios e intentaban alcanzar a cualquier romano que se pusiese a tiro. Algunos grupos hicieron salidas desde los muros con el fin de incendiar los arietes y las máquinas de asedio. A pesar de lo atrevido de esos ataques, todos ellos fueron rechazados mediante una combinación de arqueros y artillería, recibiendo el apoyo de cargas de la caballería enviada por Tito, que dirigía la batalla.[22]

Aunque los romanos defendieron con éxito las máquinas, en un principio los arietes hicieron poca mella en la muralla, excepto uno de la *X Apollinaris*, que consiguió debilitar la esquina de una torre. Cuando fue avanzando el día, se permitió el regreso al campamento de muchas de las unidades romanas, pues parecía haberse evitado el peligro principal. Sin embargo, habían desestimado una vez más la determinación de sus adversarios, que desencadenaron un segundo ataque, esta vez desde una puerta escondida cercana a la torre Hippicus. Fue en esta ocasión cuando la decidida resistencia de las *vexillationes* procedentes de las legiones egipcias alcanzarían gran fama al detener un avance que parecía a punto de alcanzar el éxito. Esta vez, fue el propio Tito quien dirigió una carga de caballería contra los rebeldes, llegando a afirmarse que había acabado con la vida de doce de aquellos con su propia mano. Sólo hicieron un prisionero, a quien el comandante romano mandó crucificar a la vista de las murallas como advertencia del destino que esperaba a quienes luchaban contra Roma. No obstante, el decidido ardor de las salidas de los rebeldes había sorprendido a los sitiadores y generado cierto nerviosismo. El pánico se extendió cuando una de las torres de asedio se vino abajo durante la noche, hasta que se enviaron oficiales a explicar la causa de aquel desorden. Había tres de estas torres, una por cada una de las rampas, y su objetivo no era otro que el de ofrecer una plataforma desde la que arqueros y escorpiones podían dispa-

rar contra cualquier defensor situado en el parapeto del muro. Poco a poco, los defensores fueron perdiendo la capacidad de luchar desde sus propias fortificaciones al tiempo que los golpes comenzaron a surtir efecto, cuando, finalmente, uno de los arietes consiguió abrir una brecha. La mayoría de los rebeldes creyó que la posición era ya imposible de defender, por lo que se retiraron hasta la segunda muralla. Cuando el grupo de asalto romano alcanzó la brecha, los pocos hombres que allí permanecían huyeron. El muro exterior de la ciudad había caído después de quince días de asedio. Tito ordenó que se demoliera la mayor parte de esa muralla, junto con muchos de los edificios, jardines y otras estructuras de este sector de la ciudad. Las legiones —a excepción de la *X Fretensis* que continuaba en el monte de los Olivos— avanzaron para acampar en la parte más llana de esta zona.[23]

La segunda muralla

Aunque los defensores habían abandonado la tercera muralla, su defensa de la segunda línea fue tan decidida y agresiva como en cualquiera de las peleas anteriores. Se efectuaban continuas incursiones contra los soldados romanos que trabajaban en la preparación del asalto, dando origen a numerosas y sangrientas escaramuzas. Josefo nos dice que los rebeldes tenían aún confianza en su capacidad para defender la ciudad y seguían dispuestos a ganarse el favor de sus jefes. Por el contrario, para los romanos:

> los incentivos al valor eran el hábito de victoria y la inexperiencia en la derrota, sus campañas continuas y su perpetuo adiestramiento, la magnitud de su Imperio y, por encima de todo, Tito, siempre y en todas partes presente junto a ellos. Pues la cobardía, cuando César estaba con ellos y participaba en la lucha, parecía una cosa monstruosa, mientras que el hombre que luchaba con bravura tenía un testigo de su valor, alguien que además le recompensaría.[24]

En ese momento del asedio, un jinete de una de las *alae* auxiliares efectuó una carga en solitario contra un denso grupo de enemigos formados fuera de las murallas, matando a tres de ellos antes de regresar galopando ileso con sus camaradas. En el ejército romano había una larga tradición, que se remontaba al menos hasta la época de Polibio, de recompensar esos actos de valor. En esta ocasión, Tito alabó al soldado, un tal Longino —nombre muy común, especialmente entre los auxiliares—, pero advirtió también a sus hombres para que no se mostraran excesivamente temerarios en sus intentos por conseguir honores.

A los romanos les fue más sencilla la aproximación a la segunda muralla que a la primera y, en cinco días, un ariete había abierto brecha en una de las torres. Tito llevó a sus *singulares* y a un millar de legionarios al interior de la ciudad, encontrando al principio escasa oposición. Sin embargo, descuidó dar la orden a los equipos de trabajo para que ampliaran la brecha —Josefo afirma que eso se debió a que aún esperaba la rendición de Jerusalén y deseaba evitar una destrucción innecesaria, pero eso es muy poco probable—, y el grupo de ocupación empezó pronto a tener dificultades para abrirse camino por aquel laberinto de estrechas callejuelas. Los rebeldes lanzaron un contraataque, que se vio muy favorecido por su número y por el conocimiento del terreno. Los romanos sufrieron numerosas bajas y se vieron pronto obligados a retirarse, pero la estrechez de la brecha en la muralla les impedía salir con rapidez o permitir que vinieran refuerzos en su ayuda. Tuvo entonces lugar una desesperada acción de la retaguardia, cuando Tito y una fuerza de arqueros auxiliares consiguió hacer retroceder a los rebeldes para cubrir la retirada del resto. En esta ocasión, se cree que el comandante romano demostró tanta habilidad con el arco como aquella de la que había hecho gala anteriormente con la lanza y la espada, matando doce hombres con otras tantas flechas.[25]

Animados por haber conseguido rechazar al enemigo, los defensores conservaron la muralla con renovada determinación otros tres días, hasta que, al cuarto, tuvo éxito un segundo asalto romano. Esta vez, se ordenó a las legiones que demolieran la mayor parte de las murallas y de los edificios del barrio para permitir una mayor libertad de movimientos. Aquel revés había sido temporal, pero no deja de ser notable que debieran transcurrir varios días hasta que los romanos se encontraron en condiciones de desencadenar un segundo asalto. Atacar una fortificación ocupada por el enemigo exigía mucho de los soldados que tomaban parte en el asalto, probablemente mucho más que en una batalla. Con el fin de dar tiempo a que sus soldados se recuperaran y se animaran, Tito ordenó la suspensión de las principales tareas de asedio, mientras el ejército formaba en posición de parada para recibir la paga. Habitualmente, los soldados cobraban tres veces al año, el primer día de enero, mayo y septiembre. Como ese desfile tuvo lugar en Jerusalén a principios de junio, todo hace pensar que la paga se había atrasado por lo menos un mes.

Se trataba de una ceremonia de importancia, con las unidades formadas durante cuatro días para recibir la paga que se les adeudaba. Dedicaban mucho tiempo y esfuerzos a abrillantar la armadura y las armas, pues tanto los soldados personalmente como las unidades contendían por ser los mejores en el desfile. El resultado era una escena de gran magnificencia cuando las unidades, en orden cerrado, y los soldados, con sus brillantes es-

cudos pintados, descubiertos por primera vez de sus protecciones de cuero, desfilaban a la vista de la ciudad. Para los propios romanos, era un recordatorio del orgullo que sentían por sí mismos y por sus unidades, así como de la recompensa tangible que proporcionaba el servicio militar. Para los rebeldes, se trataba de un despliegue de la fuerza y el aplastante poderío del ejército romano. Aunque no desencadenó una rendición repentina, este retorno a la rutina formal y a los rituales de la milicia en tiempos de paz contribuía a preparar a las tropas para las tareas aún más grandes que tenían ante sí.[26]

La fortaleza Antonia y el Templo

La fase siguiente del asedio supuso la construcción de rampas de asalto contra la fortaleza Antonia y una prolongación de la primera muralla. La *V Macedonica* trabajó en la construcción de la primera rampa contra Antonia, mientras que la *XII Fulminata* levantaba otra a unos diez metros de distancia. La *X Fretensis* y la *XV Apollinaris* construían dos rampas más a unos quince metros contra el muro, probablemente no muy lejos de la actual Puerta de Jafa. (Es posible que cada par de legiones estuviesen trabajando, de hecho, en ambos lados de la misma rampa, pero es imposible demostrar esta teoría y a la narración básica del asedio no le afecta en nada que hubiera dos rampas o cuatro.)[27] La altura de las murallas, y especialmente de Antonia, unida a la eficacia cada vez mayor de la artillería de los rebeldes, hacían extremadamente difícil el trabajo en esos proyectos. Además, los defensores efectuaban frecuentes salidas, por lo que se necesitaban numerosos soldados en armas para proteger la maquinaria de asedio. A pesar de todo, los romanos perseveraron y completaron las rampas después de diecisiete días de trabajo durísimo. La necesidad de madera de las obras de construcción había dejado ya limpias de árboles las colinas próximas en varias millas a la redonda.

Aquel sentimiento de haber realizado una hazaña con la finalización de esas obras se tambaleó bruscamente cuando las rampas fueron destruidas antes de que los arietes se hubieran situado en posición. Lo mismo que los romanos habían echado el resto en su construcción, los hombres de Juan de Gischala se habían dedicado a perforar un túnel, desde Antonia, por debajo de las rampas que se encontraban más cercanas. El techo de la mina se sostenía sobre puntales de madera recubiertos de un betún grasiento y a cuyo alrededor se había apilado material combustible. A continuación, quemaron las maderas, lo que provocó el hundimiento de la mina, arrastrando también en la caída toda la obra levantada por los ro-

manos. Todo lo que no quedó afectado de inmediato, se quemó en el incendio que se extendió rápidamente por las resecas maderas de las rampas. Dos días después, Simón igualó el éxito de su rival cuando sus hombres efectuaron una salida e incendiaron las rampas que se encontraban ante su sector de la primera muralla. Este ataque provocó una enorme confusión entre los romanos, hasta el punto de que los rebeldes estuvieron cerca de ocupar parte del campamento y sólo fueron rechazados por el piquete estacionado frente a la empalizada, cuyos miembros habían jurado no abandonar su posición. Tito, que se había desplazado hasta Antonia para inspeccionar los daños sufridos allí, llegó entonces a la cabeza de sus *singulares* y cargó por el flanco del enemigo. Una vez más, la infantería judía se mostró vulnerable ante una caballería bien dirigida y sufrió numerosas bajas cuando era rechazada hacia la ciudad. Esto último no disminuyó la importancia de la victoria conseguida al destruir el producto de muchos días de trabajo del enemigo.[28]

La moral de los sitiadores se hundió de forma alarmante como consecuencia de esos reveses. Dión nos dice que algunos soldados desesperaron tanto de poder tomar alguna vez la ciudad que desertaron uniéndose a los rebeldes del interior. Tito convocó a los oficiales superiores a un *consilium* con el fin de discutir el problema. Algunos defendieron un ataque inmediato en toda regla, haciendo participar a todo el ejército, esperando acabar con los defensores y ocupar la ciudad, pero corriéndose también el riesgo de sufrir un fracaso tan costoso que probablemente hundiría de manera irremediable la moral de los soldados. Otros plantearon que lo mejor sería rodear Jerusalén de una muralla y esperar simplemente a que se sometiera por inanición, pero, inevitablemente, eso llevaría mucho tiempo y no era precisamente la clase de victoria espectacular que necesitaba el padre de Tito para confirmarse en el poder. Tito se alineó con la opción más moderada, decidiendo la continuación del asalto, iniciando la construcción de nuevas rampas, aunque ello requiriese una gran cantidad de madera difícil de encontrar y que no sería fácil sustituir con rapidez si el enemigo llegaba a destruirla.

Sin embargo, y antes de que el ejército reanudase su tarea, ordenó la construcción de una línea de circunvalación de la ciudad. Se le entregó a cada legión y a cada subunidad un sector de empalizada a construir, probablemente de piedra sin argamasa, parecida al círculo mucho más pequeño que aún puede contemplarse hoy en Masada. Se trataba del método romano habitual de atacar cualquier proyecto importante, empleado, por ejemplo, en la construcción de la Muralla de Adriano, donde se han encontrado numerosas inscripciones que recuerdan el levantamiento de un sector de muro por una determinada centuria de una legión. La división del

trabajo de esta manera era consecuencia de un sentido práctico de la administración, pero trataba también de explotar el orgullo que los soldados sentían de pertenecer a una unidad, pues competían por acabar el tramo encargado más rápido que cualquier otra. Continuamente Tito visitaba los grupos de trabajo, animando a las tropas para que creyesen que su comandante se daba cuenta de todo cuanto hacían y que recompensaría la capacidad de trabajo tan rápido como castigaría la pereza. En tres días se levantó una línea de alrededor de cinco millas de longitud, en la que se incluían quince fuertes, que cerraba por completo la ciudad. Cada noche, Tito giraba una visita de inspección, visitando a los centinelas y los puestos de guardia de toda la muralla. Tiberio Alejandro efectuaba esta misma tarea en una segunda imaginaria, y todavía se realizaba una tercera que le tocaba por suertes a uno de los legados legionarios.[29]

Tito había ordenado a sus hombres una tarea que, aunque suponía un esfuerzo considerable, podía realizarse (y así se hizo) con toda rapidez. La satisfacción ante el trabajo finalizado contribuyó a recuperar la moral. Los romanos enviaban así a los defensores un mensaje muy claro: no tenían escapatoria posible y, además, supondría un peligro mucho mayor para aquellos grupos poco numerosos que salían de la ciudad con la esperanza de conseguir alimentos. En ese momento, en Jerusalén comenzaba a ser serio el problema del avituallamiento, especialmente para la población en general, pues no había posibilidad de evitar que los combatientes se apoderasen de cualquier cosa que encontraban. Además, cualquier intento por abandonar la ciudad y rendirse a los romanos podía suponer una ejecución inmediata. Tampoco era siempre seguro entrar en el campamento romano. En un determinado momento del asedio, se observó cómo algunos civiles que se habían entregado se dedicaban a recoger entre sus propias heces monedas de oro que habían tragado previamente para evitar que se las confiscaran los soldados de uno u otro lado. Se corrió el rumor de que los desertores iban llenos de oro, y eso provocó una horrible matanza cuando los seguidores del campamento, los auxiliares y algunos legionarios acometieron a todos los prisioneros que pudieron encontrar y les abrieron el estómago en busca de riquezas. Horrorizado, y pensando también que tales atrocidades podían desanimar a cualquiera que, en el futuro, tuviera pensado desertar, pasándose al campamento romano, Tito arengó a las tropas y prometió ejecutar a cualquiera que se encontrase culpable de ese crimen, pero, de hecho, los responsables no aparecieron nunca. No obstante, aquel sueño del oro escondido llevó a la comisión de otros horripilantes asesinatos de esa clase, siempre que no había a la vista un oficial superior.[30]

Después de completar la línea de circunvalación, los romanos iniciaron la construcción de nuevas rampas frente a la torre Antonia. Había una

cierta escasez de materiales y los soldados debían recorrer una distancia de unas once millas para encontrar árboles. Veintiún días después estaban ya dispuestas las nuevas rampas de asalto, a pesar de que la continua actividad de los defensores había dificultado una vez más los trabajos. No obstante, cuando Juan dirigió a sus hombres en una salida para incendiar las obras ya finalizadas, se encontró a las tropas romanas de guardia en las posiciones con gran determinación y bien apoyadas por arqueros y escorpiones. La incursión no estuvo bien organizada y no consiguió que los romanos retrocedieran. A partir de ese momento, los arietes comenzaron a golpear los muros de la torre Antonia, mientras una verdadera lluvia de proyectiles caía sobre las murallas con el fin de mantener inmovilizados a los defensores. Algunos legionarios hicieron la *testudo* con los escudos, formando así un techo por encima de sus cabezas, y se pusieron a trabajar tratando de arrancar las piedras de las paredes con palancas. Poca mella habían hecho en el muro después de todo un día de esfuerzos concertados, pero todo cambió durante la noche cuando Antonia, minada por los túneles que hacía tiempo habían horadado los hombres de Juan, se hundió repentinamente. Ante unos sorprendidos romanos, en la torre fortaleza se abrió una brecha enorme. Los zelotes habían sospechado que algo así pudiera ocurrir y habían levantado a toda prisa un nuevo muro que rodeaba a aquélla, para cortar de esa forma la vía que llevaría directamente hasta el patio del Templo. Sin embargo, los escombros provocados por el derrumbamiento habían quedado apilados contra aquel muro, por lo que resultaba fácil escalarlo.[31]

Las tropas romanas mostraron una sorprendente desgana en asaltar esta fortificación improvisada, a pesar de la arenga que pronunció Tito animándoles a ello y prometiendo recompensas al primer hombre que pisara lo alto del parapeto. Sólo respondió una docena de auxiliares, mandados por un sirio de nombre Sabino, cuya delgadez y piel oscura se hallaban muy lejos de la imagen ideal del soldado valeroso. Llamando la atención del general que observaba la acción, Sabino dirigió la carga rampa arriba sólo para caer muerto junto con tres de sus compañeros. Los restantes quedaron todos heridos, pero pudieron ser trasladados hasta las líneas romanas. Los demás soldados no hicieron esfuerzo alguno por seguir el ejemplo de aquellos valientes. Sin embargo, dos noches después, un grupo formado por veinte legionarios que se hallaban en un puesto de guardia, a los que se unió un portaestandarte (*signifer*), un trompetero y dos jinetes auxiliares, ascendieron por propia iniciativa al parapeto enemigo. Matando o poniendo en fuga a los centinelas judíos, pidieron al músico que hiciera sonar su trompeta.

Por lo que sabemos, esta acción no había sido ordenada por mandos superiores, sino que fue sencillamente un intento de estos soldados por ganar fama y recompensa. No obstante, Tito se enteró muy pronto de lo su-

cedido y ordenó a una unidad que asegurase la posición. Sacando partido de ese éxito, envió a sus hombres hacia el patio del Templo, donde tuvo lugar un terrible combate, pues los rebeldes peleaban para defender el más sagrado de sus lugares. En medio de la oscuridad, poco podían hacer los jefes para organizar la lucha, pero el combate continuó hasta el mediodía siguiente antes de que, finalmente, hicieran retroceder a los romanos. En el curso de la pelea, un centurión bitinio, llamado Juliano, efectuó una carga en solitario cruzando el patio del templo y haciendo retroceder al enemigo, pero no consiguió convencer a los soldados romanos de que le siguieran. Al final, sus sandalias claveteadas —las *caligae*, de donde Calígula recibió ese apodo— resbalaron en aquellas pulidas losas y se vio rodeado por un grupo de rebeldes que acabaron por descuartizarle. Es más que probable que esos relatos de muertes heroicas, tan parecidos a las historias que César contaba para suavizar el impacto de sus propios reveses, estaban incluidos en los propios *Comentarios* de Tito, que Josefo afirma haber consultado.[32]

El siguiente asalto al Templo iba a estar mejor preparado que el primero, y el general romano ordenó que se nivelaran los escombros de la torre Antonia, formando así una ancha rampa que conducía hasta el patio. Sólo se dejó una torreta como puesto de observación. El general romano envió también a Josefo para que le llevara un mensaje a Juan de Gischala, desafiándole formalmente a que se presentara y aceptara el combate. Ese gesto iba encaminado en parte a hacer ver a la mayoría de los habitantes de la ciudad que estaban sufriendo por las acciones de los jefes radicales, pero quizá iba también dirigido a animar a sus propias tropas sugiriéndoles que el enemigo tenía miedo a luchar sin engaños. En ese momento, se sucedían las deserciones, sobre todo entre los miembros de la aristocracia, dondequiera que éstos podían evadir las guardias montadas por los combatientes.

Pocos días después, Tito formó una fuerza de asalto especial, que puso bajo el mando del legado Cerialis. Estaba formada por unidades temporales de mil hombres, mandadas por un tribuno y cuyos miembros se encontraban entre los treinta legionarios más valientes de cada centuria. De esta forma, a esos hombres se les consideraba especiales, esperando así que su orgullo les condujera a luchar con la mayor dureza para justificar su selección. El ataque tendría lugar por la noche y Tito estaría observándolo desde la torreta que quedaba de Antonia. Josefo afirma que el joven comandante tuvo que ser refrenado por sus oficiales para que no se pusiera personalmente al frente del grupo de asalto, como ya había hecho en asedios anteriores. Ciertamente, todos los comandantes se enfrentaban a una difícil elección entre permanecer en la retaguardia, donde sería difícil saber qué estaba sucediendo y menos aún influir en el combate, o colo-

carse a la cabeza, con el riesgo consiguiente de resultar muerto o capturado. En el primero, y finalmente fracasado ataque sobre Gamala, el 67 d.C., Vespasiano había quedado enormemente frustrado al no poder dirigir el ataque y entrar en la ciudad con sus *singulares*. Cuando los romanos fueron puestos en fuga por un contraataque rebelde, Vespasiano quedó cortado y sufrió una herida en un pie antes de que él y sus guardias pudieran abrirse camino. En Jerusalén, Tito insistió ante los soldados que la única razón que le llevaba a permanecer en retaguardia era la de poder observar mejor su conducta individual.

El ataque se benefició de la sorpresa inicial, pero los defensores se reagruparon rápidamente y aparecieron en un número cada vez mayor para luchar en el amplio patio del Templo. Una vez más, la batalla nocturna continuó bien entrado el día sin que ninguno de los dos lados consiguiera una ventaja apreciable. Si se exceptúa una esquina no demasiado amplia, la mayor parte del patio quedó en manos judías. En una semana quedó completa la vía sobre las ruinas de Antonia, permitiendo a los romanos hacer intervenir con mayor facilidad otras tropas en apoyo de sus ataques. Acabada aquella tarea, comenzaron a trazarse rampas para permitir que los arietes pudieran hacer su trabajo contra la primera muralla, aunque la madera requerida para esa tarea tenía que trasladarse ahora desde una distancia de doce millas y media. Durante algún tiempo, se abrió una especie de tregua entre dos ataques importantes, pero, a pesar de todo, cada día había escaramuzas e incursiones. Tito ordenó la ejecución de un jinete de un grupo que había permitido que sus caballos pastaran en libertad, mientras se hallaban realizando una expedición en busca de forraje, y que les fueran robados por el enemigo. Como resultado del bloqueo, en la ciudad la escasez era ahora extrema, y Juan y Simón unieron sus fuerzas para desencadenar un ataque en toda regla contra el campamento de la *X Fretensis* en el monte de los Olivos, esperando abrir brecha en las líneas romanas por este punto. Fueron rechazados después de dura lucha y la caballería romana les persiguió mientras atravesaban el valle de regreso. Un jinete auxiliar, miembro de aquellas peor pagadas y prestigiosas tropas de caballería que formaban parte de algunas cohortes predominantemente de infantería, galopó hasta situarse en medio del enemigo en fuga y cogió a uno de ellos por un tobillo. La silla de cuatro cuernos que utilizaban los romanos proporcionaba al jinete un asiento muy seguro, pero incluso así, fue una notable acción de fuerza, al tiempo que una demostración de desprecio hacia el enemigo. El jinete arrojó su trofeo delante de Tito; el soldado recibió alabanzas y su prisionero fue crucificado a la vista de las murallas. En ese asedio y en varias ocasiones, los legionarios romanos disfrutaron clavando víctimas a las cruces en una variedad de posturas grotescas.[33]

La lucha continuó con enorme dureza en el patio del templo, incendiando ambos bandos secciones del pórtico para convertir sus posiciones en más inexpugnables a los ataques. Como había ocurrido con anterioridad, los defensores hicieron cuanto pudieron para importunar a los hombres que trabajaban en las rampas de asedio. En ese tiempo, Josefo habla de un hombrecillo, de nombre Jonathan, que desafió a cualquier romano a combate singular. Un jinete —evidentemente a pie, como indicio de que se esperaba siempre de un caballero que actuara también desmontado en las peligrosas operaciones de un asedio—, avanzó y fue muerto después de haber resbalado. El triunfo de Jonathan fue bien efímero pues, de inmediato, le hirió de muerte una flecha disparada por un centurión romano, llamado Prisco. Los defensores tuvieron más éxito cuando abandonaron una parte del pórtico que habían dispuesto ya para incendiarla, atrayendo a algunos legionarios impetuosos a una trampa, en la que perecieron entre las llamas, o fueron muertos o capturados por el enemigo. Algunos días después se llevó a cabo un intento de tomar el resto del templo por escalo. Colocaron escalas contra uno de los pórticos y los atacantes subieron hasta lo alto, pero no pudieron hacer avance alguno. Casi al frente se encontraban varios portaestandartes, que poco pudieron hacer para defenderse a sí mismos transportando aquel peso. Después de un combate feroz al lado de los símbolos del orgullo de la unidad, todos los romanos que habían llegado a lo alto cayeron muertos y los estandartes fueron capturados. Los días siguientes, los romanos incendiaron otras secciones del pórtico exterior, pero el enorme tamaño y la calidad de los bloques de piedra utilizados evitaron que los arietes pudieran hacer demasiado trabajo.[34]

Según Josefo, Tito reunió a continuación un *consilium* en el que dejó bien claro que aún esperaba evitar la destrucción del templo. Para el historiador judío era importante que la culpa por esta horrible catástrofe no recayera en su héroe, sino sobre los hombros de los líderes radicales rebeldes. La lucha continuó en lo que quedaba del patio del templo, teniendo Tito en una ocasión que enviar su propia guardia personal a caballo para reforzar la línea de infantería cuando parecía a punto de hundirse. En este caso, estaba una vez más observando el combate desde la posición estratégica en que se habían convertido las ruinas de Antonia. Paulatinamente, los romanos fueron ocupando un espacio del templo cada vez mayor hasta que los rebeldes se vieron obligados a retroceder hasta el patio interior. En medio de una confusa lucha posterior, fueron expulsados de allí y del núcleo más sagrado del templo que estaba en llamas. Cualquiera que hubiera iniciado el incendio, lo cierto es que éste avanzó pronto incontrolado y que muchos de los soldados romanos se mostraron reacios a hacer nada para extinguir-

lo. Tito intentó organizar grupos de bomberos, diciéndole a un centurión y a algunos de sus hombres que emplearan la fuerza contra cualquiera que desobedeciera, pero fracasó por completo en conseguir algo parecido al orden. Los soldados se mostraban deseosos por saquear la riqueza fabulosa que, según los rumores, se encontraba en aquel lugar, al tiempo que ansiaban destruir el recinto más sagrado de un enemigo que había luchado contra ellos con tan feroz determinación. En la confusión de la toma final del templo, la mayor parte de los edificios se quemaron hasta los cimientos y se efectuó una matanza con la mayoría de los civiles que se refugiaban en las proximidades. Era a finales de agosto.[35]

Después, recuperado ya un cierto orden, el ejército romano realizó una celebración más formal, haciendo desfilar sus estandartes en el patio del templo y ofreciendo un sacrificio. La Ciudad Vieja fue ocupada muy pronto y entregada al pillaje. Josefo habla de que el saqueo de las tropas en Jerusalén fue tan grande que el valor del oro cayó a la mitad en toda Siria, cuando los soldados regresaron a sus acuartelamientos. En ocasiones los saqueadores encontraron algunos rebeldes dedicados a la misma tarea. Fue capturado un caballero legionario —en esta época, cada legión incluía una pequeña fuerza de ciento veinte jinetes—, aunque escapó antes de que consiguieran ejecutarle. En otra actuación bastante teatral, Tito cedió a las súplicas de sus soldados de no matarle por haberse dejado capturar en el primer lugar, pero aún le hizo sufrir la humillación de ser expulsado de su legión. Hubo todavía algunos reveses sin importancia, mas todo el brío había abandonado a los defensores con la caída del templo. Juan de Gischala y Simón bar Giora trataron de iniciar negociaciones; sin embargo, llegados a ese momento del asedio, se rechazó su intento. Dieciocho días llevó construir rampas contra las murallas de la ciudad alta, pero los rebeldes estaban ahora desmoralizados y padeciendo seriamente la escasez de víveres; por todo ello, la defensa fue muy débil. Antes de que el grupo de ataque romano consiguiera alcanzar la parte superior de la brecha abierta por los arietes, los defensores huyeron y se dispersaron. El asedio de Jerusalén había llegado al final. Juan de Gischala se rindió y fue condenado a cadena perpetua. Simón fue considerado el cautivo más importante en el triunfo de Tito. Era casi a finales de septiembre.[36]

Después del asedio, Tito celebró un desfile formal para agradecer y recompensar a sus hombres:

> Mandando poner en orden una gran tribuna, en medio y delante de todos, salió él con la gente noble y más principal, y de la parte desde la que todos los soldados podían oírle, les expresó su profunda gratitud por la lealtad que le habían mostrado de manera continuada...

> Mandó entonces a los oficiales señalados que leyesen los nombres de todos cuantos hubieran realizado algún hecho brillante durante la guerra. Llamados cada uno por su nombre, les aplaudió cuando se acercaban, tan exultante por sus hazañas como si las hubiera realizado él mismo. A continuación les puso coronas de oro en la cabeza, cadenas doradas al cuello, pequeñas lanzas también doradas, e insignias hechas de plata, y ascendió a todos ellos a una categoría superior; repartió también del botín y el saqueo de la ciudad mucho oro y mucha plata, muchos vestidos y otras partes del botín en abundancia. Cuando todos habían sido recompensados con lo que él juzgó que cada uno merecía, y después de haber recitado una plegaria por todo el ejército, descendió en medio de las aclamaciones y el favor de todos y púsose a celebrar sacrificios en acción de gracias por su victoria. Se puso a un gran número de bueyes detrás de los altares, los sacrificó y los distribuyó entre la tropa para que hicieran un banquete.[37]

Se trataba de un ritual que confirmaba el papel del comandante como juez de la conducta de sus hombres y finalizaba con tres días de festín. Después, la *Legio X Fretensis* iba a convertirse en la guarnición de la ciudad tomada. Evidentemente, la *XII Fulminata* no había expiado aún sus derrotas anteriores, por lo que no se le permitió el regreso a su antigua base en Rhaphanaeae, en Siria, sino que fue trasladada a una posición mucho menos cómoda en la frontera entre Capadocia y Armenia. Después de varias celebraciones y ceremonias, Tito regresó a Italia, disipando los temores de un retorno a la guerra civil pues, a su vuelta, saludó a su padre de la manera más calurosa. A continuación, el emperador y su primogénito celebraron un triunfo conjunto sobre Judea, que culminó en el estrangulamiento ritual de Simón bar Giora. El propio Vespasiano consideró extremadamente cansado el ritmo del desfile y se le oyó murmurar entre dientes algo acerca de si no recibiría un castigo por haber querido disfrutar de aquel honor a su edad. De todas formas, la nueva dinastía había alcanzado la victoria espectacular necesaria para justificar su gobierno y tuvo buen cuidado de mostrar esas hazañas por cualquier lugar. El año siguiente se levantó el arco de Tito, en el que aún se pueden contemplar relieves que explican su triunfo. Formaba parte de un programa de construcciones, entre las que se incluía el Coliseo, con el que Vespasiano proporcionó empleo a los pobres de la urbe y contribuyó a reconstruir el centro de una Roma devastada por el fuego y por los proyectos grandiosos de Nerón.[38]

Vespasiano consiguió restablecer la estabilidad del Imperio. Sólo se le critica seriamente su avaricia, pero quizá fuera debida fundamentalmente a la necesidad de restablecer una hacienda esquilmada por los excesos de Nerón. Falleció en el año 79 d.C., después de pronunciar unas últimas palabras de burla refiriéndose a la costumbre de que los empera-

dores casi siempre fuesen deificados a su muerte: «Creo que me estoy convirtiendo en un dios.» En su ceremonia funeral, el actor que portaba su máscara y los símbolos del poder llamó a los funcionarios que organizaban la ceremonia y les preguntó cuánto costaba. Cuando le respondieron con una cifra enorme, el actor les ofreció un 1 por ciento del total y les sugirió que, en lugar de todo aquel montaje, lo mejor que podían hacer era arrojar el cadáver al Tíber.

En vida de su padre, Tito estuvo al frente de la Guardia Pretoriana y realizó la mayor parte del trabajo sucio para el emperador. No dejó de ser una sorpresa y un alivio que su mandato fuese benevolente y justo. Con el fin de mostrar una conducta más adecuada, despachó a la que fuera su amante durante tantos años, la reina Berenice, descendiente de Herodes el Grande, así como al grupo de eunucos y homosexuales que asistían por lo general a sus espectáculos. Lo mismo que su padre, Tito se hizo mucho más popular cuando ocupó el cargo de emperador que en cualquier momento anterior. Sin embargo, su reinado fue breve, pues falleció el 81 d.C., con cuarenta años, para ser sucedido por Domiciano, su hermano menor, mucho menos popular y dotado.[39]

NOTAS

1. Josefo, *Bellum Judaicum 5. 59-61* (trad.: Loeb).
2. Una buena narración del Año de los Cuatro Emperadores nos la ofrece K. Wellesley, *The Long Year: AD 69*, 1989.
3. Para Vespasiano, véase B. Levick, *Vespasian*, 1999.
4. Josefo, *BJ* 5. 97 (trad.: Loeb).
5. Sobre Josefo, véase T. Rajak, *Josephus: The Historian and his Society*, 1983, y S. Cohen, *Josephus in Galilee and Rome*, 1979. Sobre la Judea de este período, véase E. Schurer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ* (ed. rev. de G. Vermes, F. Millar, M. Black y M. Goodman, Edimburgo, 1973-1987), A. Smallwood, *The Jews under Roman Rule*, 1976, y M. Avi-Yonah, *The Jews of Palestine*, 1976. Numerosas aportaciones también, en B. Isaac, *The Limits of Empire*, 1992.
6. Un buen indicativo de la general ignorancia sobre la naturaleza del judaísmo puede conseguirse con la lectura del breve resumen que Tácito hace de la historia judía que precede a su relato de la caída de Jerusalén, *Historias* 5. 2-13. Véase también M. Whittaker, *Jews and Christians: Greco-Roman Views*, 1984, para una selección de fuentes que describen actitudes paganas.
7. Para la aristocracia judía de este período, véase M. Goodman, *The Ruling Class of Judaea: Origins of the Jewish Revolt against Roma, AD 66-70*, 1987.
8. Para la campaña de Cestio Galo, véase Josefo, *BJ* 2. 499-555, y también S. Brandon, «The Defeat of Cestius Gallus in AD 66», *History Today*, 1970, pp. 38-46.
9. Tácito, *Historias* 2. 5.
10. La rendición de Josefo, en J. Bell, 3. 340-408.

11. El tribunado, en Suetonio, *Titus* 4; legado de la *XV Apollinaris*, en Josefo, *BJ* 3. 64-69; Jafa, *BJ* 3. 289-305; Tarichaeae, *BJ* 3. 462-502; Gamala, *BJ* 4. 70-83.
12. *BJ* 5. 44.
13. Las fuerzas de Tito, *BJ* 5. 40-46, Tácito, *Historias* 5. 1. Sobre el ejército en la campaña de Jerusalén, véase A. Goldsworthy, «Community under Pressure: the army at the Roman siege of Jerusalem», en A. Goldsworthy e I. Haynes, *The Roman Army as a Community in Peace and War. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series 34*, 1999, pp. 197-210. Para el centurion, véase E. Dabrowa, *Legio X Fretensis: A Prosopografical Study of its Officers I-III AD. Historia Einzelschriften 66*, Stuttgart, 1993, nº 19, p. 89, con una revisión de B. Isaac, en *Scripta Classica Israelica* 14, 1995, pp. 169-171. Las inscripciones son: *Corpus Inscriptiones Latinarum* III. 30, *Inscriptiones Latinae Selectae* 8759a y *L'Année Épigraphique* 1923. 83, respectivamente.
14. La descripción de Josefo de los monumentos de Jerusalén, *BJ* 5. 136-247.
15. Número de defensores, en *BJ* 5. 248-250, y sobre la población total, en 6. 420-434, Tácito, *Historias* 5. 13.
16. *BJ* 5. 47-51.
17. *BJ* 5. 52-66.
18. *BJ* 5. 86-87 (trad.: Loeb).
19. *BJ* 5. 67-97.
20. *BJ* 5. 98-135.
21. *BJ* 5. 258-274; el impacto de las piedras de artillería, en 3. 245-247; el número con cada legión, en Vegecio, *Epitoma Rei Militaris* 2. 25.
22. *BJ* 5. 275-283; incidente en Jotapata, 3. 229-232.
23. *BJ* 5. 284-303.
24. *BJ* 5. 310-311 (trad.: Loeb).
25. *BJ* 5. 304-341, Suetonio, *Titus* 5.
26. *BJ* 5. 346-355, y un examen en Goldsworthy (1999), p. 203.
27. Véase P. Connolly, *The Jews in the Time of Jesus*, 1994, pp. 77, 86.
28. *BJ* 5. 356-360, 460-490.
29. *BJ* 5. 491-511, Dión 65. 5. 4.
30. *BJ* 5. 548-561.
31. *BJ* 5. 522-526, 6. 1-32.
32. *BJ* 6. 33-92, *cf.* Josefo, *Vita* 361-363.
33. *BJ* 6. 93-95, 118-163.
34. *BJ* 6. 164-192, 220-235.
35. *BJ* 6. 236-266.
36. *BJ* 6. 316-413.
37. *BJ* 7. 5-16 (trad.: Loeb).
38. Temores de un reinicio de la guerra civil, en Suetonio, *Titus* 5; el triunfo, *BJ* 7. 123-157, y comentarios de Vespasiano, en Suetonio, *Vespasianus* 12; sobre el reinado de Vespasiano y el papel de Tito, véase Levick (1999), pp. 79-106, 184-195.
39. Últimas palabras, véase Suetonio, *Vespasianus* 23; funeral, Suetonio, *Vespasianus* 19; la impopularidad de Tito antes de su acceso al poder y el asunto con Berenice, Suetonio, *Titus* 6-7.

Capítulo 13

EL ÚLTIMO GRAN CONQUISTADOR: TRAJANO Y LAS GUERRAS DACIAS

Marcus Ulpius Traianus (56-117 d.C.)

> Marchaba siempre a pie en medio de los soldados de tropa de su ejército, y atendía a la organización y la disposición de las tropas a lo largo de toda la campaña, dirigiéndolos en ocasiones en un orden y, en ocasiones, en otro; y vadeaba todos los ríos como ellos. Algunas veces llegó incluso a decir a los exploradores que hicieran circular informaciones falsas, con el fin de que los soldados pudieran todos a una practicar maniobras militares y volverse intrépidos y dispuestos a enfrentar cualquier peligro.[1]

Después de la muerte de Augusto, el Imperio romano apenas consiguió nuevos territorios. En los años que restaban del siglo I d.C., se anexionaron varios reinos aliados, convirtiéndolos en provincias de gobierno directo, pero la única conquista importante nueva sucedió cuando Claudio envió un ejército a invadir Britania, el 43 d.C. Los grandes conquistadores de las últimas décadas de la República habían sido también los principales líderes de las guerras civiles que habían desgarrado el Estado y un emperador corría sencillamente demasiados riesgos si permitía que cualquiera de sus generales consiguiera fama y gloria por el mismo camino. Era absolutamente vital que las hazañas militares del *princeps* nunca se vieran eclipsadas por las de cualquier otro senador. El propio Augusto había despachado a un prefecto de Egipto que había celebrado sus victorias con demasiado atrevimiento, y le había obligado a suicidarse, aunque el personaje en cuestión era sólo miembro del orden ecuestre y ni siquiera formaba parte del Senado. Tiberio, Vespasiano y Tito poseían ya una hoja de servicios militar distinguida antes de alcanzar el trono, pero Calígula, Claudio, Nerón y

Domiciano no contaban con esta ventaja y, por ello, se mostraban mucho más reacios a permitir que rivales potenciales consiguiesen demasiado prestigio. Hemos visto ya cómo Claudio hizo regresar a Corbulón del otro lado del Rin, antes de permitirle extender la guerra y volver a ocupar parte de la provincia germana perdida en el 9 d.C. El mismo emperador se preocupó por estar en el canal para culminar la primera campaña de su expedición británica, en el 43 d.C.

Claudio estuvo menos de una quincena en Britania, pero se halló presente en la principal derrota de los britanos al norte del Támesis y en la toma y ocupación de la capital tribal de Camulodunum (Colchester). Es discutible hasta qué punto desempeñó realmente un papel activo en la dirección de cualquiera de esas operaciones, pero es significativo que creyera que valía la pena efectuar un viaje considerable y a seis meses de distancia de Roma para presidir el éxito del ejército. Aunque la visita fuera breve, sirvió para que se relacionara muy estrechamente la figura del emperador con el sometimiento de una isla misteriosa visitada, pero no conquistada, por Julio César. Claudio pudo entonces regresar a Roma y recorrer cabalgando triunfalmente la Vía Sacra, algo que los emperadores no hacían normalmente como resultado de las victorias que conseguían mediante la delegación en sus legados. En la oleada de propaganda que se desplegó a continuación, en la que se incluyeron juegos, la construcción de algunos monumentos y el hecho de que tanto el propio Claudio como su hijo adoptaran el sobrenombre de Britannicus, siempre quedó claro que se trataba de una victoria del emperador. Para un hombre cuyo reinado había comenzado cuando se le descubrió escondido detrás de una cortina en medio del caos que siguió al asesinato de Calígula, y que alcanzó el poder por la intervención de la guardia pretoriana, a pesar de la resistencia del Senado, se trataba de una poderosa demostración de su derecho y su capacidad de ser el primer ciudadano de Roma.[2]

A largo plazo, el sistema político creado por Augusto desanimó la expansión posterior del Imperio. La mayoría de los emperadores eran reacios a pasar largos períodos de tiempo en campaña realizando nuevas conquistas y sin poder confiar en que nadie las hiciera por ellos. Muchos de los escritores de la época de Augusto se encontraban ya en disposición de proclamar que Roma controlaba las partes mejores y más prósperas de la tierra y que una expansión mayor quizá fuera más costosa que los beneficios que podría llegar a reportar. En eso había algo de cierto, aunque no existen evidencias que prueben la propuesta presentada por algunos estudiosos modernos consistente en explicar el freno a la expansión romana por haber topado ya con pueblos fronterizos cuyo sistema militar no podía derrotarse fácilmente. Además, es muy cierto que, de la manera en que se había orga-

nizado en la época Julio-Claudia, al ejército profesional no le era sencillo ni rápido, incrementar su tamaño con el fin de proporcionar tropas para llevar a cabo nuevas aventuras militares. La conscripción era enormemente impopular, como ya tuvo ocasión de comprobar Augusto en el 6 y el 9 d.C., y todos los emperadores posteriores la evitaron siempre que les fue posible. El ejército imperial constituía una fuerza de combate mucho más eficaz que la milicia anterior a Mario, pero carecía de aquella aparentemente ilimitada reserva de personal que había demostrado su fuerza en las Guerras Púnicas.

Durante el Principado, el papel fundamental de los ejércitos consistía en controlar las provincias —una tarea que les obligaba a intervenir en todo cuanto sucedía, desde labores de policía de carácter menor hasta la supresión de rebeliones; así como asegurar las fronteras—, lo que conseguían habitualmente mediante el uso de una mezcla de diplomacia y de dominación agresiva de los pueblos vecinos a través de expediciones punitivas reales o bajo la amenaza de efectuarlas. Las guerras de conquista eran raras, aunque la ideología del Imperio y de sus gobernantes continuó siendo durante siglos esencialmente expansiva. Esa política se siguió considerando un elemento positivo fundamental para el *imperium* de Roma, pero, como siempre había sido el caso, no exigía necesariamente la conquista de más territorio. El poder romano podía ser respetado en una región incluso cuando no estaba ocupada físicamente por el ejército o gobernada por un funcionario de Roma, y fueron numerosas las áreas nunca controladas de esa manera por los romanos que éstos sentían como partes indisolubles del Imperio. La determinación de proteger e incrementar el *imperium* de Roma proporcionó los motivos de la mayoría de las guerras que se libraron bajo el Principado.

Domiciano dedicó varios años a supervisar la lucha de sus ejércitos en las fronteras del Rin y el Danubio, aunque parece poco probable que ejerciese el mando directo en el campo de batalla. En Germania se estableció una línea de fuertes mucho más adelantada de lo que lo había estado en el pasado pero, por este camino, sólo se anexionó una superficie muy escasa. Fundamentalmente, esos conflictos constituyeron versiones a escala ampliada de las frecuentes campañas efectuadas para conservar el dominio de Roma sobre las tribus próximas en las provincias fronterizas. Dacia fue invadida como respuesta a una serie de durísimas incursiones sobre la provincia de Mesia Inferior, pero es muy poco probable que se previera su ocupación permanente y, en definitiva, las operaciones obtuvieron un éxito muy escaso. En el 86 d.C., los dacios derrotaron, y quizá aniquilaron, un ejército mandado por el prefecto pretoriano Cornelio Fusco —en buena medida con la desaprobación del Senado, que creía que cualquier ejército debería ir mandado por un miembro de su clase y no por un mero ecues-

El Imperio bajo Trajano

tre—.[3] La relación de Domiciano con la clase senatorial empeoró aún más a lo largo de su principado, negándole la popularidad —y el trato favorable en nuestras fuentes, que fueron escritas principalmente por senadores y para senadores— concedida a su padre y a su hermano. Finalmente, murió asesinado, en el 96 d.C. a raíz de una conspiración de palacio, y el Senado lo sustituyó por uno de sus propios miembros, el anciano Nerva.

Nerva fue el primero de la serie a la que Edward Gibbon denominó como «los cinco dioses emperadores», que presidieron el Imperio romano en el momento de máximo poder y prosperidad, en el siglo II d.C. Le sucedió Trajano, quien dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a reanudar la expansión. Su conquista de Dacia fue una continuación de las insatisfactorias campañas de Domiciano en aquella zona y tuvo sus raíces en problemas fronterizos. Sin embargo, la invasión de Partia y la marcha sobre el golfo Pérsico apenas contaba con pocos motivos, aparte del tradicional deseo de un aristócrata romano de conseguir gloria derrotando a enemigos poderosos.

El entorno de Trajano y su ascensión al poder

Trajano nació y se educó en la ciudad de Itálica, en España. Su familia afirmaba descender de alguno de los soldados originarios de Roma e Italia que formaron esa colonia, establecida por Escipión el Africano después de su victoria en Ilipa, en el 206 a.C. Itálica prosperó y creció hasta convertirse en una de las mayores y más importantes ciudades de España. Al parecer, sus ciudadanos gozaban del estatus de latinos, aunque la aristocracia local podía conseguir la plena ciudadanía romana mediante la ocupación de magistraturas locales. Si poseían riqueza suficiente —y el éxito político requería siempre dinero, incluso en el ámbito local—, entonces esas familias podían convertirse en ecuestres y enviar a alguno de sus hijos a formar parte del servicio imperial. Con el tiempo, algunos consiguieron riqueza y favor para ingresar en el Senado. En el siglo I a.C., especialmente en la época de Augusto, muchos nobles italianos se convirtieron en senadores. Bajo sus sucesores, ingresó en esa institución un número creciente de hombres procedentes de provincias. Algunos de ellos eran descendientes de colonos romanos, pero una cifra cada vez mayor procedía de la aristocracia indígena a la que se le había concedido la ciudadanía. Claudio llegó a nombrar senadores a varios galos. A finales del siglo I había incluso hombres procedentes de España, del norte de África y de la Grecia oriental.

Todos ellos eran romanos, tanto desde el punto de vista legal como por su cultura, sin tener en cuenta su procedencia étnica, y su conducta en la vida pública no difería de manera significativa de la de los senadores con

antepasados italianos o estrictamente romanos. Durante el Principado, la élite dirigente de Roma fue absorbiendo gradualmente a los ricos y poderosos de la mayoría de las provincias sin pérdida de su carácter tradicional. Este proceso tuvo la enorme importancia de convertir en extremadamente raras las rebeliones en la mayoría de las provincias, excepto en aquellas en las que la aristocracia local permanecía fuera del sistema. Trajano fue el primer emperador cuyos lazos de unión con Italia eran extraordinariamente lejanos. Le sucedió su primo Adriano, otro español, cuyo acento provinciano le ganó la burla de muchos otros senadores cuando llegó a Roma por primera vez. A finales del siglo, el trono se vio ocupado por Septimio Severo, un senador de Lepcis Magna, en el norte de África. Posteriormente habría emperadores sirios, griegos, panonios e ilirios.[4]

El padre de Trajano y homónimo suyo, Marco Ulpio Trajano, había seguido una carrera senatorial bastante distinguida, aunque no está claro si fue el primero de la familia en ingresar en el Senado. En el año 67 d.C., era el legado legionario al mando de la *X Fretensis*, en la campaña de Galilea, bajo Vespasiano, a quien apoyó en la Guerra Civil. Eso le supuso la concesión de un consulado, quizá en el año 70, y el nombramiento de *legatus Augusti*, primero en Capadocia y, después, en Siria. En esa época, parece que existieron algunas fricciones con los partos, y la habilidad de Trajano para manejar esa situación condujo a que se le recompensase con condecoraciones triunfales. No sabemos si esas operaciones supusieron una lucha real o si consistió simplemente una diplomacia enérgica. En esos años se le concedió a la familia el estatus patricio. Por aquel entonces, prácticamente ya no sobrevivía ningún patricio auténtico, pues esos hombres habían sufrido mucho durante las purgas de los sucesivos emperadores, y Vespasiano decidió crear nuevos patricios para inyectar dignidad a su Senado. Muchos de los beneficiarios fueron hombres que habían demostrado en la Guerra Civil que se podía confiar en ellos, incluida la familia del futuro suegro de Tácito, Julio Agrícola.[5]

La propia educación de Trajano parece haber sido bastante convencional para los estándares de la clase senatorial, aunque se afirmaba que demostró sólo un nivel adecuado en retórica y en otras materias académicas. Ya desde muy joven, desarrolló una gran pasión por la caza, que perduraría toda su vida, y sobresalía en los ejercicios físicos, especialmente los militares. Próximo a la veintena, probablemente hacia el 75 d.C., se convirtió en tribuno senatorial (*tribunus laticlavius*) de una de las legiones de Siria, sirviendo al mando de su padre, como ocurría con muchos de los jóvenes aristócratas. Posteriormente fue trasladado a una legión en la frontera del Rin y realizó después otros servicios contra las tribus locales. Algunos tribunos se hicieron famosos por la manera en que desperdiciaron su tribu-

nado militar, pero Trajano abrazó la vida militar con gran entusiasmo y sirvió un tiempo mucho más largo de lo habitual. En su *Panegírico* —versión escrita de un discurso de alabanza al emperador, pronunciado originalmente en el Senado—, Plinio el Joven afirmaba que sirvió diez años, plazo tradicional exigido para que un hombre pudiera ser elegido para un cargo político en la República. Quizá sea una exageración, pero su relato de la época de Trajano como tribuno puede ofrecernos una visión ajustada de aquel entusiasta joven oficial:

> Siendo tribuno... visitaste, con una firmeza de hombre ya hecho, las regiones más distantes, al tiempo que la fortuna te predisponía a estudiar largamente y a fondo lo que más tarde debías prescribir. Porque, en lugar de contentarte con haber visto de lejos los campamentos y de haber atravesado, como quien dice, una milicia de poca duración, ejerciste de tribuno de tal manera que pudieses ser caudillo a continuación y que no tuvieses que aprender nada en el tiempo de magisterio. A lo largo de diez campañas, conociste las costumbres de las naciones, la situación de los países, las ventajas de los lugares, te avezaste a soportar el diverso temperamento de las aguas y del cielo como las fuentes de la patria y el clima patrio. ¡Cuántas veces cambiaste los caballos, cambiaste las armas, ya fuera de uso![6]

A esta temporada transcurrida en el ejército, le siguieron otros cargos civiles, hasta que, a finales de la década de los 80, Trajano se convirtió en legado de la *Legio VII Gemina* en la ciudad de Legio (raíz de su nombre moderno, León), en la pacífica provincia de la Hispania Tarraconensis. El 89 d.C., Lucio Antonino Saturnino, el legado de la Germania Superior, se rebeló contra Domiciano. Se le ordenó a Trajano que partiera de España para enfrentarse al ejército rebelde. En esa ocasión, cuando llegó, Saturnino ya había sido derrotado, pero su lealtad y la respuesta inmediata le ganaron la confianza del emperador. Parece ser que su legión permaneció en el Rin, donde montó una serie de expediciones punitivas, coronadas por el éxito, contra una tribu germánica —quizá la de los catos—, que había firmado una alianza con Saturnino. En la década del 90 consiguió aún mayor reputación como comandante, y sirvió como legado provincial, quizá en Germania Superior y en Panonia, junto al Danubio. Cuando estaba a cargo de esta última, luchó y derrotó a algunas tribus suevas. En el momento del asesinato de Domiciano, cuando Nerva fue ascendido al trono, Trajano era ampliamente respetado como uno de los generales más dotados en edad de prestar servicio activo: tenía entonces cuarenta años. Enfrentado a la presión de los pretorianos que exigían el castigo de los asesinos de Domiciano, y probablemente nervioso por la aparición de rivales entre los legados provinciales, en el 97 d.C., Nerva adoptó a Trajano, nombrándole herede-

ro. La elección fue muy popular, especialmente en el ejército, y fundamental para apuntalar al nuevo régimen. Un año más tarde, Nerva moría y Trajano se convertía en emperador. Pasó todo un año visitando la frontera danubiana y, en el 101, comenzó una campaña importante en esa zona que tenía como objetivo la derrota del rey Decebalo de Dacia.[7]

Las guerras dacias, 101-102 y 105-106 d.C.

En el 58 a.C., Julio César había considerado la posibilidad de atacar Dacia (un área que aproximadamente se correspondería con la actual Transilvania) hasta que los helvecios le proporcionaron una oportunidad alternativa, incluso más atractiva, de conseguir gloria militar. Sólo su asesinato, acaecido en el 44 a.C., impidió que se cumpliera el restablecimiento de su plan original para llevar allí la guerra. En aquel tiempo, los dacios se hallaban unidos bajo el mandato de Burebista, un carismático líder guerrero que controlaba una fuerza de combatientes mucho mayor que la mayoría de los jefes tribales. Poco después de la muerte de César, el rey dacio caería también asesinado y, en más de un siglo, en su pueblo no apareció ningún gobernante tan fuerte. La situación cambió cuando Decebalo consiguió el poder en las últimas décadas del siglo I d.C., reuniendo una vez más una poderosa fuerza de guerreros —deseaba especialmente reclutar desertores del ejército romano— y sometiendo a su dominio a numerosos pueblos vecinos, tales como los sármatas y los bastarnos. Dión le describe en términos convencionales como el comandante ideal, que era:

> inteligente en la comprensión del sistema de guerra y hábil en la manera de llevarla a cabo; sabía muy bien cuándo atacar y elegía el momento preciso para la retirada; era un experto en preparar emboscadas y un maestro en las batallas campales; no sólo sabía muy bien cómo completar una victoria, sino también cómo manejar una derrota.[8]

Bajo el agresivo liderazgo de Decebalo, los dacios se habían dedicado a realizar incursiones al otro lado del Danubio, e infligido serias derrotas a los romanos. La campaña de Domiciano contra ellos acabó de una manera profundamente insatisfactoria con un tratado según el cual los romanos pagaban a Decebalo una indemnización anual y le proporcionaban ingenieros y artillería para reforzar las fortificaciones de su reino. Tales condiciones indicaban que Roma no había ganado la guerra e incluso parecían un indicio de que la había perdido, lo que sería un elemento más que añadir a la impopularidad de Domiciano en el Senado. Cuando, en el año 101 d.C., Tra-

jano desencadenó una invasión de Dacia, su principal objetivo era el de conseguir una paz mucho más satisfactoria, basada en la victoria romana, que permitiese la aceptación de un tratado más apropiado y dejando clara ante el mundo la superioridad de Roma sobre Dacia. En un primer momento no parece que hubiera planeado anexionarse el reino.

Acabado el conflicto, Trajano escribió unos *Comentarios* donde describía sus guerras dacias, pero sólo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos. Dión Casio, un senador de origen griego que escribió a comienzos del siglo III d.C., nos ofrece la mejor narración de esas operaciones, pero incluso ésta toma la forma de resúmenes redactados siglos más tarde y carentes de detalle. Algunas otras fuentes proporcionan cierta información, pero es imposible construir una narración de este conflicto tan detallada como las de otras campañas examinadas hasta ahora. El botín conseguido en la conquista de Dacia sirvió para levantar el gran complejo del Foro construido por Trajano en Roma. Es muy poco lo que de éste ha sobrevivido, al margen de su sólida pieza central, una columna de cien pies romanos de altura (29,8 m), decorada con un friso esculpido en espiral que narra la historia de las guerras. Varios centenares de escenas mostrando miles de figuras de soldados romanos y de enemigos forman una composición que presenta una narración muy clara. En su origen, estaba llena de colorido, con las figuras pintadas y provistas de armas de bronce en miniatura, incorporando la escultura niveles de detalle que no son visibles al espectador que se encuentra a ras de suelo.

La Columna Trajana narra una historia, pero se trata de una narración que nosotros sólo podemos leer con dificultad. La tarea sería parecida a la que se nos presenta en la contemplación del Tapiz de Bayeux, pero sin los títulos y contando sólo con una confusa idea de los acontecimientos y las personalidades de la conquista normanda. Aunque se han efectuado numerosos intentos de relacionar los relieves con la topografía de Rumania y reconstruir en detalle el curso de la guerra, ninguno de ellos ha sido demasiado convincente y todos se mueven en el ámbito de la conjetura. Sin embargo, la Columna Trajana nos ofrece una mirada fascinante de la manera en que a los comandantes romanos les gustaba verse representados en las obras de arte. Su estilo se halla influido por un amplio abanico de convenciones artísticas, pero la mayor parte tiene como núcleo de procedencia una larga tradición de siglos de arte triunfal romano, pues el paseo a caballo en triunfo de los generales por la ciudad casi invariablemente incluía en su desfile pinturas que mostraban sus propias hazañas y las de su ejército. Éstas se utilizaban a menudo para decorar templos u otros monumentos construidos con los botines de guerra. El Trajano de la columna representa el comandante ideal del arte romano, y es interesante compararlo con la

figura literaria del gran general. Escenas de otro monumento, el de Adam-Klissi (Rumania), quizá muestren también episodios de la guerra, pero la historia que narran es todavía más complicada de reconstruir. Trajano quizá sea uno de los oficiales que aparecen en las metopas de Adam-Klissi, pero se hallan tan deterioradas por el paso del tiempo que no permiten un reconocimiento definitivo.[9]

Los preparativos de la campaña fueron muy amplios y probablemente duraron todo un año. Finalmente, se concentraron en el Danubio nueve legiones para tomar parte u ofrecer su apoyo a las operaciones —con todo su personal o, al menos, en forma de *vexillationes* numerosas—. Otras legiones enviaron *vexillationes* de menor tamaño, y las ya considerables fuerzas auxiliares de la región se incrementaron con unidades y destacamentos completos de otras provincias. Es posible que la tercera parte del ejército romano del momento tomara parte en la guerra, aunque todas esas tropas nunca se encontraron reunidas en un único ejército de campo, sino que operaron divididas en varias fuerzas y en papeles de apoyo. Se trataba de una fuerza formidable, pero la tarea que tenía ante sí no parecía nada fácil. Dacia se hallaba defendida por la fortaleza natural que constituían los Cárpatos. El reino era rico en depósitos de oro, y Decebalo utilizó esa riqueza para crear un gran ejército y para levantar bastiones bien fortificados con el fin de controlar los pasos principales de las montañas. Las excavaciones realizadas en algunos de esos lugares confirmaron su sólida estructura, con muros y torres que combinaban métodos de construcción nativos, helenísticos y romanos.

Los guerreros dacios eran valientes, aunque quizá no más disciplinados que los de otros pueblos tribales. Su religión, basada en el culto al dios Zalmoxis, empujaba a menudo a los soldados a suicidarse antes que rendirse. Parece que muy pocos vestían armadura en las batallas, si exceptuamos la caballería aliada sármata, cuyos jinetes luchaban como catafractarios, caballos y hombres cubiertos con armaduras de metal o hueso. Sus armas eran el arco, la jabalina, la espada de estilo celta y también una *falx* de tipo escita, espada curva manejada a dos manos, con el corte en la parte interior y acabada en punta. Esta última arma podía atravesar un escudo y provocar heridas terribles, y parece ser que fue la que animó a algunos legionarios romanos a equiparse con grebas y con una guarda articulada para proteger el brazo derecho, que quedaba expuesto.

La Columna Trajana comienza mostrando escenas de los puestos fronterizos romanos a lo largo del Danubio y una fuerza de legionarios que marcha detrás de sus estandartes reunidos sobre un puente construido sobre gabarras, el equivalente romano de un puente de pontones. A continuación, aparece el emperador, manteniendo un *consilium* de oficiales su-

periores con el fin de discutir las operaciones futuras. Por lo común, Trajano parece algo más alto que los hombres que le rodean, pero nunca domina a los demás por un tamaño exagerado a la manera del arte monumental de otros gobernantes de la Antigüedad, como en el caso de los faraones egipcios. A la planificación de alto nivel y el dictado de órdenes al alto mando del ejército le siguen otros preparativos de la campaña. La cabeza tocada de acuerdo con su cargo de *pontifex maximus*, primer sacerdote de Roma, el emperador arroja a las llamas de un altar un pastel circular ritual, o *popanum*, mientras, a su alrededor, se efectúa el rito de la *suovetaurilia*, sacrificio de un toro, un cerdo y un carnero en honor de Marte. Esta importante ceremonia se realizaba fuera de las empalizadas de un campamento del ejército cuando estaba a punto de iniciarse una campaña importante, para purificar las tropas y asegurarse el apoyo de las deidades de Roma. Lo mismo que sucedía en la vida política de la propia Roma, los magistrados desempeñaban un papel central en las ceremonias religiosas regulares del ejército. A continuación hay una escena curiosa que muestra a Trajano observando a un campesino que sujeta con fuerza un gran objeto circular caído de una mula, y que quizá esté relacionado con una anécdota que aparece en Dión, según la cual las tribus aliadas envían al emperador un mensaje escrito en latín sobre una seta enorme. A continuación, el comandante sube a una tribuna y pronuncia una alocución a sus legionarios formados, una arenga que recibía el nombre de *adlocutio*. Después, los soldados fortifican varias posiciones —casi con toda seguridad, en la ribera del Danubio ocupada por los enemigos—, y el emperador se mueve entre ellos mientras trabajan y supervisa la obra.

Asegurado el lugar de paso del río, el grueso del ejército avanza hacia las colinas, dirigiéndose probablemente hacia el paso de los Cárpatos conocido como las Puertas de Hierro. Trajano y uno de sus oficiales inspeccionan un fuerte enemigo en una colina, que parece haber sido abandonado, antes de regresar para supervisar a un grupo de legionarios que limpian un camino en medio de un espeso bosque. Uno de los temas importantes de la columna, lo mismo que sucede en buena parte de los escritos, es el de la habilidad ingeniera y la perseverancia obstinada de los ciudadanos soldados del ejército y, muy a menudo, se ve a Trajano y a sus oficiales supervisando el trabajo. Se le muestra también interrogando a un prisionero dacio, lo mismo que habían hecho César y otros generales, antes de que la acción pase a recoger la primera batalla importante. En ésta se muestra a los legionarios formados en la reserva, mientras que los auxiliares, entre los que se incluyen bárbaros con el pecho descubierto —probablemente germanos o quizá incluso britanos de las unidades irregulares conocidos como *numeri*— armados con porras de madera, son quienes en realidad están luchando.

El salvajismo de estos soldados no ciudadanos recibe especial atención en ésta y otras escenas. Un infante auxiliar regular lleva cogida por los cabellos con los dientes apretados la cabeza cortada de un enemigo, de tal manera que tiene las manos libres para continuar la lucha. En la retaguardia, otros dos auxiliares muestran al emperador otras cabezas cortadas. En esta escena, Trajano parece apartar la mirada, pero en otra muy parecida, más adelante, se le presenta alargando la mano para aceptar aquellos trofeos repugnantes. Los romanos habían prohibido la caza de cabezas en las provincias del Imperio, pero era evidente que se aceptaba que los soldados la practicasen cuando luchaban contra enemigos extranjeros. No obstante, y con una posible excepción, en la columna sólo se ven auxiliares con cabezas en la mano y parece probable que esa conducta se aceptaba en estas tropas menos civilizadas, pero no entre los legionarios.

La acción de llevarle trofeos al comandante repite episodios de las obras escritas, como aquel jinete, en Jerusalén, que capturó a un rebelde y se lo llevó a Tito. El general, y aún más el emperador, podía recompensar esos hechos heroicos y era vital su papel de testigo de la conducta de sus hombres. Una tarea de esa clase significaba encontrarse próximo al lugar de la pelea, de tal manera que los soldados creyesen que eran observados como personas individuales. Se decía que uno de los generales de Domiciano había obligado a sus soldados a pintar el nombre en el escudo para que sintiesen que se les podía identificar con mayor facilidad. Después, en la Columna Trajana, se muestra una distribución de recompensas a las tropas auxiliares, aunque hay otras evidencias de que, en esa época, los soldados ya no recibían medallas (*dona*) como los legionarios, sino que debía tratarse de otra clase de premios. Las unidades auxiliares conseguían honores en el combate y, en ocasiones, una concesión temprana de la ciudadanía que, normalmente, sólo se entregaba con la licencia del ejército, por lo que quizá la forma más común de recompensa a un soldado auxiliar a título individual era el ascenso y sumas de dinero o de botín.[10]

Esta primera batalla pudo tener lugar cerca de Tapae, donde, en el 88 d.C., uno de los generales de Domiciano consiguió una victoria que tuvo cierta importancia para olvidar la vergüenza de la derrota de Cornelio Fusco. En lo alto del friso se ve a un dios arrojando rayos contra los dacios, pero no está claro si se trata simplemente de mostrar a las deidades de Roma luchando a su favor o si indica una acción librada, o quizá terminada, con una tormenta. Algunos estudiosos han creído ver en esa presentación de auxiliares luchando, mientras los legionarios permanecen en la reserva, el deseo romano de ganar las victorias sin el derramamiento de sangre ciudadana. Tácito alabó a Agrícola por haber vencido en la batalla de

Monte Graupio de esa forma, aunque, de hecho, rara vez se expresa un sentimiento de esa clase.

Parece haber sido bastante común, a finales del siglo I, formar la primera línea de infantería con tropas auxiliares, mientras que las legiones formaban la segunda y las demás líneas. Esto era algo ciertamente lógico pues, dada la superior organización de las legiones, con diez cohortes al mando de un legado y acostumbradas a operar juntas (al contrario que las cohortes auxiliares, todas ellas unidades independientes), al jefe del ejército le era más sencillo controlar la situación. Por esta razón, los legionarios eran más eficaces como tropas de reserva para intervenir cuando la línea de combate necesitaba refuerzos. En algunos casos, es posible que la batalla la ganasen los auxiliares, sin necesidad de reserva alguna. Es imposible decir si ése fue el caso en Tapae, el año 101, y es también probable que los escultores eligieran simplemente representar la fase inicial de la batalla, comenzada cuando la infantería y la caballería auxiliares desencadenaron un ataque contra el enemigo. Dión nos cuenta que la lucha fue muy dura y que la victoria costó a los romanos numerosas bajas. Cuando los centros de ayuda médica romanos —en una de las últimas escenas de la columna vemos médicos curando a soldados— quedaron sin vendajes, Trajano les envió una buena parte de sus reservas de ropa para que las cortasen en tiras y repusieran las provisiones Con el fin de dedicar un recuerdo a los caídos, levantó asimismo un altar en el escenario de la batalla.[11]

Después de esa victoria, los romanos continúan su avance e incendian los asentamientos ocupados. El parapeto de una de las fortificaciones dacias aparece decorado con una hilera de cabezas colocadas sobre postes, mientras que frente a la empalizada hay estacas escondidas en pozos, semejantes a los «lirios» hechos por los soldados de César en Alesia. Dión nos dice que en una de las fortificaciones tomadas, los romanos hallaron estandartes y equipo capturado al ejército de Fusco.[12] A continuación, los romanos atraviesan un río, en esta ocasión sin la presencia de un puente. Se ve a un legionario vadeando las aguas, transportando su armadura y equipo en el escudo rectangular que lleva sobre la cabeza. Después Trajano presencia otro desfile, antes de encontrarse con un grupo de embajadores dacios y, a continuación, con un grupo de mujeres nativas. La acción se traslada entonces a otra zona cuando la columna muestra a guerreros dacios y catafractarios sármatas nadando —y en algunos casos pereciendo ahogados en el intento— para cruzar el Danubio y atacar algunas guarniciones romanas defendidas por tropas auxiliares. Un grupo de enemigos emplea un ariete con la punta de hierro en forma de cabeza de animal, tratando de abrir brecha en la muralla del fuerte, y quizá sea éste un indicio del cono-

cimiento de las técnicas de asedio que Decebalo había conseguido por los desertores y por su tratado con Domiciano.

En respuesta a esta amenaza, vemos a Trajano y a una mezcla de guardia pretoriana y auxiliares embarcando en un navío de guerra y una gabarra. Van descubiertos, vistiendo capotes de viaje (*paenulae*) y cargados con fardos —quizá tiendas dobladas o simplemente víveres—. La fuerza se traslada siguiendo el Danubio y después desembarca. Trajano va siempre a la cabeza y cabalga con un grupo de auxiliares de infantería, de caballería y de irregulares bárbaros a la caza de la fuerza de asalto enemiga. Dos jinetes auxiliares parecen informar al emperador —probablemente exploradores que han dado con los dacios—, a lo que sigue un ataque en toda regla de la caballería romana. La sorpresa parece total —la diosa de la Noche se aparece en la parte alta de la escena, lo que hace pensar en un ataque protegidos por las sombras de la noche— y los sármatas y los dacios son puestos en fuga y reducidos alrededor de sus carros de cuatro ruedas. César anotó que los ejércitos galos iban siempre acompañados de carros que transportaban a sus familias, y quizá los dacios tuvieran una costumbre parecida. Sin embargo, es posible que esas escenas no representen una fuerza de ataque, sino una migración de algunos de los pueblos locales, quizá de tribus aliadas de Decebalo.

Las metopas de Adam-Klissi muestran también la lucha entre los carros de los bárbaros y una impresionante carga de la caballería romana, dirigida por un oficial superior, quizá el propio Trajano. Aunque con un estilo más tosco, estos relieves son menos estilizados que los de la columna y parecen querer mostrar tres clases distintas de bárbaros, probablemente sármatas, bastarnos y dacios. Posiblemente las metopas de Adam-Klissi se correspondan a estas escenas de la columna, pero de la misma manera podrían representar acontecimientos enteramente distintos.

Después de esta victoria romana, Trajano aparece recibiendo otra embajada dacia, formada esta vez por aristocráticos «portadores de gorro» (*pileati*), en lugar de los guerreros de categoría social inferior que Decebalo había enviado al comienzo de las hostilidades. Dión menciona varios intentos de negociación, fracasados siempre por la desconfiada naturaleza de Decebalo y, con mayores probabilidades, por la carencia de flexibilidad de las exigencias romanas.[13] A esto siguió una batalla importante, en la que aparecen los legionarios luchando junto a los auxiliares. Los soldados romanos reciben el apoyo de un escorpión montado sobre un carro tirado por dos mulas y conocido como *carroballista*. Trajano supervisa la acción por detrás de la línea de combate, presentándose ante él un auxiliar acompañado de un cautivo —quizá de uno que había capturado él mismo—. Por detrás de él se encuentra la famosa escena del hospital de campaña, lo que

quizá indique que la historia de Dión sobre las vendas debe estar relacionada con esta batalla y no con el encuentro precedente. Lo mismo que sucede en el caso de la columna, simplemente no podemos saberlo.

Después de la derrota de los dacios —a muchos de los cuales se les muestra como cautivos en un recinto cerrado—, Trajano sube a una tribuna para dirigir una alocución a sus soldados formados y, a continuación, se sienta en una silla de campaña plegable para hacer entrega de recompensas a los bravos auxiliares. Sin embargo, en medio de estas escenas de celebraciones romanas, se encuentra a su lado otra mucho más cruda, donde varios hombres atados y desnudos son brutalmente torturados por mujeres. Los hombres son posiblemente soldados romanos prisioneros y las mujeres dacias —en numerosas sociedades guerreras la tarea de humillar y de matar mediante la tortura a los cautivos enemigos había sido efectuada, a menudo, por las mujeres de la tribu—. La escena trataba quizá de mostrar que la guerra aún no había finalizado, pues un enemigo que demostraba ese grado de salvajismo merecía ser exterminado.

En este punto, la narración de la columna señala una clara cesura, indicando quizá el final del primer año de campaña, por lo que podríamos asignar las escenas siguientes al año 102. Se muestra otro viaje por el río y, a continuación, se ve una columna de legionarios que atraviesa un puente de barcazas y el encuentro de dos ejércitos romanos. En éstas y en las siguientes secciones vemos que Trajano efectúa un recibimiento formal a las tropas que llegan, pronuncia arengas a los soldados formados, toma parte en otro sacrificio de una *suovetaurilia* a Marte, recibe embajadas dacias y acepta un prisionero u otros trofeos que le traen los soldados. A medida que el ejército avanza através de las montañas y abre caminos, levanta fortificaciones, libra batallas y sitia fortalezas, el emperador siempre va con él, para observar, dirigir y levantar la moral. Nunca lleva una herramienta o un arma para unirse a los soldados en sus tareas, pues su papel consiste más en dirigir sus esfuerzos que en compartirlos. Finalmente, los romanos superan aquel difícil terreno y a sus tenaces y feroces enemigos. La Primera Guerra Dacia finaliza con la rendición formal de Decebalo y de los dacios, arrodillados o en posición de suplicantes ante el emperador, que se sienta en una tribuna rodeado por todos los estandartes de su guardia pretoriana. A continuación, Trajano se encuentra sobre esta tribuna o en otra igual para arengar a sus soldados formados. Los trofeos y la diosa Victoria señalan el final del conflicto.

La paz sería temporal. Decebalo aceptó la pérdida de una parte de su territorio, entregó sus máquinas de asedio y sus ingenieros, así como a los desertores romanos, y prometió no reclutar nunca más a esa clase de gente. La guerra finalizó, en muchos aspectos, de una manera muy satisfacto-

ria para los romanos, con su enemigo reducido a un estatus de aliado subordinado, y Trajano se sintió justificado para tomar el título honorífico de Dacicus. Sin embargo, en los años siguientes, Decebalo incumplió la mayoría de los acuerdos, comenzando a reconstruir el ejército y a fortalecer su poder, ocupando algunas de las tierras de los yacigos, un pueblo sármata, sin pedir el beneplácito de los romanos para ejecutar esa acción expansiva. Era evidente que el rey no se estaba comportando de una manera correcta al tratarse de un aliado romano, y la guerra, que ya había amenazado con estallar durante el año 104, se reanudó abiertamente en el 105, cuando los dacios comenzaron a atacar algunas guarniciones romanas. El comandante en jefe de la más importante de ellas, Cneo Pompeyo Longino —un antiguo *legatus Augusti* que quizá conservaba aún su cargo— fue traicioneramente hecho prisionero en medio de una negociación. Sin embargo, no tuvieron éxito los intentos de Decebalo por convertirlo en su rehén pues el romano consiguió veneno y se suicidó. En determinado momento, los dacios reclutaron también a un grupo de desertores para que asesinaran al emperador, pero ese plan acabó asimismo en un entero fracaso.[14]

Trajano se encontraba en Italia cuando estalló la Segunda Guerra Dacia, y la narración de la columna comienza con su viaje cruzando el Adriático y al ser recibido por los dignatarios locales y una muchedumbre de gentes. Siguen dos escenas de sacrificio. Para esta Segunda Guerra parece que se concentró un número incluso superior de fuerzas. Trajano reclutó dos nuevas legiones que fueron bautizadas, en honor a su nombre, como *II Traiana Fortis* y *XXX Ulpia Victrix*, y posiblemente ambas intervinieron en la Segunda Guerra, aunque no está nada claro si tomaron parte en la Primera. Siguiendo la habitual manera romana de actuar, el emperador combinó la fuerza con una intensa actividad diplomática en el año 105, ya que aceptó la rendición de algunos caudillos dacios que abandonaron a su rey, y negoció con embajadores de todos los pueblos vecinos. Como resultado, parece que Decebalo contó con un número muy inferior de aliados. No obstante, la columna muestra un duro ataque contra algunos destacamentos de auxiliares que se defendieron hasta verse liberados por una fuerza dirigida por el propio Trajano.

La principal ofensiva romana no parece que se desencadenara hasta el 106, y es probable que siguiera una ruta diferente a la de la primera campaña. Comenzó con el ofrecimiento de otro sacrificio en la ribera del Danubio, antes de que el ejército cruzara el río por Dobreta. En esta ocasión no lo hizo por un puente temporal de barcazas, sino por uno monumental de arcos, construido en piedra y madera y apoyado en una veintena de pilares de cuarenta y seis metros de altura, cuarenta y nueve de anchura y separados aproximadamente cincuenta y dos metros entre sí. Lo diseñó Apo-

lodoro de Damasco —que planificaría más tarde el complejo del Foro Trajano y que, previsiblemente, tuvo mucho que ver con la construcción de la columna—, y lo construyeron los soldados. Para permitir una aproximación más rápida al puente se trazó una vía entre los cortados del Danubio. El relato de Dión describe esta hazaña de la ingeniería con cuidadoso detalle y recordando casi punto por punto la descripción que César hace de su puente sobre el Rin. Constituyó una gran y magnífica victoria de la ingeniería romana, tan admirable para los romanos como cualquier hecho de armas. La columna proporciona una representación detallada, aunque muy estilizada, del puente como fondo a la escena del sacrificio.[15]

A continuación Trajano se une al ejército —se muestra a los soldados aclamándole con entusiasmo, a la manera en que Veleio describió la bienvenida de los legionarios a Tiberio—, toma parte en otra ceremonia de purificación (*suovetaurilia*), con las procesiones rituales dando la vuelta al campamento y, a continuación, arenga a los legionarios y a los pretorianos en formación de parada. En un *consilium* Trajano resume y comenta la campaña con sus oficiales superiores. Finalizados ya los preliminares habituales, el ejército avanza recogiendo grano de los campos para complementar su provisión de víveres. La columna muestra algunas escenas de lucha, pero no con la misma intensidad que en la Primera Guerra, y Dión nos cuenta la historia de un jinete auxiliar quien, al advertir que sus heridas eran mortales, abandonó el campamento para intervenir de nuevo en la batalla, donde murió después de llevar a cabo espectaculares acciones heroicas. La culminación de la batalla la constituyó el asedio de Sarmizegethusa Regia, el centro religioso y político del reino de Dacia, erigido en lo alto de los Cárpatos. Después de dura resistencia, y parece ser que de un fallido asalto romano, los defensores se desesperaron e incendiaron la ciudad antes de envenenarse. La guerra no había finalizado aún, pero ya no se podía poner en duda el resultado, mientras los romanos perseguían a los dacios que aún quedaban. Finalmente, Decebalo fue arrinconado por un grupo de exploradores de caballería romanos, pero se suicidó cortándose el cuello antes de caer vivo en sus manos.

El jefe de la patrulla romana era un tal Tiberio Claudio Máximo, quien había ingresado en el ejército como legionario antes de alcanzar el grado de suboficial en los *auxilia*. En la columna se le representó dando alcance a Decebalo y, por fortuna, se ha conservado su lápida funeraria; en ella hay una inscripción en la que se describe su carrera y nos ofrece otra versión de la escena. Decebalo fue decapitado y la cabeza se le entregó a Trajano, quien ordenó que se mostrara al ejército. La guerra había finalizado y la victoria se completó con el descubrimiento del tesoro del rey, enterrado en el lecho de un río, después de un intenso trabajo de los prisioneros de los romanos.[16]

Emperadores en campaña

La victoria en Dacia se celebró con un amplio programa de propaganda, del que el complejo del Foro constituyó sólo una parte. Si Trajano hubiera perseguido simplemente la gloria militar para confirmarse en el cargo de emperador, es improbable que hubiera buscado otras oportunidades para llevar a cabo nuevas guerras de agresión. Su gobierno fue más popular que el de ningún otro emperador, y las siguientes generaciones conservaron su memoria como el *Optimus Princeps*, el mejor de los emperadores, sólo rivalizado en prestigio por el propio Augusto. Sus relaciones con el Senado —el factor siempre más crítico para determinar el trato que le conceden a un gobernante nuestras fuentes literarias—, fueron generalmente muy buenas, y su mandato considerado a un tiempo justo y exitoso. A Trajano se le perdonaron incluso los vicios —era propenso a sentir una desmesurada pasión por los niños y los jovencitos—, pues su conducta no alcanzó nunca un estadio que los romanos consideraran excesivo o que le convirtiera en malintencionado. Según Dión, su decisión de desencadenar, en el 114, la invasión de Partia fue motivada por el deseo de ganar renombre.

Trajano pasó en el ejército una parte de su vida mucho más extensa que la mayoría de los aristócratas romanos, y ciertamente parece que disfrutó de la milicia. El pretexto para desencadenar la guerra fue, una vez más, una disputa a propósito de las relaciones que mantenía el rey armenio con Roma, pues fue un gobernante parto quien presentó a un nuevo monarca con su diadema de autoridad, y no un representante de Roma. La paz con Partia siempre había sido difícil, pues para los romanos su vecino oriental representaba algo profundamente insatisfactorio: era aquel antiguo enemigo que nunca había sido reducido al estatus de subordinado y permanecía plenamente independiente y poderoso. Parece que Trajano planeó alcanzar una victoria definitiva, pues ya desde los inicios su campaña fue algo más que una simple lucha para mostrar su dominio sobre Armenia. Una enorme cantidad de soldados romanos y de aliados —alrededor de diecisiete de las treinta legiones se desplazaron allí en su totalidad o bajo la forma de *vexillationes* muy numerosas para hacer la guerra—, contaron con grandes cantidades de víveres que se habían acumulado en el este durante varios años en preparación para el conflicto. En el fondo, el emperador deseaba emular las grandes conquistas de Alejandro en la misma región que había atravesado el rey macedonio siglos antes. La cultura del Imperio romano era profundamente grecorromana y los héroes del mundo helénico casi tan dignos de emulación como las primitivas generaciones de romanos.[17]

La guerra oriental de Trajano tuvo unos buenos inicios, pues en años sucesivos ocupó Armenia, Mesopotamia y la mayor parte de la propia Partia. Fueron tomadas la capital del reino, Ctesifonte, y la principal ciudad de Seleucia, después de lo cual, Trajano descendió por el Tigris hasta alcanzar el golfo Pérsico. Si Trajano había pensado en algún momento seguir las huellas de Alejandro —y parece improbable que lo hiciera—, su plan se vino abajo cuando, en el año 116, estallaron importantes rebeliones en todos los territorios recientemente conquistados. Las columnas romanas debieron operar en todas las nuevas provincias, sofocando la insurrección. La situación empeoró aún más cuando estalló otra importante rebelión, ésta en la comunidad judía de Egipto y de otras provincias —aunque no en la propia Judea—, que exigió un gran número de soldados para ponerle fin. El propio Trajano inició el sitio de la ciudad de Hatra, en el desierto de Arabia. Durante el asedio, cuando su propia guardia a caballo tomaba parte en al menos uno de los asaltos, Trajano estuvo a punto de ser alcanzado por un proyectil mientras cabalgaba cerca de las murallas. Dión hace notar que el emperador no vestía ningún símbolo de su rango, esperando no sobresalir así de los demás oficiales, pero su edad —tenía en ese momento sesenta años— y sus grises cabellos evidenciaban su señorío. No dieron en el blanco, pero un jinete que iba a su lado cayó muerto. Hatra resistió el asedio romano hasta que los hombres de Trajano, desesperados por la escasez de agua y de otras provisiones, abandonaron el lugar. El emperador se hallaba planeando nuevas operaciones cuando sufrió un ataque de apoplejía y falleció poco después.[18]

A Trajano le sucedió su pariente Adriano, pero existen muchas dudas sobre si, de hecho, le había nombrado formalmente antes de morir. Por ello, al comienzo de su reinado, la posición de Adriano era algo insegura, y se mostró reacio a pasar varios años alejado de Roma satisfaciendo las ambiciones orientales de su predecesor. Todo eso, unido a una sensación de que los recursos militares de Roma se hallaban bajo mínimos, condujo al abandono de los territorios tomados a los partos. Otro de los damnificados fue el gran puente de Trajano sobre el Danubio, pues se demolió parcialmente para evitar que fuera tomado y utilizado por un enemigo. Durante el reinado de Adriano, desde el 117 al 138, no iban a efectuarse guerras de conquista, y en muchos casos las que se llevaron a cabo como respuesta a rebeliones o a ataques las libraron los legados del emperador, sin la supervisión de éste sobre el terreno. Carente de las ambiciones agresivas de Trajano, Adriano dedicó, no obstante, una buena parte de su reinado a viajar por las provincias y, en particular, a visitar e inspeccionar el ejército. Dión anotó que «sujetó al ejército a la más estricta disciplina, hasta el punto de que, aunque poderoso, no era ni insubordinado ni intole-

rante».[19] En esa época, floreció en el ejército el culto a *Disciplina*, una de las deidades romanas que personificaban las virtudes, especialmente entre las tropas de Britania y África, y quizá fue el propio Adriano quien se dedicó a impulsarlo. Incluso cuando el ejército no se encontraba en guerra, el emperador siguió representando el ideal del buen general, al asegurarse de que las tropas se hallaran bien adiestradas y preparadas para intervenir, si era necesario. Según Dión:

> comprobaba e investigaba personalmente absolutamente todo, no simplemente los elementos habituales de los campamentos, tales como armamento, máquinas, trincheras, defensas y empalizadas, sino también los asuntos privados de los hombres que servían como soldados rasos y los de los mismos oficiales —sus vidas, sus alojamientos y sus hábitos—, y reformó y corrigió en muchos casos las prácticas y los alojamientos que se habían vuelto excesivamente lujosos. Instruía a los hombres en todo tipo de batallas, honrando a algunos y reprobando a otros, y les enseñó cuanto debería hacerse. Y con el fin de que salieran beneficiados al observarle, llevó siempre una vida llena de vitalidad, caminando o cabalgando en cualquier ocasión... Nunca llevaba la cabeza cubierta ni en el calor del verano ni en el frío del invierno, y ya fuera en medio de las nieves germanas o de los abrasadores soles egipcios, marchaba siempre con la cabeza descubierta. En resumen, con su ejemplo y sus preceptos, tanto adiestró y disciplinó a todas las fuerzas militares del imperio entero que incluso hoy [es decir, un siglo después] los métodos introducidos por él constituyen la ley de los soldados en campaña.[20]

Adriano supervisaba los ejercicios de instrucción de la tropa, de la misma manera que un comandante lo hacía en la batalla, alabando y recompensando la destreza y castigando las actuaciones deficientes. Ha llegado hasta nosotros una inscripción dedicada por un soldado auxiliar, llamado Sorano, que registra —en unos versos redactados en un latín descuidado—, un incidente en que el emperador elogiaba su habilidad como arquero.[21] Otras inscripciones mucho más completas, encontradas en Lambese, en el norte de África, incluyen párrafos escogidos de varios discursos pronunciados en una revista del ejército provincial como culminación de una serie de ejercicios rigurosos. El estilo de Adriano es muy directo, y se refiere a la *Legio III Augusta* como a «su» legión, y a su comandante como a «su» legado. Demuestra un detallado conocimiento de la historia reciente de la legión, haciendo notar que se encontraba muy por debajo de su plena capacidad de combate al haber destacado una cohorte en servicio a una provincia vecina. Menciona también que, como consecuencia, había enviado una cohorte, reforzada por soldados procedentes del resto de la unidad, para servir como refuerzo a otra legión. Afirmando que, en esas condiciones, se hu-

biera entendido perfectamente que la *III Augusta* no hubiera podido demostrar su alto nivel, refuerza su alabanza al declarar que no necesita excusa alguna. Felicita específicamente, uno por uno, a los centuriones, en especial a los cargos superiores. Tanto en esta parte del discurso como en las que dedica a las unidades auxiliares individuales, el emperador rinde tributo repetidamente a la diligencia del legado Quinto Fabio Catulino. La alocución a los elementos de caballería de una cohorte mixta (*cohors equitata*) nos proporciona un buen ejemplo del estilo de esos discursos:

> Es difícil que la caballería de una cohorte efectúe una exhibición vistosa, y especialmente difícil no quedar mal después de un ejercicio realizado por un *ala*; esta última ocupa un espacio muy amplio, cuenta con más jinetes para arrojar jabalinas, hace frecuentes giros circulares hacia la derecha y ejecuta la monta cántabra en formación cerrada, y, junto a una paga más elevada, posee caballos superiores y un equipo mejor. Sin embargo, habéis superado estas desventajas al efectuar todo cuanto habéis hecho con gran energía, a pesar de las elevadas temperaturas; debo añadir que habéis arrojado piedras con hondas y luchado con jabalinas y montado en todo momento con rapidez. Es muy evidente el especial cuidado que se ha tomado mi legado Catulino...

Las alocuciones contienen ciertas críticas, por ejemplo cuando reprende a una unidad de caballería por haber realizado una persecución con demasiada rapidez, perdiendo entonces el orden, lo que la hace más vulnerable a un contraataque. Pero, por encima de todo, Adriano trataba de animar a sus soldados y hacerles sentir que tanto ellos como sus unidades eran valorados y respetados. Si eliminamos detalles específicos, hay muy poco que pueda considerarse fuera de lugar en un discurso parecido pronunciado por un general moderno o por un directivo actual.[22]

Antonino Pío, sucesor de Adriano, no fue un hombre de armas y no dedicó tiempo alguno a realizar campañas. No deja de ser un indicio de la seguridad de aquellos momentos el que pudiera confiar sin problemas en sus legados para librar los principales conflictos de la época. Todos ellos fueron consecuencia de problemas fronterizos. Desde finales del siglo I d.C., las bases militares situadas en los límites del Imperio fueron adquiriendo un carácter cada vez más permanente, sustituyéndose las viejas fortificaciones y edificios interiores de madera por otros de piedra. Adriano fue aun más lejos en sus visitas a las provincias, al ordenar la construcción de nuevas instalaciones y de puestos fronterizos. En la parte septentrional de Britania, el ejército se dedicó a trabajar en la construcción del muro que lleva su nombre y que se extiende por ochenta millas romanas de costa a costa. Esas barreras pretendían únicamente restringir el paso a los foráneos, y

nunca dificultar los movimientos del ejército romano, ofreciéndole, por el contrario, bases seguras desde las que desencadenar sus operaciones agresivas. Roma trató de dominar a sus vecinos y no sólo de repeler cualquier invasión o incursión de las provincias, pero los intentos de realizar ocupaciones permanentes de nuevos territorios fueron raros.

NOTAS

1. Dión Casio, 68 18. 2-3 (trad.: Loeb).
2. Sobre la relación entre el *princeps* y el ejército, véase B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army 31 BC-AD 235*, 1984; para Claudio en Britania, véase Dión 60. 19, 1-22. 2 y Suetonio, *Claudius* 17.
3. Dión 67. 6. 16, 7. 2-4.
4. Sobre la formación de Trajano y su carrera en general, véase J. Bennett, *Trajan: Optimus Princeps*, 2001 (2.ª ed.).
5. Bennett (2001), pp. 11-19.
6. Plinio, *Panegyricus* 15. 1-3.
7. Bennett (2001), pp. 19-26, 42-62.
8. Dión 67. 6. 1 (trad.: Loeb).
9. Una panorámica de las escasas fuentes sobre las guerras dacias, en Bennett (2001), pp. 85-103, S. S. Frere y F. Lepper, *Trajan's Column*, 1988, L. Rossi, *Trajan's Column and the Dacian Wars*, 1971, e I. Richmond, *Trajan's Army on Trajan's Column*, 1982.
10. Cabeza tomada de la columna, escenas 57-58, 140, 183-184, 302-303; para un examen de este fenómeno en el ejército romano, véase A. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, 1996, pp. 271-276; escritura de nombres en los escudos, Dión 67. 10. 1; sobre las condecoraciones, véase V. Maxfield, *The Military Decorations of the Roman Army*, 1981.
11. La batalla de Tapae y la historia de las vendas, en Dión 68. 8. 1-2.
12. Búsqueda del equipo conseguido en un fuerte, en Dión 68. 9. 3.
13. Dión 68. 9. 1-1, 4-7.
14. Dión 68. 10. 3. 12. 5.
15. Dión 68. 13. 1-6.
16. La inscripción de Tiberio Claudio Máximo, en *L'Année Épigraphique*, 1969-1970, p. 583, y los comentarios, en M. Speidel, «The Captor of Decebalus», *Roman Army Studies 1*, 1984, pp. 173-187.
17. Sobre el carácter de Trajano, véase Dión 68. 6. 1-7. 5; sobre las guerras partas, véase Dión 68. 17. 1-31. 4, y en general F. Lepper, *Trajan's Partian War*, 1948, y Bennett (2001), pp. 183-204.
18. Hatra, en Dión 68. 31. 1-4.
19. Dión 69. 5. 2 (trad.: Loeb).
20. Dión 69. 9. 2-4 (trad.: Loeb).
21. *Inscriptiones Latinae Selectae* 2558, *cf.* Dión 69. 9. 6.
22. *Inscriptiones Latinae Selectae* 2487, 9133-5; un examen de estos discursos de Lambesis, en Campbell (1984), pp. 77-80.

Capítulo 14

UN CÉSAR EN CAMPAÑA: JULIANO EN LA GALIA, 356-360 D.C.

Juliano el Apóstata (332-363 d.C.)

> Y si es preciso enfrentarse al enemigo, conserva tu puesto con firmeza entre los portaestandartes, espera con todo cuidado el momento adecuado para levantar la moral de tus hombres con un acto de bravura, inspira a los combatientes con tu ejemplo, sin precipitación, apóyales con refuerzos cuando se hallen sometidos a fuerte presión, reprende modestamente a los perezosos, y hállate presente como testigo cierto de los hechos, tanto de los valientes como de los cobardes. Por consiguiente, urgido por la gravedad de la situación, vete como un valiente a la cabeza de otros valientes.
>
> *Consejo de Constantino a Juliano, que sigue a su nombramiento como César, el año 355 d.C.*[1]

A la expansión de la época de Trajano siguió una época de optimización de inversiones y de reorganización de las fronteras, bajo Adriano y Antonino Pío. Al morir este último, en el año 161, su sucesor, Marco Aurelio, heredó una guerra contra Partia. Los problemas en la frontera danubiana significaron también que Marco se vio obligado a dedicar una buena parte de la última década de su reinado a efectuar campañas y es incluso posible que hubiera planeado crear nuevas provincias al este del Danubio inmediatamente antes de su muerte, ocurrida en el año 180. Aunque el siglo II fue testigo de varios conflictos de importancia, se trató por lo general de una época de gran prosperidad, un momento en el que, en muchos aspectos, el Imperio romano alcanzó su punto culminante. En el siglo XVIII, Edward Gibbon consideraría los años que transcurren entre el 96 y el 180 como «el periodo de la historia mundial en el que la condición de la raza humana fue más feliz y prós-

pera». Para él, la decadencia de Roma comenzó en el reinado del hijo de Marco, el brutal Cómodo, que rompió con el precedente reciente de que un emperador eligiera a un senador capaz para adoptarlo como heredero, en lugar de señalar a alguien por las relaciones de sangre. Ciertamente, el asesinato de Cómodo provocó el estallido de una guerra civil que incluso superó por su intensidad al «año de los cuatro emperadores» que siguió al suicidio de Nerón. El vencedor final, Septimio Severo, dedicó buena parte de su reinado a pelear con rivales o a llevar la guerra contra los partos y, a continuación, contra las tribus caledonias del norte de Britania. Severo murió en York, aconsejando a sus dos hijos, que le sucedieron, que «cuidasen de los soldados y desconfiasen de cualquier otro».[2] Pocos meses después, su primogénito, Caracalla, asesinó a su hermano y asumió el poder en solitario.

Caracalla disfrutaba de la vida militar y le gustaba que le vieran vestido con uniforme de soldado raso y usando un molino manual para moler su ración de grano hasta convertirla en harina, lo mismo que hacía el resto de los legionarios.[3] Sin embargo, esos gestos no evitaron que fuese apuñalado hasta la muerte por un jinete de su propia guardia al ponerse de cuclillas detrás de un arbusto para hacer sus necesidades, cuando se encaminaba a librar otra guerra contra Partia. Después de Caracalla, los emperadores se sucedieron con alarmante frecuencia; la mayoría de ellos fueron asesinados o ejecutados por rivales, y sólo algunos perecieron en combate contra enemigos extranjeros. Las guerras civiles eran comunes y, como el ejército romano gastaba toda su fuerza peleando contra sí mismo, las derrotas en las fronteras se hicieron más y más frecuentes. Ocasionalmente, un emperador poderoso consiguió mantener cierta estabilidad durante algunos años, incluso a veces hasta una década completa, antes de que retornaran los levantamientos y el caos.

Si ya es extremadamente difícil describir en detalle cualquiera de las guerras del siglo II d.C., las fuentes con que contamos para las campañas del siglo III convierten esa tarea en imposible. Ciertamente, no nos permiten escudriñar con alguna certeza la manera de actuar de los comandantes del ejército, aunque las anécdotas que han llegado hasta nosotros hacen pensar que su conducta era bastante parecida a la de los siglos precedentes. Contra esa tendencia a la continuidad, la relación entre el general y el Estado cambió profundamente en este periodo, pues llegó a su fin aquella vieja tradición de que fueran los senadores quienes proporcionaran los jefes del ejército. La relación entre el *princeps* y sus legados senatoriales había sido en todo momento difícil, pues esos personajes eran siempre rivales potenciales. Marco Aurelio promocionó a cierto número de oficiales ecuestres al mando supremo, aunque habitualmente sólo después de haber sido admitidos en el Senado. A menudo, esos hombres eran en la práctica solda-

dos profesionales, que pasaron muchos años ocupándose de mandos sucesivos, en lugar de intercalar los cargos militares y civiles a la manera tradicional. No podemos saber si esa nueva situación hizo de ellos gente mucho más competente que la mayoría de los oficiales senatoriales, pero se les consideraba claramente mucho más leales, pues su nombramiento dependía por entero del favor imperial. Severo fue quien potenció esa tendencia al nombrar prefectos ecuestres, en lugar de legados senatoriales, para el mando de las tres nuevas legiones —la *I*, la *II* y la *III Parthica*—, que creó durante su reinado. En el siglo III, los ecuestres sustituyeron en todos los cargos militares superiores a los senadores, de los cuales sólo un puñado prestó alguna clase de servicio militar.

Aunque esa creciente confianza en los oficiales ecuestres se debió fundamentalmente al miedo de los sucesivos emperadores a que subordinados ambiciosos volvieran sus propias tropas contra ellos, a largo plazo, el resultado convirtió, de hecho, la usurpación en mucho más sencilla. Marco Aurelio pasó casi la mitad de su reinado con el ejército, lo mismo que había hecho Septimio Severo. Quienes buscaban el patrocinio del emperador se veían obligados a ir a verle, por lo que, durante mucho tiempo, buena parte de la actividad de la corte imperial iba a tener lugar en los cuarteles de cualquiera de los ejércitos en los que se encontrara el emperador. Roma fue perdiendo importancia a medida que los gobernantes pasaban cada vez menos tiempo en ella. La relevancia del Senado también declinó, tanto porque el emperador apenas lo visitaba como porque sus miembros iban perdiendo aquel prestigioso papel militar. Al finalizar el siglo III, el Senado era políticamente irrelevante y la ciudad de Roma conservaba poco más que una significación simbólica. El foco de la actividad política se encontraba ahora con el ejército, que ofrecía a los emperadores su única seguridad. Un hombre sólo permanecía en el poder el tiempo que conservara la lealtad de un número suficiente de soldados para derrotar la fuerza de cualquier otro rival. Mientras que en el pasado, cualquiera que pretendiera convertirse en emperador necesitaba ganarse el apoyo —aunque fuera a regañadientes— de la mayoría del Senado, ahora necesitaba la aquiescencia de los oficiales superiores del ejército, la mayor parte de los cuales eran ecuestres. De manera paulatina, estos hombres encontraron líderes entre su propio grupo y los elevaron hasta la púrpura. Si no se había invertido lo suficiente en recompensas y favores en el grupo de oficiales que les habían hecho emperadores, la consecuencia era un rápido asesinato del gobernante y su sustitución por otro. Convertirse en emperador era ahora mucho más una lotería que en la época de los inicios del Principado, pero también era considerablemente más difícil mantenerse en el poder. Como se esperaba de los recién nombrados emperadores que honraran y promocionaran a los jefes del ejército

que habían dado apoyo a su reivindicación, los soldados que servían en otras provincias conseguían muy poco con el ascenso al trono de aquéllos. Como consecuencia, trataban en ocasiones de encontrar entre ellos mismos un candidato adecuado al trono, ofreciendo apoyo a su reivindicación en el combate, deseosos de compartir los beneficios de la victoria.

Era extremadamente difícil que un hombre pudiera conservar la lealtad del ejército por todo el Imperio, y la situación empeoró aún más con la desaparición, en la estructura de mando del ejército, de un cargo equivalente en autoridad al de los antiguos legados provinciales. En el Principado tuvo lugar una reducción gradual en el número de legiones estacionadas en una sola provincia. En la época de Augusto, varias de las provincias contaban permanentemente con cuatro legiones, pero, a finales del siglo I, era raro que hubiera ni siquiera tres legiones bajo el mismo mando. En el siglo II continuó la misma tendencia; así, por ejemplo, la provincia de Britania, que tenía tres legiones, se dividió en dos. A medida que los emperadores fueron sintiéndose menos seguros, se mostraron cada vez más reacios a confiar el mando de un ejército de veinte mil hombres o más a cualquier rival potencial. En el siglo IV, muchas de las antiguas provincias se habían dividido en cinco o seis regiones, con guarniciones comparativamente pequeñas. Incluso entonces, el poder civil y militar estaba repartido entre diferentes funcionarios, lo que dificultaba, a menudo, la organización de los suministros de víveres para una fuerza de combate.

Un sistema de esa clase era suficientemente bueno para hacer frente a las escaramuzas fronterizas, pero completamente inadecuado cuando debía habérselas con una incursión importante o con una invasión. Si sucedía algo de esto último a gran escala, entonces el emperador debía ir en persona a enfrentarse al problema o enviar a un subordinado superior con tropas suficientes, corriendo el riesgo de que este último utilizara su mando para luchar por el poder. Desconfiando de sus propios oficiales superiores, la mayoría de los emperadores de los siglos III y IV pasaron buena parte de sus reinados en campaña, realizando tareas que en el pasado habían recaído sobre los gobernadores provinciales. Como un hombre sólo podía tratar los problemas de uno en uno, cada vez fue más común que los emperadores compartieran el poder con un asociado. La primera vez que sucedió esto fue cuando Marco Aurelio nombró a Lucio Vero, su hermano adoptivo, como cogobernador o César. Fue Vero quien tomó a su cargo la guerra con Partia, aunque, a pesar de algunos relatos extremadamente poco fiables que le pintan con una aureola de héroe, es improbable que desempeñara un papel muy activo en esa campaña.[4]

A finales del siglo III, Diocleciano creó un sistema conocido como la Tetrarquía, donde el Imperio quedaba dividido en dos partes, una oriental

y otra occidental, cada una de ellas controlada por un emperador superior, o *Augustus*, asistido por un colega subordinado, o *Caesar.* Una estatua que muestra a los cuatro, de pie, formando un grupo, y donde los dos *Augustus* dejan reposar la mano sobre el hombro de sus respectivos *Caesar*, simbolizaba el ideal del gobierno cooperativo. En su forma más pura, el sistema de la Tetrarquía apenas sobrevivió al propio Diocleciano, pero el principio de una multiplicidad de emperadores se convirtió en norma, menos en periodos excepcionales en los que un solo hombre (el más notable de los cuales sería Constantino el Grande), fue capaz de mantener todo el poder en sus manos y gobernar solo. Las regiones se sentían abandonadas si un emperador no prestaba suficiente atención a sus problemas, y el descontento podía empujar a las tropas estacionadas en ellas a nombrar a un nuevo emperador que tuviera más en cuenta sus necesidades.[5]

El nombramiento de Juliano como *Caesar* en la Galia, 355 d.C.

Tras la muerte de Constantino, acaecida en el 337, que había gobernado como emperador único durante trece años, el poder imperial se dividió entre sus tres hijos, Constantino II, Constancio y Constante, pero no transcurrió mucho tiempo hasta que comenzaron las luchas entre ellos. En el 350 sólo quedaba Constancio, y la mayor parte del Imperio occidental había sido ocupado por el usurpador Magnencio. Este último no fue derrotado definitivamente hasta tres años más tarde. El Imperio se hallaba una vez más unido bajo un único *Augustus*, pero Constancio se dio cuenta rápidamente de la necesidad de contar al menos con un asociado para ayudarle en su tarea. La mayor parte de los miembros de la familia extensa de Constantino habían perecido asesinados en las luchas por el poder que tuvieron lugar después de su muerte, quedando sólo los dos hijos de su hermanastro Julio Constancio. En el 351, fue nombrado *Caesar* el mayor de ellos, Galo, y se le encomendó la tarea de supervisar las provincias orientales mientras Constancio se las veía con Magnencio.

Un año después de la eliminación del usurpador, el propio Galo fue ejecutado por un *Augustus* cada vez más desconfiado del buen juicio y de las ambiciones de su *Caesar*. En cualquier caso, Constancio no podía estar más que en un solo lugar cada vez, y la desorganización ocasionada por la guerra civil había provocado la aparición de algunos problemas en las fronteras. El *Augustus* envió a Silvano, el jefe de la Infantería (o *Magister Peditum*, término que no implicaba una relación más especial con los soldados de infantería que con los de caballería y que simplemente designaba a un general superior) a restablecer la situación en la Galia, que había padecido

algunas serias incursiones y asentamientos bárbaros. Sin embargo, el riesgo inherente a confiar en cualquiera entregándole un mando independiente quedó pronto demostrado cuando este hombre fue proclamado *Augustus* por su ejército. El peligro del estallido de una guerra civil se evitó cuando uno de los oficiales de Constancio sobornó a varios soldados desafectos para que asesinaran a Silvano. Los problemas de la Galia continuaron, y el *Augustus* decidió enviar a Juliano, el hermano de Galo, para que les hiciera frente, decidiendo que un pariente podía ser de alguna manera más fiable que cualquier otra persona. Para intensificar aún más esos lazos de parentesco, Juliano se casó con Helena, la hermana de Constancio.

El 6 de noviembre del año 355 Juliano fue proclamado *Caesar* en la Galia en un desfile formal del ejército, mostrando los soldados su aprobación al golpear los escudos contra las rodillas. Una ceremonia de esa clase demostraba abiertamente la transferencia del poder político a los militares. El nuevo *Caesar* tenía veintitrés años y nunca había ocupado cargo público alguno o pasado algún tiempo en el ejército. Lo mismo que Galo hasta su elevación al poder, Juliano había pasado sus años de infancia en un cautiverio confortable, dedicado con todo entusiasmo a los estudios académicos en Nicomedia, primero, y a continuación en Atenas, donde recibió fuertes influencias del neoplatonismo místico. Constantino el Grande había hecho del Cristianismo la religión oficial del Imperio, aunque no llegara a suprimir con rigor la mayoría de los cultos paganos, y su familia era también cristiana. Animado por sus profundos desacuerdos con Constancio —sentimiento que se intensificó aún más con la ejecución de Galo—, la rebelión del estudioso tomó una senda religiosa. Públicamente Juliano seguía la nueva fe, pero abrazó el paganismo en secreto, decisión que los cristianos describieron como apostasía. Posteriormente afirmó que el dios Sol se le apareció en un sueño y le ordenó la formación de un nuevo culto que trató, sin éxito, de introducir. Tanto en sus propios escritos como en los relatos de otros autores, Juliano se nos presenta como un hombre inteligente, pero carente en buena parte del conocimiento de las opiniones y los sentimientos de otros, especialmente de aquéllos que contaban con una educación menos académica. Sería competente como general, aunque poco decidido, y su inclusión en esta obra obedece más a la relativa riqueza del material que explica sus campañas, comparado con cualquier otro de los generales del siglo IV, que al hecho de que fuera un genio militar.[6]

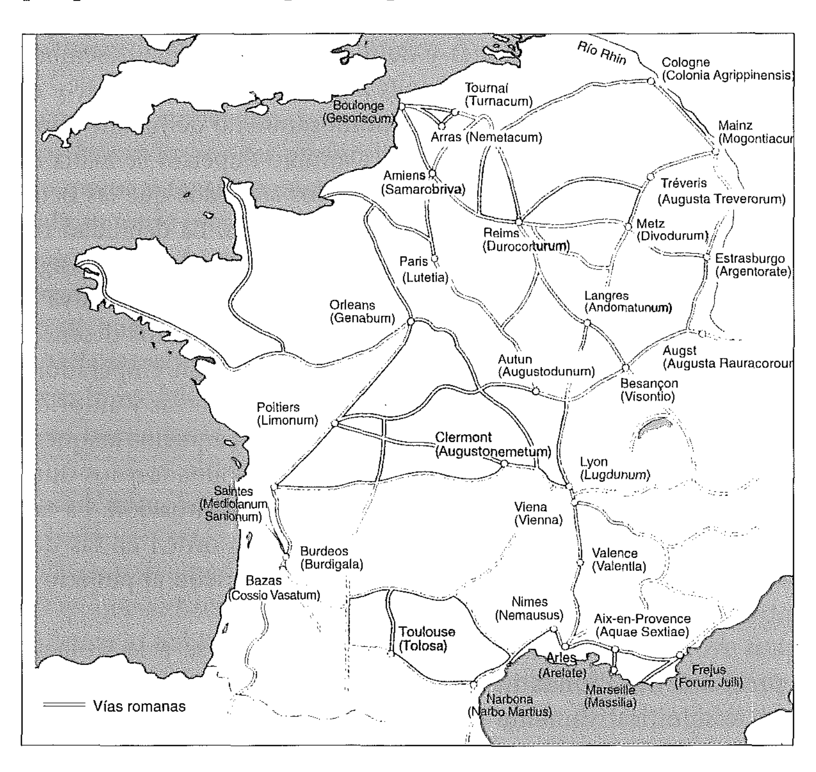
Constancio había ocultado deliberadamente a su asociado la magnitud del problema en la Galia, hasta que este último se encontró ya en camino hacia esa región. Lo más grave fue la llegada de las noticias de que Colonia Agrippinensis (Colonia) había sido arrasada por los francos, pero se seguían padeciendo serias incursiones por otro grupo de tribus: los ala-

manes. Ninguno de estos pueblos era conocido en los inicios del Principado y, en ocasiones, se ha creído que las tribus germánicas de menor importancia, a las que se habían enfrentado César y Germánico, se habían coaligado en los siglos II y III para formar confederaciones tribales más unidas y coherentes, que representaban una amenaza mucho más peligrosa para las fronteras romanas que sus predecesoras. No obstante, un examen más detallado de la organización militar y política de los pueblos germánicos en el siglo IV hace pensar que, en realidad, apenas había cambiado nada. Divididos en tribus y clanes, cada uno de ellos con sus propios caudillos, casi no gozaban de unidad política o de sentimiento de participar en objetivos comunes, y el poder de reyes y líderes demostró ser tan transitorio como siempre. No está claro si las tribus conocidas desde hacía mucho tiempo por los romanos habían cambiado de nombre o de si se habían visto sustituidas por otros pueblos, pero el problema que esas comunidades guerreras representaban para el ejército romano seguía siendo el mismo, como, en general, lo eran también los métodos utilizados en el intento por resolverlo.

Se realizaban incursiones sobre las provincias en las que los romanos parecían más vulnerables. Si obtenían éxito y quedaban sin castigo, se efectuaban entonces más incursiones y de mayor entidad, que desembocaban finalmente, en ocasiones, en invasiones a gran escala para tomar y ocupar tierras. En los años que precedieron al nombramiento de Juliano como *Caesar*, la frontera a lo largo del Rin y del Danubio Superior se había quedado sin muchas de sus guarniciones cuando los soldados que las ocupaban fueron trasladados para luchar en las guerras civiles. La debilidad romana se vio confirmada cuando, en sus incursiones, los bárbaros consiguieron penetrar profundamente, hasta alcanzar las provincias asentadas ya de antiguo, y regresar a sus tierras con botín y gloria. Esos éxitos desencadenaron ataques más y más duros, y como no hubo ningún emperador o subordinado de alto rango que llegara a la región con fuerzas y autoridad suficiente para desencadenar una guerra a gran escala, aquellos ataques se hicieron más frecuentes. Se estaba ante una Roma debilitada y los diferentes líderes guerreros germánicos se aprovecharon de esa situación. La tarea de Juliano no era simplemente la de restablecer cierto orden en las defensas fronterizas, sino también infundir una vez más el miedo al poderío romano entre los pueblos del otro lado del Rin.

Los recursos con los que contó para enfrentarse a la situación no eran precisamente abundantes. Con Diocleciano y Constantino parece ser que creció significativamente el número global de soldados que servían en el ejército; sin embargo, en ese mismo periodo, el incremento de los ejércitos de campaña fue mucho menor. En la época de Juliano, el ejército ro-

mano se dividió en dos cuerpos básicos: el de los *limetani*, que se hallaban de guarnición y patrullaban las fronteras, y el de los *comitatenses*, o ejércitos de campaña. A estos últimos se les ha considerado, en ocasiones, como reservas móviles, pero sus orígenes hay que buscarlos más en el deseo de los sucesivos emperadores de contar con protección contra rivales internos que en la amenaza de enemigos exteriores. Dentro del ejército, el tamaño de las unidades individuales había mermado, hasta el punto de que la legión de cinco mil hombres era ya un lejano recuerdo en la memoria y parece ser que la mayoría de ellas no totalizaban más allá de mil o mil doscientos soldados. Las unidades de infantería auxiliar tenían un tamaño similar o quizá algo menor, y las caballerías estarían como máximo en quinientos jinetes. Cada regimiento estaba bajo el mando de un oficial, conocido indistintamente como tribuno, prefecto o *praepositus*. En campaña, muchas unidades serían aún más pequeñas y acostumbrarían a organizarse juntas formando parejas, pero éste constituyó el nivel organizativo más elevado ya que, en el seno del ejército, no se consideraron necesarias otras subdivisiones mayores. El ejército del siglo IV se hallaba preparado para la guerra a un nivel muy modesto, impresión que queda confirmada por las operaciones de Juliano en la Galia.



Zona de mando de Juliano desde el 355 d.C.

El servicio de tropa del ejército era obligatorio para los hijos de soldados y parece que, por lo general, las condiciones eran peores que las del inicio del Principado. Un considerable número de reclutas procedía de tribus bárbaras, incluidos numerosos hombres del exterior del Imperio y, a menudo, se ha llegado a creer que esa barbarización del ejército acabó por desembocar en una merma de la eficacia militar. Sin embargo, los romanos contaban con una larga tradición en la incorporación de soldados extranjeros, y no es fácil encontrar ejemplos de soldados «bárbaros» menos leales o eficaces que las tropas reclutadas en provincias. Lo verdaderamente cierto es la tendencia al reclutamiento de tropas locales, ya visible en los siglos I y II, que se hizo aún más pronunciada, mostrando a menudo los soldados una lealtad particular a la región en que se hallaban estacionados.[7]

La primera campaña, 356 d.C.

Cuando Juliano llegó a la Galia estaba ya muy avanzado el año para iniciar una campaña, por lo que decidió pasar el invierno en Vienne, reuniendo información y tratando asuntos administrativos. En junio le informaron de que Augustodunum (Autun) estaba siendo atacada por un grupo de alamanes. Los ejércitos tribales carecían de técnicas de asedio y tenían un registro muy pobre en cuanto a la ocupación de posiciones fortificadas, pero, en este caso, las murallas se encontraban en un estado de abandono tal que sólo la defensa decidida de un grupo de veteranos retirados consiguió rechazarlos. Por su parte, los alamanes organizaron un bloqueo muy poco intenso de la ciudad, mientras la mayoría de los guerreros se dispersaban para efectuar incursiones en el área circundante. Juliano respondió avanzando de inmediato y llegó allí el 24 de junio, sin haber encontrado una oposición seria.

Después de convocar a sus oficiales superiores a un *consilium* con el fin de decidir cómo atacar y castigar a los bárbaros, preguntó a quienes poseían un conocimiento de la zona cuáles eran las rutas principales para llegar finalmente a la más importante ciudad de los remos (la Reims actual), donde ordenó al ejército de campaña que se concentrara y se aprovisionara con víveres suficientes para alimentarse durante un mes. Despreciando otras varias alternativas, Juliano eligió tomar la ruta directa a través de un territorio muy boscoso, y desdeñó el posible riesgo de emboscada fundamentalmente porque se le dijo que el usurpador Silvano había seguido esa misma vía sin sufrir contratiempo alguno. Llevaba con él sólo una unidad de catafractarios —la primera de esas unidades de caballería pesada la había reclutado Adriano, pero posteriormente se habían vuelto muy comunes,

especialmente en los ejércitos de las provincias orientales— y un regimiento de *ballistarii*, probablemente artilleros, pero que quizá iban ya equipados con un tipo primitivo de ballesta. No era una fuerza especialmente preparada para sostener una lucha de escaramuzas, pero, en un primer momento, los romanos no sufrieron incursiones por sorpresa y consiguieron atravesar los pasos más estrechos sin necesidad de trabar combate. A medida que el viaje fue avanzando, se vieron atacados por pequeños grupos de alamanes, a los que consiguieron poner en fuga, aunque sin infligirles demasiadas bajas pues los catafractarios, con sus caballos revestidos de armadura, no se hallaban preparados para realizar persecuciones rápidas. Un indicio claro del nerviosismo de las poblaciones locales frente al extendido pillaje que debían soportar nos lo ofrece el hecho de que, cuando aquella pequeña fuerza llegó a Tricasa (Troyes), se encontró con que les habían cerrado las puertas de la ciudad. Sólo después de una larga y poco decorosa discusión se permitió la entrada del *Caesar* y sus hombres. Después de un breve descanso, Juliano continuó para unirse al grueso del ejército.

Tuvo entonces lugar otro *consilium* para debatir la situación. Estaba presente Marcelo, el *Magister Equitum* (otro título para designar en el siglo IV a un oficial superior), y su predecesor Ursicino, el hombre que había tramado el asesinato de Silvano y a quien se le había ordenado que permaneciera allí hasta final de año para poder aconsejar al joven *Caesar*. Se decidió lanzar de inmediato un ataque punitivo contra los grupos de alamanes que se hallaban más próximos; éste tuvo lugar al día siguiente, pero, bajo la cobertura de una espesa niebla, los germanos se escabulleron de la columna romana en marcha y atacaron las dos legiones que formaban la retaguardia. Sus gritos de combate hicieron que acudieran en su ayuda algunas unidades auxiliares antes de que se vieran aplastadas, pero esa inesperada semiderrota produjo un fuerte impacto en Juliano. El historiador Amiano Marcelino, que era en ese momento oficial del estado mayor de Ursicino y que marchaba probablemente con la columna, dice que le volvió «prudente y precavido» (*providus et cunctatur*), virtudes que él consideraba entre las más elevadas de un buen comandante. Los romanos se lanzaron contra algunas ciudades tomadas y saqueadas por el enemigo, pero, en todos los casos, y después de obtener éxito, los germanos se habían dispersado para saquear la zona circundante. A las afueras de Brotomagum (Brumath), un grupo de guerreros resistió a los romanos y fue allí donde Juliano libró su primera acción significativa, aunque probablemente fue poco más que una escaramuza. Desplegó sus tropas con ambas alas avanzadas, de tal manera que semejaban una luna creciente, y rodeó a los germanos. Parece que muchos consiguieron escapar antes de

que se cerrara la trampa y sólo mataron o capturaron a una minoría. No obstante, esa mínima victoria fue suficiente para atemorizar a los demás grupos de saqueadores y sirvió para restablecer en toda la zona algo que se parecía al orden.[8]

A continuación, Juliano avanzó hacia el norte y volvió a ocupar Colonia Agrippinensis. La presencia del ejército romano aparentemente fue suficiente para convencer a los reyes francos más cercanos de que abandonaran por el momento las expediciones de pillaje y aceptaran las condiciones de paz impuestas por Juliano. Estaba a punto de finalizar la campaña estacional y la mayor parte del ejército de campo romano regresó a los cuarteles de invierno. Al parecer, los víveres comenzaban a escasear y Amiano menciona que el *Caesar* se hallaba especialmente preocupado por conseguir un adecuado suministro de alimentos para la campaña del año siguiente. Años de saqueos y disturbios habían hecho pedazos la agricultura de la zona, dejándola yerma de recursos en víveres y forraje. Otro de los principales problemas lo constituía la necesidad de restablecer un sistema adecuado de guarniciones fronterizas para detener futuras incursiones. Juliano decidió pasar el invierno en Senonae (Sens). En ese momento se pasaron a los francos algunos desertores. No está claro si esos soldados eran germanos y simpatizaban con el enemigo o si fue otro el motivo de su deserción. Cuando Amiano ofrece una razón para explicar la deserción de un soldado, ésta es, por lo general, el miedo al castigo.

Desconocemos los motivos, pero los desertores informaron a las tribus que el *Caesar* contaba con un número de soldados relativamente pequeño. Una fuerza de alamanes lanzó un ataque contra Senonae, pero se vieron rechazados ante los muros que los romanos habían reconstruido a toda prisa. Juliano contaba con pocos hombres para efectuar una salida y enfrentarse en campo abierto y, después de un mes largo de bloqueo, los germanos se retiraron, lamentándose de que debían estar locos simplemente por intentar el asedio a una ciudad. Si no conseguía traspasar los muros de la ciudad mediante un ataque por sorpresa o bajo el amparo de alguna traición, lo más habitual era que un ejército tribal comenzara a ir escaso de víveres y tuviera que dispersarse antes de que los defensores se vieran obligados a rendirse. En los siglos III y IV, numerosas comunidades que no habían sentido la necesidad de levantar murallas en el primer periodo del Principado comenzaron ahora a construirlas. De manera simultánea, el ejército dedicó muchos más esfuerzos a levantar fuertes empalizadas y a proyectar torres alrededor de sus bases. La defensa se convirtió en una prioridad muy superior a la que había tenido en siglos anteriores.[9]

La campaña y la batalla de Argentoratum (Estrasburgo), 357 d.C.

Había quedado claro que, durante el sitio de Senonae, Marcelo no había conseguido marchar en auxilio de su comandante. A finales del invierno fue sustituido por el muy experimentado Severo. También se convocó a Ursicino, que fue enviado de inmediato a la frontera oriental donde se estaba fraguando la guerra con Persia. Sin embargo, y en un claro indicio de la prioridad que ahora se concedía a la Galia, Constancio había enviado allí desde Italia una fuerza compuesta por veinticinco mil soldados al mando del *Magister Peditum* Barbatio. El plan romano consistía en desencadenar una importante ofensiva contra los alamanes, atacando Juliano desde el norte y Barbatio desde el sur. Se ejercería también una presión indirecta contra ese pueblo por medio de operaciones efectuadas por el propio *Augustus* desde Retia, en el Danubio Superior.

La organización de una operación de esa envergadura requería tiempo y, a comienzos de la primavera, una fuerza de las tribus de alamanes eludió las concentraciones de tropas romanas y atacó Lugdunum (Lyon). Una vez más, los bárbaros fueron rechazados por las fortificaciones de la ciudad, pero se dedicaron a corretear libremente por las tierras circundantes, incendiando y saqueando. Juliano respondió con celeridad formando una fuerza de tres regimientos de caballería, que envió a cubrir las tres rutas principales que, según se creía, deberían seguir los saqueadores en su viaje de regreso. Los grupos de merodeadores eran siempre mucho más vulnerables cuando se retiraban, cargados con el producto del pillaje y confiados en exceso por sus éxitos iniciales. Han sido numerosas las ocasiones a lo largo de la historia romana en que los merodeadores fueron sorprendidos y muertos mientras transportaban descuidadamente el producto de sus pillajes. A menudo, muchos de los guerreros iban borrachos, y Amiano cuenta de una vez en que un grupo entero cayó en una emboscada mientras sus componentes se bañaban o teñian sus rojos cabellos en un río.[10]

En un primer momento, la operación romana tuvo éxito, acabando fácilmente con los grupos de guerreros que seguían los caminos. Sólo aquellos germanos que abandonaron su botín y se internaron por las zonas boscosas consiguieron abrirse paso entre la caballería. Sin embargo, Barbatio, cuyo campamento se encontraba mucho más cerca que el de Juliano, no realizó avance alguno para ofrecer apoyo a los tres regimientos de caballería y, de hecho, uno de sus oficiales ordenó explícitamente a estas tropas que no custodiaran la ruta principal abierta a los bárbaros en retirada. Como consecuencia de esa decisión, se expulsó del ejército a dos de los tribunos de caballería —aunque uno de ellos vuelve a aparecer poco después en otro

puesto de mando y el segundo llegó finalmente a ser emperador, lo que hace pensar que ese pasaje debe ser un error—, cuando fueron culpados falsamente de ser los responsables de aquella situación. No era un comienzo prometedor para una campaña que exigía una estrecha colaboración entre Juliano y Barbatio.

Cuando se inició la principal ofensiva y las columnas avanzaron contra las comunidades de alamanes que se habían asentado en la ribera occidental del Rin, los romanos se encontraron con que, en numerosos casos, los enemigos se habían retirado, muchos de ellos a las islas del río. El avance se hacía lento, pues los bárbaros habían levantado numerosas barricadas con árboles caídos que bloqueaban las principales vías y senderos, que había que dejar expeditos para que el convoy de provisiones romano pudiera pasar. Juliano decidió que era importante atacar a los germanos escondidos en las islas y pidió a Barbatio que le dejara siete de las barcazas fluviales que había reunido para utilizarlas en la construcción de un puente. El *Magister Peditum* no sólo se negó, sino que ordenó que se quemaran los botes en cuestión. A continuación, o muy poco después, destruyó también una parte significativa del grano almacenado por Juliano para uso del ejército. Es evidente que a Amiano, que es quien describe estos incidentes, le desagradaba Barbatio casi tanto como admiraba a Juliano, pero no hay ninguna razón para rechazar la existencia de incidentes de esta clase.

Los jefes militares de Roma habían sido siempre profundamente competitivos pero, a finales de la Antigüedad, esa competencia tenía muchas menos limitaciones que en cualquier otro periodo, incluidas las guerras civiles del siglo I a.C. Las carreras carecían ahora de la estructura formal y los límites del viejo *cursus honorum*, y era posible alcanzar el poder supremo mediante un salto súbito o paso a paso. Desde el momento en que quienquiera que fuera capaz de ganarse el apoyo de un número suficiente de soldados podía llegar a ser emperador, se creía que todos aquellos que se considerasen capaces de conseguirlo albergarían esa ambición. Quizá Silvano fuera reacio a convertirse en un usurpador, pero se vio empujado claramente a luchar por el poder, pues se pensaba que estaba conspirando contra el *Augustus* y lo más probable es que acabara siendo ejecutado incluso aunque hubiera continuado obedeciendo órdenes. Las relaciones familiares no constituían un seguro contra la sospecha y prácticamente ya desde el mismo momento de su nombramiento, Juliano fue objeto de una campaña de rumores destinada a que en la mente de Constancio se suscitaran dudas sobre su lealtad. Muchos hombres consiguieron poder e influencia en la corte conspirando para conseguir la muerte de sus superiores, aunque la mayoría sería, a su vez, presa de las maquinaciones de otros ambiciosos. Los jefes del ejército romano y del Estado del último periodo gozaban de muy poca seguridad.

Sin la colaboración de Barbatio, Juliano tuvo la fortuna de capturar a algunos exploradores germanos, quienes revelaron en los interrogatorios que el río era perfectamente vadeable en verano. Se le ordenó al tribuno Bainobaudes, al mando de un regimiento de auxiliares apodados los *cornuti* (o «cornudos», en referencia quizá a alguna divisa del escudo o a algún penacho), que desencadenase un ataque por sorpresa. A estos soldados se les describe como de infantería ligera, lo que probablemente quiera decir que habían dejado la armadura y los cascos que llevaban habitualmente en combate para esta operación específica. Los soldados pudieron vadear las zonas menos profundas del río y nadar en las más hondas, utilizando los escudos como flotadores, y alcanzaron una isla antes de que los alamanes advirtieran su presencia. En un ataque repentino y brutal, los auxiliares cayeron sobre los germanos y mataron a todos cuantos encontraron a su paso, mujeres, niños y ancianos, además de a los guerreros. Fue un asalto que tenía el asesinato como objetivo, pues su propósito era el de infundir un sentimiento de horror en las demás tribus. El propio medio en que se llevó a cabo la operación hacía difícil controlar a los cautivos y trasladarlos de vuelta hasta donde se encontraba el ejército. Después de apoderarse de algunas lanchas, los auxiliares se trasladaron a remo hasta otras islas, matando de igual manera que en la primera a los pobladores. A continuación regresaron a la ribera occidental del Rin sin haber sufrido ninguna baja, aunque la mayor parte del botín recuperado se perdió al hundirse uno de los botes. Al darse cuenta de la vulnerabilidad de las islas, los alamanes huyeron a tierra firme en la ribera oriental para escapar a los ataques de Roma. Juliano se dedicó con entusiasmo a restaurar o reconstruir los puestos de las guarniciones a lo largo del río. Era la época de la cosecha, y los romanos tuvieron la oportunidad de recolectar el producto de los campos cultivados por los germanos, consiguiendo víveres suficientes para llenar los graneros de los fuertes, así como para suministrar al ejército de campaña durante veinte días.[11]

Los alamanes habían sufrido un revés, pero una sola incursión, por muy importantes que fueran sus consecuencias a nivel local, no era de ninguna manera suficiente para convencer a las tribus de que, después de años de debilidad, Roma se había convertido de pronto en invencible una vez más. Una numerosa fuerza de guerreros pasó a la Galia y sorprendió al ejército de Barbatio, dispersándolo y capturando la mayor parte de sus bagajes, los seguidores del campamento y los animales de carga. Amiano pudo muy bien haber exagerado la magnitud del revés, pero es cierto que Barbatio no iba a desempeñar ningún papel significativo en lo que quedaba de la campaña de aquel año. En lugar de ello, viajó hasta la corte de Constancio para conspirar contra Juliano. Pocos años después, sus intrigas condujeron a su

propia ejecución cuando el *Augustus* acabó por creer que abrigaba ambiciones imperiales.

El *Caesar* debía habérselas con problemas más inmediatos, pues siete reyes alamanes se habían puesto de acuerdo, bajo el liderazgo conjunto de dos de ellos, Chnodomario y su sobrino Serapio, para reunir uno de los ejércitos tribales más numerosos que se recuerdan en el siglo IV. Amiano cifra su número global en los treinta y cinco mil soldados, dirigidos por los reyes, junto a diez príncipes reales y un gran número de caudillos. Como siempre, es difícil decidir hasta qué punto esa cifra es correcta o siquiera si los romanos o los propios alamanes sabían con precisión el tamaño de la fuerza de estos últimos.

El grueso del ejército estaba formado por todos aquellos guerreros capaces de equiparse a sí mismos para el combate y que luchaban en bandas junto a sus parientes y otros hombres pertenecientes al mismo clan. El núcleo central de la fuerza lo constituían los *comites*, guerreros semiprofesionales vinculados a las familias de los líderes. Se decía que Chnodomario contaba con doscientos de estos guerreros bien equipados y muy motivados en su familia, pero es poco probable que las casas de los líderes menos prestigiosos tuvieran esa cantidad de seguidores. Por lo común, los ejércitos tribales tardaban algún tiempo en formarse, pues los guerreros se presentaban cuando se lo dictaba su humor, y esta fuerza no constituyó una excepción. Sólo había cruzado el Rin una parte de ese ejército, cuando Juliano acampó a unas veintiuna millas de distancia. Los líderes germanos se habían informado bien por un desertor de que Juliano contaba con poco más de trece mil soldados a su disposición —probablemente unos tres mil jinetes y diez mil de a pie—, y su ventaja numérica, probablemente muy significativa fuera cual fuere la cifra real de combatientes de su propio ejército, aumentó muchísimo su confianza. Se sintieron aún más animados por la fácil victoria sobre las tropas de Barbatio y al saber que éstas se encontraban tan lejos que no podrían venir en ayuda de la otra fuerza romana.

Después de avanzar hasta alcanzar los alrededores de Argentoratum (Estrasburgo), enviaron embajadores al *Caesar*, pidiéndole que abandonara las tierras que ellos habían ocupado por las armas, y haciéndole ver que el rechazo de esa oferta significaría enfrentarse en el campo de batalla a su numerosa hueste de guerreros. Los alamanes estaban tratando a los romanos de la misma manera en que éstos lo harían con cualquier tribu germánica cuyas tierras hubieran ocupado. Esa manera de actuar era típica de muchas de las sociedades tribales que hicieron frente a los romanos durante siglos. Juliano demoró la respuesta a los embajadores hasta que sus tropas finalizaron la tarea habitual de reparar un viejo fuerte de frontera y se prepararon, a continuación, para el combate que se avecinaba. Deseaba también es-

perar hasta que una buena parte de los alamanes hubiera pasado ya a la ribera occidental del Rin, puesto que el hecho de derrotar sólo a una pequeña avanzadilla apenas serviría para nada a largo plazo, pero quería evitar también el enfrentamiento con toda su fuerza reunida. Esta consideración hace aún más difícil estimar el número de guerreros germanos que participaron en la batalla que se desencadenó a continuación.[12]

Juliano hizo salir a su ejército del campamento al amanecer y avanzó contra el enemigo en una columna en perfecta formación. La infantería iba en el centro, flanqueada por la caballería, que incluía no sólo a los catafractarios, sino también a algunos arqueros a caballo y jinetes armados convencionalmente. Todo el ejército iba protegido por pequeñas partidas de exploradores, procedentes probablemente casi en su totalidad de la caballería. Al mediodía se encontraban ya próximos al enemigo y Juliano pensó entonces en detenerse y levantar otro campamento, ofreciendo un descanso a sus hombres antes de presentar batalla al día siguiente. Cuando explicó su plan a los soldados, se levantó un griterío de desaprobación, golpeando contra los escudos los astiles de las lanzas —gesto que Amiano considera de protesta, al contrario que el de aclamación, consistente en golpear los escudos contra las rodillas—. Los soldados vociferaban, rogándole que les llevara contra el enemigo de inmediato, afirmando que con un general tan afortunado, sólo cabía la victoria. Los oficiales del ejército mostraban también deseos de presentar batalla, sosteniendo que era mejor enfrentarse y derrotar a los alamanes todos juntos, que ir cazando individualmente a los grupos de guerreros si el gran ejército se dispersaba. Finalmente, un portaestandarte dio un paso al frente y pidió «al más afortunado de todos los *Caesar*» que les condujera a la victoria. El ejército continuó su avance.[13]

A menudo, los generales romanos se mostraban muy teatrales cuando trataban con sus hombres, pero este incidente hace pensar en una relación muy diferente entre el general y las tropas de aquélla que se establecía en épocas anteriores. Es posible que Juliano hubiera planeado ya desde el principio presentar batalla aquel día y que, simplemente, aparentó sentirse reacio frente a sus entusiastas soldados para que el mismo deseo de entrar en combate les hiciera olvidar la fatiga de una larga marcha con el calor de finales del verano. No obstante, Amiano no cree que fuera éste el caso, y ese engaño se hubiera considerado enteramente digno de encomio en un general y no sería entonces algo a ocultar. Una de las peores acciones que podía efectuar un comandante era arriesgarse a una batalla en contra de su voluntad. Es evidente que César nunca hubiera elegido ofrecer una imagen de sí mismo en la que apareciese dejándose convencer por sus subordinados para que abandonase cualquier

acción planificada previamente por él. El portaestandarte que se dirige a Juliano se nos muestra en principio como los centuriones y los soldados que le hablan a César en los *Comentarios*, pero importa señalar que estos últimos nunca intentan convencer a su comandante de otra cosa que del valor y la devoción que sienten por él. Se hace difícil no llegar a la conclusión de que los soldados del siglo IV conocían demasiado bien su capacidad para deponer a cualquier general y sustituirle por una alternativa de su propia elección y, como resultado, se sentían muy libres de expresar lo que pensaban.

Los romanos avanzaron y alcanzaron una cresta no muy elevada, próxima a la ribera del Rin. Desde allí vieron alejarse al galope a tres exploradores de la caballería germana para avisar de su cercanía e hicieron prisionero a un soldado de infantería. Éste informó a los romanos que los alamanes habían estado cruzando el río los tres últimos días. Pronto se hicieron visibles a la distancia sus bandas de guerreros formando una línea de combate. Cada grupo formó en un *cuneus*, palabra que literalmente puede traducirse como «cuña», y con la que quizá se quiera dar a entender una formación vagamente triangular —es probable que se produjera porque la minoría que constituía el grupo de combatientes más entusiastas se situaba por delante de los restantes—, o quizá tan sólo una columna estrecha, pero profunda. Amiano nos cuenta varias veces que los soldados habían apodado el *cuneus* como «cabeza de cerdo» (*caput porci*).[14] Por la derecha había un terreno quebrado y pantanoso, atravesado por un acueducto o canal abandonado. Probablemente debido a la existencia de este terreno impracticable a su izquierda, los romanos concentraron toda la caballería en el ala derecha, excepto doscientos hombres que formaban la guardia personal de Juliano. Los alamanes respondieron situando toda su caballería frente a la de los romanos. No está claro con cuántos jinetes contaban los germanos, pero quizá fueran relativamente poco numerosos y con un equipamiento, por lo general, más ligero que sus contrarios, en especial que los catafractarios. Los alamanes siguieron la táctica que ya encontramos en César, y comentada por Tácito, de dar apoyo a la caballería con grupos de combatientes ágiles y jóvenes a pie. Chnodomario —descrito por Amiano como un héroe, como una figura casi homérica—, comandaba la izquierda del ejército germano, mientras Serapio dirigía la derecha.[15]

Mientras los romanos avanzaban hacia la línea enemiga, Severo, que iba al mando del ala izquierda, sospechó una emboscada en la maleza que se extendía ante él y se detuvo. Sin poder contar con el flanco izquierdo, el resto del ejército romano se reorganizó antes de continuar su avance. Parece que la infantería se había desplegado al menos en dos líneas. Juliano fue cabalgando por las diferentes unidades, dirigiéndose a ellas de

una en una, pues Amiano nos dice que era imposible que le pudiera oír toda la fuerza una vez desplegada en orden de combate (e indica también que una arenga formal a todo el ejército era un privilegio exclusivo del *Augustus*). A algunos hombres les insistió para que pelearan con valentía, mientras que a otros les pidió que contuvieran su entusiasmo y no se precipitaran al combate sin recibir órdenes. En sus elementos básicos repitió las mismas palabras a cada una de las unidades según pasaba junto a ellas. En este largo intervalo de tiempo, Amiano nos dice que la infantería germana dejó oír un griterío ensordecedor, con el que querían dar a entender que sus reyes y príncipes deberían abandonar la caballería y desmontar para luchar con ellos codo con codo. Era la misma clase de sentimiento que el que, en su momento, había prohibido a los dictadores romanos cabalgar para que pudieran estar al lado de las falanges. Chnodomario fue el primero en desmontar y en unirse a ellos en un gesto que recordaba el encuentro de César con los helvecios, en el 58 a.C., o el de Agrícola en el Monte Graupius, en el 84 d.C. Los demás caudillos siguieron rápidamente su ejemplo.[16]

Cuando ambos lados hicieron sonar sus trompetas, los dos ejércitos se aproximaron hasta situarse al alcance de sus proyectiles y comenzaron a arrojarse jabalinas. Los germanos cargaron a continuación, dejando oír su grito de guerra. Se enfrentaron primero a la caballería romana y el combate fue indeciso durante algún tiempo. Entonces, mientras los catafractarios romanos descansaban y se reagrupaban, su comandante cayó herido. Casi al mismo tiempo, las monturas de otros soldados comenzaron a caerse por la fatiga, debida al peso del jinete y al de su propia armadura. Estos sucesos de carácter menor desencadenaron un pánico repentino cuando la unidad entera se dio a la fuga. En la confusión, casi toda la caballería romana restante se unió a la huida, lanzándose algunos de ellos hacia donde se encontraba su propia infantería. Era un momento delicado, pues si los infantes se contagiaban del pánico, todo el flanco del ejército podía hundirse. En este caso, la disciplina de la infantería fue determinante y conservó la formación cuando la masa de jinetes se abrió paso entre ella. Juliano se había percatado del peligro y galopaba con su cuerpo de guardia para reunir a las tropas que huían, señalando claramente su posición con el *draco,* su estandarte púrpura, la cabeza de bronce de un animal con la boca abierta y algo que se parecía a una manga flameando por detrás. Era una clase de estandarte copiada de los pueblos danubianos en el siglo II d.C., y que se nos muestra en la Columna Trajana ondeando por encima de las cabezas de los dacios y de otros pueblos bárbaros.

La visión del comandante avergonzó a uno de los tribunos de la caballería, que se detuvo y consiguió reunir a algunos de los soldados a su

alrededor. Amiano comparó esta acción de Juliano con otra ocasión en la que Sila detuvo a sus hombres en fuga al decirles que iría y declararía a los cuatro vientos que habían abandonado a su general luchando solo en Asia. De cualquier forma, era difícil recuperar el control de tropas en fuga, como incluso César había comprobado ya en Dyrrachium. Algunos jinetes formaron de nuevo rodeando a Juliano, y otros se reagruparon protegidos por la infantería pesada, pero parece más que probable que muchos de ellos abandonaran juntos el campo de batalla. Los que huyeron debían encontrarse muy debilitados y no hay mención alguna de que la caballería desempeñara un papel de cierta importancia en el resto de la acción. Sin embargo, en ningún momento se dice que la caballería de los alamanes llegara a amenazar los flancos de la infantería romana, por lo que es posible que los romanos contaran con la caballería suficiente para mantener a aquéllos en jaque.[17]

Se desencadenó un durísimo combate en toda la línea principal, con nubes de jabalinas y de flechas volando por los cielos, mientras una y otra vez los grupos entraban en contacto y entablaban una lucha cuerpo a cuerpo. En la primera línea romana se encontraba una brigada de auxiliares, formada por los *Cornuti* y por otra unidad gemela, la de los *Bracchiati*. Amiano describe a estos soldados emitiendo el tradicional grito de guerra germano, el *barritus*, que se iniciaba con un murmullo muy bajo para ir aumentando hasta alcanzar un *crescendo*. No podemos saber si estos auxiliares actuaban así porque ellos mismos fueran germanos o simplemente porque, después de largos años de campaña contra esas tribus, habían aprendido que los guerreros germanos encontraban ese grito especialmente intimidador. Poco después, pasaron a alimentar la primera línea otras dos unidades de auxiliares, la de los bátavos y la de los regnos, posiblemente por orden directa de Juliano o por la de alguno de sus oficiales superiores. Durante algún tiempo la situación se estabilizó, hasta que un grupo de los combatientes germanos más decididos, dirigidos por sus reyes en persona, cargó hasta entrar en contacto, provocando el avance de otros grupos de guerreros. Algunos de los soldados romanos cedieron, los bárbaros rompieron con violencia la formación de la primera línea y atacaron a las tropas situadas en la reserva.

La fuerza principal de este ataque cayó contra la legión *Primani*, en el centro de la segunda línea. Estos soldados mantuvieron la posición con firmeza y, poco a poco, obligaron a retroceder a los alamanes. Durante cierto tiempo, los guerreros germanos continuaron peleando con gran determinación, hasta que sus bajas fueron tan elevadas que, de pronto, su moral se hundió. Todas las huestes tribales cedieron y se dieron a la huida, con los adversarios romanos persiguiéndolos con saña y golpeándolos por la espal-

da. Como los alamanes encontraron su vía de escape dificultada por el río, Juliano se preocupó por que sus soldados pudieran sufrir bajas por un ansia excesiva de perseguir al enemigo hasta en el agua; para evitarlo, él y sus oficiales se acercaron al galope para retener el avance de los romanos sobre la orilla del río. Éstos arrojaron jabalinas o dispararon flechas contra quienes trataban de huir a nado. En medio de la confusión inicial, Chnodomario consiguió escabullirse, pero fue pronto hallado y capturado cuando se ocultaba en un bosquecillo.[18]

Juliano había conseguido una victoria importante en su primer encuentro de entidad. Al retirarse el ejército a un campamento levantado a toda prisa, con empalizadas provisionales formadas con hileras de escudos, supieron que habían sido muertos doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro tribunos. Amiano no menciona cuántos heridos habría que añadir a esas bajas. Se afirmó que sobre el campo de batalla se contaron seis mil cadáveres de enemigos y que muchos otros debieron perecer en la huida o ahogados en el Rin. Cuando el ejército romano se dedicó a celebrar la victoria, comenzó a aclamar a Juliano como *Augustus*, provocando el inmediato reproche del *Caesar* y realizando un juramento público en el que declaraba que no albergaba ninguna ambición más allá de su estatus actual. Había numerosos cortesanos que deseaban alimentar las sospechas de Constancio sobre su subordinado, pero el *Augustus* se mostró también satisfecho en su declaración oficial al ganar crédito personal por la derrota de los alamanes. Incluso se creía que había afirmado hallarse presente en la batalla, dirigiendo el ejército en persona, y que al final de ella, Chnodomario, ya prisionero, había sido llevado a su presencia y no a la de Juliano.[19]

En la Galia, el *Caesar* estaba decidido a explotar al máximo aquella victoria, cruzando el Rin y arrasando el territorio de los alamanes. En un primer momento, hubo una cierta resistencia entre los soldados, pues creían que la campaña ya había concluido, lo que obligó a Juliano a convencerlos con una alocución. Atravesando el Rin por un puente, dirigió una columna en una expedición de castigo. Los alamanes vacilaron, buscando primero la paz para, a continuación, decidirse a luchar por su tierra, y comenzó a reunirse un ejército tribal en los altos que se hallaban frente a los romanos. Durante la noche, Juliano embarcó a ochocientos hombres en una flota de lanchas pequeñas y las envió dos millas y media aguas arriba del río, donde desembarcaron y comenzaron a arrasar y a incendiar las aldeas vecinas. Este ataque inesperado fue suficiente para sacar a los guerreros de las alturas. Los germanos acabaron de nuevo con la moral hundida, y los romanos avanzaron sin oposición, apropiándose del ganado de los aldeanos, recogiendo sus cosechas e incendiando sus casas.

Recorridas diez millas, llegaron a un área de bosque, donde un desertor informó a Juliano que había numerosos guerreros esperando para tender una emboscada a los invasores. Los romanos avanzaron algo más, hasta que encontraron las principales sendas bloqueadas con barricadas levantadas con árboles caídos, una señal segura de que los germanos pensaban hostigarlos si seguían avanzando. Era ya el inicio del otoño y el tiempo comenzaba a ser frío, por lo que Juliano decidió retirarse, en lugar de correr el riesgo de luchar en condiciones desfavorables para conseguir sólo modestos beneficios potenciales. En lugar de eso, se trasladó a un lugar cercano en el que había un fuerte abandonado, levantado originalmente por Trajano. Los soldados trabajaron para restablecer sus fortificaciones y quedó instalada y aprovisionada allí una guarnición. Esta señal de que los romanos pensaban mantener establecimientos más permanentes en sus tierras decidió finalmente a los alamanes a buscar la paz, que Juliano garantizó en un primer momento por diez meses a los tres reyes que se presentaron ante él.[20]

La lucha pareció finalizada ese año, pero cuando el ejército romano regresaba a los campamentos de invierno, una columna mandada por Severo se encontró de pronto con algunos guerreros francos que estaban saqueando la provincia romana. Posteriormente se descubrió que unos seiscientos merodeadores de este grupo habían llegado a la conclusión de que la preocupación de Juliano por los alamanes le impediría defender de forma adecuada otros sectores de la frontera. Por tanto, en lugar de regresar a sus casas después de una estación dedicada al saqueo, decidieron establecer su base en dos fuertes romanos abandonados y continuar su actividad en los meses de invierno. Durante cincuenta y cuatro días de diciembre y enero, Juliano, el *Caesar* en la Galia y segundo en estatus, sólo inferior al emperador Constancio, sitió a estos francos hasta conseguir finalmente su rendición. Para evitar que los germanos escaparan cruzando el río helado, diseñó un sistema con soldados que, embarcados en pequeños botes, rompían regularmente el hielo. No pudo evitar, sin embargo, que llegaran noticias de la situación a algunos compañeros, quienes formaron un pequeño ejército para ir en ayuda de los saqueadores, pero regresaron cuando supieron que ya se había producido la rendición. Esta operación se efectuó de una manera muy competente y finalizó en un éxito, pero el hecho de que incluso llegara a implicarse en estos asuntos de menor cuantía una personalidad asociada al trono es sintomático del bajo nivel al que operaban a finales de la Antigüedad los gobernantes de Roma. En la Galia, en esa época, casi todo lo que hizo Juliano hubiera sido la tarea normal de un procónsul o un propretor en la República, o de un legado imperial en el Principado.[21]

Otras operaciones, 358-359 d.C.

Juliano pasó lo que quedaba del invierno en Lutetia (París), resolviendo asuntos administrativos y financieros. La derrota de los alamanes había sido sólo parcial, y los romanos estaban seguros de que muchas de sus tribus y clanes se hallaban decididos a vengarse de Argentoratum. Juliano había dado órdenes de que se reuniera grano para suministrar al Ejército, pero sabía que no estaría disponible hasta julio. Los germanos conocían también cuál era la situación y, por ello, no creían que los romanos ejecutasen ninguna actividad importante antes de ese mes. Confiando en que los germanos lo creyeran así, Juliano decidió entrar en campaña sin pensarlo más, alimentando a sus tropas con galletas duras (*bucellatum*) horneadas con el grano almacenado en las bases del ejército. Era una apuesta arriesgada pues sería imposible volver a llenar los graneros de los fuertes, por lo que estas fortificaciones, que se consideraban prácticamente inexpugnables a un asedio, podrían sucumbir fácilmente de hambre. Cuando el ejército se puso en marcha, cada soldado recibió una ración de pan de esas características para veinte días.[22]

El primer objetivo de Juliano fueron los salios, un pueblo franco que se había asentado en la provincia romana, en Toxiandra, aproximadamente en la zona del Flandes actual. Antes de iniciarse la campaña, llegó una diputación de ese pueblo que no parecía estar al corriente de las intenciones del general. Los embajadores francos querían que se les permitiese conservar las tierras que habían ocupado, bajo la promesa de que no saquearían o importunarían a las comunidades cercanas de la provincia. Juliano les respondió con una ambigüedad deliberada y decidió lanzar un rápido ataque inmediatamente después de la marcha de los enviados. Los salios se vieron cogidos enteramente por sorpresa y se rindieron al momento, permitiéndole imponer las condiciones a su gusto. Después de este éxito inicial, los romanos avanzaron contra otro pueblo germánico, los chamavos, que también se habían asentado en la provincia. En esta ocasión tuvo lugar algo de lucha, pero pronto se acabó con toda resistencia y se ordenó a los germanos que regresaran a sus lugares de origen al otro lado del Rin.

Se habían conseguido estas victorias con gran rapidez, y Juliano decidió que debía restablecerse una seguridad más permanente en aquella zona, reparando y reocupando tres fuertes a lo largo del río Meuse. Las guarniciones saldrían de las fuerzas a su mando, pero era más complicado asegurar víveres suficientes para llenar los graneros de esos fuertes. El ejército contaba aún con galleta para diecisiete días, y Juliano ordenó que entregaran la mayor parte a las guarniciones. Esta orden provocó cierto alboroto y, una vez más, los soldados se sintieron muy libres de expresar su desapro-

bación a la decisión del general, llamándole burlonamente «asiático» o «pequeño griego», en referencia a sus orígenes. Faltaban todavía varias semanas antes de que pudiera efectuarse la cosecha y muchos se mostraban nerviosos por hacer una campaña sin los víveres suficientes. Parece que Amiano había mostrado una enorme simpatía por los soldados, y resaltó que no pedían una paga extraordinaria ni donativos, a pesar del hecho de que, desde que Juliano se había hecho cargo del mando, si se hace excepción de algunas gratificaciones, no habían recibido ni siquiera el salario regular. Constancio no quería entregar a su *Caesar* fondos suficientes para ganarse una lealtad excesiva del ejército de la Galia.[23]

Amiano no nos cuenta qué sucedió con exactitud después de esa protesta, al margen de que fue apaciguada finalmente con buenas palabras, pero es más que posible que el comandante cediera. Juliano tenía asimismo otros problemas. Severo, aquel antiguo y fiable subordinado, estaba muy mal de salud y moriría pronto. En su última campaña, la del año 358, se había vuelto precavido hasta la exageración, por lo que la columna a su mando apenas consiguió nada. La diplomacia logró ganarse a uno de los reyes más poderosos de los alamanes. Otro se vio obligado a someterse después de que una expedición de castigo dejase su territorio devastado por completo. A los romanos les guiaba un guerrero que habían capturado dos tribunos enviados por Juliano explícitamente para que le trajeran un prisionero. En un principio, la marcha de la columna se vio dificultada por las barricadas habituales que bloqueaban los pasos, pero consiguieron penetrar finalmente en una región que los alamanes consideraban segura, forzando la capitulación del rey. En ese momento estaba ya cerca el final del verano y el ejército romano se dirigió a los campamentos de invierno una vez más. Juliano se dedicó de nuevo a resolver problemas administrativos.[24]

La campaña del año siguiente se inició, como era ya habitual, con un ataque por sorpresa sobre algunos grupos de alamanes que se habían negado a someterse. Como paso previo, se envió a Hariobaudes, un tribuno de lengua germana, aparentemente en misión diplomática, para que consiguiera información sobre las intenciones de los diferentes caudillos. Además, Juliano había obtenido grandes cantidades de grano traído desde Britania, suficiente para alimentar al ejército de campaña y para llenar también los graneros de los fuertes y de las aldeas amuralladas que trataba de restablecer para crear una línea de defensa. Fueron reocupadas siete de estas últimas, e incluso los auxiliares —que solían desdeñar esas tareas como propias de combatientes de menor rango— se pusieron seriamente manos a la obra junto con los demás soldados. Actuando a partir de la información recogida por Hariobaudes, Juliano cruzó a continuación el Rin y atacó a los alamanes, muchos de los cuales huyeron, sin poder evitar que les

quemaran o les confiscaran las cosechas. A finales de año, prácticamente se habían sometido todos los caudillos alamanes. No obstante, la paz continuó siendo precaria, expuesta a hacerse añicos cada vez que los germanos comenzaban a creer que los romanos se habían debilitado una vez más. Cuando, en el verano del 359-360, una buena parte de la Britania septentrional se vio arrasada por pictos y escoceses, Juliano consideró imprudente arriesgarse a ir hasta allá para hacer frente en persona a ese problema. En lugar de eso, envió a Lupicino, el sucesor de Severo, con cuatro unidades de auxiliares, a restablecer la situación al otro lado del Canal. El número de soldados que formaba esa fuerza es otro indicio claro de la escala generalmente menor de la actividad militar en el siglo IV.[25]

Juliano como *Augustus*, 360-363 d.C.

Mientras Juliano hacía campaña a lo largo de la frontera del Rin, Constancio había luchado en el Danubio, pero prestando cada vez más atención a la frontera oriental del Imperio. En el 369, una disputa con Persia —en el siglo III, la dinastía sasánida de etnia persa había derribado la monarquía parta arsácida—, siempre latente, acabó por estallar finalmente en guerra abierta. Desde el principio, las cosas fueron mal para los romanos. Necesitado de hombres, Constancio pidió a su *Caesar* que le enviara cuatro regimientos completos de auxiliares —los celtas, los petulantes, los bátavos y los hérulos— junto con una selección de trescientos soldados de cada una de las demás unidades. Se levantaron rumores de que el *Augustus* estaba tan interesado en cortarle las alas a su victorioso colega subordinado como en reforzar el ejército destinado a enfrentarse a los persas.

Juliano quedó perplejo ante esa orden. Sus hombres se encolerizaron y amotinaron una vez más, negándose a que les enviaran lejos de sus familias y parientes, especialmente cuando eso significaba dejarlos por completo a merced de los alamanes. Una vez más, volvieron a proclamar a Juliano como *Augustus* y, en esta ocasión, aceptó, aunque Amiano sostiene que únicamente se debió a su incapacidad para convencer a los soldados de que obedecieran las órdenes y de que le permitieran pedirle a Constancio que las revocara. El general, de veintiocho años, fue subido en un escudo que varios soldados alzaron para llevarlo a hombros, en la primera ocasión que registra la historia de un emperador romano aclamado a la manera tradicional con que los germanos nombraban un caudillo. Un portaestandarte le colgó del cuello un torques como premio al valor para que el nuevo *Augustus* tuviera una diadema. (No dejó de ser una mejora si se compara con la sugerencia inicial de ponerle uno de los collares de su esposa o, algo aún

menos propicio, parte del arnés decorado de un caballo.) Cuando, ya ataviado de esa manera, se desfiló en su honor en el campamento, el «reacio» nuevo *Augustus* prometió a cada uno de los soldados una recompensa sustancial en oro y plata por apoyarle. Ni siquiera Amiano creía que Juliano tuviera alguna esperanza real de que Constancio le aceptara como un igual y que compartiera con él el gobierno del Imperio.[26]

Roma se enfrentaba una vez más a la guerra civil, pero, en esta ocasión, la lucha fue comparativamente menor, pues Constancio falleció por causas naturales a principios del 361. El Imperio volvía a tener un solo gobernante, aunque su popularidad se fue desvaneciendo. Al no sentirse ya obligado a simular una adhesión a la Iglesia, Juliano profesó abiertamente el paganismo, perdiendo así el apoyo de los cristianos que, en ese momento, constituían ya un grupo numeroso y poderoso. Hubo incluso paganos que consideraron injusto el decreto que prohibía a los cristianos predicar o enseñar. Otras medidas pusieron en su contra a otros grupos, como el de las aristocracias paganas de las grandes ciudades de oriente que, de otra manera, le podían haber servido de puntal en que apoyarse. Cualesquiera que fueran las intenciones de Juliano, sus decisiones como emperador demostraron una carencia total de sentido común.

Y otro tanto podríamos decir de la gran expedición que dispuso contra Persia el 363. Reunió un ejército de unos ochenta y tres mil hombres, incluyendo en él una buena parte de las tropas de la Galia que, voluntariamente, siguieron a su *Augustus* hacia el este, a pesar de haberse mostrado reacios a hacerlo bajo Constancio. Era el mayor ejército romano formado para enfrentarse a un adversario extranjero en el siglo IV y pudo penetrar profundamente en territorio enemigo, derrotando a cuantas fuerzas le salieron al paso. Sin embargo, Juliano no consiguió obligar a los persas a librar una batalla campal y pronto debió hacer frente al problema inevitable que suponía aprovisionar a un número tan elevado de soldados a esas enormes distancias. Ya desde el comienzo de la campaña, al menos la cuarta parte se ocupaba de manejar y remolcar por el Éufrates la flota de barcazas que transportaba los víveres.

En ocasiones, la conducta de Juliano hacía pensar en una consciente imitación de generales romanos anteriores. Después de leer que Escipión Emiliano, Polibio y un pequeño grupo de soldados se habían abierto paso por una de las puertas de Cartago ocupadas por el enemigo, Juliano trató de emular esa hazaña en el sitio de Pirisabora, pero él y su grupo fueron rechazados. Amiano excusa el fracaso de su héroe explicando que las circunstancias en que se realizó el hecho que les sirvió de modelo fueron muy diferentes. Durante el reconocimiento de la fortaleza de Maozamalcha, Juliano y sus oficiales cayeron en una emboscada que les tendieron diez per-

sas, dos de los cuales reconocieron al emperador por su vistoso uniforme y cargaron contra él. El *Augustus* mató a uno de ellos a espada, mientras su guardia personal acababa con el otro. Después de la caída de Maozamalcha, Juliano emuló explícitamente a Alejandro Magno y a Escipión Emiliano al no hacer daño, y ni siquiera mirar, a varias nobles bellísimas que habían sido capturadas. La literatura ha reforzado siempre el ideal aristocrático del comportamiento de un gran general romano, pero quedamos con la profunda sensación de que el deseo que Juliano albergaba de igualar a los grandes comandantes históricos dictó gran parte de su conducta.[27]

Los romanos llegaron a Ctesifonte, después de haber limpiado un canal construido por Trajano y utilizado también por Septimio Severo para trasladar la flota de suministros desde el Éufrates al Tigris. Pero una vez llegados allí, Juliano y sus oficiales decidieron que no se hallaban en condiciones de tomarla e iniciaron entonces una retirada. En contra del consejo de sus oficiales, el *Augustus* ordenó incendiar la flota de transporte, y dio instrucciones al ejército para que se alejara del río y se retirara por una tierra que los ejércitos rivales no habían atravesado todavía. Su visión provocó el tumulto entre los soldados, pero una orden que cancelaba la operación llegó demasiado tarde para evitar que se pusiera en práctica. El caso es que, durante los primeros días de marcha, los romanos encontraron en aquellas tierras que cruzaban suficiente agua potable, víveres y forraje. Sin embargo, muy pronto, los persas reaccionaron y comenzaron a incendiar las cosechas por delante de la columna enemiga. Juliano tuvo aun más motivos para lamentar sus órdenes precipitadas, cuando se dio cuenta tarde de que la destrucción de las barcazas impedía que el ejército pudiera construir un puente que le permitiera cruzar una vez más el Tigris y poner el río entre él y los persas.

La situación se volvió ahora desesperada por lo que se refiere a los víveres, mientras el ejército seguía avanzando, librando varias escaramuzas durísimas con los perseguidores persas. En una de ellas, Juliano se acercó galopando para tratar de dirigir la pelea, sin tiempo de vestirse la armadura, y recibió el tiro de una jabalina que se le alojó en el costado, cayendo del caballo. Nadie supo con seguridad quién había arrojado el arma, aunque Libanio registra un rumor según el cual había sido obra de un romano, de un soldado cristiano enfurecido por la defensa que Juliano hacía del paganismo. La herida fue mortal, y el *Augustus* falleció en su tienda poco después, siendo sustituido a toda prisa mediante una elección hecha por los oficiales del ejército entre ellos mismos. Estando el ejército en esa precaria situación, apenas quedaba otra posibilidad que concluir una paz ignominiosa con Persia.[28]

En la Galia, Juliano había demostrado ser un comandante razonablemente competente, a pesar de su falta de experiencia militar cuando fue nombrado para el cargo de *Caesar*. Como ya hemos visto, los problemas a que de-

bió enfrentarse eran de la misma clase que aquéllos con los que habían tenido que vérselas los gobernadores provinciales en periodos anteriores. En el siglo IV, sólo un emperador ejercía una autoridad comparable y tenía capacidad para concentrar los recursos suficientes con los que poner fin a algo más que a unas simples incursiones bárbaras. Juliano hizo algo por restablecer la seguridad de la frontera del Rin, aunque los años siguientes demostrarían la imposibilidad de mantener una presencia militar activa en la zona. Consiguió varios éxitos y apenas sufrió derrotas serias, pero no hay nada en esas campañas que nos haga pensar que poseyera un talento excepcional. Algunas de sus decisiones fueron muy discutibles y, ciertamente, carecía del talento de Escipión o de Julio César para juzgar el talante de sus hombres.

En la campaña persa, la enorme escala de la operación y los problemas inherentes a la intervención profunda en territorio enemigo, en lugar de en una provincia amiga, magnificaron enormemente las consecuencias de sus errores y de no ser capaz de comprender a sus soldados. Los ejércitos romanos excepcionalmente grandes no han dejado casi nunca buen recuerdo —Cannas y Arausio son los dos ejemplos más famosos y desastrosos— y parece que era muy difícil que un general pudiera controlar con eficacia una fuerza superior a los cuarenta mil hombres. En el siglo IV, cuando se había reducido de forma drástica el tamaño de las unidades y el ejército se hallaba preparado fundamentalmente para llevar a cabo guerras a una escala mucho menor, un ejército de ochenta y tres mil soldados era muy poco manejable. Nadie, desde Juliano hasta el último oficial, tenía experiencia alguna en el control y el aprovisionamiento de una fuerza de ese tamaño. Todo ello, unido a los mismos problemas que habían contribuido a evitar que las campañas de Severo y de Trajano en el este concluyeran en una derrota permanente de los partos, acabó desembocando finalmente en un fracaso humillante. La carrera de Juliano es interesante no por su capacidad personal como comandante, sino porque proporciona un buen ejemplo de las circunstancias en que realizaron su tarea los generales romanos de finales del Imperio.

NOTAS

1. Amiano Marcelino 15. 8. 13.
2. Dión 56. 15. 2.
3. Herodiano 4. 7. 4-7, 12. 2.
4. El satírico Luciano ataca los numerosos relatos que exageran la conducta de Vero en su *Quomodo Historiae*.
5. El mejor estudio sobre el arte romano de la guerra en este periodo es el de H. Elton, *Warfare in Roman Europe, AD 350-425*, 1996. Hay un gran número de biografías de Ju-

liano, especialmente la de R. Browning, *The Emperor Julian*, 1976, y G. Bowersock, *Julian the Apostate*, 1978. Un informe de nuestra fuente principal y de su tiempo, en J. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, 1989.

6. Amiano Marcelino 15. 8. 1-17.
7. La pérdida de Colonia Agrippinensis, en Amiano Marcelino 15. 8. 19. Sobre el ejército romano de la época final, véase Elton (1996), K. Dixon y P. Southern, *The Late Roman Army*, 1996, y A. Ferrill, *The Fall of the Roman Empire*, 1986. Sobre las escasas pruebas del tamaño de las unidades en este periodo, véase T. Coello, *Unit Sizes in the Late Roman Army. British Archaeological Review Series 645*, 1996, y W. Treadgold, *Byzantium and its Army, 281-1081*, 1995.
8. Para las operaciones iniciales, véase Amiano Marcelino 16. 2. 1-13; «prudente y precavido», en 16. 2. 11.
9. Amiano Marcelino 13. 3. 1-4. 5; sobre las fortificaciones y la pobre preparación de los ejércitos tribales para la guerra de asedios, véase Elton (1996), pp. 82-86, 155-174.
10. Amiano Marcelino 27. 1-2.
11. Para las primeras fases de la campaña del 357, véase Amiano Marcelino 16. 11. 1-15.
12. El tamaño de los ejércitos, en Amiano Marcelino 16. 12. 1-2, 12. 24-26, 12. 60.
13. Amiano Marcelino 16. 12. 1-18.
14. Sobre el *cuneus* y su apodo, véase Amiano Marcelino 17. 13. 9, Tácito, *Germania* 6, y Vegecio, *Epitoma Rei Militaris* 3. 17.
15. Amiano Marcelino 16. 12. 19-26.
16. Amiano Marcelino 16. 12. 17-35.
17. Amiano Marcelino 16. 12. 36-41; nótense también los comentarios en H. Delbrück (trad.: W. J. Renfroe), *The Barbarian Invasions. History of the Art of War*, vol. 2, 1980, pp. 261-268, esp. pp. 263-264, sobre la práctica de un comandante reuniendo las tropas de esa manera. Los comentarios de Delbrück sobre esta batalla son, como siempre, muy interesantes, pero su creencia –que llega casi al extremo de la obsesión-, de que los guerreros bárbaros eran tan feroces que sólo podían ser derrotados por un número muy superior de soldados de los Estados civilizados no descansa en evidencia alguna y convierte en muy cuestionables muchas de sus conclusiones.
18. Amiano Marcelino 16. 12. 42-46.
19. Las pérdidas, en Amiano Marcelino 16. 12. 63; la reacción de Constancio, en 16. 12. 67-70.
20. Amiano Marcelino 17. 1. 1-14.
21. Amiano Marcelino 17. 2. 1-4. En el relato de Libanio, que es también muy favorable a Juliano, se decía que los francos eran mil; Libanio, *Opera* 18.70.
22. Amiano Marcelino 17. 8. 1-2.
23. Amiano Marcelino 17. 8. 3-9.
24. Amiano Marcelino 17. 10. 1-10.
25. Amiano Marcelino 18. 2. 1-16, 20. 20. 1. 13.
26. Amiano Marcelino 20. 4. 1-5. 10.
27. Para Pirisabora, véase Amiano Marcelino 24. 2. 15-17; para Maozamalcha, véase 24. 4. 1-5.
28. Amiano Marcelino 24. 7. 1-25. 3. 23.

Capítulo 15

UNO DE LOS ÚLTIMOS: BELISARIO Y LOS PERSAS

Belisarius (505-565 d.C.)

> Belisario se dirigió entonces a aquellos de sus oficiales que estaban con él, de esta manera: «No es mi deseo revelar todo lo que pienso. Pues una conversación que se extiende por todo el campamento no puede guardar los secretos... pero al ver que la mayoría de vosotros os permitís actuar de una manera muy desordenada, y que cada uno desea ser el comandante supremo en la guerra, diré ahora ante vosotros cosas que uno debería mantener en silencio, mencionando, no obstante, en primer lugar, que, cuando en el ejército uno sigue juicios independientes, es imposible que se pueda hacer nada necesario».[1]

En el siglo IV y a principios del V, el ejército romano conservó potencial suficiente para convertirse en una fuerza de combate altamente eficaz. Las batallas campales eran mucho menos frecuentes de lo que lo habían sido en el Principado, pues, en ese momento, los generales preferían derrotar al enemigo con cautela y mediante maniobras que no propiciaran un encuentro de aquella clase. No obstante, cuando los romanos elegían librar una batalla, salían por lo general vencedores y, en su mejor momento, los ejércitos romanos demostraron ser muy superiores a todos sus adversarios, a pesar de sufrir algunas derrotas espectaculares como la de Adrianópolis, en el 378 d.C. El impacto de esa derrota, donde el emperador de Oriente cayó muerto junto a muchos de sus soldados, ha sido a menudo exagerado y, ciertamente no significó el toque de difuntos del ejército. La eficacia militar siempre se había basado en un amplio adiestramiento, y en mantener a las tropas bien motivadas, disciplinadas y adecuadamente equipadas. En

todos los periodos se dieron ocasiones en las que no se aplicaron esos factores y el resultado fue, a menudo, la derrota. El mantenimiento de un ejército en buenas condiciones requería amplios recursos en personal, material y, por encima de todo, dinero, así como la capacidad política y la voluntad de invertirlos. Éste fue el problema esencial del periodo final de la Antigüedad, pues mientras los romanos sabían muy bien cómo crear un ejército eficaz, sólo en raras ocasiones se dieron las circunstancias favorables para ponerlo en práctica. Las frecuentes guerras civiles hacían de los emperadores personajes débiles e inseguros, a lo que cabría añadir una decadencia económica que, en algunos casos, puede percibirse ya a finales del siglo II. La mayor parte de las infraestructuras que servían de apoyo al Ejército —caminos, líneas de suministro con bases fortificadas— decayeron simplemente porque no disponía del dinero ni de la determinación de la autoridad central para mantenerlas. El Ejército era todavía numeroso y formidable, pero sólo en raras ocasiones fue capaz de actuar en las mejores condiciones y sus unidades eran, de promedio, de inferior calidad a las de los ejércitos profesionales anteriores.

Desde el siglo III en adelante, Roma se hallaba en decadencia, la inestabilidad se había enseñoreado del gobierno central hasta el punto de que una buena parte del poder comenzó a dispersarse entre líderes locales y era, por tanto, difícil hacer nada a un nivel más elevado. La debilidad interna dio como resultado derrotas más frecuentes en las fronteras que condujeron, en ocasiones, a la aparición de más guerras civiles cuando los emperadores caían asesinados o quedaban desacreditados por los fracasos, y cuando algunas regiones decidieron que la solución al problema planteado por los enemigos externos consistía en nombrar su propio emperador. De manera progresiva, la fuerza de Roma se fue debilitando, pero el enorme tamaño y poder del Imperio era tan grande que, incluso a finales del siglo IV, se mantenía mucho más fuerte que cualquiera de sus enemigos exteriores. La amenaza que suponían estos últimos estaba, de todas maneras, descoordinada y era esporádica; no obstante, los sectores fronterizos que se consideraron vulnerables se convirtieron pronto en objetivos.

La presencia de un emperador para dirigir la guerra en una región podía restablecer cierta seguridad temporal, como demostró Juliano, pero incluso cuando había más de un emperador, estos hombres no podían encontrarse en todas partes simultáneamente. Su tarea consistía en cubrir huecos y esperar que éstos se mantuvieran seguros durante el tiempo suficiente para poder seguir haciendo frente a otros problemas en otros lugares. Si se hubiera podido alcanzar un largo periodo de estabilidad sin el estallido de conflictos internos, entonces el Imperio quizá se habría recuperado, pero el cambio en las bases del poder imperial impidieron que eso

sucediera. Roma fue declinando lenta y gradualmente, hasta el punto de que incluso el hundimiento final de la zona occidental del Imperio no puede relacionarse fácilmente con un único cataclismo. La propia Roma fue saqueada por los godos, en el año 410, pero estos guerreros germánicos y sus caudillos formaban parte del ejército romano y el contexto era más el de una guerra civil que el de una invasión extranjera. El último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, fue depuesto en el 476, pero la mayor parte de sus predecesores carecían de auténtico poder y el propio suceso provocó escaso impacto en las vidas de la mayor parte de la población. Durante el siglo V, las provincias occidentales del Imperio siguieron su propio camino, como Britania, o fueron ocupadas y convertidas en reinos por señores de la guerra germanos, muchos de los cuales habían estado en algún momento al servicio de Roma. Siguiendo esta vía, grupos de visigodos, ostrogodos, francos y vándalos tomaron España, la Galia, Italia, Sicilia y el norte de África.

Mientras el Imperio de Occidente se caía a pedazos, la zona oriental, con su capital en Constantinopla y un territorio que abarcaba los Balcanes, Grecia, Asia Menor, Egipto y Siria, perduró. Por varias razones, constituía una unidad más coherente que el imperio mucho más extenso del que procedía, y poseía unas fronteras naturales más seguras por el norte. Era una región que podía dominar un único emperador y, aunque en ocasiones esos hombres nombraban a alguna otra persona para que gobernase con ellos, el Imperio romano de Oriente (al que la convención moderna gusta de referirse como Imperio bizantino) llegó una vez más a poseer la estabilidad política de la que había carecido durante tanto tiempo. En el siglo VI se había vuelto raro que un emperador realizase una campaña en persona, y el hecho de que delegase el mando de sus ejércitos en otros fue un indicador claro de una mayor seguridad personal. Las actividades de los generales se observaban con todo detalle en busca de alguna señal de deslealtad pero, en muchos aspectos, la relación entre el emperador y el comandante de campo había retornado a algo muy parecido a las condiciones del Principado. Los emperadores de Oriente pudieron dirigir guerras en más de un teatro de operaciones de manera simultánea de una forma que había sido casi imposible durante siglos.

Habían disminuido los recursos militares disponibles, pero aún eran considerables. En términos de territorio, el Imperio oriental era aproximadamente equivalente al de su mayor rival, la Persia sasánida, aunque los romanos —o eso era, al menos, lo que los bizantinos creían— eran probablemente más ricos y contaban con una población mayor. El tamaño menor de su reino cambió hasta cierto punto la actitud de los emperadores romanos ante el mundo exterior y, ciertamente, se dio una tendencia a dirigirse al rey

persa como a un igual, o incluso como a un «hermano». Eso señala un marcado contraste con la diplomacia de los siglos anteriores, que siempre había tratado de hacer hincapié en la enorme superioridad de Roma sobre las demás naciones. Sin embargo, algún emperador oriental continuó alimentando la ambición de resucitar el antiguo poder del imperio, y durante el reinado de Justiniano (526-565), se realizó un intento concertado para reconquistar los territorios perdidos en el Mediterráneo occidental. El norte de África, Sicilia e Italia fueron ocupados en sucesivas campañas, aunque esa ocupación fue de corta duración. Uno de los comandantes más importantes en esas operaciones fue Belisario, un hombre que tuvo sus primeras experiencias como general en las guerras de las fronteras orientales.[2]

Belisario y la batalla de Dara, 530 d.C.

Belisario fue uno de los *doryphoroi* de Justiniano, una sección de su casa militar que vivía a sus expensas y que recibía preparación específica para servir como oficiales. Era de procedencia germánica, de una de las provincias danubianas pero, en términos de cultura, es probable que esto significara muy poco. Sin embargo, tenía mucho más de soldado profesional que los aristócratas senatoriales de tiempos anteriores o que el académico Juliano. En el 526, Belisario y Sittas, otro de los *doryphoroi*, se encontraron a cargo de una fuerza a la que se encomendó una operación de saqueo de una región del Imperio sasánida conocida como Persarmenia. Al principio las cosas fueron muy bien, y los romanos consiguieron un botín considerable, pero no pasó mucho tiempo antes de que debieran hacer frente a tropas persas muy superiores y fueran derrotados. Esta operación formaba parte de las hostilidades fronterizas esporádicas de las décadas que siguieron a un periodo de guerra a gran escala entre ambas potencias, los años 502-506. A continuación, la refriega se inició cuando el rey persa Kavadh (Cabades, en las fuentes romanas), necesitado de dinero y después de haber recibido la negativa en la concesión de un préstamo o de un regalo del emperador Anastasio, había desencadenado una repentina expedición de saqueo en las provincias romanas, con la vista puesta en conseguir un beneficio rápido. Finalmente, las negociaciones condujeron a la declaración de una paz por siete años, acompañada probablemente de un pago por parte de los romanos y de restricciones a la construcción de nuevas fortificaciones en la frontera por ambos bandos.

Pronto quedó claro que la paz no era fácil, y la tensión aumentó aún más cuando, al principio de la década del 520, Kavadh comenzó a imponer el zoroastrismo persa a sus súbditos de Iberia —una acción emprendida

quizá más por motivos políticos que por convicción religiosa, temiendo que se pasaran a Roma. En tanto que cristianos nuevos, los iberos pidieron el apoyo de Roma. Cada bando iba también animando a sus aliados para que atacara. Apareció una complicación más cuando el anciano Kavadh, a quien no le gustaba su hijo primogénito, Kaoses, trató de asegurarle la sucesión a Khusro, que era más joven. Embajadores persas visitaron al tío de Justiniano, el emperador Justino, pidiéndole que adoptara a Khusro, comprometiéndose de esa manera a asegurar que sucedería a su padre. Al principio, Justiniano y Justino no cabían en sí de gozo, hasta que comenzaron a sospechar que el verdadero objetivo de Kavadh era el de proporcionarle a su hijo un motivo para reclamar el trono romano. Su contrapropuesta, una adopción limitada del tipo que empleaba la realeza bárbara y que hacía imposible la sucesión, la consideraron los persas como un insulto. Los temores de los romanos, lo mismo que la propia propuesta original, reflejaban la diferente relación entre las dos potencias que prevalecía en el siglo VI.[3]

La tensión continuó creciendo hasta que pareció inevitable la reanudación de una guerra abierta. Las campañas en esta zona estaban dominadas por las fortalezas que permitían el control del territorio circundante. Las batallas eran raras, y la mayor parte de la lucha consistía en operaciones de saqueo, como la dirigida por Belisario, para las que las fortificaciones ofrecían bases seguras de despliegue. En el 505, los romanos habían comenzado la construcción de una nueva fortaleza en Dara, a unas quince millas de la Nisibis controlada por los persas. Su existencia molestó a estos últimos, pues ya se había declarado la paz, en especial al advertir que los romanos incrementaban las fuerzas allí estacionadas. Otras acciones encaminadas a la construcción de nuevas fortificaciones fronterizas o a la concentración de tropas cerca de las fronteras se consideraron igualmente provocadoras. En ocasiones, como cuando los romanos ocuparon dos fortalezas en la frontera con Iberia hacia el 527, la reacción persa fue suficiente para obligarles a evacuarlas. En el 528, a Belisario se le encargó la tarea de construir un fuerte en Minduos, un lugar que no puede ser identificado con precisión pero que, evidentemente, no se encontraba lejos de Nisibis. Esta posición demostró ser también insostenible frente a la fuerte reacción enemiga pero, en cualquier caso, es posible que esta operación estuviese encaminada a distraer a los persas de un programa ya en marcha de reforzamiento de Dara.

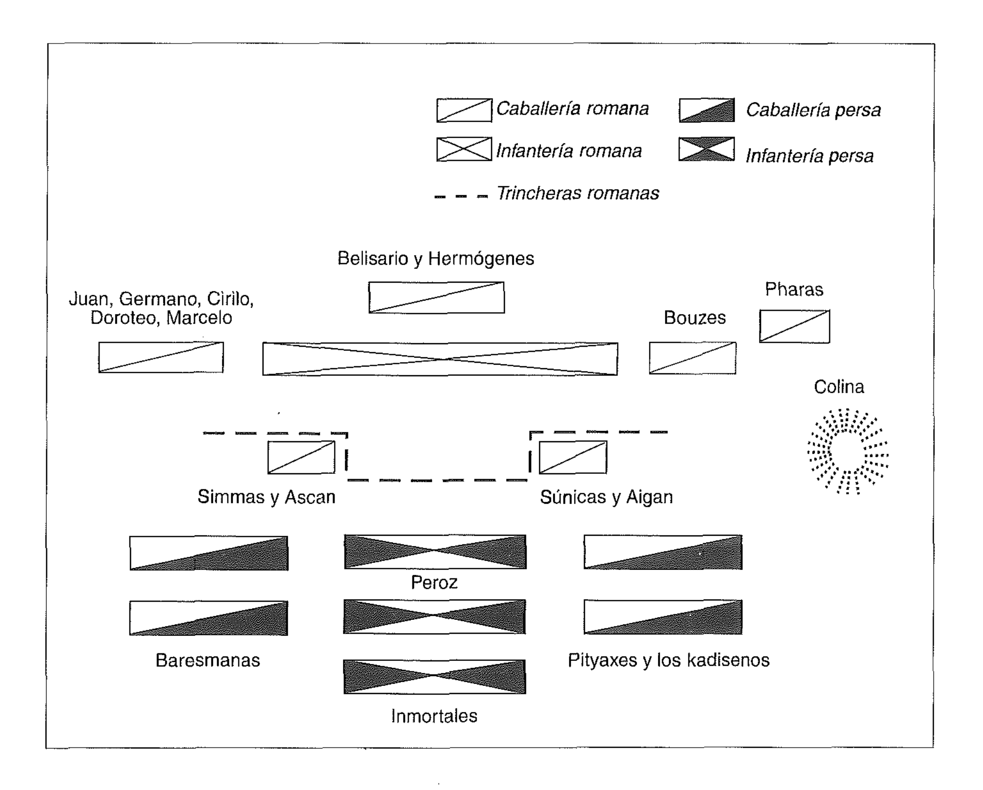
Las dos primeras operaciones de Belisario habían acabado en fracaso, pero su evidente capacidad y lealtad sirvieron para que, cuando Justiniano se convirtió en emperador único, se le concedieran cargos cada vez más importantes. En el 530 fue nombrado comandante —el título era el de Maestre de Soldados para Oriente (*Magister Militum per Orientem*)— de uno de

los cinco ejércitos de campo entonces existentes. Le acompañaba su asistente principal (*accessor*), Procopio, que posteriormente nos legaría un detallado relato de las campañas de Belisario en su obra *Guerras*. Aunque el año 529 transcurrió dedicado a negociaciones de paz, Justiniano se había estado preparando para una guerra abierta y el recién nombrado Belisario contaba con unos veinticinco mil hombres concentrados en la base de Dara, un ejército muy numeroso para la época. No está clara la proporción de esa fuerza formada por caballería, pero podía ser como máximo la tercera parte. Parece que la infantería sería de una calidad cuestionable, quizá en parte porque la guerra predominante en la frontera oriental, constituida sobre todo por operaciones de saqueo, le ofrecía muchas menos oportunidades de efectuar un servicio activo que a sus compañeros de la caballería. Su experiencia consistía mucho más a menudo en hacer vida de guarnición y en labores de policía que en combate real.

A lo largo de toda su carrera, Belisario debió basarse fundamentalmente en la caballería, confiando muy pocas veces en unidades de soldados de a pie para luchar, si exceptuamos aquellos momentos en que las condiciones eran muy favorables. En Dara, sus tropas montadas incluían mil doscientos hunos, que luchaban a la manera tradicional como arqueros a caballo, y trescientos hérulos, un pueblo danubiano que tenía una particular reputación por su ferocidad. Todos estos soldados iban a demostrar su elevada efectividad en combates futuros. Otro de los elementos de la caballería estaba constituido por los caballeros de la propia casa de Belisario, o *bucellarii*. Estos hombres vivían a expensas de su comandante y de ahí su nombre, derivado del de la galleta dura utilizada en el ejército, pero estaban ligados por un juramento de lealtad al emperador. No está claro cuántos de esos hombres se hallaban con Belisario en Dara, aunque en años posteriores contaría con una fuerza de un millar de soldados que le seguían en campaña. Se trataba de caballería pesada, yendo el jinete —aunque probablemente no así el caballo— con armadura, y equipado con un venablo o lanza a dos manos y un arco de buena factura. Los *bucellarii* de Belisario estaban especialmente bien adiestrados, incluso para los niveles habituales de esas tropas escogidas.[4]

En junio, un ejército persa aun mayor avanzó contra los romanos, formando la primera de las puntas de un ataque en tridente preparado por Kavadh. Estaba compuesto por unos cuarenta mil soldados al mando de un hombre llamado Peroz o Firuz (Perozes, en griego), miembro de la casa Mihran, una familia aristocrática de la que procedían tantos comandantes persas que los romanos llegaron a creer que «Mihran» era, en realidad, un cargo. Como en el caso del ejército romano, su fuerza descansaba en las tropas montadas, pues la mayoría de la infantería persa estaba formada por le-

vas pobremente equipadas y poco motivadas, incluso menos eficaces en muchas circunstancias que sus adversarios. Antes de que tuviera lugar el momento más importante de la batalla, Peroz recibió el refuerzo de diez mil hombres de la guarnición de Nisibis, pero no parece que éstos fueran soldados mucho mejores. Casi toda la caballería persa era pesada, formada por catafractarios, con caballos y jinetes provistos de pesadas armaduras. Iban armados con arcos y generalmente mostraban preferencia por la lucha a distancia, pero podían también hacerlo cuerpo a cuerpo si era preciso. Peroz contaba también con los «Inmortales», llamados así por el cuerpo de guardia real del rey de reyes en los tiempos anteriores a que Alejandro hiciera tambalearse el Imperio persa, una reserva de caballería de élite. No está claro si los diez mil soldados de ese cuerpo se encontraban allí con el ejército.[5]



Batalla de Dara

Procopio nos cuenta que los persas se hallaban extraordinariamente confiados cuando su ejército avanzó para acampar a unas pocas millas de la posición romana. No sólo superaban significativamente en número a sus adversarios, sino que también se sentían alentados porque habían podido derrotar a los romanos en todos los encuentros importantes librados en las décadas recientes. Peroz envió un embajador a Belisario para decirle que le tuviera preparado un baño para él en Dara la noche siguiente. No obstante, tanto él como su estado mayor se habían quedado sorprendidos a la vista del ejército romano, pues Belisario había preparado concienzudamente la batalla. Había elegido una posición a sólo unos cientos de metros frente a la puerta principal de las murallas que rodeaban Dara. Con una colina a la izquierda, los soldados romanos habían reforzado su principal posición con una trinchera. En el centro había un foso rectilíneo que se unía en sus dos extremos con otros fosos en ángulo recto hacia atrás, para juntarse a otras trincheras rectas y paralelas al primero de aquéllos. En cada uno de los sectores se habían habilitado algunos lugares para poder atravesarlos, pues les sería más sencillo a los romanos hacer uso de ellos que a los persas encontrar una vía para cruzarlos en medio del calor y la confusión de la batalla. Detrás de las trincheras, Belisario formó una línea con toda su infantería y, probablemente, con un pequeño número de jinetes. En reserva quedaba otra línea formada exclusivamente por caballería. Por delante del foso, en los ángulos que constituían las uniones entre las trincheras, había dos unidades de seiscientos hunos cada una. Los de la izquierda estaban dirigidos por Sunicas y Aigan, mientras el grupo de la derecha se hallaba al mando de Simmas y Ascan. Los cuatro eran hunos y también miembros de los *doryphoroi* personales de Belisario. El resto de la caballería romana se había dividido entre las dos alas. A la izquierda, los hombres dirigidos por Bouzes y Pharas, que mandaban a los hérulos. Tenemos el nombre de cinco comandantes de la caballería del ala derecha: Juan, hijo de Nicetas, Cirilo, Marcelo, Germano y Doroteo.

La formación romana estaba dispuesta para recibir un ataque frontal y, con las murallas de Dara tan cerca de su espalda, una acometida de esa clase era la única opción viable con que contaba Peroz si deseaba tomar la ciudad. En ningún caso podía comenzar un asedio hasta que el ejército enemigo hubiera sido derrotado. Los persas consideraban a los soldados romanos como muy indisciplinados, pero las trincheras evitarían que el grueso del enemigo fuese atraído hacia campo abierto, donde Peroz podía arrollarlos con su superioridad numérica. Los ejércitos romanos de épocas pasadas habían efectuado obras en el campo para proteger una posición —tanto Sila como Julio César habían protegido sus flancos en alguna ocasión con trincheras, empalizadas y fuertes—, pero no existía paralelo alguno con la deci-

sión de Belisario de proteger su frente casi por entero de esa manera. En los conflictos anteriores, esa acción hubiera disuadido a muchos comandantes enemigos de atacar, pero Peroz apenas contaba con otra alternativa. Kavadh le había ordenado tomar Dara y para ello se le habían entregado casi la mitad de los soldados despachados contra Roma. Por tanto, antes de la batalla arengaría a sus hombres diciéndoles que las trincheras romanas eran un indicio del profundo miedo que sentían ante los persas.[6]

El primer día, Peroz no deseaba arriesgarse a lanzar un ataque importante y, durante horas, los dos ejércitos conservaron sus posiciones, uno frente al otro sin que ninguno de ellos efectuara movimiento agresivo alguno. Al final de la tarde, un piquete de caballería persa se lanzó en solitario contra el ala izquierda romana. El escuadrón romano más adelantado se dio la vuelta fingiendo estar aterrorizado, y consiguió atraer a los persas a una persecución descuidada antes de girarse de nuevo contra ellos. Siete persas cayeron muertos y los restantes huyeron hacia sus líneas principales. Este éxito romano no dejó de parecer sorprendente, pues se creía que, por lo general, la caballería persa estaba demasiado bien disciplinada para caer en un engaño de esa clase. Quizá sea un indicio de que la mayor parte del ejército despreciaba a sus adversarios romanos y, por tanto, tenían menos cuidado en la manera de ejecutar sus acciones. Después de esto, no hubo más ataques, pero un joven combatiente persa avanzó galopando y retó a luchar a cualquier romano en combate singular. Procopio dice que un miembro del séquito de Bouzes respondió al desafío; se trataba de un tal Andreas, que no era soldado, sino instructor de lucha y asistente de baño de su señor. No obstante, iba armado y equipado como un caballero del séquito de Bouzes. Andreas mató al primer retador con desdeñosa facilidad y unió a ese éxito la derrota de un segundo guerrero, más experimentado, que le salió al paso a continuación. Su victoria provocó gran griterío entre las filas del ejército romano. Era ya tarde y los persas comenzaron pronto a retirarse. Al caer la noche, los romanos regresaron a sus alojamientos en Dara, entonando alegremente canciones de victoria.[7]

El día siguiente transcurrió en medio de un intercambio de mensajes; mientras los romanos intentaban que los persas se retiraran, eran acusados de deslealtad por Peroz quien, posteriormente, ordenaría que las misivas que se le enviaran quedaran fijadas en su estandarte. Fue ese mismo día cuando Peroz recibió el refuerzo de diez mil hombres de Nisibis. Con el fracaso de las negociaciones, a la mañana siguiente ambos comandantes se dirigieron a sus soldados esperando que se iniciara la batalla en cualquier momento. Se cree que Belisario arengó a los suyos insistiendo en lo mal equipada y motivada que se hallaba la infantería enemiga. Los dos ejércitos se desplegaron, formando los persas dos columnas principales, con la infantería en el centro y

la caballería en las alas. Peroz conservó a los Inmortales en la reserva, con órdenes de mantener su posición sin avanzar hasta que recibieran la señal. Por su parte, él mismo se situó en el centro con la infantería, pero no parece que ésta estuviera dispuesta a desencadenar un ataque importante y su papel quizá fuera más bien el de inmovilizar con su presencia a la infantería romana y formar un escudo tras el que poder reagrupar a la caballería persa. El ala izquierda, en la que se incluía un fuerte contingente de los salvajes kadisenos, la dirigía Pityaxes, mientras la derecha se hallaba a las órdenes de Barasmanas. Después de efectuar ese despliegue, los persas esperaron durante horas sin avanzar ni un paso. Procopio explica que los romanos estaban acostumbrados a comer al mediodía, mientras que los persas no ingerían alimentos hasta el final de la jornada, por lo que Peroz esperaba que, expuestos así al fuerte calor de junio, el enemigo se debilitaría más que sus propios hombres. Entretanto los romanos cambiaron su orden de batalla cuando Pharas:

> se presentó ante Belisario y Hermógenes [el segundo mando de los romanos], y dijo: «Me parece que no le haré ningún daño importante al enemigo si permanezco aquí con mis hérulos; pero si nos escondemos en la falda de esa colina y, después, cuando los persas inicien la lucha, subimos a la cima y caemos de pronto sobre su retaguardia, golpeándoles por detrás, entonces, con toda probabilidad, les haremos el mayor daño.» Así habló, y como a Belisario y a su estado mayor les gustó la idea, llevó a cabo el plan.[8]

Pharas y los hérulos se desplazaron hasta una posición escondida en la falda contraria de la colina, en el flanco izquierdo del ejército.

La batalla comenzó por la tarde, cuando la caballería persa lanzó un ataque desde ambas alas. Los romanos y los persas se arrojaron un verdadero diluvio de flechas, pero los persas tenían un fuerte viento en contra que debilitaba la fuerza de sus lanzamientos. En otro lugar, Procopio afirma que los arqueros romanos eran mucho más eficaces que los persas, pues aquellos habían copiado las técnicas de los hunos. Cuando las unidades de caballería persas de la primera columna se fatigaban o quedaban escasas de munición eran sustituidas por grupos de jinetes de la segunda columna para mantener la presión. Después de algún tiempo, cuando muchos de los soldados habían quedado sin municiones, la caballería de ambas alas inició una carga para trabar combate cuerpo a cuerpo. Un furioso ataque de los kadisenos hizo brecha en la izquierda romana. Al ver que la caballería enemiga se lanzaba en persecución de los jinetes romanos en huida, Sunicas y Aigan dirigieron a sus hunos contra el flanco izquierdo de los que habían conseguido romper la formación. Antes de que hubieran entrado en contacto, Pharas había conducido ya a sus hérulos por detrás de la colina para atacar a los ka-

disenos por la retaguardia. El pánico y la confusión se extendieron rápidamente por toda el ala derecha persa. Algunos de los jinetes consiguieron hallar protección por detrás de las sólidas filas de infantería, pero muchos de ellos debieron abandonar el campo y hubo numerosas bajas. Procopio afirma que fueron tres mil los persas que cayeron en esta fase de la batalla.

Cuando la derecha se dio a la fuga, Peroz desplazó el peso de su ataque al ala izquierda, enviando a los Inmortales en refuerzo de la caballería que ya se hallaba allí. Al observar esta acción, Belisario envió orden a Sunicas y Aigan de que se unieran a los demás hunos. Se enviaron también más jinetes de la reserva para formar un bloque por detrás de los hunos, dispuestos a amenazar el flanco de cualquiera de las unidades que pudieran lanzarse contra el ala romana. No está claro en qué lugar de las trincheras se hallaban situadas estas tropas, aunque ciertamente los hunos se encontraban en el frente y es posible que las demás unidades hubieran cruzado por uno de los pasos abiertos con ese objetivo. Los hombres de Barasmanas, al recibir su ataque nuevos ímpetus con el refuerzo de los Inmortales, consiguieron hacer retroceder a la caballería romana que les hacía frente y lanzarse en su persecución. A continuación, los hunos dirigieron su ataque contra el flanco expuesto de los persas, lanzándose sobre la masa de jinetes enemigos para separarlos de su propio ejército. Sunicas mató en persona al portaestandarte de Barasmanas con su lanza. Muchos de los jinetes persas que habían quedado aislados detuvieron su persecución e hicieron un intento desesperado para regresar a sus propias líneas.

Al mismo tiempo Barasmanas trató de recuperar su estandarte con un grupo de Inmortales. Atacados por la caballería romana simultáneamente desde diferentes direcciones, los persas contaban con muy escaso espacio para maniobrar y no podían cargar sin exponer su flanco o su retaguardia al enemigo. En esta ocasión, Sunicas acabó con la vida del propio general, y la muerte de Barasmanas hundió la moral de los soldados que aún se mantenían allí. Los que pudieron escapar huyeron, extendiendo el pánico a los soldados de infantería más cercanos, quienes dejaron caer escudos y armas y se unieron a la fuga. Se dijo que los romanos habían acabado con la vida de más de cinco mil enemigos en esta zona del campo de batalla, pero Belisario y sus oficiales impidieron con toda rapidez que sus hombres les persiguieran demasiado lejos, buenos conocedores de que jinetes dispersos sobre caballos cansados constituían un objetivo muy vulnerable en un contraataque incluso para un pequeño número de enemigos de refresco. Habían conseguido ya una victoria suficiente. El ejército principal de Kavadh había sido derrotado en batalla campal y el enemigo había recibido una profunda humillación. El rey desposeyó a Peroz de la banda para la cabeza, con incrustaciones de oro y pedrería, que señalaba su rango.[9]

Últimas campañas

Al año siguiente, una fuerza formada por quince mil persas, guiada por aliados árabes, lanzó un ataque en un punto insospechado por su situación, muy al sur siguiendo el curso del Éufrates y muy alejado de las zonas más afectadas por las campañas en las que se habían enfrentado recientemente los ejércitos rivales. El ataque sorprendió a Belisario, a quien llevó algún tiempo trasladar el ejército hacia el sur para enfrentarse al enemigo cerca de Callinicum. Su intención era la de realizar una demostración de fuerza suficiente para que los invasores decidieran retirarse sin haber provocado daños excesivos sobre los habitantes de la provincia. Iban con él unos veinte mil hombres, incluidos dos mil aliados locales y un número considerable de nuevos reclutas, pues parte de los soldados que habían peleado en Dara habían sido destacados para reforzar las guarniciones de frontera para el caso de que Kavadh desencadenase un nuevo ataque, mientras el ejército principal se encontraba muy al sur. Los persas no advirtieron su proximidad hasta que se encontró a unas catorce millas e inmediatamente comenzaron a retirarse, pues no tenían intención alguna de presentar batalla. La decisión de Belisario de seguirlos a distancia fue profundamente impopular, tanto entre sus subordinados superiores como entre las clases de tropa, aunque Procopio señala que ninguno de ellos osó criticarle a la cara su estrategia. El 18 de abril, día de Viernes Santo, del año 531, los persas habían llegado a Callinicum y se hallaban a punto de entrar en una región de tierra árida y escasamente poblada, dirigiéndose en retirada hacia su patria. Si el ejército romano les seguía por aquel territorio, debería hacer frente a las mismas dificultades que sus enemigos para conseguir víveres, pues aquella zona carecía de guarniciones de importancia.

La disyuntiva entre penetrar en aquella región o permitir que los persas escaparan provocó finalmente un estallido de abierta disensión entre los soldados romanos. Belisario se dirigió al ejército, explicando que no se ganaría nada con presentar batalla cuando el enemigo estaba ya siendo expulsado de sus tierras. Hizo notar también que no era un buen momento para trabar combate pues, al día siguiente, estarían todos preparándose para la celebración del domingo de Pascua y carentes, por ello, de fuerza para sostener una dura batalla. Los soldados se mostraron violentos y comenzaron a insultarle abiertamente, obligando al general a declarar que sólo había estado tratando de poner a prueba su valor y que se hallaba deseoso de presentar batalla. Procopio cree que no tuvo otro remedio que cambiar de intención y no que fuera una estratagema pensada para inflamar el espíritu de los soldados. Lo mismo que Juliano en Argentoratum, Belisario se vio obligado por el ejército a luchar en condiciones que él, en realidad, consi-

deraba inadecuadas. En este caso, su primera decisión había sido la correcta, pues la batalla acabó en derrota. Al carecer de la posición cuidadosamente preparada de la que había gozado en Dara, el ejército romano se mostró muy frágil en los intercambios sostenidos entre las caballerías de los dos ejércitos que se desarrollaron a continuación, y perdió ochocientos hombres, junto con la mayoría de las tropas aliadas. Belisario fue uno de los últimos en escapar de allí, peleando con sus *bucellarii* en un intento por ofrecer su apoyo a un destacamento, que había quedado aislado por el enemigo, dirigido por Ascan, y sólo se retiró cuando éste cayó muerto.[10]

La derrota fue una verdadera desgracia, pero no anuló las principales ventajas conseguidas en Dara. La muerte de Kavadh, sucedida en el otoño de aquel mismo año, frenó el ímpetu del esfuerzo de guerra persa por algún tiempo y condujo poco después a la apertura de negociaciones de paz con Khusro. Al poco tiempo Belisario fue llamado a Constantinopla, pues Justiniano había decidido enviarlo en una expedición cuyo objetivo era recuperar el norte de África, ocupado en ese momento por los vándalos. A pesar de los limitados recursos que se le proporcionaron —contaba con un ejército formado únicamente por cinco mil soldados de caballería, entre los que se incluían sus *bucellarii*, así como un contingente de hunos y diez mil soldados de infantería—, Belisario desembarcó en el 533 y derrotó al año siguiente al rey vándalo Gelimer. Los comandantes de épocas pretéritas estaban muy familiarizados con algunas de las dificultades a que debió hacer frente, pero otras eran síntomas evidentes del cambio que había sufrido el ejército romano en el siglo VI. Al comienzo de la campaña perdió quinientos hombres antes de que se descubriera que las galletas almacenadas para suministro del ejército no habían sido preparadas adecuadamente. Era normal que se horneara dos veces esta galleta dura, pues se trataba de un proceso que contribuía a su conservación, pero que también reducía su peso en un cuarto. Obligado, como es lógico, a suministrar al Ejército un peso determinado en galletas, el funcionario responsable decidió hacerse con unos beneficios extras. Se negó a pagar panaderos para que hicieran las galletas como se debía y, en lugar de eso, se las arregló para que las galletas se cocieran de la manera más tosca colocándolas en la sala de calderas de los baños públicos. A primera vista, presentaban un buen aspecto, pero mantenían el peso original de la harina y muy pronto comenzaron a pudrirse. No había nada nuevo en ese intento de aprovecharse a expensas del Estado y de los soldados en campaña, pues en el momento cumbre de la Segunda Guerra Púnica, una empresa contratada para suministrar a las legiones de España había sido declarada culpable de hundir barcos en mal estado para reclamar compensaciones al Senado por cargamentos inexistentes.[11]

Otro acontecimiento significativo del comienzo de la expedición fue la ejecución de dos soldados hunos que habían matado a un camarada en una pelea de borrachos. Este hecho provocó un tumulto en el resto de la unidad, porque se creía que el estado de intoxicación etílica debería considerarse como una eximente de la responsabilidad por sus acciones. Muchos otros soldados se unieron a la protesta, nerviosos porque su general pudiese cogerle cierto gusto a sancionar otras infracciones a la disciplina con castigos tan severos como aquél. En esta ocasión, Belisario se mostró firme, decidido a evitar que sus hombres saquearan o abusaran de las masas de la población, ganándose así la animadversión de quienes quizá estuvieran deseando ponerse en contra de sus señores vándalos. En general, tuvo éxito evitando que eso sucediera, azotando como castigo ejemplar a algunos soldados a quienes se había cogido realizando acciones de pillaje; puede considerarse que, para los niveles de la época, Belisario impuso a sus hombres una férrea disciplina.[12] Cuando Cartago capituló, esperó deliberadamente a entrar en la ciudad a plena luz del día, para poder observar mejor el comportamiento de sus soldados —una medida que ya había tomado Julio César en Massilia durante la Guerra Civil—.[13] El contingente de hunos que le acompañaba afirmó que habían sido engañados en las condiciones del servicio que debían prestar cuando fueron reclutados y mostraron una lealtad muy cuestionable a lo largo de toda la campaña. Al final, parece que deseaban permanecer con Belisario o pasarse a las filas de Gelimer, dependiendo del que les pareciera que contaba con mayores posibilidades de victoria. Después de la derrota de los vándalos en Tricamarum, el diciembre del 533, la disciplina de todo el ejército se hundió por completo, mientras se lanzaban en persecución del enemigo, saqueando a voluntad. Procopio describe cómo los soldados:

> al tratarse de personas extremadamente pobres, al convertirse de pronto en dueños de grandes riquezas y de mujeres jóvenes y muy hermosas, no fueron ya capaces de controlar su ánimo o de saciarse con lo que poseían, sino que se hallaban tan borrachos... que querían llevarse con ellos todo de regreso a Cartago. Y se movían por allí, no en grupos, sino solos o en parejas... Y Belisario, tomando buena nota de todo esto, estaba desorientado sobre cómo controlar la situación. Pero al romper el día, trasladó su tribuna a una colina cercana al camino, apelando a la disciplina en ese momento inexistente y haciendo reproches a todos, tanto a soldados como a oficiales.[14]

Lo que más temía Belisario que le sucediese al ejército después de Dara había ocurrido tras esta última victoria, aunque, por fortuna, los vándalos se mostraron incapaces de explotar en provecho propio la vulnerabilidad de los romanos. Gradualmente, mediante ruegos y reprimendas consiguió po-

ner cierto orden en aquel caos, pero, en el mejor de los casos, sólo parcialmente. Poco después, uno de sus mejores subordinados fue herido de muerte en el cuello por una flecha disparada por un suboficial borracho que intentaba, sin ningún cuidado, alcanzar a un pájaro. Posteriormente, y cuando la guerra parecía ya haber llegado a su fin y Belisario había regresado a Constantinopla, tuvo que ser llamado de nuevo para reprimir un motín en su antiguo ejército.[15]

Sin embargo, y a pesar de esos episodios desagradables, la expedición africana resultó ser un gran éxito, y Belisario fue recibido por Justiniano en medio de gran ceremonial. No sólo se recuperó la tradición de conceder honores triunfales a los comandantes victoriosos, sino que, además, a Belisario se le permitió marchar en triunfo —literalmente, pues hizo el recorrido a pie en lugar de ir subido en un carruaje— por Constantinopla. Se supo también que una parte del botín conseguido en África y paseado en el desfile había sido tomada en su momento por Tito del templo de Jerusalén para su propio triunfo, y expoliada posteriormente de Roma por los vándalos. Todo ello se trasladó de inmediato a las iglesias de Jerusalén. Al finalizar el desfile, tanto el cautivo Gelimer (un cristiano ario, como todo su pueblo, que se había pasado el día murmurando repetidamente «vanidad de vanidades; todo es vanidad», la cita del segundo versículo del libro del Eclesiastés) y el victorioso Belisario se postraron ante Justiniano y la emperatriz Teodora. No parecía necesario que un esclavo estuviera recordándole su calidad de mortal al general romano, pues era bien evidente que no era más que un servidor del emperador.

En el año 535, Belisario fue enviado con una fuerza únicamente de siete mil quinientos soldados a reclamar Italia y Sicilia para el imperio. Las relaciones con el reino ostrogodo de Italia habían sido buenas desde mucho tiempo atrás, pero se habían deteriorado últimamente cuando alcanzó el poder una facción hostil a Constantinopla. Sus actividades le ofrecieron a Justiniano un pretexto para hacerles la guerra, y además el éxito en África le había animado a realizar otras empresas en Occidente. Muchas de las comunidades de Sicilia recibieron a Belisario con los brazos abiertos y, al finalizar el año, toda la isla se hallaba bajo su control. La campaña en Italia fue mucho más dura ya desde los inicios y Nápoles sólo pudo tomarse después de un difícil asedio, cuando los romanos descubrieron un túnel largo tiempo olvidado de un viejo acueducto que aún llevaba hasta el interior de las murallas de la ciudad. En diciembre los ciudadanos de Roma abrieron las puertas a Belisario, pero pronto él y su fuerza de cinco mil soldados se vieron asediados por los godos.[16] En una escaramuza, el comandante romano y un millar de jinetes dieron de bruces contra una fuerza de godos que acababa de cruzar Puente Milvio después de que la guarnición encar-

gada de su custodia desertara o huyera sin lucha. Belisario se encontró pronto en medio de la pelea y fue elegido por el enemigo después de que los desertores que había entre ellos avisaron que se debía atacar al hombre que cabalgaba el caballo tordo con la cabeza blanca. Procopio nos dice que la mayoría de los godos:

> comenzaron a atacar a Belisario. Y cuantos soldados había entre ellos decididos a demostrar su valor se dispusieron con todas sus fuerzas a ganar honores, y acercándose cuanto podían trataban por todos los medios de cogerlo y, con gran furia, de golpearle con las lanzas y las espadas. Pero el propio Belisario, moviéndose de un lado a otro, fue matando a aquéllos que se enfrentaban a él, y al mismo tiempo se aprovechó enormemente de la lealtad de sus propios lanceros y guardias en el momento de peligro. Puesto que todos los que le rodeaban [...] disponiendo sus escudos como defensa del general y de su caballo, no sólo no recibieron las armas arrojadizas, sino que obligaron a retroceder y golpearon a quienes, de cuando en cuando, se lanzaban contra él. Y así, todo el encuentro se centró en el cuerpo de un solo hombre... Pero, por alguna casualidad, Belisario ni fue herido ni golpeado por ningún arma arrojadiza aquel día.[17]

Cuando, a continuación, los godos lanzaron un ataque directo sobre las murallas de la ciudad, el general ordenó a sus hombres que esperaran en silencio y que no dispararan sus arcos hasta que él mismo lo hubiera hecho, pues quería que el enemigo se acercara más y poder recibirle con una lluvia de proyectiles. Llegado el momento, su primera flecha consiguió hacer blanco y matar a uno de los jefes enemigos, y la segunda a otro guerrero. Entonces, cuando todos sus soldados habían disparado, Belisario pidió a los hombres que se hallaban más cercanos que dispararan contra los bueyes que arrastraban las máquinas de asedio del enemigo. El ataque fue rechazado.[18]

Los éxitos de los romanos durante el asedio provocaron la aparición de un sentimiento de exceso de confianza entre las tropas, similar al que había precedido a la derrota de Callinicum. Una vez más, Belisario se sintió incapaz de limitar el entusiasmo de sus hombres y decidió que, ya que se hallaban dispuestos a la pelea, al menos se aseguraría que la libraran en condiciones favorables. Los diferentes intentos de lanzar un ataque por sorpresa fracasaron cuando el plan de los romanos fue, una y otra vez, revelado al enemigo por desertores. Finalmente, Belisario sacó a sus hombres para librar una batalla campal, que al principio fue bien para los romanos. Sin embargo, el éxito inicial, que puso a los godos en fuga, acabó en medio de la mayor confusión, cuando muchos de los soldados romanos se dispersaron en operaciones de saqueo. Los germanos se reagrupa-

ron, contraatacaron e infligieron una fuerte derrota a sus adversarios. Después, el asedio se rompió cuando finalmente, un ataque por sorpresa, preparado con sumo cuidado, tuvo un gran éxito y permitió que entraran refuerzos en la ciudad.[19]

Belisario llevó su campaña mucho más al norte de la península italiana y, en el año 539, se unió con otro ejército dirigido por el eunuco Narsés. Las instrucciones que traía este último incluían, como es lógico, observar a su colega para asegurar que carecía de ambiciones que pudieran suponer una amenaza para Justiniano. Los dos hombres no cooperaron con eficacia y, durante cierto tiempo, esa situación frenaría el ímpetu de las operaciones en Italia. A finales de año, Narsés fue reclamado y Belisario consiguió otros éxitos en la Italia septentrional hasta que también él fue llamado, en el año 540, para ser enviado de nuevo a la frontera persa. El general eunuco regresó a hacerse cargo de Italia, donde llevó a cabo numerosas operaciones con considerable capacidad, pero debió hacer frente a una recuperación del poder godo. Belisario contribuyó al restablecimiento de la situación en el este mediante una campaña de maniobras y diplomacia, antes de regresar a Italia en el 544. Roma se perdió en el 546, se recuperó en el 548 y los godos la volvieron a tomar en el 550. En este momento, Narsés había regresado para sustituir a Belisario y sería él quien completaría la conquista de Italia, después de haber derrotado a los godos en Tadinae, en el 551 o el 552, y a los francos en Casilinus, en el 554.[20]

La recuperación de África, Sicilia e Italia constituyeron éxitos considerables, conseguidos por comandantes dotados de recursos extraordinariamente modestos para realizar su tarea, pero el imperio oriental fue incapaz de conservarlos a largo plazo. Con sus campañas, Belisario había conseguido gloria y recibido numerosos honores de Justiniano, aunque se le iban a proporcionar ya pocas oportunidades más de servicio activo. Los emperadores del siglo VI confiaban en conservar su posición lo suficiente como para permitir que fueran otros quienes dirigieran sus ejércitos en el campo de batalla, pero eso no quería decir en ningún caso que estuvieran libres de sospechar que quizá los generales tratarían de volverse contra ellos. Belisario fue convocado brevemente para realizar un servicio activo en el 559, cuando saqueadores bárbaros amenazaron la propia Constantinopla. En el 562 fue acusado de traición y encarcelado, y aunque posteriormente fuese liberado, vivió los años de vida que le quedaban en medio de la amargura y la decepción, y falleció en el año 565.

En algunos aspectos Belisario mandaba su ejército de una manera parecida a la de los generales de las generaciones anteriores. Aunque en ocasiones empuñó la lanza, la espada o el arco en el fragor de la batalla, su papel fundamental era el de dirigir las acciones de los demás, una función

que ejecutaba manteniéndose por detrás de la primera línea de combate. No obstante, en numerosos aspectos, el mundo y la naturaleza de la guerra habían cambiado profundamente en el siglo VI. Una importante diferencia la marca el tamaño de las operaciones. Los veinticinco mil hombres reunidos en Dara representaban para la época una fuerza excepcionalmente numerosa. El autor de un manual militar de finales del siglo VI afirmaba que los ejércitos contaban habitualmente con un número que oscilaba entre los cinco mil y los quince mil soldados, la mayoría de ellos de tropa, y fuerzas de ese tamaño fueron las que Belisario dirigió en África e Italia. Con la excepción ocasional de la frontera oriental, ninguno de los adversarios de Roma puso sobre el campo de batalla un número de soldados superior, incluso aunque hubiera contado con la posibilidad de reclutar más hombres. La caballería constituía ahora una proporción del total muy por encima de la de los ejércitos de épocas anteriores y, al menos con Belisario, soportaba el peso de la lucha. Aunque los ejércitos disminuyeran en tamaño, seguían operando aún en áreas muy extensas. Las batallas campales eran raras y las guerras consistían fundamentalmente en escaramuzas, saqueos y asedios.

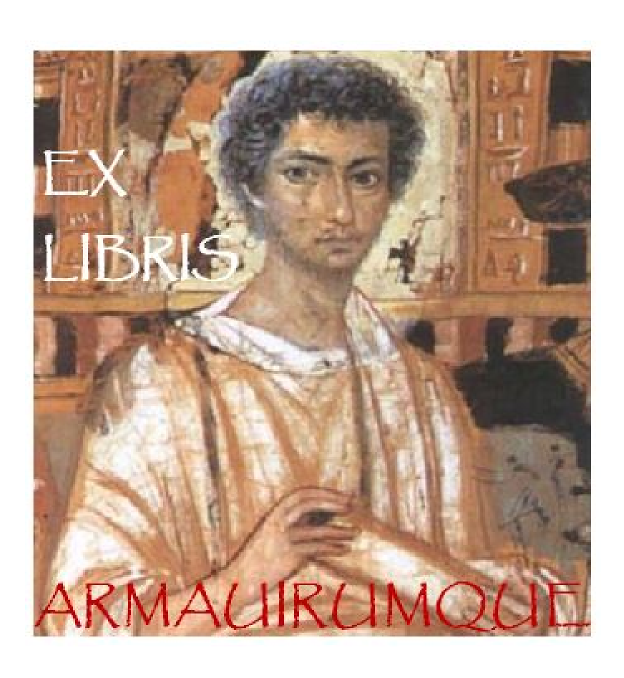
A medida que el estilo de hacer la guerra y el número de combatientes iban cambiando, también lo hacía el carácter esencial del ejército romano. Se dice que Belisario fue un comandante bastante estricto y, a pesar de ello, soldados a sus órdenes fueron repetidamente culpables de indisciplina, presionándole para que presentara batalla contra su opinión en Callinicum y en Roma, y comportándose de manera salvaje después de su éxito en África. Los motines no eran nada nuevo en el ejército romano, y fueron relativamente habituales incluso durante la República, pero la violencia y la desobediencia casi rutinaria de los soldados en el siglo VI rara vez habían tenido parangón en el pasado, ni siquiera durante los confusos años de las guerras civiles. El ideal literario del gran comandante que imponía una estricta disciplina sobre soldados apáticos no fue ya característico del periodo final de la Antigüedad, pues una buena parte del sistema formal de regulaciones y castigos del ejército había desaparecido. La teoría militar insistía aún en la importancia de mantener a los soldados bien adiestrados, pero, en la práctica, sólo una mínima proporción de las unidades —incluyendo a menudo a los *bucellarii* de un jefe capaz— se aproximaba algo a ese ideal. Cuando los ejércitos alcanzaban un tamaño superior a lo que era habitual para el momento, se incrementaba la probabilidad de que un número significativo de soldados fuera muy poco fiable. Siglos dedicados a poner y quitar emperadores habían conseguido que los soldados romanos no aceptasen una disciplina férrea, y los intentos encaminados a moderar su comportamiento levantaban quejas, motines abiertos o deserciones.[21]

En las campañas de Belisario se notaba ya un sentimiento fuertemente medieval. Durante casi un millar de años, la manera de hacer la guerra se caracterizaría en Europa por la existencia de ejércitos relativamente pequeños, incluyendo a menudo una buena proporción de reclutas de infantería cuyo valor militar era despreciable y de mercenarios o aliados cuya lealtad era, a veces, incierta. Las tropas más eficaces eran por lo general la servidumbre bien armada y montada de los reyes o de la nobleza. La guerra estaba dominada por las posiciones fortificadas desde las que podían desencadenarse incursiones de saqueo, y la mayor parte de las batallas eran de escala menor. A veces esas fortalezas podían sufrir asedios, pero muy rara vez tenían lugar batallas campales. Ni siquiera los mayores reinos de la época eran capaces de mantener fuerzas militares que se parecieran, ni de lejos, a los bien equipados, organizados y disciplinados ejércitos romanos del periodo final de la República o del Principado. Un ejército así era, simplemente, demasiado caro y había demostrado, incluso para Roma, que era algo muy difícil de controlar. Durante algunos siglos, el ejército bizantino conservó en su ritual y en su lenguaje algunos rasgos del viejo ejército, pero en numerosísimos aspectos era una institución muy diferente. En Occidente, el ejército desapareció con el hundimiento del Imperio, mientras que en Oriente se convirtió en otra cosa. Cuando desapareció el viejo ejército de las legiones, también lo hizo el *imperator*, el general romano con su distintivo estilo de mando.

NOTAS

1. Procopio, *Wars* 2. 18. 5-6 (trad.: Loeb).
2. Sobre el ejército romano del periodo final en el este, véase W. Treadgold, *Byzantium and its Army, 281-1081*, 1995. Un estudio más amplio sobre la manera bizantina de hacer la guerra, en J. Haldon, *The Byzantine Wars*, 2001. Para el conflicto con Persia, véase G. Greatrex, *Roma and Persia at War, 502-532*, 1998.
3. Véase Greatrex (1998), esp. pp. 120-165; sobre los orígenes de Belisario, véase Procopio, *Wars*, 3. 9. 21; la incursión en *c.* 526, *Wars* 1. 12. 20-3.
4. Minduos, Procopio, *Wars* 1. 13. 2-5; nombramiento para el mando, 1. 12. 24; para las fuerzas en Dara, véase 1. 13. 23 y Greatrex (1998), pp. 169, 173, y para una exposición general sobre el ejército en este periodo, pp. 31-40.
5. Procopio, *Wars* 1. 13. 23. 1. 14. 1 y exposición en Greatrex (1998), pp. 175-176.
6. Procopio, *Wars* 1. 13. 19-23; para el uso de las fortificaciones de campo por Sila, véase Frontino, *Stratagems* 2. 3. 17 y para César, véase *Bellum Gallicum* 2. 8.
7. Procopio, *Wars* 1. 13. 24-39.
8. Procopio, *Wars* 1. 14. 33 (trad.: Loeb).
9. Para la batalla, véase Procopio, *Wars* 1. 14. 1-55 y el comentario de Greatrex (1998), pp. 171-185, y Haldon (2001), pp. 28-35; para el castigo de Peroz, véase *Wars* 1. 17. 26-8.
10. Procopio, *Wars* 1. 18. 1-50, con Greatrex (1998), pp. 195-207.

11. La llamada a Belisario y su nombramiento para el nuevo mando, en Procopio, *Wars* 1. 21. 2, 3. 9. 25, 3. 10. 21, 3. 11. 18; tamaño del ejército, en 3. 11. 2; el incidente con las galletas, en 3. 13. 12-20; fraude durante la Segunda Guerra Púnica, en Livio 25. 3. 8-4. 11.
12. Procopio, *Wars* 3. 12. 8-22; órdenes de Belisario de azotar a los soldados, en 3. 16. 1-8.
13. César, *Bellum Civile* 1. 21, 2. 12.
14. Procopio, *Wars* 4. 4. 3-7 (trad.: Loeb).
15. Procopio, *Wars* 4. 3. 23-4. 25; el motín último y la campaña contra los moros, en 4. 14. 7-15. 49.
16. Procopio, *Wars* 5. 5. 1-7; asedio de Nápoles, 5. 8. 5-10. 48; tamaño de la fuerza en Roma, 5. 22. 17.
17. Procopio, *Wars* 5. 18. 9-17 (trad.: Loeb); el relato completo de la acción, en 5. 18. 1-29.
18. Procopio, *Wars* 5. 22. 1-10.
19. Procopio, *Wars* 5. 28. 1-29. 50.
20. Véase C. Fauber, *Narses: the Hammer of the Goths*, 1990, Haldon (2001), pp. 35-44, y H. Delbrück (trad.: W. J. Renfroe), *The Barbarian Invasions. History of the Art of War*, vol. 2, 1980, pp. 339-383.
21. Sobre la disciplina bajo la República, véase W. Mecer, «Mutiny in the Roman Army in the Republic», *Classical Philology* 15, 1920, pp. 19-29.



Capítulo 16

LOS AÑOS FINALES: EL LEGADO DE LOS GENERALES ROMANOS

«La personalidad del general es indispensable, es la cabeza, es el todo de un ejército. Los galos no fueron conquistados por las legiones romanas, sino por César.» La afirmación de Napoleón no tiene nada de sorprendente, pues él se identificaba estrechamente con la idea del «gran hombre» que modelaba el mundo que le rodeaba y veía paralelismos entre su propia carrera y la de los grandes personajes de la Antigüedad. A partir de la Ilustración, la educación, el arte y la cultura europeos estuvieron dominados por los relatos del mundo clásico, y la historia de Grecia y Roma se contaban, a menudo, como una secuencia de episodios en los que predominaban uno o dos personajes —filósofos, hombres de Estado o generales, tales como Sócrates y Platón, Pericles y Demóstenes, Filipo y Alejandro, o muchos de los romanos de quienes hemos hablado en los capítulos precedentes—. Los antiguos biógrafos, como Plutarco, se centraron en el carácter de un sujeto y en cómo sus virtudes [de él] (siempre en masculino, puesto que las personalidades significativas de la Antigüedad, celebradas en las fuentes, eran invariablemente hombres) le llevaban a alcanzar éxitos y en cómo sus defectos acababan en algunos fracasos. En una época en que la enseñanza, unida a la determinación de poner en práctica sus lecciones, parecía ofrecer una vía a la comprensión y la mejora del mundo, la insistencia en la fuerza interior del individuo era enormemente atractiva.

Para Napoleón, su talento y su voluntad —incluso su estrella— modelaron su ascenso desde la oscuridad hasta el poder supremo en Francia y le permitieron subyugar casi toda Europa. Podemos señalar otros factores que hicieron esto posible —el caos político de la Revolución, que creó un profundo vacío de poder; la introducción de un sistema de reclutamiento masivo que le proporcionó unos ejércitos de un tamaño previamente ini-

maginable; los reformistas militares, que pusieron los cimientos de la estrategia y las tácticas que harían de *La Grande Armée* una máquina tan formidable—, pero el reconocimiento de su importancia no nos obliga a llegar a la conclusión de que la personalidad y el talento de Napoleón fueran irrelevantes. No creó por arte de magia el sistema del *corps d'armée* que permitió a sus ejércitos envolver con sus maniobras a adversarios de menor movilidad, o el estado mayor imperial que coordinaba sus movimientos, pero es evidente que dejó su impronta distintiva en ellos. El estado mayor, en particular, giraba en torno a él, y las órdenes escritas que despachaba llevaban su propio estilo peculiar. En cierto sentido, el espíritu de Napoleón impregnó a su ejército de una forma que muy pocos de sus adversarios fueron capaces de igualar. El estilo de guerra del periodo estaba conformado evidentemente en buena medida por cuestiones de tipo más práctico —el número de soldados y la capacidad para instruirlos, la movilización de las tropas y el suministro de víveres, ropas, armas, municiones, todo lo cual suponía un costo para el Estado—, y Napoleón fue siempre muy consciente de ello. No obstante, eso no altera el hecho de que los conflictos de aquellos años no pueden entenderse sin remitirnos de alguna manera a la personalidad del emperador.[1]

De forma parecida, también hay algo de cierto en la afirmación de que fue César quien conquistó la Galia. Como ya hemos visto, hubo mucho de casualidad en el hecho de que César llevara a cabo una guerra en la Galia y no en Dacia, y su propio deseo de alcanzar gloria al servicio de sus fines políticos influyó en muchas de sus decisiones, la más notable de ellas el ataque a Britania. Puede argumentarse que el camino hacia la expansión de la República romana estaba ligado indefectiblemente a la conquista de la Galia, en uno u otro momento, por lo que, si César no la hubiera iniciado en el 58 a.C., algún otro lo habría hecho más adelante. Sin embargo, esto implicaría que el curso de la historia sería algo inevitable, lo que eliminaría en los seres humanos cualquier independencia de acción. Según este esquema, tendencias y presiones subyacentes —quizá condiciones sociales, ideológicas o económicas, u otras creadas por el desarrollo tecnológico, el incremento o la disminución de la población, o bien cambios climáticos o del medio ambiente— dictarían el curso de los acontecimientos, eliminando efectivamente de la historia el elemento humano.

Una teoría de esa clase es difícil de encajar con la observación del mundo real, pues la vida se halla repleta de decisiones conscientes e inconscientes, cargadas todas ellas de consecuencias; y más aun, si se tiene en cuenta que las gentes varían enormemente en sus reacciones y capacidades, incluso aunque parezcan proceder de un entorno y un medio parecidos. En la guerra, quizá más que en cualquier otra actividad, es evidente la capaci-

dad de cada actor para influir en los acontecimientos, pues las consecuencias de sus decisiones y acciones tienden a ser extraordinariamente importantes. Si César no hubiera conquistado la Galia, quizá otro general romano lo hubiera hecho en el futuro, pero no habría sucedido precisamente de la misma manera en que ocurrieron los hechos entre el 58 y el 51 a.C. La personalidad de César, así como la de cualquiera de los demás implicados de ambos bandos, contribuyeron a dar forma al curso de sus campañas, pero el hombre situado en la cúspide de la organización jerárquica poseía, inevitablemente, mayor influencia que cualquier otra persona. Esencialmente, hemos regresado a nuestro punto de partida inicial, el de que los líderes y los generales importan, y que fueron y son, aunque no necesariamente decisivos, sí un factor significativo en la determinación del curso y el resultado de un conflicto.

A lo largo de este libro hemos contemplado varios conflictos y personalidades durante siglos de expansión, consolidación y, finalmente, de lucha contra el hundimiento. La guerra y los generales siempre estuvieron presentes en la historia romana. La ascensión y la caída de Roma seguramente hubieran ocurrido igualmente si los hombres de los que hemos tratado en esta obra hubieran fallecido en la niñez, como ocurrió con muchos de sus contemporáneos, o si hubieran perecido dirigiendo sus ejércitos. Sin embargo, sus carreras y victorias representaron importantes etapas en este proceso e hicieron mucho por determinar la manera en que éste tuvo lugar. En diferentes momentos, la aparición de líderes especialmente talentosos y decididos inyectó dosis más elevadas de determinación y de impulso en la manera en que Roma conducía la guerra que en otros periodos. Hombres como Marcelo, Fabio Máximo y Escipión el Africano contribuyeron a que Roma soportara la acometida de Aníbal y derrotara, finalmente, a Cartago. Es posible que se pueda culpabilizar a Pompeyo y a César de acabar con la República, pero también añadieron más territorios al Imperio que cualquier otro líder. Augusto justificó públicamente su nuevo régimen tanto mediante la conquista como por la afirmación de que había restablecido la paz y la estabilidad internas.

La guerra y la política siguieron inseparablemente unidas desde el momento en que no había ningún otro servicio mayor que un líder pudiera hacerle al Estado que el de derrotar a un enemigo en guerra. En el último periodo de la Antigüedad, se había abandonado aquella vieja tradición de la existencia de una carrera civil y militar mixta, y, no obstante, a su regreso de África, Belisario fue nombrado cónsul por un Justiniano agradecido. En el mundo antiguo la guerra era frecuente y el Estado necesitaba hombres capaces para conseguir la victoria en sus campañas. En cualquier época, esto iba acompañado de prestigio que, a su vez, podía convertirse en un

beneficio político. La aristocracia senatorial que, durante tantos siglos, proporcionó los generales a Roma, se sentía orgullosa de la *virtus* que capacitaba a sus miembros para detentar el mando supremo, pero nunca se sintió demasiado cómoda ante aquellos individuos cuyas hazañas marciales eclipsaban a sus pares casi por entero.

Llegados aquí es instructivo observar el destino de nuestros quince personajes. Dos cayeron muertos en escaramuzas —Marcelo por los cartagineses y Juliano quizá desde su propio bando—, y Trajano falleció por causas naturales mientras se hallaba en campaña, lo mismo que sucedió con Mario poco después de tomar Roma. Tres de ellos fueron asesinados —Sertorio por alguno de sus propios oficiales, Pompeyo por orden de los cortesanos de Ptolomeo y César por una conspiración de senadores—, y Nerón obligó a suicidarse a otro, Corbulón. Escipión Emiliano y Germánico murieron ambos en medio de rumores de envenenamiento. Tito falleció sin que se escapara un lamento de la boca del hermano que le sucedió. Fabio Máximo continuó en la política, pero el final de su larga vida se vio teñido por los celos ante la fama creciente de Escipión el Africano. Este último se vio obligado prematuramente a abandonar la vida política y a aceptar un amargo retiro, y algo parecido puede decirse de Belisario. Los últimos años de Emilio Paulo los vivió sobresaltado por la oposición que se vio obligado a vencer con el fin de celebrar su triunfo y aún más por la muerte de sus dos hijos. En la batalla, los generales romanos dirigían sus tropas inmediatamente por detrás de la primera línea de combate, en una posición que implicaba cierto peligro. Sobrevivir a esto y alcanzar elevadas cotas de gloria traían consigo otros peligros no menos reales.

Después de Roma

> Debemos confesar que Alejandro, César, Escipión y Aníbal han sido los guerreros más meritorios y famosos de todos los tiempos; no obstante, podemos estar seguros [...] de que nunca hubieran [...] conquistado países tan fácilmente si hubieran estado fortificados como lo han estado desde aquellos tiempos Germania, Francia y los Países Bajos, junto con algunos otros.

Incluso cuando sir Roger Williams escribía su *Breve discurso sobre las guerras*, en 1590, en el que ya indicaba que la nueva situación en que se encontraban los sistemas bélicos —especialmente las fortificaciones modernas y la evolución de los cañones— habían reducido la relevancia que para los comandantes contemporáneos tenían los ejemplos de la Antigüedad, muchos otros teóricos militares trataban activamente de aprender de griegos y

romanos.[2] No era una situación completamente nueva, pues el *Epítome de Ciencia Militar* de finales del siglo IV de Vegecio había sido uno de los manuscritos de carácter civil más copiados en la Edad Media. Es difícil establecer hasta qué punto las ideas de este autor influyeron realmente en la conducta de los caudillos medievales en campaña, pero ciertamente era bien conocido por la comunidad letrada. Muchas de sus recomendaciones, por ejemplo la de evitar trabar combate siempre que no se cuente con condiciones muy favorables y el retirarse a lugares fortificados bien pertrechados hasta que los invasores se vean obligados a abandonar por falta de víveres, fueron ciertamente características de la guerra medieval. Sin embargo, los caudillos que ponían en práctica estas recomendaciones lo hacían basando sus decisiones más en la experiencia que en los consejos de un teórico romano.

En el siglo VI, la forma romana de llevar a cabo la guerra se había vuelto característicamente medieval, con ejércitos relativamente pequeños, un sistema disciplinario muy poco rígido y la prevalencia del saqueo y de otras operaciones a pequeña escala sobre las batallas de mayor calado. Los reinos medievales carecían de la riqueza, los recursos y el nivel de centralización necesarios para que los ejércitos de campo se parecieran de alguna manera a los romanos de su mejor época. No sería hasta finales del siglo XV y en el XVI cuando las condiciones comenzaron a cambiar en el momento en que los Estados aumentaron su grado de complejidad y pudieron poner en pie de guerra ejércitos aún mayores. Los métodos tradicionales de controlar a los ejércitos se demostraron impracticables cuando aumentó el número de soldados, un problema que aún se agravó por una mayor necesidad de orden si se pretendía que las nuevas armas de fuego ligeras se utilizasen con eficacia. La alfabetización se fue extendiendo, el acceso a libros y panfletos lo facilitó la introducción de la imprenta. Se redescubrieron algunos autores antiguos, y muchos otros se volvieron más accesibles por su traducción a lenguas modernas. A finales del siglo XVI y en el XVII, líderes como Mauricio y Guillermo de Nassau, en los Países Bajos, y Gustavo Adolfo, en Suecia, trataban conscientemente de convertir sus ejércitos en fuerzas basadas en la disciplina, la organización y el sistema táctico de las legiones romanas. En 1616, John Bingham publicó una traducción al inglés de *Las tácticas de Elio*, que no sólo incluía diagramas mostrando a los lanceros ataviados con uniformes del siglo XVII, efectuando ejercicios individuales, sino también una sección en la que se exponía cómo se había adaptado al uso del servicio militar holandés la instrucción de los soldados de la Antigüedad. La cubierta era aún más directa, pues mostraba a Alejandro Magno entregando su espada a Mauricio de Nassau.

Al diseñar los ejércitos siguiendo el modelo romano —o al menos según el que los reformistas militares consideraban como modelo romano—

no es sorprendente que, en muchos aspectos, se pueda observar a los comandantes actuando, durante varios siglos, de una manera muy parecida a la romana. A la cabeza de ejércitos, que raramente superaban los treinta mil hombres moviéndose en formación cerrada, podían contemplar con facilidad la mayor parte del campo de batalla. Muchas de las condiciones en las que operaba el general, así como su capacidad para controlar a las tropas, no habían cambiado —los catalejos mejorarían la visibilidad, pero, al mismo tiempo, las nubes de humo producidas por la pólvora de las armas de fuego la empeorarían—. Las comunicaciones seguían sin poder ser más rápidas que las que permitían a un correo llevar los despachos a caballo. El estado mayor que servía de asistencia al comandante procedía en su mayoría, como en tiempos de los romanos, del círculo familiar y de amigos, comparativamente escaso en número, nada especializado en sus objetivos y que carecía de preparación formal específica. Es muy dudoso que César o Pompeyo hubieran encontrado muy distintos a los suyos los campos de batalla en que operaban Gustavo Adolfo o Marlborough, y lo mismo sería válido también al revés.

El comandante de los siglos XVII o XVIII gozaba aún de una movilidad parecida, trasladándose hasta un lugar ventajoso para observar o cabalgando por detrás de la línea de combate, tratando de calcular dónde sucedería la próxima crisis o dónde encontraría una oportunidad favorable y situándose en la mejor posición para responder a ella. Mediante la observación personal, enviando a un oficial para que lo hiciera por él, y con los informes que le llegaban de los subordinados que controlaban cada sector de la línea de fuego, el general trataba de comprender la batalla, comprometiendo en ella a las unidades más adecuadas que conservaba en la reserva, lo mismo que cualquier general romano. En ocasiones, podía adelantarse a caballo y dirigir una carga. Por su propio temperamento o por un sentimiento de obligatoriedad, algunos comandantes hacían esto con mayor frecuencia, aunque la mayoría de los que actuaban de esa manera podían acabar finalmente, como en el caso de Gustavo Adolfo, gravemente heridos o muertos. La evolución de la artillería moderna hizo posible que incluso los jefes que permanecían por detrás de las líneas corrieran mucho mayor riesgo de acabar heridos que sus homólogos romanos.

En los siglos XVII y XVIII es fácil encontrar comandantes que actuaban de una manera que recordaba mucho la de los generales romanos —el gesto de recoger un estandarte en un esfuerzo por agrupar a una unidad en fuga o que se tambaleaba se convirtió en esta época en un cliché artístico, de la misma manera que había sido un motivo literario para los romanos—. En realidad era también un método práctico de tratar de detener a los que huían. Es mucho más difícil decidir si lo hacían así porque

la mayoría eran buenos conocedores del mundo clásico y emulaban conscientemente a los héroes del pasado, como había hecho en su momento Juliano el Apóstata, o si parecidas condiciones de combate provocaban simplemente respuestas similares.

Sin embargo, en algunos aspectos las guerras del siglo XVIII diferían marcadamente de los conflictos romanos. En buena medida, las formalidades, la manera cautelosa de maniobrar y aquellas precauciones que se tomaban antes de decidirse a trabar combate en el siglo XVIII tenían mucho más en común con las cautas campañas de los sucesores de Alejandro que con la alocada determinación con que los romanos acostumbraban a efectuar las guerras. Otra diferencia la marcaba la relación entre el jefe y sus soldados. La disciplina militar que se desarrolló con la revolución en el arte de la guerra que tuvo lugar a comienzos de la Edad Moderna estuvo modelada por el problema que suponía el empleo eficaz de armas de fuego personales. Los mosquetes tenían un alcance limitado: en realidad, su introducción no proporcionó a la infantería un arma mucho más efectiva que el arco, pero era mucho más sencillo adiestrar mosqueteros que arqueros. Eran también muy poco adecuados y extremadamente lentos de carga, por lo que una única fila de mosqueteros podía verse superada con facilidad por la acometida de un enemigo (en especial de caballería) antes de que pudieran efectuar más de un disparo. Por ello, se diseñaron métodos que obligaban a la infantería a desplegarse en varias líneas que dispararían y cargarían por turno, avanzando primero hasta ocupar la primera fila antes de abrir fuego. Con el tiempo, al mejorarse los métodos de carga, se redujo el número de filas necesarias para mantener un fuego casi constante sobre el enemigo, pasándose de diez hasta tres o dos, pero esta evolución redujo, como mínimo, la precisión. En el siglo XVIII, las líneas de infantería no apuntaban (la mayoría de los mosquetes carecían incluso de punto de mira), sino que sencillamente disponían el arma alineada y hacían fuego hacia adelante. Se creía que una lluvia de proyectiles procedente de una formación muy cerrada conseguiría infligir numerosas bajas en una formación parecida si también se aproximaba en orden cerrado.

La instrucción trató de conseguir que todos los movimientos de marcha en formación y de carga de los mosquetes se hicieran de manera mecánica, pues si todos no coordinaban sus acciones, las consecuencias podrían ser la mayor de las confusiones y probablemente se producirían numerosas bajas accidentales. Por ello, la disciplina se volvió muy rígida, pues su intención era la de convertir al soldado en autómata, virtualmente en un «mosquete que camina». Aunque en el ejército romano era importante marchar al paso y conservar la formación, la victoria en los combates cuerpo a cuerpo no eran producto simplemente de esas tácticas de adiestra-

miento. La milicia romana animaba activamente la iniciativa y el combate individual en las circunstancias adecuadas, pues, muy a menudo, la actuación de unos cuantos soldados marcaba la diferencia entre la victoria y la derrota. Una de las tareas más importantes de un general romano consistía en actuar como testigo y juez de la conducta de los soldados individualmente. El sistema táctico del Ejército proporcionaba al comandante un papel vital en la coordinación de las unidades a su mando y le animaba a intervenir al más bajo de los niveles si ello era necesario. Sin embargo, nunca sucedía esto a expensas de desaconsejar un elevado grado de iniciativa en los oficiales subordinados de toda la escala de mando. El papel de los legados, los tribunos, los prefectos y los centuriones era de vital importancia. Una de las razones por las que un general se podía permitir el cabalgar arriba y abajo de las líneas, tratando de dirigir los acontecimientos en el que consideraba el sector más crucial de la línea de fuego, era su confianza en que los oficiales subordinados actuarían de la manera más adecuada para controlar sus tropas en otros sectores del campo de batalla.

El ideal romano era el de que hubiera alguien que inspirara y dirigiera a las tropas en todos los puntos del frente: la autoridad y el prestigio del comandante del ejército le ofrecían el potencial de imponer una mayor influencia sobre los acontecimientos que a cualquier otro, pero muchos otros eran muy capaces y deseaban hacerse cargo de la situación cuando aquél se encontraba en cualquier otro lugar. Había subordinados imprudentes, lo mismo que generales imprudentes y acciones llevadas a cabo, en ocasiones, por iniciativa de un suboficial empeoraron la situación o condujeron a la derrota (y, en el 52 a.C., en Gergovia, proporcionó al comandante del ejército una excusa para justificar su fracaso). En cualquier caso, las actividades del general y de sus subordinados se complementaban para dar al ejército mayor flexibilidad que la de cualquiera de sus adversarios.

Sólo sería a finales del siglo XVIII cuando algo de esa flexibilidad retornaría a los ejércitos europeos. Mediante el sistema del *corps d'armée*, Napoleón podía controlar eficazmente los movimientos de unos ejércitos que doblaban en tamaño el de cualquier otro que utilizara métodos tradicionales o el de los romanos. Por su propia naturaleza, eso exigía conceder mucha mayor libertad de acción a sus subordinados y, en especial, a los comandantes de los cuerpos de ejército. No obstante, el ejército no era tan grande que el emperador no pudiese ver a la mayoría de los soldados y, a su vez, ser visto por éstos. En las campañas, pasaba una buena parte de su tiempo sobre la silla de montar, y las visitas formales e informales a las unidades culminaban por lo general en la concesión inmediata de ascensos y condecoraciones individuales. Aunque sólo un puñado de los soldados de *La Grande Armée* encontraría el bastón de mariscal que supuestamente to-

dos llevaban en la mochila, muchos hombres realizaron carreras espectaculares, hasta el punto de convencer al resto de que el coraje y la capacidad de acción se conocían y se recompensaban. La disciplina era importante, pero no pretendía ser tan dura como para ahogar cualquier iniciativa; es decir, se trataba de una manera de ser que tenía mucho en común con la del ejército romano.

La propaganda y los discursos napoleónicos tenían mucho de clásicos y, en particular, de romanos: arcos triunfales, relieves que mostraban el triunfo de vencedores coronados, águilas como estandartes y cascos de inspiración clásica para algunas unidades. Napoleón poseía un amplio conocimiento de la historia militar, incluida la del mundo antiguo, y tenía a César entre los grandes capitanes de cuyas campañas se podía aprender mucho sobre la actuación de los generales. Su orden del día en Austerlitz —«soldados, dirigiré en persona todos los batallones; me mantendré lejos de las líneas si, con vuestra acostumbrada bravura, llevéis el desorden y la confusión a las filas enemigas; pero si la victoria se muestra por un momento incierta, veréis a vuestro emperador exponerse en primera línea de fuego»—, podía ser el de cualquier general romano. Napoleón se mostraba mucho más activo antes de las batallas, provocando las circunstancias en que su ejército pudiera aplastar al enemigo, y dejando el manejo táctico de la lucha real en manos de sus subordinados. El enorme tamaño de los ejércitos, especialmente en algunas de las últimas campañas, potenció esa posibilidad, por lo que se consideró de gran importancia que el cuartel general se mantuviera bastante estático para que los mensajeros pudieran localizarlo con facilidad.

Wellington, que en muchos casos dirigía fuerzas más pequeñas y contaba con un estado mayor mucho menos numeroso y eficaz con el que controlarlas, actuó en una batalla siguiendo un estilo típicamente romano. En Waterloo mostró una gran movilidad, cabalgando lo más cerca posible de la primera línea, tratando de encontrarse siempre en el lugar crítico, dando órdenes y recibiendo informes dondequiera que se encontrara, e interviniendo allí donde lo consideraba apropiado, en ocasiones incluso en medio de los soldados rasos: «¡Ahora Maitland, ahí tienes tu oportunidad!» Los relatos británicos de la batalla mencionan la repentina aparición del duque, aunque el suyo no era un estilo de liderazgo que alentara en demasía la iniciativa de sus subordinados.[3]

Después de Waterloo fue ya imposible que un comandante del ejército dirigiera la batalla de esa manera personal, al menos en Europa, donde el creciente poder de las naciones Estado, unido a la evolución de los ferrocarriles y el telégrafo, produjo ejércitos que se cifraban en cientos de miles y, finalmente, en millones de soldados. Al mismo tiempo, la mejora del

armamento convirtió en suicidas las tradicionales formaciones cerradas y aumentó la superficie de los campos de batalla. Las batallas se libraban ahora operando en unas extensiones de terreno que imposibilitaban que un comandante observara en persona toda la acción. Ya sólo podía dirigir a sus hombres indirectamente, y muchas de las tareas de supervisión directa y de infundir entusiasmo en los soldados mientras luchaban quedaban ahora en manos de subordinados. Sin embargo, los clásicos continuaron formando un núcleo central de la educación, incluida la educación militar que se ofrecía a los jóvenes oficiales en un buen número de países, y la mayoría de los militares de carrera estaban familiarizados de alguna manera con las grandes campañas del pasado griego y romano. En la mayoría de los casos, es difícil demostrar una influencia directa sobre su conducta, pues el hecho de efectuar una acción parecida a otra que en su momento hubieran realizado Escipión o Pompeyo, simplemente nos ofrecería un indicio de que los jefes militares buenos y victoriosos actúan, a menudo, de la misma manera. Es difícil discutir la influencia indirecta, aunque sea distante, ya que la tradición clásica se halla profundamente enraizada en la cultura occidental. Los numerosos jefes militares que se modelaron a sí mismos siguiendo a Napoleón, por ejemplo Havelock, McClelland e incluso «Boney» Fuller, copiaban a un hombre que se había considerado a sí mismo estrechamente relacionado con los grandes líderes de la historia.

Los teóricos militares de la era que siguió a Waterloo se dividieron, lo mismo que los renacentistas, a propósito de la relevancia que para su tema de estudio tuvieron los modelos de guerra griego y romano. Clausewitz consideraba que las batallas formales de la Antigüedad, libradas habitualmente mediante consentimiento mutuo, tenían muy poco en común con la guerra moderna. No obstante, debido a la influencia que ejerció sobre los ejércitos prusianos y, posteriormente, alemanes, el estudio de la historia militar, incluida la del pasado antiguo, se convirtió en una parte vital de la educación de los oficiales superiores. En el caso más extremo, el de Von Schlieffen, el intento de extraer lecciones prácticas de las batallas de la Antigüedad alcanzó un nivel próximo a la obsesión. El interés por el pasado fue especialmente profundo en el ejército alemán, y no debe olvidarse que, en ese mismo periodo, los investigadores alemanes dominaban numerosos campos de estudio del mundo antiguo, aunque no eran los únicos. El influyente teórico francés Ardant du Picq tomaba la mayoría de sus ejemplos de las batallas romanas, pues creía que las fuentes antiguas se interesaban más que las modernas por contar la verdad sobre la conducta de los soldados en combate.[4]

El mundo ha cambiado desde el siglo XIX, y una de las transformaciones más profundas la constituye la caída de un más amplio conocimiento

de los clásicos. No obstante, es evidente que los escritores de la milicia buscan aún lecciones para el presente en las guerras de Roma. En cierto sentido, la probabilidad cada vez mayor de que los ejércitos occidentales libren guerras asimétricas contra adversarios mucho menos sofisticados, en lugar de mantener conflictos con quienes poseen unos sistemas tácticos y unos niveles de tecnología parecidos, crea una situación no muy distinta a la que debió enfrentar Roma. Durante la mayor parte de su historia, el ejército romano se hallaba mejor equipado y, lo que incluso es mucho más importante, bastante mejor organizado y disciplinado que sus enemigos. En la jerga victoriana, muchas de las campañas romanas fueron «guerras menores». Quizá sea en la manera en que se condujeron esas operaciones, más que en las famosas batallas contra cartagineses o macedonios, donde debemos buscar lecciones para el día de hoy.

NOTAS

1. Una exposición sobre el estilo de mando de Napoleón, en M. Van Creveld, *Command in War*, 1985, pp. 58-102.
2. Sobre sir Roger Williams, véase G. Parker, *The Military Revolution*, 1988, p. 6.
3. Sobre Wellington en combate, véase J. Keegan, *The Mask of Command*, 1987, pp. 145-154.
4. Un examen de este periodo, en Creveld (1985), pp. 103-147.

CRONOLOGÍA

a.C.

753 Fecha tradicional de la fundación de Roma por Rómulo.
509 Fecha tradicional de la expulsión del último rey de Roma, Tarquinio Superbio
396 Los romanos introducen la paga por participar en el ejército
390 Los galos, a las órdenes de Brenno, ponen en fuga un ejército romano en el río Allia y saquean Roma (Polibio data estos sucesos en el 387).
295 Los romanos consiguen una gran victoria sobre un ejército de galos, samnitas y umbros en Sentino.
280-275 **Guerra contra Pirro**, que había sido contratado por los tarentinos para luchar contra Roma.
c. 275 Nacimiento de Fabio Máximo.
c. 271 Nacimiento de Marcelo.
264-241 **Primera Guerra Púnica.**
c. 236 Nacimiento de Escipión Africano.
228 Nacimiento de Emilio Paulo.
225 Un ejército de galos invasores es derrotado en Telamón.
222 Marcelo gana el derecho a dedicar los *spolia opima* en su consulado.
218-201 **Segunda Guerra Púnica.**
217 Dictadura de Fabio Máximo.
216 Los romanos sufren una gran derrota en Cannas. Un ejército más pequeño cae en una emboscada y es derrotado por los galos.
214-205 **Primera Guerra Macedónica.**
213-211 Marcelo toma Siracusa después de un largo asedio.
209 Escipión Africano toma Cartago Nova. Fabio Máximo recupera Tarento.
208 Marcelo es muerto mientras realiza un reconocimiento.
206 Escipión consigue una victoria decisiva en la campaña española en Ilipa.
204 Escipión invade África.
203 Muerte de Fabio Máximo.
202 Escipión derrota a Aníbal en Zama.
200-196 **Segunda Guerra Macedónica.**
197 Filipo V cae derrotado definitivamente en Cinoscéfalos.
192-189 **Guerra de Siria** contra el seléucida Antioco III.
191 La invasión de Grecia por Antioco es abortada en Termópilas.
189 Antioco derrotado en Magnesia.
c. 184 Muerte de Escipión Africano. Nacimiento de Escipión Emiliano.
172-167 **Tercera Guerra Macedónica.**

168 Derrota de los macedonios de Perseo en Pidna.
c. 160 Muerte de Emilio Paulo.
157 Nacimiento de Mario.
154-138 **Guerra Lusitana**.
153-151 **Segunda Guerra Celtibérica**.
149-146 **Tercera Guerra Púnica**.
146 Destrucción de Cartago y Corinto.
143-133 **Guerra Numantina**.
139 Asesinato de Viriato.
137 El ejército romano de Mancino cae derrotado y se rinde a los numantinos.
133 Numancia se rinde a Escipión Emiliano.
129 Muerte de Escipión Emiliano.
c. 125 Nacimiento de Sertorio.
113 Un ejército romano, a las órdenes de Cn. Papirio Carbón, cae derrotado en Noreia por las tribus emigrantes de cimbrios y teutones.
112-106 **Guerra de Yugurta**.
106 Nacimiento de Pompeyo.
105 Los cimbrios y los teutones destruyen un numeroso ejército romano en Arausio.
102 Mario derrota a los teutones en Aquae Sextiae.
101 Mario y Catulo derrotan a los cimbrios en Vercellae.
c. 100 Nacimiento de Julio César.
91-88 La **Guerra Social**, la última gran rebelión de los aliados italianos de Roma. Los *Socii* caen derrotados después de dura lucha.
88 Sula marcha sobre Roma cuando Mario le arrebata el mando del ejército reclutado contra Mitrídates.
86 Muerte de Mario.
82-72 Campaña de Sertorio en España.
74-66 Derrota final de Mitrídates del Ponto.
73-70 Importante rebelión de esclavos dirigida por Espartaco.
67 Pompeyo recibe un mando extraordinario para limpiar de piratas el Mediterráneo, y tiene éxito en una breve, pero bien organizada campaña.
66 Pompeyo recibe un mando extraordinario para completar la guerra con Mitrídates.
58-50 A César se le entregan las provincias de las Galias Transalpina y Cisalpina, e Iliria, que utiliza como base para conquistar la Galia Comata.
58 César derrota a los helvecios que realizaban una migración. César derrota al rey germano Ariovisto.
57 César derrota a las tribus belgas, venciendo en la batalla del Sambre.
55 César atraviesa el Rin por primera vez y dirige una expedición a Britania.
54 César cruza el Rin por segunda vez y dirige una invasión más importante de Britania.
54-53 Primera rebelión importante de los galos contra César.
53 Craso es derrotado y muerto por los partos de Surenas, en Carrhae.
52 Segunda rebelión gala importante, dirigida por Vercingentorix.
49-45 Guerra Civil entre César y Pompeyo.
48 César es detenido en Dyrrachium, pero derrota a Pompeyo en Pharsalus. Pompeyo huye a Egipto y es asesinado. César prosigue hasta Egipto, donde interviene en las luchas por el poder para colocar a Cleopatra en el trono.
47 César dirige una rápida campaña para derrotar a Farnaces, rey del Bósforo, en Zela.
46 César casi cae derrotado a manos de Labieno, en Ruspina (norte de África), pero finalmente derrota al ejército de Pompeyo en Thapsus.

45 César vence en la batalla definitiva de Munda, en España.
44-42 El asesinato de César provoca un ciclo posterior de guerras civiles entre los conspiradores y quienes apoyaban a César, dirigidos por Marco Antonio, a quien posteriormente se le unió Octavio, sobrino de César e hijo adoptivo.
42 Bruto y Casio derrotados en las batallas de Filipos.
36 Antonio desencadena una ofensiva importante contra los partos, pero queda detenida al fracasar en la toma de Phraapsa, y en la retirada consiguiente pierde numerosos hombres por enfermedades y hambre.
31 Antonio es derrotado por Octavio en la batalla naval de Actium. Octavio se convierte en el único mandatario efectivo del Imperio romano.
29 M. Craso lleva a cabo campañas victoriosas en los Balcanes, matando con sus propias manos al rey de los bastarnos, pero Octavio le niega el derecho a dedicar los *spolia opima*.
27-14 **Principado de Augusto**
15 Tribus germánicas acosan las provincias romanas y derrotan a Lolio Urbico. Nacimiento de Germánico.
12-9 Tiberio conquista Panonia, mientras su hermano, Druso, hace campaña en Germania.
9-7 Tiberio hace campaña en Germania.

d.C.

4-5 Tiberio reasume el mando en Germania y completa la conquista de una nueva provincia, extendiéndose hasta el Elba.
6-9 Masiva revuelta en Panonia y Dalmacia. Se envía una gran cantidad de soldados, incluidas cohortes de esclavos libertos, para reprimir a los rebeldes, muchos de los cuales habían servido como auxiliares romanos. Tiberio y Germánico derrotan finalmente a los rebeldes.
9 Una revuelta germana dirigida por Arminio, de los queruscos, efectúa una matanza en tres legiones romanas, mandadas por Varo, en Teutoburgo.
10-11 Tiberio y Germánico aseguran la frontera del Rin y dirigen breves expediciones punitivas contra las tribus germánicas.
14 Muerte de Augusto, seguida por motines de las legiones del Rin y el Danubio, que son reprimidas por Germánico y Druso, hijo de Tiberio.
14-37 **Principado de Tiberio**
15 Germánico dirige los ejércitos del Rin contra los germanos y entierra los restos del ejército de Varo.
16 Germánico derrota a Arminio en Indistaviso, pero fracasa en conseguir la victoria definitiva en el conflicto y es reclamado a Roma.
19 Arminio asesinado por un caudillo rival. Muerte de Germánico.
37-41 **Principado de Gaio (Calígula).**
41-54 **Principado de Claudio.**
41 Nacimiento de Tito.
43 Claudio desencadena la invasión de Britania.
47 Corbulón reprime a los frisios.
53 Vologeses I de Partia ocupa Armenia y coloca en el trono a su hermano Tirídates.
54-68 **Principado de Nerón.**
55 Corbulón recibe el mando del este.
56 Nacimiento de Trajano.
64 Corbulón hace una demostración de fuerza en Armenia. Después de un acuerdo de paz, Tirídates recibe la corona de Nerón.

66-74 Rebelión judía.
66 El gobernador sirio, Cestio Galo, dirige una expedición a Jerusalén, pero se ve obligado a retirarse y sufre numerosas bajas en la retirada.
67 Se le entrega el mando de la guerra judía a Vespasiano que somete Galilea. Josefo se le rinde después de la caída de Jotapata. Corbulón obligado a cometer suicidio.
68-69 **Año de los cuatro emperadores.** La muerte de Nerón desencadena una guerra civil cuando los ejércitos de las provincias nombran a sus comandantes como sucesores.
70-79 **Principado de Vespasiano.**
70 Tito toma Jerusalén después de un largo asedio.
79-81 **Principado de Tito.**
81-96 **Principado de Domiciano.**
85 Decebalo, rey de Dacia, invade Mesia e inflige una dura derrota a su gobernador.
86 **Cornelio Fusco derrotado en Dacia.**
88 Otro ejército romano invade Dacia y derrota a Decebalo en Tapae.
96-98 **Principado de Nerva.**
98-117 **Principado de Trajano.**
101-102 **Primera Guerra Dácica.**
105-106 **Segunda Guerra Dácica.**
113-117 **Guerra Parta** de Trajano.
117-138 **Principado de Adriano.**
138-161 **Principado de Antonino Pío.**
161-180 **Principado de Marco Aurelio.**
324-337 **Reinado de Constantino** como emperador indiscutido.
332 Nacimiento de Juliano.
337 El poder imperial dividido entre los hijos de Constantino, Constantino II en el oeste, Constancio en África, Italia e Iliria, y Constancio II en el este.
340 Constantino muere en la guerra civil contra Constancio.
355 Juliano nombrado *César* en Occidente.
356 Juliano hace campaña contra los alamanes.
357 Juliano derrota a los alamanes en una batalla campal en Estrasburgo.
358 Juliano hace una campaña contra los francos.
360-361 Juliano proclamado *Augusto* por su ejército. Muerte de Constancio.
363 Juliano desencadena una ofensiva masiva contra Persia.
429 Los vándalos invaden y asolan África.
451 Aecio detiene la ofensiva de los hunos de Atila en Chalons (Campus Mauriacus).
469-478 Los visigodos invaden España.
476 El último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, depuesto por Odoacro, que crea el reino ostrogodo de Italia.
502-506 Guerra de Anastasia con Persia. Los persas capturan Amida, pero es devuelta a los romanos como parte del tratado de paz.
505 Nacimiento de Belisario.
528 Belisario derrotado en Minduos.
530 Belisario consigue una gran victoria en Dara.
531 Belisario derrotado en Calínico y sustituido en el mando oriental.
533-534 Belisario derrota a los vándalos en África.
535-554 Intentos por reconquistar Italia con ejércitos mandados por Belisario y, después, por Narsés. Roma es tomada y recuperada varias veces.
552 Narsés derrota a los ostrogodos de Tótila en Taginae.
553 Narsés consigue otra victoria contra los godos cerca del Vesubio.
554 Narsés derrota a un ejército invasor de francos en Casilinus.
565 Muerte de Belisario.

GLOSARIO

ala: (1) División de tropas aliadas equivalente en tamaño aproximadamente a una legión (siglo III-II a.C.). Cada una de esas unidades daba apoyo a una legión. (2) Unidad de caballería auxiliar de tamaño similar a una cohorte de infantería en el ejército del Principado (finales del siglo I al siglo IV d.C.).

aquilifer: Portaestandarte que llevaba el estandarte de la legión (***aquila***), una estatuilla de un águila de plata, y después de oro (siglo I a.C.-III d.C.).

auctoritas: Prestigio e influencia de un senador romano. Las hazañas militares la aumentaban enormemente.

auxilia (**auxiliares**): Soldados no ciudadanos, reclutados para el Ejército durante la época republicana final y el periodo imperial. En el siglo III d.C., la diferencia entre ellos y las legiones ciudadanas debía ser mínima.

ballista: Catapulta de doble torsión, capaz de arrojar flechas incendiarias o piedras con una considerable precisión. Se fabricaban en varios tamaños y se utilizaban, sobre todo, en asedios (*c.* III a.C.-VI d.C.).

bucellarii: Soldados pagados y apoyados por un comandante particular y que formaban parte de su casa. Estos hombres formaban parte del ejército regular y se les suponía leales al emperador. El nombre deriva de la ración de galleta (***bucellatum***), insistiendo así en la obligación adquirida por el comandante de alimentar a sus soldados (finales siglo IV-VI d.C.).

catafractario: Caballero provisto de armadura pesada que montaba, a menudo, un caballo con armadura. En un primer momento, los romanos encontraron esa clase de guerreros en los ejércitos orientales, pero posteriormente hicieron también uso de ellos.

centurión: Grado importante en el escalafón de oficiales del ejército romano durante la mayor parte de su historia, los centuriones mandaban originalmente una centuria de sesenta a ochenta hombres. El centurión principal de una legión era el ***primus pilus***, cargo de estatus superior que sólo se desempeñaba por un año (IV a.C.-III d.C.).

centuria: Subunidad básica del ejército romano, la centuria la mandaba un centurión y habitualmente constaba de sesenta y, después, de ochenta hombres (finales del siglo IV a.C.-III d.C.).

carroballista: Una versión del **escorpión** montado en un carro tirado por mulas para aumentar su movilidad (I a.C.-VI d.C.).

cohorte (***cohors***): El siglo I a.C., la cohorte sustituyó al **manípulo** como unidad táctica bá-

sica de la legión. La infantería auxiliar estaba también formada en cohortes. Habitualmente estaban integradas por seis centurias de ochenta soldados, con una fuerza total de cuatrocientos ochenta hombres (I a.C.-III d.C.).

comes: Oficiales de los ejércitos romanos tardíos, situados por debajo del ***Magistri Militum*** (finales del siglo III-VI d.C.).

comitatenses: Unidades incluidas en las fuerzas regionales no ligadas a provincias fronterizas específicas (IV-VI d.C.).

commilito (pl. *commilitones*): Camarada; esta forma familiar de dirigirse a alguien la utilizaban, a menudo, los generales romanos cuando hablaban a sus tropas, especialmente en tiempos de guerra civil.

cónsul: Los dos cónsules anuales constituían los magistrados electivos supremos de la República romana, y tomaban el mando en campañas de importancia. En ocasiones, el Senado ampliaba su mandato después del año en el cargo, en cuyo caso se les conocía como **procónsules**.

decurión: Oficial de caballería que originalmente mandaba diez hombres. En el Principado, el decurión dirigía una ***turma*** de unos treinta jinetes (I-III d.C.).

dictador: En tiempo de crisis extremas se nombraba un dictador por un periodo de seis meses, que ejercía el poder civil y militar supremo. Posteriores vencedores en guerras civiles, como Sila y Julio César, adoptaron el título como base para ejercer un poder más permanente (V-I a.C.).

dux: Oficiales del ejército romano tardío (finales del siglo III-VI d.C.).

dux (*duces*) *limitis*: Comandante de todas las tropas (***limitanei***) dentro de una de las regiones en las que se dividían las provincias fronterizas de finales del Imperio (finales del siglo III-VI d.C.).

equites singulares: Término utilizado para el cuerpo de guardia de caballería a disposición del estado mayor de los gobernadores provinciales durante el Principado. Estas unidades parecen haber estado formadas por unos quinientos hombres, muy fuertes, y reclutados entre soldados elegidos de las ***alae*** auxiliares (I-III d.C.).

equites singulares augusti: Cuerpo de guardia de caballería personal del emperador en los tres primeros siglos del Principado, constituían una élite de caballería destinada a apoyar a la guardia pretoriana (I-III d.C.).

foederati: Bárbaros aliados obligados a ofrecer servicio militar al emperador. Habitualmente servían en sus propias unidades y, en ocasiones, mandados por sus propios comandantes, quienes normalmente accedían a un grado romano. (IV-VI d.C.).

gladius: Palabra latina que significa espada, convencionalmente se utilizaba para describir el ***gladius hispaniensis***, la corta espada española, que fue el arma romana normal hasta bien entrado el siglo III. Fabricada con acero de alta calidad, esta arma podía utilizarse para cortar, pero fundamentalmente con ella se pretendía clavar (III a.C.-III d.C.).

hastatus (pl. *hastati*): Primera línea de infantería pesada en la legión republicana, reclutada entre hombres jóvenes (finales del siglo IV-II a.C.).

imaginifer: Portaestandarte que llevaba la ***imago***, un estandarte con el busto del emperador (I-III d.C.).

imperium: La capacidad de mando militar detentada por magistrados y promagistrados durante el periodo en el cargo (III a.C.-III d.C.).

legatus (pl. ***legati***): Oficial subordinado que detentaba un ***imperium*** delegado, más que el ejercicio del poder por su propio derecho. Los ***legati*** eran principalmente nombrados por un magistrado antes que elegidos (III-I a.C.).

(1) ***legatus augusti pro praetore.*** Ese título lo recibían los gobernadores en las provincias militares en el Principado, que mandaban en calidad de representantes del emperador (I-III d.C.). (2) ***legatus legionis.*** Título concedido a los comandantes legionarios en el Principado (I-III d.C.).

legión (***legio***): Término que originalmente significaba «leva», las legiones se convirtieron en la principal unidad del ejército romano la mayor parte de su historia. Durante la República y el Principado, eran grandes unidades, fundamentalmente de infantería, de entre cuatro mil y cinco mil hombres, pero, a finales de la Antigüedad, parece que la mayoría quedaron reducidas a una fuerza de un millar de soldados.

limitanei: Clase de tropas mandadas por los ***duces limitis***, comandantes militares de las diferentes regiones, habitualmente de frontera, en las que se habían dividido las provincias a finales del Imperio (IV-VI d.C.).

Magister Militum: Título dado a los oficiales superiores del ejército de finales del Imperio (IV-VI d.C.).

Magister Equitum: (1) Segundo en el mando, tras el ***dictator*** republicano, el «Jefe de la Caballería» mandaba tradicionalmente la caballería, pues el dictador tenía prohibido cabalgar (V-I a.C.). (2) Título concedido a los oficiales principales del ejército de finales del Imperio, de igual estatus que los ***Magistri Peditum*** (IV-VI d.C.).

Magister Peditum: Título concedido a los oficiales principales del ejército de finales del Imperio (IV-VI d.C.).

manípulo (***manipulus***): Unidad táctica básica de la legión republicana, el manípulo estaba formado por dos centurias (finales del siglo IV-II a.C.).

ovatio (**ovación**): Forma menor de triunfo. En una ovación, el general cabalgaba por la ciudad a lomos de caballo, en lugar de en carroza (V a.C.-I d.C.).

palatini: Unidades de estatus y prestigio más elevados que los ***comitatenses***, los ***palatini*** formaban también parte de los ejércitos de tierra de finales de la Antigüedad (IV-VI d.C.).

pilum (pl. ***pila***): Jabalina pesada del equipo normal del legionario romano en buena parte de la historia de Roma (III a.C.-III d.C.).

praefectus castrorum: Tercero en el escalafón del mando de una legión durante el Principado, era un oficial experimentado que, generalmente, había sido un ***primus pilus*** (I-III d.C.).

prefecto (***praefectus***): Comandante ecuestre de una cohorte auxiliar o ***ala*** (I-III d.C.).

praetor: Era un magistrado elegido anualmente que, en la República, gobernaba una provincia de escasa importancia y se enfrentaba en las guerras de menor entidad que libraba Roma.

Guardia Pretoriana: Cuerpo de guardia militar de los emperadores en el Principado, mandada por tribunos y el cuerpo completo mandado por dos prefectos del pretorio. Fue-

ron licenciados por Constantino, el 312, después de haber apoyado a su rival, Magencio (I-IV d.C.).

princeps (pl. ***principes***): Segunda línea de la infantería pesada en la legión republicana, reclutada entre hombres en la plenitud de la vida (finales del siglo IV-II a.C.).

quaestor: Magistrados cuyas funciones eran fundamentalmente financieras, los cuestores actuaban como diputados de los gobernadores consulares y, a menudo, ocupaban mandos militares subordinados (III-I a.C.).

quincunx: La formación en tablero de damas utilizada por la legión republicana, en la que las tres líneas se desplegaban dejando amplios espacios entre los manípulos, para que fuesen cubiertos por los manípulos de la línea siguiente (finales del siglo IV-II a.C.).

escorpión: ***Ballista*** ligera para arrojar dardos empleada por el ejército romano tanto en las batallas campales como en los asedios. Poseía un gran alcance, así como enorme precisión y la capacidad para penetrar cualquier clase de armadura (I a.C.-VI d.C.).

signifer: Portaestandarte que llevaba el estandarte (***signum***) de la centuria (III a.C.-III d.C.).

socii: Aliados italianos de la República. Después de la Guerra Social (90-88 a.C.), y de la ampliación general de la ciudadanía a la mayor parte de la península italiana, los ***socii*** desaparecieron y todos los italianos eran reclutados para las legiones (finales del siglo IV-II a.C.).

spolia opima: El más elevado honor que un general triunfante podía exigir era el derecho a dedicar ***spolia opima*** en el templo de Jupiter Optimus Maximus, en el Capitolio. Ese derecho sólo podía conseguirse si se mataba al general enemigo en combate singular y sólo se celebró en un puñado de ocasiones.

testudo: Famosa formación en tortuga en la que los legionarios romanos se cubrían con sus largos escudos para conseguir protegerse por el frente, los costados y la cabeza. Se utilizaba habitualmente en los asaltos a las fortificaciones (III a.C.-III d.C.).

triarius (pl. ***triarii***): La tercera y más veterana línea de la infantería pesada en la legión republicana, reclutada entre soldados veteranos (finales del siglo IV-II a.C.).

tribunus militum **(tribunos militares)**: (1) Se nombraban o se elegían seis tribunos militares para cada legión republicana, y una pareja de estos hombres tomaban el mando en cualquier ocasión (III-II o I a.C.). (2) Durante el Principado, cada legión contaba con un tribuno principal, senatorial y cinco ecuestres (I-III d.C.).

tribuno de la plebe (***tribunicia potestas***): Aunque se trataba de un cargo político, sin responsabilidades militares directas, los diez tribunos de la plebe elegidos anualmente podían legislar sobre cualquier materia. Durante los últimos años de la República, numerosos generales ambiciosos, como Mario y Pompeyo, pedían la ayuda del tribunado para asegurarse puestos de mando importantes.

triunfo: La gran celebración concedida por el Senado a un general victorioso tomaba la forma de un desfile a lo largo de la Vía Sacra, la principal calle ceremonial de Roma, haciendo ostentación del botín y los cautivos conseguidos con su victoria, y culminando con la ejecución ritual del caudillo enemigo capturado. El jefe militar desfilaba en un carruaje, ataviado como las estatuas de Júpiter y acompañado por un esclavo que sostenía una corona de laurel de la Victoria sobre su cabeza. Se suponía que el esclavo debería ir susurrándole al general que recordara que era mortal. Bajo el Principado, sólo recibían triunfos los miembros de la familia imperial, pero a otros coman-

dantes se les concedían las enseñas de un triunfo (***ornamenta triunphalia***) (V a.C.-IV d.C.).

turma: Subunidad básica de la caballería romana a lo largo de la mayor parte de su historia, la ***turma*** estaba formada por unos treinta hombres. Durante el Principado la mandaba un decurión (finales del siglo IV a.C.-III d.C.).

veles (pl. ***velites***): Infantería ligera de la legión republicana, reclutada entre los pobres o los demasiado jóvenes para pelear en la infantería pesada. No está claro si era la misma cosa o si sustituyeron a los ***rorarii***, otro término aplicado a la infantería ligera en la legión republicana (finales del siglo IV-II a.C.).

vexillatio (**destacamento de vexilarios**): (1) Un destacamento que operaba independientemente, la «vexilación» podía estar formada por algunos hombres o por varios millares y podían proceder de varias unidades (I-III d.C.). (2) A numerosas unidades de caballería de los últimos ejércitos de campo se las conocía como «destacamentos de vexilarios». Parece ser que eran similares en tamaño a las viejas ***alae*** (IV-VI d.C.).

vexillum: Bandera cuadrada enganchada a un poste en forma de cruz, el ***vexillum*** se utilizaba para señalar la posición del general y era también el estandarte portado por un destacamento de tropas (I-III d.C.). Parece que, habitualmente, el ***vexillum*** de un general era rojo.

